VR-790

SARTOLO, Bernardo (S.I.) (1654-1700

El Eximio doctor y venerable padre Francisco Suarez ... / por el P. Bernardo Sartolo ... — Xen Salamanca : por Andres Garcia de Castro ... , 1693

EL EXIMIO DOCTOR,

Y VENERABLE PADRE

FRANCISCO SVAREZ,

DE LA COMPAÑIA DE IESVS,

EN LA FIEL IMAGEN

DE SVS HEROICAS VIRTVDES,

POR

EL P. BERNARDO SARTOLO,

DE LA MISMA COMPAÑIA,

Cathedratico de Theologia, en su Real Colegio de Salamanca, y Calificador del Santo Oficio.

CON LICENCIA DE LOS SVPERIORES.

En Salamanca: por ANDRES GARCIA DE CASTRO, Impressor de la Vniversidad, Año de 1693.

EL CRISTIANISMO

Y LA CIVILIZACION

EL CRISTIANISMO

Y LA CIVILIZACION

POR

EL CONDE DE MONTALEMBERT

TRADUCIDO DE LA QUINTA EDICION FRANCESA

POR

D. JUAN MARIA CORTINA.

Individuo de Número de la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Con Licencia de la Autoridad.

BARCELONA

IMPRENTA Y LIBRERIA DE CASTAÑER Y COMPAÑIA.

1858.

A NVESTRO MVY REVERENDO PADRE

THYRSO GONZALEZ

DE SANTALLA.

DOCTOR, Y CATHEDRATICO DE PRIMA IVBILADO EN LA VNIVERSIDAD DE SALAMANCA:

Y AORA PREPOSITO GENERAL DE LA COMPAÑIA DE IESVS.

ESTA Imagen, ò esta Vida del Exi-mio Doctor, blasona ser de V.P. por tantas causas, que es mas facil reconocerlas, que expressarlas: y assi quando confundiendose el obsequio con la deuda, se pone en manos de V.P. no me parece solicita solo el patrocinio, sino la possession de su legitimo Dueño.

Antes que la Providencia escogiesse à V.P. entre los grandes Hijos de la Compañia, para el primero, y Superior de todos, deseava V.P. que yo me encargasse de este trabajo, mirandole no como tarea, sino como diversion de mas forçosos estudios. Pero los de nuestro Colegio

empeño, ni eloquencia mas proporcionada à tan Augusto Oyente. Quanto ganò la razon en los labios de V. P. presto lo manifestò el Real decreto, tan favorable à esta Escuela, cómo contrario à su competidor, pues no solo rechazò sus esfuerços, sino que los sepultò para siempre aprisionados à las duras leyes del silencio, y del olvido. Solo este olvido puede eternizar en Salamanca la memoria de V. P. y solo este silencio sabrà dezir la fuerça, y energia de su voz. Hablò dignamente en ella toda la Vniversidad de Salamanca; y si de Xenophonte dixo la lisonja, que hablavan en su eloquencia las Musas, ya la verdad se dexò muy atràs el encarecimiento, pues en la lengua de V. P. no solo hablaron, sino que persuadieron, y triunfaron todas las ciencias.

De dõde fue no menos advertida, q̃ cortesana la atenciõ de este gravissimo Claustro, en ofrecer à V. P. con espontanea gratitud la jubilacion de su Cathedra; porque à quien tanto avia sabido conseguir, solo se devia el descanso por ocupacion. Creyò V. P. consagrar tan decorosa quietud à solo el Cielo; pero era determinacion suya, que subiesse V. P. desde el sudor, y polvo de la Escuela, à la suprema authoridad de la Compañia, con vna eleccion tan singular, que si bien no excedia nuestro deseo, cabia dificultosamente en nuestra esperança. Vimos, en fin, lo que de-

deseava el Apostol, que aviendo referido con distincion otros empleos sagrados, no separò el de los Prelados, y Doctores: *Alios autem Pastores, & Doctores*, para advertirnos segun la observacion de San Geronimo, quanto se ilustra la Prelacia con el honor de el Magisterio: *Non enim ait* (escrive el Doctor Maximo) *alios autem Pastores, alios autem Magistros; sed alios Pastores, & Magistros, vt qui pastor est, esse debeat & Magister.*

Quosdã quidem Apostolos, quosdam autem Prophetas, alios verò Evangelistas. Ephes. 4. n. 11. Hieronym. ad illa verba.

Esta vltima gloria tenia reservada la Providencia para coronar las emeritas fatigas de V.P. assi en la conquista de las almas, como en los empleos de las letras: y siendo estos los dos puntos, à donde miran las lineas de nuestro Instituto, parece espero à que en vna, y otra pudiessemos mirar à V.P. como exemplo, para que le veneràssemos despues como Superior: de suerte, que al oyr sus preceptos, y atender sus acciones, no fuesse necessario caminar, sino seguir, facilitado, y aun convertido en imitacion el exercicio de nuestra obediencia.

Ya reconozco, que en las alabanças de V.P. he concedido al merecimiento, y à la verdad, mas de lo que sufre su moderacion; pero mirando yo à V.P. no solo como à Superior, sino tambien como à Maestro mio, no es mucho, que los cariños de discipulo se ayan llevado tras si toda

la

la obligacion de mi reſpeto. Bien que ninguno ignora, es mucho mas lo que calla, que lo que publica mi pluma, y que la modeſtia de V. P. no deve quedar quexoſa de mi voz, ſino agradecida à mi ſilencio. Concluirè, pues, rogando por la ſalud de V. P. y felicidad en el vniverſal govierno de la Compañia, para gloria de Nueſtro Señor, que guarde à V. P. &c.

De V. P. mvy Siervo en Christo.

Bernardo Sartolo.

LICENCIA DE LA RELIGION.

ANtonio Caraveo, Provincial de la Compañia de IESVS, en la Provincia de Castilla. Por la facultad, que tengo de nuestro muy Reverendo Padre Thyrso Gonçalez, Prepósito General de la misma Compañia, doy licẽcia, para que se imprima vn tomo, cuyo titulo es: *El Doctor Eximio, y Venerable Padre Francisco Suarez, de la Compañia de IESVS, &c.* cõpuesto por el Padre Bernardo Sartolo, Lector de Theologia en nuestro Colegio Real de Salamanca, y aprobado por hõbres graves de la misma Compañia. En testimonio de lo qual dimos estas letras firmadas de nuestro nombre, y selladas con el Sello de nuestro Oficio. En Bilbao, à veinte y seis de Setiembre de mil seiscientos y noventa y dos años.

IHS.

Antonio Caraveo.

APRO-

APROBACION DEL SEñOR DON IGNACIO DE Arrelus y Vidaurre, Colegial, que fue del Mayor de San Bartholomè, Canonigo Magiſtral de Eſcritura de la Sãta Igleſia Cathedral de Salamanca, Examinador Synodal de ſu Obiſpado, y Cathedratico antes de Philoſophia, de Theologia Moral, y aora digniſsimo Cathedratico de Eſcoto de eſta gran Vniverſidad, y ſu Graduado de Licenciado por la Capilla de Santa Barbara.

EL Señor Don Manuel de Herrera Quiros, Colegial en el Mayor del Arçobiſpo, Proviſor, y Vicario General de eſte Obiſpado, remite à mi cenſura el libro de la *Vida, y virtudes del Eximio Doctor, y Venerable Padre Franciſco Suarez*; y deſde que ſupe le eſcrivia el R.mo Padre Maeſtro Bernardo Sartolo, me pareciò lo que aora me enſeña la experiencia, que devia prevenir feſtivos parabienes à la Compañia de Iesvs, al Eximio Doctor, y à la pluma que le conſagrò ſus felices buelos. Pero de què ſe deven dar parabienes à la Compañia? Acaſo de ſer como vn firmamento de ſantidad, que antes de formar vn ſiglo en los infatigables gyros de ſu zelo, ſe iluſtrò con vn Ignacio, con vn Xavier, con vn Borja, con vn Gonzaga, con vn Eſtanislao, todos gloria de la ſangre mas pura de Guipuzcoa, Navarra, Aragon, Italia, y Polonia, y todos veneracion ſagrada de la Catholica Igleſia? Acaſo porque ha rubricado la verdad de la Romana Fè, con la purpura de mas de 1487. fortiſsimos Martires, ſin abrazar en eſte numero los ſiete, que aumentò la heregia Ingleſa el año de 1679. y aquellos con cuya ſangre ſe mira aun caliente el eſteril polvo (ſolo hollado de Ieſuitica planta) de las Islas Marianas, llamadas en otro tiempo de los Ladrones, porque avian de ſer deſpojo de eſtos violentos robadores del Cielo? Acaſo porque (como vozeò con preſagioſa voz el Abad Ioachin trecientos años antes que naciеſſe la Compañia) es èſte vn nuevo orden de Doctores, que tomando por eſcudo à Ieſus, y por blaſon la obedien-

P. Alegambe P. Nadaſius vſque ad annum 1673.

Ioachimus c. 3. Apocalipſis, & cap. 1. 3. 16. 51. Hieremiæ. *Ipſum ordinem, quem de-*

cia singular al Sumo Pontifice, han merecido los caricios del Cielo, han confundido la inchazon, y sobervia de los hereges, han descubierto nuevas sendas à la verdad, y dado el vltimo pulimento à todas las ciencias con beneficio incomparable de todo el Orbe Christiano? Todos estos blasones piden de justicia el aplauso; pero todos los epilogarè en solo el nombre del Eximio Doctor, heroe en la santidad, y en la defensa de la Fè, portento de sabiduria, y parto digno de la prodigiosa fecundidad de vna Madre como la Compañia. *Dedo de Dios* llamo à esta Religion Paulo Tercero, y para el anillo de este dedo tiene en el Padre Suarez la piedra mas preciosa. *Brazo derecho de la Iglesia*, la apellido Clemente Octavo, y ya tiene en la pluma de su Eximio Maestro la mejor espada para tan valiente brazo. *Legion fortissima de la Fè*, la aplaudiò Gregorio XV. y basta para llenar este blason solo vn Suarez, que en el aprecio de los sabios vale por millares de Doctores.

Passo à congratularme con el Eximio Maestro por aver hallado tan digno Historiador de sus heroicas virtudes como el Autor de esta su imagen. Antiguamente se dixo del grande Alexandro, que como en la campaña era Superior à todos, assi en la tabla de Apeles no sabia ceder à ninguno. A ninguno es inferior el Doctor Eximio, aunque se ponga à lado de los mayores; antes como Santo Thomàs se llamò Angelico por su claridad, y San Buenaventura Serafico, por su ardor, pudiera el Padre Suarez apedillarse Querubico por la plenitud, y comprehension de su sabiduria: mas toda esta grandeza, que atesorò en si mismo la conserva en esta imagen, que dibujò la pluma, ò el pinçel del R.mo Padre Maestro Sartolo, digno Apeles de este nuevo Alexandro. Por esso se le deven juntamente los parabienes de su acertadissimo trabajo, en que se traslucen los buelos de su ingenio tan atendido en los Teatros de Salamaca, la suavidad de su eloquen-

designat Iesus, qui præ multis alijs qui præcesserunt amabilis, & præclarus est. Anunciabunt doctrinam novam: veritatis defensores, Doctores Sacra Scriptura repletis, in quorũ tempore incipiunt clarius videre veritatẽ. Revelandi sunt in Ecclesia Doctores prædicatoresque fideles, qui erectis, & tumidis Magisterijs silentium studijs suis imponant.

Vide alia mira apud ipsum, quę congessit Bẽzonius Episcopus Lauretanus, & alij.

Imago 1 sæculi lib. 5.

Christoph. Comez in propugnac. p. 1.

Apeles Alexandrum Magnum exprefit tãto operis, & famæ successu, vt vulgò dicerent, duos esse Alexandros, vnum Philippi filium nullis viribus superabilem, alterum opus Apelis, nulla arte imitabilẽ.

PP. Conim. lib. 2. Phys. q. 5. art. 1.

te diſcrecion tan dulçe, como fructuoſamente eſcu-
chada en los Pulpitos de eſta Vniverſidad, y la mo-
deſtia, y ſerenidad tan propria de los Hijos de la
Compañia; pues tratando en eſte Libro algunos
puntos controvertidos entre las dos Eſcuelas, eſtá
tan lejos de ofender à la opueſta, que no acierta à
dividir ſu nombre de ſu aplauſo. Todas ſus pala-
bras ſon como nacidas de aquellos labios, que ſe-
gun la advertencia de San Ambroſio no ſe compa-
raron à la roſa, ſino à la azuzena: *Labia eius lilia*,
flor ſublime, pura, inocente, y ſin eſpinas: *Flos ſub-
limis, immaculatus, innoxius, in quo non ſpinarum offen-
dat aſperitas, ſed gratia circumfuſa clareſcat.* Por eſto, y
porque no tiene ſilaba, que diſſuene de la harmonia
de nueſtra Santa Fè, y buenas coſtumbres, antes
muchos exemplos, que perſuaden vna heroica ſan-
tidad hermoſeada con el precioſo eſmalte de la ſa-
biduria, juzgo ſe le deve no ſolo la licencia, que pi-
de, ſino repetidas gracias por vn tratado tan plau-
ſible como fructuoſo. Eſte es mi dictamen. En Sala-
manca, y Setiembre 26. de 1693. años.

Tract. in Lucam.

Don Ignacio de Arrelus, y Vidaurrez

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOS el Lic. D. Manuel Francisco de Herrera y Quiros, Colegial en el Mayor de el Arçobispo de Toledo, de la Vniversidad de esta Ciudad de Salamanca, Governador, Provisor, y Vicario General en ella, y su Obispado, por su Señoria Ilustrisima el Senor D. Francisco Calderon de la Barca, Obispo de Salamanca, del Consejo de su Magestad, &c. Por la presente, en conformidad de la aprobacion antecedente, damos licencia, y facultad à qualquiera de los Impressores de esta Ciudad, para q̃ guardando las ordenes, y pregmaticas de su Magestad (que Dios guarde) pueda imprimir, è imprima el libro intitulado: *El Eximio Doctor, y Venerable Padre Francisco Suarez*, de la Compañia de Iesvs: compuesto por el Padre Maestro Bernardo Sartolo, Lector de Theologia en su Real Colegio de la Compañia de Iesvs de esta Ciudad: y lo pueda hazer, sin por ello incurrir en pena alguna. Dada en Salamanca, à veinte y ocho de Setiembre de mil seiscientos y novẽta y tres años.

Don Manuel de Herrera.

Por Barrientos.

Por mandado de su Merced.
Thomàs del Castillo.

APROBACION DEL R.mo PADRE MAESTRO Iuan de Palazol, de la Compañia de Iesvs, Cathedratico de Theologia en los estudios de su Colegio Imperial, y Predicador de su Magestad.

M. P. S.

HE visto con toda atencion, como V.A. me manda, este Libro intitulado: *El Doctor Eximio*, ò Vida del Eximio, y Venerable Doctor, Padre Francisco Suarez, Astro de primera magnitud en el Cielo Estrellado de la Compañia de Iesvs: que tiene compuesto, y trabajado para la estampa el Padre Bernardo Sartolo, de nuestra misma Cõpañia, Maestro de Theologia en nuestro Real Colegio de Salamanca, y escritor ya tan acreditado con otras insignes obras, que con tanta aprobacion, y aplauso corren en las manos de todos: tiene muy merecida la licencia, que pide, assi por lo que se supone de su limpia, y solida doctrina en dogmas, y en costumbres, como por la vtilidad, que sin duda resultarà à toda la Republica, presentandose à los ojos vn espejo tan crystalino de todas las virtudes Christianas, y Religiosas, particularmente para los professores del estudio de las letras.

Sin passar los limites de Censor, no escuso dezir, que quantos tuvieren la fortuna de leer esta limada obra, tendràn que celebrar no solo el asseo en la elegãcia, y propiedad de su estilo, la ingeniosa armonia en las partes de este gran cuerpo, las noticias, y puntos, que toca con la mano delicada de vn gran juizio; sino tambien el buen gusto del Autor, en averse propuesto por assumpto heroico de su bien cõrtada pluma vn Sugeto tan de primera categoria, tan benemerito de toda la Iglesia Catholica, y tan admirado, y venerado de todos por vniversal Maestro de la sabiduria; que bastava solo el assumpto (què serà tan bien manejado?) à conciliar muchos aplausos al libro, y al Autor del libro. No tiene que temer el Autor aquel defecto ordinario de q̃ advierte el Nazianzeno, à los que escriven vidas, y panegyricos de aquellos Varones sublimes, que se

des-

deſcollaron Gigantes con la elevada eſtatura de ſus admirables virtudes: *Cavendum autem, nè admirandæ virtutis mali pictores exiſtamus.* Alabaràn todos las vivezas de eſte retrato, y admiraràn el original, que ſe copia en ſu breve lienço, mezclandoſe primoroſamente los coloridos de ſu prodigioſa ſabiduria con los de ſus exemplariſſimas virtudes en grado tan heroico, que ſiempre ſe quedara en diſputa, ſi la llama de ſu ſantidad excediò à la luz de aquella gran ſabiduria, que no ha parecido hyperbole ponerla en predicamento de milagroſa. Embiò Dios al mundo en nueſtros tiempos à eſte Doctor Eximio; para oſtentar en èl aquellos dos grandes Señorios de que Dios ſolamente puede blaſonar, Señor de las virtudes: *Dominus virtutum*, y Señor de las ciencias: *Deus ſcientiarum Dominus.* Vnas, y otras reſplandecieron en eſte Doctor tan de primera claſſe, como las queria Dios en ſu antiguo Sacerdote. La ſantidad en la cabeza, donde reſide la ſabiduria con eſte mote: *Sanctitas, vel Sanctum Domino*, para que tuvieſſe vna ſabiduria ſobreſcrita de mucha ſantidad, moſtrandoſe muy ſanto, quando ſe dava à conocer por gran Theologo. La doctrina, y ſabiduria ſobre el pecho, donde propiamente reſide el fervor de la ſantidad, con eſta inſcripcion: *Doctrina, & veritas*, para que tuvieſſe vna ſantidad ſobre eſcrita de vn eminente ſaber, manifeſtandoſe gran Theologo, quando ſe hazia venerar con los exemplos de muy ſanto. Eſta es la pintura mas propia del Eximio, y Venerable Doctor Padre Franciſco Suarez; y èſta es la que ſe nos propone en eſte libro con tan primoroſos colores. Quiero perſuadirme, que ſerà pagar vna deuda muy de juſticia, que ſalga à luz con ſus merecidas alabanças aquel gran Maeſtro, y Acrecedor de quantos en todas profeſsiones de letras pueden dezir, que ſaben algo. Eſte es mi parecer, ſalvo, &c. Madrid en eſte Colegio Imperial de la Compañia de Iesvs, à 7. de Março de 1693.

D. Nazian. Orat. 1.

Pſal. 23.

1. Reg. 2.

Levit. 8.

Iuan de Palazol.

LICENCIA, Y TASSA.

Tiene licencia de los Señores del Cõsejo el P. M. Bernardo Sartolo, para imprimir este libro intitulado *El Doctor Eximio, &c.* El qual tassaró dichos Señores à ocho maravedis cada pliego: como mas largamẽte consta de su original: En Madrid 10. de Setiembre de 1693.

FEE DE ERRATAS.

Pag. 12. lin. 23. ni es mayor, lee, ni es menor. Pag. 17. lin. 16. de sus doshermanos, lee, de su hermano. Pag. 30. lin. 29. consejados, lee, aconsejados. Pag. 32. lin. 13 firmavan, lee, formavan. Pag. 36. lin. 27. domatica, lee, dogmatica. Pag. 44. lin. 5. dispũrando, lee, despuntando. Pag. 55. lin. 26. advertdo, lee, advertido. Pag. 59. lin. 13. descrepar, lee, discrepar. Pag. 88. lin. 22. el mismi tiempo, lee, el mismo tiempo. Pag. 88. lin. 20. indiligente, lee, vn diligente. Pag. 91. lin. 18. bebia, lee, debia. Pag. 92. lin. 5. pedia, lee podia. Et lin. 23. mui lee, mi. Pag. 97. lin. vlt. todo el impulso, lee, todo el peso. Pag. 113. lin. 31. basta, lee, bastaba. Pag. 115. lin. 17. endimiento, lee, entendimiento. Pag. 133. lin. 25. igne, lee, insigne. Pag. 152. lin. 8. llgado, lee, llagado. Pag. 169. lin. 2. ano, lee, dano. Pag. 173. lin. 19. escandola, lee, escandalosa. Pag. 180. lin. 24. ni enel interes, lee, ni el interes. Pag. 190. l. 19 el decoro su, lee, el decoro de su. Pag. 195. lin. 28 diga de de su, lee, digna de su. Pag. 205. lin. vlt. aprobando, lee, probando. Pag. 206. lin. 13. determido, lee, determino Pag. 207. lin. vlt. cultare, lee, ocultare. Pag. 209 lin. 21. elDoctor, lee, el docto. Pag. 230. lin. 21. ano, lee, anno. Pag. 231. prælum, lee, prælium. Pag. 239. lin. 32. autentizar, lee, autenticar. Pag. 245. lin. 17. aya, lee, avia. Pag. 253. lin. 7. hagas, lee, hagais. Pag. 270. lin. 37. cortale, lee, costasse. Pag. 312. lin. 4 conronar, lee, coronar. Pag. 314. lin. 2. e, lee, le. Pag. 334. lin. 17. fervoso, lee, fervoroso. Pag. 357. lin. 15. grades, lee, grandes: lin. 37. gua, lee agua. Pag. 365. lin. 17. confusion, lee, contusion. Pag. 381. lin. 9. intencion, lee, intension. Pag. 446. lin. 25. conclurir, lee, concluir. Pag. 456. lin. 2. causa, lee causara. Pag. 443. inefable, lee, infalible.

De orden del Consejo, he visto este libro intitulado: *Vida del Eximio Doctor el Padre Francisco Suarez*, y con estas erratas corresponde con su Original. Madrid, y Setiẽbre 12. de 1693.

Lic. D. Simon Ioseph de Oliuares y Balcazar.

EL

EL SEÑOR D. FRANCISCO EVSTACHIO DE PEREA Y Porras. Cathedratico, que fue, de la Real Vniverſidad de Granada, Predicador de ſu Mageſtad, Colegial Mayor de Cuenca, y Cathedratico de Filoſofia mas antiguo de la Vniverſidad de Salamanca.

AL AVTOR.

DEVO à V. R.ma la anticipacion de vn grãde guſto, aviendo fiado à mis ojos eſte libro, antes de hazerle comun (vulgar nunca ſerà poſsible) en la perezoſa diligencia de los moldes. Por eſſo en eſta ocaſion ſe halla mas embarazado mi dictamẽ, pues ſiendo tan cordial el afecto, que profeſso à V. R.ma no sè ſi acertarè à explicarme como amigo, ò como deſapaſsionado, ſiendome forçoſo dezir con el Ioven Plinio: *Legi librum omnibus numeris abſolutum, cui multum apud me gratiæ amor ipſius adiecit.* Plin lib. 9. epiſt. 38. Imagen le apellida V.R.ma de mi Granadino, y Eximio Maeſtro, y à mi me ha parecido vna de aquellas primoroſiſsimas pinturas, que hazen liſongeros los colores con la diferencia de los aſpectos. No es eſte libro ſolamente Imagen del Padre Suarez, ſino tambien de V. R.ma porque todas ſus lineas nos informan de la elegancia de ſus periodos, de la diſcrecion de ſus ſentencias, y de la oportunidad de ſus noticias, entre las quales camina tan pura la narracion, como ſuele correr por medio de las flores el arroyuelo cryſtalino. Todo me obliga à repetir lo que de Epitecto eſcriviò Lypſio: *Non ſolùm dixit eximia, ſed eximiè.* Lypſio de Conſt. Eximiò fue el Padre Suarez en ſantidad, y ſabiduria, y tambien ſe haze reſpetar Eximio en la pluma, ò buril delicado de V. R.ma quien le abre otras tantas Imagenes à ſu immortalidad, como quenta hojas el hermoſo volumen de eſte libro. *In imagine pertranſit homo,* Pſal. 38. cantava el Real Profeta, para deſpertar nueſtro olvido con la breve duracion del caduco aliento, pero en la Imagen de eſte libro ſuſpenderàn el paſſo los ſiglos, para dar vna nueva vida al Principe de nueſtra Ieſuitica Eſcuela, y cederàn los mas duros bronces à el papel; porque conſiguiò ya en eſta obra aquella perpetuidad, que profeſsa

Pli-

Plinio à los hechos de su tio, si Tacito se encargava de celebrarlos con las dulçes elegancias de su pluma: *Petis vt tibi auunculi mei exitum scribam, quo verius tradere posteris possis; gratias ago; nã video morti eius, si celebretur à te, immortalem gloriam esse propositam.*

Plin. lib. 6. epist. 16.

Bien puede aora Granada desabrochar amante, y cariñosa la noble purpura de sus pechos, para dezir al mundo, que fue Madre de vn Maestro tan Eximio. Bien puede rasgar, y dividir en dos partes su Corona, pues aunque parezca, que la despedaza, à vista de tanto honor no la parte, sino la multiplica. Pleyteen siete Ciudades de la Grecia, sobre el obscuro origen de vn Homero, fabuloso aun en su mismo nacimiento, que el nacimiento de nuestro Heroe, señalado con todos los rayos de vna estrella, y con el esplendor de su alta estirpe, no pudo dexar en duda à su Patria la mayor de todas sus dichas, ni à sus Paysanos la mas apreciable de nuestras glorias. En èsta me miro yo sobre todos interesado, pues lograva vivir en la misma casa, que fue solar ilustre del Eximio Doctor, quando passè à esta *Athenas Salmantina*. Y si aun el pequeño albergue de Belen, por ser el Oriente del Celestial Maestro, se convirtiò, como enseña San Bernardo, en docta Escuela, donde estudiò hasta lo irracional el obsequio de sus cultos; no serà mucho, que de aquellas respetosas paredes, en que naciò el mayor Maestro de su siglo, aya yo aprendido la veneracion de su santidad, y la admiracion de su sabiduria.

S. Bern. serm. de Nativ. Dñi.

Arrebatòme el reverente amor, que professo à mi Granadino Maestro del merecido aplauso de su imagen: pero èste, si bien lo advierto, es el credito mayor de su propiedad, y hermosura. En el lienço de Apeles se parecieron tanto lo pintado, y lo verdadero, que las Aves verdaderas se dexavan atraher del mudo reclamo, con que las llamavan las pintadas, como si escucharan con los ojos la harmonia, que no entendian los oydos. No es menos diestro el pinçel de V.R.ma en esta Imagen de nuestro Fenix Español; con tanta propiedad nos la copia, que no puede aver diferencia entre el verle, y el admirarle, reconociendo siempre à la fidelidad de sus colores, las apa-

rien-

riencias de vivo, y los reſpetos de immortal. Alexandro, viendoſe en la tabla del ya aplaudido Apeles, prohibiò à los demàs ſu retrato; ocioſo ſeria al preſente el de precepto, pues la Imagen de V. R.ma deve à ſu acierto el ſer primera, y el dexar impoſsible otra ſegunda. Solo anelo, porque ſe deſpida de la prenſa, en que ſuſpira impaciente el deſeo de muchos, y tambien la eſperança de repetir muchas vezes con ſu leccion mi fortuna: *Nam amanti ſemel aſpexiſſe non ſufficit.* V. R.ma à quien la eloquencia, y el ingenio han dado tanto nombre en Salamanca, no retire de ſu mano la pluma, à quien es acreedora la vtilidad del Pulpito, y de la Eſcuela; ni crea mas à ſu modeſta deſconfiança, que al voto comun, y à la ſinceridad de mi cariño, quien le repite con el mas diſcreto Panegyriſta: *Amo quidem fuſsè: iudico tamen: & quidem tanto acrius, quantò magis amo.* Guarde Dios à V. Rma los dilatados años, que ſus elevados meritos ſe merecen, y le ſuplico. De eſte Colegio de Cuenca Mayor de la Vniverſidad de Salamãca, y Abril 28. de 1693. años.

Pedro Crinito lib. 16.

S. Gregorio.

Plinius in Panegyr.

B. L. M. de V. R.ma ſu mas fino Amigo, y ſeguro Servidor.

D. Franciſco Euſtachio de Perea y Porras.

R.mo P. M. Bernardo Sartolo.

EL



EL DOCTOR EXIMIO,
Y VENERABLE PADRE
FRANCISCO SVAREZ,
DE LA COMPAñIA DE IESVS,
EN LA FIEL IMAGEN DE SVS HEROICAS VIRTVDES.

LIBRO PRIMERO.

INTRODVCCION.

IMAGEN llamè à esta vida del Doctor Eximio; porque reconozco, entre mi pequeñèz, y su grandeza aquella distancia, que suele aver, desde el pincel à la verdad. Quise, tambien, prevenir con este nombre la disculpa, ò el consuelo de mis defectos; pues como la Imagen tiene admitidas entre sus primores à las sombras, parecerà à su lado menos fea la obscuridad de mis borrones. Deseo, pues, imitar la destreza de aquel Pintor, que supo recoger en vna tabla los dilatados espacios de la historia; representando à vn hombre en las quatro edades, y con los quatro aspectos de niño, de joben, de varon, y de anciano, y aprisionando la succesion de los tiempos al artificio de vnos mismos colores. Con este intento dexarè correr la pluma, desde la infancia del Doctor Eximio, hasta la vltima linea de su senectud, y se verán en su retrato vnidos, aunque sin confusion, los candores de la niñèz, con las canas de la ancianidad: el vigor, y aliento de la jubentud, con la madurèz,

rèz,y prudencia varonil. Ni en eſto confio demaſiadamente de mi propria induſtria ; pues lo que conſiguiò antiguamente el ingenio de aquel Artifice , me lo dà executado la perfeccion de tan Eximio Original.

En èl hallaràn los hombres de letras vna perfectiſsima idea de ſabios, y los demàs vn exemplar ſublime de virtudes: porque Franciſco fue aclamado por comun Maeſtro de ſu edad, y ſupo llenar eſte nombre, enſeñando con ſus exemplos tanto como con ſus eſcritos. No fue de aquellos Theologos,que anhelan por el conocimiento del ſummo bien , y ſe olvidan de ſu poſſeſsion, dandoſe ya por felizes , por llegar,como Moyſes,à conocer de viſta la felicidad;y parecidos à los que por agena codicia ſudan debaxo de los montes , y examinan à la tierra ſus precioſas entrañas , ſin eſperança de enriquecerſe con ſus teſoros. Trabajò el P.Suarez ſin igual,ò à lo menos ſin ſuperior , en la eſpeculacion profunda de las verdades divinas;pero no deſcubriò ſenda ſu diſcurſo,por dõde no le ſiguieſſe la voluntad; no diò buelo el entendimiento,que no fueſſe en compañia de vn ſanto amor. Remontòſe à la eſfera de la Divinidad,como Aguila,para averiguarle ſus luzes; y como Fenix,para abraſarſe en ſus incendios. Conociò mucho de Dios, porque eſtuvo muy cerca dèl. Copiò ſus perfecciones en ſus eſcritos con la pluma,y con la imitacion en el alma. El, en fin, fue entre los grandes Theologos , como el Fidias entre los Artifices , que ſupo introducirſe en la efigie de la Deidad , haſta participar de ſu veneracion. Eſte concepto mereciò el Doctor Eximio de quantos le trataron, y conocieron; ſi no le conſervàre igual deſpues de ſu muerte, avrè yo errado mucho en eſcribir ſu vida. Verdad es, que de ſus acciones es mas lo que ſe ignora, que lo que ſe ſabe; porque ſe obſervaron con menos diligencia, aviendo concurrido con otros Varones inſignes de nueſtra Compañia , cuyo numero hizo caſi vulgar, ò à lo menos poco reparable la virtud. Valiòſe tambien de eſte deſcuido la profundiſsima humildad del P.Suarez, cuidadoſo igualmente de ſer grande, y de no parecerlo; de merecerle al Cielo ſus favores , y de que no los entendieſſe la tierra. Con todo eſſo , los que llegaron à nueſtro conocimiento , baſtan para teſtimonio de ſu grandeza, y tienen ſu precio, no en la multitud , ſino en la certi-

dum-

dumbre; porque apenas referimos noticia, que no conſte de lo que obſervaron los Padres Luis de Valdivia, Franciſco Pereira, Antonio de Arana, y otros, que alcançaron vivo al P. Suarez, y eſcribieron immediatamente deſpues de ſu dichoſa muerte; circunſtancia, que ennoblece mucho nueſtra narracion, por correr mas pura, y mas ſincera la verdad, quanto ſe aparta menos de ſu origen.

No por eſto preſumo agradarà eſte libro à aquellos, que ſolo conocen la virtud por extaſis continuos, por exquiſitas maravillas, y ruidoſos acontecimientos, que deſpiertan la curioſidad, y entretienen con poco fruto la admiracion. Eſtos aplauden lo raro, no lo grande, y ſe parecen à quien eſtimarà los caudaloſos rios por el eſtrepito de ſus aguas. Fue el P. Suarez vn rio de ſabiduria, y ſantidad; y quien quiſiere averiguarle lo profundo, lo ha de preguntar à ſu manſedumbre, à ſu ſerenidad, y à ſu ſilencio. Fue vn nuevo Salomon de nueſtra Compañia, que levantò mageſtuoſo Templo à la virtud: adõde el primor era milagroſo; pero el eſtruendo ninguno. Fue vn hombre de Dios, y de ſus libros; enamorado de la ſoledad, y zeloſo de ſu retiro, y la perfeccion, que cabe en eſte linage de vida, ſe verà en ſus acciones, que puede ſer mui heroica. Pero ſi ſu agigantada magnitud deſcaeciere (como es forçoſo) en mi pequeñèz, ruego que al apartar los ojos de eſta Imagen, ſe traſladen à la que èl miſmo formò de ſi en ſus eſcritos. *Carmina maior imago ſunt mea*, dixo aquel infeliz, que acertò à poner en muſica ſus deſgracias: y es aſsi que las mayores, y tambien las mas nobles imagenes de los Sabios ſon ſus proprios libros, en los quales dexan gravadas ſus almas con el buril de ſus conceptos. Quien quiſiere, pues, admirar la efigie mas viva del P. Suarez, informeſe de ſus veinte y tres celebrados volumenes, y eſſos multiplicados cuerpos le daràn noticia de aquella grande alma. Pero no es neceſſario regiſtrarlos todos, pues en cada pagina, en cada renglon, ſe dexa ver la elevacion de ſu ſabiduria, y el caracter de ſu ſantidad, y modeſtia. Apeles tirò vna ſola linea, para que entendieſſe Protogenes, quien era. Para ſaber quien *fue el Doctor Eximio*, baſta cada vna de ſus lineas: y quien *leyere*, y entendiere muchas, reconocerà por ſu grandeza la cortedad de eſta nueſtra Copia. Ovid.

CAPITVLO PRIMERO.

De la patria, y nobiliſsimos Padres de Franciſco.

GRANADA, poblacion iluſtre de Eſpaña, noble ornamento de la Betica, y cabeza del grande, y belicoſo Reyno, à quien diò ſu nõbre e.la miſma; ſi ſe atiende à la benignidad de ſu Cielo, à la felicidad de la tierra, à la hermoſura del pais, à la grãdeza de ſus edificios, ò al numero, y nobleza de ſus habitadores; facilmente ſe avẽtaja à grandes Ciudades de Europa, compite con las mayores, y dificultoſamente ſabrà ceder à ninguna. Su Cielo ſaludable, y puro, ni declina en los ardores intolerables del eſtio, ni en los inclementes frios del invierno; porque vno, y otro ſe reducen à ſuave temperamento por las vezinas coſtas del mar Mediterraneo, que la abraza, y por las cumbres de la nevada ſierra, cuyos zeños apaciblemente la miran. De aqui nace lo fertil, y opimo de ſus campos, que ceñidos de vno, y otro rio, y dilatados en anchuroſas llanuras, hazen dudar ſi es mayor la abundancia, que los enriquece, ò la hermoſura que los adorna. Su celebrada, y viſtoſiſsima vega, permitiendo à los ojos dilatarſe por ocho leguas de ſu ameniſsima campaña, amontonò tantas delicias, en fuentes, arboles, y Quintas, que pudo diſculpar la vanidad fabuloſa de los antiguos, que colocaron àzia eſtos paiſes la region de las almas bienaventuradas. A tantos beneficios de Cielo, y tierra debe Granada el ſer Madre de Eſpiritus generoſos, que aſpirando à la fama, y à la immortalidad, han conſeguido lo ſummo de vna, y otra, ya entre los horrores de las armas, ya en las pacificas lides de las letras; por donde, ſi fue en otro tiempo nativo eſcollo del valor, ya puede llamarſe al preſente patria de los ingenios, y y de la ſabiduria.

No llegò à la cumbre de ſu honor, y de ſu grandeza la feliciſsima Ciudad de Granada, haſta que para corona de ſu cabeza,

beza, ò para piedra la mas reſplandeciente de ſu corona, naciò en ella el Sol de la Eſcolaſtica Theologia, el Auguſtino de ſu ſiglo, el Salomon de nueſtra Compañia, y clariſsimo eſpejo de ſantidad: el P. Franciſco Suarez, cuyos elogios por no caber en humanas vozes, explicò el Oraculo Pontificio, apellidandole Doctor Eximio: renombre que dura oy en la aclamacion de las Eſcuelas, y en la veneracion de los Sabios. Como el Cielo ſe reſolviò à fabricar en Franciſco vna de ſus grandes maravillas, no quiſo le faltaſſe eſmalte alguno de quãtos ſe concilian el reſpeto, y deſarmã el mal ſufrido genio de la malignidad. Por eſſo aviẽdole dado por patria à Granada, le concediò tãbien en ſus Padres, y Progenitores el caracter de vna iluſtre nobleza. Que ſi bien no ſe deben mirar como proprios eſtos hermoſos accidentes de la fortuna; con todo eſſo ſon el exterior adorno, con que reſplandecẽ los Varones grandes, no de otra ſuerte que el Sol con los ſutiles circulos, que ſuele fabricarſe de las nubes; los quales, ſiendo vnos exalados, y encendidos humos, paſſan por Coronas, y Mageſtades en la opinion de nueſtros ojos.

Fueron Padres de Franciſco los ſeñores Gaſpar Suarez de Toledo, y Doña Antonia Vazquez de Vtiel: de cuya nobiliſsima eſtirpe, dirè ſolamente lo que conſta de autenticos teſtimonios, que aviendo paſſado por el examen, mas puntual, y merecido la Real aprobacion de nueſtro Catholico Monarca, Carlos Segundo (que Dios guarde) lograron tambien los premios de ſu largueza, y el honor de ſus alabanças. Era Gaſpar Suarez de Toledo, deſcendiente legitimo, de varon, en varon, de la caſa de Ajofrin, vna de las mas antiguas de Caſtilla, y de las que en el Reyno de Toledo, han florecido mas en eſplendor, y rentas, y en la produccion de iluſtres hijos. Entre otros ſobreſale el Conde Muño Alfonſo, ſegundo dueño de Ajofrin, Cervatos, y Villaſeca: y Eſteban Ambran, Alcaide de Mora, y de los Alcazares de Toledo, Principe de ſu Milicia, Ricc-Hombre de Caſtilla; el qual en tiempo del ſeñor Emperador D. Alonſo, ſellò ſus hazañas con ſu ſangre; y conſagrò ſu fè, muriendo à manos de la Mahometana perfidia. Continuòſe eſta clariſsima Familia en la Imperial Toledo, ennoblecida ſiempre con los cargos de primer luſtre, y con los caſamientos de mayor realçe.

Vno de los mas ſobreſalientes fue, el de Alonſo Gonçalez de Ajofrin, dueño de la villa de Tocenaque, con Doña Tereſa Lopez de Toledo, ſeñora de la miſma aſcendencia, que las grandes Caſas de Alva, y Oropeſa; nombres tan ſoberanos, que ſiendo proprios de eſta Familia, pudieran ſer la mayor ponderaciõ de ſu nobleza. Conſtante ſiempre el honor, y fortuna de eſta proſapia, aviendo dado origen à los Condes de Cedillo, y de la Rivera, corriò haſta el tercer Abuelo de nueſtro Franciſco, llamado Pedro Lopez de Toledo, Cõtador Mayor del ſeñor Rey D. Iuan el Segundo, que caſado con Doña Ines Gaitan, de la caſa de los Condes de Villafrãca de Gaitan, tuvo por hijo, y ſuceſſor, à Alonſo Suarez de Toledo. Eſte, que fue Biſabuelo del P. Suarez, ſe eſtrechò en iluſtre, y conjugal lazo, con Doña Iſabel Diaz de la Puebla, hermana del Doctor Rui Gonçalez de la Puebla, del Conſejo de los ſeñores Reyes Catholicos, y ſu Embaxador à Inglaterra: y de eſte matrimonio fuerõ no menos fecundo, que generoſo fruto, Garcia Alvarez de Toledo, Capitan de los ſeñores Reyes Catholicos, en cuyo ſervicio rindiò la vida à los alfanges Africanos; Iuan Suarez de Toledo, que ſirviò en toda la guerra de Granada; Rodrigo de Toledo, Conquiſtador de Loja, y heredado en aquella Ciudad, y Fernan Lopez de Toledo, que ſiendo Capitan en el exercito de los Catholicos Reyes, perdiò la vida en la batalla de Toro, y compro con ſu ſangre la vitoria. Baſtavan tan iluſtres hijos para gloria de los Biſabuelos de Franciſco; pero aun reſta el mayor de todos, y el que continuò la repreſentacion de tantos blaſones militares, coronandolos con la fortuna de ſer Abuelo immediato del Doctor Eximio. Llamòſe eſte Cavallero Alonſo de Toledo, que ſiendo Mayordomo de los Catholicos Reyes, les ſirviò en toda la conquiſta del Reyno, y Ciudad de Granada, y traſladò à eſta Ciudad ſu antigua caſa, que por tantos años avia florecido en Toledo, con la ocaſion que aqui dirè.

Luego que los Sereniſsimos Reyes D. Fernando, y Doña Iſabel enarbolaron los Eſtandartes de nueſtra Fè, y de ſu fortuna ſobre las torres de Granada, arrancada ya de las impuras manos de los Moros, èſta codiciada, quanto preciſa, joya, vltimo aſylo de ſus ya poſtradas eſperanças; convirtieron ſus primeros cuidados àzia la Religion, y culto de Dios, à

quien

quien debian la conquista, sin olvidarse de enriquecer con las tierras adquiridas à sus Cavalleros, y fieles servidores, como à compañeros de su vitoria. Era vno de los mui señalados su Mayordomo Alonso de Toledo, y por esso merecedor, entre los primeros, de la Real, y Catholica largueza. Assistiendo, pues, los Reyes en el Real de Santa Fè, à los quince dias del mes de Enero del año de mil quatrocientos y noventa y dos, despacharon à favor suyo, y de sus descendientes vna cedula llena de honor, y liberalidad, cuyos caractères parece los formò de luz la elegante pluma de la fama. Porque despues de hecha mencion de los servicios personales de Alonso de Toledo, encarece los que dexamos apuntados de sus claritsimos Progenitores, y vltimamente le señala por premio la possession antigua del Moro Mahomad Abonadin, triunfal despojo de tan belicosa prosapia.

Esta merced Real fue la ocasion, de que el valeroso Alõso de Toledo diesse en Granada ilustre principio, à su siempre excelsa Familia; pero aun le acrecentò su esplendor, sirviendo despues al señor Emperador Carlos Quinto, y exerciendo el puesto de Pagador General de la gente de guerra, y su Alhambra, y Superintendente General de la fabrica de las Casas Reales, què se erigian en ella. La obligacion de empleos tan ilustres le hizo permanecer mucho tiempo en Granada, donde fundò su Casa, y Mayorazgo; y casado allì con Doña Leonor Gonçalez de la Torre, señora de linage esclarecido, enobleciò su fecundidad con tres hijos: vno, que fue Balthasar Suarez, siguiendo, como por herencia, el marcial estrepito, sirviò en las conquistas de Oran, Tremezen, y el Reyno de Navarra: otro, que se apellidò Iuan Suarez de Toledo, se dedicò al culto de los Altares, y fue Canonigo de Granada: y en fin, otro fue Gaspar Suarez de Toledo, feliz entre todos sus hermanos, y ascendientes, por heredar como Primogenito de su Familia tan heroicos timbres de nobleza; pero, sin duda, mucho mas afortunado, por aver sido Padre de vn Doctor verdaderamente Eximio en sabiduria; à cuya formacion parece quiso el Cielo precediessen tantos Heroes; para que se acostumbrasse la admiracion à celebrar en muchos, lo que con mejor fortuna avia de venerar en vno solo.

Esta es, mas indicada que referida, la serie de nobleza,

que

que recibiò el Padre Francisco Suarez de su paterna estirpe. La que heredò de su ilustre Madre Doña Antonia Vazquez de Vtiel, la cifrarè en solo dezir, que adquiriò por ella esta gran Casa el Patronato de vna Capilla en la Iglesia Metropolitana de Granada, donde no ay otra de particular alguno; y siendo tan vnico este honor, no necesita de otro aplauso, pues lleva en la singularidad su mayor encarecimiẽto. De suerte que discurriendo por el Arbol genealogico del P. Suarez. no se hallarà ramo de quien no estè pendiente algun trofeo, ni se descubrirà hoja alguna, en quien no se escribiesse alguna hazaña. Y si el fruto paga en dulçuras, el vegetable aliento que le infundiò su tronco; bien satisfizo Francisco à la nobleza de sus Mayores, pues la recibiò humana, y la divinizò con su santidad; la recibiò en la tierra, y con su pluma la remontò hasta el Cielo, dexando en el mundo tan celebre, y plausible el nombre de Suarez, que ni el tiempo tendrà poder para borrarlo, ni la embidia podrà jamàs obscurecerlo.

CAPITVLO SEGVNDO.

Nacimiento prodigioso de Francisco, y breve noticia de sus Hermanos, y del lustre, con que dura oy su gran Familia.

COMENZAVA el año de mil quinientos y quarenta y ocho, obedeciendo la Iglesia à Iulio Tercero; la Compañia de Iesvs à su Fundador, y Patriarca San Ignacio; y la Monarquia Española al Emperador Carlos Quinto, que hizo dociles los Leones, y las Aguilas à las leyes de vna misma coyunda; quando determinò el Cielo dar al mundo vn nuevo Sol, y ennoblecerle con el nacimiẽto de nuestro Francisco. Amaneciò el dia quinto de Enero, vispera de la Epifania del Señor, y dia verdaderamente feliz para la Iglesia, para España. y para la Compañia; porque en èl avia de nacer à la Militante Iglesia vn valeroso Caudillo, que la defendiesse con su pluma, à la Nacion Española vn Heroe, que la engrandeciesse con su fama, y en fin, à la Com-

Compañia de Iesvs, vn Doctor Eximio, que la iluminaſſe con ſu incomparable ſabiduria. Moſtròſe el Cielo intereſado en eſtas dichas que concedia al mundo: y aſsi quiſo darſe por entendido en el comun alborozo, notãdo eſte dia afortunado, no con el candor de vna margarita, ſino con el reſplandor de vna nueva, y brillante Eſtrella. Sintiò la Madre de Franciſco los accidentes del vezino parto, y aviendoſe continuado haſta ponerſe el Sol, ſiendo ya mui entrada la noche, empezò el Cielo à dar ſeñas de que ſe acercaba ſu dichoſo nacimiẽto. Apareciòſe ſobre ſu caſa vn Luzero de tan eſtraña magnitud, y claridad, que aſsi en la plazuela cercana, como en las calles circunvezinas, pareciò aver nacido ſegunda vez el dia. Permaneciò conſtante en vn miſmo ſitio, venciendo con la preſencia de ſu luz la obſcuridad de las ſombras, haſta que llegado el tiempo del alumbramiento feliz, ſaliò Franciſco del materno clauſtro, y deſaparecio, ò ſe reſolviò el Luzero, como quien dexava al recien nacido infante el oficio de ſu luminoſo reſplandor.

Eſte prodigio, como autorizado con la tradicion comun, le refiria à ſus Diſcipulos el P. Ioſeph de Madrid, que deſpues ocupò los primeros goviernos de ſu Provincia de Andalucia: oyòle repetidas vezes de ſu boca el Doctor D. Iuan de Leyba, Capellan mayor de los Reyes en Granada, y hablando dèl en carta eſcrita à D. Iuan Suarez de Toledo, Vizconde de Rias, y ſobrino del P. Suarez, dize aſsi: * *Mi Maeſtro* el P. Madrid, „ à quien yo oì el año de mil ſeiſcientos y quarenta y dos, ſe„ guia en todo la Eſcuela, y Metaphyſica divina deſte Princi„ pe de las letras, y Doctor Eximio, y por lo que le oì dezir del „ ſuceſſo de ſu nacimiento, tengo veneracion aun à las pare„ des, y balcones de la caſa de *de Vſeñoria*. * Haſta aqui Don Iuan de Leyba, ſugeto venerado entre los primeros, que celebra Granada, por ſu nobleza, virtud, y ſabiduria.

Conjeturar aora, que es lo que intentò dezirnos el Cielo, con las eloquencias mudas de aquella Eſtrella; puede ſer empleo de vna menos temeraria Aſtrologia, que aconſejandoſe con los ſuceſſos, interpreta ſus vozes à los ya paſſados vaticinios. Quien advierte fue nueſtro Franciſco, como vn nuevo Sol de Sabiduria, no eſtrañarà tuvieſſe vn aſtro por ſu menſagero, y Precurſor: y aun hallarà mas harmonia en eſta

ſemejança, obſervando que al nacer Franciſco, deſapareciò el Luzero; corteſania que vſan las Eſtrellas, quando amanece el Sol, cõfeſſando con la fuga, le ceden la cãpaña, y la vitoria. Ademàs, q̃ el Sabio nace para dominar las Eſtrellas: y aſsi fue prevenida atencion de eſta antorcha adorar à Franciſco en ſu cuna, y reconocer en nombre de las demàs el vaſſallage debido à ſu ſabiduria. En fin, quien ſe acordàre nacia eſte dichoſo niño, viſpera de los Santos y ſabios Reyes, conducidos à la preſencia de Chriſto, por el miſterio de vna Eſtrella; reconocerà, que eſta hermoſa luz ſymbolizava al Eximio Doctor, cuya ſabiduria es guia de los Sabios, y cuyo conſejo fue norte de los Reyes, encaminandolos à todos àzia Chriſto, que es el Sol de Iuſticia, y de verdad.

Pero antes que nos deſpidamos del nacimiento de Franciſco, y de ſu nobiliſsima Familia, es fuerça hazer vna ceñida memoria de ſus Hermanos; de quienes pudiera recibir muchos luſtres, ſi el Sol con menores aſtros pudiera aumentar ſus luzimientos. Siete Hermanos contò entre varones, y hembras, y de eſtas, que fueron quatro, ſe dedicaron las tres en las aras Religioſas, y vivieron en el Monaſterio de Santa Paula, del Orden de S. Geronimo, con grande opinion de ſantidad. Singularmente ſe venera la memoria de Doña Maria Suarez, cuya ſepultura ſuele exalar vn ſuaviſsimo olor; ſiendo continuo el que haſta aora reſpiran ſus excelentes virtudes, con las quales corriò en ſeguimiento del Celeſtial Eſpoſo, y participò mui de cerca eſtas fragrancias, con que aora ſe ennoblece ſu ſepulcro. Doña Catalina Suarez, que ſe quedò en el ſiglo, aunque inferior à las demàs en los años, y en el eſtado de matrimonio, que eligiò; con todo eſſo à ninguna cediò en los exẽplos de ſu virtud, ſeñalòſe ſobre menera en la piedad, y miſericordia con los neceſsitados, empleando la mayor parte de ſu hazienda en ſu ſocorro, y alivio. Vivia en la villa de Carcabuey, Fortaleza de quien era Governador ſu marido; y todos los dias baxava deſde el caſtillo a la poblacion, aſsiſtida de ſus criados, los quales traìan los medicamentos, regalos, y limoſnas para los pobres, y enfermos; y ella miſma les ſervia por ſu mano, ſin fiar à otras menos compaſivas ſu conſuelo. Treinta años empleò en eſtas piedades; y ſi los pobres ſaben introducir en el Cielo las riquezas, que les encomienda la miſeri-

ſericordia, como ſe dexarian fuera à quien les favorecio tanto tiempo? ſiendo impoſsible que ſea ingrato al bienhechor quien ſabe eſtimar el beneficio.

De los Hermanos bolò vno al Cielo en la inocente edad, trasladãdoſe como pura flor al immortal Paraiſo. Otro tuvo masfeliz carrera, aũque no mucho mas dilatada. Porque perficionado ya en la latinidad, y començada la natural Filoſofia en la eſcuela de Franciſco, determino profeſſar otra mas alta, haziendoſe Hermano del P. Suarez por la eleccion de vivir, como lo avia ſido por la ſuerte del nacer. Entrò en la Compañia en eſta Provincia de Caſtilla, y llenò tan cumplidamente las obligaciones de nueſtra profeſsion, que ſiendo eſpejo de virtud, y pureza, ſe encendiò en ardientes deſeos de llevar la luz Evangelica à los Barbaros Gentiles, para regar con ſu ſangre aquella tierra fecunda de palmas, y de Coronas, para los Apoſtolicos hijos de la Compañia. Eſtos deſeos atendidos, y aprobados de la obediencia le conducian proſperamente à las Islas Filipinas; quando aviendo ya dexado las coſtas de nueva Eſpaña, y mirando muy de cerca el theatro prometido à ſus hazañas, y fatigas, aceptò Dios por ſacrificio ſus anſias; y rindiendo, como otro Moyſes la vida, tomò puerto en el Cielo antes que ſus Compañeros arribaſſen à la deſeada tierra. Dexò gran deſeo de ſi en aquellos Obreros Apoſtolicos; porque ſus alientos, y fervores anunciavan heroycas empreſſas en aquella Gentilidad. Solo ſe hallò en ſu poder vn Contemptus mundi; las diſciplinas, y ſilicio, y el Rotario de Nueſtra Señora, reliquias todas de ſu deſengaño, de ſu penitencia, y devocion, y deſpojos tiquiſsimos de la Evangelica pobreza. Leìa en Roma el P. Suarez, quando Nueſtro P. General Claudio Aquaviva tuvo la noticia, de la muerte, y relacion de las virtudes de eſte dichoſo Hermano; comunicòſelas entrambas al P. Suarez, el qual las recibiò con mas embidia que dolor, viendo que avia llegado antes à la poſſeſsion de la immortalidad, el que avia nacido mas tarde à eſta mortal vida. Tan liberalmente derramò el Cielo ſus bendiciones en los Hermanos de Franciſco, para que fueſſe como vn diamante precioſiſsimo, que pocas vezes ſe encuentra ſolo; porque el Sol que le produce, ilumina ſiẽpre cerca dèl otros menores, los quales como pequeños atomos

mos de luz ſirvan de eſcolta, y de adorno al que formò imagen mas luziente de todo ſu reſplandor.

Reſta el Primogenito de los Hermanos de Franciſco, que tomando por primer apellido el de ſu Madre, ſe llamò Iuan Vazquez Suarez de Toledo; y caſado con Doña Antonia Vazquez de Gumiel ſu ſobrina, produxo à demàs de dos hijas que ſe conſagraron al Celeſtial Eſpoſo, en el Convento de Santa Paula, otros tres hijos: vno fue Prebendado exemplar de la Santa Igleſia de Palencia; otro ſiguiò las huellas de ſu ſanto Tio, aliſtandoſe en la Compañia de Iesvs, y fue el P. Gaſpar Suarez, que muriò en eſte Colegio de Salamanca, amado, y venerado de los domeſticos, y eſtraños, por el candor, y virtudes de vna inocentiſsima vida. El tercero ſe llamò D. Luis Suarez de Toledo, Cavallero de Chriſtianas virtudes; el qual en Doña Beatriz de Obregon y Acuña, ſu nobiliſsima conſorte tuvo à D. Iuan Suarez de Toledo, que oy es Vizconde de Rias, Gentil-hombre de la boca de ſu Mageſtad, Veinte y quatro de Granada, y ſu Procurador General en la Corte. Hallaſe vnida en ſu perſona, con el reſplãdor de ſu Paterna eſtirpe, que ya dexamos ſeñalada, la excelſa calidad de ſu materna linea, por la qual ſe mira eſtrechamente emparentado con muchas, de las grandes, y mayores Caſas de Eſpaña. Ni es mayor el luſtre, que acrecentò en ſu generoſa Familia, por medio del vinculo conjugal con Doña Iuana de la Cueba Benavides y Granada, cuya caſtiza, y Real nobleza ſobreſale entre las primeras, aſsi de Granada, como de toda la Andaluzia; y para que ſe perpetùen tan ſublimes, como multiplicados blaſones, ſe miran ya traſladados en ſu hijo, y ſuceſſor D. Luis Suarez de Toledo, Cavallero del Orden de Calatrava, en cuyo pecho ſe hazen reſpetar enlazados con la roja Cruz todos los laureles de ſus heroycos progenitores. Pero ſi alguna vez deben ceder las armas à las letras, y las eſpadas à la pluma, bien pueden rendirſe vfanos los Timbres de eſte marcial, y ſiempre florido tronco à la ſabiduria de ſu Doctor Eximio, cuya fama immortal es la mas alta, y continuada recomendacion de tan conſtante ſerie de nobleza. Alexãdro, al mirar el ſepulcro de Aquiles, no tuvo embidia à ſus hazañas, ſino à la celebridad q̃ les diò Homero con ſu pluma, entriſteciendoſe de que huvieſſe muerto,

por-

porque faltava quien ſatisficieſſe à la ambicion de ſu aplauſo. Nada tiene que embidiar eſta gran Familia, à quantas florecen en Eſpaña; no las hazañas de ſus Mayores, porque con dificultad puede reconocer otras iguales; no vna pluma de oro que las celebre, pues en la de Franciſco aun deſpues de muerto ſuena la voz de la immortalidad, y lleva el nombre de ſu inclita proſapia à todo el Orbe Chriſtiano, adquiriendo mas impulſo en el movimiento de los tiempos, y multiplicando los ecos à ſu veneracion en las diſtancias de los años.

CAPITVLO TERCERO.

De ſu infancia, y primera educacion.

NACIO Franciſco el ſegundo de ſus Hermanos, negandole la ſuerte el mayorazgo de latierra, porque la Providencia le avia deſtinado à mas excelſas mayorìas. Renaciò por el Bautiſmo à las puras luzes de la gracia, en vna de las Parroquias de Granada, cuyo tutelar es Santa Eſcolaſtica: nombre, que, en la conſonancia con las Eſcuelas, tuvo tanta proporcion con Franciſco, que ò puede referirſe como vaticinio, ò à lo menos mereciò no ſer acaſo. En el nombre de Franciſco recibiò la idea de las virtudes mas ſublimes, que trasladò deſpues à ſu pecho; ſingularmente de aquella profundiſsima humildad, que fue el laſtre firme con que pudo tender las velas de ſu ſabiduria, ſin peligrar ni en los blandos zefiros del aplauſo, ni en los ciegos eſcollos de la emulacion.

Apenas llegò à los confines de la infancia, y empezò à deſpertar ſu entendimiento à la luz de la razon, quando en la piedad grande de ſus Padres hallò exemplos que aficionaſſen ſu voluntad, y ſantas palabras con que conſagrar à Dios las primicias de ſu inocente lengua: Hablò bien, aun quando no ſabìa lo que hablava; porque à la ſuavidad de la materna leche ſucedian en ſu boca *las dulçuras de Iesvs*, y Maria, y los demas rudimentos Chriſtianos, con que ſu Madre (que fue Matrona honeſtiſsima) procurò informar la tier-

na

na memoria de ſus hijos; para que ocupando el primer lugar en el alma, ſe derramaſſen dulcemente en los labios, Que no errò tan ciegamente la antiguedad, en ſeñalar à los balbucientes niños ciertas deidades, que governaſſen ſus primeros acentos; pues eſte es el oficio que encomendò el Cielo à los Padres, imagenes vivas de la divinidad, en quienes reſide la obligacion de deſatar los labios de ſus hijos en aquellas vozes, cuya imperfeccion eſcucha Dios, como ſu mas perfecta alabança.

Luego que los años hizieron capaz à Franciſco de mayores deſvelos, procuraron ſus nobles Padres cultivaſſe ſu entendimiẽto con los eſtudios que ſufre aquella tierna edad. Aplicaronle à los rudimentos de la Gramatica, debaxo la diſciplina de Maeſtros, en cuyos exemplos eſtudiaſſe las reglas de la virtud juntas con los preceptos de la latinidad. Era el niño de docil condicion, de blando, y agradable natural, à que añadia mas dulçura aquella modeſtia, y encogimiento vergonçoſo, de que le dotò el Cielo en ſus tiernos años, y le acompañò haſta los poſtreros de ſu admirable vida. Por eſta cauſa ſe hazian en ſu pecho mas lugar las virtudes, que no ſuelen avenirſe bien con los genios deſahogados, y bullicioſos. La gracia que no dexa ocioſa la naturaleza, ſolo le permitiò ſer niño en los años, y en el candor de ſu inocencia, no en las traveſuras de aquella puerilidad; antes ſe admirava en èl tanta compoſtura en ſus acciones, y tanta gravedad de coſtumbres, que ya parecia vna joya eſcogida de Dios para oſtentar en ella los primores mas ſubidos de ſantidad. Fue eſto de manera, que ſus Padres reconociendo que aquel eſpiritu ſuave de Franciſco, no dezia bien con las inquietudes del eſtado ſecular, tuvieron por cierto le deſtinava el Cielo para los Altares: y aun ſiendo tan niño, à imitacion de los Padres de Samuel, reſolvieron conſagrarle à los cultos, y miniſterios del Templo. Atendiendo à las vozes de eſta inclinacion, le nombraron en dos Capellanias, cuyo Patronato es proprio de ſu iluſtre Caſa: y aviendo Franciſco cumplido apenas diez años, empezò ya à mirar, como à norte de ſu vida las obligaciones del Sacerdocio. Recibiò la colacion del Doctor Fonſeca, Proviſor, y Vicario general del Iluſtriſsimo ſeñor D. Pedro Guerrero, Arçobiſpo de Grana-

da,

da, de cuya sabiduria, y santidad será forçoso hablar à su tiẽpo, por aver sido de no pequeño credito à nuestro Francisco, à quien aora favoreciò como à hijo de tan nobles Padres, y à quien amò despues como à vno de los mayores hijos de la Compañia.

Dedicado ya al estado Clerical, prosiguiò las tareas de sus estudios hasta los treze años: tiempo, en que ya se hallava con bastante noticia de la lengua Latina, porque al passo que su natural le avia retirado de las diversiones de la puericia, le avia tambien facilitado mas el aprovechamiento en las letras. Con el aumento de los años crecia jũtamente el conocimiento de los peligros del mundo, y con su vista la resolucion de aborrecerlos, y evitarlos. Mirava en otros de su edad el bullicio con aversion, y la libertad, y desemboltura como escandalo. Dabanle muy en rostro el desahogo, y desmesura en las palabras: huìa de los que profanavan el candor de los primeros años con sus viciosas costumbres, y se alejava de su lado, y compañia, por no ser complice en sus excessos. Mas para que este su genio natural se fortaleciesse, y passasse à ser desengañò, permitiò el Cielo viesse con sus ojos vn lastimoso accidente, que le sirviò de vtilissimo aviso, ya que en su inocencia aun no podian caber los escarmientos.

Concurriò vn dia con Francisco, cierto Ioben muy de semejante en las costumbres, porque era de condicion colerica, y fogosa, y de vn orgullo, y resolucion mucho mayor que sus años. Demàs de esto, su nobleza muy conocida, le ayudava no poco para sus arrojos, porque la mirava como impunidad contra los temores de qualquier castigo. Este, pues, aviendo trabado contienda, con otro de su edad, passando facilmente de las porfias al enojo, y del enojo à la precipitacion de las palabras, se encendiò de manera, que llegò à desembainar vn puñal, de que venia armado, para tomar vengança de su enemigo. Quisiera Francisco detenerle, pero no era tan reducible, ni tan templado su furor, que pudiesse obedecer à los ruegos, y persuasiones de vn niño. Arrojose con impetu ciego à su contrario, y descargando el golpe del puñal con todo el impulso de su fatal enojo, le diò vna herida tan penetrante, que cayò luego à sus pies sin vida, y sin aliento. Tales tragedias produxo siempre la jubẽtud mal acõ-

sseja-

ſejada, quando lleva en las armas la ocaſion, y en ſu inconſideracion la temeridad: de donde no es mucho ſe lloren tal vez funeſtos homicidas, los que aun no avian llegado à ſer hombres.

Quedò Franciſco atraveſado de dolor, à viſta de la deſgracia lamentable del difunto, y de la atrozidad del delinquente; el qual abriendo luego los ojos à la razon, obſcurecida antes con los torvellinos de la ira, ſe hallò como atonito, y aſſombrado de ſi miſmo: y acometido por vna parte de la fea imagen de ſu delito, y por otra del rieſgo que le podia amenazar, parecia eſtar como fuera de ſi, faltandole el conſejo para la reſolucion, y aun el aliento para la fuga. Pero ſocorriòle en tanta turbacion nueſtro Franciſco, el qual aunque laſtimado, y condolido con el fracaſo del muerto, ſe cõpadeciò del agreſſor, que tambien eſtava mas muerto que vivo; y con la ſeguridad que le dava ſu inocencia, le obligò, como por fuerça, à retirarſe, y à buſcar en vna Igleſia ſu aſſilo, llevandole caſi en brazos, porque el pavor, y ſuſto parece le entorpecian el movimiento de los pies. En fin debiò à Franciſco, cuyo conſejo avia antes deſpreciado como de vn niño, los oficios, que en tan apretado lançe pudiera eſperar de la mas prudente ancianidad: porque le aſſegurò con tan piadoſa, y advertida induſtria, que reconocieron todos ſe avia anticipado ſu prudencia à los años, y que para deſembarazarſe de tan inopinados lançes, no neceſsitava ſu cordura del perezoſo eſtudio de la experiencia.

Eſte tragico acontecimiento hizo grande impreſsion en Franciſco, y ſu memoria le aficionava mas à los retiros de ſu eſtudio, y devocion, para evitar la comunicacion de aquel linage de compañeros, que ofenden con el aliento de ſus vicios. Porque las almas puras ſon como inocentes, y deſarmadas avecillas, que no ſolo temen la vorazidad del milano, ſino ſe eſtremecen tambien de ſola ſu ſombra, y ſu temor les dobla las alas para la fuga.

***

CAPITVLO QVARTO.

Embianle sus Padres à la Vniversidad de Salamanca, y Dios le llama à la Compañia.

MISTERIO fue de la antiguedad el celebrar por nutriz, y Madre de las Musas, à no sè que Deidad, à quien llamaron Eufemene; porque este nombre significa lo mismo que aplauso: y assi fue tanto como advertir, que es el aplauso, y el honor, quien alimenta, y haze crecer las Artes, y las ciencias. Solamente la esperança de conseguirle destierra à la jubentud generosa de su dulçe patria, arrancando del regazo de los Padres à los amados hijos, para verlos venir ennoblecidos del honor, y de las letras à ser baculos de su vejez, y coronas de su venerable ancianidad. Estos discursos forçaron à los Padres de Francisco à desprenderse de sus ternuras, encaminandole en compañia de sus dos Hermanos à esta floridissima Vniversidad de Salamanca, à donde à pesar de la malignidad de los tiempos, siempre resplandece lo mas noble de España, y se escucha lo mas docto de toda Europa. Ni es pequeña gloria entre las muchas que ennoblecen esta gran Madre de la sabiduria, el aver tenido por hijo, y por discipulo, al que fue despues admiracion de los sabios, y serà siempre Maestro vniversal de todo el mundo.

Entrò nuestro Francisco en Salamanca bien prevenido de consejos, para no interrumpir el concierto de su vida, y de lo necessario, para no desmentir el esplendor de su nobleza. Avia su Padre dedicado siis floridos años al estudio de la Iurisprudencia, y gustò tambien que professasse Francisco esta facultad, assi porque es ornamento del estado Eclesiastico, (a que aspirava) como porque sus rumbos podian cõducirle à mas sublimes honras. Servianle de estimulo, y de exemplo las que ilustravan la familia de su Madre Doña Antonia Vazquez, en la qual se cuentan grandes Varones, que formados en los Colegios Mayores del Arçobispo de Salamanca, y de Santa Cruz de Valladolid, sirvieron à la Monar-

quia, y Mageſtad Catholica, en los Conſejos, y Preſidencias de Caſtilla, y Indias. Franciſco, à cuyos ojos aun no eran deſapacible objeto eſtos humanos, aunque aparentes reſplandores, aficionado de ſu hermoſura, y rendido al precepto de ſu Padre, empezò à curſar las Eſcuelas, oyendo à los Maeſtros, y Doctores, de mayor nombre, y de la primera eſtimacion.

Mas ſucediòle lo que à todos los que entran de nuevo en las grandes Vniverſidades, que aviendo venido à cultivar, y perficionar en ellas ſu entendimiento, tropiezan con los peligros de inficionar ſu corazon. Traìale ſu obligacion à las liciones, y acercavale inſenſiblemente à los rieſgos; porque la comunicacion con la jubentud deſembuelta, el deſahogo de los libres, el pernicioſo exemplo de los compañeros, los falſos halagos de fingidos amigos, y la comun licencia de los mas, era vna batalla continua contra el que por ſu recato, y encogimiento ſe ſeñalava entre todos. Por otra parte la auſencia de ſus Padres ſe esforçava à borrar de ſu entendimiento la imagen del reſpeto, y obediencia à ſus conſejos. La edad, al paſſo que iba aumentandoſe en años, iba tambien deſpertando las primeras centellas de los vicios: y ſi eſtos con ſus encantadoras vozes le llamavan, el regalo de ſu caſa, los perſuadia, y la abundancia de ſus aſsiſtencias los facilitava.

Milagro fuera, que eſte inocente Ioben, arrojado como pequeño vagel à los peligros de eſte golfo, no huviera zozobrado en alguno de ſus bagios, y dado oìdos à las Sirenas que pueblan ſus infames eſcollos. Pero quiſo Dios manifeſtar, que le avia eſcogido para Templo de ſu ſabiduria, y que avia entrado en ſu corazon, no para dexarle algun tiempo, ſino para hazerle morada, y trono de ſu amor. Sabeſe con aquella luz, que ſe permite à los ojos, y diſcurſos humanos, que conſervò el reſplandor de la gracia, recibida en el Bautiſmo, ſin que pudieſſen eclipſarla tantas ſombras, como por todas partes le amenazavan, y combatian. Privilegio ſin duda ſoberano, y que mereciò el ſummo aprecio en la eſtimacion de Franciſco, pues no fue la menor de ſus dichas el no experimentar en vna culpa la mayor de las deſgracias, ſiẽdo ineſtimable felicidad el no averſe viſto alguna vez infeliz.

liz. Logrò Francisco este beneficio tan crecido con las virtudes propias de su profession, y singularmente, con aquel su vergonçoso encogimiento, que al oir qualquiera voz menos pura, se arrojava luego à su rostro, como saliendo al encuentro, al desahogo, y à la libertad. Ni le ayudò menos su condicion amante del retiro, en el qual, como en fiel custodia de la virtud, se asseguro la que ya avia adquirido, y empezò à crecer, y à descollar con nuevos, y ventajosos aumentos.

Pero como en las selvas incultas viven à grande riesgo las flores delicadas, y entre la maleza del siglo las virtudes tiernas, y floridas; quiso Dios trasplantar èsta al Iardin ameno de la Religion, por el modo, y circustancias que dirè. Discurria en este tiempo por las Ciudades de España el Apostolico, y zelosissimo Padre Iuan Ramirez, rayo verdaderamente divino de la eloquencia christiana, que forjado primero en la Oficina, y Escuela de aquel Heroe grande, el Venerable Maestro Iuan de Avila, y trasladado despues por su consejo al cielo de la Compañia de Iesvs, centellava entre los truenos de su predicacion, descubriendo à los pecadores el despeñadero de sus vicios, y señalando à todos la segura senda de la virtud.

Llegò este Clarin Evangelico à Salamanca, y desde que empezò à resonar en el Pulpito, parecio aver tocado el Cielo al arma para pelear, y rendir los mas duros, y pertinazes corazones. Componiase entonces esta Vniversidad de tan numerosa jubentud, que la que aora miramos; apenas puede ser vna pequeña, bien que luzida sombra de la que entonces la ilustrava. Mas al passo que era mayor la multitud, era tambien la licencia mayor: los odios mas empeñados, las desgracias mas frequentes, los escandolos mas ruidosos: y en fin mas atrevidos, y autorizados todos los yizios. Pero como estos viven siempre temerosos, no es mucho se amedrentassen al escuchar aquel trueno espantoso del Cielo, que amenazava por la boca del Apostolico Predicador Iuã Ramirez. La fama que avia llegado antes que su persona, le convocava numerosissimos concursos, y todos bolvian tan admirados del sermon, como assombrados de si mismos, convirtiendose la curiosidad en lagrimas, en dolor, y arrepentimiento. Toda la Escuela parece avia despertado de vn sue-

ño profundo,conociendo por la luz q̃ ora le ilustrava,la ceguedad que antes le oprimia. Enfrenòle la licencia,cessaron los escandalos, borraronse los odios, sucediendo en vez de tantos monstruos la paz, el exemplo, y la hermosura de la piedad,y devocion.

Mas para que el triunfo contra los vicios fuesse mas glorioso,y mas permanente el provecho, empezò el Apostolico Padre à persuadir el amor à la virtud,el estudio de la perfeccion,el desprecio del mundo,la falsedad engañosa de todo lo temporal, y la grandeza incomparable de lo eterno. Sus palabras encendidas en la fragua del divino espiritu fueron poderosissimas; en tanto grado,que la eficacia de su zelo mas podrà admirarse, que medirse, por la copia de su fruto. Increible nos pareciera el que logrò,si su grandeza no huviera hecho tan firme su memoria. Mas de quinientos Estudiantes de aquella floridissima juventud dieron de mano à la libertad, à las riquezas, y à las esperanças, y se abrazaron con la Cruz de Christo, siguiendo las Vanderas de las sagradas Religiones; fruto sin duda grande para muchos años, pero mayor, y mas prodigioso por averse conseguido en vna Quaresma sola.

No era menester la voz de tantos desengaños, ni la fuerça de tan repetidos exemplos, para rendir el corazon de nuestro Francisco, siempre facil,y prompto para obedecer à los impulsos del Cielo. Assistia à todos los sermones del Apostolico Padre: y la semilla del Cielo multiplicò su fecundidad en la tierra de tan bien dispuesto corazõ. Concibiò vn summo horror à los vicios, enamorose singularmente de la virtud, empezò à ponderar consigo la dificultad de conseguirla, y de conservarla entre tantos riesgos como la combaten en el mundo,y escuchando por otra parte las vozes de Dios que le combidavan con la seguridad de la Religion,con la tranquilidad de su retiro, y con la esperança firme del premio, se resolviò à seguir el rumbo que Dios le manifestava con su luz, ofreciendose por victima agradable en las aras de la Religion. Ni tuvo mucho que deliberar en la eleccion, porque atendiendo al fervor encendido del Apostolico Padre,y à las almas que conquistava para el Cielo, le pareciò, que imitandole en la profession de su virtud, podria algun

dia

dia copiar alguna parte de su zelo. Demàs, que la modestia, y compostura de los Iesuiras; el amor, y suavidad que los hermanava; los empleos sagrados à que atendian; aquella voluntaria imposibilidad à las honras, y puestos, à que otros ansiosamente anhelavan, y enfin su porte, su profession, y su vida, todo hazia admirable consonancia en su entendimiento, y todo conspirava à violentar suavemente su corazon.

No pudo sufrir mas tiempo el peso de sus deseos, y los golpes con que llamava à su pecho la inspiracion celestial. Encaminòle à nuestro Colegio, para solicitar el desahogo de sus fervores, y ser luego, si fuera posible, admitido en la Compañia; porque sus ansias quisieran atropellar qualesquiera dilaciones. Era Rector, à la sazon, el P. Bartholomè Fernandez, persona de grandes talentos, y prudencia; el qual recibiò entre sus brazos con amoroso agrado à Francisco, escuchò sus deseos, observò sus motivos, alabò su resolucion, y porque su fervor no dava treguas à detencion alguna, le advirtiò, que nuestros estilos disponian, que semejantes materias passassen por el juizio de los Padres de la primera representacion del Colegio, y que conviniendo sus pareceres en que su llamamiento, y demàs calidades le hazian digno de la Compañia, lograria en ella sus deseos. Con esto despidiò à Francisco, y èl que tenia ya el corazon atravesado con la flecha de la inspiracion divina, sentia mayor la herida en la dilacion de su remedio, creciendo mas su fervor à vista de la tardança, y tibieza que esperimentava: à la manera que el excessivo fuego suele irritarse mas con el moderado rocio, el qual quando parece que corrige su ardor, es mayor incentivo de su actividad.

CAPITVLO QVINTO.

Dificultades de su entrada en la Compañia.

ES la Cõpañia de Iesvs, como la fabrica de vn cuerpo humano, en quien no puede aver parte inutil, sin que juntamente sea nociba. Es como la estructura de vn relox, cuyo concierto, ò cuyo desorden, bien que pendien-

diente de las interiores ruedas, ſe manifieſta à los ojos de todos en la mano, y à los oìdos en la voz. Es como aquella eſcala celeſtial, en cuyos grados ſe miravan inteligencias ſublimes; diſpueſtas, y proporcionadas para los pueſtos mas altos; dociles, y rendidas, para abatirſe à los mas humildes; pero en todos ellos expueſtas à la viſta del mas ciego, y à la cenſura del mas dormido. Eſtos exemplares tienen aora delante de los ojos, los que apruevan, ò repruevan nueſtros candidatos, y eſtos miſmos atendian los que eran Iuezes en la pretenſion de Franciſco. Por eſſo entonces, y aora es, y debe ſer la entrada en la Compañia (como la del Cielo) dificultoſa, y eſtrecha; porque ſi ſe parecen los Palacios, es razon que ſe correſpondan ſus vmbrales, y ſus puertas.

Empezòſe, pues, el examen de Franciſco, comparando ſus prendas, y talentos con los que ſe deſean en vn Ieſuita; y aunque en ſu natural, y compoſtura hallavan lo docil, y ſuave de ſu voluntad, echavan menos en ſu entendimiento aquella luz de que neceſsitan todos nueſtros empleos; ò ſea porque ſu encogimiento parecia cortedad; ò porque entonces era en la realidad lo que parecia. Ademàs que el aſpecto de Franciſco indicava debil complexion, y poca firmeza en la ſalud; con que ſe empezò primero à dudar, y deſpues à reſolver, que no debia ſer admitido en la Compañia: porque la debilidad (dezian) de eſte Mancebo oprimida del peſo de la Religion, ha de paſſar à falta continua de ſalud, con que ſiendo inutil, y embarazoſo, peligra ſu perſeverancia: y ſi es como vna fabrica humana la Compañia, no cauſa dolor la parte nunca adquirida; pero le ocaſiona muy vivo, la que neceſsita de ſer cortada. Ademas que ſiendo tantos los que piden con anſias la Compañia, es muy conveniente la eleccion: y ſeria agravio del benemerito, que ocupe ſu pueſto el menos digno. Eſtos motivos obligaron à la triſte, aunque al parecer preciſa, reſolucion de no aprobar à Franciſco; y quando el bolvio en alas de ſus eſperanças, y deſeos à ſacrificarſe à Dios en la Religion, hallò el amargo deſengaño de ſus anſias, pues por mas que le dorò la ſuavidad, fue preciſo indicar ſu ineptitud por razon de ſu repulſa.

Aſsi yerra la prudencia humana, aun quando parece mas advertida; y como ſi la paſsion no baſtàra para cegar nueſtro jui-

juizio, tambien la razon miſma le deslumbra, para que ſe engañe aun con los miſmos aciertos, y huyendo de los males, ponga en contingencia los mayores bienes. Las columnas del Cielo, que ſon los Santos, dize Iob, que tiemblan, y ſe eſtremecen; no porque peligre ya ſu fortuna, ſino porque tal vez eſtavo à rieſgo ſu gloria: y pudiera temblar el Cielo de la Compañia, al ver que tuvo tan arrieſgada en Franciſco la mas firme de ſus columnas, y la mas reſplandeciente de ſus Eſtrellas. Caſi llegaron à cinquenta los ſugetos, que aquel año diò à la Compañia eſte Colegio de Salamanca, todos eſcogidos entre muchos; y ſolo Franciſco ſe juzgò menor que todos. Pero aquel Dios, que eligiò al menor de los hermanos para guia, y Caudillo de ſu pueblo en la campaña, puſo aora los ojos en Franciſco, tambien contra la opinion de los hombres, para que fueſſe Principe, y adalid de ſu Compañia, en las lides de las letras, ſin que en eſta eleccion (como ſe dirà luego) faltaſſe vn Samuel, que à la luz de la divina inſpiracion conocieſſe, y pronoſticaſſe la futura grandeza de eſte pequeño David.

Iob. 26. *Columnæ Cœli contremiſcunt.*

1. Reg. c. 16.

Mas aora oyò Franciſco la reſolucion contraria à ſus deſeos con ſentimiento igual à las anſias de conſeguirlos. Interpuſo ſus ſuplicas, y ſus lagrimas por medianeras; pero no baſtaron à doblar el juizio, y reſolucion ya concebida, conſolandole con los diferẽtes caminos q̃ conducen al Cielo: y diziẽdole que pues Dios le cerrava el de la Cõpañia, ſin duda deſcubriria à ſus fervores otra ſenda. Pudiera Franciſco, dando oìdos à eſtas razones ladear à otra parte ſus deſeos; y aun herido del deſprecio ſu pundonor, pudiera convertir en aborrecimiento aquel reciente amor al inſtituto de la Compañia. Pero eſtuvo tan lexos de enflaquecerſe con eſte accidente ſu conſtãcia, que antes ſe hizo mas firme, y mas robuſta: à la manera que acontece al fuerte yunque, el qual, quanto es mayor el golpe que recibe, tanto mas obſtinadamente ſe endurece.

Determinando, pues, à no ceder à ninguna impoſsibilidad, ſe reſolviò à probar qualquiera medio para el logro de ſu pretenſion; porque ſabìa bien que tiene Dios *las llaves* de ſu caſa, y que al cabo abre al que llama, y perſevera à ſus puertas. Por eſto procurò informarſe del parage adonde ſe hallava el Padre Provincial, que entonces regìa eſta Provincia, cõ ani-

animo resuelto de atropellar qualquiera distancia, para apelar en su tribunal de la primera, y no esperada sentencia. Supo que à la sazon estava en Valladolid, y se partiò de Salamanca en su busca, armado de ruegos, de razones, de lagrimas, y del espiritu del Señor, que le movia. El camino pareciò tan largo à sus deseos, como breve à sus fervores; porque su determinacion era buscar la Compañia, aunque se le negasse, y huyesse hasta las partes mas remotas. Tanto fue, y tan fino el incendio de este amante, y tierno Iacob, y tanta la hermosura, y felicidad, que Dios le manifestava en su pretendida Raquel.

CAPITVLO SEXTO.

Dàle licencia en Valladolid el Padre Provincial, por inspiracion divina.

ENtrò Francisco en Valladolid; y sin que la grandeza, la hermosura, y novedad de aquella Corte retardasse vn punto sus passos, ò solicitasse sus ojos, se encaminò al Colegio de la Compañia, que era el centro de sus deseos. Allì despues de aver implorado en los Altares su feliz despacho, rogò le conduxessen à la presencia del Padre Provincial, que era el Venerable P. Iuan Suarez, persona de grande espiritu, como lo testifica el iluminado, y esclarecido P. Luis de la Puente, en la vida del P. Balthasar Alvarez, adonde le apellida varon santo, espiritual, prudente, y muy exercitado en el govierno de las almas. Puesto Frãcisco à los pies de este admirable Varõ, empezò a descubrirle todos los senos de su pecho, las vozes con que Dios le llamava à la Compañia, las ansias con que pretendia obedecer à su llamamiento, la severa respuesta que en Salamanca avia oido; y luego con la Retorica de sus gemidos, à que añadian mas ternura sus pocos años, le rogò de lo intimo del corazon, que hablava con lagrimas de sus ojos, que no despreciasse su congoxa, ni atendiesse à la cortedad de sus prendas, sino à Dios, que le traìa: y pues era Padre, y Superior de todos, mostrasse mas piedad que los demàs, con el que deseava ser contado por el vltimo de sus Hijos.

Oyòle

Oyòle el Padre Provincial no menos enternecido, que admirado de ſus palabras, y fervores; y compadeciendoſe de ſus inocentes afectos, enjugò ſus lagrimas con la ſuavidad, y dulçura de ſus razones. Aſſeguròle, que ſin duda avria obligado mucho à Dios aquel aliento que le avia ſacado de Salamanca, que èl encomendaria à ſu Mageſtad ſus deſeos, y que fiaſſe de ſu amoroſa Providencia; pues ſi convenia aſsi, serìã en ſu acatamiento bien oidos. Mas que por aſſegurar de todas maneras el acierto, era conveniente ſeguir el comun eſtilo, y manifeſtar à otros Padres ſu vocacion para eſcuchar ſu juizio, y ſu conſejo. Tenia Franciſco contra ſi en eſte nuevo examen, à demàs del ſobreſcrito de ſu cortedad, y pocas fuerças la calificacion, y parecer del Colegio de Salamanca, que con la circunſtancia de averle examinado, y conocido, le avia ya deſechado: y ſiendo los miſmos, y aun mas autorizados los motivos, que podian producir ſino las miſmas reſoluciones? Enfin queria Dios que la felizidad que nazia con Franciſco à la Compañia, ſe atribuyeſſe à ſola ſu beneficencia, y por eſſo la colocò ſobre todas las induſtrias, y aun contra todas las pretenſiones humanas. La ſentencia, pues, que ſe pronuncio en Valladolid confirmò, y echò el ſello à la de Salamanca, y por vna, y otra quedava excluido de la Compañia, el que deſtinava Dios para el mayor ornamento de ella. Ni con aquellos Padres le conciliavan mas piedad ſus demonſtraciones, y ternuras; porque aunque le miravan como à hijo, atendian à la Compañia como à Madre; y les parecia cierto linage de crueldad con la Madre, la compaſsion, y condeſcendencia con el hijo. Aſsi andava eſta piedra preciosiſsima en las manos, y en los deſprecios de los que no conocian ſu valor, ni penetravan los fondos de ſu luz.

Pero lo que tanto ſe ocultava à los ojos de la humana prudencia, lo manifeſtaron preſto las luzes ſobrenaturales, y divinas. Porque convocados los Padres que avian examinado à Franciſco para conferir ſus pareceres, y aviendolos eſcuchado atentamente el Padre Provincial; quando eſperavan ſe conformaſſe con ſu dictamen, y con el que ſe avia ya formado en Salamanca, en que ſe cifrava lo mas docto, y reſpetable de la Provincia, hablò el eſpiritualiſsimo Varon muy contra la eſpectacion de todos. Yo, Padres mios (les dixo)

no dexo de reſpetar el parecer de V. R.as pero en eſte caſo llamame la voluntad, adonde no me inclina el entendimiẽto. Reconozco el encogimiento de eſte mancebo, y las pequeñas eſperanças que nos prometen ſus prendas: pero ſiento con todo eſſo, que nos le embia Dios para hazerle vn gran Maeſtro del mundo, luz de toda la Igleſia, y vna de las mayores antorchas de nueſtra Compañia. Por tanto mi dictamen, y reſolucion es, que ſea recibido en la Religion; porque Dios que ha llenado mi corazon de eſta grande eſperança, no ha de permitir quede fruſtrada, y desvanecida. Aſsi ilumino Dios con ſu eſpiritu al Venerable P. Iuan Suarez, para que elevando ſu viſta ſobre los diſcurſos humanos, fueſſe, como ya dixe, el Samuel que pronunciò el vaticinio de eſte humilde, y deſeſtimado David.

Pudiera aqui poner en duda nueſtra piedad, à quien de eſtos dos Suarez debe eſtar mas agradecida la Compañia? à Franciſco, que como Sol reſplandeciente lo iluſtrò con ſus rayos, ò à Iuan Suarez, que fue como el Luzero precurſor que le ſeñalò con prefagioſa luz: à Franciſco que la ennobleciò con los monumentos de ſu ſabiduria; ò à Iuan que la engrãdeciò con Franciſco, cuya ſabiduria es mucho mayor que ſus doctiſsimos monumentos? Mas como la gloria mayor de la Compañia es fuerça ſea tambien la mayor gloria de Dios, el miſmo Dios que la zela tanto, ordenò que à ſola ſu Mageſtad ſe le riadieſſe por culto tanta gloria; porque fueron tan extraordinarios los impulſos con que hablò al corazon del P. Iuan Suarez, y tan ſuperior el movimiento con que governò ſu lengua en la aprobacion de Franciſco, que èl miſmo aſſegurò deſpues no vna, ſino muchas vezes, que aquella eleccion avia ſido toda del Eſpiritu Santo, y que en ella mas le parecia iba llevado de la iluſtracion divina, que de ſu plena voluntad, y deliberacion.

A la verdad, aunque los ſucceſſos no huvieran acreditado tanto eſtos profericos anuncios; las miſmas circunſtancias los publicavan por mas que naturales, y humanos. Porque advirtiendo por vna parte la prudente circunſpeccion de eſte eſpiritualiſsimo Prelado, y por otra el reſpeto de tantos Varones doctos, y zeloſos, que vniformemente conveniã en la inutilidad de Franciſco para la Religion, como avia

de

de atropellar sus pareceres, como avia de cerrar los ojos à sus razones, como avia de concebir tan altamente de objeto tan humilde: y en fin, como apartando la vista de lo que entonces era, avia de pronosticar, lo que fue despues, si Dios que fraguò sus afectos en su pecho, y sus luzes en su discurso, no huviera puesto tan misteriosas vozes en sus labios? Empezò desde aquel punto el espiritualissimo Padre à mirar à Francisco, como à dadiva preciosissima del Cielo, y estrechandole con grande afecto entre sus brazos le mandò deponer todo desconsuelo, y sobresalto de corazon, diziendole, que Dios le avia escogido para su Compañia, y la Compañia no podia, ni debia oponerse à las elecciones de Dios. Que entendiesse por lo que le avia costado, el grande bien que le tenia Dios prevenido, y que estudiasse siempre en que sus progressos, y fines igualassen la grandeza de sus principios. Luego, para atropellar toda dilacion, escriviò vna carta al Colegio de Salamanca, en que ordenava fuesse Francisco admitido en la Compañia: mandole à èl mismo se partiesse con ella, para que poniendo en orden sus cosas, lograsse en aquella Vniversidad el fin dichoso de sus ansias.

CAPITVLO SEPTIMO.

Lo que sucedió hasta ser recibido en la Compañia.

COmo el afligido Navegante abraza, y adora la fluctuante tabla, feliz despojo de su misera fortuna, y asilo vnico de su ya naufraga esperança; no de otra suerte recibiò Francisco el pliego de su aprobaciõ, adorando en la mano que se le dava la Providencia amorosa, que le regìa. Despidiòse del P. Provincial con agradecimiento, y ternura, colocando sus vltimos avisos, en lo mas intimo de su pecho, para respetar en ellos, à quien tan deudor se reconocia. Diò buelta à Salamanca, acusando de espaciosa la brevedad con que anduvo este camino, y por detenidas las velozidades del tiempo. En llegando, fue su primer cuidado encaminarse al Colegio de la Compañia, porque no se acordava de la fatiga de su viage, ni esperava encontrar en

otra parte su alivio. Entregò la carta que traia en manos del P. Rector, y por ella entendiò quan vivas eran las ansias de Francisco, pues no se avian rendido à tantos desvios, antes se encendian mas con los desprecios. Leyò asimismo la voluntad declarada del Provincial, para que se le franqueasse la entrada, que con tantas veras solicitava, y con tan fervorosos alientos merecia. Mas aunque la resolucion venia tan expressa, con todo esso su execucion no pudo ser tan acelerada; y assi obedeciendo Francisco al dictamen, del que venerava ya por su Superior, y Padre, se retirò à su casa sustentando el ardor de sus deseos, con la esperança segura de conseguirlos.

Pero al passo que mirava mas de cerca su felizidad, y quando ya à poder de sus instancias, y fatigas parece se le abrian las puertas de la Religion, empezò à tender mas cautelosos lazos el mundo, para aprisionarle sus passos, y estorvarle sus intentos. Avia Francisco professado mui sincera, y firme amistad con otro estudiante, fiandose con reciproco amor el vno al otro las llaves de sus pechos, y la confiança de sus corazones. Este, advirtiendo en su ausencia de Salamanca, en la novedad de su desvio, y en la frequencia con que entrava en nuestro Colegio, facilmente sospechò alguna nueva determinacion en su amigo, y aun passò à quexarse cariñosamente de su silencio, porque ofendia tan declaradamente su fineza, negandole la parte que le pertenecia de sus cuidados. Era Francisco de vn ingenio muy suave, y apacible, y assi no se atrevió à resistir à los deseos de su amigo, ni à ocultar con la simulacion sus pensamientos, juzgando que no correspondia à su fiel cariño, si recatava de su noticia la mayor, y mas importante de sus resoluciones. Pero à la verdad, debia contentarse vna humana correspondencia, con la comunicacion de humanos secretos, sin introducirse al examen de mas sagrados designios.

Mas sucediòle en esta ocasion, lo que comunmente suele acontecer en el mundo, que los animos vnidos por vna natural simpatia de sus afectos, juzgan que les dà derecho la amistad para arrebatarle à Dios de las manos las victimas q̃ se iban à consagrar en las aras de la Religion; sin advertir, quanto provocan sus enojos, los que no contẽtos de vivir le-

xos

xos de su Templo se atreven à embarazarle sus mas preciosos holocaustos, atropellando assi las leyes mas inviolables de vna verdadera amistad, la qual no puede, sin grave delito, atreverse à los sacrificios, pues su jurisdicion no se estiende à los Altares. Tal fue la irreverente temeridad, y la necia pretension de este amigo de Francisco; si es licito autorizar con el nombre de amistad, el desorden de tan pernicioso, y estragado amor. Oyò con susto la noticia de su santa resolucion, y al escuchar quan adelantadas tenia las esperanças de su dicha, se alterò sobre manera, como si fuera su mas lamẽtable, y mayor desgracia. Luego esforçando todas las artes de su amistad, y las demonstraciones de su cariño, le dixo: Pues como, ò Francisco? y es posible, que aviendome hasta aqui fiado tu corazon, has podido disimularme essos secretos? Es posible, que diste lugar à semejante resolucion, sin admitirme à mi por consegero, no ignorando que te estimo aun mas que à mi mismo, y tu felizidad mas que la mia propia? Mas ya que te devì, aunque tarde, esta noticia, yo quiero que me debas muy al tiempo, y con mucha anticipacion el desengaño.

Què hazes Francisco? què es lo que intentas? adonde tan ciegamente te precipitas? has advertido bien lo que dexas? has considerado bien lo que abrazas? No te contarè entre las cosas que abandonas mi amistad, y mi amor, porque èste, segun veo, ya le tienes olvidado, ò aborrecido; pero te harè memoria de ti mismo, y de tus esperanças, que por ser tambien de tus amados Padres, no es posible, que las desprecies con tan resuelta ingratitud. Quantas vezes has conferido conmigo sus cuidados, y discursos, encaminados todos à tus mayores adelantamiẽtos? Ellos se han privado de tu dulçe vista, ellos te han assistido con sus riquezas, ellos han destinado sus desvelos à la esperança de ver colocados tus estudios, tu nobleza, y tus prendas en los puestos mas sublimes, à que los espiritus nobles aspiran, y à que tus nobilissimos parientes te combidan, y llaman. Y es posible, que en el mismo impetu, y fervor de tus deseos te resolviste no solamẽte à cortarlos, sino à arrancarlos de raiz, entregandote ciegamente à vna Religion, donde las esperanças de valer, no solo muerẽ, sino que del todo se sepultan? Ya escucho, que me respondes

con

con lo que eſte año ſe nos ha repetido tãtas vezes en los pulpitos; que todo es menos que la ſalvacion, que todo ſe ha de poſponer al Cielo; pero yo, aunque venero tan acertada maxima, conozco que no puede aprovecharte por reſpueſta; ſino es que quieras negar el Cielo à todos los eſtados del mundo, por concederle ſolo à los Religioſos. Infelizes de noſotros, ſi ſolo los Religioſos ſe ſalvaran: infelizes ſi los demas ſe perdieran. Sabe, Franciſco, que abriò Dios doze puertas, y otros tantos caminos para introducirnos à ſu gloria: y que no es lo miſmo dexar vno de eſſos caminos, que tener ya cerradas todas las puertas. El Cielo no ſe dà à los Religioſos, ni à los ſeglares, ſino à los que ſe ajuſtan à los divinos preceptos; y quien negarà, que fuera de la Religiõ viven muchos, y pueden vivir todos bien ajuſtados. Y ſi acaſo tu ſolo lo dudares, yo te pondrè por teſtigo, y por exemplo à ti miſmo; ſeglar has vivido todo el tiempo que hemos eſtado en Salamanca, y con todo eſſo tu modeſtia, tu recato, tu cõpoſtura puede ſer embidiada de muchos Religioſos.

Pues ſi tienes ya vn camino facil, y cierto; porquè inconſideradamente le dexas, y te arrojas à otro mas aſpero, y dudoſo? Si hallas entre tus conocidos la virtud; porquè la vas à buſcar entre los eſtraños? Si tienes en el ſiglo lo que te puede dar la Religion; porquè truecas la Religion por el ſiglo? Aora conozco, que no el amor verdadero de la virtud, ſino el impetu de vna falſa devocion, es quien te ha querido arrebatar de nueſtra compañia, para encarcelarte en las eſtrecheзes, y melancolias de vna triſtiſsima vida, adonde muy preſto avias de encontrar los deſengaños de tu incauta determinacion, y los arrepentimientos de tus mal conſejados deſeos. Porque rendido tu ſufrimiento à la fatiga de vna ſugecion continua, y quebrantadas tus delicadas fuerças, con el peſado yugo del eſtado Religioſo; què avia de ſuceder, ſino vna de dos coſas, ò entrambas à dos juntas: que ni tu pudieſſes tolerar la Religion, ni la Religion te pudieſſe tolerar à ti? De donde con afrenta tuya, y confuſion nueſtra acabarias de dar la muerte à tus Padres, con tu ignominioſa ſalida, ſi es que les avia perdonado la vida la nueva de tu entrada. Què dizes, Franciſco? podrà tu corazon executar, y padecer tã ſenſibles golpes? Bien cierto eſtoy que no; y quando tu pudieres ſufrir-

los,

los, no los sufrirà jamàs mi amistad, y mi amor; y añadiendo otras razones semejantes, alentadas con todos los espiritus de la carne, y sangre, empezò à derramar tristes lagrimas, y à apretarle fuertemente entre sus brazos, diziendo, que nunca permitiria se desprendiesse de ellos.

Entonces conociò Francisco, quan vtil, y provechoso le huviera sido el silencio, y quantos riesgos le avia traido la incauta facilidad con que avia manifestado su pecho. Porque fueron tantas las instancias, y las artes de que se valiò este su falso amigo, y enemigo verdadero, para divertirle, y aterrarle de su buen proposito; que hablando despues de los lances de su vocacion, y entrada en la Compañia, solia dezir, que dos cosas entre las demàs le causavan admiracion, y no acertava bastantemente à declarar: vna era la eficacia, y fervor de espiritu del Padre Iuan Ramirez, por quien Dios avia despertado en su pecho la luz del desengaño, para dexar el mundo; y otra, la astucia, y empeño de este su compañero, para apartarle de la Religion; pudiendose competir el Predicador del Cielo, con el predicador del abismo: aquel, armado con los rayos del amor divino; y èste, de las venenosas flechas del amor natural, y humano, que tambien es duro, y fuerte como el infierno, por quien batalla, y con cuyas fuerças pelea. Pero ni la blandura, con que expressava sus halagos, ni la viveza con que proponia los riesgos, pudieron desquiciar vn punto el corazon constante de Francisco, firme siempre como la excelsa roca, que superior à las inconstancias del mar, no menos desprecia las airadas espumas con que la fatiga, que las blandas ondas con que la lisongea.

A sus aparentes razones, satisfizo con otras mas solidas, y fuertes, diziendo, que al Cielo nos conduce Dios, no por la senda que descubre nuestro apetito, sino por la que nos señala su Providencia. Que à èl le manifestava, y llamava à la mas segura, y que no haziendo caso de su inspiracion, desobligaria su amorosa piedad, ofendiendo con tal agravio vno de sus mayores beneficios. Que en el siglo se salvan muchos, pero muchissimos mas en la Religion, y que siendo nuestra eterna felicidad el vnico de nuestros bienes, queria ser del gremio, en que son mas los que la alcançan, y no del numero, en que son sin numero los que la pierden. Que aunque de

su

su flaqueza, y debilidad no esperava la constancia; se la asse-gurava muy firme el mismo Dios que le regìa; y que poniendose enteramente en sus manos, esperava no ser cuchillo de de sus Padres, sino instrumento de su mayor felizidad. De esta suerte se librò de la molesta importunidad de aquel compañero, que le hazia mas guerra con sus cariños, que con sus razones, dexãdole, ya que no desengañado, à lo menos avergonçado, y confuso.

Pero mientras Francisco pe'eava contra las porfiadas baterias de este joben, que no solo por si, sino por medio de otras personas dio terribles assaltos à su constancia, se ponia su vocacion en nuevos riesgos, por los diferentes discursos, que en nuestro Colegio se firmavan acerca del nuevo orden que Francisco avia conseguido. No faltava vno, ù otro, à quien le pareciesse, que por ventura no estaria el Padre Provincial bien informado del sugeto, y que era justo, proponerle el concepto que dèl tenian, para que precediendo esta nueva luz, fuesse mas acertada su resolucion. Otros, con mejor acierto, atendiendo à las ansias de Francisco, y à la solidèz de su vocacion, comprobada con tan notorias experiencias, juzgavan por demasiada severidad, añadirle esta nueva causa de dolor, poniendo otra vez en contingencia sus ya seguras, y firmes esperanças. Prevaleciò, en fin, este segundo parecer, assi por estribar en motivos tan piadosos, como por reconocerle autorizado con las señas de la voluntad divina, expressada en la determinacion del P. Iuan Suarez; de cuya prudẽcia, y circunspeccion, no se podia dudar, avria examinado muy intimamente à Francisco, no ignorando que venia de Salamanca, adonde sus suplicas avian sido mal oidas. Dierõle la noticia, que avia sido el blanco de sus deseos, y el empleo de sus ansiosos suspiros, señalandole para su entrada en la Compañia, vn Viernes diez y seis de Iunio de mil quinientos y sesenta y quatro: y èl se preparò para abrazarse en este feliziſsimo dia con la Cruz del Salvador, y perseverar en su Compañia, hecho obediente hasta la muerte, porque no pudiesse dividirle de su lado, ni la muerte, ni la vida.

****

CAPITVLO OCTAVO.

Su entrada en el Colegio de Salamanca.

VErdadera fue, aunque no tan oportuna aquella sentencia de Estratonico, el qual preguntado, què naves eran, en su opinion, las mas seguras? respondiò que aquellas solas que ya se hallavan al abrigo de su puerto: porque en vn elemento inconstante, cuya fè estriva en vna tabla, y cuya firmeza es vn vidrio, solo se pueden temer los peligros, pero no esperar seguridades. Mirava Francisco al mundo, como tempestuoso golfo; à la Religion, como seguro puerto: y no acabava de serenarse su cuidado, hasta averle conseguido; antes en la cercania de su vista crecian los deseos de su possession. Temeroso de las borrascas, que avia padecido aquellos dias, suspirava por alexarse de los riesgos; porque aunque muy cierto del favor divino, vivia no menos rezeloso de si proprio. Amaneciò en fin el dia señalado de su entrada, dia para su corazon el mas alegre, y el mas dichoso para la Compañia; la qual començava à ser madre de vno de sus mayores hijos, sin que su produccion le costasse el menor cuidado, ni le mereciesse el cierto precio de sus deseos. Vino Francisco à nuestro Colegio inundado de celestiales alborozos, y aunque al pisar sus vmbrales le pareciò aver ya triunfado de todas las assechanças, y peligros, con todo esso hallò vn no prevenido accidente, que à no mirar tan firme el norte de la divina inspiracion, pudiera ser escollo en que zozobrasse su firmeza, ò remora que aprisionasse la velocidad de su curso.

Avia introducido el fervor de aquellos primitivos tiempos tanto zelo de la humildad, y resignacion en los subditos, y tanta autoridad en el arbitrio de los Superiores, que no solo estavan preparados (como aora lo estamos todos) para passar de las ocupaciones summas à las infimas, sino que la primera eleccion, y entrada à la Compañia, no determinava el estado de los que eran recibidos, antes los dexava indiferentes, assi para ascender al honor sublime del Sacerdo-

cio, como para dedicarse à la humilde profesion de nuestros Hermanos Coadjutores. De suerte, que se ponian en manos del Superior, como el barro en las manos del Artifice, en cuya voluntad està el escoger vna parte, para que pulida con primoroso artificio passe à las mesas, y aparadores, y otra para que con rudo pulimento sirva à ministerios mas humildes. Assi se vè en las memorias de aquel tiempo, que Varones los quales fueron despues muy conocidos por su sabiduria, eran admitidos con este titulo de indiferentes, ò por examinar mas profundamente los quilates de su firmeza, ò porque entonces prometian mucho menos sus esperanças.

Pues como las que de Francisco avian concebido eran tan debiles, y cortas, les parecio que en èl era precisa aquella indiferencia, y resignacion, que en otro podia ser menos necessaria: y assi para que formasse cabal concepto del instituto que abrazava, y del rendimiento, y disposicion con que se debia entregar en los brazos de la obediencia; le advirtieron, que le recibirian en la Compañia, con tal que estuviesse indiferente, y prompto para el estado humilde de Coadjutor, ò para el supremo del Sacerdocio, desengañandole, de que no seria admitido, si primero no firmava esta dura circunstancia de su propia mano. Verdaderamente determinò Dios darnos claramente à entender, que Francisco era vna dadiva de sola su liberlidad; pues la Compañia solo parece se empeñò en poner à riesgo su possession: y Dios, por el contrario en assegurar con la firmeza de Francisco, el logro de su ignorada felizidad.

No me admiro ya tanto de ver à este animoso Ioben despreciar el mundo, hollar sus esperanças, atropellar los desprecios, y no hazer caso de los halagos, y ternuras de los amigos; lo que me assombra es, verle despues de tantas victorias en esta vltima, y mas peligrosa de sus batallas. Vn mancebo de tan ilustre nobleza, educado en las primeras letras, destinado de sus Padres al Sacerdocio, percibiendo ya algunas rẽtas de la Iglesia, y esperando en sus estudios la consecucion de otras mayores, exponerse aora, no solo à renunciar todas las conveniencias humanas, sino tambien los empleos sagrados de los Altares; y esto no con tanta esperança de conseguirlos, como con temor de perderlos! No ay duda, sino que

fue

fue vn heroyco exemplo de ſu conſtante fortaleza, de ſu humildad profunda, y de ſu invencible tolerancia. Tal fue el que nos dexò Francisco en esta ocation; por que sin immutarse con la novedad de tan desabrida propuesta, sin mostrar sentimiento por este nuevo recuerdo de su ineptitud, respondiò con los afectos que expressava David, quando dixo: *Vnam petij à Domino, hanc requiram, vt inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitæ meæ.* Que el objeto de sus votos, y el fin vnico de todos sus deseos, avia sido siempre, y era hasta entonces, el habitar todos los dias de su vida en la casa de Dios, el vivir, y morir en la Compañia de Iesvs; que à trueque de conseguir tanto bien, se ofrecia gustoso, ò para el estado venerable de los Sacerdotes, ò para el infimo de los Hermanos: y en fin, que entrava indiferente para dedicarse, segun el juizio de la Obediencia, à los oficios mas baxos, y humildes, porque todos en la Casa de Dios le parecian excelsos, y summos. *Psal. 28.*

Esta fue la respuesta, y la resolucion heroyca de Francisco, y aunque la abrazò con alborozo por mirar à la Compañia, como Casa de Dios, y puerta que le avia de franquear el Cielo; quien duda que se le hizo, como à Iacob, muy espantosa su entrada, al verse expuesto al arbitrio de tanta indiferencia. A lo menos aquel santo Patriarca, aun quando viò que se le abrian las puertas del Empireo; aun quando lleno de gozos soberanos, dixo, esta es la Casa de Dios, y la puerta del Cielo; no obstante añadiò, *terribilis est locus iste:* y la causa de su terror, y de su assombro, fue sin duda, por ver aquellas inteligencias, que no teniendo punto fixo en la escala, estavan tan indiferentes, y promptas para el grado infimo, como para el supremo, para acercarse à su Dios, como para abatirse à servir à los hombres. No fue otra la indiferencia, que vio Francisco en la Casa de Dios, y aunque era su aspecto tan terrible, no bastò para que no amasse la cõpañia de espiritus tan rendidos, no bastò para que no firmasse de su mano, que entrava en ella por indiferente; titulo que le diò entonces su humildad, y que puede contarse entre los que mereciò despues su eximia sabiduria, pues empezar por lo mas pequeño, no es desdoro, sino necessidad de lo sũmo. *Genes. 28.*

Premiò Dios esta animosa, resignacion de Francisco,

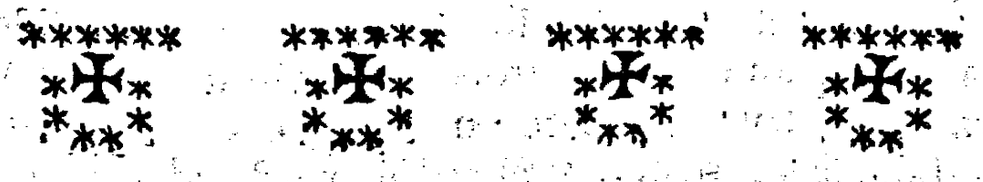
ciſco, con la abundancia de ſus dulçuras; porque fueron tantas las que derramò en ſu eſpiritu, al veſtir el nuevo trage de Religioſo, que èl miſmo admirado, confeſſava deſpues, no tenia vozes para explicar lo que el Cielo le diò en eſta ocaſiõ à ſentir; y que el gozo, que ocupò entonces ſu pecho, excedia ſin proporcion, ni ſemejança à los placeres del mundo. Pero à viſta de la felizidad, que amaneciò à toda la Compañia de Iesvs, en eſte Angelical Mancebo, no debe omitir mi pluma la gloria de nueſtro Real Colegio de Salamanca, que fue el Oriente de eſte Sol, y la esfera, donde tambien nacieron tãtos otros luzeros de primera magnitud. Porque de verdad parece quiſo el Cielo premiar las afrentas, y perſecuciones que padeciò S. Ignacio nueſtro Padre en eſta Ciudad, erigiendo à ſu Religion vna tan iluſtre Caſa, por trofeo de ſu invencible paciencia; y transformãdo la tierra eſpinoſa de ſus agravios en jardin florido de ſus mayores hijos.

Tales ſon los que con inagotable fecundidad ha producido ſiempre eſte afortunado Colegio. Porque en èl (como nos conſta de ſus propias firmas) dieron ſus nombres à la miliçia de Chriſto, los Eminentiſsimos Cardenales Franciſco de Toledo, y Iuan de Lugo, dos antorchas reſplandeciẽtes de ſabiduria, dos ojos luzidiſsimos de la Romana Igleſia, à quienes no ennobleciò tanto la Purpura, quando los veſtia, como quando contra ſus votos los buſcava. Aqui los dos rayos de ſagrada guerra contra Sciſmaticos, y Hereges, el P. Iuan Maldonado, y el P. Gregorio de Valencia, Oraculo eſte en Alemania de la Domatica Theologia, y de la expoſitiva aquel en la Francia. Aqui el Venerable P. Franciſco de Rivera, que piſando mucho mundo en las eſperanças de vna Beca del Mayor del Arçobiſpo, y en los meritos de ſu nobleza, y doctrina, fue deſpues celebrado entre nueſtros Maeſtros mas inſignes, y venerado no menos por ſus commentarios ſobre la Eſcritura, que por los creditos que adquirieron ſus virtudes en la admiracion de Santa Tereſa. Aqui los dos nobiliſsimos hermanos Franciſco, y Pedro Pimentel, en quienes no fue lo mas el nacer hijos de los Excelentiſsimos ſeñores Condes de Benavente; porque à viſta de ſu virtud, prudencia, y ſabiduria, pareciò pequeña circunſtancia el reſplandor de tan elevada nobleza. Aqui los Padres Acoſta, Hiſtoriador erudito;

Rodri-

Rodriguez, Miſtico admirable; Herice, Theologo excelente: aqui tan numeroſa multitud de Sabios, que ſolo de los ſugetos que eſte año fueron admitidos con nueſtro Franciſco, eſcrive Arana, ſe formaron, y eſparcieron Maeſtros doctiſsimos en caſi todas las Vniverſidades de Europa.

Què dirè de otros ſin numero, que recibidos, ò educados en eſte Real Colegio, han llenado al mundo de la fama de ſus eſcritos, de ſu prudencia, de ſu zelo, y de ſu predicacion, haſta coronar no pocos ſus fatigas, vertiendo por la Fè toda la ſangre de ſus venas? Pues ſi quiſiera hazer vna reſeña breve de los Maeſtros, que en èl han eſparcido clariſsimas luzes de doctrina, ni fuera facil reducirlos à numero, ni era juſto referirlos ſin elogio. Baſta ſaber, que haſta aora ſuenan en los aplauſos los nombres de Salas, Arrubal, Del-Rio, Pinto, Scherlogo, Velazquez, Ripalda, Antonio Perez, Arriaga, Hurtado, Aldrete, Barbiano, Linçe, Mendo, y muchos otros, cuya ſerie continuada haſta nueſtros tiẽpos en ingenios, y plumas, pudiera parecer digna hiſtoria de toda vna Religion en muchos ſiglos; y es fruto de eſte Colegio ſolo en pocos años. Pero entre tantos, y tan eſclarecidos Varones, que ſon ornamento de nueſtra Eſcuela, y columnas ſublimes en el palacio de la ſabiduria, ſobreſale nueſtro Eximio Doctor, como el Sol entre menores luzes, o como Gigante comparado con Pigmeos, ò en fin como Maeſtro comun de quien todos, ò caſi todos aprendieron. Aſsi lo diſpuſo la oculta Providencia, para que la piedra, que por ſu rudeza ſe viò al principio reprobada de los miſmos que erigian eſta hermoſa fabrica, ſe transformaſſe deſpues en terſo, y reſplandeciente marmol, y fueſſe colocado por mano del ſupremo Artifice en la frente viſtoſa del edificio, renovando para nueſtra admiracion aquel vaticinio, que dixo: *Lapidem, quem reprobaverunt ædificantes, hic factus eſt in caput anguli.* Pſalm. 117.



CA-

CAPITVLO NONO.

De ſu Noviciado en Medina del Campo.

Siendo como natural en Frãciſco la propenſion al retiro, y à la virtud, facilmente ſe puede inferir el conſuelo, y fervor, con que entraria en nueſtro Noviciado, que es centro no menos de la virtud, que del retiro. Teniale entonces eſta Provincia en Medina del Campo, cuyo Colegio cuenta juſtamente entre ſus primeros blaſones, el aver ſido profetizado por nueſtro Padre S. Ignacio, antes que naciеſſe la Compañia en el mundo, como ſi aquel jardin delicioſo de virtudes le arrebataſſe anticipadamente los ojos, ò le mereciеſſe ſus primeros cuidados.

Era Franciſco de diez y ſeis años cumplidos, quando llegò al Noviciado de Medina, y es circunſtancia notada de algunos, que en eſſe miſmo año, que fue el de mil quinientos y ſeſenta y quatro, feneciò con la vida el venenoſo aliento de Juan Calvino, moſtrando el Cielo, que empezavan las ruinas de eſte enemigo de la Fè, quando nueſtro Eximio Maeſtro ponia los fundamentos de ſu Religion, començando à formar en èl vn glorioſo defenſor de la Igleſia, y domador de los monſtruos, que contra ella abortò el abiſmo en eſtos vltimos tiempos. Hizo antes de entrar en el Noviciado los exercicios de la primera probacion; los quales quiſo nueſtro grã Patriarca, que fueſſen la cuna de ſus hijos en la vida eſpiritual, y que repitiendolos cada año, renacieſſemos otras tantas vezes en el miſmo nido, en que primero nacimos.

Hallò Franciſco por Maeſtro en aquel Noviciado, vno de los Varones mas ſeñalados, que ha tenido la Compañia en el eſpiritual magiſterio, de cuya ſabiduria, diſcrecion, y ſolidèz, no acaban de admirarſe quantos le miran retratado en ſus admirables eſcritos. Fue èſte, el V. P. Alonſo Rodriguez, à quien haſta aora debemos el alimento eſpiritual de nueſtras almas, leyẽdole deſde el primer paſſo haſta el vltimo de la vida Religioſa. Y ſi quando ya muerto, (aunque immortal en nueſtra veneracion) habla con tanto imperio, y eficacia en los corazones, bien ſe vè, qual ſeria el ardor, y actividad de ſus palabras,

bras, animadas de ſu encendido aliento, y alentadas de la elo-quencia mas viva, y eficaz de ſus acciones. En las manos de eſte dieſtriſsimo Artifice ponia toda ſu jubentud eſta Provincia: y aſsi encontrò Franciſco en aquel taller de ſantidad tantos Maeſtros, y exemplares de perfeccion, quantos eran ſus diſcipulos: porque todos mudamente le enſeñavan lo miſmo que de ſu ſanto Maeſtro aprendian. Fue aquella primitiva caſa de Probacion la idea, de donde ſe copiaron deſpues las perfecciones, que hermoſean aora nueſtros Noviciados. Allì tuvo ſu principio, ò ſu perfeccion aquel retiro tan defendido, aquel ſilencio tan inviolable, aquella mortificacion tan continua, aquella modeſtia tan amada, aquella obediencia tan rendida, y en fin aquel orden, aquel concierto, y diſtribucion harmonioſa, por donde camina el tiempo, formando en los circulos de cada dia otros tantos ſymbolos de vna feliziſsima eternidad.

Pero quiẽ podrà explicar el gozo, y ſuavidad, que llenò el eſpiritu de Franciſco, quando ſaliendo de aquel primer retiro de los exercicios, continuados entonces à lo menos por eſpacio de treinta dias, fue admitido à la comunicacion de los demàs. Pareciale, al ver la inocencia, y candor de los que allì vivian, que avia llegado al antiguo Parayſo de la tierra, aunque ſus Angelicas virtudes le transformavan en vna imagen del Cielo. Como avia de levantar tan grande fabrica de virtud, ſu primer eſtudio fue abrir muy profundas zanjas à ſu humildad. Tenia ſiempre delante de los ojos la indiferencia con que avia entrado en la Compañia, para emplearſe ſegun la diſpoſicion de la obediencia en los miniſterios mas humildes. Miravalos como objeto propio de ſu vocacion, y como materia à que avia de atender toda ſu vida. Hallava ſus delicias en los oficios mas baxos de barrer las oficinas de la caſa, y ſe alegrava mucho, quando por algun tiempo le ſeñalavan, para que ſirvieſſe en la cocina, ſugeto à los ordenes del Hermano cocinero, y ocupado ya en la limpieza de los platos, ya en miniſtrarle el agua, ya en traerle ſobre ſus ombros la leña. Haſta à los lugares mas immundos le abatia ſu humildad, reſpirando mas entre los horrores la ſuave fragrancia de ſus virtudes, y hermoſeando, como el Sol con ſu pura luz, quantos empleos, y quantos ſitios participavan de ſu fervor.

Pare-

Pareciaſe eſta generoſa ſolicitud à la prodigalidad de aquel barbaro Emperador, que ſin diſtincion alguna mãdò cubrir de oro no ſolo las ſalas, y retretes de ſu Palacio, ſino tambiẽ los vmbrales de ſus puertas; no ſolo los Templos de ſus Dioſes, ſino tambien los eſtablos de ſus cavallos. Aſsi el reſplandor de las virtudes de Franciſco le hazia admirar igualmente en todos ſus empleos, y aun en los lugares mas abatidos, y viles: porque ſu corazon hallava en todos ellos à ſu Dios, y le ofrecia inceſſantemente la precioſidad de ſus encendidos afectos.

No ſe podian ocultar en las eſtrechezes del Noviciado los exemplos de ſu humildad; porque no contentandoſe con dezir ſus defectos delante de los demas, y pedir le aviſaſſen publicamente de los que en èl ſe avian notado, ſe ingeniava en conſeguir mayores abatimientos. Pedia muchas vezes licencia para veſtir vn ſaco tan pobre, y remendado, que aun entre los mendigos podia parecer deſpreciable. Con eſte ſalia acompañando al comprador del Colegio, y traìa à cueſtas por las calles publicas el alimento neceſſario para la Comunidad, tan olvidado de ſu nobleza, y con tanto guſto, y alegria, como ſi la baxeza de eſte exercicio no fuera en èl eleccion, ſino deſtino de ſu nacimiento. Muchas vezes comia à la porteria entre los pobres, y con vno de ellos en vn miſmo plato, venciendo el horror, y la memoria del regalo con el fervor de ſu humildad, y con la valentia de ſu mortificacion. Iba tambien frequentemente al Hoſpital, donde aſsiſtia, y conſolava à los enfermos, ſirviendoles la comida, varriendo las quadras, y llevando en cuerpo haſta el rio los vaſos immundos. Y aunque en eſtos empleos de tan heroyca humildad, tenia muchos cõpañeros, è imitadores, toda via eran mas de admirar en Franciſco; aſsi por ſer tan nuevos en aquel tiempo, como porque el ſingular aliento de ſu eſpiritu le nazia muy ſeñalado entre los demas.

Ni fue inferior en el eſtudio de las demas virtudes, que ennoblecen eſtos rudimentos de la Religioſa perfeccion. La modeſtia tenia en priſiones eſtrechas ſus ojos, y el ſilencio ponia riguroſas leyes à ſus labios. Admirava igualmente el recato eſcrupuloſo, con que callava lo ſuperfluo, y el encogimiento con que hablava lo preciſo. Perſuadiaſe avia entrado

do para ſervir à todos, y aſsi en nada queria ſer preferido a ninguno, y amandole los demàs, como à hermano, èl ſe humillava, y correſpondia con los rendimientos de ſiervo. En fin, ſi quiſieramos dibujar la imagen de vn perfecto Novicio de la Compañia, baſtava poner los ojos en Franciſco, y copiar ſu compuſtura, ſu recogimiento, ſu exaccion, ſus fervores, aſsi en reprimir todas las paſsiones del animo, como en caſtigar ſu delicado cuerpo.

Todo eſto ſe cifra en el elogio que entonces le dieron quantos le conocian, diziendo, que avia ſido vno de los mas perfectos, y fervoroſos Novicios, que ſe conocierõ en aquella eſcuela de perfeccion: que à pocos dias que entrò en ella, parecia mui anciano, y robuſto en la vida eſpiritual; y que aun ſiendo menos antiguo que los demàs, era el exemplo, y la admiracion de todos. No ſe podrà hazer concepto de eſta alabança, ſin poner delante de los ojos la perfeccion que ſe profeſſava en Medina, y el anhelo con que à la ſazon ſe adelantavan algunos Novicios en el eſtudio de ſu aprovechamiẽto, para que atendidos los eſtremos de la competencia, ſe reconozca quanto nos dizen, los que afirmaron que Franciſco ſe aventajava ſobre todos ſus Conovicios, y compañeros. De la ſantidad de aquella Caſa fue buen teſtigo el P. Iuan Baptiſta Sanchez, Orador verdaderamente Evangelico, el qual hallandoſe en Salamanca, y acordandoſe de los fervores de Medina, ſolia exclamar: O quien tuviera vna voz, como de trompeta, que ſe oyera por toda la Compañia, para repetir muchas vezes Medina, Medina, Medina! dando à entender, que ſeria grande la admiracion, y provecho de toda nueſtra Religion, ſi tuviera à la viſta aquella perfeccion, y ſantidad, con que ſe vivia en el Colegio de Medina. Pues ſi la ſantidad de eſte Noviciado podia ſer admiracion de toda la Compañia; qual ſeria Franciſco, que fue la admiracion, y el exemplo de eſte Noviciado? Si Medina era como vn anillo precioſo, que adornava, y ennoblecia tanto la Religion; qual ſeria Frãciſco, que fue como el diamante, que brillava, y reſplandecia en tan precioſo anillo?

Es tambien ſingular alabança de Franciſco, el ſobreſalir tanto entre todos los Novicios, que allì ſe criaron; aviendo muchos de ellos tan aventajados en ſantidad. Porque de allì

ſaliò el Hermano Franciſco Perez de Godoy, vno de aquellos quarenta Soldados de Iesvs, que navegando à la conversion de los Gentiles, encontraron mas acelerada ſu muerte en la rabia de los Hereges, y bolaron al Cielo, laureados (ſegun el teſtimonio de Santa Tereſa) con la immortal corona de invencibles Martires. Floreciò tambien en eſte Noviciado el P. Antonio de Padilla, que ennoblecio la Evangelica pobreza, eſtimandola mas, que el Condado de Buendia, y el Adelantamiento de Caſtilla, y deſpues de heroycas virtudes, nos dexò en la revelacion que tuvo de ſu muerte, y en la alegria con que la predixo, vn argumento de ſu eterna felizidad. Aqui tambien echò los fundamẽtos de vna inſigne virtud el P. Franciſco de Cordova, hijo del Duque de Cardona, y Segorbe, Marques de Comares, que ſiendo Rector de eſta Vniverſidad de Salamanca, aprendio à fabricarſe la grandeza del Cielo, de los deſprecios del mundo. Ennobleciòſe tãbien eſte Noviciado con la entrada de ſeis Golegiales Mayores, à los quales ganò para Chriſto la fervoroſa predicacion del V. P. Martin Gutierrez, y aviendole revelado Dios anticipadamente eſte triunfo, deſempeñaron todos lo ſingular de la Profecia con vna perfeccion heroyca. Tales eran, dexando muchos otros, los Novicios que por aquel tiempo ſe educaron en el Colegio de Medina, y à vista de ſugetos tan Gigantes, parecia baſtante elogio de nueſtro Franciſco, dezir q̃ empezò à correr, como vno de ellos, la carrera dificil del eſpiritu. Pero no ſe contentò ſu deſengaño con igualar à los grandes, ſino que ſe eſmerò en adelantarſe à los mayores. Y aſsi eſcrive el P. Antonio de Arana, que fue coſa admirable, quanto aprovechò en poco tiempo, acaudalando grande teſoro de virtudes, y ſeñalandoſe principalmente en los abatimiẽtos de la humildad, y en los rendimiẽtos de la obediẽcia.

CAPITVLO DEZIMO.

Dà principio à los eſtudios de Philoſophia, con mueſtras de grande inſuficiencia.

LA vid, à cuyas rayzes puſo el Labrador algun olor ſuave, reſpira eſſa miſma fragrancia en las flores con que la ador-

adorna la Primavera, y en los frutos, con que su Otoño la enriqueze. Siendo, pues, el Noviciado de Frãcisco tan fragrante, por el olor suavissimo de sus virtudes; no es mucho, que de esta rayz de su Religiosa vida nacissen las flores siempre fecundas de su santidad, porque del fundamento recibe solidèz el edificio, y de la rayz nace la vara, y sube la flor, hasta coronarse de hermosura. Ya avia mas de vn año, que Francisco, como planta generosa, avia profundado en este vergel delicioso de virtudes, pagando al Cielo sus influencias en sazonados frutos de perfeccion. Pero quando con mas desvelos suspirava por su cumbre, quando con mas sincero gozo vivia en total olvido del mundo, le ordenaron dexasse la quietud de Medina, sin aver cumplido los dos años, à que se estiende nuestro Noviciadò; porque en breve tiempo era ya su aprovechamiento mucho, y tal, que prometia vnir las tareas de Estudiante, con los fervores de Novicio.

Empezava à leer Philosophia en Salamanca el Padre Doctor Andres Martinez, y entre los demàs que le señalaron por discipulos, fue tambien nombrado el Hermano Francisco Suarez; porque si bien al considerar su cortedad, y encogimiento, desmayava la esperança de que aprovechasse en el estudio, toda via parecio conveniente, aguardar el desengaño de la experiencia, y del tiempo.

Noticioso, pues, de la voluntad del Superior, partiò al Colegio de Salamanca, y diò principio à sus estudios el año de mil quinientos y sesenta y cinco, dexandose llevar de la obediencia, sin entender los altos fines, à que Dios le encaminava. Tenia distribuido el tiempo parte en los exercicios espirituales para conservar el ardor de su volũtad, parte en los de las letras para cultivar su entendimiento. Pero atendiendo con igual desvelo, y exaccion à vno, y otro exercicio, era muy desigual el aprovechamiento; porque la voluntad bolava en alas de sus fervores; y estava como suspenso, y entorpezido su entendimiento. La voluntad, à la luz de sus ardores, discurria por las sendas conocidas de la virtud; pero el entendimiento se hallava como en vna nueva region, adonde no entendia el idioma que se hablava, ni el camino por donde le conducian. No se hizo reparar tanto à los principios esta cortedad de Francisco; porque à todos les parecen siem-

pre obſcuros, y caliginoſos los vmbrales de la ſabiduria; y aun los ingenios mas deſpiertos, à manera de aquellos ciegos gladiadores, ſuelen andar por algun tiempo como vendados los ojos en las diſputas, y lides literarias, haſta que ſacudiendo aquella primera obſcuridad, va diſputãdo la luz de ſus ingenios, y empieza ſu ſabiduria por el conocimiento de ſu ignorancia. Pero como ſe fueſſen continuando las diſputas, y caminando mas, y mas el tiempo, començò à manifeſtarſe la cortedad de Franciſco en los progreſſos de los demàs; porque ſiendo igual, y aun mas intenſo ſu trabajo, era caſi ninguno el aprovechamiento. Todos los otros Condiſcipulos percibian las dificultades, y penetravan las ſoluciones con ſoltura, y feiizidad; ſolo Franciſco ſe hallava cercado por todas partes, de ſombras, y dificultades: tardo à concebir aun lo mas claro, y dificil à informarſe aun de lo menos dificultoſo.

Aqui, ſin duda, hizo alarde de ſi miſma ſu robuſta paciẽcia, y ſu profundiſsima humildad. Su paciencia, porque empezò à ſufrir el credito ya comprobado de ſu rudeza, y de ſu ignorancia; y ſu humildad, porque començò à profeſſarſe por inferior à todos en la luz de ſu entendimiento, en que es muy raro el que quiere ceder à ninguno. Pero Franciſco naciò para ſer ſingular, y Eximio, aſsi entre los deſprecios de ſu ignorancia, como entre los aplauſos de ſu ſabiduria. Naciò para iluminar al mundo, como vn Sol: y aſsi no es mucho, precedieſſe à ſu luz vna cerrada noche de obſcuridad: ſi bien no menos podràn aprender las voluntades en eſtas ſus ſombras, que los entendimientos en ſus luzes: porque entrambas ſe parecen à las de Dios, en quien igualmente enſeñan las luzes, y las ſombras. No ay afecto mas vehemente en los corazones humanos, que el de parecer entendidos, ni ſentimiento comparable al de ſer eſtimados por necios: y llegan al grado ſummo eſtas paſsiones, quando la edad, y la emulacion las fomentan con ſus impacientes llamas. Eſte es el punto, en que ſe hallava Franciſco, reputado por inhabil à viſta de tan habiles Condiſcipulos. Eſte es el eſcollo, en que à vezes zozobran aun los que apartados de la tierra, y deſpreciadas todas las honras del mundo, ſe determinaron à buſcar à ſolo el Cielo; porque deſviando la viſta de eſte ſeguro norte, y torciendola àzia la eſteril gloria de ſobreſalir entre los demàs, al

Sicut tenebræ eius, ita & lumẽ eius. Pſalm. 138.

mi-

mirar el desengaño de su esperança, encuentran la causa, ò el peligro de su ruina.

Pero si à la vista de este escollo nos avisa el escarmiento de los que le hizieron infame con sus naufragios, tambien nos amonesta, y admira la felizidad de Francisco, que le hizo ilustre con sus exemplos. Porque como el aprecio de su vocacion ocupava la mejor parte de su pecho; como la paciencia, y la humildad se avian hecho tanto lugar en su corazon; reconocia, y tolerava su afrentosa rudeza, no solo con sufrimiento, sino con alegria. Gozavase de ser el menor de todos por necesidad, como hasta alli lo avia sido por eleccion. Atendia à qualquiera de los Condiscipulos, como si fuera su Maestro, sin avergonçarse de proponerle, como ignorante sus dudas, y de mostrarse tardo en percibir sus respuestas. Y, en fin labrava el diamante, entonces bruto, de su discurso, sin que se diesse por entendida su constancia al duro golpe de tan costoso pulimento.

Mas como se huviesse ya passado gran parte del curso en estas infructuosas experiencias, empezò à discurrir consigo mismo, si debia proponer su ineptitud à los Superiores advirtiendoles, que no parecia justo ocupasse con desaprovechada porfia el lugar que llenaria otro con mas vtiles tareas. Pareciale avia llegado la ocasion en que era forçoso resolver la indiferencia con que le admitiò entre sus hijos la Compañia; porque hallandose inutil para las letras, solo restava el aplicarse à los humildes ministerios de los Hermanos Coadjutores. Consultò este su pensamiento con el divino Oraculo en el retiro de la Oracion, pidiendo à Dios, ò que alumbrasse su entendimiento, ò que le diesse el acierto en la eleccion de aquel nuevo estado. Y como à los Religiosos les concediò el Cielo en sus Prelados la regla visible de su voluntad, la resolucion que hallò Francisco en su oracion retirada, fue arrojarse enteramente en los brazos de la obediencia, poniendo en sus manos la execucion de sus deseos, y el aprecio de sus motivos. Con esta determinacion, saliendo vn dia de su Oracion fervorosa, se fue à declarar con el Superior, y lleno de vna profundissima humildad, con vn sossiego, y paz admirable, le rogò que atendiesse, à que su rudeza estava ya bien conocida, y que con ella parece le dava Dios à entender, que

no

ro le avian llamado à que le ſirvieſſe entre los Eſtudiantes, y Sacerdotes de la Compañia, ſino entre ſus Hermanos Coadjutores ; por lo qual le pedia que le ordenaſſe ceſſar de los eſtudios, y ocuparſe en los oficios humildes ; *para los quales, dezia*, tendrè por ventura algun talento, ya que para la ocupacion de las letras me falta del todo el ingenio, y la capacidad. Y pues los Padres conſultores, quando me recibieron en la Compañia, temieron lo que aora bien claro experimẽtan; yo eſtoy prompto para cumplir lo que entonces firmè de mi propria mano, porque aviendo venido à la Religion en buſca del Cielo, no deſconfio de conſeguirle, como humilde, aunque no merezca alcançarle, como ſabio.

P. Puẽte in vita P. Balthaſaris Albarez.

Era Rector de eſte Colegio de Salamanca el Venerable P. Martin Gutierrez, Varon de elevadiſsima perfeccion ; à quien el Venerable P. Luis de la Puente dà repetidamente el renõbre de Santo, alabando ſobre manera la alteza, y eficacia de ſus palabras, y ſermones: à quiẽ regalò el Cielo cõ favores, y luzes ſingulariſsimas: à quien ſe le apareciò la Reyna de los Angeles, Maria Santiſsima, eſtendiendo con vna, y otra mano ſu celeſtial manto, y defendiendo con èl à todos los hijos de la Compañia, como el Aguila Real, à ſus amados pollvelos : à quien finalmente viò la eſclarecida Santa Tereſa, que triunfava en las moradas eternas con la palma, y laureola del Martirio, por aver muerto apriſionado, y conſumido de la impiedad barbara de los Hereges Hugonotes, crueles perſeguidores de nueſtra ſanta Fè, y por eſſo rabioſos, y mortales enemigos de los Ieſuitas. Eſte admirable Varon, cuyos elogios ceden en grande gloria de Franciſco (como luego ſe verà) le oyò aora con admiracion, y ternura, viendo aquel hijo, y ſubdito ſuyo, que por el amor, y aprecio de la caſa de ſu Padre, dezia como el Prodigo: *Fac me vnum de mercenarijs tuis* : que pues ya ſe veìa incapaz del honor, y de los favores de hijo, ſe ofrecia, por no dexar ſu Compañia, à los oficios de ſiervo.

P. Euſebius in vita S. Ignatij, & in vita P. Suarez.

Enamorado, pues, el piadoſo Padre de tanta humildad, y manſedumbre, deſpues de averle acariziado con mueſtras de paternal amor, le dixo: que aunque alabava ſu reſignaciõ, y prõptitud para los empleos humildes, con todo eſſo juzgava que proſiguieſſe con teſon, y cuidado ſus eſtudios, que ſi

por

por ſu cortedad le parecia perder tiempo, por la obediencia, ganava eternidad: que ſuplicaſſe muy de veras à Dios, y à ſu dulciſsima Madre aclaraſſe ſu entendimiento, ſi convenia aſsi para gloria de entrambos: que èl tambiẽ encaminaria al miſmo fin ſus oraciones, y que eſperaſſe con tolerancia, y alegria la diſpoſicion del Cielo, pues ſin duda ſerìa favorable, y luego repitiendo las miſmas demonſtraciones de cariño, le deſpidio con nuevo aliento, y fervor para perſeverar en las tareas deſabridas de ſus eſtudios.

CAPITVLO VNDEZIMO.

Feliz prenuncio de ſu ſabiduria, y primeros indicios de ella.

CON el aliento, y conhorte que recibiò Franciſco de las palabras del P. Martin Gutierrez, à quien reſpetava como à Superior, amava como à Padre, y venerava como à Santo; continuo en los empleos literarios, pero ſiempre con las miſmas experiencias, y deſengaños de ſu porfiada inutilidad. Aſsiſtia con inviolable exacion, aſsi al apoſento para el eſtudio retirado, como al general para los exercicios publicos: y ſi en el retiro tenia que ſufrirſe à ſi; en la publicidad hallava que ſufrir en todos; porque quãdo le tocava arguir, ò defender, lo hazia de modo, que à ſu Maeſtro le cauſava ſummo ſentimiento, y no menor riſa à los Cõdiſcipulos: de ſuerte, que complicados eſtos dos afectos en el corazon de Franciſco, eran martirio de ſu incontraſtable paciencia, y examen riguroſo de todos los fondos de ſu humildad. Pero èl eſtuvo tan en ſi, y tan en Dios, que la violencia de golpes tan ſenſibles al pundonor humano, no pudo ſacar, ni vna leve quexa à ſus labios, ni el menor ademan de ſentimiento à ſu roſtro: ſepultando en ſu modeſtia, y encogimiento todas las cauſas de ſu dolor.

Su Maeſtro atendiendo à ſu virtud, y compoſtura admirable, deſeava, y ſolicitava con todas las induſtrias poſsibles ſu aprovechamiento en las letras; porque eſtas llegando ſolamente à ſer moderadas, formarian vn ſugeto vtiliſsimo por el eſmalte de ſu religioſa perfeccion. Por eſto no contento cõ

lo

lo que por ſi miſmo trabajava con èl, diò orden à otro de ſus diſcipulos que gaſtaſſe algunos ratos en repetirle las lecciones; porque ſu inſuficiencia era tan conocida, que qualquiera de los otros Eſtudiantes le podia enſeñar : y por otra parte ſu rendimiento, y humildad le hazian muy docil, y reducible para aprender de ſus propios Cõdiſcipulos, porque los oìa, y reſpetava como el infimo de todos. En tal abatimiento ſe viò el q̃ tenia el Cielo ſeñalado para Oraculo de ſu ſiglo, ſiẽdo el deſprecio, y la laſtima de los que entre la obſcuridad de ſu rudeza, no podian reconocer, ni eſtimar el reſplandor de ſu futura ſabiduria. El fue como aquella fenix de diamãtes; joya la mas precioſa del vencido Carlos de Borgoña, la qual viniendo à manos de vn ſoldado la avandonò, como alhaja la mas vil de aquel gran deſpojo; y no teniendo precio por ſu riqueza, le faltò el aprecio, y la eſtimacion aun en la miſma codicia. Eſte deſprecio padeciò Franciſco, que no menos fue diamante en lo invencible de ſu firmeza, que fenix en ſu immortal ſabiduria : pero nadie puede eſtrañar que nazca tan bruto el diamante, y que el fenix parezca vna inutil paveſa, antes que le infunda el Sol los alientos de ſu hermoſa luz.

En eſte eſtado ſe hallava Franciſco, logrando las ocaſiones de humillacion, que abundantemẽte le ofrecia ſu cortedad, las quales ſe hizieron mas ſenſibles por la viveza de aquel ſu Condiſcipulo, y nuevo Maeſtro, que al verle tan perezoſo en percibir, deſdeñava ya como deſaprovechada ſu enſeñança, y como inutil ſu fatiga. Tal vez moſtrava en el zeño del roſtro, y tal vez en las palabras deſabridas, no menos la deſazon propia, que la rudeza del que le oìa : con que ſe convertia el exercicio de las letras en materia de mortificacion.

Todas eſtas eſpinas, aunque no eran poderoſas para hazerle menos amable el eſtado en que ſe veìa, eran fuertes eſtimulos, para que deſaſsido, y levantado de la tierra bolaſſe con mas velocidad à ſu Dios, en cuyo acatamiento repetia con inſtancias fervoroſas los ruegos que ſu ſanto Padre, y Superior le avia ordenado, implorando el favor de Maria Santiſsima, à quien ſiempre acudiò con las ternuras, y confiança de hijo, y con las ſummiſiones de eſclavo. Las dulçuras que Iesvs, y Maria le comunicavan en ſu fervoroſa Oracion, no

ſolo

solo disminuìan, sino que anegavan todo el dolor, y amargura de sus desprecios en vn mar de delicias, y suavidades. De su retiro salìa no menos lleno de alegria, q̃ de confusion, y de humildad, mostrandola en todas sus acciones, assi en el encogimiento, con que estava delante de los demàs, como en el silencio con que los oìa, sin atreverse apenas, à hablar en su presencia.

Esta humildad, junta con lo tardo, y detenido de su entendimiento, hizo que se viesse en el Doctor Eximio renacer otra vez el Angelico Doctor; porque no solo experimentò, como Santo Thomàs, menos estimacion en sus Condiscipulos; sino que hallò en sus desprecios el prelagio de su sabiduria. Hazianse reparar sus palabras, porque era mucho su silẽcio: y assi quãdo despues de aver enmudecido largo espacio, desplegava sus labios, solian algunos con alegria, y ligereza juvenil dezirle: Què es esto, mi Hermano Francisco, que en fin hablò el Buey? notãdo tal vez de importunas sus palabras, como si pudiera dexar de hablar biẽ el que tanto sabìa callar. Pero el sucesso mostrò tambien aqui, que lo que passava entonces por gracia, llevava embuelto vn gran misterio; porque como en la Carroza de Dios, siendo el Buey el mas perezoso, fuè el primero que se viò transformado en Querubin, para dilatar por el mundo la divina gloria; assi Francisco, que en sus fatigas, en su mansedumbre, en su tolerancia, imitava las calidades del Buey, fue el primero, y el vnico entre los demàs, que por la plenitud de su ciencia llegò à ser elevadissimo Querubin, y comun Maestro de la Compañia, en la qual como en aquella triunfal Carroza se mira por blason la mayor gloria divina. Por esso, como los demàs animales, aunque tan nobles como el Hombre, tan generosos como el Leon, tan perspicazes como el Aguila, imitavan en sus passos al Buey; assi los grandes hombres, y los elevados ingenios, con que Dios ilustra la Compañia, pueden gloriarse de seguir las huellas, que este Eximio Doctor dexò estampadas en sus exemplos, como Buey, y en sus escritos, como Querubin.

Ezechiel. c. 10. v. 14. *Et plãta pedis eorum, quasi planta pedis vituli.* c. 1.

Guardò la Providencia en esta obra el mismo estilo, que en las otras, con que pretende acreditar su poder; delante de las quales haze, casi siempre, que precedan algunas señales, ò porque su grandeza, ya yezina, no puede dexar de descubrir-

ſe, como el Sol, en la precurſora luz de la mañana; ò porque precediendo eſtos aviſos, quiere conciliar mas atencion à ſus portentos. Ya oìmos al entrar Franciſco en la Compañia, el vaticinio de ſu grandeza, y aora quando parece eſtava deſacreditado, y olvidado, por la cortedad de ſu entendimiento, quiſo Dios autorizarle de nuevo, dando otra voz mas clara por boca del Santo Padre Martin Gutierrez. Eſte iluſtre Martir de Chriſto, viendo vna vez al Hermano Franciſco, lleno de eſpiritu Profetico, dixo, ſeñalãdole con el dedo: *Ven aquel Hermano? pues ha de ſer ornamento de la Compañia, y Dios ha de iluſtrar por èl à ſu Santa Igleſia.* Eſcucharon con admiracion los circunſtantes eſtas palabras; porq̃ aunque la ſantidad de quien las pronunciava, era digna de que las atendieſſen como Oraculo, toda via ſe deſautorizavã mucho en la ineptitud, y cortedad de Franciſco. Pero como el V. Padre no regulava ſus juizios, ni ſus palabras por indicios humanos, ſino por las luzes divinas, hablò muy ſobre la expectacion, y parecer de los demàs, y no ſolo èſta, ſino repetidas vezes confirmò la miſma profecia, con incomparable dulçura de ſu corazon, como quien ſe anticipava el alborozo, para ſalir al encuentro à la futura, y ya poco diſtante felizidad.

No ſe dilatò mucho el cumplimiento de eſta Profetica voz, porque ya la Oracion del Iuſto avia penetrado los Cielos, y conſeguido el beneficio de ſu luz. Eſtava vna vez Franciſco oyendo de aquel ſu ſegundo Maeſtro la explicacion de vnã de las mas ſutiles dificultades de la Logica, y deſpues de averle eſcuchado con atencion, le pidiò licencia para dezir lo que en aquel punto avia entendido. Dioſela con guſto, y con no menos ſeguridad, de que, como ſolia acontecer, no avria penetrado los primeros terminos de la queſtion. Pero avido ſu beneplacito, comẽçò Frãciſco à diſcurrir en materia tan dificultoſa con tanta diſtincion, ſutileza, y claridad, como ſi hablàra porſu boca el ingenio mas deſpierto, y conſumado. El Condiſcipulo le mirava con ſuſpenſion, y le eſcuchava con aſſombro, ſin acabar de creer lo que veìa, ni de dar aſſenſo à lo miſmo que eſcuchava. Con eſte paſmo, y admiracion ſe fue promptamente à dar noticia de eſta novedad à ſu Maeſtro, diziendole como el Hermano Franciſco, que haſta allì ſe avia juzgado incapaz por ſu cortedad, era ſin duda vn prodigio

de

de ingenio, y agudeza; porque toda su rudeza antigua parece se avia convertido de repente en promptitud, y perspicacia: y que si queria ver patente el desengaño, le mandasse hablar, como à èl le avia hablado, y dezir lo que aquella tarde le avia dicho.

Alegrose con esta noticia su Maestro el P. Andres Martinez, y como tenia tan facil, y oportuna la experiencia en las funciones de cada dia, aguardo hasta las primeras conferencias, y en ellas dio lugar, y orden à Francisco, para que arguyesse contra la question, que se ventilava. Aqui fue donde se viò mas patente la mudãça, que avia hecho aquel Dios, que exalta à los humildes, y haze reynar la luz sobre el imperio de las sombras. Porque Francisco, aunque sin olvidarse de su modestia, y compostura, fue ordenando sus consequencias con tanta sutileza, promptitud, y energia, que se dexò muy atràs al discipulo que sustentava, y para satisfacer à su argumento, no sobrò nada al ingenio de quien le presidia. De esta suerte, lo que antes era risa, se convirtiò en admiracion, el desconsuelo del Maestro en alegria, y la desestima de los Condiscipulos en veneracion, y respeto. Todos al ver vna novedad tan grande en el entendimiento de aquel su Hermano, y Compañero, hablavan con las vozes de aquella admiracion, que dezia en otro tiempo de Christo: *Quomodo hic litteras scit, cùm non didicerit*: Què mudança, què transformacion es esta tan nueva! Como el que hasta aqui no aprendia letra, ha llegado tan facilmente à comprehender lo mismo, que antes no podia percibir? Como se ha convertido su rudeza en perspicacia, y su ignorancia en sabiduria? A esta pregunta, llena de admiracion, solo se puede satisfacer, poniendo en boca de Francisco la respuesta, que Christo pronunciò por su boca: *Mea doctrina non est mea, sed eius, qui misit me.* Que aquella nueva luz de doctrina, que empezò à rayar en su entendimiento, no era adquirida por estudio, ni industria suya, sino derivada del Padre de las lumbres, que embio à este Eximio, y consumadissimo Doctor, para iluminar al mũdo en estos vltimos tiempos. Ioan. 7.

Mas lo que siempre se podrà dudar, es, qual fue el medio, ò el arcaduz, por donde se comunicò à Francisco este nuevo resplandor de sabiduria? Si fue aquella su profundissima

ma humildad, con que se ofreciò à los oficios mas baxos de siervo; ò si fue la oracion fervorosa, que por èl hazia à Maria Santissima su amado Padre, y venerado Prelado; ò si fue vltimamẽte la misma Reyna de los Angeles, que quiso formar este nuevo Doctor, para escudo de su pureza, y para triunfo de su gracia? Quien dixere que alcançò la alteza de su sabiduria por lo profundo de su humildad, tiene facil apoyo en la Sabiduria Eterna, à quien sacò del regazo del Padre, y trasladò al seno de Maria, aquella humildad con que se ofreciò à ser esclava, quando Dios la avia eligido para Reyna. Quien dixere que la alcançò por la Oracion de su Santo Prelado, y afectissimo hijo de Maria, tiene firme fundamento en la santidad del hijo, y en la ternura de la Madre: porque si à la Oracion del Iusto se dà por entendido el solido diamante de los Cielos; como no se haria lugar en el corazon de Maria, mucho mas blando que la blanda cera. En fin, quien dixere, que la alcançò immediatamente de mano de esta Señora, tiene en su misma grandeza el apoyo; pues Maria es la mas sabia Minerva, y la Belona mas divina, que no de la cabeza del mentido Iupiter, sino de la boca del Altissimo saliò armada para arruinar todos los errores del mundo, y armò de nuevo al Eximio Doctor, para que peleasse contra las heregias de su tiempo. Enriqueciòle assimismo con los tesoros de su luz, inspirole las dulçuras de su devocion, para que defendiesse la gloria de su gracia, desde su principio hasta el fin: en su principio contra los que descubrian en èl las sombras de la culpa; y en su fin, contra los que ignoravan el colmo de sus excessivas ventajas.

Pero aunque à qualquiera de estas causas se puede atribuir la inopinada sabiduria de Francisco; lo mas cierto es, que todas tres juntas tuvieron en ella gran parte, comunicandole sus perfecciones, y concurriendo con sus influxos à su prodigiosa formacion. De la humildad, recibiò su sabiduria aquella profundidad con que penetra, y desembuelve los mas escondidos secretos, sin dexar seno que no examine con su luz, ni sombra que no aclare con su resplandor. La Oracion comunicò à su sabiduria aquella alteza, con que se remonta à los misterios mas soberanos de la Divinidad, escudriñando lo mas inscrutable, y acercandose à lo mas inaccesible. Y en

fin,

fin, Maria Santiſsima le comunicò aquella piedad, aquella modeſtia, aquella dulçura, y todas las demas perfecciones, con que deſpues adornò ſu entendimiento, y fueron efectos del favor que recibiò al preſente de ſu mano.

CAPITVLO XII.

Como continuò, y diò fin à ſu Philoſophia, y de la perfeccion con que vniò con ſus eſtudios la virtud.

FVe tal la admiracion, que causò en todos eſta primera luz del entendimiento de Franciſco, y tan ſuperior à lo que haſta alli avia moſtrado, que por averiguar mas el principio de donde nacia, determinò ſu Maeſtro al tiempo que no aſsiſtia en ſu apoſento regiſtrarle, y eſcudriñarle todo, para averiguar ſi tenia oculto algun libro, ò manuſcrito, en que pudieſſe aver leìdo la ſutil eſpecie de ſu argumento. Pero no hallando en èl otro papel alguno, ſino el que en ſu general eſcrivia, y haſta alli avia ſido tan dificultoſo, y ſuperior à ſu inteligencia; ſe acabo de confirmar, en que aquella no era mudança de los papeles en que eſtudiava Frãciſco; ſino del miſmo Franciſco, y de ſu entendimiento, antes tan obſcurecido, y tardo, y aora tan claro, y tan deſpierto. A demàs, que la vniformidad ſiempre ventajoſa, con que deſde alli reſplandeciò en todos los exercicios literarios, moſtrò bien claramente que tenia ya dentro de ſi miſmo la Oficina de tan ſublimes, y delicados penſamientos. Que por eſſo el Sol es ſiempre igual en los reſplandores, y la Luna tan inconſtãte en ſus luzes: porque la Luna ſe viſte de agenos luzimientos; y el Sol produce, como fuente inagotable, la belleza de ſus rayos.

Tal fue deſde aquèl punto el entendimiento de Franciſco: porque deſde que deſpuntò en eſta ſu feliziſsima aurora, nunca deſcaecieron las luzes de ſu ſabiduria, antes ſe aumentaron, y crecieron de claridad en claridad por toda la carrera de ſu vida. Porque à la manera que el Autor de la naturaleza imprimiò aũ en las inſẽſibles criaturas ſus ocultas inclinaciones, para que conſiguieſſen ſus fines; à la manera q̃ puſo

ſo en los ſentidos de los vivientes el deleite, y guſto alagueño, con que excitados, y movidos atendieſſen à las operaciones de ſu conſervacion, y aumento: aſsi aviendo eſcogido à Franciſco con tan eſpecial providencia, para iluſtrar el mundo con ſu doctrina, le dio vn ſummo deſeo de alcançarla, y tanta ſuavidad en las tareas de adquirirla, que deſde entonces cerrò los ojos, y los penſamientos à otro guſto, y entretenimiento, para colocarlos todos en ſu Dios, y en ſus libros. Conocia que haſta alli avia perdido tiempo por ſu cortedad, y aſsi ſe determinò à reſcatarle, y redimirle, como aconſeja el Apoſtol, aplicando todos los eſfuerços de ſu entendimiento, y hurtando todos los ratos que le permitia la obediencia à menos preciſas ocupaciones. Por eſſo quando los demàs Eſtudiantes dexavan el retiro, por ſer ya tiempo de recreacion, Franciſco no parecia entre los demàs, porque tenia toda ſu recreacion en el retiro. Mas ſi dexava las converſaciones honeſtas, que permite la virtud; que ageno eſtaria de las inutiles, y dañoſas, que ocaſiona el tedio, y aconſeja la ocioſidad? Aborreciòlas ſiempre, no ſolamente en ſi, ſino en los demàs, llamando à eſtas platicas eſcuſadas, tiranos robadores de la joya precioſiſsima de el tiempo, y enemigos de las letras, y de las virtudes. Y aunque eſte ſu eſtremado retiro le conſeguia con algunos opinion de menos tratable, y vrbano, èl poſponia ſu opinion à ſu vtilidad, y aſsi vino à ſer el exemplo, y la admiracion de todo aquel numeroſo Colegio, que mirava nacer en aquel ſanto Mancebo vn duplicado prodigio de ſabiduria, y de ſantidad.

Eſtas fueron ſiempre las dos ruedas, y los dos eges, en que eſtrivo, y ſe moviò todo el diſcurſo de ſu vida; y como en la Carroza de Dios no ſe adelantava vna rueda, ſin que la otra tambien ſe movieſſe, y adelantaſſe, porque todas eran regidas, y animadas con vn miſmo eſpiritu; aſsi no dava paſſo la ſabiduria de Franciſco, ſin que tambien ſe adelantaſſe ſu virtud. Avia ya conſumado ſu Noviciado, eſtrechandoſe con ſu Dios por medio de las dulçes priſiones de ſus tres votos; pero aunque tuvo fin ſu Noviciado, no le tuvieron los fervores, los rendimientos, y la exaccion de Novicio. Ni la opinion, y eſtima grande con que ya todos aplaudian ſu ingenio, fueron mas que triunfos, y coronas de ſu profunda hu-

humildad, porque ſobreſaliendo tanto entre todos, perſeverava con el miſmo encogimiento, que quando no excedia, ni aun igualava al mas pequeño. Ni el amor grande que avia concebido al eſtudio, y la ſuavidad, y guſto que en èl eſperimentava, le hizieron menos aficionado à la Oracion, y demàs exercicios de virtud: porque como eſtudiava, no por vanidad, ni conveniencia humana, ſino por obedecer à la voluntad de Dios, la regla, y la medida de ſu eſtudio, era la duracion del divino precepto.

Con todo eſſo ſucediò vna vez eſtar Franciſco tan engolfado en ſus diſcurſos, que aviendo tocado la campana, para barrer la caſa el dia ſeñalado, no percibiò ſu aviſo, ni ſu voz, porque eſtavan todos ſus ſentidos tan embebidos en ſu penſamiento, que le embargaron los cuidados de ſu atencion. Es la humildad de eſte exercicio tan amada de la Compañia, que contra ella no preſcribe la ancianidad, ni el magiſterio, ni el oficio, por ſuperior que ſea, ni otra excepcion alguna, porque la igualdad de nueſtros eſtilos, no ſufre, ni permite excepciones. Todos eſtavan ya barriendo, y ſolo faltava Franciſco, que era ſiempre el mas puntual de todos. Por eſſo le hizo reparar mas prõptamente ſu falta, y el q̃ por ſu oficio debia advertirla, acudio al ſanto Padre Martin Gutierrez, à quien, como à Superior, pertenecia la noticia, y la enmienda de ella. Pero era tan conocida la puntualidad de Franciſco, q̃ el V. Padre no dudò, que el faltar à aquel exercicio, procedia de no aver adverido en la campaña; con todo eſſo diò orden al miſmo que avia traido el aviſo, que fueſſe al apoſento de Franciſco, y que ſi le hallava entregado al eſtudio, bolvieſſe ſin inquietarle, ni dezirle palabra. Todo ſucediò aſsi, porque entrando donde eſtava Franciſco, le encontrò tan abſorto, y ſuſpenſo con la profundidad del penſamiẽto, que no bolviò en ſi, ni con los paſſos, ni con el ruido de quien ſe le acercava. Lo qual ſabido por el ſanto Padre, diò nuevo motivo para repetir el vaticinio que ya antes avia pronunciado de Franciſco, diziendo dèl eſtas palabras: *Dexen, dexen eſtudiar* à eſte Hermano, porque le cria Dios para vn grande Doctor de la Igleſia, Defenſor de la Fè, Maeſtro vniverſal de toda la ſagrada Theologia, y honra, y gloria *de nueſtra Religion*. Quan felizmente ſe aya deſempeñado con

la

la grandeza de los ſuceſſos eſta inſigne profecia de Franciſco, aun Eſtudiante, ſabenlo todos los que ſon capazes de hazer la juſta eſtimacion de ſus eſcritos. Mas lo que aora ſe debe advertir, es el grande aprecio que ya ſe hazia de ſus eſtudios, y la ſatisfacion que tan ſanto, y Venerable Prelado tenia de ſu virtud, exaccion, y puntualidad, pues ſe perſuadiò firmemente à que no avia percibido la ſeñal que todos avian eſcuchado, antes que imaginar la mas leve falta en la promptitud, y perfeccion de ſu obediencia.

La miſma opinion, y concepto formaron de Franciſco quantos le conocieron, y trataron en ſus eſtudios: y muy ſingularmente los que ſiendo ſus Padres eſpirituales, lograron la ocaſion de regiſtrar lo mas interior de ſu pecho. Porque como ſu humildad crecia, ſegun la elevacion de ſu ſabiduria, al paſſo que era mas ſabio, era tambien mas deſconfiado, y temeroſo de ſi miſmo; y aſsi acudia à ſus Confeſſores, y Padres eſpirituales, revelandoles todos los ſenos de ſu conciencia, para que le enſeñaſſen, y todos los afectos, y movimientos de ſu corazon para que los rigieſſen. Governaron ſu eſpiritu los Varones mas ſeñalados de aquel tiempo: y todos zifravan la ponderacion de ſu virtud con dezir, que parece andavan ſiempre en competencia, ſobre quien podia mas en el animo de aquel ſanto Hermano, ò los ſutiles diſcurſos, ò los ſantos, y encendidos afectos. Conſervò ſiẽpre el miſmo teſon en las penitẽcias corporales, y en la interior mortificacion de las paſsiones; tan atento à los exercicios de la Oracion, como ſi fuera ſu vnico empleo; tan cuidadoſo en los primores de ſu modeſtia, y compoſtura, como ſi eſta virtud le arrebatara todos ſus cuidados, templando los ardores de las diſputas, con tanta ſerenidad de animo, y roſtro; que à manera de vna ſolicita, è ingenioſa aveja ſabìa vſar de la ſutileza de ſu aguijon, pero ſuavizado ſiempre con las dulçuras de la miel. En fin, como en el Noviciado fue vna viva idea de vn perfectiſsimo Novicio, aſsi en los eſtudios fue vn dechado acabadiſsimo de vn Eſtudiante de la Compañia, haziendo ver todas las reglas que nos dexò eſcritas nueſtro gran Patriarca, trasladadas haſta los apizes mas ſutiles en ſus empleos, y acciones.

CA-

CAPITVLO XIII.

Quanto reſplandeciò en los eſtudios de Theologia, y de las mueſtras que diò de ſu fecundiſsimo ingenio.

CAminava Franciſco mas con buelos, que con paſſos àzia la cumbre de la perfeccion, y ſabiduria; ſiendo ya doblada admiracion de los que poco antes le aviã mirado compaſsivos de ſu incapacidad, y aora celebravan la repentina mudança de ſu ingenio, y comprehenſion. Embiaron por eſte tiempo à que ſe incorporaſſe en eſte curſo de Filoſofia, al P. Gregorio de Valencia, que fue vno de los mas inſignes Varones que produxo la Compañia; y à quien deſpues de aver llenado à Alemania de la fama de ſu ſabiduria, y de ſus victorias contra Hereges, fio nuestra Religion ſu cauſa, y ſu defenſa, en la celebrada controverſia de *AVXILIIS*. Neceſsitava Valencia de informarſe, no ſolo de lo que entonces ſe leìa, ſino de lo que antes avia dictado ſu Maeſtro; y eſte juzgandoſe deſigual à eſta nueva fatiga, la encomendò à nueſtro Franciſco, para que exercitaſſe ſu magiſterio con eſte nuevo Cõdiſcipulo. De manera, q̃ el que por ſu rudeza avia poco antes neceſsitado de duplicada enſeñança; aora empezò ya à comunicar, como Maeſtro, ſu ſabiduria, logrando en ſolo vn oyente, como Valencia, la Eſcuela mas florida, y numeroſa: y començando, à manera de vn nuevo Sol, à dorar la cumbre mas eminente con los rayos de ſu primera luz. Reconociòſe preſto en entrambos, lo que puede adelantar vna promptitud ingenioſa debaxo de vna clara, y perſpicaz diſciplina: porque Valencia en poco tiempo, no ſolo igualò, ſino que ſe aventajò mucho à los demàs: y aun ſe acercò à competir con ſu Eximio Maeſtro, ſiendo incomparable alegria de todo eſte Colegio de Salamanca, que veìa nacer, y educarſe juntos eſtos dos prodigios de agudeza, y erudicion. Y no ay duda, que la concurrencia de dos tan portentoſos ingenios, fue vna providencia ſingulariſsima del Cielo, que atropellò las leyes de la naturaleza, la qual ſiempre dà con perezoſa, y avarienta mano los grandes Va-

rones, y no acoſtumbra producir à un miſmo tiempo ſus monſtruos.

Concluida aſsi la Filoſofia natural, diò principio nueſtro Franciſco à la ſagrada Theologia en eſta miſma Eſcuela de Salamanca. Pero no es facil de repreſentar à la admiracion el anhelo feliz, con que deſde luego eſtendiò las velas de ſu ingenio por los nuevos, y anchuroſos mares de eſta divina ciencia. Porque ſiendo corta esfera para ſu aliento la que le ofrecian las ordinarias lecciones, no ſe contentò con eſte ſolo eſtudio, ſino que dedicò ſus deſvelos à penetrar la profunda doctrina del Angelico Doctor Santo Thomàs, tomandole deſde entonces por luz, y guia de ſus aciertos, y examinando en eſte tiempo con grande atencion todas las Partes de ſu admirable Suma, la qual iluſtro deſpues con ſus ſapientiſsimos Commentarios. Inquiria tambien la venerable erudicion de otros antiguos Theologos, deleitandoſe ſingularmente con la agudeza del ſutil, y Mariano Scoto, à cuyas felizes armas determinò juntar las de ſu erudicion, para defender la pureza de Maria en ſu primer inſtante, dexando por ſolo el honor, y culto de la Reyna de los Angeles, al Angel de los Doctores.

Con eſtas incanſables fatigas empezò à formar en ſu capaziſsimo entendimiento aquel teſoro caſi immenſo de ſabiduria, eligiendo en el dilatado campo de los Antiguos Eſcritores, las flores mas fragrantes, con que labrò deſpues los panales ſuaviſsimos de ſu doctrina; y confutando ſus menos acertadas opiniones, para fabricar ſobre ſus ruinas nuevos Edificios, y Templos à la verdad. Eran tales las ventajas de ſu ingenio, y de ſu eſtudio, que ya en eſte tiempo apenas tenia mas que el nombre de diſcipulo con el oficio, y cõprehenſion de Maeſtro. Aun antes que le dictaſſen las materias Theologicas, èl por ſi miſmo las eſtudiava, y aprendia; y aun de las que leìan ſus Maeſtros, eſcrivia anticipadamente las queſtiones mas dificultoſas, diſcurriendo razones muy ſutiles, y ſeñalando rumbos no conocidos para encontrar con la verdad, adonde mirò ſiempre como à centro de ſus deſvelos. Era tan grande ya la eſtimacion que todos hazian de ſu profundo ingenio, y acertado juizio, que no ſolamente los Condiſcipulos, ſino tambien ſus miſmos Maeſtros ſolicitavan

van los apuntamientos, y papeles de Francisco, confessando con noble ingenuidad, que hallavan mucho que aprender en ellos.

De esto, fue buen testigo el P. Diego de Acosta, que siendo Maestro de este admirable joben, y teniendo entre todos el merecido aplauso de grande, y perspicaz ingenio, con todo esso se aprovechava de los trabajos de su discipulo, enriqueziendo con ellos los Tratados que leia desde la Cathedra. Para esto esperava el tiempo en que las ocupaciones precisas tenian à Francisco fuera de su estancia: y entonces registrava lo que avia discurrido, y escrito acerca de los puntos de su letura; notandolos todos con atencion, y cuidado, y dictandolos publicamẽte muchas vezes, sin descrepar de la sustancia, y orden con que Francisco los tenia escritos. De suerte, que como los Rios restituyen por sus bocas al mar lo mismo que en su secreto han recibido dèl, assi sucedia que lo que ocultamente avian recibido de Francisco, se lo franqueavan en publico sus Maestros. Y en esto no es menos de alabar la humildad ingenua del Maestro, que la agudeza admirable del discipulo: pues si es prodigio de sabiduria, que vn Estudiante enseñe quando avia de aprender; no es menos admirable, que vn Maestro no se desdeñe aprender del mismo à quien avia de enseñar. Acudia à este tiempo con los demàs Condiscipulos à las lecciones del doctissimo P. Maestro Mãçio; el qual tenia grande aprecio del ingenio, y agudeza de Francisco, confessando llanamente, que quando assistia al poste le ponian en cuidado sus replicas. Y muchas vezes bolviendose à los otros, y señalando à Francisco dezia: *Miren por este, que ha de ser vna maravilla*: conociendo ya desde entonces el tesoro que Dios avia depositado en aquel su gran discipulo.

Pero no se ciñò en este tiempo el ingenioso desvelo de Francisco, à solas las sutilezas Escolasticas: tambien discurriò por las Morales, componiendo varias, y muy vtiles disputas en diferentes materias, y estableciendo sus *resoluciones* en firmes, y solidos fundamentos; con tan *maduro juizio* en la eleccion de las opiniones, que ni la razon quedava agraviada de su estrechèz, ni la piedad christiana ofendida con la laxitud. El motivo que tuvo para consagrar sus sudores à estos

privados eſtudios, y fatigas fue, no ſolo porque era materia eſcaſa à ſu capazidad, la que ocupa à los moderados ingenios; ſino principalmente porque la claridad, y luz de ſu entendimiento era como la que alumbra nueſtros ojos, que les haze ver los tropiezos, que ſin ella no veìan, y reparar en los atomos en que ſin ella no reparavan. Enſeñavanſe en aquellos tiempos algunas opiniones, cuya falſedad eſtava tanto mas oculta, quanto avia ſido menos examinada. Eſtablecianſe por inconcuſos, y firmes algunos principios venerados con vna ciega fè, como maximas de la Filoſofia, y como ciertas deidades de la razon; à quienes ſolo el diſputarles la verdad, parecia vn linage de irreverencia. Pero Franciſco experimentando muy repugnante el aſſenſo à ſemejantes doctrinas, determinò examinarlas profundamente; no llevado de la oſtentacion de agudeza, ni del eſtimulo de la emulacion, porque todos eſtos afectos vivian muy lexos de ſu humildad; ſino ſolicito, y eſtimulado ſolamente del amor, y deſeo de diſtinguir, y ſeparar lo falſo de lo verdadero, y de encontrar entre las ſombras, y las dudas con la luz, y hermoſura de la verdad.

Y porque pequeños deſcuidos al principio ſuelen ocaſionar errores grandes en ſus fines; puſo todo el conato en cautelar los defectos grandes en los pequeños; atajando los fines errados con la impugnacion de los principios menos firmes, y ſeguros. A eſta cauſa conociendo con alta comprehenſion, que las materias, y puntos de la natural Filoſofia, ſon fuentes, y manantiales que pueden enturbiar, y aun en venenar las aguas criſtalinas de la doctrina ſobrenatural, y catholica: empezò deſde eſtos ſus primeros paſſos à delinear aquella grande obra de ſus Metafiſicas, ſin que le acobardaſſe la mole caſi immenſa de eſta ampliſsima, quanto elevada ciencia, baſtante para fatigar el ingenio mas ſublime, y la ſabiduria mas conſumada. No avia oìdo à ſu Maeſtro la Metafiſica por el eſtilo, y orden menos limado de aquel tiempo: por lo qual ſe reſolviò en medio de las tareas de Eſtudiante à deſembolver con ſumma atencion aquellos altos, y tranſcedentes principios, para fixar ſobre ellos como firmes baſſes la fabrica que ya ideava de ſus eruditiſsimos, y admirables eſcritos. Pudo tanto la felicidad, y fatiga con que leyò, y obſervò lo mas ſelecto de los Autores Antiguos, y la agudeza

con

con que apurò, y deshizo las doctrinas menos solidas, y aclarò las verdaderas, y firmes; que aquel su trabajo de Estudiante fue mas que bosquexo de los dos tomos, con que siendo ya Maestro, enriquecio á los Filosofos, y abriò los caminos, y sendas seguras à los mas exercitados ingenios. De todo lo qual se ve la suave providencia de Dios, que aviendo ilustrado el entendimiento de Francisco con su brillante luz, encẽdio tambien en su corazon vn ardiente deseo de la sabiduria, para que la buscasse con tantos afanes, y la consiguiesse con ventajas tan colmadas, no solamente en sus fines, sino tambien en sus primeros passos. Por donde si fue Doctor Eximio y prodigioso por la grandeza de doctrina, à que llegò; no lo fue menos, por el anhelo de alcançarla, y por la velozidad en consiguirla.

CAPITVLO XIV.

Escrive vna Question en honra de Maria Santissima, y aprueva, y agradece su obsequio esta Señora.

ES tan eximia, tan portentosa, y tan rara esta gloria de la sabiduria, de Francisco, poco antes despreciado por incapaz, y aora antes de traspassar los terminos de discipulo, tan sobresaliente, y tan aplaudido por su doctrina, y por su ingenio; que por no hallarle facilmente muchos exemplares entre los Doctores que le precedieron, pudiera hazerse menos persuasible su grandeza à los que no la vieron, y experimentaron. Mas porque se entienda, que las cosas que exceden à nuestra capazidad, no por esso deben ser superiores à nuestra Fè; quiso el Cielo acreditar esta temprana sabiduria de Frãcisco con testimonios tan divinos, que borrassen, y deshiziessen del todo las dudas humanas. Succediò, pues, que aquel grande Apostol de Andalucia, el Padre Maestro Iuan de Avila, ponderando en vn sermon las excelencias de Maria, llevado del amor de esta Celestial Princesa, llegò à dezir, que solo su alma santissima avia tenido mas gracia, que todos los Angeles, y hombres juntos: de suerte, que si se pusiera en vna balança la gracia de todas las demàs.

criaturas, y en otra la gracia de Maria; pesaria mas la gracia de sola Maria, que la gracia, y santidad de las demàs criaturas. Esta proposicion, que à los tibios, ò menos devotos pareciò arrojada, y excesiva; à los amantes finos de Maria pareciò dignissima de su grandeza. Porque si bien no es prudente, sino inutil, y vana curiosidad, poner en competencias, y disputas la igualdad, ò desigualdad de los Santos, deprimiẽdo neciamente à vnos, por ensalçar à los otros; con todo esso es plausible, y prudente devocion, engrandecer la santidad de Maria à vista de todos los demàs Predestinados: assi porque es honor de los hijos, el ver tan entronizada à su Madre; como porque à ninguno puede ser odiosa vna comparaciõ, en que el competir es gloria, y aun el ceder es fortuna.

Por esta causa, llegando à oìdos de los Venerables Padres Martin Gutierrez, y Balthasar Alvarez, èste afectuoso elogio, que el Maestro Avila avia dado à Maria Santissima, no solamente le aprobaron por justo, sino que les pareciò se encerrava, y descubria en èl vn tesoro incomparable de grandes pensamientos, para declarar à los Fieles la excelencia, la dignidad, y la hermosura de Maria. Mas porque esta prerrogativa no peligrasse en el escrupulo, y rigor de las Escuelas, se encendieron estos dos espiritualissimos Varones en vehementes ansias de verla autorizada con la pluma, y erudicion de algun Doctor Escolastico, que la persuadiesse con argumentos, la aclarasse con razones, y defendiesse de todas las dificultades. Con este deseo echaron los ojos por todos los Maestros, que tenia la Compañia en España, entre los quales se hallavan muchos, cuyo nombre era muy conocido, por la excelencia de su doctrina, y que sin duda podian ilustrar aquel assumpto, aunque dificil por su novedad, pero lleno de honor, y de fortuna, por tenerla alistada en sus vanderas todos los que militan por las prerrogativas, y aplausos de Maria.

Mas como esta Celestial Señora avia escogido à nuestro Francisco, por Doctor de sus excelencias, desterrando para este fin las sombras de su entendimiento, quiso tambien que desde luego consagrasse las luzes con que le avia iluminado, empeñandolas todas en esta empressa de su gloria. Y assi aquellos dos prudentissimos Varones, movidos sin duda de

im-

impulſo ſuperior, dexando tantos, y tan inſignes Maeſtros, encomendaron eſta empreſſa al Hermano Franciſco Suarez, porque ſi bien ſe hallava aun en la esfera de diſcipulo, le miravan ennoblecido con los creditos de Maeſtro; y no dudavan, que la luz de ſu ſabiduria, y agudeza ſe avivaria entre las llamas de ſu devocion. Oyò èl la propueſta con humildad, abrazola con reſignacion, y animado con el dictamen de tan veneradas perſonas, determinò conſagrar todos ſus deſvelos à vn aſſumpto tan conforme à ſu piedad, y tan proprio de ſu cordial afecto à Maria, y en que tambien podia deſempeñar el agredecimiento à los favores de ſu mano.

Luego, como es tan ingenioſo el ſagrado amor, le cortò ſutilmente la pluma, ò le diò vna de las q̃ buelan en ſus alas, para que con igual preſteza, y felicidad defendieſſe la hermoſura, y gracia de aquella caſtiſsima Virgen, acreditandola por ſuperior à todas las gracias, y hermoſuras del mundo, y dandole con mas razon que en la otra cõpetencia de las Diofas, la mançana de oro de ſu ventajoſa precedencia ſobre la republica de las demàs criaturas juntas. Refieren eſte acaecimiento todos los que eſcrivieron del Padre Suarez; pero porque entre los demàs ſobreſale mucho el V. P. Luis de la Puẽte, no quiero omitir ſus palabras, por ſer gran recomendacion de Franciſco, y credito del ſuceſſo. Dize, pues, aſsi en el cap. 26. de la vida del P. Balthaſar Alvarez, haziendo mencion del P. Martin Gutierrez: * *Pareciendoles* à eſtos dos eſclarecidos Varones, que eſta opinion (que haze la gracia de Maria no ſolo ſuperior à la gracia de cada vno de los Santos en particular, ſino à la de todos juntos, aſsi Angeles, como hombres) ayudava mucho à formar vn gran concepto, y eſtimacion de la Virgen nueſtra Señora; procuraron que el P. Franciſco Suarez, que entonces era Paſſante, pero de raro ingenio, y no menos devoto de Nueſtra Señora, hizieſſe vna queſtion, en que probaſſe ſer eſto muy probable, y cõforme à la doctrina de los Santos, y à toda buena razon. Hizola el P. Suarez muy à guſto de eſtos eſclarecidos Varones, y deſpues la eſtendiò, y enriqueciò, y la puſo en el ſegundo tomo ſobre la tercera parte de Santo Thomàs, donde tendiò las velas de ſu grande ingenio, y devocion en declarar, apoyar, y engrandecer la gracia, y excelencias de la Virgen *Nueſtra Señora*. *

Haſ-

Hasta aqui el V.P. Luis de la Puente: y no es licito passar de aqui, sin hazer vna justa reflexion sobre este testimonio: en el qual veo vno de los mayores elogios de nuestro Eximio Doctor, pronunciado, y autorizado por tres hombres de altissima perfeccion, y santidad. Tal fue el Santo Martir Martin Gutierrez, de quien hizimos vn breve disseño en otra parte: tal fue el divino P. Balthasar Alvarez, del qual testificò aquella incomparable Virgen Santa Theresa de Iesvs, que era la persona, à quien mas debia su alma en esta vida, y la que mas la avia ayudado para caminar à la perfeccion. Y entendiendo vna vez, que este su amado Padre se hallava fatigado, y afligido en la lucha de contrarios pensamientos acerca de su predestinacion, se puso la Santa en la presencia de su Dios, para negociarle el alivio: y luego le mostrò su Magestad vna silla eminentissima en el Cielo, diziendole, que aquel trono era el que avia de ocupar su siervo el P. Balthasar Alvarez, añadiendo, que estava en tan alto grado de perfeccion, que no avia entonces en la tierra quien le tuviesse mayor, y que conforme à èl le correspõderian despues los grados de gloria. Illustrada la Santa con esta revelacion, dixo à su venerado Padre Balthasar, que se consolasse, *porque el Maestro dezia*, (assi llamava al Redemptor) *que su salvacion era cierta, y sin duda*. Palabras que con la noticia referida nos dexò escritas de su mano la grande Madre Santa Theresa: y las publicò despues en su vida el Illustrissimo señor Fr. Diego de Yepes, para gloria immortal del Padre Balthasar, que mereciò de la boca del mismo Dios tã singular elogio, à vista de tantos Santos como por aquel tiempo vivian entre los hombres, y cuya virtud es ya veneracion en los Altares.

Siendo, pues, tan excelsa la santidad de estos dos divinissimos Varones, siendo tan encendido su deseo, de ver illustrada la gloria de Maria; quien no reconoce el honor, y credito de nuestro Eximio Doctor, à quien, aun hallandose discipulo, y Passante, escogieron entrambos, para que con las luzes de su ingenio, y con los fervores de su devocion declarasse, y defendiesse esta prerrogativa de Maria Santissima, aprobando despues, y aplaudiendo los aciertos de su sabiduria en su feliz trabajo. Pues si se atiende al testimonio del Santo, y prudentissimo Padre Luis de la Puente, de cuyas virtudes son clarissimo

simo espejo sus admirables escritos, y cuyas acciones se espera, que la Iglesia las proponga al mundo como exẽplo; quien no admira los elogios con que engrãdece al Eximio Doctor, comparando su devocion con su ingenio, y acreditando de esta suerte, por incomparable, su ternissima devocion. Verdaderamente, que siendo infalible lo que dixo Christo, que *In ore duorum, vel trium stat omne verbum*; no sè yo, què dos, ò tres Varones mas calificados podiamos eligir para autorizar la sabiduria, la grandeza, y la devocion à Maria de nuestro Eximio Maestro, aun quando ni era Maestro, ni la Sede Apostolica le avia dado el renombre de Eximio.

Pero aun tenemos otro testimonio mayor que los passados, referido por el mismo V.P. Luis de la Puente: llama este gran Maestro al invicto Martir de Christo Martin Gutierrez, vna de las estrellas mas resplandecientes de la Corona de la Virgen, por su singularissima devocion, y por las revelaciones, y favores que recibiò de su mano, entre los quales señala el que voy aora à referir, cuya grandeza es tambien vna singular recomendacion del P. Suarez. Dize, pues, que avien- Vbi su- prà.
dose vn dia recogido el Santo Martir à su acostumbrada oracion, engolfado su pensamiento en el immenso mar de las excelencias de Maria, alabava cõ agradecidos, y suaves afectos à la Omnipotencia del Criador, por aver ennoblecido à su purissima Madre con lo mas opulento de sus tesoros, y con lo mas sublime, y precioso de sus gracias. Y convocando à las criaturas, para que aplaudiessen su belleza, rogava al Autor de todas, que les diesse voz, y aliento para publicar al mũdo, y manifestar à los hombres la grandeza incomprehensible de su felicissima Reyna, y Señora.

En tan dulçes ansias, en tan amorosas dulçuras se anegava su espiritu, quando aquella excelsa Emperatriz, que como Aguila Real registra desde las cumbres del Empireo las humildes pequeñezes del suelo, puso la benignidad de sus ojos en este su devoto hijo, y bolando en alas de su poder, y amor, se dexò ver en su presencia, con aquel semblante donde estudia sus serenidades el Cielo, y à quien obedecen las tempestades del mas borrascoso golfo. Quantos fuessen los consuelos, y las delicias del hijo, solo caben en la admiracion de tan dulçe, y amorosa Madre: la qual, recreando sus ojos con las

luzes de ſu hermoſura, y los oìdos con los acentos meliſluos de ſu voz, le dixo, venia à agradecerle el obſequio que le avia hecho, mandandò al Hermano Franciſco Suarez, tomaſſe la pluma, para declarar el colmo, y exceſſo de ſu gracia ſobre todas las criaturas juntas, y que ſe dava por bien ſervida del acierto, y devocion, con que ávia determinado conſagrar ſus tareas à la manifeſtacion de ſu gloria. Luego regalando à ſu devoto hijo con inexplicables cariños; ſe auſento de ſu viſta, dexandole abſorto en vn extaſis de amor, y anegado en pielagos de celeſtial dulçura, y ſuavidad.

Aſsi aprobò Maria Santiſsima la eleccion que ſe hizo en Franciſco, para Doctor de ſus excelencias: aſsi aplaudiò, y agradeciò aquella nueva, y erudita queſtion, con que hizo ameno, y florido el eſteril polvo de las Paleſtras literarias. Porque ſi à otros Santos, y Doctores agradeciò el zelo, y valentia, con que defendieron ſu virginidad, como Ildefenſo, y ſu original pureza, como el Doctor ſutil, armando para la batalla ſus entendimientos de rayos, ſus lenguas de eloquentiſsimas centellas; juſto fue, que armaſſe à nueſtro Eximio Doctor de ſus puriſsimas luzes, para acabar con felicidad eſta empreſſa de ſu gloria, moſtrando que agradecia como favor, lo miſmo q̃ ſe le debia, y tributava como obſequio. Y en fin, ſi al Angelico Doctor Santo Thomàs, quando ya conſumado Maeſtro alabò, y agradeciò Chriſto, lo que de èl avia eſcrito: *Benè ſcripſiſti de me, Thoma*; no es menor gloria del Doctor Eximio, que alabe, y agradezca Maria, lo que acerca de ſus excelencias eſcriviò, aun antes que paſſaſſe los terminos de diſcipulo, y ſe coronaſſe cõ el lauro, y honor del Magiſterio.

CAPITVLO XV.

Suſtenta eſta miſma Queſtion en la Vniverſidad de Salamanca.

COmo la veloz exalacion dexa luzidas huellas de ſu luz en el celeſte eſpacio, por donde corre; aſsi los favores celeſtiales dexan ſeñales de ſi miſmos en el corazon de quien los recibe. Vna de eſtas ſeñales, y la mas ſegura de todas, es vn temor humilde, y vna humildad reve-

reverente con que las almas ſantas ſe rezelan, aun de la ſeguridad, por la deſconfiança que han concebido de ſi miſmas. Eſte efecto ſintiò Franciſco en ſu corazon, deſpues de aver experimentado la divina luz en ſu entendimiento. Pues al paſſo que ſe remontavan mas altos ſus diſcurſos, temia mas vezinos los precipicios, y los riesgos. Por eſto, aunque vio aprobada eſta nueva opinion por el parecer de tan ſabios, y prudentes Varones, como el P. Martin Gutierrez, y Balthaſar Alvarez: aunque reconociò las ſeñas mas que naturales de ſu acierto; toda via, eſcrive èl miſmo, que no ſe atreviò à publicarla, ſin aver conſultado à otros Varones doctiſsimos, temiendo ofender con la novedad, quando pretendia adelantar la devocion. Mas conviniendo todos en la firmeza, y ſolidèz de ſus fundamentos, y en la piedad de tan glorioſo aſſumpto, ſe determinò à ofrecerle al examen, y al peligro de vna contienda literaria.

Tom. 2. in 3. p. diſp. 18. §. Nec video.

La ocaſion fue tan oportuna, como luſtroſa. Señalòſe en eſta ſazon à nueſtro Colegio en la Vniverſidad de Salamanca, el lugar que aora tiene para defender ſus doctrinas en ſus Actos Mayor, y Menor, para los quales ſuelen eligir todas las ſagradas Religiones ſus mas aventajados ſugetos. Y¡ quien no alabarà la providencia, y amor con que mirò nueſtro benigniſsimo IESVS à ſu amante Compañia; pues para la primera demonſtracion de ſu doctrina en eſta Athenas Chriſtiana, y en eſte teatro, que en ſabiduria, y gravedad no reconoce otro ſuperior en el mundo, le diò no menos que à vn Doctor Eximio, que fue el Varon mas ſeñalado de ſu edad, y el ornamento de ſu ſiglo. No tuvo mucho que deliberar en ſu eleccion; porque ſu agudeza, ſu comprehenſion, y promptitud le deſtinavan para la publicidad de aquella lid primera, y aſſeguravan juntamente vn luzidiſsimo deſempeño. Pero al paſſo que todos fiavan mas de la ſabiduria de Franciſco, èl eſperava menos de ſi miſmo. Temia que ſus defectos no fueſſen cauſa, de que Dios caſtigaſſe à los demàs por medio de ſu deſdoro, y para aſſegurar el acierto en la divina proteccion, determinò obligar al Hijo con los *elogios*, y cultos de ſu Madre: à IESVS, por la interceſsion de Maria. Sabiendo, pues, quan grato le avia ſido el deſvelo de iluſtrar los exceſſos de ſu gracia, quiſo defender*los* en publica diſputa, traſla-

dando à ſu lengua los elogios de ſu pluma, para entrar guarnecido con el eſcudo de eſta Divina Palas en los glorioſos rieſgos de la Eſcolaſtica Paleſtra.

Ya tenia formadas ſus concluſiones, y ennoblecida ſu frente con la que avia trabajado en honor de Maria Santiſsima, quando ſe ofrecio vna dificultad, que pudiera apartarle de eſta opinion, ſi no la tuviera por ancora firme de ſus eſperanças. Llevò, como es eſtilo, ſus concluſiones al Maeſtro, que las avia de preſidir, que era Religioſo Dominico, el qual hizo luego reparo en lo ſingular de eſta ſentencia, pareciendole menos acertada, por llevar el ſobre eſcrito de nueva, y temiendo ſe ocultaſſe algun peligro debaxo de vna eſpecioſa devocion. Por eſto exorto à Francisco à que la borraſſe, y q̃ no quiſieſſe en aquella ſu primer diſputa diſcurrir por ſenda no trillada, en la qual no tenia Autores, que alegar, ni agenas huellas que ſeguir. Pero reſpondiole con humilde rendimiẽto, que aquella opinion no debia llamarſe nueva, aunque ni la avian excitado, ni ventilado las Eſcolaſticas plumas; porq̃ ſe hallava expreſſada, ò contenida en muchos teſtimonios, y diſcurſos, con que los Santos Padres engrandecen las alabanças de Maria, y q̃ eſtribando ſobre tan firmes columnas, no avia que recelar peligros, ni deſgracias. Pero el Preſidente, dando mas credito à ſus temores, que à las palabras de Franciſco, le aconſejò que borraſſe aquella ſentencia de las concluſiones, añadiendo, que ſi no lo executava aſsi, èl haria, ò permitiria, que publicamẽte le concluyeſſen, y que con deſcredito ſuyo le obligaſſen à deſdezirſe en aquel publico teatro.

No ſe eſpantò Franciſco con tan ſevera amenaza de ſu Preſidente, y Maeſtro; porque tenia en ſu favor la piedad de ſu doctrina, la autoridad de muchos otros Varones, que la avian examinado, y aprobado, y las razones ſolidas, y eficazes que por ſi miſmo avia diſcurrido. Replicò, pues, à eſta ſegunda repulſa con la miſma humildad, y rendimiento que en la primera, rogandole, que no pronunciaſſe la ſentencia cõtra ſu opinion, antes de eſcuchar ſus fundamentos: que examinaſſe atentamente los apoyos firmes de ſu autoridad, y razon con que la tenia fortalecida, y que ſi deſpues de eſto, no hallaſſe inconveniente, ni rieſgo de doctrina menos ſana, no

pers

permitiesse que se ocultasse aquella gloria de Maria Santissima, que èl de su parte no temia descredito, ni confusion, militando debaxo de sus vanderas, en las quales està assalariado el honor, y la fortuna. En fin, como es tanta la eloquencia de vna humildad, que ruega en compañia de la razon, rindiò Francisco al Presidente, y le reduxo à que firmasse todas sus conclusiones, sin exceptuar ninguna; y se dispuso para defenderlas no menos con la Oracion, y la confiança en Dios, que con el estudio, y diligencia, esperando triunfaria de los que le avian de impugnar, como avia rendido al mismo que le avia de assistir, y defender.

Llegò el dia señalado para la disputa, à la qual añadiò mas celebridad, y expectacion, no solo la singularidad de la sentencia expressada en las conclusiones, sino tambien la novedad del sustentante Iesuita. Empezò Francisco obligando à Maria Santissima en su favor, con la manifestacion de sus soberanas excelencias: y teniendo tan feliz auspicio en los primeros passos, quien podia dudar de su felicidad en sus progressos. Viòse este dia quan verdadera fue aquella promessa de Maria que dixo: *Et eruditis interfum cogitationibus*; que se hallaria muy presente, y propicia à los eruditos, y sabios discursos, porque puso tanta gracia, tanto acierto, tanta suavidad, y modestia en la boca de Francisco, que fue la admiracion, y el aplauso de todo aquel doctissimo teatro. Apenas llegavan à sus oìdos las consequencias de los que arguian, quando se escuchavan resumidas con la misma felicidad, y promptitud con que las rocas suelen repetir sus accentos à la voz. Aunque no solo fue roca en la promptitud con que respondia, sino tambien en la firmeza, y seguridad con que sustentava; permaneciendo incontrastable, hasta deshazer las olas de tantas dificultades, como contra sus altos discursos oponia la sabiduria, la sutileza, y energia de tan insignes Maestros. Todos fueron testigos de sus elevadissimos talentos; y todos se hizieron pregoneros de sus aplausos: porque quanto su despierto, y perspicaz ingenio les suspendia, tanto les enamorava su compostura, y modestia. Pareciò à toda la Escuela tan Angel en los buelos de su entendimiento, como en la suave mesura de sus acciones, y palabras; tan medidas todas al puesto, y exercicio en que se hallava, que le ganaron

no

y como ſuelen eſlabonarſe vnas con otras las deſgracias, dẽtro de poco tiempo la ſiguiò ſu eſclarecido Eſpoſo, y venerado Padre de Franciſco, Gaſpar Suarez de Toledo. El ſentimiento natural ſolo fue eſtimulo à ſu corazon, para ſolicitarles con oraciones, y penitencias ſu mas prompta felicidad en el Cielo: pagando à ſus Padres con la apreſuracion de aquella eterna vida la temporal de que ſe reconocia deudor. Como los Padres ſon en la familia, lo que el Sol, y Luna en el Cielo; lo miſmo que cauſa la auſencia de eſtos dos Planetas, ocaſiona tambien la falta de los Padres en vna familia. Hallòſe la caſa de Franciſco, con la muerte de ſus difuntos Padres, cubierta de lagrimas, de lutos, de triſtezas, y de horfandad. Su hermano mayor, no avia aun eligido eſtado para ſuſtituir tanta perdida con ſu govierno, y amparo; y neceſsitavan dèl quatro hermanas, à quienes ſe debian las primeras atenciones. En tanto ahogo, y turbacion, bolvian todos los ojos à la prudencia, y virtud de ſu Hermano Franciſco, de quien eſperavan, que con ſu preſencia daria orden à toda aquella triſte, y huerfana familia.

Laſtimaron eſtas noticias ſu compaſsivo corazon, y mas conſiderando, que pretendian ſacarle del puerto ſeguro de ſu retiro, para que bolvieſſe à ſu patria, à quien para ſiempre avia dexado, y para que manejaſſe negocios del ſiglo, de quien con tanto deſengaño ſe avia deſprendido. Mas porque la piedad por vna parte le llamava, y por otra el amor de ſu quietud le detenia, no quiſo dexar la determinacion à ſu juizio, ſino al arbitrio de la obediẽcia, à quien tenia entregada ſu voluntad. Manifeſtò à los Superiores los aviſos, que de ſu patria tenia, poniendoſe enteramente en ſus manos, para que ſi les parecia neceſſaria ſu partida, ſe la ordenaſſen; y ſino la juzgaſſen tan preciſa, le libraſſen de aquella jornada tan embarazoſa. Con eſta reſignaciõ, deſpues de aver negociado con ſu Dios, que encaminaſſe la reſolucion à ſu mayor gloria, eſperò el parecer, y mandato del P. Provincial, que reconociendo la piedad de aquel negocio, y lo mucho que en èl podia conſeguir la virtud, y madurez de Franciſco, le diò orden de que ſe partieſſe à Granada, porque ſiendo ſu inſtituto, y obligaciõ el favorecer aun à los mas eſtraños, no era juſto les faltaſſe à ſus deudos; y mas, quando el deſamparo de ſus hermanos le

pro-

prometia, que ſolicitando ſus conveniencias temporales, le haria mas faciles, y ſeguras las eternas.

Con eſtas ſeñales tan claras de la voluntad divina, partiò Franciſco lleno de confiança en la Providencia que le regìa, de que ſu viage ſeria proſpero, y fructuoſo, pues el miſmo Dios, por quien avia renunciado à ſu patria, era quien aora le conducia, y ordenava que bolvieſſe à ella. Ni ſe fruſtraron ſus eſperanças, y deſeos: porque valiendoſe de la autoridad de dos Eccleſiaſticos, tios ſuyos, llamado el vno Don Pedro Vazquez, Arcediano de la Santa Igleſia de Granada, y Abad mayor de Santa Fè: y el otro D. Iuan Suarez de Toledo, Canonigo de la miſma Igleſia, y Arcediano de la de Almeria, empezò à hazer oficio de verdadero Padre con todos ſus hermanos. Al primero, que ſe inclinava al eſtado del matrimonio, diò Eſpoſa igual, en nacimiento, y calidad: en el miſmo eſtado puſo à la menor de ſus hermanas, y à las otras tres, que ſe conſagraron al Celeſtial Eſpoſo, facilitò todo lo neceſſario para conſeguir tan dichoſa ſuerte. Hizo renuncia de la legitima, que le pertenecia, dedicandola por el conſejo, y obediencia del P. Gil Gonçalez Davila, Provincial de Caſtilla, à tan ſantos empleos; aunque en teſtimonio de ſu amor à la Compañia rogò, y conſiguiò que recibieſſe la limoſna de trecientos, y cinquenta ducados, los quales ſe obligò à pagar ſu tio, D. Pedro Vazquez. Quan acertadas fueron eſtas diſpoſiciones de Franciſco, lo manifeſtò el Cielo, llenandolas de las bẽdiciones de ſu dulçura, y formando en cada vno de ſus hermanos otros tantos exemplares de virtud, y chriſtiandad, ſegun eſcrivi en el capitulo tercero de eſte libro. Concluidos tan felizmente los negocios de tanta piedad, y obligacion, tratò de reſtituirſe à Salamanca, trayendo al menor de ſus hermanos en ſu compañia, que deſpues abrazò la de Iesvs, y murio en ella para gozarla eternamente en el Cielo.

Pero antes de ſu partida, como avia ya bolado la fama de ſu grande ingenio, deſearon los de la Compañia, y juntamente todos los deudos, y parientes, que componian ſu iluſtre familia, que dieſſe alguna mueſtra de ſus aplaudidas, y ſobreſalientes prendas, previniendo con el guſto de oyrle, el deſconſuelo de ſu ya cercana, y preciſa auſencia. Y como los ruegos de los que pueden mandar ſon los preceptos mas eficazes

cazes para los corazones dociles, y humildes, no pudo Francisco resistirse à las instancias de los Padres de aquel Colegio, y à los deseos de toda su casa. Era su tio el Abad de Santa Fè muy favorecido de aquel gran Prelado, y Arçobispo de Granada, el señor D. Pedro Guerrero, (de quien ofrecimos hablar aqui) y assi le suplicò que autorizasse con su persona aquel teatro, y favoreciesse con su presencia à su sobrino en aquella lid escolastica. Fue este Illustrissimo Arçobispo vna viva idea de Prelados Ecclesiasticos, y su Palacio vn taller de Varones grãdes, formados al eficaz impulso de sus exẽplos. Quatro de sus criados ocuparon despues las Sillas de diferentes Iglesias, con tanto acierto, y honor de las sacras infulas, que mostraron bien, quanto debia su govierno à la educacion de su obediencia, desempeñando con el zelo, y prudencia mas consumada, las obligaciones de tan eminente cuna. Su sabiduria era tan conocida, y estimada, que por ella fue admirado, y venerado en el Concilio Tridentino, donde con su autoridad, y doctrina influyo mucho en los vtilissimos, y santissimos Decretos, que para vniversal provecho de la Iglesia se pronunciaron. Aqui empezò à conocer, y à amar el instituto de la Compañia, por la Santidad, zelo, y doctrina de aquellos dos incomparables Varones, Diego Lainez, y Alfonso Salmeron, Theologos Pontificios, primeros Padres de nuestra Religion, y Compañeros de nuestro gran Patriarca S. Ignacio. Luego que bolviò à Granada, deseoso de apacentar à sus Ovejas, con la doctrina, y exemplos de los hijos de la Compañia, empezò à mostrarse Padre amantissimo de ella, dandole lo que bastava para la fundacion de vn Colegio en aquella Ciudad: limosna, segun escrive el Licenciado Francisco Bermudez, digna de tan gran Prelado, y del provecho, que por ella grangeò de introducir tan grandes Operarios en la Viña que Dios le tenia encomendada. Su humildad, aun fue mas admirable, que su largueza, pues ni la razon, ni los ruegos pudieron conseguir, que admitiesse el titulo de Fundador, ni que consintiesse la perpetuidad de su nombre en los blasones de sus armas, y escudos. Mas que importa si à pesar de su humildad quedaron escritos, y gravados sus beneficios en nuestro agradecimiento, sus hechos en la immortalidad, y su nõbre siempre amable en el libro de la vida.

Bermudez en las antigue dades de Granada.

Con-

Concurriendo, pues, en Francisco tantos titulos para ser favorecido de este insigne Prelado, assi por ser hijo de la Compañia, como por el parentesco con persona de tanta autoridad, fue grande el gusto con que ofreciò assistir à sus cõclusiones, satisfaciendo à las instancias de su cariño, y à los respetos de su atencion. Avia oido mucho de sus relevantes prendas, pero reconoció por la experiencia, que eran muy superiores à su fama. Començòse la Escolastica contienda: y al ver la promptitud, facilidad, modestia, y compostura con que Francisco respondia, y se desembarazava de todos los argumentos, aclarando, y deshaziendo con las luzes de su ingenio, las mas obscuras dificultades; no cessava el santo Arçobispo de aplaudirle con demonstraciones, y palabras de grande aprecio, significando la admiracion, y consuelo con que le oìa, y repitiendo muchas vezes q̃ sobrava el Presidente en aquel acto, donde el discipulo parecia el mas aventajado Maestro. Acabada la funcion no cabiendole el gozo, y admiracion en el pecho, dixo, bolviendose à los Padres del Colegio de Granada: ò Padres mios! vn gran Varon veo nacer en este admirable mancebo: èl ha de ser vna de las mas insignes columnas de la Santa Iglesia: èl ha de contarse entre los mayores sabios que ha tenido en todos los siglos: y prosiguiò encomendandoles con muy grandes, y significativas palabras, que estimassen aquel tesoro, dado de la mano de Dios, para vtilidad de todo el mundo.

Despues viniendo à su presencia Francisco, le recibiò, y estrechò con summa ternura entre sus brazos, y como Padre muy amoroso le echò su bendicion, diziendole con palabras muy encarecidas, que empleasse los talentos que Dios le avia dado en beneficio de su Iglesia, porque esperava que avia de ser para gloria del mismo Señor, honra de la Cõpañia, credito de su patria, y de toda España, y para vtilidad, y provecho grande de toda la Christiandad. Estas palabras pronunciadas por la boca de vn Prelado, tan venerado por su sabiduria, y santidad, las respetaron por Oraculo, quantos entonces las oyerõ, y despues las calificaron el tiempo, y los sucessos, mostrando, que Francisco, por lo admirable de su doctrina, y santidad, fue vna columna firmissima de la Iglesia; que permaneciò, y permanecerà siempre, sustentandola con la solidèz

de tantos, y tan esclarecidos escritos, donde parece depositò la Sabiduria, y la verdad sus inagotables, y opulentos tesoros. Por esso vn Historiador de su vida, observando con afectuosa atẽcion el dia de su nacimiento, hallò ser el mismo q̃ consagrò la Iglesia, à la memoria de aquel portento de santidad S. Simeon Estilita, que sobre la columna donde viviò puso el monumento mas espantoso del horror, y de la penitencia. De suerte, que en el dia en que faltò del mundo la columna de austeridad, à quien podemos llamar de nube, por lo que se levantava en el ayre, esse mismo naciò Francisco, para ser columna de luz, que no solo ilustrasse los hijos verdaderos de la Iglesia, sino deshiziesse las bastardas sombras de la heregia, para que de las dos firmes columnas se formasse el Non plus vltrà de la sabiduria, y del rigor, contra los alhagos del vicio, y contra los artificios del engaño.

EL

EL DOCTOR EXIMIO,
Y VENERABLE PADRE
FRANCISCO SVAREZ,
DE LA COMPAñIA DE IESVS,
LIBRO SEGVNDO
INTRODVCCION.

LOS grandes Varones se parecẽ à los muy diestros Artifices, que no menos descubren su pericia, quando la materia es escasa, que quando muy crecida; porque como en todas es grande su ingeniotidad, hazen siempre, que la labor sobrepuje la materia. Hemos visto hasta aqui al Eximio Doctor en los primeros años de su vida secular, y Religiosa; y aunque esta tẽprana edad no es teatro tan capaz de acciones grandes, sin embargo la llenò Francisco de grandes acciones, y de mayores esperanças. Todas las desempeñò despues en la possession de su eminente sabiduria, y con los exemplos de su vida inculpable. Variàronse en ella los empleos, passando de discipulo à Maestro; mas permaneciò con todo esso muy semejante à si mismo, correspondiendo siempre sus progressos à sus principios, à la manera que las eminencias de los edificios corresponden à la solidèz, y firmeza de los fundamentos. Mas como las grandes fabricas, al passo que se encumbran àzia el Cielo, se permiten mas à los ojos, y à las admiraciones; assi tambien la vida del Eximio Doctor, quanto se permitiò mas à los ojos, se mereciò mayores admiraciones; porque sus passos, y sus aumentos caminaron siempre àzia el Cielo. Aviendo esta sola diferencia de sus passos primeros à

los

los vltimos, que con los primeros caminava èl solo; pero con los segundos caminavan otros muchos: porque convertida ya la docilidad de discipulo en las obligaciones de Maestro, començò à guiar, y conducir tras si à sus oyentes, no solo con los preceptos de su sabiduria, sino tambien con la voz de sus heroicos exemplos.

CAPITVLO PRIMERO.

Lee Filosofia en Salamanca, continuala en Segobia, y comiença à exercer los ministerios de la Compañia.

BOlviò Francisco à Salamanca, luego que concluyò los negocios que le llevaron à su patria; porque como la piedad, y la obligacion fueron la causa de su partida, en cessando esta necessidad tã precisa, tratò sin detencion de la buelta. Avian entrado en la Compañia algunos sugetos de ventajosas prendas, ya cultivadas con los estudios de diferentes facultades, en que algunos de ellos estavan graduados de Maestros, y por esta causa necesitavan de quien en breve tiempo les enseñasse mucho, dandoles noticia de lo que ignoravan, y perfeccion à lo que ya sabian. Todo se fiò à la agudeza, comprehension, y vigilancia de Francisco, el qual encargado de su aprovechamiento, no tãto començò à enseñar discipulos, como à cõsumar Maestros. Vn año gastò en informar à estos tan ventajosos oyentes de las questiones mas sutiles de la Filosofia, supliendo las tardanças de mas dilatado tiempo, la promptitud de los que aprendian, y la perspicacia de quien les enseñava. Mas porq̃ se estendiesse à otros muchos el fruto de tan grande Maestro, cõcluido felizmente aquel año de su letura, le señalaron para que empezasse otro curso entero, y leyesse por tres años la misma facultad en el Colegio de Segobia. Para esto le pusieron en sus manos la jubentud selecta de la Provincia, esperando en su doctrina, y virtud, que se labrarian à su vista, y en su Escuela sugetos no menos exemplares, que doctos. Ni se engañò el dictamen de los Superiores, porque Francisco empezò aquella ocupacion atareada con summo desvelo, y so-

ſollcitud de enſeñar à ſus diſcipulos, aun mas que la Filoſofia natural, la Chriſtiana, y Religioſa, declarando con ſu agudeza los ſecretos de la primera, y practicando en ſi miſmo los dictamenes de la ſegunda, y en fin ſiendo Maeſtro perfectiſsimo de vna, y otra.

Corria ya el año ſegundo de eſte ſu curſo Filoſofico, quando llegò à los veinte y quatro de ſu edad, en que por diſpoſicion de la obediencia recibiò los ſagrados Ordenes, precediendo de ſu parte mucho retiro, oracion, y penitencia, antes de acercarſe à los Altares, ſiempre temeroſo, y mal ſatisfecho de ſu prevencion, como quien media la altura del Sacerdocio deſde los ſenos profundos de ſu humildad. Por eſſo eſcogiò para ſu primera Miſſa, y para recibir à Dios en ſus manos el dia de la Encarnacion del Verbo, en que Maria Santiſsima le hoſpedò en el puro albergue de ſus entrañas, proponiendoſe por exemplo la humildad de la Madre, para hazerſe digno templo de la ſoberania del Hijo. Iguales à ſu preparacion fueron los conſuelos celeſtiales, que derramò el Cielo en ſu corazon al tiempo de eſte ſu primer ſacrificio, y ellos fueron principios de los que experimentò toda ſu vida, y de aquella hambre ſagrada, cõ que deſeava llegarſe al Altar, venciendo qualeſquiera dificultades, por guſtar cada dia los regalos de eſta meſa.

Pero no es bien paſſemos ſin reflexion el alto concepto que ya entonces tenia la Compañia de Franciſco, pues le encomendò, aun ſiendo Hermano Eſtudiante, la ocupacion de leer à los Nueſtros Filoſofia primero en Salamanca, y deſpues en Segobia: lo qual ſe haze mas de admirar, porque en aquellos tiempos no ſolo ſe practiçava lo que en los nueſtros, que à la enſeñança de ſuperiores facultades, precede la tarea tan vtil, como trabajoſa, de leer latinidad, ſino que aun à Eſtudiantes muy ventajoſos ſolian ocupar algun tiempo en los empleos humildes de los Hermanos Coadjutores; pero à Franciſco le veian tan humilde, que no le hazian falta ſemejantes empleos, y tan aprovechado en virtud, y letras, que neceſsitavan de ſus letras, y virtud los puestos, y acupaciones mas elevadas. Por eſſo diſpuſo la Obediencia, y por ſu medio la Providencia divina, que empezaſſe deſde luego el oficio de Maeſtro, para el qual le deſtinò el Cielo, y le concediò

co-

como vn don precioſiſsimo, de quien, ſegun dixo el Eſpiritu Santo, no es bien ſe dexe paſſar ni la particula mas leve, porque en ſus perdidas ninguna ay que no ſea grande.

Adornado Franciſco con la dignidad del Sacerdocio, ſe juzgò empeñado en mayores trabajos; pues pudiendo ya emplearſe en beneficio de los proximos, los mirava como acreedores de todos ſus talentos. Bien pudiera contentarſe ſu zelo con los deſvelos de ſu principal ocupacion, pues ademàs de la aſsiſtencia à ſus diſcipulos, que le robava muchas horas del dia; ademàs de la intenſion de ſu eſtudio retirado, en que con admirable ingenio, y ſutileza diſcurria nuevos rumbos, rompiendo caminos haſta entonces ignorados para deſcubrir las verdades mas ocultas de la naturaleza; y en fin, ademàs de los exercicios literarios, à que dentro, y fuera de caſa aſsiſtia, eran no pocas las deſcomodidades preciſas que le afligian, ſobre las penitencias voluntarias en que ſe exercitava. Porque los frios intenſos de aquel pais hazian mucha impreſsion en ſu delicado natural, y mas tiendo tan deſemejãtes al ſuave temperamento de ſu patria. A que ſe añadia lo debil, y deſacomodado de la habitacion, tan eſtrecha, y pobre como vimos, y admiramos haſta eſtos años vltimos, en que el tiempo acabò de conſumir la fabrica primitiva del Colegio de Segobia, el qual en ſu nueva habitacion, erigida ſobre las ruinas de la antigua, conſerva el nombre, y la memoria de tan gran Maeſtro, para veneracion del Edificio.

Pero como todas eſtas deſcomodidades, y fatigas eran mucho menores, que ſu aliento, y ſu fervor; ni los Superiores pudieron eximirle de otros embarazos, ni èl miſmo pudo negarſe à otros miniſterios. El Padre Provincial Gil Gonçalez, conociendo las grandes partes de virtud, prudencia, y, ſabiduria, que *Franciſco avia ateſorado en ſus pocos años*, le ordenò fueſſe Prefecto de las coſas eſpirituales, y juntamente Confeſſor de todos los del Colegio. Diſpoſicion tan ſingular en la Compañia, que ella ſola manifieſta, quien era Frãciſco deſde ſu jubenil edad, pues no ſe echò menos en èl la cana ancianidad, y la autorizada experiencia, à quien ſe encomienda ſiempre eſta ocupacion. Ni quedaron agraviadas las canas de otros Padres, que reſidian en el Colegio, porque las prendas ſobreſalientes de Franciſco hazian muy juſtifica-

do

do el dictamen, y su modestia, y humildad hizieron que à ninguno fuesse ingrato, y enojoso. Con esto tuvo mas ocasion de trasladar sus virtudes à los corazones de sus discipulos, tomandoles frequentemente quenta de sus conciencias, señalandoles los puntos para la meditacion, y alentandoles con sus exortaciones al estudio de la perfeccion Religiosa. * *Hizose* con el P. Frãcisco (dize hablando de esto su discipulo el Padre Geronimo Ballester) lo que no suele hazerse en la Compañia, que luego que tuvo edad, y se ordenò, le señalò el Padre Provincial, por Confessor, y Prefecto de las cosas espirituales de toda la casa, y nos confessava, y enderezava en las cosas del espiritu con tan estremada direccion, que no digo yo Maestro de Artes, sino Maestro de Novicios podia ser de toda vna Provincia. Los Artistas ibamos à èl, no solo con las dudas de nuestros estudios, sino con nuestras tentaciones, y en lo vno, y en lo otro nos dexava con estraña satisfacion: y assi nos era Maestro, y Padre espiritual *à vn mismo tiempo.* * Hasta aqui el Padre Ballester: y añade el P. Francisco Ramirez: * *Ayudavanos* en espiritu con obras, y palabras, de manera que à todos nos parecia no echavamos menos al Padre Maestro Balthasar Alvarez, que lo avia sido de casi los mas en el Noviciado, acudiendo à darle quenta de nuestras conciencias, y con su vida nos componia à todos de manera, que nos era vn vivo retrato *de santidad.* * Assi escrivieron estos dos señalados discipulos de Francisco; hallandose el primero en Valencia, y el segundo en Mexico, de donde (siendo ya muerto su santo Maestro) embiaron à Salamanca las noticias, que à pesar de las distancias, y los años, tenia muy impressas en su memoria la obligacion, y el cariño.

No pudieron contenerse los fervores del Padre Suarez en el domestico retiro, ni ceñirse tan solamente à la esfera de estas ocupaciones. Inventò su ingenioso zelo otra industria, con que sin dexar agraviada la atencion à las letras, pudiesse dedicar algun tiempo al aprovechamiẽto de las almas. Dura hasta aora vn loable estilo en nuestro *Noviciado*, de embiar los dias festivos de Quaresma à los Novicios de dos en dos, para que en las aldeas circunvezinas enseñen la doctrina Christiana, estendiendose à la narracion de vn exemplo, ò à vna breve exortacion al amor de la virtud: accion

con que pretende la Compañia acordarnos el fin de nuestra profesion, aun en los rudimentos y principios de ella, exercitando sus pequeños hijos en estos ensayes de la guerra espiritual contra la ignorancia, y el vicio; no de otra suerte, que el diestro cazador incita al cachorrillo à ladrar contra la piel del enemigo bruto, para que se aficione à seguirle de veras, quando grande. Echò tan hondas raizes esta inclinacion en el pecho de Francisco, que en medio de las tareas escolasticas no pudo ponerla en olvido, antes como los fervores de su Noviciado avian crecido mas en los estudios, y se hallavan mas habiles, y promptos para semejantes empleos, empezò con mayor frequencia, y vtilidad à exercitarlos. Para esto, hurtandose à su alivio los dias festivos, que interrumpian sus lecciones, con el beneplacito de su Superior, salia de la Ciudad à los Pueblos de la comarca, y discurriendo por todos los que yacen en su contorno, à distancia de dos, ò tres leguas, caminava à pie con vn baculo en la mano, y no pequeño afan, por serle desusada aquella fatiga, y debiles las fuerças de su cuerpo. En llegando al Pueblo señalado, convocava sus moradores à la Iglesia, y empezando por la enseñança de los niños, hazia capazes de los misterios de nuestra santa Fè à los mayores, venciendo en los vnos las ignorãcias precisas de la edad, y en los otros los descuidos de vna rustica educacion.

Seguiase despues vna fervorosa exortacion, en que acomodandose à la calidad de su auditorio, correspondia à su viveza, y eficacia la mocion, y el fruto; no desdeñandose aquel elevado entendimiento de abatir sus buelos, y discursos à las materias mas obvias, y proporcionadas con la ruda inteligencia de los q̃ le oian. De esta suerte, aviendo satisfecho à su zelosissima caridad, despedia al Pueblo, no menos enseñado, y devoto, que aficionado, y agradecido al Predicador, que tan ageno de humano interès, venia à enseñarles con sus palabras el camino de su eterna felicidad. Y el Padre lleno de consuelo, y alegria, por aver logrado tambien su jornada, dava la buelta à la Ciudad, sin admitir otro refrigerio, que la fatiga de hazer à pie su camino, en que era fuerça se duplicasse la molestia, assi por el trabajo de predicar, que precedia, como por las ocupaciones indispensables, que el dia siguiente le esperavan.

CA-

CAPITVLO SEGVNDO.

De vn accidente, que le inhabilitò para la predicacion, y de la perfeccion admirable, con que se dedicò à sus estudios.

SON los Varones Apostolicos, segun dixo la Eterna Verdad, Pescadores de hombres: mas como los pezes se dexan persuadir, y cautivar del cebo, que les ofrecen los Pescadores; assi sucede, por el contrario, que los Pescadores Apostolicos se dexan llevar, y atraer de la ganancia, y provecho de sus humanos Pezes. Luego que Francisco començò este oficio, experimentò tambien esta suave inclinacion: y assi le sucedia muchas vezes salir à estas correrias Evangelicas tan ansioso de la ganancia agena, que descuidava de la necessidad propia, haziendo su jornada, sin llevar otra prevencion, que el baculo en su mano, y à Dios Sacramentado en su pecho. Y aun no era esta la mayor fatiga, porque saliendo del Colegio, sin averse reparado, siquiera con vn leve desayuno, le sucedia continuar todo el dia su rigurosa abstinencia; de suerte, que aviendo repartido el pan de la doctrina à todo vn Pueblo, y oìdo muchas confessiones de los que no querian diferir su penitencia, dava el Padre la buelta à su Colegio, con solo aquel alimento que sazona la caridad en el provecho de los proximos.

No eran bastantes estos fervores, para que peligrasse en ellos la atencion à su magisterio, porque su agudeza, y comprehẽsion adelantava en pocas horas lo que à moderados ingenios costaria muchos dias. Con todo esso, porque la inclinacion à estos espirituales ministerios no retardasse en algun tiempo sus estudios, el Cielo que le tenia destinado para estos segundos, le atajò los passos para los primeros. El sucesso fue, que aviendo predicado vna tarde con grande eficacia, y fervor de espiritu, salio del sermon encendido, y bañado en sudor copioso. Advirtiò que el Sol avia declinado mucho al Ocaso, y como la distancia del camino no permitiesse detẽciones, saliò luego del Pueblo, sin advertir en su peligro, el qual se augmentò muy presto, despertandose con la venida

de la noche vn viento deſtemplado, y frio, de los que frequẽtemente producen las ſierras cercanas. Eſta deſtemplança del ayre hizo facil impreſsion en el deſprevenido caminante, introducieudoſe por los poros patentes, y abiertos: con que en breve ſe convirtiò el ardor primero en vn ſudor elado, creciendo à cada paſſo el rieſgo de ſu delicada ſalud. De eſta ſuerte proſiguiò Franciſco ſu jornada con menos recelo de lo que pedia el accidente; porque la humildad, y baxo concepto, que de ſi tenia, le hazia menos eſcrupuloſo en el cuidado de quanto pertenecia à ſu perſona. Llegò al Colegio muy quebrantado del ayre, que añadia mas dificultad al camino, y tan penetrado dèl haſta lo interior, que caſi no podia deſpedir la voz, por averſele eſcurecido, y cerrado el pecho, de manera que ſus palabras, dificilmẽte articuladas, apenas ſe hazian percibir del oìdo. Creyòſe à los principios, que podria reparaſſe de eſta apretura, con algun fomento; aunque no ſin temor de que peligraſſe ſu ſalud, y ſu vida, ſobreviniendole alguna grande enfermedad, como ſuele no pocas vezes acontecer aun con deſiguales cauſas. Pero no ſucediò lo que ſe temia, ni tampoco recobrò del todo la ſalud, como eſperava; antes por todo el tiempo que viviò, le duraron las reliquas de eſte accidente en la debilidad de la voz, que no pudo reſtituirſe al vigor antiguo, y en la flaqueza, y dolores del pecho, de cuyo continuo quebranto labrò ſus coronas la mortificacion. Ordenò Dios en eſtos acaſos ſus mas eſpeciales providencias; porque dexando à Franciſco inhabil para predicar, conſiguiò el total empleo de ſus talentos en eſcrivir: y le advirtiò, que no queria ſe acabaſſen ſus vozes con el ſonido, y con el tiempo, ſino que ſirvieſſen à mas dilatada enſeñança en la perpetuidad de ſus eſcritos. Perſuadiòſe tambien Franciſco, que quien le negava el oficio de hablar al mundo con la lengua, le deſtinava para que le iluſtraſſe con la pluma, y que de allì adelante debia dezir con David: *Lingua mea calamus ſcribæ*: que ya no avia de hablar con otra lengua, ſino con los caracteres de ſu pluma, en cuyo ſilencio ſe eſcucha ſiempre la voz de los diſcurſos, y callando la lengua, oye ſus palabras la razon, à la manera que en la diſtancia ſuelen percebirſe los ecos aun deſpues de aver enmudecido el movimiento de los labios.

Pero

Pero aunque de alli adelante le faltò al zeloſiſsimo Padre Francisco el exercicio de la predicacion, le ofreciò Dios la materia de ſu merecimiento, no ſolamente en el achaque que le ſobrevino, ſino en otros muchos que dèl reſultaron, por averſe deſconcertado los humores de ſu cuerpo, los quales, arrojandoſe muchas vezes à los muſlos, y piernas, le ocaſionavan moleſtas indiſpoſiciones. Pudiera otro menor ſufrimiento que el ſuyo, diſcurrir en la cauſa de eſtos accidentes, y en la mudãça de clima tan rigido, pero aunque el hazer vna propueſta rendida à los Superiores no deſdixeſſe de ſu obediencia, con todo eſſo eſtuvo muy lexos de ſu mortificacion, que antes acrecentava ſobre el peſo de ſus achaques, y y eſtudios, los rigores de ſus penitencias, en las quales nunca admitiò diſpenſacion alguna. Y à la verdad, quando bolvia los ojos al eſtado en que le avia pueſto aquel nuevo accidente, mas tenia que hazer ſu conformidad en conſolar los fervores de ſu zelo, que en ſufrir el quebranto de ſu ſalud, porque èſte no le ſentia tanto por la moleſtia que le cauſava, quanto por el aprovechamiento de las almas que le impedia. Por eſſo los deſvelos que no podia lograr en beneficio ageno, parece los conſagrò, y aumentò en el eſtudio de ſu propia perfeccion. Y para que ſe vea el grado tan eminente en que ya ſe hallava, y ſe forme algun concepto del admirable exẽplo con q̃ procedió en todas las ocupaciones deſu vida, quiero deſde luego ofrecer à los ojos, y aun à la admiracion el teſtimonio que dieron dos Padres muy dignos, no ſolo de toda fè, ſino de grande veneracion por ſu gravedad, y doctrina. Hablando los dos de eſte tiempo en que tuvieron la fortuna de oyrle la Filoſofia, y ſer diſcipulos de tã Eximio Maeſ-
,, tro, dizen aſsi. * *Que* con particular curioſidad, y atencion
,, miraron, y conſideraron ſus acciones por eſpacio de los
,, tres años del curſo, que anduvieron tan cerca dèl, para ver
,, ſi hallavan en ſu proceder alguna coſa digna de reparo; y
,, afirman, lo que depondràn con juramento, ſi fueſſe neceſ-
,, ſario, que en tan largo tiempo, andando con advertencia,
,, jamàs vieron, ni notaron que hizieſſe, ò que dixeſſe coſa
,, que pudieſſe ſer, no ſolo pecado venial, pero ni aun *imperfeccion*. * Teſtimonio verdaderamente admirable, pues aunque por terminos negativos contiene aquella ſingular alabã-

ça

ça del Varon perfecto, y justo: *Qui potuit transgredi, & non est* Eccles. 31. *trangressus*, lo qual en sentir del Eclesiastico, es lo mismo que contar las acciones de su vida, por otras tantas maravillas, y prodigios. Y verdaderamente la vida de Francisco era tan perfecta, y ajustada, que toda ella parecia vna maravilla en que se hazian venerar otras muchas. Porque siendo de tan vivo, y perspicaz ingenio, y hallandose en la edad mas vigorosa, en que parece tienen mas predominio sobre el corazon los alagos de la estimacion, y el aplauso, le tenia su encogimiẽto tan dentro de los limites de su humildad, que nada menos juzgava de si mismo, que lo que parecia en los ojos de todos. Sus primeros cuidados eran buscar à Dios en la Oracion retirada, à que dedicava, quanto sus tareas precisas le concedian. Salìa del retiro tan acostumbrado à la presencia de su Dios, que ninguna ocupacion podia alexarle de su vista, conservando siempre el calor que avia concebido su voluntad, y recreando con recuerdos dulçes su memoria.

Era tan amante del interior exercicio de afectos, y aspiraciones, que no sabìa interrũpirlas aun en el tiempo destinado à vna honesta diversion del animo. Y assi quando acabada la comida, se juntava con los demàs à la recreacion de platicas suaves, y religiosas, le reparavan que con algunas breves suspensiones manifestava el cuidado del corazon, que à vezes con los afectos le arrebatava juntamẽte los ojos àzia el Cielo. El P. Diego de Ocampo, Varon conocido, y estimado en la Cõpañia por su predicacion, y govierno, hablando de su Maestro el P. Francisco, y declarando quan dentro de si estava en todos tiempos, dize, que aviendo tenido la suerte de concurrir cerca dèl en la hora de recreacion, advirtiendo, que levantava àzia el Cielo los ojos con afecto muy devoto, notò juntamente que movia suavemente los labios; y llevado de la piadosa curiosidad de percibir las palabras que pronunciava, esforçando mas la atencion del oìdo, escuchò que hablava con su Dios, y le dezia: *Satiabor, cum apparuerit gloria tua*: entonces, Señor, tendràn hartura mis deseos, quando vuestra gloria se revelare a mis ojos; de suerte, que aquella escasa recreacion del animo, parece le encendia en deseo de la eterna felicidad, como suele irritarse mas vna ardiente sed con vn pequeño, y limitado refrigerio. Esto mis-

mo

mo practicava en los demàs empleos de todo el dia, ò fuesse en el estudio retirado, ò en las lecciones publicas, ò en las demàs acciones ordinarias, cuya serie solìa entreteger con frequentes, y encendidas Iaculatorias: flores fragrantissimas que no embarazan, sino distinguen el campo de las otras tareas: y lenguage mudo con que este bello espiritu sabìa entenderse aun mismo tiẽpo con su obligacion, y con el Cielo.

De aqui le naciò, lo que añade el mismo Padre Ocampo, que era tal su compostura, su modestia, y circunspeccion en todas sus acciones, que siempre parecia salir de alguna Oracion muy retirada, ò por mejor dezir, que siempre estava atento, y embebido en ella: tan mirado en todos sus movimientos, y palabras, como quien tenia à la vista al mismo Dios, por cuyo mayor beneplacito se regìa: y esto, *no* solamente en las ocasiones ordinarias, sino tambien en lances muy sensibles, en que la colera mal sufrida de algunos encendida à vezes con el ardor de las disputas, desfogo en desmedidas, y afrentosas sinrazones. A todas perseverò firme, è incontrastable su paciencia, sin dar el menor indicio de indignacion, ò en la voz, ò en ademan alguno; antes manifestò siempre en su modestissimo semblante la serenidad de vn animo superior, y prevenido, y à quien obedecian sin reliste̅cia todos sus movimientos.

Finalmente concluye el mismo Padre repitiendo el testimonio que dieron otros muchos, y proximamente referimos; que la vida de el P. Francisco era vn espejo clarissimo de toda santidad; en la qual por mas que se examinassen sus obras, y palabras, nunca se reconociò, ni notò cosa que pudiesse juzgarse por pecado venial, ni aun por ligera imperfeccion. Es esto tanto mas admirable, quanto son mayores las obligaciones que executan à vn Religioso, y tan menudas, y de tan alta perfeccion las reglas de la Compañia, que parece atesoran en si lo mas sutil, y delicado de todas las virtudes. Y siendo cierto, que la observancia puntual de *nuestro instituto*, es argumento de vna virtud heroyca, y digna de adorarse en los Altares, facilmente se descubre quan elevada serìa la santidad de Francisco, pues se parecio tanto à tan sublime, y perfecto original.

CA-

CAPITVLO TERCERO.

Rezelos de la novedad de su doctrina, y sufrimiento humilde de esta nota.

BIen necessario fue este caudal riquisimo de las virtudes de Francisco, para que su precio se reconociesse, y su solidèz no peligrasse al golpe de vna grave turbacion. Tuvo su origen en el principio de su mayor aplauso; porque la sutileza de su ingenio alentada con las fatigas de sus estudios, empezò à descubrir ocultas veredas en el campo dilatado de la Filosofia, para cuyo examen excitò nuevas dificultades, autorizando sus resoluciones con delicados, y no menos solidos discursos. Estava Francisco, aunque ausente de las Vniversidades, muy en los ojos de todos los Varones doctos, que en ellas tenia la Compañia, y assi no pudo tardar mucho en llegar à su noticia esta novedad, que ya por tan sobresaliente andava en las lenguas de todos. A muchos desagradava su modo de discurrir, solo por el sobre escrito de nuevo; como si los discursos acertados no huvieran tenido jamàs algun principio; ò como si en el mundo solo debiera mirarse por sospechosa la novedad, siendo cierto, que los engaños no son menos antiguos que las verdades, pues nacieron casi el mismo tiempo que los hombres. Otros con mas acierto, sin acriminar la novedad por delito, aunque no la juzgavan digna de acusacion, pero si de indiligente examen, rezelando se ocultasse algun tropiezo en camino aun no bien conocido.

Por esto los Maestros, à cuya sabiduria estava encomendada la enseñança de nuestra jubentud en los Colegios de Salamanca, y Valladolid, sentian que era de su obligacion proponer este su temor, à quien por su autoridad pertenecia la eficacia del remedio. Era entonces segunda vez Superior de toda esta Provincia el P. Iuan Suarez, à quien parece escogiò Dios, para que en su prudencia se assegurasse la sabiduria de Francisco, como ya antes se avia assegurado su vocacion, abriendole las puertas de la Compañia, quando se le dificultava

taya tanto su entrada. Halloſe aora casi al mismo tiempo con diferentes cartas de nuestros Maestros, que todo contenian avisos, y rezelos de las nuevas opiniones, que en el Colegio de Segobia se leian: passando à señalar el medio prudente de fiarlas à los ojos de personas doctas, esperando de ellas, o su censura, ò su aprobacion. La propuesta, ademàs de la autoridad de tan respetables personas, parece traia cõsigo la razon. Y assi atendiendo el P. Provincial à entrambos motivos, logrò la oportunidad que entonces se ofrecia de encaminar su visita al Colegio de Segobia, sirviendose de la comun obligacion de su oficio para informarse mas de cerca de este negocio particular.

No era desigual la sabiduria del P. Juan Suarez al examen de la doctrina, q̃ ocasionava estos rezelos; pero tuvo por mas acertado dar esta diligencia à los que entonces se hallavan en el exercicio de las letras; y assi recogiẽdo algunos papeles de los que dictava el P. Francisco, los remitio à los mismos Padres, de quienes avia recibido el aviso, esperando la seguridad de donde avia nacido el temor. Mientras tanto corrian las diligencias ordinarias de la Visita, y la esperiencia de las grandes virtudes de Francisco, aumentava el concepto que ya mucho antes se avia hecho lugar en el juizio de aquel prudentissimo Superior. El qual por entonces recatò la noticia de lo que passava à su amado hijo el P. Suarez, no porque temiesse alguna turbacion en su rendimiento, sino porque en semejantes ocasiones se assegura el decoro en el *silencio*, al passo que peligra en la publicidad.

Por esso queriendo andar mas immediato en la resolucion de este punto, que en su estimacion era de consequencias no vulgares, esperò el dictamen de los Censores, que no se dilatò mucho tiempo, y llegò muy desemejante à lo que se debia esperar. Dezia vno de ellos, q̃ la singularidad en el modo de discurrir, era notoria, q̃ la novedad de las opiniones, y la impugnacion de las doctrinas corrientes, que aquellos papeles contenian, era extraordinaria, y menos segura: porque si bien en las materias filosoficas se podia conceder alguna licencia à la sutileza, no de suerte, que llegasse à introducir sus disonancias en la gravedad de la Theologia. Y assi que atendiendo à la razon misma, y al estado en que entonces se

hallava la Compañia, amenazada por todas partes de la embidia, y de la emulacion, parecia inexculable la diligencia de cautelar desde sus principios las novedades, en que podrian despues cebarse las calumnias de nuestros adversarios. Esforçavase tãbien la severidad de vno, à otro à proponer, que cõvenia apartar à Francisco del Magisterio, ò por lo menos suspenderle esta ocupacion, para que à vista de este exemplar quedasse en los demàs Maestros corregida, y escarmentada la singularidad en opinar, y discurrir; fruto, que sin duda se lograria con este rigor, por ser el castigo de condicion muy parecida al rayo que hiere à vno solo, y dexa amedrentados à muchos.

Arrojo seria el imaginar, que Maestros señalados sin duda en doctrina, y Religion, se dexàran doblar de siniestro afecto àzia el rigor de esta censura; pero nadie podrà negar lo que nos ha mostrado la experiencia, que la doctrina de Francisco hallò vnos genios sobradamente melancolicos, y en demasia amantes de sus dictamenes, y juizios. Ello es assi, que la razon, y el tiempo nos manifiesta, que debe la Filosofia sus mayores aciertos à estas, que entonces se desacreditavan con el nombre de novedades; porque la agudeza de Francisco, apurò los quilates de muchos principios, à quienes tenia autorizados el descuido, y la ignorancia en tanto grado, que los juzgavan ya agraviados de solo el examen, avièdo logrado hasta alli la veneracion. Pero como el toque de la piedra distingue los metales viles de los nobles, como al estenderse el dominio de la luz, se deshazen los assombros, que tal vez armò nuestro temor en los troncos, y malezas; assi el ingenio de Francisco consiguiò, que al golpe de su luz se manifestassen los engaños de la imaginaciõ, y que se avergonçasse el temor de aver tropezado en la seguridad.

Mas al presente causò no pequeño cuidado en el P. Iuan Suarez la severidad de tan no esperada censura: porque por vna parte hazia mucho peso en su prudente rectitud el dictamen de Maestros tan respetables; y por otra juzgava, que el abrazarle, seria atropellar la virtud, y la sabiduria del P. Francisco, de quien el corazon, y la esperança le prometian el mayor ornamento de la Religion. Ademàs, que el humilde retiro con que se alejava de toda publicidad, y el rendimien-

to que moſtrava en todas ſus acciones, le tenia muy ſeguro, de que en la ſinguiaridad de ſu doctrina aſpirava ſolo à que fueſſe conocida la verdad, y no ſu perſona. Determinoſe en fin à hazer la mayor eſperiencia de ſu ſufrimiento, y humildad, para aconſejarſe en ſu reſolucion de los efectos, y maeſtras que dieſſe ſu virtud. Para eſto ſe retirò à ſolas con Francisco, y le manifeſtò el juizio que ſe hazia en la Provincia de ſu modo de enſeñar; el parecer de Varones doctos, à quienes avia fiado el examen de ſus ſentencias, ſin encubrirle que ſentian algunos importava al bien de la Compañia, que retrataſſe ſus opiniones, y ſe conformaſſe con las comunes; añadiendo el dictamen de los q̃ juzgavã debia cortar las alas à ſus diſcurſos, privandole luego del Magiſterio: ſeveridad que parecia inexcuſable; porque en aquellas materias era fuerça que la autoridad de tantos Maeſtros ſe llevaſſe tras ſi el arbitrio de ſu juriſdicion, preponderando à la inclinacion, bien que grande, con que atendia à ſu perſona, el zelo que ſe bebia en primer lugar à la vtilidad comun de la Compañia.

Viòſe à los ojos en eſta ocaſion vna verdad que hallo vniformemente repetida en los teſtimonios originales, que de la virtud de ſu Maeſtro dieron deſpues de ſu muerte ſus diſcipulos; cuya voz, y aſſeveracion dize, que todas las ocaſiones, aunque fueſſen del ſentimiento mas vivo, y menos opinado, le hallavan tan prevenido, y tan en ſi; como ſi en aquel miſmo punto ſaliera de conſultar los aciertos con ſu Dios en el ſoſsiego de vna larga, y profunda meditacion. Tal fue, y tan llena de humildad, y entereza la reſpueſta que diò aora, viendoſe aſſaltado de tantos motivos, que llamavan al ſentimiento, y à la turbacion. Porque apartando los ojos de ſu ingenio, que ſe condenava por peligroſo, de ſus deſvelos que ſe tenian por nocivos, y del rigor de la cenſura, que dava vozes à la quexa; reſpondiò con tanto rendimiento, y deſengaño, que ſatisfizo enteramente à ſu modeſtia, ſin dexar quexoſa la ſinceridad con que atendia à la razon.

Su reſpueſta fue, que por la bondad del Señor no avia buſcado en ſus fatigas el aplauſo inutil de inventar novedades, ſino el norte de la verdad, de quien tan ſolamente ſe avia dexado guiar al apartarſe de muchas ſentencias comunes, y al ſeguir otras mas particulares. Que por eſta cauſa en retra-

tar, è impugnar sus opiniones, teniendolas por verdaderas; sentia mas escrupulo que dificultad; porque de esta suerte sería toda su doctrina vn fingimiento continuado, negando las palabras lo que confessava el entendimiento. Que aunque en doctrinas puramente naturales parecia leve este reparo; toda vía por la travazon con las theologicas pedia aumẽtarse la culpa en la gravedad de la materia.

Por lo qual, yo Padre (añadio) deseando huir aun el menor riesgo del divino desagrado, y amando, sobre todo interès mio, el vniversal de la Compañia, à quien puedo dañar con mis estudios, juzgaria mas acertado el dictamen de suspenderlos, y aplicar mi corto caudal à otros oficios, en que mi trabajo sea mas vtil, ò à lo menos no sea tan peligroso: V. R.ª disponga de mi, sin atender à motivo humano, corrando por lo que puede parecer gusto, ò interès de mi persona; porque todo le tengo librado en los aciertos de la obediencia. Ni podrè en algun tiempo quexarme de ninguna humillacion; pues entrè, como indiferente, para el estado mas humilde. Este es el que yo he mirado algunas vezes con inclinacion, y con todo eso me vec ya en el numero de los Sacerdotes; por lo qual nunca tendrè razon para aspirar à mas, pues tengo mucho mas de lo que pretendi: en suma yo no soy mio, sino de la Religion, y espero hallar en sus preceptos, no solo la conformidad, sino muy mayor fortuna, y mi alegria mas sincera.

T. Oyò el P. Provincial esta respuesta tan rendida con mas consuelo que admiracion, porque aunque llenava toda la capacidad de su deseo, no excedia al concepto de la sãtidad de Francisco; y assi considerando aquel espiritu grande posseido de tanta humildad, y sencillèz, quiso explicar con los cariños de Padre, el dictamen de Superior. Estrechòle apretadamente entre sus brazos; y luego con tierno afecto començò à dezir: como puede aver que temer, en quien se reconoce tanto Dios? como puede desvanecerse vna sabiduria, que estriva en vna virtud tan solida, y en vna humildad tan profũda? Lea V. R.ª Padre mio, y lea por dilatados años, para que sus desvelos sean de tanta vtilidad à la Iglesia, y de tanto lustre à la Compañia, como me pronostica la esperança; y empieza à experimentar el deseo. Y añadiendo otras palabras,

bras, llenas de aprecio, y de paternal amor, le dexò à vn mismo tiempo consolado, y advertido, pues veìa, que los aciertos de su ingenio solo en la virtud hallavan el asylo, y la seguridad.

Siguiòse el participar este dictamen à los Maestros, y censores, à quienes aviso, que depusiessen todo rezelo de la doctrina del Padre Francisco; porque les assegurava de parte de Dios (con tan superior seguridad les hablava) que no solo no perderia el credito la Compañia con las letras, y opiniones del Padre Francisco, sino que ganaria por èl solo mayor lustre, y estimacion en el mundo, que por ningun otro de sus hijos. Palabras que pronunciadas por vn Varon tan espiritual, facilmente persuaden, que tuvo alguna luz superior, con la qual mirò, y afirmò los sucessos futuros con la certeza que si no fueran contingentes. Con todo esso, por acallar del todo los rezelos, puede ser dispusiesse lo que hallò escrito en carta original del Padre Francisco Ramirez, el qual afirma, que vinieron à disputar con su Maestro el Padre Suarez, algunos Varones muy doctos de la Compañia, como el Padre Mariana, el Padre Siguença, y otros; los quales, despues de averle propuesto sus dudas, y escuchado sus respuestas, confessavan, no sin grande admiracion, que en todas sus sentencias se veìa tanta solidèz de razones, que passava aun mas allà de la probabilidad. Assi se aclarò por entonces el credito de la doctrina que enseñava; pero no durò mucho esta bonança, como luego dirè, porque al engolfarse en el anchuroso mar de la Theologia, bolvio à embravecerse la tormenta, valiendose de la profundidad, y grandeza de sus misterios, para que abultassen mas los peligros.

CAPITVLO QVARTO.

Dà principio à la enseñança de la Theologia, y se reconocen los rezelos de sus sentencias.

DEscubierto el mineral riquissimo de la sabiduria de Francisco, y acreditados los quilates de su ciencia en el crisol de las disputas; pareciò precisa la con-

continuacion en su labor, porque en qualquier tardança se abandonava vn tesoro. Por esso en poniendo fin à su Filosofia, le dedicaron à la enseñança de las materias Theologicas, que empezò à leer en nuestro Colegio de Valladolid, explicãdo vnas, y preparandose al mismo tiempo para dictar otras. Replicava en los concursos de afuera, y substituìa en sus lecciones à los Maestros mas antiguos de casa, conforme al estilo de los que empiezan esta dilatada, y dificultosa tarea. Al passo que su obligacion dava mas ocasiones à su ingenio, iba creciẽdo dentro, y fuera de casa su estimacion, y su aplauso; y si se admirava en todas partes su agudeza, enamorava tambien su modestia, y compostura, porque en esta, como en las demàs virtudes, puso siempre su primera atencion, sin que pudiessen distraerle vn punto los aplausos, y los desvelos de las letras. Estas calidades tan sobresalientes de virtud, y sabiduria merecieron la eleccion que se hizo de su persona, para que diesse feliz principio à los nuevos estudios, que à la sazon se abrieron en el Colegio de Avila; que si bien tuvieron corta duracion, pueden hasta aora gloriarse de aver tenido origen tan ilustre. Partiò à aquella Ciudad en compañia del Padre Bartholomè Perez, su antiguo Condiscipulo en la Filosofia, y que despues fue Assistente de España. No se avian visto hasta entonces en aquella Ciudad Maestros de la Compañia, sino vno, ù otro discipulo, que cursando agenos generales, los ennoblecieron con el exemplo de sus virtudes. Mas aora coronò Dios la modestia, y humildad de los discipulos, dando à nuestro Colegio tan excelentes Maestros, que sobre los creditos de la santidad, añadieron el lustre, y resplandor de su sabiduria.

La de Francisco, como era tan crecida, y avia nacido para mayores teatros, no pudo detenerse mucho tiempo en estos estudios; y assi passò luego à formar los que de nuevo se erigian en el Colegio de Segobia, para que sobre los principios de la natural Filosofia, que allì avia enseñado, pusiesse tambien el fundamento à la fabrica mas eminente de la ciẽcia sobrenatural, y divina. Fue este principio, si no mas glorioso, à lo menos mas feliz; porque entrambas facultades se continuan en aquellos estudios con emolumento de la publica vtilidad; pues ademàs de otro buen numero de oyentes,

tes, asiste de Comunidad à nuestros Maestros el Colegio de S. Ildefonso, en quien tiene la Diocesi de Segobia vn Seminario de doctos, y exemplares Eclesiasticos, à cuya virtud, y sabiduria fia el govierno de sus mejores Iglesias. De esta suerte discurriò Francisco en poco espacio muchos, y diferentes estudios, renaciendo como vn Sol en varios Orizontes, porque todos participassen, y se ennoblecissen con su luz. No la pudo lograr mucho tiempo el Colegio de Segobia, porque la solicitò para si el de S. Ambrosio de Valladolid, pues educandose en èl la jubentud de la Compañia, se mirava acredor à la mas sublime enseñança.

Es este Colegio de S. Ambrosio, adonde avrá nuevamẽte fue embiado Frãcisco, taller, en que se formaron los Maestros, à quienes con mayor vtilidad, y veneracion escuchò nuestra Provincia de Castilla, y aun la Compañia toda, porque el retiro de agenos embarazos, la frequencia de los escolasticos empleos, y la multitud numerosa de los discipulos son ligeras plumas, con que en aquel Seminario se remontan los ingenios à la sutil esfera de los discursos, sin que aya quien pueda estorbarles, ò retardarles sus buelos. En èl han florecido grandes Varones, que enriquecieron al mundo con sus admirables escritos, fabricando los panales suavisimos de sabiduria, de las flores que, como Avejas oficiosas, recogieron en este jardin Ambrosiano.

Luego que entrò Francisco en el Colegio, le pareciò aver hallado el centro de sus deseos, porque su recogimiento, y quietud le combidavan à todos los exercicios de perfeccio, y à todos los desvelos literarios. Empezò vna vida toda entregada à la virtud, y à la sabiduria, à la oracion, y à los libros, descansando del estudio en los brazos de su Dios, y dexando los brazos de su Dios, por buscarle en las tareas del estudio. Escogiò para dezir Misa la Capilla del Colegio, à que asistian los Hermanos, sirviendole el retiro à la devocion, y ternura con que celebrava, y su devocion al exemplo de los que la oian. Recibia en la oracion, y en los Altares la luz, y el ardor, con que perseverava todo el dia: y como iba encendido en el amor de las verdades divinas, hallava facil el camino à su mas profundo conocimiento. No avia diversion que le sacasse de su retiramiento, porque en èl tenia todas sus deli-

delicias: y assi vivia tan negado à toda comunicacion, que viniendo algunas noticias singulares, ya de lo mas remoto de España, ya de Roma, y otras partes, quando la curiosidad de los otros las atendia con ansias; èl se recogia à su aposento, tratandose como hombre, à quien no pertenecian los acaecimientos de este mundo. Algunas vezes, estrañando sus discipulos esta abstraccion, le llamavan, diziendole quan dignas de saberse eran las noticias, que de nuevo avian llegado; y èl respondia con su natural agrado: hijos, no importa que las ignore, bastaràme saberlas quando sean mas antiguas: y con esto concedia à su mortificacion, quanto negava à la natural curiosidad.

En fin, su vida correspondia en todo à la perfeccion, cõ que la empezò en Salamanca, y en Segobia: y assi eran tambien iguales sus progressos en la santidad, y sabiduria, prosiguiendo Dios valerse de los mismos aumentos de su sabiduria, para purificar mas su santidad. Assi fue, porque su fecundissimo ingenio, cultivado con las fatigas, y sudores de tan cõstante estudio, empezò à ennoblecer con nuevos, y sazonados frutos el campo de la Theologia, señalandose entre los demàs Maestros en la solidèz, y novedad del opinar, y en la sutileza del discurrir; por lo qual sus escritos, al passo que eran apetecidos de todos, empezaron tambien à ser notados de muchos. No se avian apagado bien las centellas de aquellos antiguos rezelos contra las opiniones de su Filosofia: y assi se encendieron aora, encontrando materia mas oportuna para las sospechas, y temores de que se alimentavan. Empezò en algunos el reparo embuelto en la admiracion de la agudeza de Francisco; y al passo que fue creciendo en la admiracion el aplauso, fue tambien cobrando fuerça la nota, y el rezelo. Porque como el viento favorable suele con su mismo aumento passarse à tempestad; assi al passo que la doctrina de Francisco se viò mas favorecida con los elogios, empezò à ser combatida de fuertes contradiciones. Tan cierto es, que son ayre los aplausos, pues de ellos se originan tantas vezes semejantes borrascas, y tempestades.

Crecia mas, y mas cada dia el nombre de tan gran Maestro, y à este passo se aumentava tambien en vnos la estimacion de su sabiduria; en otros el temor de la novedad, pro-

du-

duciendo vnas mismas causas dos efectos tan encontrados, como la opinion, y el desdoro de su persona. Dezian algunos, que avia llegado el tiempo, en que la malignidad de los sucessos acreditava el acierto de sus resoluciones, pues no huviera cundido tanto la libertad en el discurrir, si se huviera enfrenado en sus principios; pero que ya los inconvenientes experimentados desagraviavan sus consejos menos atendidos. Otros, con mas sereno juizio, atendiendo à la doctrina de Francisco, sin apartar los ojos de su santidad, de su modestia, y encogimiento, hallavan en su voluntad sobrada defensa de su entendimiento. Además que la erudicion de la antiguedad, con que ilustrava sus sentencias, la piedad, y solidèz de sus discursos, y la mesura, y el respeto con que tratava los Autores, y dictamenes contrarios, les hazian persuadir, que erravan mucho, los que hallavan tanto que temer, donde nadie podia negar avia mucho mas que aplaudir. Eran las vozes muy encontradas, y assi causavan confusion, en quienes las oìa: y como levanta mas el grito la sinrazon, principalmente quando se ve alentada del zelo, ya se escuchavan las censuras contra algunas opiniones de Francisco, y se leìa vn cathalago de ellas, que se puso luego en manos de los Superiores, para que no peligrasse el remedio en la tardança.

Passava en esta sazon por el Colegio de Villagarcia el Padre Francisco de la Carrera, y hablandole vna vez el Padre Balthasar Alvarez, que entonces regìa aquel Noviciado, le dixo: Sabed que vuestro Maestro el Padre Francisco serà agora mas Santo, y espiritual, porque comiença à ser perseguido; las quales palabras se le quedaron tan impressas, que despues de muerto el Padre Suarez, las escriviò como vno de los singulares testimonios de su santidad, en carta que se conserva en este archivo de Salamanca. Y à la verdad, quien sabe, què Varon tan divino fue el Padre Balthasar, no ha menester mas argumento que su vez, para conocer quanto se labrò el espiritu de Francisco con los golpes de esta persecucion, tanto mas sensible, quanto al parecer mas justificada: pues es cierto, que las heridas que tiran al honor, aunque son mas violentas, quando las executa el odio, son mas dolorosas, quando las ocasiona, y califica vn fuerte zelo, el qual para hazer mayor el impulso, pretende armarse cõ todo el impulso de la razon.

Estuvo por algun tiempo dudosa la fama de Francisco en el juizio de sus sentencias; pero al cabo salio vitoriosa la verdad, y la inocencia de su causa, porque cometido el examen à los Maestros de primera autoridad, despues de toda la diligencia que se debia à la gravedad de tales materias, pronunciaron sentencia à su favor, afirmando que en todas sus opiniones no se hallava, sino solidèz, erudicion, y agudeza; por lo qual las censuras se convirtieron en alabanças; y salió de este conflicto tan acreditada su paciencia, como ennoblecida su fama. Mas porque la severidad melancolica de algunos fiava demasiadamente de sus aprehensiones, y rezelos; pareció à los Superiores cortar de vna vez todos los passos à sus ya indiscretos temores. Embiaronse à Roma todas las opiniones que se notavan en el Padre Francisco, para que en tan larga distancia no se pudiesse motejar de apassionada la censura; esperando que, con la resolucion de nuestro supremo Tribunal, quedarian desarmados los rigores, y los ceños de vno, ù otro Maestro, en quien el zelo avia passado à ser porfia. Bien mostrò despues la experiencia, que buscavan estos la seguridad, à costa de demasiado temor; pues las doctrinas del Padre Suarez se han hallado siempre tan fundadas, y tan seguras, que en ellas solo pueden tropezar aquellos, de quienes se dixo: *Illic trepidaverunt timore, vbi non erat timor.*

CAPITVLO QVINTO.

Es eligido para enseñar Theologia en Roma.

VNA de las maximas mas frequentes en la boca del Padre Francisco, era recibir los casos adversos con estas palabras: TODO POR MEJOR, TODO POR MEJOR. Y era assi: porque como otros hazē de las felicidades desgracias; èl labrava de las desgracias sus felicidades mayores: y en estas ocasiones de tan vivo sentimiēto, se mejorava su paciencia, se profundava su humildad, y su corazon desassido de las criaturas, se estrechava mas intimamente con su Dios. Pero además de las mejoras de su espiritu, se vió esta vez, que la adversidad, en que peligrò su credito, produxo

su

su mayor exaltacion, tomando mas impulso la carrera de su gloria en la misma dificultad, que la detenia.

Avia erigido aquel gran Pontifice, y amantissimo Padre de la Compañia, Gregorio Dezimo Tercio, el Colegio que de la Corte en que se fundò, tomò el nombre de Romano, y de la multitud, y variedad de sus habitadores pudiera apellidarse de todo el mundo; porque à èl, como al emporio de las letras, embiava entonces toda la Compañia su mas florida, y selecta jubentud, y en èl, como oficina vniversal de la sabiduria, concurren hasta el dia de oy las Naciones de todo el Orbe Christiano, componiendo vna multitud, no menos hermosa, que terrible; porque de ella salen los rayos mas temidos de la heregia, los heroes que en Mitras, en Purpuras, y aun en el honor supremo de la Tiara, han sido el ornamento de la Iglesia. Deseando, pues, la Compañia ennoblecer este su celebradissimo Colegio, con Maestros dignos de tales, y tan grandes discipulos; resolviò que su primera Cathedra de Theologia corriesse à quenta de los ingenios Españoles, aplaudiendo en esto la nueva Roma las experiencias de la antigua; pues à ninguna Provincia debiò jamàs esta gran Cabeza del mundo mas sutiles, y elevados espiritus, que à España. Era Provincial de la Romana Provincia el Padre Claudio Aquaviva, y solicitado de su obligacion, consultò al Padre Gil Gonçalez Davila, Assistente entonces de estas Provincias, sobre los sugetos que en ellas mas sobresalian en magisterio, y agudeza, deseando eligir entre los mayores, para que lograsse lo sumo de la enseñança aquella Romana Escuela.

Tenia el primer lugar en la estimacion del Assistente, la sabiduria de Francisco, y entonces estava mas presente en su memoria, por aver llegado la delacion de sus particulares sentencias. Respondiò al Padre Provincial, que en su opinion el mayor de todos nuestros Maestros era el Padre Francisco Suarez, y el mas digno de tanta honra; pero añadiò cõ religiosa ingenuidad, que le oponian algunos la novedad en sus discursos, y opiniones, las quales avian venido de España, para que en Roma se les diesse, ò la aprobacion, ò la censura. Con esta ocasion pidiò el Padre Aquaviva los escritos del Padre Francisco, queriendo valerse del informe de sus

Sentiasé inclinado à la profesion Religiosa, aunque fluctuava su alvedrio entre la de Santo Domingo, y la Compañia, pleyteando estas dos ilustres Madres, por apropiarse tan esclarecido hijo, y esperando entrambas favorable la decision en el Tribunal dudoso de su pecho. Pero al cabo fue de la Compañia la sentencia, concurriendo el Padre Suarez, como sabio, y pacifico Salomon, à desatar esta duda, no con las severidades de la espada, sino con la blandura de su modestia; porque hizo tanto peso en la estimacion de Luis esta virtud, que assistida de otros soberanos impulsos, inclinò su voluntad àzia nuestra Religion, amandola como à Madre, por lo que avia admirado en vno de sus hijos. Recibido despues en la Compañia, afirmava, quan eficaz avia sido este motivo, para resolverse en tan dudosa batalla, en la qual la victoria fue sin duda de Francisco, aunque fue toda la Religion quien se enriqueciò con tan opulento despojo. Y si encareciò San Agustin la Oracion de Estevan, porque sin ella no tuviera la Iglesia vn S. Pablo; bastantemente se ponderà la santidad del Doctor Eximio, pues le debe la Compañia al Venerable Padre Luis de la Puente, y en èl vno de los Varones mas señalados por su sabiduria, y zelo verdaderamente Apostolico. Assi quiere Dios que estimemos las causas por la grandeza de sus efectos, mostrandonos juntamente à los Religiosos, quanto puede malograr el desahogo por lo que consiguiò esta vez el exemplo.

CAPITVLO SEXTO.

Parte à Roma, y del aplauso, y fruto con que leyò en ella Theologia.

PArtiò Francisco de Valladolid à Roma, aviendo esparcido las luzes de su doctrina en el Colegio de S. Ambrosio por espacio de quatro años, y hallandose à los treinta y dos de su edad, y diez y seis del estado Religioso. De esta suerte premiò Dios sus grandes virtudes, haziendo que fuesse preferido à otros Maestros de mucha mayor antiguedad, assi en los años, como en las letras, y colocan-

locandole en el empleo literario de mayor luſtre, que entonces tenia la Compañia en el mundo. Antiguo eſtilo de ſu divina Providencia, no medir ſus elecciones por los años, y eſcoger al humilde David, que era el menor entre ſus hermanos, para darle por trofeo de ſu valor la cabeza del Gigante, como diò aora à Franciſco la cabeza del mundo por teatro de ſu ſabiduria.

Al tiempo que llegò à Roma, avia ya el P. General Everardo paſſado à mejor vida, ſegun nos lo haze perſuadir la profecia, y noticia anticipada que le concedio el Cielo de ſu muerte. Sucediòle en el govierno de toda la Compañia el Padre Claudio Aquaviva, que antes avia hecho la eleccion, y promovido la venida de nueſtro Eximio Maeſtro. Era el nuevo General vno de los ſugetos mas reſpetados, y venerables de toda Roma, Varon que ſiendo hijo de los Duques de Atri, ſupo iluſtrar ſu elevadiſsima nobleza con ſu deſprecio, y aviẽdo dexado el Palacio Pontificio, el favor de Pio Quinto, cuyo Camarero era, la poſſeſsion de crecidas rentas, y las eſperanças de ſumos honores; ſe abrazò con la pobreza, y humildad de la Compañia, à quien rigiò con ſu prudencia, y defendiò con ſu valor, acreditando con los aciertos deſu govierno los vaticinios que precedieron à eſſa ſu eleccion. Siendo, pues, eſſe inſigne Prelado quiẽ avia eſcogido al Padre Suarez para Cathedratico de Prima de el Colegio Romano, no es facil explicar el alborozo con que celebrò ſu venida, mirando ya cumplidos ſus deſeos, y eſperando que ſu preſencia llenaria la expectacion en que tenia à todos ſu fama.

Ni le engañò ſu penſamiento; porque hallò en el nuevo Maeſtro, no ſolo vn Theologo conſumado, ſino vn eſpiritualiſsimo Religioſo, por lo qual la eſtimacion de ſu ſabiduria ſe trocò en reſpeto de ſu ſantidad, y aſsi le mirò ſiempre con ſingular amor, y benevolencia, aumentandoſe mas las demonſtraciones de ſu afecto, al paſſo que ſe fue continuando ſu trato, y converſacion. Pero la demonſtracion mas plauſible en la venida de Franciſco, fue la que hizo el gran Pontifice Gregorio Dezimo Tercio: porque teniendo noticia de ſu eminente doctrina, y erudicion, quiſo dar al mundo vn publico teſtimonio de ſu benignidad, y del aprecio que hazia de Varon tan excelente, honrandole con vn exceſſo de favor tã eſtre-

eſtraño, que pudiera parecer increible, porque dificultoſamente ſe hallàra otro ſemejante. Llegado el tiempo en que Franciſco avia de dar principio à ſus lecciones, concurriò à oyrle vna multitud de diſcipulos, no menos florida que numeroſa; y eſtando ya todo el concurſo eſperando al nuevo Doctor, ſe dexo ver el Santiſsimo P. y Pontifice de la Igleſia Gregorio, q̃ venia à iluſtrar con ſu preſencia aquel teatro, y à dar autoridad, y veneracion à la doctrina de Frãciſco, el qual tuvo mucho que hazer, y padecer en eſta ocaſion, ſupliendo con el rubor, y encendimiento de ſu roſtro las vezes que no acertava à pronunciar ſu encogimiento. Y mas quando le ordenò ſu Santidad que ſubieſſe à la Cathedra, porque queria ſer oyente, y teſtigo de la primera de ſus lecciones. Aqui fue donde tuvo mas que vencer ſu humildad para rendirſe, ò para transformarſe en obediencia. Atendia la grandeza de tanto Principe, y le parecia mucho mayor midiendola cõ ſu pequeñèz, Cõſiderava lo ſingular de tanta honra, y crecia ſu confuſion à viſta de tan iluſtre publicidad, Quiſiera eſconderſe de quantos le miravan, temiendo en ſus ojos otros tantos teſtigos de ſu congoxa, y turbacion. Pero al fin huvo de ceder la humildad à la obediencia, y alentarſe con los eſfuerços de vna, y otra virtud para ſufrir el peſo de tanto honor. Aſcendiò Franciſco à la Cathedra, començò ſu leccion en preſencia del Sumo Pontifice, eſcuchandole el ſilencio, y la admiracion de los circunſtantes, por ver al Oraculo de la Igleſia, que con tan exceſiva dignacion iluſtrava los principios de ſu enſeñança: eſpectaculo ſin duda prodigioſo en que ſe viò ennoblecida la Cathedra de Franciſco, por quien tan dignamente ocupava la de Pedro. Ya ſe eſcrive del Emperador Tyberio, que aparecia algunas vezes en las Eſcuelas publicas para acreditar con ſu preſencia Imperial el aprecio que hazia de los que profeſſàvan las letras: pero eſta que pudo ſer artificioſa politica, ſe viò conſagrada en la Põtificia Tiara de Gregorio, el qual como verdadero Padre de las mejores Ciencias, aviendo erigido en el Colegio Romano el monumẽto mas glorioſo de ſu piedad, y el Erario mas opulento de la ſabiduria, quiſo engrandecer con eſte honor al Doctor Eximio, que fue el ornamento de aquella ſu florentiſsima Eſcuela. Quanto luſtre recibiò eſte dia la Compañia, quanta eſti-

Sueto-nius.

eſtimacion, y aplauſo la ſabiduria del Doctor Eximio, no cabe en los terminos de la ponderacion, y excederia los de la humana fè, ſi la miſma grandeza de la accion no huviera eternizado ſu memoria. Habla de ella Gil Gonçalez Davila, Chroniſta de la Mageſtad Catholica en el teatro de las Igleſias, y Ciudades de Eſpaña por eſtas palabras. * El *Padre Doctor* Frãciſco Suarez de la Compañia de Iesvs, natural „ de Granada, no sè en què fue mayor, ſi en la vida, ò en las „ letras. Embiòle ſu Religion à Roma à leer Theologia en „ el Colegio Romano, que acabava de edificar Gregorio Dezimo Tercio, el primer oyente que tuvo en ſu primera lec„ cion fue el miſmo Sumo Pontifice. Doy teſtimonio de lo „ que vi, porque me hallè preſente al caſo, y oì la leccion „ *que leyò*. * Haſta aqui eſte Hiſtoriador, cuya pluma reconocio por tan ſingular eſte ſuceſſo, que para dexarle acreditado, juzgò preciſo el teſtimonio de ſus ojos. Lib. 3. cap. 2.

Eſte fue el feliziſsimo principio que diò en Roma à ſu Magiſterio: à que ſe ſiguiò la eſtimacion, y aplauſo de toda la Corte Romana, ſiendo los favores de los Principes vna poderoſa neceſsidad, à quien ſin reſiſtencia alguna obedece la inclinacion, ò la liſonja de los Subditos, y Vaſſallos. Empezaron à ſolicitar ſu amiſtad los perſonajes de ſuperior gerarquia, y tambien los de inferior eſfera; obrando en vnos la dependencia, y en otros el exemplo de ſu Principe. Con eſto començò à ſer muy celebre en toda Roma el nombre de Franciſco, y à buſcar ſu ſabiduria, y reſolucion, los caſos de mayor momento, fiando todos el acierto en ſus prudentiſsimos dictamenes. El concurſo à ſus lecciones era extraordinario; grandes las anſias con que ſe eſcrivian, y copiavan ſus diſputas por toda Italia, adonde ſe avia eſtendido ſu fama, no cabiendo ya dentro de ſola Roma. Y ſe dilatò mucho mas, quando los diſcipulos domeſticos empezaron à dar la buelta à ſus Provincias, enriquecidos con los papeles de ſu doctiſsimo Maeſtro, y no menos admirados de ſu perfecion, y ſantidad; por lo qual era ya conocido en caſi todas las Provincias de la Chriſtiandad, antes que los deſvelos de ſu pluma ſe immortalizaſſen en la eſtampa. La vtilidad, y el fruto que cogiò de tan iluſtres trabajos, puedeſe traſluzir por los grandes Varones que ſe formaron en ſu Eſcuela, admirables por ſu ſabi-

ſabiduria, y no menos venerados por ſu ſantidad. Vno de ellos fue el Padre Leonardo Leſsio, cuya virtud hizo deſpues de ſu muerte muy codiciables ſus reliquias, tanto à los de la Compañia, como à los de afuera; y cuya doctrina divulgada en eruditos volumenes mereciò los elogios de aquel ſuaviſsimo Doctor, y Maeſtro de la diſcrecion divina San Franciſco de Salês, que le eſcriviò engrandeciendo ſus obras, y en eſpecial la que compuſo del miſterio inefable de nueſtra predeſtinacion. Fue tambien diſcipulo de Franciſco, el Padre Muzio Vitelleſqui, celebrado primero por ſu doctrina en el Colegio Romano, y deſpues ſexto General de la Compañia, en cuya vida, y dichoſa muerte ſe hizieron admirar tantas virtudes, que à inſtancia del Cardenal Decio Carrafa, ſe procediò à las informaciones en orden de ſu Beatificacion. Preciaſe tambien de aver aumentado el numero de ſus diſcipulos, el Padre Doctor Diego Gordono, Confeſſor del Rey Luis Dezimo Tercio, y eruditiſsimo Eſcritor, aſsi en lo Moral, y Expoſitivo, como en los Anales, que formò deſde la creacion de el mundo, coronando el candor de vna inocentiſsima vida, con los vaticinios de ſu afortunada muerte.

Seria prolixo aſſumpto diſcurrir por otros ſeñaladiſsimos Varones, que fueron como Rios de eſte mar, ò como fuentes de eſte caudaloſiſsimo Rio. Baſte para ennoblecer el Magiſterio de Franciſco, el ſabio, y fortiſsimo Miniſtro del Evangelio, y Martir de Chriſto Enrico Garneto, que de la Eſcuela de ſu ſabiduria paſsò à las batallas de la Fè, predicandola en medio de los peligros de Inglaterra, haſta ſeñalar, y rubricar con ſu inocente ſangre lo miſmo que antes avia enſeñado con ſu voz. De ſuerte, que ſi la hermoſa fecundidad del arbol no ſe califica por vno ſolo, ſino por muchos frutos, *ex fructibus eorum*; todos concurrieron con ſu variedad, y todos fueron menester para el conocimiento de las nobles calidades que ateſorò en ſi el Padre Suarez, cuyos diſcipulos, aviendo aprendido ſus letras, y virtudes, fueron como ramos, que traſplantados à diferentes regiones, publicaron con abūdantes frutos de ſu vida, y de ſu ciencia, que Franciſco era no ſolo Arbol de la ciencia, ſino tambien de vna perfectiſsima vida.

***

CA-

CAPITVLO SEPTIMO.

Buelve à Eſpaña, lee Theologia en Alcalà, y reſuelveſe à publicar ſus eſcritos.

CONtinuava Franciſco ſu letura en el Colegio Romano, con el aplauſo, y fruto que ſe ha viſto, quando las quiebras de ſu ſalud empezaron primero à hazer dificil, y al cabo impoſsible ſu proſecucion. Sobrevinieronle fuertes corrimientos, que le ocaſionavan muy agudos dolores, creciendo en ſu frequencia la dificultad de ſu eſtudio, y de las atenciones preciſas à tan publico, como atareado empleo. Eſcogio por ſu familiar medicina los rigores de la abſtinencia, aſsi porque parecia conveniente para enflaquecer la nociva deſtemplança de los humores, como porque el pretexto de ſu ſalud ſe avenia bien con los diſimulos de ſu mortificacion. Prevalecia con todo eſſo el mal al remedio de la parſimonia, pero experimentando en ella algun alivio, proſiguiò, y aumentò mucho ſu auſteridad. Avia ſido ſiempre muy parco en la comida, con que la reduxo à tanta eſcasèz, que ſu comer era ya vn continuo ayunar. El vltimo eſtremo de eſta ſu natural, pero riguroſa medicina, fue paſſarſe todo el dia ſin alimento alguno, tomandole à la noche muy limitado: pero aunque de eſta ſuerte ſe hallava deſembarazado para el eſtudio, ſe reconociò, que el remedio iba ſiendo mas peligroſo que la dolencia, pues junto con los trabajos de la Cathedra, y ayudado de las deſtemplanças del contrario clima, ponian ſu vida en grande rieſgo.

Aviendo, pues, aunque con tanto afan, llegado al octavo año de ſu aſsiſtencia, y lectura en Roma, ſe diſcurriò en reſtituirle otra vez à Eſpaña, donde la benignidad, ò la proporciõ del patrio ſuelo, ſeria la medicina mas eficaz de ſu quebrantada ſalud. Eſtava Franciſco reſignado en la obediencia; pero èſta ſe embarazava en llenar dignamente el vacio que dexava en Roma ſu prodigioſa ſabiduria. Diſcurrioſe por varios Maeſtros de Eſpaña, y al cabo ſe puſieron los ojos, y los deſeos en el Padre Gabriel Vazquez, que era la admira-

cion, y el aplauso de Alcalà. Pero porque ni esta Vniversidad quedasse quexosa de perder tanto Maestro, y Roma sintiesse menos la falta de Francisco, se resolviò, que ocupasse el vno el lugar que dexava el otro; passando el Padre Suarez, de Roma à los estudios de Alcalà, y dexando Vazquez à Alcalà, para ilustrar à Roma. De esta suerte mudaron de emisferios estos dos clarissimos Soles de la Theologia; dividiendo entre si el imperio de las letras, y amaneciendo el vno quando se ausentava el otro. De esta suerte la noche, y ausencia del primero, se iluminava con el dia que nacia en el segundo: y como dixo el Profeta, escuchava vn dia los luzidos ecos de otro dia, y vna noche descubria la ciẽcia de otra noche. Por esto la Roma Christiana no tiene que embidiar à la Gentil aquellos grandes ingenios, que en otro tiempo le tributò España, mas feliz por la fecundidad de sus hijos, que por la preciosidad de sus tesoros; pues en solo estos dos celebradissimos Theologos le diò tanto mas crecida gloria, quãto va de la Fè, à la infidelidad, y de vna sabiduria verdadera, à las presumpciones de la ignorancia.

Dies diei eructat verbũ, & nox nocti indicat scientiam. Psal. 18

Luego que nuestro Francisco aportò à España, se empezò à reconocer la eficacia del clima natural en las mejoras de su salud. Pero aunque cessaron, o se disminuyeron los achaques, no por esso renunciò à la medicina de su estremada abstinencia; antes la continuò con tanto teson, que desde entonces estableciò para siempre la costumbre de dar al estudio todo el dia, reservando su ordinaria, y bien escasa comida hasta la noche; hecha ya virtud la que empezò necessidad, y convertido el medicamento en los rigores de vn voluntario ayuno.

Entrò Francisco en Alcalà, autorizando con su presencia los elogios que avia embiado delante la celebridad de su fama. Heredò con la Cathedra los aplausos del Padre Vazquez, porque eran estos milagrosos ingenios en la sutileza del discurrir muy parecidos, aunque en el opinar desemejantes, influyendo el Cielo esta diferencia en sus entendimientos, para que alternando sus resplandoers en la Escuela, fuessen como el Sol, y Luna, tanto mas luminosos, quanto mas distantes, y encontrados.

Admirable fue el concurso con que diò principio à sus Theo-

Theologicas lecciones. Componianle no ſolo los diſcipulos de la Compañia, ſino tambien los demàs, que ſeguian contrarias Eſcuelas, oyendole todos como à comun Maeſtro, cõ tan vniverſal aclamacion, y aplauſo, que ninguno haſta allì, le avia logrado mas crecido, compitiendoſe la eſtimacion que los Maeſtros hazian de ſu ſabiduria, y la codicioſa ſolicitud de los Eſtudiantes por ſu enſeñança. Sucedia muchas vezes en el corazon del Invierno baxar à ſu Cathedra de Prima antes que amaneciеſſe; pero no por eſſo empeçava la eſtudioſa diligencia de ſus oyentes; porque madrugavan, y prevenian al dia, encendiendo velas, y luzes artificiales, para eſcrivir ſus lecciones: y moſtrando de eſta ſuerte, que podia acreditarſe eſte Sol de ſabiduria, cõ la eſcaſa luz de eſtas prevenidas antorchas. Ni paravan aqui las anſias de recoger eſte Manà precioſo de ſus delicados diſcurſos; porque deſpues ſe empleavan muchas horas, y muchas plumas, en copiarlos. Fue coſa averiguada, que cada año ſe conſumian muchos cẽtenares de ducados, en traſladar eſtos admirables eſcritos, porque los pretendian de todas las Vniverſidades de Eſpaña, ſeñalãdoſe en eſta ſolicitud los Varones mas ventajoſos, porq̃ ſu precioſidad hallava mayor eſtimacion en la mayor ſabiduria. De ſuerte, que ſi ſe mira bien, no ſolo enſeñava Franciſco en Alcalà, ſino tambien en toda Eſpaña, y aun podemos dezir, que en toda la Chriſtiandad, adonde deſde Roma ſe avian ya eſparcido ſus diſcipulos, llevando à todas partes con el reſplandor de ſu doctrina, el nombre de tan vniverſal Maeſtro.

Pero como creciеſſe mas, y mas la ſed de eſtos no menos vtiles, que glorioſos trabajos, ſe empezò à diſcurrir ſobre la conveniencia, y neceſsidad de entregarlos à la prenſa, haziendo patentes à la luz publica, tan inеſtimables, como codiciados teſoros. Era ya eſte voto comun, y ſolo le reſiſtia la humildad del Padre Suarez, que cerrando el oìdo à las vozes de tanto aplauſo, le concedia ſolo à ſu deſconfiança, y temor. Muchos Varones ſabios le ponian delante de los ojos las anſias, y las expenſas, con que de todas partes eran pretendidos ſus papeles, la vtilidad, y accepcion con que ſerìan recibidos; los yerros con que al preſente corrian por la incuria de algunos Amanuenſes, en cuyas negligencias no ſolo peligrava

la

la puntualidad, ſino tambien la ſubſtancia de las coſas. Sobre todo ponderavan el rezelo no temerario, de que alguno tratava de imprimir, como trabajo propio, las materias que èl avia dictado à ſus diſcipulos: de donde ſe ſeguirian dos grandes inconvenientes: el primero, q̃ ſe vieſſen ſus obras deſnudas del nombre de ſu Autor, y defraudado el Autor del credito de tan grandes obras; el ſegundo, que muchas queſtiones, à quienes podia añadir gran luſtre, y pulimento la vltima mano, ſaldrian con aquella preciſion, à que reduce ſus buelos la pluma, quando ſe ciñe à las eſtrechas leyes de la Cathedra.

Baſtaron tan eficazes motivos, para engendrar alguna duda en el entendimiento de Francisco; pero no para que cedieſſen à ſu fuerça los rezelos de ſu deſconfiança. El miſmo confieſſa, que avia reſiſtido à tanta bateria de razones, haſta que ſintiò otro mas poderoſo impulſo, que fue el beneplacito divino, expreſſado en la obediencia. Porque conociendo los Superiores el daño que recibiria la Republica literaria, y el honor de que ſe defraudaria toda la Compañia, ſi tan iluſtres trabajos permanecieſſen ſepultados en el olvido, o deſlucidos con menor induſtria que la de Franciſco; le ordenaron apretadamẽte, que los divulgaſſe en la eſtampa, porque aſsi ſe juzgava conveniente para gloria de Dios, y vtilidad de la Igleſia. A eſte mandato no tuvo que oponer, porque à las razones de la prudencia humana ſatisfacia facilmẽte ſu humildad; pero faltaronle las reſpueſtas, quando ſolo ſe dava por razon la voluntad divina. Y aſsi eſcriviendo al Eminentiſsimo Señor Cardenal, y Arçobiſpo de Toledo, D. Gaſpar de Quiroga, confieſſa con religioſa ingenuidad, que ningunas razones, por mas vrgentes que ſe repreſentaſſen, baſtarian à perſuadirle la impreſsion de ſus obras: *Niſi me ij coegiſſent, quorum imperium recuſare nec poteram, nec debebam.* Si no le huviera neceſsitado el imperio de quien le podia mandar, y à quien ni le era licito, ni poſsible el reſiſtir. Tanto peſo tuvo en ſu eſtimacion la obediencia, que llegò à conſeguir de ſu entendimiento, lo que no avia podido la razon.

***

CA-

CAPITVLO OCTAVO.

Passa de Alcalà à continuar su Magisterio en Salamanca.

YA no estraño los triunfos, que ha conseguido la doctrina de nuestro Eximio Doctor, assi contra los errores hereticos, como entre las Escuelas Catholicas; porque siendo cierto el Proverbio de Salomon: *Vir obediens loquetur victorias*: que en las palabras del obediente se harán escuchar sus victorias; no es mucho, que empezãdo Francisco por sola obediencia à hablar al mundo con tantos volumenes, fuessen tambien como alistadas las victorias en sus sentencias, y en sus palabras. Por esso quizà, dexando otros altissimos misterios de la Divinidad, diò principio à su Theologia, por el primer tomo *De Incarnatione Verbi Divini*: misterio, en que tuvo tanta parte la obediencia humilde de la Madre Santissima, y en que començò à divinizarse esta virtud, por el exemplo de aquel Señor, que fue hecho obediente desde que començò à ser hombre. Es verdad, que apunta tambien otra causa de esta su eleccion nuestro Eximio Maestro en su epistola nuncupatoria; adonde se lee esta clausula, llena de humildad, y devocion. * *Aunque* la al-
„ teza, y dificultad de este argumento ponia terror à mi cor-
„ tedad, pero la frequente memoria de este immenso benefi-
„ cio, en que tan prodigamente parece se derramò el amor
„ divino, de tal suerte encendio, y recreò mi animo, deteni-
„ do antes, y temeroso, que ya quando atentamente consi-
„ dero esta fineza de nuestro Dios, ni se me hazen pesadas las
„ continuas tareas de discurrir, y me parecen muy ligeras las
„ molestias de escrivir, *y de dictar*. * De suerte, que si bien se mira, la obediencia diò el impulso al brazo de Francisco, para que se moviesse, y el amor divino le puso en su mano la pluma, para que escrivieſſe, y para que bolasse.

Aviendo, pues, publicado por obediencia el primero de sus escritos, tuvo tambien muy presto que obedecer acerca de su persona; porque concluidos ocho años de tan ilustre Magisterio en la Universidad de Alcalà, vino orden, de que continuas-

Prover. 21.

tinuaſſe el miſmo empleo en eſta celebradiſsima Eſcuela de Salamanca. Dexò por ſucceſſor en ſu Cathedra al Padre Vazquez, el qual, aviendo leido todo eſte tiempo en Roma, ſe deſpidiò con ſumo ſentimiento de aquellos eſtudios, y reſtituido à ſu Vniverſidad de Alcalà, que era como la patria en que naciò, y creciò ſu ſabiduria, bolviò nueſtro Franciſco à Salamanca, que tambien era el nativo ſuelo de ſus eſtudios, y el teatro mas digno de ſus ya aumentados talentos.

Pero no es licito deſpedirnos de Alcalà, ſin dar noticia de los grandes diſcipulos, que allì gozaron de ſu doctrina, y ſon haſta aora credito immortal de ſu enſeñança. Entre ellos ſobreſale el Padre Pedro de Arrubal, à quien ſobre la ſutileza de ſus eſcritos, parte impreſſos, y parte aun no divulgados, engrandece la gloria de aver ſido eſcogido de la Compañia, para defender la verdad de ſu doctrina en la controverſia *de AVXILIIS*: batalla la mayor, y de mayores conſequencias, que vio el polvo literario, y que haſta aora ſuſtentan el teſon, y la conſtancia de los ingenios, y las plumas. Entrò tambien en el numero de ſus diſcipulos, el Padre Luis de Torres, que aviendo conſagrado ſu vida à la enſeñança publica, y leido caſi por eſpacio de cinquenta años, eternizo ſu nombre, en treze tomos con que enriqueciò la Eſcolaſtica, y Moral Theologia. Es tambien ſingular blaſon del Magiſterio de Franciſco, aquel excelente Orador, y Demoſtenes de ſu ſiglo, el Padre Geronimo de Florencia, en quien compitiendoſe la facundia del dezir, y el ingenio, y ſutileza para enſeñar; reſolviò la obediencia tan dudoſa lid, negando à las Cathedras ſus diſcurſos, porque en el Pulpito ſe eſcuchaſſen ſus Oraculos. Este nombre lograron ſus eloquentiſsimos Sermones en la Corte de los Reyes D. Felipe Tercero, y Quarto, cuyo Predicador fue, y juntamente Confeſſor de los Sereniſsimos Infantes D. Carlos, y D. Fernando. Pues en los Padres Aguado, Albornoz, y muchos otros, à quien la proligidad prohibe referir, quanto reſplandeciò la doctrina de nueſtro Eximio Maeſtro? A la verdad, èl fue como vn Sol eſclarecido, que traſlada ſus luzes, y ſus ardores en los eſpejos criſtalinos, multiplicando en todos, ſi no ſu propio ſer, à lo menos ſu ſemejança. Tales fueron eſtos grandes diſcipulos de Franciſco, porque copiaron todos la virtud de ſu Maeſtro, que en algu-

nos

nos fue eminentiſsima, y le imitaron en el eſtudio de la ſabiduria, con tanta felicidad, que ſolia dezir el humilde Padre, que los Hermanos de Alcalà le avian hecho docto: voz, que aunque nacida de la humildad de tan inſigne Maeſtro, tuvo ſu principio en la grandeza de tan excelentes diſcipulos.

Pero llegando ya con nueſtro gran Maeſtro à Salamanca, quien podrà explicar el alborozo con que fue recibido, aſsi de los domeſticos, como de los eſtraños? Miravale nueſtro Colegio, como al primo genito de ſus cariños, y eſperanças, explicando en ſu alegria el ſentimiento de ſu prolongada auſencia. Vivia haſta eſte tiempo cõ el dolor de aver producido vn Maeſtro tan iluſtre, no para la dicha de gozarle, ſino para el deſconſuelo de perderle. Mas aora ſe congratulava con ſus paſſadas deſgracias, y con tan proſijas auſencias, porque ſe le reſtituìan ennoblecido cõ los aplauſos de Valladolid, Roma, y Alcalà, cuyos ecos ſe avian hecho oyr en Salamanca, y ſe aumentavan ſobre manera con la publicacion de ſus eſcritos, que ya ſe leian en dos tomos. Por eſto tambiẽ le viſitaron, y honraron muchos Doctores de la Vniverſidad, dandoſe los parabienes de tener cerca de ſi vn Maeſtro tan acreditado, y conocido. Pero Franciſco, deſpues de aver ſatisfecho à la vrbanidad, y corteſia, tratò luego de eſtablecer ſu acoſtumbrado retiro, negandoſe à otra comunicacion, que à la de ſu Dios, y de ſus libros. Viòſe muy preſto el fruto de ſu recogimiento, y eſtudioſidad: porque en vn ſolo año que eſtuvo en Salamanca, eſcriviò, y perficionò el tomo tercero ſobre la tercera parte, y le diò à la publica luz, ſiendo recibido de la Republica literaria cõ el miſmo aplauſo, que los dos primeros; porque llevava en el nombre de ſu Autor el credito de ſu ingenio, y vtilidad.

Baſta eſta obra ſola, para fatigar los deſvelos de vn hombre libre de todas ocupaciones; pero Franciſco, aunque atareado al miſmo tiempo con la obligacion de ſu Cathedra, juzgò tenia ſus talentos ocioſos, ſi no ſe empeñava en mayores trabajos. Convirtiò, pues, ſu atencion à aquellos grandes volumenes de las Metafiſicas: obra de la qual tenia deſde ſus primeros eſtudios tiradas algunas lineas, que pudierõ aora ſervir, como de diſſeño à tan magnifico edificio. Penſaron algunos, q̃ eſta fue ocupaciõ de ſus primeros eſtudios, pero aun-

que desde entonces era Francisco tan eminente como vimos, qualquiera que leyere atentamente estas sus Metafisicas, reconocerà en ellas sabiduria, y gravedad digna de mayores desvelos, y de mas dilatados años. Es verdad, que desde entonces, como diximos, empezò ya à concebirlas, y delinearlas en su mente; pero tambien es cierto, que aora les dio toda su perfeccion, y las sacò à luz; imitando el arte en su formacion el estilo de la naturaleza, que tiene mas tiempo en el materno seno al parto de mayor grandeza; gastando años enteros en la formacion de vn Elefante, quando à menores vivientes suele conceder pocos meses. Movióse à interrumpir la edicion de sus escritos Theologicos, por dar, ò (como dize èl mismo) por restituir su lugar propio à la Filosofia, la qual deve allanar el camino con los dictamenes de la razon, para que sobre sus huellas camine segura la obscuridad de la Fè. Y assi, antes de empeñarse mas en la contẽplaciõ de los misterios divinos, se dedicò à la averiguaciõ de los naturales, con tanta comprehension, acierto, y felicidad, que los demàs Filosofos, que despues han escrito, bien que eruditos, y sutiles, parecen respecto de èl, como los rios comparados con el mar; pues todos reciben, y se enriquecen de sus aguas, y es siempre inagotable su profundidad. Hasta los mismos Hereges leen con admiracion sus Metafisicas, confessando, que Suarez es el mayor Filosofo de los Escolasticos; pero añadiendo que quanto acertò en los secretos de la razon, delirò en las materias de la Fè. Tales son sus lenguas serpentinas, que arrojan la ponçoña, aun entre los alagos del aplauso. Pero de tales monstruos son mas de estimar los vituperios, que los elogios: y serìan sospechosas sus alabanças, si no las calificaran sus afrentas.

En España fue muy plausible el credito, con que corrieron estas Metafisicas. Buscavanlas de todas partes con ansiosa solicitud; por hallar en ellas los ingenios aclaradas muchas verdades que andavan embueltas en la obscuridad; y convencidos muchos errores, que vivian hasta alli, à la sombra de la ignorancia. Puedese colegir el aprecio, que en todas partes hallaron, de la vtilidad que percibio de ellas este Colegio de Salamanca. Hallavase con rentas escasas, y con habitacion muy estrecha; y ocurriò à entrambas apreturas con la edicion

de

de eſtos volumenes; porque ellos produxeron lo neceſſario para dilatar ſu antigua fabrica à vn nuevo lienço, que haſta aora mantiene el nombre del Padre Suarez, bien que ſu memoria durarà aun mas firme que en el edificio, en la perpetuidad de nueſtro agradecimiento. No faltò, empero, en tãta proſperidad, y aplauſo de los eſcritos, que divulgava el Padre Suarez, quien pretendieſſe obſcurecer ſu fama, acuſando de ſoſpechoſa ſu doctrina. Mas porque eſta acuſacion fue como preludio de otras muchas, que probaron los quilates de ſu conſtancia; ſerà forçoſo deſembolver mas altamente ſus principios, para que la noticia de las cauſas nos introduzga al conocimiento de ſus efectos.

CAPITVLO NONO.

Es delatado el ſegundo de ſus volumenes Theologicos, y defiende felizmente ſu doctrina, y ſu Religion.

AViẽdo yo de referir en eſte libro algunas altercaciones, que ocaſionò la diferencia de doctrinas entre las dos Religiones de Santo Domingo, y la Compañia de Iesvs; como no puedo encubrir lo que pertenece à la ingenuidad de la narracion, tampoco debo ocultar lo que reconoce nueſtro agradecimiento. Es cierto, que deſde que aparecieron los Ieſuitas en Eſpaña, huvo algunos Religioſos Dominicos, que preocupados de ſiniestros informes, hizieron frente à nueſtro inſtituto, teniendo por ſoſpechoſos à quantos le abrazavan: y batallando, como Iacob cõ el Angel, mientras la obſcuridad no diò lugar al deſengaño de lós ojos. Pero tambien es cierto, que hallò à la miſma ſazon la Compañia dentro de aquellos ſagrados Clauſtros tantos, y tan iluſtres protectores, que puede eſtar muy agradecida à la opoſicion de los primeros, por el patrocinio de los ſegundos. De eſtos fue vno el ſapientiſsimo Maeſtro Peña, Cathedratico de eſta Vniverſidad de Salamanca, cuya convincente Apologia por nueſtra Religion ſe ve impreſſa en el Venerable Padre Iuan Euſebio. Otro fue el Iluſtriſsimo, y no menos Santo Arçobiſpo de Braga, D. Fr. Bartholomè de los Martires, que erigiò en ſu Ciudad vn Colegio de la Compañia,

ñia, prefiriendola en esta demonstracion de su cariño, à su familia Dominicana, para cautivar eternamente nuestro amor con la memoria de tan insigne beneficio. Pudiera tãbien referir otros muchos, cuya sucesion se ha continuado hasta nuestros tiempos, sin que jamàs ayan faltado entre los grandes hijos de Santo Domingo, Varones eminentes en virtud, y sabiduria, que se esmerassen en ilustrar la Compañia cõ sus favores, y con sus aplausos.

Pero aunque nuestra gratitud tiene muchos, y muy presentes testimonios de tan agradable verdad, me contentarè con solo el nombre de aquel Tulio sagrado de la Iglesia, el Venerable Padre Fr. Luis de Granada, finissimo amante de nuestra Religion, el qual hablando en Lisboa con el Padre Luis de Molina, de la persecucion de algunos emulos, prorrumpio en abundantes lagrimas de sus ojos, teniendo por escasa la eloquencia de su voz, para dar à entender su sentimiento. El mismo, respondiendo à vn Padre, que le comunicava estas melancolicas noticias, para encontrar el remedio en su prudencia, le dize estas palabras: * *Sabe nuestro* „ *Señor*, con quanta pena leì la carta de V. R.ª porque no „ quisiera yo, que con tanta costa nuestra creciera el prove- „ cho de V. R.as porque en este negocio no temo el daño de „ quien padece la injuria, sino de quien la haze: pues bien sè, „ que el estilo de nuestro Señor, es hazer dulçes las aguas con „ sal, y alumbrar los ojos con el barro, y sanar las llagas con „ massa de higos, y multiplicar los hijos de Israel, con la per- „ secucion de Faraon, y el pueblo de los Christianos, con la „ guerra de los tiranos ::: Alegrese V. R.ª que la Compañia „ procede por los mismos terminos, por donde procediò la „ primitiva Iglesia. Y ay de Roma, quãdo le faltasse *Cartago*.*

P. Eusebius in vita S. Borgiæ l. 2. c. 31.

Assi escrivia aquel Varon incomparable, y perpetuo defensor de nuestra Compañia, cuyo exemplo (como tambien el del Santissimo Pio Quinto) dura oy en la imitacion de los primeros hombres, que componen el Orden esclarecido de Predicadores, correspondiendo de nuestra parte vn sumo respeto, y veneracion à la grandeza de Religion tan ilustre, y tan benemerita de toda la Catholica Iglesia.

Con este presupuesto, no menos glorioso que verdadero, correrà menos congoxada mi pluma en la parte de aquellos dis-

disturbios q̃ exercitò la tolerancia del Padre Suarez. Avia va publicado el libro admirable en que describe la vida del Salvador, mientras su inefable dignacion le hizo Ciudadano de este mundo, y compañero de los hombres. En èl pregunta, si abrazo nuestro Maestro Divino vn linage de vida aspero, y severo, en quanto al vestido, mantenimiento, y demàs rigores que sirven à la maceracion de la carne? dificultad, à que responde dos cosas. La primera, con el Angelico Doctor, que no convino hiziesse Christo profesion de este genero de austeridades. Y la segunda, que aunque no professo esta rigida aspereza; con todo esso fue su trato acompañado siempre de suma moderacion, y mas parecido al rigor, que à la blandura. Esta resolucion, aunque fortalezida de oportuna, y convincente autoridad, desagradò à dos Maestros Dominicos: cuyos nombres eran Fray Garcia de Mondragon, y Fray Alonso de Avendaño. Acusò el primero esta doctrina de contraria à Santo Thomas, diziendo, que el Santo Doctor solo negava, que la vida del Salvador huviesse sido solitaria, pero no que huviesse sido rigida, y austera. El segundo, por el contrario confessava la doctrina de Francisco por verdadera, y conforme à Sãto Thamàs; pero sin embargo ponia dolo en su intencion, diziendo, que cõ artificioso dissimulo pretẽdia desautorizar el merito de la austeridad, y penitencia, inclinandose àzia la comodidad, y el regalo: como si para persuadirle à los mortales fuera necessario facilitarle con el exemplo, y la semejança de Christo. Ni se contentò este Maestro con acusar à solo al Padre Suarez, delatando su doctrina ante el Nuncio de su Santidad; antes valiendose de esta ocasion desfogò tambien sus ya antiguos enojos contra toda la Compañia, condenando à sus hijos por enemigos de el rigor, y penitencia, y por fautores de los gustos, y delicias. Sobre lo qual ponderavan que era intolerable arrogancia de los Iesuitas, proponer al Salvador tan semejante al porte, y à las acciones de su vida, que venian à calificarla por la mas heroyca, siendo cierto, que el que mas se parece à Christo, se acerca à lo mas perfecto.

Tom. 2 in 3. p. d 28. sect. 2.

Luego que llegò à la noticia del Padre Suarez, vna acusacion tan llena de escandalo, y horror, tomò la pluma para salir, no tanto à la defensa de su fama, como de toda su Religion,

gion, ofendida con tan enormes injuiras. Probò en primer lugar contra Mondragon, que su doctrina no discrepava de la que enseñò Santo Thomàs, y de la que otros Interpretes, y Padres assentavan, como indubitable, y Catholica. Passò despues à desvanecer las cavilaciones de Fray Alonso de Avendaño: admirandose de que reconociendo lo que enseñava por verdadero, le pareciesse tan mal, por mirarlo en ageno libro; y estrañando sobre manera, que se introduxesse al juizio de las intenciones, sin hazer caso de la inocencia de sus palabras.

* *Este Religioso*, (dize modestissimamente el Padre Suarez en su Epistola Apologetica) aprobando mi sentir, interpreta à mala parte mi animo, y mi mente: siendo assi, que mis palabras no dan ocasion para tal juizio, porque si la dieran, no dexaria èl de publicarla. Demàs de esto, me acusa por destruidor de las asperezas corporales; aviendo yo escrito, que la vida de Christo se inclinò mas à la austeridad: y que esta es muy conducente, y en algun modo necessaria para llegar à la perfeccion. Por lo qual, todos los de la Compañia estamos muy lexos de lo que nos acomula; antes bien, mientras yo he vivido en la Religion, (y ha ya mas de treinta años, que vivo en ella) no solo no he reconocido propension à la doctrina, y tratamiento delicado que nos opone; sino por el contrario tanto aprecio, y exercicio de la mortificacion, y penitencia, que por ventura en esto no la exceden, aun aquellas Religiones q̃ professan mayor austeridad: biẽ, que no quiero hazer cõparacion alguna, porque todas suelen ser muy odiosas. Es verdad, que nuestro Patriarca, no señalò cierto numero de penitencias, que todos ayan de hazer; porque siẽdo las fuerças tan desiguales, dexò à la discrecion de los Superiores el señalar à cada vno las mas convenientes. Y en esto, por la Divina gracia, ay hasta aora tanto cuidado, que menos necessitan de espuela, que de freno. Este estudio de la mortificacion, no solo consta de la perfeccion de nuestro instituto, sino tambien de la debilidad, y quebranto de salud que padecen frequentemente los de la Compañia, del exemplo, y santidad con que proceden, y del fruto que hazen en los proximos. Porque juzgo, que en mucho tiempo no se avrà visto en los Seglares tan vsado el silicio, la diciplina, y

el

el ayuno ; como se reconoce en muchos , à quienes goviernan, y dirigen los nuestros ; lo qual no fuera assi , si nosotros enseñaramos , y sintieramos de la penitencia exterior , lo que tan falsamente se *nos opone*. *

Sobre esto añade el Padre Suarez la suma igualdad que professa la Compañia con todos sus hijos, en quanto pertenece à su assistencia, y à su comida, la qual siendo vulgar, y moderada se sirve à todos de Comunidad, sin que los años, los estudios , ò los trabajos puedan introducir alguno de aquellos privilegios, que sufre aun la severidad de otras sagradas Religiones. De suerte, que el alimento del Superior, y del Maestro mas consumado , en nada se distingue , de el que vsa el Hermano mas humilde , diferenciandose solamente por el merecimiento, no por la conveniencia. * *Aqui* (dize nuestro ,, Francisco) *deseo por Iuezes* à todos los Religiosos , que de ,, veras desean imitar la mortificacion , y desnudèz de ,, Christo: estos quiero que juzguen, y nos digan, si es vn li- ,, nage biẽ notable de aspereza, el observar todos, y por toda ,, la vida vna igualdad tan comun, tan inviolable, y tan *vniforme*. * Nadie negarà , que el Padre Suarez calificò con razon esta igualdad, por vno de los rigores , de que puede preciarse qualquiera Religion , aunque sea la mas austera: y esta sin duda es vna grande recomendacion de la observancia constante, y regular de la Compañia ; la qual siendo Templo vivo de Dios, que se levanta hasta el Cielo, en tantas columnas de santidad, y sabiduria , con todo esso reconoce la verdad de lo que dixo David: *Sanctum est Templum Domini, mirabile in æquitate* : que en esta ignaldad se dexa ver el mayor , y mas admirable de sus primores.

* *Nadie, pues* , se persuada (concluye el Eximio Doc- ,, tor) à que nuestra profession carece de muchas asperezas; ,, ni tampoco à que presumimos anteponerla à las demàs; ,, bien , que en esta parte nos deleyta , y recrea mucho el ,, exemplo de nuestro Redemptor , en cuya bondad confia- ,, mos , que como su Magestad juntò con vn trato en lo ex- ,, terior comun, vna vida llena de trabajos, penas, y cruz, her- ,, moseandola assimismo con oracion continua , con obe- ,, diencia perfecta , y con abnegacion de los gustos , y de las ,, honras mundanas ; assi tambien nosotros , si fueremos los

que

„ que piden nueſtras reglas, podremos vnir con eſte porte en „ la apariencia comun la mortificacion de nueſtras paſsio- „ nes, el eſtudio cotidiano de la meditacion, el deſprecio de „ todos los pueſtos, y dignidades del ſiglo; viviendo en eſte „ mando, ſin tener caſa, ni habitacion ſegura, prompros à ſu- „ frir qualeſquiera trabajos, ſea en la tierra, ò ſea en el mar; „ por la ſalvacion de las almas, atropellando por eſto las ma- „ yores dificultades, y peligros, como yo miſmo lo he viſto „ practicar, no en vna ſola, ſino en varias partes de nueſtra „ Religion, aviendo muchos que con vehementes anſias ſuſ- „ piran por dar la vida, y derramar toda ſu ſangre entre Infie- „ les, y por convertir al conocimiento de Dios toda la ciega *gentilidad.* *

Con eſtas, y otras convincentes razones hizo el Eximio Padre tan clara la inocencia de ſu Religion, y de ſu doctrina; y tan patente la falſedad de la impoſtura contraria, que la acuſacion de Avendaño ſe eſcucho con eſcandalo en el Tribunal del Nuncio Apoſtolico, convirtiendoſe en deſprecio de ſu proprio Autor, por llevar tan deſcubierto el ſobre eſcrito de ſu apaſsionada voluntad. Si bien no quedaron del todo ſepultadas las centellas de ſemejantes calumnias contra la Cõpañia, porque ſoplandolas la malevolencia de algunos emulos, prendieron en la perſuaſion del vulgo, facil, y diſpueſto por la mayor parte à dar credito à lo peor. De donde duran haſta el dia de oy en ſu necia credulidad aquellas ſinieſtras aprehenſiones, con que ſuele pintar nueſtro tratamiento comun la emulacion de los enemigos, ò la ignorancia, y vanidad de los hombres ocioſos. Pero aviendo nacido la Compañia con eſta eſtrella, y florecido à peſar de ſus malignos influxos en virtud, y ſabiduria; tiene ſu mayor conſuelo en la continuacion de eſtas hoſtilidades, porque ſon teſtimonio, de que es aora la miſma que fue en ſu principio, y que ſuſtenta dignamente el caracter de Compañia de Iesvs; *nombre que vino al mundo para traerle la ſalud, y para ſufrir ſu contradicion.* Pero no debo paſſar en ſilencio, la mudança que huvo deſpues en el Maeſtro Fray Alonſo de Avendaño; el qual, aunque en algun tiempo fatigò la tolerancia de los Ieſuitas, al fin deſengañado de ſus antiguas ſoſpechas, y noticioſo del fruto, que en todas partes hazia la

Com-

Compañia, convirtiò sus acusaciones en aplausos: y predicando en Valladolid alabò con grande encarecimiento à nuestra Religion, y acreditò los Apostolicos empleos de sus ilustres hijos. Assi sabe Dios sacar raudales dulces del pedernal, en quien se ocultavan las centellas, y fabricar las suavidades de vn panal en la boca del ya vencido Leon.

CAPITVLO DEZIMO.

Es nombrado por el Rey Felipe II. para la Cathedra de Prima de Coimbra, y procura escusarse de esta honra.

AL ver à Francisco restituido ya à este Colegio de Salamanca, en que avia nacido à la Religion, y donde lograva el retiro, y la quietud para escrivir, y para dictar; creyeron todos que se hallava ya en el puesto de su descanso, y en el fin de sus peregrinaciones. Pero como el Sol, aun quando parece que se retira à descansar en su Ocaso, trata solo de iluminar vn nuevo emisferio; y quando se restituye à su Oriente, es para formar con su luz vn nuevo dia; assi el retirarse Francisco à Salamanca, no fue, como se juzgava, para detenerse en esta grande Escuela, sino para discurrir con la luz de su sabiduria por otras Vniversidades, y formar à su resplandor nuevos, y dilatados orizontes. La ocasion nacio de la grandeza de su fama, la qual siendo ya tan plausible en toda España, no pudo dexar de escucharse en las cercanias de Coimbra, Vniversidad la mas celebre, y numerosa del Reyno de Portugal. Hallavase à la sazon en ella, para dar fin à su letura, el Maestro Fray Antonio de Santo Domingo, del Orden de Predicadores, que avia regentado la Cathedra de Prima de Theologia: y deseando toda la Vniversidad que le sucediesse en este puesto el Theologo mas eminente de aquel siglo, determinò hazer todo esfuerço para obtener al Padre Francisco Suarez, à quien la fama aplaudia con esse, y otros merecidos aplausos.

Hazian dificil esta resolucion, los estilos de aquella Es-

cuela, acoſtumbrada à conceder ſus Cathedras, como triunfos de la opoſicion, ò Paleſtra literaria; à que ſe añadia el eſcrupulo natural de aquella pundonoroſa nacion, pues el pedir à Caſtilla vn Cathedratico para ſu primera Vniverſidad, parecia vna ingenua confeſsion, de que en Portugal ſe echava menos la ſabiduria de otra Provincia. Huvo algunos Maeſtros, que juzgaron por eficazes eſtos motivos, principalmente aquellos q̃ miravã menos diſtante aquel honor. Supieron eſtos tratar la conveniencia particular, como vtilidad comun; haziendo, que la reputacion de la patria ſirvieſſe à los fines de ſu ambicion. Pero al cabo pudo mas que todos el nombre de nueſtro Eximio Maeſtro, y aſsi fue la reſolucion de aquella Vniverſidad, ſolicitar eficazmente ſu venida; diziendo los mas deſapaſsionados, y prudentes, que era juſto diſpenſar en el eſtilo por la conveniencia del pueſto: y, que ſi otras vezes pretendian los Maeſtros honrarſe con la Cathedra, podia eſta vez la Cathedra moſtrar mas noble ambiciõ de tã excelente Maeſtro: ni quedaria por eſſo agraviado el decoro de ſu naciõ; porque el ſabio nace en el mundo, como el Sol, cuya luz ninguna nacion ay tan barbara q̃ la mire como eſtrãgera. Demàs, que ſeria gloria de aquel Reyno, el que le vinieſſe à enſeñar vn Varon de quien ya Italia avia deſeado aprender; y no pequeño honor de Coimbra, el colocar entre ſus Maeſtros al que Roma, Alcalà, y Salamanca avia contado entre ſus mas ſabios Oraculos.

En fin tomò por ſu quenta la execucion de eſte negocio el Rector de aquella floridiſsima Vniverſidad, que era entonces D. Fernando Martinez Maſcareñas, deſpues Obiſpo iluſtriſsimo de los Algarbes; el qual propuſo à la Mageſtad Catholica de Felipe Segundo el voto de aquella Vniverſidad, alegando la poſſeſsion en que ſe hallava de aver ſido ſiempre favorecida en todas ſus conveniencias, y pretenſiones de los Monarcas Portugueſes ſus Patronos, y Erectores. El Rey que avia heredado con la Corona el amor, y benignidad con ſus Vaſſallos, ſe inclinò facilmente à concederles por Maeſtro al Padre Franciſco, à quien ya conocia, no ſolo por la fama de ſus eſcritos, ſino por las experiencias de ſu juizio, ſabiduria, y prudencia en graviſsimos puntos, ſobre los quales avia dado por orden ſuyo ſu parecer, y ſu conſejo.

Pues

Pues como este prudentissimo Monarca atendia siempre en la provision de los puestos, no à lo suficiente, sino à lo mejor, se alegrò sobre manera, de que la Vniversidad huviesse puesto los ojos en sugeto tan digno de su eleccion. Escriviò luego al Superior de esta Provincia, que era entonces su Visitador el Padre Garcia de Alarcon, para que despachasse à Coimbra al Padre Francisco Suarez, à quien por via de limosna mandaria dar lo que en su Consejo pareciesse, ya que por razon de nuestro instituto no podia llevar el salario de la Cathedra de Prima que avia de regentar. Con esta expression, al parecer menuda, venia la carta de aquel advertido Rey, en cuya providencia tenian su lugar las cosas pequeñas, sin confundirse, ò embarazarse con las sumas.

Estava el Padre Francisco tan descuidado de semejante acaecimiento, como quien vivia ageno de toda ambicion, colocada su aficion en su retiro, y su cuidado en servir á Dios, y à la Iglesia con sus libros. Por esso la noticia, que para otro pudiera ser de alborozo, por verse en la memoria de tan gran Rey, y en el deseo de tan noble Vniversidad, le causò notable susto, y turbacion, temiendo que este nuevo accidente de su fortuna, amenazava al humilde retiro q̃ apetecia, y al sossiego de que ya fructuosamente gozava. Por esto, y porque su espiritu mirava con horror todo lo que era aplauso, y publicidad, tuvo muy poco que deliberar en la resolucion de rebatir lo posible esta propuesta. Eran muchos los motivos de escusarse, pero al presente quiso apuntar vno solo, pareciendole, que donde se tratava de vn puesto honroso, y apetecido de muchos, bastaria vna seña de su desvio, para que otros lograssen sus deseos. Agradeciendo, pues, con toda la expression de su rendimiento la eleccion que su Magestad avia hecho en su Persona, suplicò al Padre Visitador, procurasse desviarle de aquella honra, alegando, que convenia assi, por no dar alguna ocasion de disgusto à los Padres de Santo Domingo; pues aviendo corrido muchos años por su quenta la Cathedra de Prima en Coimbra, podian formar alguna quexa, si se olvidavan tantos Varones doctos en su Religion, y se echava mano de vno de la Compañia, entonces aun mas conocida por las persecuciones, que por sus letras.

Pero la resolucion, y voluntad del Rey, era mas firme, que lo que Francisco juzgava, y assi no se mudò, antes bien se afirmo mas con la proposicion de este inconveniente; el qual solo podia tener fuerça en la modestia, y atencion, con que la Compañia procura cautelar toda ofension, huyēdo no solamente de sus causas, sino tambien de las mas ligeras ocasiones. Por esto la respuesta de su Magestad deshizo promptamente este escrupulo como se vè en su Real Carta escrita, desde Toledo en 27. de Mayo de 1596. que dize assi al Padre
„ Visitador: * *Puesto* que me apuntais sobre los Religiosos
„ de Santo Domingo; no ay inconveniēte alguno, por ellos
„ no tener derecho en la dicha Cathedra, la qual se acostūbra
„ proveer, ò por oposicion, ò por mi mandado, y que la hu-
„ vieron otras personas, sin ser de la dicha Orden, ni huviès-
„ se hasta aora en aquel Reyno entre la Compañia, y la di-
„ cha Orden diferencia alguna. Yo mandarè proveer en
„ esto, de manera, que se evite toda la ocasion de poderla
„ aver en lo adelante. Por lo que os encargo ordeneis al di-
„ cho Francisco Suarez se vaya luego à Coimbra, y que me
„ aviseis de esso, para yo le mandar dar las Cartas, ò Provi-
„ siones *necessarias, &c.*

Reconociò Francisco en esta Real Carta quanto peligrava su humildad, y su retiro por la voluntad resuelta con que deseava su Magestad satisfacer à las instancias de la *Vniversidad* de Coimbra, y viendo quan infructuosa avia sido su primera escusa, determinò proponer la segunda tan vestida de razones, y de ruegos, que desempeñasse bien à la primera. Para esto, advirtiendo que persuaden *floxamente* las palabras encomendadas al papel, y que la *felicidad* de los designios se assegura en la presencia, y actividad de su dueño, pidio su beneplacito al Padre Visitador de la Provincia para partirse à Toledo, y significar personalmente à su Magestad, y à sus Reales Ministros los motivos que tenia para reusar esta honra, esperando conseguiria su voz, lo que no se prometia de *sus cartas.* Tanto era el amor con que mirava su retiramiento, y tanto el despego de toda publicidad, y estimaciō de su persona.

Con este deseo, y facultad de el Visitador, dexò el retiro que gozava en Salamanca, para mejor assegurarle en la

Corte;

Corte, y entrò en ella tan pretendiente de su humildad, como suelen otros de su ambicion. Hablò à los Ministros, y Consejeros de Portugal, esforçando los inconvenientes de su partida, assi de parte de la Vniversidad de Coimbra, como de parte de su persona. Dezia que aquel puesto era muy superior à sus meritos, y que en èl solo podia estar deslucido, y desacreditado: principalmẽte añadiendo à su insuficiẽcia la debilidad de su salud para leer la Cathedra de Prima à hora tan importuna para el retiro, y estudio que professava: que aviẽdo deseado servir à la Iglesia con sus escritos, tenia en Salamanca oportunidad para este intento, y tan adelantada su impression, que sin mucho daño, no podrìa levãtar la mano de la obra: en fin fuetan ingeniosa su humildad en adelantar estas razones, y en darles mas eficacia cõ sus suplicas, que pudo doblar la firme resolucion del Rey, y sus Consejeros, juzgando, segun las veras con que hablava, que le harian vn grande pesar, en vez del que le ofrecian por favor. Y assi, atendiendo à sus ruegos, aunque no olvidando del todo su antiguo dictamen; le diò su Magestad grata licencia, para bolverse à Salamanca; pero sin nombrar otro Cathedratico para Coimbra, antes determinò por su Real decreto, que el mismo Religioso Dominico, aunque ya jubilado en la Cathedra de Prima, cõtinuasse sus lecciones, hasta que otra cosa se determinasse. Lo qual (como se viò presto) no fue tanto resolver, como dexar suspẽsa la resolucion; aunque bastò para q̃ Francisco bolviesse tan alegre à su retiro, como quien avia triunfado del mundo, negandose à los alagos de mayor fortuna. Pero en vano se dava ya por seguro de sus honras, sin advertir que son estas vnas sombras importunas, las quales no se ofenden con el desprecio; antes tienen su simpatia con quien las huye, y aman con mas empeño à quien las aborrece.

CAPITVLO VNDEZIMO.

Nuevo, y muy honroso decreto de su Mageſtad, para que lea la Cathedra de Prima en Coimbra, y ſignificacion del agrado Real por ſu rendida obediencia.

COMO la Cathedra de Prima de la Vniverſidad de Coimbra ſe mirava ſin nuevo Cathedratico, era vn perpetuo deſpertador, que acordava los primeros intentos de conſeguir el magiſterio de Franciſco. Avivaronſe mas eſtas anſias, cõ la muerte del Maeſtro Fr. Antonio de Sãto Domingo, que continuò ſu letura vn ſolo año, deſpues de ſu jubilacion, hallandole felizmente la muerte en el loable empleo de ſu vida. Entonces moſtrò la Vniverſidad la opreſsion en que ſe hallavan ſus deſeos, porque no ſolo repitio las diligencias antiguas para conſeguir à nueſtro Eximio Maeſtro, ſino que determinò ocurrir à todas ſus eſcuſas, aunque fueſſe diſpenſando en ſus mas venerables eſtilos. Eſcriviò al Doctor Rodrigo Lopez de Vera, ſu Cathedratico de Prima de Leyes, à quien negocios de la miſma Vniverſidad tenian en la Corte, que miraſſe como el principal, y de mayor empeño, el de conſeguir la venida del Padre Franciſco Suarez, ſin perdonar à ningunas diligencias con los Miniſtros Reales, y ofreciendo qualeſquiera partidos, porque todos ſerìan aceptados con guſto, à trueque de lograr el honor de tan eminente Maeſtro.

El Doctor Rodrigo Lopez, inquiriendo las razones con que Franciſco avia prevalecido contra la pretenſion de la Vniverſidad; hallò que la mas dificil de ſatisfacer, era la de ſu debil ſalud, à la qual, y à las tareas de ſu eſtudio era de notable impedimento la leccion de Prima, por lo importuno, y deſacomodado del tiempo. Iuzgando, pues, que vencido eſte eſtorbo, facilmente ceſſarìan los demàs motivos, con que ſe defendia ſu humildad; tratò con los Miniſtros Reales, el medio que ſe le ofrecia, para deſvanecer eſte inconveniente, en que los demàs ſe fundavan: y fue proponer, el que ſe alteraſſe el tiempo, y ſe mudaſſe la hora de aquella leccion en otra me-

menos contraria à la ſalud del Padre Suarez, y à la quietud, y continuacion de que neceſsitavan ſus prolongados eſtudios. Esforçò mucho eſte ſu dictamen, diziendo era juſto diſpenſar en vn eſtilo, por merecer tan excelente Maeſtro, y atropellar vn accidente, por lograr la ſuſtancia de tanta vtilidad. Pareciò bien eſte arbitrio, y con beneplacito de la Vniverſidad, ſe bolvio à poner eſta ſu pretenſiõ en la noticia del Rey, pidiendole ſegunda vez por Cathedratico à Frãciſco Suarez, y juntamente la mudança de la hora ſeñalada para la leccion de Prima: punto que pertenecia à ſu Regalia, y neceſsitava de ſu autoridad.

Hallò buena acogida en la Real benignidad eſta ſegunda propueſta, inclinandoſe à favorecer tan vtil pretenſion. Ni dudò aquel gran Monarca, combidar otra vez à Franciſco con vn pueſto tan luſtroſo por ſi miſmo, y tan eſtimado por la mano que le ofrecia, antes como ſu elevada prudencia eſtava acoſtumbrada à mirar, como meritos mayores, las mayores reſiſtencias à ſus grandes mercedes; ſolo ſirvio la primera eſcuſa de Frãciſco, para dar aora mas motivos à ſu eleccion, y mas eficacia à ſu voluntad. Mandò llamar al Retor de nueſtro Colegio de Madrid, donde al preſente ſe hallava, y aviendoſe informado de lo que juzgò conveniente para el acierto de eſta reſolucion, la ſignificò al Viſitador de Caſtilla en eſta carta, que fue la tercera, que ſu Mageſtad eſcriviò ſobre eſte punto, moſtrando el concepto que hazia de ſu vtilidad, con tan repetidas mueſtras de ſu diguacion.

POR EL REY,

Al Padre Garcia de Alarcon, Viſitador de la Compañia.

YO EL REY os embio mucho à ſaludar. Mandando tratar con el Retor del Colegio de vueſtra Orden, de eſta Villa, de la neceſsidad que avia de vn Maeſtro para la Cathedra de Prima de Theologia de la Vniverſidad de Coimbra,

bra, y que recibiria contentamiento, de que fuesse Francisco Suarez à leerla; sin embargo de averse escusado por la falta de salud, y fuerças, quando yo escrivi otra vez sobre esto, y que vos se le comunicasseis. Entendi lo que tengo por cierto de Vos, y y de la Religiõ de la Compañia, que en todo lo que fuere de mi servicio, holgareis de os ocupar. Y aunque el dicho Francisco Suarez se escusa toda via cõ mucha instancia por sus indisposiciones, que por esto no podia ir à leer la dicha Cathedra; y porque la necessidad que para ello ay, de vna persona de letras, y virtud, es grande; y del dicho Francisco Suarez tengo mucha satisfacion; encomiendoos, que le ordeneis precisamente, que vaya à leerla, porque se mudarà la hora de Prima, para otra que sea mas acomodada à su indisposicion, y lea al tiempo que pudiere: y si le faltàre la salud, entonces podrà dexar la Cathedra: y de como assi lo hizieredes, me avrè por muy servido. Escrita en Madrid, à 10. de Febrero de 1597. YO EL REY.

Quando faltasse otro argumento para conocer quien fue Francisco, bastava sin duda el que nos ofrece esta Real Carta pues se lee en ella el grado de estimacion que tuvo su virtud, y sabiduria en el juizio de tan excelente Principe; à cuya vista tan alta como perspicaz llegavan los objetos sin disminuirse, ni aumentarse en la distancia: y no ocultandose à la comprehẽsion de sus noticias los hombres señalados en virtud, y letras, que ennoblecian sus Reynos; facilmente se descubre el aprecio que hizo de este gran Varon, à quien entre todos buscò, y solicitò con instancias, para que aceptasse vn puesto tan digno de los agradecimientos. Pues el alteras

rar las horas, y los eſtilos por gozar de la doctrina de Francisco, fue sin duda la mayor demonstracion que pudo hazer aquella grande Vniversidad por nuestro Eximio Maestro: y creerà con dificultad que se aya hecho otra semejante por ningun Doctor, aun de los mas venerados, quien supiere la exaccion, casi supersticiosa, con que observan las Vniversidades sus antiguos estilos, cediendo tal vez à la razon, y conveniencia por no desautorizar la costumbre. Mas à la manera que por el bien comun del vniverso suele dispensar la naturaleza en sus leyes, siendo este vno de los efectos que mas acreditan la sabiduria, y providencia de quien la rige; assi fue credito de aquella grande Vniversidad; y del Principe, à quien obedecia, doblar esta vez la fuerça de la costumbre àzia la comun vtilidad, dexando lo conveniente por lo mejor.

Siendo, pues, tantas las expresiones de la Vniversidad de Coimbra, y tan determinada la voluntad del Rey, como manifestava su Real Carta; juzgò el Padre Visitador, que à tan excesiva benevolencia solo se devia responder con vna obediencia, prompta, y rendida. Y assi mostrando à Francisco el Orden apretado de su Magestad le dixo, que ya era forçoso sacrificar el amor de su retiro al arbitrio de su Rey, y señor; y que pues en el rendimiento de Religioso se estrechan, y aun se divinizan las obligaciones de Vassallo, tenia obligacion de venerar en la autoridad, y magestad humana à la Divina, segun el consejo del Apostol; que à esta causa le ordenava tratasse solamente de rendirse, porque ya las escusas se juzgarian desobediencias. Sintiò el humilde Padre verse arrojado con fuerça tã superior al golfo de donde avia huido; pero como tenia tanta ingenuidad para conocer la razon, como agudeza para discurrirla, solo diò por respuesta su rendimiento, y conformidad, diziendo, que su deseo era seguir en todo el beneplacito divino, declarado en la voluntad de su Rey, y de su Superior, aunque fuesse à costa de su confusion, por hallarse tan desigual à lo que de èl se presumia, y esperava. Pero por ocurrir à lo executivo del precepto, añadiò que lo que podia dificultar la promptitud de su obediencia, era solamente el hallarse embarazado en la impression de sus escritos: obra, que para concluirse, necessitava de

tiempo, y de su asistencia personal. Con esta respuesta avisò el Visitador à su Magestad de la aceptacion de Francisco, y del agradecimiento de toda la Compañia, favorecida tan singularmente en su persona; apuntando tambien el embaraço que podia retardar la execucion de su jornada. A todo respondio el Rey cõ el agrado, y benignidad de esta su Real Carta à nuestro Visitador, que dize assi:

* *Recibi* vuestra carta, respuesta de la que os escrivì sobre „ Francisco Suarez ir à leer la Cathedra de Prima de la Vni- „ versidad de Coimbra, y tuve mucho contentamiento de „ que digais que lo irà à hazer, y que se tiene confirmado en „ cielo. Y agradezcoos mucho lo que hizisteis, que es muy „ conforme à lo que de Vos, y de la Compañia debo esperar „ en las ocasiones de mi servicio: y à Francisco Suarez dareis „ de mi parte las gracias debidas, y le encargareis, que se va- „ ya luego à Coimbra, sin esperar la impression de sus obras, „ porque no faltarà en el Colegio de la Compañia de Sala- „ manca, quien pueda correr *con ellas*, sin èl hazer falta; y „ y en la Vniversidad de Coimbra es mucha la que puede ha- „ zer: y assi como èl acomoda lo mas, espero que harà tam- „ bien en esto, en que yo recibirè mucho servicio. Escrita en „ *Madrid, &c.* *

Assi promovia el vigilante Rey la partida de Francisco, por el alto concepto que tenia de su persona, y de la vtilidad que experimentaria Coimbra, y todo el Reyno de Portugal, *en su presencia*, y doctrina. Y el Padre, à quien si la humildad hazia encogido, la gratitud hazia tambien obsequioso, procurò poner toda celeridad en cumplimiento de su promesa, y obligacion, para compensar con la promptitud de la obediencia, la detencion de sus primeras escusas: admirando con grande confusion suya la benignidad de tan gran Monarca, pues mandava darle gracias, por aver aceptado vn honor, à que solo debia agradecimientos.

CAPITVLO DVODEZIMO.

Parte de Salamanca, graduaſe en la Vniverſidad de Ebora, y es recibido con grande aclamacion en la de Coimbra.

NO eran pequeñas las dificultades, que detenian la jornada de Francisco à Coimbra; pero venciolas todas la ſecreta virtud de la obediencia, en cuyos brazos ſe avia arrojado: y viendoſe dentro de poco tiempo deſembarazado felizmente de todos los eſtorbos que antes le congoxavan, y afligian, reconocia en eſta diſpoſicion la mano inviſible de Dios, que aſsi le allanava el camino para que fueſſen mas ſeguros ſus paſſos àzia ſus altos, y eſcõdidos fines. Dexando, pues, en orden ſus dependencias, ſe deſpidiò tãbien de ſu Colegio de Salamanca, y ſu Provincia de Caſtilla, con aquella violencia, que padece el corazon al deſprenderſe de la amada patria, y de aquellos à quienes el reciproco amor introduxo en la familiaridad, y en el cariño. El ſentimiento de todos los que le conocian, fue muy exceſivo, y ſingularmente de los Padres, y Hermanos, à quienes acordava lo que perdian, la memoria de lo que antes gozavan. Y à la verdad, perdian con ſu auſencia vn Padre amantiſsimo de todos, vn dechado de toda virtud, vn Oraculo de ſabiduria, y vn Varon que con ſu autoridad los engrandecia, y con ſu nombre ſolo les acreditava.

Encaminò ſu viage por Ebora, celebre Vniverſidad de Portugal, encomendada al govierno, y direccion de la Compañia, y que reconoce por ſu Retor al que lo es de nueſtro gran Colegio del Eſpiritu Santo, comprendiendo ſu juriſdicion, ademàs de los domeſticos, que llegaràn como à docièntos, à otros Colegios ſeculares, y demàs Eſtudiantes, que frequentan aquella Eſcuela, la qual puede contar entre ſus mayores glorias, la fortuna de aver aumentado con Franciſco Suarez mas que el numero, la fama, y la grãdeza de ſus Doctores. Era neceſſario eſte Grado para tomar poſſeſsion de la Cathedra de Prima en Coimbra; y aſsi para recibirle, divirtiò

tio el camino àzia esta Vniversidad de Ebora, adonde el aplauso le tenia ya prevenidas las admiraciones. Miravanle todos, como à vn prodigio de sabiduria, en quien sobre el honor de ser eligido por el Rey Catholico, para Cathedratico de Prima en su primera Vniversidad, hazian mucho ruido los ecos de Valladolid, Roma, Alcalà, y Salamanca, antiguos teatros de su Magisterio, y de su doctrina. Gano aqui su agradable modestia las veneraciones de todos, y la estimacion, y voluntad de los mas señalados; singularmẽte de D. Martin Alfonso de Melo, Canonigo de aquella Arçobispal Iglesia, Inquisidor en el Santo Tribunal, y despues Obispo de Lamego, el qual formò aora aquel gran concepto que en otra ocasion explicò con singulares elogios de Francisco. Asistiòle al tiempo que recibio el Grado, por tener alguna parte en la promocion de vn Doctor tan afamado, que podia dar lustre à sus mismas honras, y celebridad al nombre de quien le honrava.

En esta funcion, y en medio de los aplausos, y aclamaciones de su sabiduria, no se olvidò Francisco de su humildad, porque aviendo de hablar, como es estilo, diò principio à sus palabras, con aquellas que pronunciò entre sus congoxas el Santo Iob: *Quæ priùs nolebat tangere anima mea, nùnc præ angustia cibi mei sunt.* Lo que yo rehusava tocar en otro tiẽpo, me es ya forçoso admitir aora por manjar: dando à entender que estos alagos con que le brindava el mũdo, eran martirio de su humilde corazon, y q̃, como sucede al enfermo con los desabrimientos de la purga, necesitava para beberlos de todo el poder de la obediencia, y de la necesidad. Cap. 6.

Recibido el Grado de Doctor en la Vniversidad de Ebora, partiò à la de Coimbra, que le esperava con ansias iguales à sus largos, y encendidos deseos. Entrò en la Ciudad con aclamacion, y regocijo vniversal de todos sus moradores; porque ya les avia dicho la fama, lo que despues autorizò, y ennobleciò su presencia. Celebravan todos el tener dentro de su Republica vn Varon tan aplaudido en todas partes, y davan precio, y estimacion à su possession las diligencias, y las instancias, que avia costado su venida. Esmeròse en el alborozo aquella insigne Vniversidad, cuyos Maestros, ya le conocian por sus escritos, que son el mejor, y mas propio

sem-

ſemblante de los grandes Varones. Davanſe los parabienes de aver triunfado de ſu humildad, para lograr los teſoros de ſu ſabiduria, y no les parecia ya tan coſtoſa, aunque la avian conſeguido à precio de ruegos, y de ſuplicas. Es verdad que entre tan alegres aplauſos, no todos fueron igualmente ſinceros, porque algunos Doctores, que ſecretamente aſpiravan al honroſo pueſto de Franciſco, ſentian ver vn hombre que ocupava rogado, lo que ſus pretenſiones no avian podido cõſeguir; ſiendo la mas viva circunſtancia de ſu dolor, el conſiderar ya ſu antigua eſperança, no ſolo fruſtrada, ſino del todo impoſsible. Pero como es tan feo el vicio de la embidia, no ſe atreve à traer el roſtro deſcubierto, y aſsi aun los que ſe entriſtecieron con la venida del Padre Suarez, la celebravan como feliz, y guſtoſa, forçando el ſemblante à la alegria contra el movimiento del corazon.

Cupo la mayor parte de eſte alborozo à los Padres de Coimbra, que miravan à Franciſco, como al mayor ornamento de ſu Colegio. Es eſte el mas inſigne, y numeroſo, que tiene en Portugal la Compañia, llegando à vezes à docientos y ſeſenta los Ieſuitas, que en èl habitan. Sus rentas iguales à tan exceſsivo numero, y en todo correſpondiente lo dilatado de la habitacion, à la ſumptuoſidad, y magnificencia del edificio. Obra digna de la piedad, y del poder de los Monarcas Portugueſes, y monumento iluſtre de ſu benevolencia à la Compañia, à quien deſde ſus principios amaron como Padres, y favorecieron como Reyes. Moſtrò bien lo generoſo de ſu origen eſte Rèal, y magnifico Colegio en las demoſtraciones de agrado, y regocijo, con que recibiò al Padre Franciſco. Porque ademàs de los oficios que enſeña la caridad en la Compañia, donde ninguno ſe mira como eſtraño, y foraſtero, fueron ſingulariſsimas las mueſtras de cariño, y eſtimacion que dieron todos de ſu perſona. Atendiale como à nuevo luſtre de toda ſu Eſcuela, y colmuna la mas noble, y firme de aquel Templo, ò palacio de la ſabiduria. Miravan, ò eſcuchavan en ſu viſta los aplauſos que avia merecido en las mas celebres Vniverſidades de Europa; y fue tan religioſo el agrado, y tan diſcreta la veneracion de aquellos Padres en favorecer à Franciſco, que ſupo cautivar ſu agradecimiento, ſin ofender ſu humildad. Y aſsi aunque amava

como

como hijo à esta Provincia de Castilla, en que nació à la Religion; con todo esso afirmava despues no se restituiria à ella, aunque esta mudança pendiesse de sola su eleccion; porque debia tanto al amor, y benebolencia de los Padres de Portugal, que no podria apartarse de ellos sin dolor, ni dexarlos sin ingratitud.

Pocos dias despues de su llegada à Coimbra, que fue à los ocho de Mayo de mil quinientos y noventa y siete, tomò possession de la Cathedra de Prima de Theologia en la Vniversidad mayor. Llamase assi por componerse aquella Vniversidad de dos partes diferentes: vna, destinada à superiores facultades de Theologia, Iurisprudencia, Medicina, Matemáticas, y las demàs; y otra, al estudio de la Filosofia, que consta de quatro Cathedraticos, por estenderse à quatro años el tiempo dedicado à su enseñança. Esta parte de la Escuela, que llaman Vniversidad menor, corre por quenta de la Compañia. En ella leen solamente nuestros Maestros, sin cuya aprobacion à nadie es licito el ascender à las superiores facultades de la mayor, y principal Vniversidad, à quien preside vn Retor de señalada representacion, y nobleza. Entrò, pues, Francisco en la possession de Cathedratico de Prima de Theologia en esta Vniversidad mayor de Coimbra, logrãdo por sola eleccion, y beneplacito Real, lo que en ella consiguen otros, assi Seculares, como Religiosos, à poder de vivas pretẽsiones: porque en èl pudieron mas los meritos de su sabiduria, q̃ en otros la industria, y el esfuerço de la ambiciõ.

CAPITVLO XIII.

Del concurso grande con que diò principio à sus lecciones en Coimbra, y de la estimacion que aqui consiguiò su sabiduria.

CVmpliò Francisco con el orden apretado del Rey, que no permitia se dilatasse su jornada, mas como dexava pendiente la impression de sus obras en Salamanca, fue preciso dar la buelta à esta Vniversidad para desembarazarse mas aprieſa de sus libros, y para

para que salieſſen con aquella perfeccion, que tanto peligra en la diſtancia de ſu propio dueño. Todo lo conſiguio Frãciſco en eſte miſmo año con tan feliz celeridad, que bolviò otra vez à Coimbra à tiempo, que pudo ſatisfacer à la obligacion de ſu Cathedra. Llevò tambien vna Proviſion Real para incorporarſe en la Vniverſidad de Coimbra, y contarſe en el numero de ſus Doctores, por aver ya recibido eſte Grado en Ebora. Lo qual ſe executò como ſu Mageſtad lo mandava, ſin ſer neceſſario gaſto alguno, ni otra funcion que el exercicio de ſu Grado, preſidiendo vn acto literario, como Doctor, y Maeſtro de aquella celebre Vniverſidad.

Pero luego que eſte nuevo Salomon de ſu ſiglo empezò à eſparcir los rayos de ſu ingenio, y ſabiduria, quiẽ podrà declarar el aplauſo con q̃ le celebravan ſus diſcipulos, y veneravã los Maeſtros. Dirè en eſto ſolamente lo q̃ ſe lee en el reſumẽ de ſu vida impreſſa vn año deſpues de ſu dichoſa muerte, quãdo la presẽcia de los ſuceſſos podia acuſar, y deſmẽtir qualeſquiera ponderaciones. Cõponiaſe el numeroſo cõcurſo de ſus diſcipulos de la mas elevada nobleza de Portugal, porque los Fidalgos, y Cavalleros de aquel Reyno, hazian vtil, y generoſa vanidad de que ſus hijos curſaſſen en la Eſcuela de tan excelente Doctor; teniendo por parte no vulgar de ſu fortuna, el que pudieſſen gloriarſe en algun tiempo de tan ſublime enſeñança. El reſto de los demàs Eſtudiantes ſeguia el exemplo, ò la dependencia de los nobles, y era ya la frequẽcia de los diſcipulos ſegunda celebridad de tan ingne Maeſtro. A eſtos oyentes, que curſavan en el general de Franciſco, ſe añadian otros muchos, que no menos le autorizavan, y ennoblecian. Porque las ſagradas Religiones que florecen en Coimbra, no queriendo defraudar à ſus hijos de tan honroſa vtilidad, embiavan ſus Eſtudiantes Religioſos para que eſcrivieſſen las lecciones que dictava, y eſcuchaſſen la ſutileza, y claridad con que deſembolvia los miſterios mas dificiles de la Theologia. De ſuerte, que aviẽdo oìdo en otro tiempo los Ieſuitas à los Maeſtros de otras Ordenes, y profeſſadoſe ſus diſcipulos; ya trocada la ſuerte era nueſtro Franciſco venerado, y atendido de todos como comun Maeſtro; preciandoſe de eſcuchar ſu enſeñança los Padres Dominicos, Franciſcos, y los demàs, à quienes aunque

divi-

divididos entre si, por la diferencia de sus Escuelas, jũtõ aora en vn mismo general el nombre, y la sabiduria de tan Eximio Doctor. Muchos hallandose despues Maestros consumados en sus sagradas Religiones, celebravan la dicha de aver sido en este tiempo sus discipulos, dando autoridad à la doctrina que enseñavan con el nombre de quien la avian aprehendido, y con la memoria de tan alto Magisterio. Aumentavase cada dia el numero, y estimacion de sus oyentes, concurriendo de todas partes, atraìdos de los que publicava la fama. Entre las demàs experiencias, con que se acreditò su sabiduria en los exercicios literarios, causò en todos estraña admiracion el modo con que dictava sus lecciones. Porque no llevava escrito lo que avia de leer, sino solamente discurrido, y encomendado à su fidelissima comprehension. De suerte, que sin tener papel alguno por dõde se governassen los ojos, iba mirando gravadas en su mente las mismas vozes con que antes avia ordenado, y formado sus discursos, subministrandolas la memoria, para que las pronunciasse la lengua. Assi leìa por mas de vna hora, sin embarazarse en la variedad de las sentencias, ni confundirse en la multitud de los Autores, y prolixa puntualidad de las citas, porque en el cristalino espejo de su entendimiento, suplia la perspicacia del discurso el ministerio de los ojos.

Hazia esto Francisco, no por vana ostentacion de su capacidad, sino por la codicia del tiempo, de que fue siempre sobre manera avariento; y assi para lograr lo demàs de el dia, parte en sus exercicios de oracion, parte en su estudio retirado, parte en dictar à sus amanuenses los libros que avia de dar à la estampa; procurava cercenar las demàs ocupaciones, y entre ellas la de escrivir sus lecciones ordinarias, supliendo con la fidelidad de su memoria, las prolixidades de la pluma, y llevando sus conceptos tan ordenados, y fixos en el entendimiento, como los demàs en el papel. Tanta era la serenidad, y elevacion de su discurso, superior al olvido, y à la confusion, y semejante à la cumbre del Olimpo; que conserva por mucho tiempo los caractères que le encomiendã, porque su misma altura le defiende de los vientos, y tempestades, que turban la paz de menores cumbres.

Esta admiracion de su sabiduria se passò presto à respe-

to,

to, y reverẽcia de ſu ſantidad. Porque al experimentar la dulçura de ſu trato, la gravedad de ſus coſtumbres, la modeſtia en ſus palabras, y la humilde circunſpeccion de todas ſus acciones; confeſſavan muchos, que pareciendo ſu ciencia ſin igual, era muy inferior à ſu virtud. Eſtrañavan el ver en vn Varon tan venerable el encogimiento, y compoſtura de vn Novicio, juntando la elevacion de tanto entendimiento, con las demiſsiones humildes de ſu eſpiritu. Creciò mucho eſta eſtimacion en los domeſticos, que notavan mas de cerca el concierto admirable de ſu vida, la abſtraccion, y deſprecio de las coſás humanas, el retiro inviolable à los eſpirituales exercicios, y las demàs ſeñas por donde ſe dà à conocer vna heroyca perfeccion. Singularmente admiravan que cupieſſe vna tan eminente ſabiduria, ſin embarazarſe con los rendimientos de la humildad: y al conſiderarle tan ageno de aquella vana inchazon, que como dixo S. Pablo ſuele andar junta con la humana ciencia, empezaron à diſcurrir que la de Franciſco, tenia mucho de ſobrenatural, y divina. Cobrò deſpues mas fuerça eſta perſuaſsion, conſiderando por vna parte el mucho tiempo que dava à la meditacion de las coſas celeſtiales; y por otra las obras Theologicas que diſponia para la eſtampa, las quales, quãdo ſe empezaron à publicar, fueron para los que conocian à Franciſco vna duplicada maravilla, porque aplaudiendo la comprehenſion admirable que reſplandecia en todas ellas, ignoravan como pudieſſen avenirſe tantas fatigas de la eſpeculacion con tan prolongado eſtudio de la virtud. De aqui empezò à hazerſe ya comun, aſsi en los domeſticos, como en los eſtraños la opinion de que la ſabiduria del Padre Suarez era ſuperior à las diligencias humanas, y tenia mucho de infuſa, juzgando que à la perſpicacia de ſu diſcurſo contribuìa con ſoberanas luzes el Cielo, y buſcando en ſu ſantidad el origen de ſu ciencia, como quien deſcanſa en la admiracion de vn efecto por la noticia de ſu cauſa.

Quien creyera, que entre tan crecidos aplauſos de la ſantidad, y ſabiduria de Franciſco, podian atreverſe las vozes de la emulacion, y de la embidia? Verdaderamente que ſino vieramos al Salvador calumniado, de que ſe entendia cõ los demonios, quando mas deſcubria los prodigios de ſu Di-

vinidad, dificultoſamente ſe pudiera creer lo que contra el Padre Suarez ſupo fingir la ceguedad de vna paſsion. Huvo alguno, que viendo el fruto admirable de ſus eſtudios, y eſcuchando lo que ſe repetia de ſu Oracion, ſe atreviò con impiedad eſcandaloſa à dezir, que todo eſto ſe componia facilmente con vn eſpiritu familiar, y que no era nuevo en el mundo acreditar con nombre de maravillas, lo que era artificio de el eſpiritu engañador. Que aquella plenitud de noticias q̃ manifeſtava, aſsi en el diſputar, como en el eſcrivir, no deſdezia de tan obſcuro principio; pues el demonio, aunque deſpoſſeido de la gracia, no dexò de ſer Angel en la ciencia, y ſabìa vender à precio de maleficios, las liſonjas de el aplauſo popular. En fin, dezia, que los engañosno ſe diſtinguen facilmente de la verdad, y que à la virtud le robava muchas vezes ſu ſemblante la hypocreſia, con intento de engañar à los incautos, y hazer irriſion de los credulos. Otros huvo, que menos atrevidos, aunque igualmente deſalumbrados, deſpreciavan lo que ſe publicava de ſu ſantidad, diziendo, que tanta Oracion con tanta Metafiſica, tenia quando menos muchos reſabios de iluſion; y que ya que no fomentaſſe voluntariamente los engaños, à lomenos los padecia. Con eſta libertad diſcurria la embidia, convirtiendo en oprobio de Franciſco, las cauſas de ſu mayor eſtima, y deſentrañandoſe como malicioſa araña, por fabricar ponçoña de el miſmo rozio que convierte en dulçuras la inocente aveja.

No pudieron ocultarſe del todo à la noticia de Franciſco eſtas vozes de la calumnia, y emulacion; porque ſi bien andavan recatadas con el temor de no ſer creìdas, con todo eſſo tal vez ſe atrevian à explicarſe con menos cautela, y mas oſſadia. Pero eſtuvo tan lexos de quexarſe, como ſino tuviera razon para la quexa; ò ſea porque la magnanimidad de ſu corazõ las deſpreciava, ò porque juzgò que para deshazerlas, ſobrava ſolo el tolerarlas. Ello fue aſsi, que baſtò ſu ſufrimiento, para confundir tan necia, y deſenfrenada malignidad, y el agrado, y dulçuras que profeſſava con todos, ablandò la dureza de ſus emulos, de tal ſuerte, que ſe oyeron deſpues los mayores aplauſos de las bocas, en donde començaron eſtas afrentas. Doblado triunfo de ſu tolerancia; pues ſupo no ſolo vencer, ſino deſengañar à la malicia, y premio pro-

por-

porcionado à la admirable paz de ſu corazon, que de las mayores borraſcas ſe fabricò el arco, en que triunfò ſu ſufrimiento, y el Iris que fue corona de ſu hermoſa ſerenidad.

Deſde eſte tiempo fue coſa maravilloſa, quanto ſe eſtendiò ſu fama, no ſolo en Coimbra, ſino en todo el Reyno de Portugal. Los Doctores mas celebrados de la Vniverſidad, aun los de facultades diferẽtes, conſultavã à Franciſco en ſus dudas mas enmarañadas, por la vniverſalidad que conocian en ſu ſabiduria, no limitada à las materias Theologicas, ſino verſadiſsima en las noticias de ambos Derechos. Eran tan doctas, y acertadas ſus reſoluciones, que le merecieron el titulo de Maeſtro comun en todas las ciencias, honrandole con eſte nombre ſus mas eminentes Profeſſores. No avia perſona de ſupoſicion en Portugal, que no le aplaudieſſe, y veneraſſe: los Retores nobiliſsimos de la Eſcuela le miravan con ſumo reſpeto: los Prelados mas ſabios de el Reyno le conſultavan como Oraculo, y no ſe ofrecia negocio dificil, ò caſo de momento, aſsi en las Comunidades Religioſas, como en los Colegios Seculares, que no vinieſſe al tribunal de ſu prudencia, y ſabiduria. Sabian todos, que era igual à ſu ciẽcia la madurèz, y conſideracion con que formava ſus dictamenes, y aſsi ſe oìan ſus reſoluciones como decretos de la juſticia, y de la razon. Ni ſe encerrò en los terminos de Portugal el nombre, y aclamacion de ſu doctrina; tambien ſe eſtendiò, ò ſe renovò con mayor aumento por otros Reynos, y Provincias de la Chriſtiandad, de las quales pedian ſu parecer en pũtos graviſsimos. Aun de los mas celebres Tribunales de Europa ſe le hizieron diferentes conſultas, principalmẽte deſpues q̃ deſcubriò ſu admirable erudicion en la Iuriſprudencia ſagrada. De ſuerte, que ſin rezelo alguno podemos dezir, que fue el Doctor mas reſpetado, y aplaudido de ſu ſiglo; y que comparado con los que en otro tiempo florecieron, podrà cederles en la edad, pero no en la eſtimacion, y credito de ſu ſabiduria.

CAPITVLO XIV.

Trata de imprimir el tomo de sus Opusculos para defender la doctrina de la Cõpañia en la materia de Auxilijs, y dase razõ del estado de esta controversia.



GAnò tanto aplauso la sabiduria de Francisco, porque aunque retirado en Coimbra, esparcia sus admirables escritos, dexandose ver en ellos como el Sol en sus hermosas luzes, à cuya actividad no embarazan las distancias. Vna de las primeras obras que en Coimbra dispuso para la estampa, fue el tomo, que llamò de sus Opusculos, por no ser todo de vna misma materia, sino compuesto de muchas, y entre si diferentes. De ellas la mas noble, y en aquel tiempo mas ruidosa, era la de *Auxilijs*, sobre la qual tiene tres eruditissimos libros, en que explica cõ no menor acierto, que modestia lo que èl avia antes enseñado, y lo que hasta aora enseña toda la Religion, y Escuela de nuestra Compañia de Iesvs. Para que se entienda el motivo de divulgar este libro, y para descubrir el origen de donde nacieron las artes, y esfuerços, con que algunos pretendieron ahogarle, aun antes de nacer, y sepultarle despues de aver nacido; es preciso hazer alguna, aunque ceñida memoria de lo que entonces padecia esta doctrina; porque tocaron tambien à este libro los mismos accidentes de su fortuna, primero en las acusaciones, y despues en los triunfos. Y por hablar en este punto con mas fundamento, apuntarè con la misma brevedad sus causas, y principios.

Ecclesia Romana in Offi cio S. Ignatij. *Vt constãs fuerit omnium sensus,*

Es dictamen constante en la Catholica Iglesia, acreditado con los Oraculos Pontificios, y comprobado con la experiencia de los sucessos, que como en otras edades se valiò Dios de clarissimos Varones para reprimir el orgullo de los Scismaticos, y Hereges; assi tambien embiò al mundo à San Ignacio nuestro Padre, y à su sagrada Compañia, para que hiziesse frente à Calvino, y à Lutero, y à los demàs Hereges de esta edad, vistiendole las armas de su brillante luz, para que fortalecido con ellas triunfasse de estos infaustos hijos

de

de la mentira, y de la confusion. Era, pues, vno de los capitales, y venenosos dogmas de la heregia, negar la libertad à los hombres, para hazerlos en sus delitos mas libres; encubriendo este fatal error con el hermoso pretexto de ensalçar la divina gracia, à cuya eficacia, y virtud era tanto lo que deferian, que venia à quedar nuestra voluntad sin movimiento para lo bueno, y sin alvedrio para lo malo. Contra tan perniciosa falsedad saliò en campo S. Ignacio nuestro Padre en el libro de sus divinos Exercicios, que son como la armeria del Cielo, de donde quiso sacassen sus hijos las mas finas, y seguras armas contra la Idra infernal. Alli, pues, nos avisa, que assi en nuestras palabras, como en nuestras plumas de tal suerte se escuchen los elogios de la divina gracia, que no peligrẽ los fueros de la libertad, ni el merecimiento de los hombres. Y señaladamente en las reglas catorce, y diez y siete de este libro dize assi: * *Ni se ha* de insistir tãto en la exaltacion de la ,, gracia, que pueda cundir el fatal error, q̃ contradize al libre ,, alvedrio; y assi de la gracia se podrà hablar difusamente ,, con el auxilio de Dios, pero de tal suerte, que ceda todo en ,, su mayor gloria: observando en esto el modo mas conve- ,, niente, especialmente en nuestros tiempos tan peligrosos; ,, no sea que se quite el vso de la libertad, y la eficacia, y me- ,, rito de nuestras *buenas obras*. * Hasta aqui nuestro Santo Patriarca, cuya sapientissima instruccion començaron à practicar sus primeros, y mas ilustres hijos los Padres Laynez, Salmeron, Bobadilla, y otros, batallando en todas partes contra los nuevos heresiarcas, y concurriendo en el Concilio Tridentino, donde formaron con los demàs Padres, y Theologos las definiciones, en que se establece la libertad humana, y su potestad, para consentir, ò dissentir à la gracia, y vocacion divina.

sus, etiã Põtificio confirmatus oraculo, Deum sicut alios alijs temporibus sanctos viros, itâ Luthero cuiselem que tempori haereticis Ignatius & institutam ab eo Societatem obiecisse.

El zelo de estos primeros Heroes de nuestra Religion, derivado de nuestro Fundador, y Padre, passo despues, como herencia, à continuarle en sus Hijos, mirando todos, como Mayorazgo de su Familia la obligacion de sustentar tan gloriosa guerra. Por lo qual, hablando de estos principios el Padre Suarez en el tomo 4. *de Religione*, dize assi: * *De aqui* ema- ,, nò el zelo que siempre tuvo la Compañia de explicar acer- ,, tadamente la concordia de la gracia con el libre alvedrio; y de

Lib. 2. c. 5.



„ y de hablar en estos puntos como cõviene, para resistir à
„ Lutero, y à los demàs hereges. De suerte, que el mismo
„ espiritu que tuvo S. Ignacio, y el que movio à toda su Reli-
„ gion, para que hiziesse frente à las heregias, esse tambien
„ movio à los Doctores de la Compañia, para que enseñas-
„ sen lo que hasta aora enseñan acerca de la concordia de la
„ gracia divina con la libertad *humana*. *

Esto afirma nuestro Francisco, q̃ por la cercania de aquellos primitivos tiempos, y por su incorrupto candor, dà sumo credito à esta tan importante como glorioſa verdad. Porque de què otro lustre mas esclarecido puede blasonar con mas razon nuestra Escuela, que de saber, que el caracter con que entre las demàs se señala, trae su origen no de ambicion vanissima de aplauso, ni de las porfias de vn mal considerado empeño, sino de la influencia de nuestro Santo Padre, y del ardor, con que inflamò su Compañia, para oponerse à los errores en defensa de la Catholica Iglesia. Por esso se viò casi al mismo tiempo ilustrada, y estendida esta doctrina en toda nuestra Religion, cuyos Maestros repartidos en España, Francia, Alemania, Italia, y aun en las Indias, antes de comunicarse por el comercio de la pluma, se vnieron con los lazos de esta feliz concordia. Por esto, valiendose de ella todos los Iesuitas, para confundir los errores, y desvanecer los argumentos de los Hereges Calvinistas, y Luteranos, començaron estos à ladrar como perros rabiosos, publicando que nuestra doctrina enerbava la eficacia de la divina gracia, y restituia al mundo despues de tantos siglos la heregia de los Pelagianos, y Semipelagianos: calumnia con la qual (segun dize el Concilio Senonense) pretendian deslumbrar à los incautos, y credulos, para que sus ojos eclipsados con esta humareda, no pudiessen descubrir, ni abrazar las luzes de la verdad. Pero los Iesuitas, conociendo en el dolor, y rabia de los hereges, que les avian herido altamente, en lo mas vivo, y que no tenian ya que responder sino baldones, y oprobios, se empeñaron con mas ardor en promover, y aclarar esta vtilissima doctrina, defendiendola en las disputas con la voz, y en los escritos con la pluma.

Neque enim liberũ arbitrium asserẽtes divinam excludimus propterea gratiã: quod illi (hæretici) falsò toties

El primer libro en que se dexò ver con mas extension, y claridad, fue del celebradissimo Doctor el Padre Luis de Molina,

lina, cuya concordia empezò desde entonces à ser tan formidable à los Luteranos, Calvinistas, y Bayanos, y es aora tan detestable à los impios sequazes de Iansenio, que claramente se conoce, quan de su parte tiene la luz de la verdad, pues tanto la aborrecen estos abortos tristes de las sombras. Todos ellos irritados, y enfurecidos mas que nunca, repitieron à vna sus alaridos, y clamores, acusando de nuevo à los Iesuitas de Pelagianos, y enemigos capitales de la gracia, y de atrevidos destruidores de la doctrina de S. Agustin: assunto en que se empeñò tanto Iansenio, que peregrinò por varias Vniversidades, passò à España, vino à Salamanca, y con increibles artificios procurò incitar, y commover todos los Sabios, al odio, y à la ruina de los Iesuitas, y de sus sentencias.

ties imponere non vetur. atque hoc fumo crebrorum dulorum oculos perstringere. Senonẽsis Decret. 5.

Sirvieron estos intentos borrascosos de coronar con nuevos rayos de luz la fama, y la doctrina de nuestra Religion; porque mientras se despedazava à si mismo el furor Calvinista, y Luterano, crecia entre los Catholicos el aprecio de la concordia de Molina, fatigando en todas partes los moldes, para que se estendiesse la eficacia de este antidoto contra el veneno de la heretica obstinacion.

Demàs de esto, aviendo batallado la Compañia contra Iansenio, y sus sequazes, y corrido el velo al fingimiento, y astucia de sus errores, al cabo los anatematizò la Catholica Iglesia, condenando entre otros aquel dogma, en que pretendia que los Semipelagianos avian admitido la misma gracia, que enseñan los Iesuitas: calumnia, que por aver nacido en las lenguas de los hereges, y por averse consumido, y abrasado en el fuego de vna condenacion Pontificia, serà immortal corona de nuestra Escuela.

4. Propositio Iansenij damnata. Semipelagiani admittebant præveniẽtis gratiæ interioris necessitatẽ ad singulos actus, etiã ad initiũ fidei, & in hoc errant hæ-

Este es el fruto, que hasta aora produce la doctrina de los Iesuitas en la Iglesia; èste es el que començò à llevar desde sus principios con increible dolor, y ruina de los hereges; y no menor aplauso de los Catholicos. Pero como quiera que no todos los entendimiẽtos tienen vn mismo paladar, para percibir los manjares, que sazona el ingenio, y la erudicion; tãpoco faltarõ entre los Catholicos algunos que hiziessen mal rostro à esta doctrina, recibiendola no con alabanças, sino con acusaciones, y censuras, y empeñandose en refutarla, hasta verla, si fuesse posible, sepultada con el irrefragable

reticos

juicio

retici, quod vel lent eam gratiam talē eſſe, cui poſſet humana voluntas reſiſtere, vel obtēperare.

juizio de la Igleſia. De eſtos aſperos deſignios fue como el Adalid, y Capitan, el Maeſtro Fr. Domingo Bañez, Varon Religioſo de la Orden de Santo Domingo, y Cathedratico de Prima en eſta Vniverſidad de Salamanca. Tenia eſte docto Maeſtro alguna ocaſion de mirar con zeno eſta doctrina, tanto por la ſubſtancia que contenia, como por los Autores que la patrocinavan. Por la ſubſtancia de ella; porque contradezia à los auxilios predeterminantes, que èl entonces, ò renovava, ò introducia con ſumo esfuerço en las Eſcuelas. Y por los Ieſuitas que la patrocinavan, con quienes no vna ſola vez avia tenido ocaſiones de diſguſto, y ofenſion. La principal fue, quando ſe reſolviò à impugnar en publica diſputa el inſtituto de nueſtra Religion; y hallandoſe ya el dia ſeñalado en el general de eſta Vniverſidad, entrò à viſta del numeroſo concurſo vn Miniſtro del Nuncio Apoſtolico, el qual debaxo de ſeveriſsimas penas le prohibiò defender ſus concluſiones, por afirmar vna de ellas, que no baſtavan para el eſtado Religioſo los votos ſimples, en que ſe terminan los dos años de nueſtro Noviciado. Punto que eſtando ya decidido por la Sede Apoſtolica, no ſe podia negar ſin detrimento de ſu autoridad, y era de intolerable afrenta à toda la Cõpañia.



Eſte rayo que entonces hiriò altamente al Maeſtro Bañez, dexò ſiempre impreſſa en ſu animo la cicatriz indeleble de ſu dolor; y como era tan gran diſcipulo de Fr. Melchor Cano, y heredero de ſus rigidos dictamenes àzia los Ieſuitas, viendo que no podia prevalecer contra ſu Inſtituto, convirtiò ſu ingenio, y ſu poder contra ſu doctrina. No por eſto culparè yo aqui ſus motivos en perſeguirla; antes me dexarè facilmente perſuadir, que *le eſtimularia el deſeo de la verdad, como à algunos otros Catholicos, no el ódio, y el furor,* como à los hereges; porque ay mucha diſtancia de la ſemejança del intento, à la malicia de la intencion.

Luego, pues, que el Padre Molina trato de publicar eſta concordia en Portugal, hizo Bañez grande esfuerço por ſuprimirla. Eſcriviò en orden à eſto à Fray Iuan de la Cueba, Maeſtro Dominico, y Confeſſor entonces del Sereniſsimo Principe Alberto Auſtriaco, Cardenal de la Santa Igleſia, y ſupremo Governador de aquel Reyno, aviſandole, no ſin

pon-

ponderacion, que peligrava el decoro de su Orden en la publicacion de aquel, y semejãtes libros; y assi que se desvelasse en sepultarle desde luego, con la autoridad del Cardenal, y del sacro Senado de la Inquisicion. Pero sucediò todo tan al contrario, que el libro de Molina, aunque detenido por algun tiempo, al cabo se publicò acreditado con la autoridad del Santo Tribunal, aprobado con el parecer, y elogios del doctissimo Padre Fr. Bartholomè Ferreira, de la Orden de Predicadores, y defendido con el nombre, y proteccion del Cardenal Alberto, à cuya eminentissima grandeza le consagrò su mismo Autor. De suerte, que los mismos instrumentos prevenidos para su ruina, le fabricaron su mayor felicidad; mostrando el Cielo lo que sucediò despues, que este libro salia à luz, venciendo para vencer, y burlava en su cuna estos peligros, para hazerse camino à mayores trofeos.

Pero no por esto desmayò la animosidad del Maestro Bañez; antes viendo ya publicada esta doctrina, no dudò declararse por su enemigo à rostro firme, y descubierto. Ni le detuvo el verla seguida de nuestra Religion, porque durava aun en las dudas, y rezelos de su instituto; principalmente atrevièdose por aquel tiempo algunos impios hombres à poner sus bocas en el Cielo, infamando el nombre, y la persona de nuestro Padre S. Ignacio: ossadia, que provocò contra si la indignacion, y se castigò con severidad. Tampoco le detenia, antes le incitava el ver aprobada, y defendida esta concordia en muchas Vniversidades, como en la de Salamãca, Alcalà, Zaragoza, Toledo, Sevilla, Granada, y otras fuera de España, donde se leìa segunda, y tercera vez impressa, y en fin, no le amedrentava la aprobacion del Santo Tribunal de la Inquisicion, esperando podria reprobar el de Castilla; lo que, à su juizio, menos consideradamente avia aprobado el de Portugal. Por esto delatò este libro ante el Senado de la Inquisicion Castellana; y despues de aver probado inutilmente las fuerças de su sabiduria, de su industria, y autoridad, que la tenia grande, y afiançada en no vulgares Amigos, y confidentes; al cabo le pareciò consejo mas seguro, trasladar esta causa al supremo Tribunal de la Iglesia, y à la determinacion del Pontifice Romano. En lo qual expresso la sinceridad de su zelo; pues en aquel tã recto, como infalible juizio, sa-

bìa, que no podia ſer bien oìda la paſsion; ni dexar de ſalir triunfante la verdad. Eſte fue el origen, ò la ocaſion, de donde reſultò el conmoverſe deſpues la gran Familia de Predicadores contra la doctrina, que enſeñava nueſtra Religion: eſte el principio de acuſarla ante la Sede Apoſtolica, para que examinados ſus fondos, y quilates en la piedra del Apoſtol S. Pedro, quedaſſe calificada la razon de ſu defenſa, ò la juſticia de ſu acuſacion.

CAPITVLO XV.

Continùaſe la materia del paſſado, refiereſe lo que ilustrò Franciſco la doctrina leſuitica con ſus Opuſculos, y los esfuerços de algunos contra ſu edicion.

REgìa à eſta ſazon la Nave de la Igleſia el Papa Clemente Octavo, Pontifice digno, ſin duda, de contarſe entre los grandes Suceſſores de S. Pedro, por los aciertos de ſu vniverſal govierno, y tãbien benemerito de nueſtra Compañia de Iesvs, por los favores, que la hizo, mientras no los embarazaron algunos informes menos favorables, que tuvo contra ella, y el deſagrado con que mirò à la perſona del Padre Claudio Aquaviva, General entonces de nueſtra Religion. Elle no menos Religioſo, que prudente, y advertido Padre de toda la Compañia, viendo deſde lexos la tempeſtad, que ſe fraguava, y ya por todas partes la acometia, adquiriendo mas fuerças, y vigor en el impetu con que ſe arrojava deſde Eſpaña à Roma, mandò en primer lugar à todos ſus ſubditos, que imploraſſen el favor de aquel Señor, ſin cuyas permiſsiones no ſe alborotan los mares, y à cuyo imperio ſe enfrenan, y enmudecen los vientos. Luego conſultò à todos los Varones ſeñalados en ſantidad, prudencia, y ſabiduria, que entonces reſplandecian en nueſtra Religion, y de que aora eſtan llenos nueſtros Anales, pidiendoles ſu parecer en la doctrina del libro de Molina, y jũtamente ſu conſejo, y direccion, para tratar vna materia lle-

na

na de peligro, y dificultad. Ni se olvidò de proponerles el estado que entonces tenian en Roma nuestras cosas: el aspecto menos favorable del Pontifice, que como primero de los astros, podria escasear, y aun suspender, aquellas liberales influencias, con que suele ladearse la gracia à favor de la justicia: el poder sumo de la Religion de Santo Domingo, impelida ya por Fray Domingo Bañez, (aunque no sin dificultad, y resistencia de muchos) à procurar con todas sus fuerças la condenacion de nuestra doctrina, acerca de la concordia: la autoridad de los Cardenales Alexandrino, y Asculano, que aviendo sido assumptos de la Religion de Predicadores, tenian el afecto de Religiosos, y el poder, y eficacia de Principes: en fin, se acordava de la pequeñèz de la Compañia, casi entonces recien nacida, y quando mas en los años primeros de su infancia, perseguida en todo el mundo de muchos, y favorecida de pocos. Por lo qual (concluìa) le aconsejassen la resolucion, que delante de nuestro Señor pareciesse tener mas de su parte la razon, y la justicia, porque en tãro desamparo de humanos socorros, solo se podia colocar nuestra esperança en el Cielo, aguardando la victoria del merito de la causa.

A esta consulta tan prudente, como necessaria, en vn negocio, en que se tratava del honor, y fama de toda la Cõpañia, fue maravillosa la vniformidad de las respuestas; porque todas las Provincias, y todos los Varones señalados, que florecian en ellas, reducian su dictamen à estos dos puntos. El primero, que si bien en el libro del Padre Molina no hallavan opinion alguna, que no fuesse probable, y que no pudiesse defenderse con facilidad, y sin riesgo de censura, toda via no debia tomarse esta causa en nombre de toda la Compañia, bastando para esto, ò el mismo Molina, ò otro Theologo, que para este fin le sustituyesse en Roma, ya que su prolixa, y debilitada ancianidad le estorbava el assistir presente à su defensa. Fundavan este parecer, en que no convenia hazer causa de toda la Religion, la que era de vn Doctor particular, y mas quando en algunas opiniones de aquel libro, aũque bastantemente fundadas, discordavan muchos Autores de la Compañia, teniendo por mas probables las opuestas: y assi que no se avia de tratar como sentencia publica de to-

dos, aquella en que no todos convenian. Dezia el ſegundo punto de ſu dictamen, que en el modo de conciliar la libertad con la gracia, en negar, que Dios predetermina fiſicamẽte à todas nueſtras acciones, en impugnar los auxilios intrinſecamente eficaces patrocinando los que ſon deſu naturaleza indiferentes, y tales que la voluntad pueda reſiſtir, y vſar mal de ellos; debia la Compañia empeñarſe con todas las fuerças de eruditcion, ingenio, y prudencia; porque eſta no era doctrina de vn ſolo Doctor, ſino de todos ſus Doctores, y Maeſtros, los quales à vn miſmo tiempo, y ſin ſaber vnos de otros la avian enſeñado à ſus diſcipulos en varias portes del mundo: influencia ſin duda ſuperior, que moſtrava ſer toda de el Cielo en ſu miſma vniverſalidad. Que eſta era la doctrina heredada de nueſtros primeros Padres, favorecida del Concilio Tridentino, y ſegun juzgavan, neceſſaria para confundir los nuevos hereges, que inteſtavan la Igleſia, y contra quienes avia crigido Dios la Compañia. La qual (concluìan) por eſta cauſa eſtava obligada à acometer valeroſamente todas las fatigas, ſin eſtremecerſe con el poder de ſus contrarios, pues llevava por norte la razon, y por eſcudo la verdad.

Aſsi reſpondieron los hombres de la primera autoridad, como conſta de lo que eſcrive el Padre Antonio Poſino, Secretario de toda la Compañia, que formò la hiſtoria de eſtas controverſias, teniendo à la viſta todos los inſtrumentos originales, y autenticas noticias, que con ſuma exaccion ſe ateſoraron en nueſtro archivo Romano. Con eſte conſejo, y madurèz entrò la Compañia en tan grave como dificil empreſſa, mirando ya contra ſi todo el poder de la eſclarecida Religion de Santo Domingo. Y deſpues de varios accidentes, que fueron como preludios del futuro combate, juntandoſe en nombre de las dos ſagradas Familias los dos Generales, que las regìan, con los Maeſtros à quienes fiò cada vna ſu defenſa; empezò aquella grande batalla de los entendimientos, cuyo Iuez era el Supremo Pontifice de la Igleſia, los combatientes, ſus mas rendidos Hijos, el teatro, Roma cabeza del mundo, la qual nunca con mas razon ſe levantò ſobre ſus altos montes, para publicar el Oraculo de ſu voz à todo el Orbe Chriſtiano, que aguardava con ſuſpenſiones, con dudas, cõ cuidados, ſegun le teniã dividido el interès, el afecto, y la opinion.

Tal

Tal era el estado en que se hallava la doctrina de la Compañia, quando el Doctor Eximio, cuyo consejo, y sabiduria tenia la primera autoridad en la direccion de esta gravissima causa, determinò dar à luz el tomo de sus Opusculos, para declarar lo que en estos puntos enseñava nuestra Religion, y para hazer patentes al mũdo los firmitsimos fundamentos con que se assegurava en las sagradas letras, en las definiciones de los Concilios, en la doctrina de los Padres, y antiguos Theologos, y en fin en los solidissimos, y nervosos argumentos que sabe formar la razon, caminando sobre las huellas de la Fè. El motivo de escrivir esta obra, fue el que nos dexò escrito en su Prefacion; donde aviendo hablado del gran Padre S. Agustin, que dixo de si avia tomado la pluma para escrivir sobre este mismo argumento, movido de el amor de la paz, y mutua caridad entre los que discordavan en aquel tiempo; afirma el Padre Francisco, que la misma caridad, y sinceridad que à San Agustin, le obligava à emprender este trabajo con deseo de imitar el estilo, y la modestia de aquel sublime Doctor. Y que pedia à Dios frequentissimamente, que para declarar estas verdades ilustrasse, y purificasse su entendimiento con el fuego activo de su amor, sin permitir que moviesse su animo, ò su pluma afecto alguno de vanidad, ò pertinacia, sino vnicamente el deseo sincerissimo de averiguar lo mas puro de la verdad, y lo mas acendrado de la razon. Todo esto consiguio felizmente Francisco en este libro, el qual antes de darse à la estampa, se presentò al Senado de la Santa Inquisicion de Portugal, para que corrigiesse lo que fuesse digno de enmienda, y autorizasse lo que merecia su aprobacion.

Aqui experimentò el primer golpe de los que contradezian la doctrina de la Compañia; porque el Maestro Fray Domingo Bañez, que con infatigable vigilancia atendia à suprimirla, tenia en todas partes prevenidos sus parciales, para que embarazassen qualquiera libro que se escrivicsse en su defensa. Y assi algunos Padres Dominicos, à quienes al principio se cometiò la censura de èste, notaron en èl varias proposiciones, por las quales, à su parecer, se le debia negar la facultad. Pero reconociẽdo el Tribunal de la Fè, que los Maestros de esta sagrada Familia eran ya interesados en esta cau-

ſa, ſe contentò con admitir ſus reparos, para que la deciſsion fueſſe de otros mas indiferentes Cenſores. Eſtos deſpues de vn examẽ no menos deſapaſsionado, que diligente, no hallando ni el menor tropiezo en la doctrina de eſte libro, en vez de la cenſura, le ennoblecieron con ſu aprobacion. Siguioſe luego la facultad del Tribunal; y con ella saliò el libro de los Opuſculos, acreditado en juizio cõtradictorio, por todo aquel Senado integerrimo; ſeñalando los primeros paſſos de ſu luz con el reſplandor de tan *iluſtre* trofeo.

Pero no ſolo en Portugal experimentò eſte libro la ſombra de tanto patrocinio; tambien le *conſiguiò* en Caſtilla, donde ſe perficionò ſu impreſsion. Entregòſe, como es coſtumbre, en manos del Real Conſejo, para conſeguir ſu facultad; y noticioſos aquellos prudentiſsimos Senadores de las ya encendidas diſcordias, y de la facilidad con que ſe arrojavan algunos à la cenſura; mandò fueſſe examinado eſte libro, no por vn Privado Doctor, como ſe acoſtumbra, ſino por toda la Vniverſidad de Alcalà, buſcando en el dictamen de tantos Sabios, no menos la ſinceridad, que el acierto. Obedeciendo, pues, al Real Decreto la Vniverſidad de Alcalà, deſignò para el examen ocho de ſus mas inſignes Maeſtros, los quales autorizaron con ſus nombres eſta aprobacion, que ſe lee al principio de eſte volumen, y es juſto ſe lea tambien aqui, por ſer vno de los mayores elogios de Franciſco, y de la doctrina de la Compañia.

* *Examinamos*, (dize aquella grande Eſcuela por boca de ſus ſapientiſsimos Maeſtros) examinamos diligentemente los Opuſculos del Doctor Franciſco Suarez, y hallamos, que conſtan, no ſolo de doctrina ſana, Catholica, y de ninguna ofenſion à los oìdos piadoſos, ſino tambien de palabras muy limadas, de gran peſo de ſentencias, de conſumada erudiciõ, de ſutileza en tratar, y desẽbolver las opiniones de los Theologos, aſsi antiguos como recientes; y en fin èſta es obra dignisima de la grandeza de ſu miſmo Autor, pues por todas partes deſcubre exquiſita ſabiduria, y ſu altiſsima eſpeculaciõ, pronunciando ſentencias eruditiſsimamẽte fortalecidas con teſtimonios de Padres, y con poderoſiſsimos argumentos muy agudamente confirmados. Por lo qual no ſolo juzgamos merecen la luz publica, ſino tambien eſtar continuamente

mente en las manos, y lograr siempre las atenciones de todos. Dada en Alcalà à 5. de Abril *año de* 1599.* Con tã hõrosa aprobacion de aquella ilustre Vniversidad, mereciò este libro la facultad del Consejo de Castilla, y el aplauso, y estimacion de quantos tenian dispuestos los ojos para no mirar la luz agena como injuria, ò menoscabo de la propia.

CAPITVLO XVI.

Nuevos conatos del Maestro Bañez contra este libro, examinase otra vez en Roma, y el Padre Suarez le pone juntamente con su defensa en manos del Sumo Pontifice Clemente VIII.

PArece que despues del examen, y aprobacion del Santo Tribunal, despues de tan ilustre, y decoroso parecer de la Vniversidad Complutense, y en fin, despues de la facultad Real con que salia este libro, autorizado, y ennoblecido, avia de estar amedrentada la emulacion, enmudecida la calumnia, y satisfecho el zelo, y el cuidado. Pero era tan grande el que desvelava al Maestro Fray Domingo Bañez, para impedir no cobrasse mas fuerças la doctrina de la Compañia, que ni la autoridad de tan celebre Escuela le satisfizo, ni le aquietò el dictamen de aquel santo, y severo Tribunal; antes llevando agriamente la publicacion de este libro, determinò ocurrir luego à tanto mal, oponiendo rezelos, y censuras contra su doctrina, y pretendiendo deshazer con su autoridad, la que avia adquirido con tan repetidas, y decorosas aprobaciones. Para este fin escriviò vn Tratado breve, cuya substancia quiso se leyesse en su frente por este titulo: *Propositiones excerptæ ex libro Opusculorum P. Francisci Suarez circà efficaciam auxiliorũ Diuinæ gratiæ, quæ videntur censura, & correctione dignæ.* Correspõdia bien à este titulo lo restante de la obra; porque en ella notava veinte proposiciones, como dignas de censurarse, y corregirse con tãta confiança, y satisfacion de su juizio, que se olvidava de confirmarle con razon, dando por sospechosa la doctrina, y omitiendo

tiendo los motivos de la ſoſpecha. A eſte papel eſparcido promptamente en todas partes, y embiado por el Maeſtro Bañez à la Vniverſidad de Alcalà, ſatisfizo el Eximio Doctor con vna clariſsima, y modeſtiſsima reſpueſta, la qual no quiſo entonces publicar: aſsi porque no neceſsitava de defenſa la ſeguridad de ſu doctrina, como porque juzgò acertadamẽte, que examinandoſe en Roma eſtas materias, y aviendo ya llegado à los ojos de ſu Santidad, ſerìa mejor poner en ſus manos enteramente eſta cauſa, y eſperar de ſu ſupremo arbitrio el favor de la verdad, y de la juſticia.

Executò Franciſco eſte penſamiento, y ademàs de la Apologia por ſu doctrina, q̃ era la de toda la Cõpañia, eſcrivio à ſu Santidad vna carta llena de rendimiẽto, y humildad; en la qual deſpues de informarle de eſta nueva cenſura contra ſu libro, aunque aprobado por la Inquiſicion de Portugal, por el Real Conſejo, y por la Vniverſidad de Alcalà, dize, como eſtà reſuelto à no publicar ſu defenſa en eſtos Reynos, por ponerla toda en ſu integerrimo Tribunal, ſin cuyo beneplacito nunca mudarìa la determinacion de reſponder con ſolo el ſilencio à las cenſuras que oponian los de contrario parecer. Perſeverò Franciſco conſtantemente en eſta reſolucion de callar, y no fue menos admirable ſu ſilencio, que lo fuera ſu reſpueſta; porque lo que era ſuma atencion à la Sede Apoſtolica, ſe atribuìa à flaqueza, y debilidad de ſu cauſa, y crecian mas, y mas las hoſtilidades, porque hallavan ſu impunidad en ſu modeſtia, y circunſpeccion.

Pero ya que Franciſco enmudeciò entonces, porque entonces era tiempo de callar, ſerà juſto hable aora, pues ceſſaron las cauſas de ſu ſilencio. Dezia, pues, aſsi, ſatisfaciendo al Maeſtro Bañez. * *Antes de reſponder à cada vna de las* „ Propoſiciones cenſuradas, es bien advertir, que el Cenſor „ que las entreſacò, y puſo eſte titulo à ſu Tratado, no trae en „ todo el diſcurſo de èl, ni prueba, ni razõ alguna para apo„ yar ſu parecer; ſino que ſe contenta con dar la cenſura go„ vernada por *ſolo ſu juizio*, ò por algunas particulares opi„ niones. Por lo qual la primera, y vniverſal reſpueſta à eſte „ titulo, y à quanto debaxo de èl ſe encierra, pudiera ſer, ne„ gar abſolutamente todo quanto dize, y afirma, haſta que ſe „ halle obligado à ſeñalar à cada punto el grado de ſu cenſu-

ra,

„ ra, y declarar el fundamento de razon, ò autoridad de que „ se mueve, y entonces le darèmos reſpueſta, y *ſatisfacion*. * Haſta aqui el Padre Suarez en el principio de ſu reſpueſta, la qual fue ſin duda diſcretiſsima; pues ſi al Iuriſperito no le es licito hablar ſin texto de la Iuriſprudencia; porquè ha de pretender vn Theologo, no ſolamente hablar, ſino tambien decidir, y cenſurar ſin argumento, ni razon de las que diſcurre la Theologia, como ſi ſus palabras fueran aviſos de vn Oraculo, ò decretos de todo vn Concilio.

Proſigue deſpues haziendo memoria de la aprobacion que dio el Santo Tribunal, contra el dictamen de algunos Padres Dominicos, y de la facultad del Real Conſejo, à viſta del parecer de los Maeſtros de Alcalà, entre los quales ademàs del Retor de aquella Eſcuela, cuenta dos Letores, y Cathedraticos de Prima de Theologia, otro de Viſperas, y los demàs que regentavan otras Cathedras inferiores: * *Todos* los quales (dize proſiguiendo ſu Apologia) no hallan en el libro de mis Opuſculos coſa digna de correccion, ni cenſura; antes bien le honraron con la aprobacion, que ſe lee en ſus primeras hojas. Ademàs de eſto, aviendo llegado à Roma eſte libro, ſe encomendò al juſto examen del Reverendiſsimo Padre Maeſtro del ſacro Palacio; el qual juzgò, con mucha razon, que debia ſer examinado con ſumo cuidado, y diligencia, y (ſegun me eſcriven Varones graviſsimos) algunos Padres de Santo Domingo hizieron todo el eſfuerço poſsible, para que le prohibieſſe en Roma, y negaſſe la licencia para que pudieſſe correr; pero atendiendo ſolamente à la juſticia, y à la razon, reſpondiò, que no hallava cauſa, ni motivo en aquella obra, que impidieſſe el que libremente corrieſſe, y ſe divulgaſſe, y aſsi concediò ſin limitacion alguna la facultad de ſu publicacion. Todo lo qual, ſiendo como es aſsi, dà no leve fundamento para juzgar, que es falſo el titulo de eſte Tratado que propone veinte propoſiciones de el libro de mis Opuſculos, como dignas de cenſura, y correccion, y que no ſe pudo poner ſin grave injuria del Autor de eſta obra, para obſcurecer, y deſacreditar ſu nombre, y introducir ſoſpechas, y rezelos contra ſu doctrina en los animos, principalmente de aquellos que no la pueden profundamente examinar, y *reconocer*. *

Assi el Padre Francisco Suarez, en la Apologia, y defensa de su libro, que embiò al Sumo Pontifice, de la qual se conoce la pureza, y la verdad de su doctrina, pues passò sin lesion alguna por el fuego de tantos examenes, y por las pruebas de tantos Tribunales, saliendo siempre con el lustre, y sin el desayre que el oro del crisol; pues no hallando la llama defecto alguno que purificar en èl, tuvo ociosa la actividad de cõsumir, y solo cõtribuyò cõ su luz al aumẽto de su resplãdor.

Pero no se contentò Francisco con escrivir esta defensa de su libro; porque conociendo que la oposicion de los contrarios no era privadamente contra su persona, sino contra la doctrina, que èl, y toda la Compañia enseñava, determinò assistir, y adelantar con todas las fuerças de su ingenio, y sabiduria la causa publica de su Religion, que juzgava lo era tambien de la verdad. Començò à trabajar aquellos tomos admirables *de Gratia*, en que tanto ilustra las sentencias Iesuiticas con los rayos de su prodigiosa erudicion, y sutileza. Y porque la publicacion de estos libros avia de ser mas espaciosa, escriviò otros Tratados selectissimos sobre la verdadera inteligencia de los auxilios eficaces, deshaziendo con grande viveza, y energia las calumnias con que pretendian algunos, sino arruinar nuestra doctrina, à lo menos manchar, y envilecer su fama. Obra, que conducida à Roma en el mismo fervor de aquella celeberrima controversia, fue como vn socorro oportunissimo, para los que mas de cerca manejavan las armas en el conflicto de tan dura, y porfiada contienda: y obra que conservada despues como vn tesoro preciosissimo, vino à parar en manos de los Impressores Lugdunenses, los quales la entregaron à la publica luz, como parte accessoria de los demàs tomos *de Gratia*.

De esta suerte peleava à vn mismo tiempo el Eximio Doctor en España con su silencio, siempre constante por mas que pareciesse cedia el campo à los contrarios; y en Roma con sus escritos, esperando que con la victoria que alli se cõsiguiesse, quedarian postrados de vna vez todos los artificios de la emulacion, y atemorizadas las asperas resoluciones de la discordia. Mas para declarar de vna vez qual fuese el paradero de tantas acusaciones, y examenes, de tantas censuras, y aprobaciones, que como sucessivas olas procuravan ya

abatir

abatir, ya elevar la doctrina de este libro; será preciso referir la conclusion de toda esta reñida controversia; pues tuvieron el mismo sucesso el libro de los Opusculos del Padre Suarez, y el libro de Concordia del P. Molina; porque siendo semejãtes en lo principal de su causa, fueron tãbiẽ parecidos en los acontecimientos de su fortuna, y en la gloria de su felicidad.

CAPITVLO XVII.

Refierense algunos sucessos señalados de esta controversia, y como pretendiò enterarse de ella el Pontifice, leyendo los Opusculos del Padre Suarez.

PRetendiò (segun dexo escrito) la Compañia de Iesvs separar la causa del Padre Molina de la de toda la Religion, y que la disputa principal se encaminasse à averiguar, si la gracia eficaz cõsistia en fisica predeterminaciõ, y si con esta movia, y determinava Dios, no solo à los actos buenos, sino tambien à la entidad de los malos, como enseñava entonces Bañez, y hasta aora los Padres Domicos. Porque como saben, los que saben algo de estas materias; de aqui se derivan, como de su fuente, y de aqui nacen, como de su principio, todas las demàs consequencias, que dividen las dos Escuelas; y mientras no se llega à esta rayz, lo demàs es, como se dize, andar, y discurrir por las ramas. Pero contra este, que era el voto comũ de la Cõpañia, prevalcciò el de los Padres Dominicos, los quales solo deseavan parecer contrarios de Molina, conociendo, que si se ponia en examen la predeterminacion, perdian la ventajosa seguridad de ser acusadores, y passavan à la dudosa fortuna de acusados. Por esto intentaron, y consiguieron que en treinta y siete congregaciones, o disputas que se tuvieron, parte delante de Clemente Octavo, parte en presencia de los Censores, y Cardenales por su Santidad señalados; nunca se examinasse derechamente la gracia predeterminante, sino otras particulares sentencias de Molina: con no menor sentimiento que fa-

tiga de los Nueſtros; pues les obligava à largas oraciones la defenſa de vna ſentencia, quando los contrarios, como dueños de la paleſtra, ceñian ſu cenſura al arbitrio de ſus palabras. Tanta fue la ventaja que les diò en el combate ſu poder, y nueſtra deſgracia con el Pontifice, y tan de ſu parte tuvieron la voluntad del Iuez, que es medianera tan activa en el tribunal de la razon.

De aqui naciò el conceder ſin dificultad el oìdo à las acuſaciones de nueſtros contrarios; que levantando haſta el Cielo la voz, tratavan la doctrina de Molina, como injuria de la divina gracia, como afrenta de la autoridad de S. Aguſtin, y como atrevimiento contra Santo Thomàs; ſiendo aſsi, que deſde las primeras clauſulas de ſu concordia entra el Padre Luis de Molina, ſaludando al Angelico Doctor, como à Principe, y Sol clariſsimo de la Theologia Eſcolaſtica, cuya luz avia de ſer el norte de ſu pluma. Pero las vozes, que ocupavan los oìdos, no davan entonces lugar, à que en los eſcritos de Molina ſe deſengañaſſen los ojos. Y aſsi el Papa Clemente, à quien nuevas ocaſiones, que ſeria prolixo referir, aumentaron el deſafecto à la Compañia, y por conſiguiente la aficion à los que la impugnavan, creyendo mas à los contrarios de Molina, que à ſus defenſores; empezò à dar algunas mueſtras de que deſeava favorecer el dictamen de los Padres Dominicos. Manifeſtòſe vna vez à nueſtro Eminentiſsimo Cardenal Belarmino, diziendole tenia determinàcion de cõcluir con brevedad la deciſion de eſta prolixa controverſia. Pero Belarmino movido del zelo de la verdad, le propuſo muchas razones para apartarle de eſte parecer, advirtiendole, que las queſtiones que ſe tratavan, pedian ſuma conſideracion, por ſer de las mas profundas, y mas peligroſas, como lo moſtravan en ſus eſcritos, los mas elevados ingenios de la Igleſia. Pero como Clemente ſe moſtraſſe inflexible, afirmando con mas expreſsion, que èl queria decidir eſta controverſia; el Santo Cardenal le reſpondiò con modeſta, pero grave ingenuidad, que ſu Santidad nunca harìa tal coſa: reſpueſta de la qual herido el Pontifice, dixo con mayor aſſeveracion, que èl ſin duda alguna la avia de definir. Pero Belarmino mas atento à la verdad, que à la liſonja, y creyendo mas à la iluſtracion Divina, que à la voz de Clemente, que

enton-

entonces hablava, segun su dictamen particular, le respondiò otra vez con la misma constancia: Esso no hará V. Santidad, ni llegará jamàs à definir esta materia: y pronunciado este vaticinio, se despidiò con humildad, y respeto, pero sin olvidarse de su entereza.

Mostrò presto su desagrado el Pontifice con Belarmino, apartandole de su lado, aunque con decoroso artificio; porque dandole el Arçobispado de Capua, le puso en obligacion de salir de Roma. Tal es el poder, y la politica de los grandes Principes: castigar aun quando parece que premian; para que no se fie la ambicion de vnos alagos, en que andan disfrazados los desvios; ni apetezca cõ tanto afan vnos premios, en q̃ aun la providencia humana puede colocar los castigos. Pero antes de salir de Roma, confirmò otra vez nuestro Belarmino su profecia; porque diziẽdole el Cardenal de Monte, que su Santidad queria definir esta controversia, le respondiò serenamente, que nunca la definiria. Mas replicando el Cardenal: que como dezia tal cosa, siẽdo cierto, que el Pontifice podia, y queria determinarla: respondio el iluminado Cardenal Belarmino: Bien sè que puede definir las controversias de la Iglesia, y que quiere definir èsta; pero con todo esso digo que no la definirà, y si lo intentàre, le faltarà la vida antes que lo execute. Esto afirmò entonces Belarmino, esto refiriò despues el Cardenal de Monte, cuyo testimonio jurado se conserva en nuestro Archivo Romano. Esto refieren todos nuestros Historiadores, y lo autorizò despues la experiencia, y el tiempo. Argumento clarissimo de la especial assistencia del Espiritu Santo, en las definiciones del Pontice Romano, singular credito de nuestro Belarmino, y recomendacion admirable de la doctrina de la Compañia, en cuyo favor hizo la Providencia, que vozeassen sus vaticinios lo que despues explicaron los sucessos.

Ramirez in vita Bellarm.

P. Eusebi Nierẽb. ibid.

Antoni. Posinus in hist. controv. & alij passim.

Mas aora con la ausencia de tan alto Protector, empezò à sentir nuestra causa, mas declarado su peligro, viendose como arrojada en medio de las airadas ondas, perdido el timon que la regìa, y alterado el Cielo, en quien avia colocado su esperança. Creciò la tempestad, y creciò assimismo el ruego, y el recurso à la clemencia divina; y como son tan bien còdas las vozes de vna inocente congoja, no tardò mu-

cho

cho en mitigarse el rigor de esta borrasca. Pues aunque perseverò Clemente en su antiguo dictamen, aunque se publicò por toda Roma su ofension, por la sincera, y sagrada libertad de Belarmino; aunque la fama (monstruo que como crece con la distancia, assi con la distancia se desfigura) esparciò falsamente por todas partes, y en especial por España, que ya estava condenada nuestra doctrina; al cabo prevaleciò la verdad, y le concediò el Cielo quien de nuevo la patrocinasse, y defendiesse. Vino de Francia el Cardenal de Perona, Varon doctissimo, y muy acostumbrado à batallar contra las heregias de aquel tiempo: el qual, aviendo recebido la Purpura de mano del Papa Clemente, empezò à lograr los favores de su confiança. Vn dia que su Santidad le dava noticia del discurso, y estado de esta controversia, oyendo de su boca el desagrado con que mirava nuestra doctrina, y la propension à desfavorecerla; admirado el sabio Cardenal, no dudo dezirle, que si tal cosa hiziera su Santidad, y si condenasse la sentencia Iesuitica, acerca del concurso de la gracia con el libre alvedrio; estava muy cierto, que todos los Professores Luteranos, y Calvinistas de Francia, y Alemania, celebrarian sobre manera este sucesso, porque fundavan en la ruina de esta doctrina la mayor exaltacion de sus perversos dogmas.

Posinus vbi supr. ex testimonio authentico.

No pudo Clemente dexar de suspenderse con la respuesta de vn Varon, que por su desapasionada sabiduria, era superior à todas excepciones, y sospechas; y trayendo à la memoria la resolucion no desemejante de Belarmino, cuya doctrina, y santidad era à todos muy notoria, empezò, sino à doblar, à lo menos à mitigar, y detener sus rigidos intentos. Sobrevino tambien, como opurtunissimo socorro, el parecer de doctissimos Varones, la autoridad de no pocas Vniversidades, y Religiosas Familias, que aprobavan nuestro sentir, como Catholico, y le defendian como mas verdadero. Todo lo qual hizo grande impresion en el entendimiento de Clemente, y le reduxo à vna determinacion no menos estraña, que dificultosa. Pareciòle podia examinar con propia industria la profundidad de estas materias: y assi resolviò dedicar algunas horas à su estudio, por no fiar enteramente su gravedad à los informes agenos. Para este fin escogio, entre

tre otros papeles, los dos libros entonces mas celebrados por las acusaciones, y por las defensas: vno, del Padre Luis de Molina; otro, de los Opusculos de nuestro Eximio Maestro: porque en vno, y otro esperava comprehender lo mas profundo de nuestro sentir, y averiguar, o su peligro, ò su seguridad. Empressa dificultosa para vn Pontifice, aunque sabio, no versado en las sutilezas de la Theologia, sino en la noticiosa extension de los sagrados Canones. Pero el zelo de averiguar la verdad, era aun mayor que sus fuerças: y assi le empeño en el estudio de vna facultad estraña, en que si faltan los principios, se camina con incierta luz, y con peligrosa obscuridad.

CAPITVLO XVIII.

Lo que sucedió à Clemente Octavo, leyendo los Opusculos del Padre Suarez, y otros lances de esta controversia.

CONservase en nuestro Archivo Romano el mismo libro de Molina, à quien dedicò Clemente Octavo sus vigilias, y en èl, segun afirma Polino, como testigo ocular, se ven señaladas por la mano Pontificia algunas proposiciones, en que el Autor refuta la heregia de los Pelagianos, como estrañando, que impugnasse Molina vn error de quien sus contrarios le publicavan reo; y desengañandose de que abultavan menos los peligros en la sinceridad, y cercania de los ojos. Leìa tambien con la misma atencion, y desvelo el libro de nuestro Eximio Doctor, empleando en èl parte de la noche, que le eximìa de los afanes cuidadosos del dia. Acontecio, pues, vna vez, que despues de averse ya recogido à su lecho, pidiesse este libro de los Opusculos, y aviendo permanecido vn rato en su atencion, pudo mas el cansancio, y la fatiga, que su vigilancia, y cuidado. Dexòse rendir à las porfias del sueño, y estando ya dormido, la luz que avia quedado vezina al libro, impelida de algun casual movimiento, començo à prender en sus hojas, cundiendo facilmente la llama, favorecida de la materia, y del descuido. Ya se avia atrevido el fuego à la ropa del lecho Pontifi-

P. Arana, Henao, Def camp., & alij.

tificio, sin que bolviesse en si, ni despertasse su Santidad, hasta que la molestia del humo le restituyò al sentido, con la noticia de su riesgo. Diò luego vozes, manifestando el susto, y la congoja, en que se hallava, à las quales acudiendo promptamente el Camarero, apagò el fuego con la misma celeridad, y apartò el libro de los Opusculos, por quien avia començado el incendio.

Recobrado del susto, y de la turbacion el Pontifice, y haziendo reflexion sobre este acontecimiento, dixo al Camarero, que le assistia: Què os parece? No ha perdonado el fuego à este libro de Francisco Suarez: no es este buen prefagio, quando se està examinando su doctrina, que es la de todos los Iesuitas. Entonces el Camarero, que avia recogido el libro, dixo bolviendole à registrar: Santissimo Padre, es verdad, que se le ha acercado el fuego; pero, si bien se advierte, ni vna sola letra ha cõsumido, antes parece que ha respetado su doctrina; pues atreviendose por tantas partes à la margen, en ninguna ha ofendido lo escrito. Esto dixo, y observò el Camarero, que era vn Cavallero Español muy entendido: y mostrò despues el libro al Pontifice, para que se certificasse de tã singular sucesso. Miravale Clemẽte con atencion, y notava como las llamas se avian empleado en el papel, sin tizhar vna sola de sus lineas, como si fuera cada vna de ellas vna muralla contra su voracidad. Reconocia las hojas de aquel libro no muy desemejantes à las de aquella zarça, en quien el fuego desconociò la primera vez à su luz, por verla olvidada de su ardor. Tenia por testigos de todo à sus propios ojos: y como las evidencias cerravan el passo à la duda, tampoco pudo negarse à la admiracion; viendo, y tocando vn acaecimiento, el qual tuvo, sin duda, menos de casualidad, que de providencia, y que ninguno podrà mirarle con atencion, sin cõfessar que se pareciò mucho à los prodigios.

Esto fue assi, que nuestra doctrina se viò amenazada por todas partes de vna ardentissima oougnacion, y arrojada en el fuego del mas riguroso examen. Pero aunque en la imaginacion de Clemente, pudo parecer que se abrasava; con todo esso, ni vna clausula se quemò, ni se borrò vn punto de lo que avia escrito la Compañia. Porque concluìda la Congregacion treinta y siete, decretò su Santidad la siguiente para el

el dia veinte y dos de Febrero; que, à juizio de nueſtros contrarios, avia de dar fin à la diſputa Theologica, y principio à la definiciõ Pontificia. Pero como eſtava de por medio otra mas alta determinacion, expreſſada por la boca del Cardenal Belarmino, ni ſe celebrò la Congregacion deſtinada, porque la eſtorbò la enfermedad del Pontifice; ni ſe tiguio ſu definicion, porque la previno, y atajò ſu muerte; que llenandolo todo de horror, y confuſion, mudò los ſemblantes de las coſas, moſtrando que las diſpoſiciones mas ſoberanas de la tierra tienen ſobre ſi otra mas alta providencia, por cuyos decretos, y permiſiones ſe miden los terminos de ſu duraciõ, y de ſu eficacia.

Sucediò à Clemente en el Pontificado, Leon Vndezimo; pero por tan breves dias, que ſolo parece le puſo Dios en aquella altura, para hazer mayor, y mas notorio el deſengaño. En vn miſmo dia ſe hallò poſſeyendo aquella ſuprema dignidad, y poſſeido del ſupremo, y mortal accidente, que à los veinte y ſeis dias arrebatò la Tiara de ſu cabeza, y la entregò deſpues al Cardenal Camilo Burgeſio, conocido en ſu Pontificado con el nombre de Paulo Quinto. Aſsi ſe fabrican las felicidades de las miſmas deſgracias, para que no ſe deſvanezcan los mortales, al conſiderar que ſus grandezas mayores traen ſu origen de mayores ruinas.

Luego que las alegres aclamaciones del nuevo Pontifice dieron lugar à los cuidados del govierno, dedicò las primeras atenciones al examen, y proſecucion de la controverſia *de Auxilijs*, en cuya dilacion peligravan los bienes de la paz, y ſe padecian los daños inevitables de la diſcordia. Para eſto puſo en execucion lo que ya el Pontifice Leon avia reſuelto en ſu breve Pontificado; que fue llamar luego à Roma al Cardenal Belarmino, porque concurriendo en èl la ſantidad, y ſabiduria que venerava el mundo, y la profunda inteligencia de las controverſias de la Fè contra los hereges; pareciò con razon à eſte gran Pontifice, que en tan dificil materia era no ſolo conveniente ſu parecer, ſino tambien neceſſario ſu conſejo.

Quan favorable fueſſe à nueſtras coſas la venida de eſte ſapientiſsimo Cardenal, moſtròlo bien la alegria de los nueſtros, y el dolor de los contrarios: à quienes ſe doblò el ſen-

timiento, quando informado el Sumo Pontifice, de que el punto de toda la controverſia pendia de averiguar, ſi la eficacia de la gracia conſiſtia en qualidad, ò impulſo predeterminante, decretò que ſe trataſſe en ſu preſencia de eſta predeterminacion, y ſe vieſſe qual era la doctrina, que deſeavan introducir los que perſeguian la nueſtra con el nombre, y cõ las ſoſpechas de error. Fue èſte el golpe mas ſenſible para los Padres Dominicos, que haſta alli ſe hallavan actores, y acuſadores contra la doctrina de Molina, y de la Compañia; y deſde eſta ocaſion ſe reſolvieron à tomar ſobre ſus ombros la ſentencia de Fray Domingo Bañez, y defender la predeterminacion fiſica, con que Dios mueve eficazmente à los actos buenos, y tambien à la entidad de los malos, aunque adherida con indiſoluble identidad à ſu malicia.

No era eſte el parecer de todos los Maeſtros Dominicos; pero al fin ſe tomo en nombre de la Religion, porque Alvarez, Bañez, Davila, y otros eſtavan de parte de eſte ſentir; el qual luego que ſe dexò ver en la paleſtra, fue grande argumento à favor de nueſtra doctrina. Porque al deſcubrir la dificultad de concordar con èl la libertad de las elecciones humanas, y la pureza, y ſantidad de los ſoberanos decretos, ſe mudò toda la repreſentacion de aquel teatro, viendo ya amenazados de inopinado rieſgo à los que antes ſolo atendian à promover la agena acuſacion. Nueſtro Theologo, como congratulandoſe de aver ya ſacado à campo abierto al enemigo, empezò ſu declamacion, hablando de eſta ſuerte à Paulo V. * *Llegado ſe ha* (Santiſsimo Padre) deſpues de quarenta Theologicas batallas, al origen, y principio capital de toda eſta nueſtra controverſia: *à aquel principio de donde nacieron tantas contiendas, tantos deſvelos, tantas fatigas, tantos rumores en el Pueblo Chriſtiano; à aquel principio de donde ſe ocaſionò tanta expectacion en el mundo, no ſolo entre los Fieles, y Catholicos; ſino tambien entre los perfidos hereges.* * Y luego moſtrando claramente, como eſte era el centro de toda la dificultad, y el punto donde ſe dividian las ſendas de vna, y otra doctrina, proſiguiò impugnandola con tanto ardor, y energia, que cõvirtiò contra Bañez, y ſus parciales el horror, y los peligros, con que haſta alli avian procurado deſacreditar à Molina, al

Hæc, & ſimilia purè referimus.

Doc-

Doctor Eximio, y à la doctrina de toda nueſtra Religion.

Bien quiſieran (y aſsi lo intentaron, y publicaron) nueſtros contrarios, que no ſe diſputaſſe mas eſta materia, en que ya era fuerça tratarſe, y defenderſe como reos, y cautelar de eſta ſuerte los deſayres, ò las contingencias de vencidos. Pero eſto que les avia ſido tan facil en la benevolencia de Clemente, les fue impoſsible en la juſtificada entereza de Paulo V. el qual quiſo conceder el oìdo à ambas ſentencias, porque en la violencia del conflicto ſe encendieſſe mas luz para el acierto de la vltima reſolucion.

CAPITVLO XIX.

Del victorioſo fin, con que la Compañia de Iesvs ennobleciò en Roma la doctrina de ſu Eſcuela.

COntinuaronſe las Congregaciones haſta la vltima, q̃ fue la 47. en ellas nueſtro Theologo refutò la ſentencia de los Padres Dominicos, con la autoridad de las Eſcrituras, con los decretos de los Concilios, y con vrgentiſsimos argumentos, moſtrando con exquiſita erudicion, que ni podia fundarſe en S. Aguſtin, ni atribuirſe à Santo Thomàs, y en fin que ſe queria prohijar à eſtos dos Soles de la Igleſia, vna opinion fabricada, ò renovada por Fray Domingo Bañez, y à la qual davan algunos otro origen menos noble, y menos ſincero. *Purè referimus.*

El aplauſo con que fueron eſcuchadas las declamaciones de nueſtro Orador, cuya natural eloquencia hallava mas vigor, y fuerças en la razon de ſu cauſa, diò motivo à la voz que empezò à eſparcirſe de eſtar la doctrina de Bañez amenazada de la cenſura Pontificia. Y à la verdad, podia mucho en el juizio de Paulo Quinto el parecer de los dos Eminentiſsimos Cardenales Peronio, y Belarmino; vno, y otro tan verſados en las controverſias contra hereges, y tã averſos de eſta ſentencia, como lo demueſtra la reſpueſta, que referimos del primero, y la cenſura que avia eſcrito en ſus libros el ſegundo. Pero conociendo ſu Santidad, que para pronunciar la definicion de ſu Oraculo, era neceſſario mas eſpacio, y

mas ſoſsiego, que el que permitian los negocios, y turbaciones de la Republica Chriſtiana; eſtãdo ya ſatisfecho de la pureza de nueſtra doctrina, tan agena de los errores de Pelagio, que le oponian, como vtil contra los dogmas de Lutero, y de Calvino, que en tantas partes reynavan; determinò quanto antes poner fin à la diſcordia, reſolviendo ſobre la acuſacion de nueſtras ſentencias, ſegun el dictamen de la juſticia, y de la razon. Aviendo, pues, convocado à los Eminentiſsimos Cardenales, que con ſu preſencia avian ennoblecido las Congregaciones; deſpues de aver declarado el principio, y los progreſſos de toda la controverſia, pronunciò en forma juridica ſu ſentencia, à favor de la doctrina de la Compañia, mandando, que ſin embargo de las acuſaciones propueſtas, y de los errores que ſus contrarios le avian imputado, corrieſſe libremẽte, y ſe enſeñaſſe en toda la Chriſtiandad, y que permanecieſſen aſsimiſmo los libros de Molina, y de nueſtro Eximio Doctor, ſin que ſe corrigieſſe, ni borraſſe de ellos, ni la menor de ſus clauſulas.

Expidioſe eſte Decreto el año de 1606. à 28. de Agoſto, dia feliziſsimo; y que añadio mas luz, y mas autoridad à la determinacion, por ſer conſagrado al culto del gran Doctor de la Igleſia San Aguſtin, à quien eſcogiò Dios para que defendieſſe ſu gracia, ſin quexa del albedrio, y para que declaraſſe nueſtro albedrio, ſin ofenſa de la Divina gracia. De eſta ſuerte nueſtra doctrina que tantas vezes fue examinada à las luzes de eſte Sol clariſsimo de la Igleſia, quedo aora ennoblezida con la ſombra de ſu proteccion, moſtrando el Cielo, que aſsi ella, como las plumas que la eſcrivian, eran parto legitimo de eſta Aguila grande, y que miravan ſin torcer la viſta al Sol de la verdad.

Deſpues de tan iluſtre trofeo, parece que ſe empeñò mas el Cielo en dilatar la gloria de la Compañia, y de ſu Eſcuela, haſta alli tan fuertemente combatida. El miſmo Paulo V. para deſvanecer las oſſadias de algunos, que notavan de ſoſpechoſos los ingenios de los Ieſuitas, expidiò vna Bula, en que califica ſus glorioſos trabajos por eſtas palabras: *Quanto aya aprovechado la Compañia de Iesvs en la Igleſia de Dios, para aumento de la Fè, de la piedad, y de la Religion, y quanto ſe aventage en eſto mas, y mas cada dia, noſotros miſmos lo ſabemos, y tambien lo re-*

Videatur P. Chriſtophorus Gomez in elogijs Societatis.

conoce toda la Republica Christiana. Y no contento con este, y semejantes elogios; sabiendo, que aun proseguia vno de nuestros emulos en morder, y despedazar, si pudiesse, nuestra fama, le avisò severissimamente, que desistiesse de su temeridad, porque le hazia saber, *que èl avia de ser quien tomasse à su quenta la defensa de los Iesuitas, y la vengança de sus afrentas.* Demàs de esto, hablando en otro Breve àlos hijos de la Cõpañia, les dize assi: *Atendiẽdo à los copiosos frutos que hasta aqui aveis producido en la Casa de Dios, y à los que incessantemente producìs con vuestra Religion, integridad, ciencia, y doctrina. &c.* Assi Paulo V. que fue quien puso silencio à esta disputa. Pero no se acabaron en èl los elogios de la ciencia, y doctrina de nuestra Religion; porque Gregorio XV. considerando quan provechosa era à toda la Iglesia, apellidò à la Compañia de Iesvs, *Clarissima por la defensa del nombre Catholico, y por los trofeos, y destruicion de los hereges.* Vrbano Octavo, dixo, *que sus Colegios eran tenidos por generales de la misma sabiduria, en los quales se forjan aquellos alfanges cortadores, con que tantas vezes quedan degolladas, y confusas las legiones diabolicas.* Ibidem.

Quan verdadera sea esta alabança, publicanlo los estragos que ha hecho, y haze continuamente la doctrina Iesuitica en los hereges, convenciendo sus dogmas, desatando clarissimamente sus sofisterias, reduciendo à muchissimos al conocimiento de la verdad, y provocando contra si el odio mas rabioso de los que se endurecieron en su miserable obstinacion. Estos mismos elogios, aunque con diferentes, y siempre honorificas palabras, repiten en sus breves Apostolicos, Inocencio Dezimo, Alexandro Septimo, y Clemente Nono, el qual en la Bula, sobre las Cathedras de Theologia, que tiene la Compañia en la Vniversidad de Alcalà, dize, que poniendose à discurrir como se podrian desterrar de Europa las heregias, ningun medio avia juzgado mas eficaz, que el que los Iesuitas tuvieran Cathedras en todas las Vniversidades, y concluye diziendo: *Vt testantur tot præclara sapientiæ monumenta, quibus litteraria laureantur theatra, & Catholica coronatur Ecclesia*: como lo testifican tantos libros, ò tantos ilustres monumentos de sabiduria, con los quales se miran laureados los teatros, y coronada la Catholica Iglesia.

Assi hablan los Sumos Pontifices de la doctrina de la Com-

Compañia, imitandoles en su aprecio, y en su aplauso los Eminentissimos Cardenales, los Illustrissimos Obispos, y Prelados, y otros innumerables Sapientissimos Varones de todos estados que la defienden, y la siguen como verdadera, y como necessaria para hazer frente à las heregias de nuestros tiempos. Es esto en tanto grado, que el Reverendissimo Padre Bontempi, insigne Theologo de los Venerables Padres Capuchinos, no solo defiende nuestra opinion, como expressa del Serafico Doctor S. Buenaventura; sino que hablando de la cõtraria, dize: *Prædeterminationes in omnibus scholis, & Academijs, extra D. Thomæ scholam, ab omnibus reijciuntur, & exploduntur.* Assi escrive este ocular testigo, de lo que enseñan las Vniversidades de Italia, Francia, y Alemania; cuyos Professores, y Maestros, por hallarse, como en frontera de Calvinistas, Luteranos, y Iansenistas, se valen de las invencibles, y probadas armas de la Compañia; porque estàn ciertos de que la embiò Dios para ruina de semejantes monstruos, segun el testimonio de la Romana Iglesia. De donde se vè, que el aver entrado en otro tiempo esta doctrina en el examen mas exacto, y riguroso, que hasta aora se ha visto, parece fue disposicion de la Providencia, para que represado el impetu de su gloria, corriesse despues mas veloz sobre las plumas de la fama, y llenasse de su aplauso los teatros, y las Escuelas; amedrentada va la tempestad con la imperiosa voz del que por ser Vicario de Christo, puede componer la inquietud sedicioſa de los vientos, y apaciguar el tumultuante vulgo de las ondas.

Bontẽpi in Theologia D. Bonavẽtur. d. 1. de gratia, q. 4.

Encaminòse este Decreto Pontificio à quebrantar de vna vez el impetu de la discordia, poniendo fin à sus passadas borrascas con el Iris triunfante de la paz. Para esto prohibio à los parciales de vna, y otra Escuela todo linage de censuras contra las sentencias opuestas, amenazando debaxo de graves penas, à quien rebelde traspasse vna ley tan atẽta como justa. Y porque en adelante no pudiesse la temeridad buscar su disculpa en la ignorancia, renovò en Espaſia estos edictos el sacro Senado de la Inquisicion, en cuya obediencia se ha esmerado siempre la Compañia de Iesvs, mirãdo como el mayor credito de su razon, la templança, y moderacion de sus palabras. Es verdad, que tal vez no le ha bastado

tado el escudo de tã severo Tribunal, ni el merito de su atenta cortesania, para tener del todo corregida la sinrazon agena, porque algunos ingenios, ò menos noticiosos, ò menos respectivos à los referidos decretos, han provocado en diferentes ocasiones su paciencia con afrentas, y con censuras contra su doctrina. Pero ha cuidado siempre la Santa Inquisicion de assegurarse el respeto con el castigo, condenando diferentes conclusiones, y escritos, en que la pluma se dexò arrebatar de la oculta emulacion, sin advertir, que muestra la flaqueza, ò la desconfiança de sus argumentos, quien pide favor à los oprobrios.

Este fue el fin de tan reñida, y empeñada contienda; este es el estado, en que se mantiene hasta nuestros tiempos, con no pequeña gloria de la Compañia, y de todos sus sabios Hijos, entre los quales, como es el primero nuestro Doctor Eximio, assi le pertenece la principal parte de este felicissimo successo. Mas con ser todo lo referido tan notorio, como lo muestran las determinaciones Pontificias, que intimaron el silencio à las acusaciones de nuestros contrarios, y como lo vozean los escarmientos, y castigos de los que desatienden à tan sagrados preceptos; es de admirar el artificio de vna, ù otra pluma, que porfian en desfigurar de tal suerte los acaecimientos, y los fines de esta controversia, que parezca quedar obscurecida la vitoria, ò ladeada àzia el intento de la Religion Dominicana. Es cierto, que para nuestra minima Compañia, era bastante triunfo el aver solamente medido las armas, y peleado con tan ilustres competidores; y que por esta causa podia blasonar de victoriosa, aun entre los desayres de vencida. Pero aunque de nuestra parte renunciemos la gloria de este triunfo, no es justo queden defraudadas de su honor la razon, y la verdad.

Pretendia la Religion de Santo Domingo persuadir al mundo, y probar en Roma, que nuestra doctrina *de Auxilijs* merecia ser reprobada de la Iglesia; pretendia de la manera que vimos, que los libros de Molina, y de nuestro Eximio Maestro, fuessen publicamente condenados, y anatematizados; pretendia que fuessen llamados hereges, y Semipelagianos, los que dixessen, que la gracia con que obramos, era de su naturaleza indiferente, negandole la eficacia predeterminan-

rante. Pero solicitando esto con todo su poder, y autoridad: què sucediò? Que la Iglesia, despues de tan riguroso examen, en vez de condenar la doctrina de la Compañia, la diò por libre, y segura, contra los empeñadissimos esfuerços de sus acusadores; que no permitiò se borrasse vna letra del libro de Molina, y de nuestro Eximio Suarez: y en fin, que castiga severamente, como à rebeldes à sus mandatos, à quantos se atreven à poner macula en nuestra sentencia, ò à ofenderla con menos decorosas palabras. Es verdad esto, ò es mentira? Si es mentira, mentiran los ojos, y los oìdos, quándo ven, y oyen los Decretos Pontificios, y los castigos de los sacros Tribunales. Y si es verdad, como todos saben, y confiessan; si es verdad, que la Iglesia, en vez de censurar nuestra sentencia la defiende de las censuras; si es verdad, que solicitando nuestros competidores, q̃ se suprimiesse; determinò, y quiso que se divulgasse, y enseñasse en todas las Escuelas Catholicas: y en fin, si es verdad, que despues de tantos conatos, y pretensiones, nada sucediò de lo que pretendian, sino todo lo contrario à lo que deseavan; llamẽse muy en hora buena vencedores: pero sin olvidarse de lo q̃ en otra ocasion dixo con mucha sal nuestro Mariana: *Assi vençan los enemigos del nombre Christiano*: ni de lo que con igual discrecion añadiò al mismo fin nuestro insigne Maestro, y elegante Historiador el Padre Pedro Abarca: *Que el que no consigue nada, y lo pierde todo, bien puede dezirse vençedor; pero no lo puede ser.*

Mariana lib. 24. cap. 10.

Abarca, Rey 19. cap. 12. n. 14.

EL DOCTOR EXIMIO,
Y VENERABLE PADRE
FRANCISCO SVAREZ,
DE LA COMPAÑIA DE IESVS.
LIBRO TERCERO
INTRODVCCION.

SIENDO la edad de los mortales, ò semejante, à no distinta del tiempo que respiran, no es mucho se parezca la reparticion de las edades à las diferencias, en que se dividen los tiempos. Parecese la primera edad à vna florida Primavera por las esperãças que brota; la jubentud al Estio, por las passiones que enciende; la edad varonil al Otoño, por los frutos que produce; y la decrepita al Invierno, por la nevada ancianidad con que se adorna. A esta vltima llegamos ya con el Eximio Maestro, aviendo visto las esperanças con que se enriqueciò quando niño: la moderacion de sus afectos, quando joben; los frutos que llevò quando Varon, à que se siguen los que sazonò, quando anciano. Porque como en algunas regiones se templan de tal suerte el Cielo, y tierra en sus influencias, que forman vn invierno capaz de flores, y de frutos; assi aun en la cana ancianidad se viò coronado nuestro Eximio Maestro de frutos, con que enriqueciò el Orbe literario, y de nuevas flores, que siempre pronosticavan mayores, y mas opimas fecundidades. Tan benigno fue el aspecto cõ que mirò el Cielo aquella grande alma, y tan infatigable el cultivo con que Francisco beneficiò el fertil campo de su fecundissimo entendimiento.

CAPITVLO PRIMERO.

Publica el tomo de Pœnitentia, y defiende con èl la Compañia.

ACabè el precedente libro con el vitorioſo fin, que corono la controverſia *de Auxilijs*, atendiendo à proponer en vna entera, aunque compendioſa imagen aquellos celebres ſuceſſos, por no deſtrozar ſu narracion, atandola à las ſuceſsiones de los años. Por eſſo es fuerça, hazer aora ſobre ella vna breve reflexion, para declarar el origen de otro duro combate, que tuvo ſu principio en aquella lid, y fatigò el ſufrimiento de nueſtro Doctor Eximio. Empeñada la emulacion en deſautorizar el nombre, y la ſabiduria de la Compañia, no ſe contentò con encaminar ſus maquinas contra el punto principal, que ſe controvertia, ſino que ſacò à plaza otra ſentencia, de cuya condenacion ſe eſperò podia reſultar algun borron en nueſtra fama. Eſta fue aquella celebre opinion de muchos antiguos, que afirmaron podia el auſente confeſſarſe por vna carta, y recibir aſsimiſmo por otra del Sacerdote auſente la abſolucion Sacramental: error de quien los contrarios hazian Autores, y propagadores à los Ieſuitas, diziendo que no ſolo le defendian, ſino que tambien le practicavan. Eſta calumnia, que no fue la menor de las que combatieron la Compañia, entonces mas que nunca acoſada de ſus adverſarios, facilmẽte hallò credito en algunos de ellos, los quales, ſegun ellos miſmos eſcriven, procuraron, y conſiguieron, que el Pontifice eſgrimieſſe la eſpada de ſu autoridad contra tã perniciosa ſentencia, cuya juſta condenacion les parecio ſeria feliz anuncio, de que verian preſto herido del miſmo rayo nueſtro ſentir, acerca del influxo de la divina gracia.

Mas para fruſtrar eſta perſuaſion, y deſvanecer los falſos rumores, que contra la doctrina de los Ieſuitas tomavan cuerpo en la credulidad del vulgo, diſpuſo el Cielo, que en la miſma ſazon eſtuvieſſe ya à punto de ver la publica luz el tomo *de Pœnitentia*; parto nobiliſsimo de aquel grande entendi-

dimiento, con que enriqueciò Dios à nueſtro Doctor Eximio: el qual, llegando à la ſentencia recientemente condenada, eſcrive con religioſa ingenuidad los Autores, que en otro tiempo la enſeñaron, contando entre los demàs, a muchiſsimos Varones de la eſclarecida Orden de Santo Domingo: por todos los quales baſta el teſtimonio de Fray Pedro de Soto, *de Inſtitutione Sacerdotum, lect.* 11. donde hablando de eſta opinion, dixo: *Quam tenent plures noſtrum*, y donde añadiò, que con ſeguridad podia ſer practicada. Mas el Padre Suarez, aunque confieſſa, que aviendo tratado no vna ſola vez eſta doctrina, nunca ſe avia atrevido à cenſurarla, por el reſpeto debido à ſus Autores: *Et præcipuè propter authoritatem antiquorum Thomiſtarum*; con todo eſſo afirma, que ſiempre la avia juzgado por falſa, y rechazadola, como à tal, en todos ſus eſcritos. Y porque nadie pudieſſe poner dolo en ſu fè, quiere ſe lea el tratado *de Pœnitentia*, dictado publicamente en Alcalà, el año de 1588. y el que mas proximamẽte avia leido el año de 1598. en la miſma Vniverſidad de Coimbra, donde al preſente ſe hallava: los quales, por andar en las manos de todos, moſtravan bien, quanto le avia deſagradado ſiempre la referida ſentencia: y añade, que contra ella ſentian, y enſeñavan comunmente los demàs Maeſtros de la Compañia. Dize mas, que aunque ſu moderacion, y modeſtia le avian prohibido haſta allì el cenſurarla; con todo eſſo en adelante ſe deben fulminar contra ella las palabras del Sumo Paſtor Clemente Octavo, que la califica à lo menos de falſa, temeraria, y eſcandaloſa, ſiguiendo en todo lo que nos enſeña la verdad irrefragable de la Apoſtolica Silla. De eſta ſuerte el Eximio Doctor hizo patente al mundo, que la condenacion de eſta falſa opinion no podia deſdorar, ſino antes bien acreditar la Compañia, cuyos Maeſtros ya antes la refutavan; conſiguiendo à vn tiempo, reconocieſſen todos, que à ninguno tocava mas de cerca la reprobada doctrina, que à los miſmos, que procuraron ſu juſta condenacion, y que ſucedia en eſta lo que en las demàs tempeſtades, cuyas enojadas nubes, quando diſparan contra otros ſus rayos, ſe despedazan à ſi miſmas, y à coſta de ſu daño propio, intentan infructuoſamente el ageno.

Vide P. Suarez, diſp. 18. de Pœnit. S. 3. & Raymaudum de conf. Epiſtolari.

Siendo eſto tan notorio à los que manejan los libros, no

sè, si se debe escuchar con admiracion, ò con risa, lo que en nuestro tiempo escrivio vn moderno, bien conocido en el tratado *de Pœnitentia*; donde afirma intrepidamente, que ningun Autor Dominico enseñò jamàs tal sentencia. Pero esto ya se ve, que es tanto, como querer se borren del numero de sus Escritores, à Soto, y à otros muchos, que con èl alega el Padre Suarez: como si fuera afrenta de Varones doctos, el errar alguna vez en sus juizios; y como si fuera necessario desterrar del Cielo los Astros, porque tal vez se observò algun error en sus lucidissimos movimientos. Es cierto, que los referidos Autores de la gran Familia de Santo Domingo fueron muy señalados en sabiduria, y Religion. Es tambien notorio, que Adriano, Ricardo, Palacios, Navarro, y otros que les imitaron en el mismo sentir, fueron conocidos igualmente por su doctrina, y por su piedad; pero tambien es constante, que ni su piedad, ni su doctrina se puede envilecer por aver juzgado en otro tiempo verdadero, lo que despues se averiguo que era falso, porque en los hombres andan juntos el saber, y el ignorar; y ay gran distancia entre el saber mucho, y saberlo todo. Pero no se contenta el referido moderno, con disculpar à los Autores Thomistas; sino que convierte su enojo, y su acusacion contra los Iesuitas, afirmando fueron ellos, sino los Autores, à lo menos los Erectores de la opinion condenada, y que la defendieron en acres, y frequentes disputas, en las Vniversidades de Valladolid, Salamanca, y Alcalà. Pero estas son vnas fabulas tan notorias, que no merecen la impugnacion, sino el desprecio; porque no teniendo mas autoridad que la colera de quien las dize, necessitava su Autor de ser menos apasionado, para que como vn nuevo Pitagoras fuesse creido, sin otra averiguacion. Y mas quando para colorir este engano, siendo tantos los Autores Iesuitas, solo se atrevio à citar por esta sentencia al Padre Sà, y al Padre Henriquez. Pero el Padre Sà, que en vna impression la puso por probable, en otras dos ediciones de su brevissima suma la retratò, y rechazò, dos años antes, que fuesse condenada por la Iglesia. El Padre Henriquez, hablando de la absolucion Epistolar, en el libro primero *de Sacramentis*, capitulo octavo, la reprueva, como contraria à los Concilios, y à los Santos Padres. De suerte, que no se hallarà entre los Iesui-

Iesuitas, quien escrivieſſe ſobre eſta opinion, que no la rechazaſſe como falſa; y con todo eſſo han de ſer ellos los que la erigieron, ò los que ſepultada la deſenterraron? Aſsi lo publica eſte moderno, el qual, ſin duda, ò no leyò los Autores que alega, ò leyò en ellos, no lo que dizen, ſino lo que deſeava que dixeſſen.

Pero aun no es eſta la mayor, y mas ſenſible de las ficciones. Introduce tambien al Padre Suarez, como aſuſtado, al eſcuchar ſe avia condenado eſta opinion, y cuidadoſo de buſcar alguna evaſion à la cenſura Pontificia, para mantener ſu antigua ſentencia. Rara animoſidad de eſcrivir! El Padre Suarez antes de dar à luz el tomo *de Pœnitentia*, en que vnicamente trata eſtos puntos, vio el Decreto de Clemente, cõtra la ſentencia de que hablamos, y conformandoſe con èl, la llama en la diſputa 19. falſa, temeraria, y eſcandaloſa. Pues ſi el Doctor Eximio, aun no avia tratado eſta opinion en ninguno de ſus libros; como, ò porque ſe eſtremeciò tanto al verla condenada? Si en el tomo *de Pœnitentia* la cẽſura, y califica de eſcandola, y temeraria; como en eſſe miſmo buſcaria evaſiones para mantenerla?

En fin, porque el Padre Suarez no ſe eſcapaſſe de los tiros, que contra ſu fama fabricò en ſu fantaſia eſte moderno; paſſa à hazerle Autor de vna ſentencia tan extravagante, que ſe puede poner en duda, ſi cupo en algun humano entendimiento. La ſentencia, es dezir, que es licito à qualquiera, ſin neceſsidad alguna, eſcrivir ſus pecados al Confeſſor, y, puesto deſpues en ſu preſencia, aunque ſin dar muestras de dolor, ni ratificar con alguna ſeña la confeſsion referida, recibir la abſolucion Sacramental. Cita por eſta opinion al Padre Vazquez, à nueſtro Eminentiſsimo Toledo, y à otros Autores; pero no ſeñala los lugares donde la defienden, ni era poſsible ſeñalarlos; porque todos vniformemente afirman lo contrario por indubitable, como ſe podrà ver en los que ſe apuntan à la margen.

Dà tambien por Autor de eſta ſentencia al Padre Suarez, contra quien ſe dirigen principalmente eſtas vaniſsimas maquinaciones. Y añade, que aſsi èl, como los referidos Eſcritores, fueron condenados de Clemente Octavo, por defender eſta opinion en ſus libros, y que ſobre ella fue toda la con-

Cardi-nalis Toletus, lib. 3. Summæ, cap. 6

6. *dicit:* *La cõfeſſion del auſente, por carta, es nula.* P. Vazquez, t. 4. in 3. p. q. 91. dub 2. *Nueſtra ſentẽcia es, que al Sacerdote auſẽte de ninguna manera ſe puede hazer confeſsion.* Vide verba latina apud ipſos. P. Suarez, rom. de Pœnitentia, d. 21. ſ. 3. n. 6.

contienda, que acerca de eſtos puntos huvo contra el Padre Suarez, no ſobre la ſentencia de abſolver al moribundo, ſegũ que engañoſamente refiere nueſtro Raynaudo. Verdaderamente es neceſſario tener aqui preſente toda la modeſtia del Eximio Doctor, para contener el impetu de la pluma, irritada con la enormidad de eſte agravio; y mas quando la juſtificacion de la defenſa podia hazer inocentes los enojos. Pero porque no es facil entenderſe con las iras, ſin piſar la margen de la paſsion, y del exceſſo; ſolo me contentarè con moſtrar manifeſtamente, que el Padre Suarez no enſeñò la doctrina, que tan injurioſamente ſe le imputa. Conſta eſto de la diſputa 21. *de Pœnitentia*, donde dize aſsi: * *Abſolutamente* no es „ licito vſar de eſcrito, ni de otras ſeñas en la confeſsion, de„ xando de pronunciar los pecados con voz humana: porque „ èſta ſerìa mudãça grave, y en coſa, que de ſuyo pertenece al „ modo conveniente de perficionar el Sacramẽto: y por eſſo „ no ſe puede hazer, ſino con pecado de ſu naturaleza *grave*.* Todo eſto dize el Doctor Eximio, condenãdo por culpa mortal el confeſſarſe, aun en preſencia, ſin exprimir ſus pecados con la voz. Pues quien ſerà el que, contra vna verdad tan palpable, ſe atreve à dezir, que el Padre Suarez, el Padre Vazquez, y el Cardenal Toledo fueró condenados en el Tribunal Romano, por afirmar podia vno voluntariamente cõfeſſarſe en auſencia, y por carta, ſin dezir à boca ſus pecados al Confeſſor, ni dar ſeñas algunas de ratificar la precedente confeſsion; no aviendo perdido, como ſe ſupone, el vſo de los labios? No ay duda, que con ſolo poner aqui el nombre de el moderno, que eſto eſcrive; quedarìa baſtantemente caſtigada, ò ſu malicia, ò ſu inadvertencia; pero me contentarè con aver deſvanecido el engaño, ſin hazer caſo de ſu Autor.

CAPITVLO II.

Como interpretò el Decreto Pontificio acerca de la confesion Epistolar, y del principio de vna nueva borrasca.

AVnque nuestro gran Maestro defendiò la causa de la Compañia con su acostumbrada modestia, y admirable sabiduria, con todo esso, como en el mar alborotado, por mas que se quebranten vnas olas, buelven à renacer, y à encrespàrse con mas furor otras muchas; assi se levantaron aora contra Francisco mas turbulentas las ondas, formando vna borrasca tanto mas peligrosa, quanto menos temida. Avia declarado con religiosa ingenuidad los Autores de la sentencia, poco antes reprobada; y en vez del aplauso que merecia su erudicion, provocò contra si las iras de algunos, à quienes fue muy desabrida, y amarga esta verdad. Tomaron estos ocasion para el despique de vna doctrina de el Padre Suarez, la qual siendo al presente de casi todos aprobada, pareciò entonces temeraria, y escandalosa. Mas porque en este punto se ha mancomunado la malicia con la ignorancia, para el descredito de tan sublime Varon, propondrè, casi à la letra, quanto sobre èl escriviò, porque en la luz de su doctrina queden deshechas, ò avergonçadas las ciegas sombras de la malignidad. Propone en la disputa 21. de este tomo *de Pœnitentia*, el celebre caso de vn moribundo, que aviendo pedido confession, con muestras de arrepentimiento, pierde el vso de los sentidos. Passa luego à inquirir, si llegãdo despues vn Sacerdote, y certificado del precedente deseo de confessarse, por el testimonio de los circunstantes, puede concederle la absolucion Sacramental de sus pecados.

Antes de resolver esta duda, advierte, que *per se loquendo*, y abstrayendo de tan vrgente necessidad, es necessario, que el Sacerdote oyga la confession de boca del penitente, y que se mancharia con grave culpa, quien voluntariamente presumiesse invertir el estilo de confessarse con voz sensible, y en

P. Suarez disp. 21. de Pœnitentia.

y en presencia del Sacerdote. De donde se vè quan agéno estuvo el Padre Suarez de la impostura, que en el precedente capitulo dexamos referida. Despues de tan prudente advertencia, resuelve el caso del moribundo, y afirma puede, y debe ser absuelto del Sacerdote, noticioso de la voluntad de confessarse, y muestras de arrepentimiento, calificando esta por confesion suficiẽte, en este lãçe, en que otra mas expresiva, es imposible Empeñase en defender esta sentẽcia tã llena de piedad, y favor para las almas; fortalecela con testimonios vrgentisimos de Concilios, y Padres: ilustrala con la razon, y cita por ella graves Theologos, por conciliar en su abono todos los momentos de recomendacion, y autoridad.

Pero si la confesion que hizo este moribundo precedió à la venida del Sacerdote, ya parece, que vna confesion hecha en ausencia del Sacerdote bastàra, en este caso, para componer el Sacramento, contra lo que definiò el Pontifice acerca de la confesion entre los ausentes. No se ocultò este reparo à la comprehension, y perspicacia del Padre Suarez; antes le excita, y le desata por estas palabras: * *Empero* se puede temer no sea que la declaracion Pontificia de Clemente Octavo contra la confesion de los ausentes, parezca derogar, ò contradezir en algo à la opinion de absolver al moribundo. Porque el Pontifice condena esta proposicion: *Es licito por carta, ò mensagero confessarse Sacramentalmente con el Sacerdote ausente: & ab eodem absente absolutionem obtinere*: y recibir del mismo ausente la absolucion. Donde parece condena por ilicitas ambas partes; conviene à saber, la confesion, y la absolucion, estando ausente el penitente del Sacerdote.

Iuzgo con todo esso, (prosigue el Venerable Padre) que no fue la mente de su Santidad tratar de la opinion de dicho moribundo, sino solamente de aquella, que afirma, se puede el Sacramento de la penitencia consumar entre Sacerdote, y Penitente ausentes: y assi que aquella conjuncion *Et* de la prohibicion Pontificia no se ha de tomar *divisivè*, sino *complexivè*; y que la condenacion fue principalmente por aquellos, que dezian, se podia dar la absolucion en *ausencia*. * Hasta aqui el Doctor Eximio: el qual expresissimamente afirma, ser reprobada toda absolucion da-

dada en ausencia; y esto lo confirma luego con el tenor de su forma, cuyas palabras, *Ego te absolvo*, denotan presencia de quien habla, y quien escucha. Reprueva tãbien toda confession hecha voluntariamente en ausencia del Sacerdote; y solo admite por suficiente la q̃ hizo el moribundo en aquel trãce de la vltima necessidad: y aun esta (como despues advirtiò èl mismo) no la llama confession en ausencia, aũque la califica de suficiente, llegando despues à informarse el Sacerdote, de la manera que entonces es posible. En fin, para concluir este punto con todos los primores de la humildad, y respeto, le corona el Padre Suarez con estas obsequiosas, y reverentes palabras: *Con todo esso sugeto està mi declaracion, à la censura del mismo Santissimo Padre, como tambien, quanto se contiene, assi en esta, como en las demàs obras mias.*

No parece se podia desear en la doctrina de Francisco, mayor apoyo de razon, y autoridad, ni en su interpretacion mayor humildad, y reverencia al Sumo Pontifice, à quien tan rendidamente sugetava aquella, y las demàs sentencias. Pero con todo esso permitiò el Cielo, que muchos tratassen su sentencia, como perniciosa, y su interpretaciòn como irreverente, y atrevida à la Apostolica Silla, levantando vna tan deshecha tormenta, que obscureciò la luz por mucho tiempo; y no bastò à serenarla, ni la razon, ni la modestia, ni la gravedad de tan insigne Doctor. Aun hasta el dia de oy emplean contra èl su atrozidad algunas plumas, que no atreviẽdose ya à impugnar su doctrina, pretenden poner manchas en su fama: semejantes, sin duda, à aquel animal, de quien se escrive, que no pudiẽdo ofender à los cazadores con sus torcidas puntas, les arroja vn humor negro como tinta, ardiente como fuego, y horrible como la estigia.

Saliò à luz el tomo, y la doctrina referida del Padre Francisco, y aunque en los mas hallò el aplauso que merecia, experimentò en otros los rigores que no esperava. Vnos, se armaron contra la opinion de absolver al moribundo, que en ausencia del Sacerdote diò señas de penitencia, diziendo, que era falsa, y contra la nueva declaracion del Pontifice, y que como à tal, debia su Santidad prohibirla. De estos fueron algunos Religiosos Dominicos, y sobre todos el Maestro Alvarez y Nuño Cabezudo, el qual con mas fuerte, y sañuda

Davila Coque Cãdid Petrus Fay.

acervidad que ningun otro no dudò calificar la referida opinion de temeraria, escandalosa, y proxima à error. Otros, ademàs de la doctrina, se irritavan contra la explicacion, que el Venerable Padre avia dado al decreto Pontificio, diziendo, que si vna vez se afirmava no caer la prohibicion sobre entrambas partes tomadas de por si, sino sobre la junta de las dos, se podia dezir, que como era licita la confesion in absencia, con tal, que la absolucion fuesse en presencia; assi por el contrario seria licita la absolucion dada al ausente, con tal, que la confesion se huviesse hecho antes en presencia: lo qual era tanto como enervar toda la fuerça del decreto Pontificio. Ni se hazian cargo de que el Eximio Doctor expressamente avia cautelado esta obgecion, advirtiendo, que la condenacion Pontificia, caìa sobre las dos partes *copulativè*, pero de tal suerte, que aunque en el caso de extrema necessidad era licita, y provechosa la confesion de el moribundo, llegando despues el Sacerdote; con todo esso era invalido, y prohibido en todo acontecimiento el consumar el Sacramento con absolucion en ausencia; à la qual mirava principalmente la declaracion de su Santidad, sin poderse hazer consequencia de la vna à la otra. *Præsertim*, (añade sabiamamente en el lugar citado) *quia forma habet præscripta verba; non tamen confessio*. Principalmente aviendo esta diferencia entre la confesion, y la absolucion, que la confesion no tiene palabras señaladas; pero la forma de la absolucion pide necessariamente aquellas palabras: *Ego te absolvo*; las quales denotan, presencia del Sacerdote, que habla con el Penitente.

Bien se vè, que esta docta advertencia avia cerrado el camino à todos los reparos opuestos; pues declarava segun el decreto Pontificio por nula en todo Evento la absolucion dada al ausente; pero si la debilidad de los humanos ojos sabe fingir manchas en el Sol que ilustra todo el Cielo, como se verà libre de estos descreditos la luz, aunque sea la mas brillãte de la tierra? Otros, en fin, levãtavan mas el grito contra nuestro Venerable, y Santo Maestro, diziendo, que el Pontifice mientras vive, es Oraculo, à quièn se debe oìr con rendimiento, pero no interpretar con temeraria presuncion; y que avia sido injuriosa ofiadia contra el Vicario de Christo intro-

introducirse à descifrar sus resoluciones, y decretos, quando su propia lẽgua podia ser interprete de su pluma. Por lo qual, sin darse por entendidos de la sumission, con que el P. Suarez concluìa toda su doctrina, poniendola con las demàs obras suyas à los pies de la Romana Iglesia; clamavan, que el Pontifice no zelarìa su decoro, si en Suarez, y en sus escritos no executava vna demonstracion, cuya severidad dexasse bien asslegurado el escarmiento.

CAPITVLO TERCERO.

Es delatada la doctrina, y la interpretacion del Doctor Eximio.

ESte nublado que parece se formava de la razon, de la prudẽcia, y del zelo, con cuyas apariẽcias sabe muchas vezes disfrazarse el interès, y la passion; tomò mas cuerpo entre los emulos de Francisco, de los quales avia algunos en Coimbra, q̃ conservavan, aun en el corazon, el veneno de la embidia, por ver que ocupava la primera Cathedra de aquella Escuela. Y aunque su eminente sabiduria, y cortesissima modestia avia podido enfrenar sus palabras; pero no del todo sus ocultos sentimientos. Ellos, pues, que, à semejança de la fiera que matò Sanson, ostentando la miel en los labios, alvergavan la corrupcion rabiosa en sus entrañas, arrojaron el fuego de la embidia à Castilla, adonde tambien avia espiritus, no menos atentos à observar quanto podia deprimir à los Iesuitas. Vnieron todos sus consejos, y sus industrias para esta empressa, y de comun acuerdo resolvieron se delatasse el libro de Francisco ante el Nuncio de su Santidad, que residia en España, y se llamava Dominico Gymnasi; luego por dar mas calor, y fuerça à la delacion, la presentaron tambien en Roma ante el Pontifice Clemente Octavo: acriminando por falsa la doctrina de Francisco, su interpretacion por peligrosa, y principalmente por arrojada, y atrevida contra su Santidad, exagerando el averla publicado sin su consulta, por saber que este punto avia de ser muy eficaz para provocar las indignaciones del Papa. Ha-

llavaſe entonces Clemente no bien afecto à la Compañia, y deſazonado agriamente con ſu General, el Padre Claudio Aquaviva, à quien, contra los eſtilos de la Religion, y determinaciones de nueſtro Santo Patriarca, apretava para que ſaliеſſe de Roma, y viſitaſſe ſus Provincias de Eſpaña.

Avia tambien manifeſtado ſu inclinacion àzia los Padres Dominicos, que entonces con ſumo ardor diſputavan contra la Compañia en la controverſia *de Auxilijs*: y recibiendo aora eſta nueva acuſacion contra vn Ieſuita, veſtida con tantas apariencias de oſſadia, contra ſu decreto, y autoridad, ſe multiplicaron las cauſas de ſu enojo, y las razones para mirarle como juſtificado. Mandò, que la doctrina del Padre Suarez fueſſe rigoroſamente examinada, ſeñalando para eſte efecto tres Cenſores, à cuya prudencia, y ſabiduria pudieſſe fiar los aciertos de la reſolucion. Vno de ellos fue el Cardenal de Monopoli, q̃ de la venerable aſpereza de los Padres Capuchinos avia paſſado al ſacro Colegio de los Iluſtriſsimos, y aora Eminentiſsimos Cardenales, trocando los horrores del ſaco por el reſplandor de la Romana Purpura. Los otros fueron dos Religioſos Dominicos, porque ſi bien muchos Maeſtros de eſta iluſtre Familia ſe avian declarado contra la doctrina de Franciſco, con todo eſſo debiò de ſer tan ſegura, y acreditada la integridad de eſtos ſabios Iuezes, que no ſe podia rezelar en ſus dictamenes, ni en el interès, ni la paſsion. Entrò, en fin, el libro del Eximio Doctor en eſte ſevero Tribunal, teniendo muchos que le acuſaſſen, y ninguno que le defendieſſe; porque ſu Autor de quien debia eſperar ſu patrocinio, ſe hallava impoſsibilitado, aun mas que en la diſtancia de Portugal, en la ignorancia de ſu rieſgo. Hizoſe rigurosa Inquiſicion de todos los apizes de ſu doctrina, peſando la probabilidad, aſsi de la ſentencia de abſolver al moribundo, como de la interpretacion al Pontificio decreto. El termino de tan exactas averiguaciones, fue dezir à ſu Santidad, que en la ſubſtancia de la doctrina, no hallavan razon baſtante para que fueſſe condenada por la Sede Apoſtolica; pero que ſeria conveniente, y juſto el mandato, de que ſe deſmembraſſe de eſte libro la ſeccion, en que proponia el Padre Suarez la reſolucion de eſta duda. El motivo de eſta ſeveridad, parece ſe fundò en no aver conſultado al ſupre-

premo dictamen de la Iglesia, antes de dar à la estampa vna doctrina, en que era preciso interpretar el reciente decreto de su Santidad, cuyos Oraculos no se avian de fiar à otra inteligencia, mientras podia declararlos su voz. Que para escarmentar semejantes licencias, y mantener en su respeto, y vigor lo determinado contra la confession Epistolar, parecia necessario este castigo, pues en la mortificacion de vna persona privada hallarian otros Escritores el aviso de su obligacion. Oyò Clemente el parecer de sus Censores, acreditò la razon de sus motivos, y resolviò, que la seccion referida no permaneciesse en el libro del Padre Suarez, sin passar à la calificacion de su doctrina, ni pronunciar censura alguna sobre la verdad, ò falsedad de su sentencia.

Aunque este decreto no se publicò juridicamente en España; con todo esso apenas se escuchò en Roma, quando los que le esperavan para colocarle entre sus mayores trofeos, le esparcieron por todas las regiones de la Christiandad: llegãdo con la distancia tan desfigurado, que no siendo mas que vna determinacion judicial, sonava ya en las vozes de la ignorancia, como definicion Pontificia, y doctrinal, contra lo que el P. Suarez avia escrito en el tomo *de Pœnitentia*. Cobrò entonces mas fuerça este torpe error en la malicia apassionada contra nuestra Compañia, cuyos descreditos tienen tan facil acogida en el engaño, y en la credulidad del vulgo. Hallavale el Padre Suarez à esta sazon, atendiendo con desvelo infatigable à la publicacion de vn nuevo tomo *de Censuris*: obra de incomparable vtilidad, en que se ven iluminadas las fuertes armas de la Iglesia con el resplandor clarissimo de su sabiduria. Y al tiempo en que sus obsequios le podian prometer mas segura la benignidad de la Apostolica Silla, permitiò el Cielo sintiesse el inopinado golpe de su rigor. Oyò la determinacion, de que se borrasse su doctrina, reconociò la cavilosa astucia, con que sus emulos avian provocado contra su persona las indignaciones del Papa, representandole, como ossadia, lo que en su dictamen avia sido sumission, y rendimiento.

Viendo, pues, que la primera noticia de su inadvertencia, se la dava la execucion del castigo, no pudo negarse à las instancias del sentimiento natural, aunque sin olvidarse de

la

la reſignacion. No le afligia mucho el deſdoro de ſu perſona; pero le congojava ſobre manera el deſcredito de ſus hermanos, y el daño de toda la Compañia, conſiderando avia irritado al Pontifice Clemente, quando mas neceſsitava de ſu benevolencia para la defenſa de la cauſa, y de la doctrina comun de toda ſu Eſcuela. Crecian demàs de eſto las ocaſiones de ſu dolor con los gritos de la embidia, que aprovechandoſe de la oportunidad, pretendia tomar vengança de ſus paſſados aplauſos ſepultandolos en la publicidad de ſu afrenta. Tratavan muchos à Franciſco como à hombre caſtigado por el Romano Tribunal, y querian paſſaſſe por obſequio del Vicario de Chriſto, la ofenſa de la caridad Chriſtiana, afilando contra ſu fama el corte de ſus plumas, y la atrocidad de ſus lenguas. El menos deſtemplado calificava de atrevida ſu interpretacion, otros de eſcandaloſa ſu ſentencia, no pocos de temeraria, y algunos de erronea, y hereтica; y aviendo ſido Franciſco tan modeſto, y comedido para con todos, apenas hallava modeſtia, ni comedimiento en alguno.

Vioſe aqui heroycamente cumplida aquella Profecia del Venerable Padre Balthaſar Alvarez, que en otra ocaſion dixo à vn diſcipulo del Padre Suarez: *Vueſtro Maeſtro ſerà aora mas eſpiritual, y mas perfecto, porque empieza à ſer perſeguido.* Eran entonces aquellos golpes, bien que ſenſibles, no mas que preludio de otros mas fuertes: y aſsi tambien no fueron mas que vn enſayo de los grandes exemplos con que en el fuego de eſta terrible tribulacion reſplandecio ſu conſtancia, y ſe refinò el metal precioſiſsimo de ſu paciencia. En primer lugar adorò la mano que le caſtigava, como regida de ſuperior impulſo, y recurriendo al acoſtumbrado aſsilo de ſu oracion, ſe arrojò en los brazos de la piedad divina, ofreciendoſe, como voluntaria victima, à las diſpoſiciones mas ſeveras de ſu providencia. Aqui hallò la tranquilidad, que le negava la borraſca de ſus penſamientos, armados para anegar ſu corazon con el repentino tropel de ſus deſcreditos, y afrentas. Porque conſiderando el paternal amor, con que mira Dios por ſus criaturas, y las felicidades, que diſpone à ſus eſcogidos en el duro afan de los mayores trabajos, empezò à reſpirar ſu corazon, en medio de ſus ahogos, como ſi ſe hallàra en vn pielago de ſuavidades, y delicias. Bolviò los ojos al origen

gen del ſubito accidente de ſu fortuna, y acordandoſe de la ingenua ſinceridad, con que avia manifeſtado ſu ſentir, ſugetandole con humilde rendimiento al dictamen del Sumo Paſtor, ſe conſolava, y recreava ſobre manera, porque no hallando culpada ſu voluntad, mirava el caſtigo, como corona de ſu inocencia. De eſta oracion ſaliò Franciſco tan animoſo, y ſuperior à los golpes de ſu infortunio, que ya le mirava como felicidad, repitiendo à los que ſe compadecian de ſu pena, aquel ſu proverbio familiar: *Todo por mejor, todo por mejor*: como quien ſabìa, que quanto diſpone, ò permite la providencia, paſſa por el regiſtro del amor divino, y que no vienen de ſu mano las deſgracias, ſino para que ſe hagan merecimientos en la conformidad. Otras vezes, diſcurriendo en las conſequencias de eſte ſuceſſo, y el deſcredito que reſultarìa à ſus eſcritos, viendo truncada, ò borrada ſu doctrina, ſolia dezir con grande afecto: *En fin, no ay mal alguno, ſino el pecado*; conſolandoſe aquella grande alma, con el teſtimonio de ſu puriſsima conciencia, y enſeñandonos à no acuſar de infauſta nueſtra fortuna, quando nos aſſegura Dios la mayor de todas las felicidades, en la preſervacion de ſus ofenſas, pues no puede ſer nueſtro mal mui exceſsivo, quando ſe aviene en el alma con el ſumo bien.

CAPITVLO QVARTO.

Procura el Padre Suarez ſatisfacer al Sumo Pontifice, y padece vn grave rieſgo de ſu vida.

AVnque el Padre Suarez hazia merito de ſu dolor, y ſe labrava del diamante de ſu paciencia muchas coronas à ſu gloria; con todo eſſo parecio à ſus Superiores, que no dexaſſe ſu fama expueſta à los tiros de la emulacion, ſino que informaſſe de ſi, y de ſu doctrina à Clemente Octavo, ò para deſengañarle con ſu inocencia, ò para ſatisfacerle con ſu humildad. Rindioſe Franciſco al dictamen de la obediencia, y tambien à la obligaciõ de procurar ſe aclaraſſe vna doctrina, que no ſolo juzgava verdadera, ſino neceſſaria para la felicidad eterna de las almas.

mas. Començò à eſcrivir un docto comentario ſobre la opinion de abſolver al moribundo, contenida en la ſecciõ quarta, que ſe mandava ſeparar de ſu libro. Moſtrò claramente, que era conforme à la inſtitucion del Sacramento, y que por tal la avian aprobado los Pontifices en ſus decretos, los Concilios en ſus canones, y graves Theologos en ſus eſcritos. De aqui paſsò à dar razon de aver interpretado la mente del Põtifice, y las palabras de ſu decreto contra la confeſsion Epiſtolar. Aſſentò lo primero, como indubitable, que eſta nueva determinacion no derogava, ni ſe oponia à las antiguas; que el tenor de ſus vozes no excluìa por inſuficiente la confeſsion del moribundo, antes que llegaſſe el Sacerdote, con tal, que informado de ella, le dieſſe en preſencia la abſolucion Sacramental. Que en eſto ſe cifrava toda ſu doctrina, y à eſſo mirava vnicamente ſu interpretacion; la qual no avia conſultado primero con ſu Beatitud, aſsi por la ſinceridad, con que avia procedido en materia tan aſſegurada, y favorecida de la Igleſia; como porque llegando à Coimbra la noticia de ſu nuevo decreto, quando ya ſu libro eſtava para deſpedirſe de los moldes, la preciſion tan apretada del tiempo no avia permitido cautelar con la conſulta eſte reparo. Pero añadio exemplos, aſsi antiguos como modernos, de los que avian declarado el ſentido de las determinaciones Eccleſiaſticas, ſin ofenſion de los Pontifices ſus Autores, que aun viviã; porque obſervando el reſpeto, y ſugecion, que èl avia expreſſado en ſu doctrina al ſupremo juizio de la Igleſia, no ſe podia calificar èſte por delito, ſino por empleo comun de los Eſcritores Catholicos. En fin, concluìa, que ſi en ſu doctrina, ò en ſu interpretacion ſe notava algun yerro; èſte podria perdonarſe con benignidad, à la manera que ſe diſimulan otros ſemejantes en los Eſcritores antiguos, cuyos libros perſeveran intactos, porque erraron de inadvertencia, no de malicia. *Y en eſte particular* (dize el Padre Suarez) lo miſmo juz-
„ go delante del Señor, que me ha ſucedido à mi; y ſi vueſtra
„ Santidad no quiſiere, que ſe admita mi interpretacion, yo
„ ofrezco deſde luego retratarla, haziendo para ello nueva
„ impreſsion de eſte libro, porque en eſto yo no tengo difi-
„ cultad alguna, ſino ſolo deſeo evitar la infamia de inobe-
„ diente à vueſtra Beatitud, y arrojado en la doctrina. Y eſto

no

no por mi, ſino por mi Religion, y por la vtilidad de mis *trabajos*. * Con eſta reſignacion, y humildad hablava el Eximio Padre al Sumo Pontifice, aclarãdo por vna parte la verdad, y por otra deſmintiendo los arrojos, y oſſadias, con que le avia deſacreditado la calumnia.

Pero mientras Francisco ſe deſvelava en defender no tanto el honor de ſu perſona, como el de toda la Compañia, aconteciò vn eſtraño accidente, que deſcubriò todos los eſfuerços de ſu tolerancia en las injurias propias, y de ſu fina compaſsion en las agenas. Llegaron algunas cartas à Coimbra con aviſo de lo que en diferentes partes padecian los Ieſuitas, por la malignidad de ſus contrarios, los quales haziendo alarde del decreto Pontificio contra el Padre Suarez, embolvian en la eſpeſa nube de ſus afrentas la inocente fama de toda ſu Religion. Dezian que los Ieſuitas turbavan la tranquilidad de la Igleſia con ſus contencioſas porfias, que ſe atrevian con ſutiles diſcurſos à enervar la eficacia, y vigor de las determinaciones mas ſagradas; que ya el Pontifice, impaciente de ſus arrojos, avia puesto freno à ſus demaſias, y en fin, que preſto ſe verìa ſu vengadora dieſtra fuiminar juſtos rayos cõtra ſus peligroſas novedades, acerca delos influxos de la gracia. Al oyr el Padre Suarez tan ſenſibles noticias, conſiderando que èl miſmo avia ſido la ocaſion de las ignominias, y baldones que padecian ſus hermanos, fue viviſsimo el dolor que penetrò ſu compaſsivo corazon. Atendia à la razon de tan piadoſo motivo, y por eſſo diò mas libertad al ſentimiento. Bien que llamandole tantas cauſas à la quexa, y aun à la ira, con todo eſſo nunca ſaliò de ſus labios, ni vna voz avrarada, ni vna palabra, que levemente pudieſſe deſdorar à ſus enemigos. Antes reprimiendo todos los impetus de la naturaleza, los ſepultava dentro de ſu pecho, donde, como en firme roca, ſe deshazian los embates de tan violenta tempeſtad. Solo en la mayor fuerça de ſu dolor, tratando de eſtas coſas, le oyeron repetir algunas vezes: *Què podemos hazer noſotros, ſi Dios aſsi lo quiere? Boluamonos à ſu Mageſtad con verdadero corazon*. De eſta ſuerte ſe arrojava en los brazos de la divina voluntad, reconociendo eſtas afliccciones, como diſpoſicion de ſu oculta, aunque ſiẽpre amable, providencia, y buſcando el mas eficaz remedio, en la mano que fulminava ſu caſtigo.

Pero ſi haſta los marmoles mas indomables, y duros ſe dan por entendidos à la porfiada ſucesion de menudas gotas; como tantas avenidas de tribulacion podrian dexar de hazer mella en el corazon amoroſo de Franciſco? Eſtava fortalecido de vn animo firme, y robuſto; pero al fin, como dezia de ſi miſmo el Santo Iob, no era de metal, ſino de carne. Rendida, pues, la naturaleza al peſo de ſu afliccion, por ver padecer à ſus Hermanos, moſtrò con vn efecto ſingular, el exceſſo de ſu amoroſa compaſsion. Combatian dentro de ſu pecho los esfuerços de ſu conſtancia, con los afectos de ſu ternura, y deſtemplandoſe en tan dura contienda la harmonia, y concierto de ſus humores, le ſobrevino vn fluxo de ſangre tan copioſo, que puſo en manifieſto rieſgo ſu vida. Acudieron promptamente con remedios; pero en ſu ineficacia empezo à conocerſe deſde luego mas notorio el peligro: y como la herida era de ſu compaſsiva caridad, era tambien mas poderoſa que la humana induſtria. Quanto fue el ſuſto, la turbacion, el ſentimiento de todos los Padres, y Hermanos de Coimbra, viendo à ſu gran Padre, y Maeſtro en tanto conflicto, no cabe en las palabras, ni en las ponderaciones. Miravanle como à vn inocente Cordero ſacrificado à las violencias de ſu dolor, y de ſu cariño. Miravan correr por ſu venerable roſtro la ſangre heroyca de ſus venas, ſin que articulaſſen vna ſola quexa ſus labios. Miravan ſu verrida purpura, ſin voz para la vengança de ſus enemigos, y con clamoroſo aliento para pedir el favor, y conſuelo de ſus afligidos hijos. Crecia en todos la admiracion, y la ternura, y al miſmo paſſo ſe aumẽtava el ſentimiẽto de tã lamẽtable perdida.

Pero contentoſe el Cielo con el amago de eſta deſgracia, quizàs para que le agradecieſſemos de nuevo tan ineſtimable vida, y para que entendieſſe nueſtra Religion, quanto ſentia ſus afrentas, el que, à coſta de ſu propia ſangre, parece avia pretendido borrarlas. Eſta fue la fineza de el Salvador, quando en el huerto ſe exalò en ſangriento ſudor, al poner los ojos no ſolo en lo doloroſo de ſus afrentas, ſino en las que amenazavan à ſus Diſcipulos, y en las que avian de padecer por amor ſuyo todos ſus amantes, y amados ſiervos. Por eſſo, à viſta de tan ſublime exemplar, no buſcò Franciſco ſu conſuelo en la vengança, ſino en la paciencia, y manſedum-

bre,

bre, recurriendo como el afligido Iesvs al Principe de sus Apostoles Pedro, aunque le veia armado, mas para exercitar su paciencia, segun dixo Tertuliano, que para defenderle de la enemiga turba.

Assi lo executò Francisco luego que convaleciò de este accidente tan lleno de gloria, como de peligro. Acogiòse con humilde confiança al Vicario de Christo, y Sucessòr de Pedro: implorò la clemencia de su nombre, acordandole las benignidades de Padre, para que siendo posible, se desarmasse su indignacion à vista de su rendimiento. Concluido, pues, el tratado que avia escrito en su defensa, determinò remitirlo à su Santidad, escriviendo para este fin vna carta digna no menos de su magnanimo corazon, que de su religiosa modestia, y obedientissimo respeto. Bien pudiera manifestar en ella los intentos de sus acusadores, en perseguir su doctrina, y los motivos del ceño, y aversion, con que miravan su persona. Pudiera tambien hazer patente el odio, y passion con que algunos ensangrentavan sus plumas, y sus lenguas contra la inocente Compañia de Iesvs, exagerando, y fingiendo con malicioso artificio, quanto conducia à su descredito, y à la infamia de sus Hijos. Pero aunque el poner estas cosas en la noticia de su legitimo Iuez importava tanto para justificar su causa, y debilitar la acusacion de sus contrarios; con todo esso, al llegar à este punto, habla de ellos con tal moderacion, que solo se atreve à dudar, si acaso en las diligencias de su zelo pudo mezclarse algun otro motivo, inclinandose à disculpar su intencion, y buscando en los siniestros informes las escusas de su aversa voluntad. Mas porque las cartas son fiel espejo de quien las escrive, y porque en esta del Eximio Doctor resplandece la hermosa imagen de su virtud, no quiero defraudar à este libro de la preciosidad de sus palabras, ni à nuestra imitacion de sus exemplos. Dize, pues, assi, escriviendo al Santissimo Padre Clemente Octavo.

SANTISSIMO PADRE,

„ LA defension propia en materia de doctrina es tan
„ encomendada de los Santos, que dà licencia à vn
„ gusano como yo, para acudir à Vuestra Santidad,

„ y postrado à sus sagrados pies, humildemente suplicarle se
„ digne passar los ojos por el papel, que con esta embio, acer-
„ ca del punto, *de his, qui in exitu pœnitentiam postulant, vt eis*
„ *absolutio non denegetur*. Porque con ocasion de lo que en es-
„ to imprimì en el 4. tomo, sobre la 3. parte de Santo Tho-
„ màs sè que han procurado de irritar à V. Santidad contra
„ mi, y poner alguna macula en mi doctrina. No obstante,
„ que la que yo en esta parte dixe, no es otra de la que ense-
„ ña San Leon Papa en la Epistola 89. *aliàs* 91. y en vn pun-
„ to no discrepa (à lo que yo entiendo) de la mente de V.
„ Santidad, y quien otra cosa publica, le haze à V. Santidad
„ grandissimo agravio.

„ De mi puede V. Beatitud estar cierto, que no solo es-
„ toy muy rendido à todo lo que V. Santidad en materia de
„ doctrina declaràre, (que à esto qualquier fiel tiene obliga-
„ cion) sino tambien estoy deseosissimo de acertar en todo,
„ y por todo, assi en las cosas, como en el modo, *& in singu-*
„ *lis verbis*, à seguir la mente, y gusto de V. Santidad, y que
„ la falta, que en esto huviere, serà de inadvertencia, y no de
„ voluntad.

„ Pero particularmente en este punto, de que aora se
„ trata, pienso que mi intencion fue buena, y la doctrina sa-
„ na, y necessaria: y assi suplico à V. Santidad, la mande ver
„ conforme à este comentario, que aora embio, y hallando
„ V. Santidad ser assi, no permita que con esta ocasion mi
„ libro, y por consiguiente, mi doctrina, y persona quede cõ
„ alguna nota de las que se suelen pegar de estos rumores, à
„ lo menos de doctrina menos segura, y assentada, que es co-
„ sa bien contraria à mi profession, y que impedirà mucho
„ la comun vtilidad, que yo con mis trabajos pretendo. Pa-
„ ra lo qual es necessario, que V. Santidad me haga merced,
„ de no dexar este negocio, sin declarar positivamente en èl
„ lo que V. Beatitud hallàre ser verdad, y justicia.

„ Porque aunque yo soy vn pobre Religioso, el menor
„ de la Compañia de Iesvs; con todo esso, ando en los ojos,
„ y lenguas de muchos, entre los quales puede aver algunos,
„ que desean desacreditar mi persona, y doctrina, especial-
„ mente con V. Santidad; no porque lo que toca à mi parti-
„ cular importe mucho, sino por la infamia, y descredito, que

de

„ de aì puede redundar à mi Religion tan perſeguida de mu-
„ chos, con titulo de zelo, y por ventura ſe mezcla algo de
„ emulacion, ò de falſa aprehenſion con informaciones no
„ verdaderas. Por lo qual, ſuplico humilmente à V. Santi-
„ dad, que ſi otra ocaſion alguna ſemejante à eſta ſe ofrecie-
„ re; V. Santidad por la via que fuere ſervido, me mande dar
„ noticia de lo que fuere, para dar razon de mi: porque eſpe-
„ ro en Dios, que por eſte camino ſe ataxarà todo; y V. San-
„ tidad me hallarà ſiempre muy facil para ſu voluntad. No
„ es razon canſar mas à V. Santidad, y aſsi ceſſo, ſuplican-
„ do à Nueſtro Señor por la vida, y ſalud de V. Beatitud, para
„ mucha gloria de Dios, y bien de ſu Igleſia.

De eſta carta ſe reconoce claramente la verdad que ya dexamos aſſentada, acerca del decreto Pontificio, el qual conſta no aver calificado la doctrina de Franciſco, ſino antes dexadola indeciſa, y ſuſpenſa. Por eſſo inſiſtiò ſiempre el Padre Suarez, en que ſe definieſſe poſitivamente la verdad, ò falſedad de lo que ſe avia eſcrito, ſatisfecho por vna parte de ſu razon, y cuidadoſo de que no quedaſſe la cenſura al arbitrio de la malignidad. Nada de eſto pudo conſeguir, como deſpues verèmos; pero al preſente obtuvo à lo menos que calmaſſe algun tanto la borraſca, ſoſſegado el Pontifice con la ſumiſsion de ſu juſtificada defenſa. Concurriò mucho à eſte efecto otra carta, en que el Apoſtolico Nuncio de eſtos Reynos, noticiò à ſu Beatitud de las prendas, y virtudes eximias de Franciſco; de la opinion que tenia, no ſolo entre los Sabios, ſino tambien entre los grandes de eſta Monarquia, ſeñalandoſe entre todos el Rey Catholico en la eſtimacion de ſu perſona. Eſtos aviſos de ſu Legado transformaron el animo de Clemente, y rayando vna nueva luz entre los ceños de ſu enojo, empezò à mirar à Franciſco, no ya en la torcida idea de la calumnia, que le repreſentava arrojado, y atrevido; ſino en la ſincera imagen de la verdad, donde le veia rendido, y obſequioſo. A viſta de ſus grandes elogios le pareciò mas grande ſu humildad, y de lo iluſtre de ſu fama infiriò los motivos de la emulacion; conociendo, que para ſer infamado, y perſeguido de la embidia, le baſtava ſu virtud, y le ſobrava el aplauſo. Pero como es mas facil mudar el dictamen, que deſiſtir de vna publica reſolucion, ſe re-

conos-



concciò, que para que el Papa ſuſpendieſſe ſu decreto, y para el feliz deſpacho de eſte negocio, no podia ſer bal ante la perezoſa actividad de las cartas, y papeles, en los quales, ò no habiã, ò no ſe perciben tãbien las vozes de la razon, y èſta carece de aquella energia, q̃ logra en la boca de ſu dueño. De aqui naciò la dura neceſsidad, de que partieſſe à Roma el Padre Suarez, para que la preſencia de ſu virtud, y ſabiduria fueſſe el teſtigo mas irrefragable de ſu inocencia, y el patrocinio mas poderoſo de ſu cauſa. Pero antes de emprender los ſucceſſos de eſte viage, es forçoſo defender de vn perjudicial error, no ſolo la fama del Padre Suarez, ſino tambiẽ ſu vida. Contra vna, y otra deſembaynò, ſu funeſto eſtilo, vn Eſcritor moderno, en cuyas hojas andan mal diſsimulados, el odio, el furor, el fingimiento, y la calumnia contra los Maeſtros mas iluſtres de la Compañia de Iesvs; y ſobreſaliendo tanto entre todos el Padre Suarez, no es mucho ſintieſſe ſobre ſi mas vezinos los rayos de tã borraſcoſa indignacion. Dize, pues, eſte moderno, (cuyo nombre ſe oculta por el decoro ſu profeſsion) que aviendo el Padre Suarez defendido *la ſentencia* de la confeſsion Epiſtolar, deſpues de eſtar condenada por la Igleſia, le prohibiò el Sumo Pontifice el tomo *de Pœnitentia*, en que la patrocinava, de lo qual concibio vn dolor tan vehemente, y vn ſentimiento tan profundo, que oprimido de ſu triſteza cerrò la poſtrera clauſula de ſu vida con vna arrebatada, y congoxoſa muerte. Verdaderamente, que ſi las falſedades tuvieran cuerpo, como ſuelen tener apariencia, no sè yo como ſiendo eſta tan enorme, y crecida pudiera caber en tan breves palabras. Ya vimos, y lo vèn haſta aora los Sabios, que el Padre Suarez refiere en ſu libro la prohibicion Pontificia, y que califica como temeraria, y eſcandaloſa la opinion condenada por Clemente: pues què ceguedad es eſta de la embidia, que llama patrocinio à la cenſura, delito à la obediencia, y tinieblas à la miſma luz? Demàs de eſto, fenecidos, y olvidados ya los lançes de eſta controverſia, bolviò el Padre Suarez à Coimbra, vivio alli mas de diez años, publicò diferentes libros, y favorecido de la Sede Apoſtolica con honorificos Breves, contraxo la vltima enfermedad, y muriò feliciſsimamente en Lisboa, defendiendo la autoridad de la Igleſia. Pues donde eſtà el dolor

pro-

profundo, y el infeliz arrebatamiento de su muerte, anticipada tantos años en el computo de la emulacion? Es verdad, que al presente le sobrevino aquel accidente peligroso, que acabo de referir; pero rescatò Dios por entonces su vida, dexando crecer las palmas, para cortarlas despues con mayor victoria. Siendo esto notorio en las Historias, y aviendo acontecido en nuestro siglo; quien creyera, que podia ser tanta la libertad del engaño, que se atreviera à negarlo y pretendiesse obscurecerlo? Feliz fue el Doctor Eximio, por aver florecido en tan vezinos tiempos; que si huviera nacido en los passados, acaso le vieramos como al sutil, y Mariano Escoto, sepultado vivo, à manos de la calumnia, y muerto segunda vez à las violencias de vna fabulosa desesperacion. Pero aun mas dichoso fue el Padre Suarez, por aver tomado el Cielo à su quenta el castigo de sus injurias. Mereciò con ellas su Autor, que fuesse en su libro verdad, lo que en Francisco avia fingido su calumnia. Porque el Santissimo Padre Alexandro Septimo, fulminò sentencia de condenacion, contra el libro de este moderno, para que si alguno avia dado credito à sus fabulas, se desengañasse à costa de sus escarmientos. Assi buelve Dios por la inocencia, confundiendo las temeridades de la emulacion, la qual, con razon, se llama terrible, como el infierno, pues su fiereza passa mas allà de la muerte, ensangrentandose en la fama postuma de los grandes Varones: y aun excede en esto su crueldad à los rigores del Abismo, que èste es solo suplicio de culpados; pero la emulacion es vn infierno, que no perdona à los mas justos.

CAPITVLO QVINTO.

Parte à Roma en defensa de su doctrina, acredita la el Cielo con el resplandor de vna nueva estrella, y con la aprobacion de Clemente VIII.

ERa el sucesso que afligia al Padre Francisco Suarez digno de los mayores desvelos, aun no tanto por lo que importava à su fama, y à la de los suyos, quanto por lo que conducia al bien de muchas almas, y

al

al decoro miſmo de la Igleſia. Porque aviendo ſido coſtumbre de ſus Prelados, y diſpoſicion de ſus Paſtores ſupremos el abſolver à los moribundos, que dieron, aunque en auſencia del Sacerdote, ſeñales de penitẽcia; què otra ocaſiõ podia buſcar, ſino èſta, la heretica perfidia para publicar por falible la Romana Igleſia? Pueslo q̃ Pontifices, y Concilios avian ordenado, aora ſegun la opinion, bien que falſa, del vulgo, ſe publicava prohibido: y mas ſiendo eſtos puntos doctrinales, y en q̃ ſe atravieſa no menos, q̃ la eterna ſalud, ò infelicidad de los hombres. Por eſta cauſa, y para que ſe aclaraſſe la luz de la verdad, que andava vacilando entre las ſombras de la calumnia, advirtiò el Nuncio de ſu Santidad al Doctor Eximio, que quando no fuera por ſi, à lo menos por la vtilidad publica, debia tomar la reſoluciõ de partirſe à Roma, porque no era materia aquella para fiarla à las diſtancias de la pluma, pudiendo manejarla perſonalmente, y q̃ pues avia dedicado todos los alientos, y eſpiritus de ſu vida à la comun enſeñança, emprendieſſe tambien el trabajo de aquella larga peregrinacion para eſte miſmo fin; porque eſperava, que con ſu viſta tomarìan en aquella ſanta Ciudad otro ſemblante ſus coſas. Eſte conſejo del Legado Apoſtolico le aprobaron otros graviſsimos Varones de Eſpaña, è Italia, aſsi de los de afuera, como de los Ieſuitas, los quales ſobre los motivos referidos añadian la relevante conveniencia de tener en Roma vn Maeſtro tan inſigne como Franciſco, cuya ſabiduria, y prudencia ſerìa de gran momento en las controverſias *de Auxilijs*, que entonces con mayor esfuerço ſe ventilavan.

No era neceſſaria tanta eficacia de razones para rendir la docil condicion de Franciſco; el qual, aunque tan amante de ſu quietud, aunque tan embarazado en la edicion de ſus obras, y lo que mas es, aunque debil de ſalud, y quebrantado de los años, y eſtudios; con todo eſſo, ſe reſolviò à obedecer à Dios, y à ponerſe por ſu gloria en tan prolijo camino. Verdad es, que le ordenò de tal ſuerte, que parece ſe llevò conſigo la quietud de ſu apoſento. Porque en aviendo ſatisfecho à ſu Oracion, y demàs exercicios eſpirituales, que ſiempre ocuparon ſus primeros cuidados, aplicava ſu entendimiento à los Eſcolaſticos diſcurſos: y como tenia aquella memoria tan feliz, y aquella comprehenſion tan rara de la Theologia, orde-

ordenava en ſu entendimiento las queſtiones, como pudiera en el papel: y en llegando à la poſſada, pedia luego el lugar mas retirado, aunque fueſſe el mas incomodo, y alli dictava à ſu eſcriviente, quanto en el camino avia diſcurrido. Llevò en eſta jornada algunos libros, ſobre la primera parte, porque èſte avia determinado fueſſe entonces ſu empleo; y de eſtos deſvelos itinerarios, formò el tomo, que deſpues diò à la publica luz, explicando las dificultades mas altas de la Eſſencia, y atributos divinos, y los ſecretos miſterios de la Trinidad Beatiſsima, y eterna predeſtinacion. De ſuerte, que el Doctor Eximio parece caminava, como vn Sol, que no dà paſſo, que no le ſeñale con ſus luzes, y en que no deſtierte las dudoſas confuſiones de las ſombras. Sino es que digamos, que parece puſo ſu morada en el Sol, porque entre las inquietudes del camino ſabìa lograr la quietud, y el retiro de ſu morada.

Llegò à Roma el Venerable, y Eximio Padre, y luego ſe viò, que tomava el Cielo por ſu quenta ſu proteccion, porque el dia que entrò en aquella ſanta Ciudad, ſe dexò ver en el Cielo vna nueva eſtrella de exceſsivo, y muy extraordinario reſplandor. Llenòſe luego de admiracion, y curioſidad nueſtra Caſa profeſſa, à quien parece ſeñalava aquel prodigio, porque reſplandecia ſobre ella tan perpendicularmente, que no era meneſter mucha advertencia, para reparar en tan notable circunſtancia. Vivia entonces aquel ſegundo Euclides de ſu ſiglo, el Padre Chriſtobal Clavio, y aviendo obſervado atentamente la eſtacion, y luz de eſta nueva antorcha, ſe afirmò, en que no era de las que brillan continuamente en el firmamento; ſino alguna de aquellas, que enciende Dios à ſus tiempos, para dar à conocer al mundo ſus miſterios, ò ſus prodigios. Con el parecer de eſte Principe de la Matematica, y Aſtrologia, y la circunſtancia de concurrir eſte dia miſmo la entrada de tan ſeñalado Varon, como el Padre Suarez, ſe perſuadieron, haſta las perſonas mas ſerias, y graves, que aquel luzido prodigio, que ſe oſtentava en el Cielo, deſpertava la atencion, para venerar al que entonces logravan, y recibian en la tierra. Tal fue, ſin duda, el Doctor Eximio, y aſsi quando mas le calumniava la emulacion de falſo, y arrojado en ſu doctrina, quiſo el Cielo manifeſtar al mundo ſu ino-

ciencia, y sabiduria, diziendo por medio de aquella su lengua celestial, que se contaria siempre entre los sabios, y Doctores,
Dan. 12. de quienes se dize: *Et qui ad iustitiam erudiunt multos; fulgebunt quasi stellæ in perpetuas æternitates.* Que los que como Francisco comunican à muchos doctrina de justicia, y piedad, brillarán, como luzeros, sobre los circulos, y sucesiones de los años. Sino es, que reparando entrava Francisco en la Casa professa de Roma, para ilustrarla con sus exemplos, digamos, que fue como la antorcha encendida: *Vt luceat omnibus, qui in domo sunt;* para inflamar los corazones con su ardor, despues de aver enamorado los ojos con su pura luz.

Estava muy reciente la fama de Francisco en Roma, no solo entre los Iesuitas, que mas de cerca avian admirado su santidad, y sabiduria, quando ocupava la primera Cathedra de nuestros estudios; sino tambien entre muchos Prelados, Monseñores, Cardenales, y otras personas señaladas, que se preciavan de aver oido su doctrina, ò de aver consultado, y seguido los dictamenes de su juizio, y de su prudencia. De todos fue recibido con grandes muestras de benevolencia, y singularmẽte de nuestro P. General Claudio Aquaviva, à quien como Padre de toda la Compañia le tocava mas de cerca el alborozo de tener presente vn hijo tan ilustre. Pero Francisco, despues de aver satisfecho à las obligaciones de atencion, y piedad, convirtiò su cuidado al principal negocio que le avia sacado de su retiro. Pidiò, y obtuvo licencia para besar el pie à Clemente Octavo, el qual, à las primeras razones, le manifestò el disgusto que avia recibido, viendo interpretado su decreto, sin averle primero consultado: y mas, quando èl mismo manifestava, que su determinacion nueva no tenia facil concordia con la decretal antigua de San Leon, y con otros estatutos de la Iglesia; por lo qual avia resuelto fuesse borrada su doctrina, para atajar, y escarmentar en otros semejantes licencias. Oyo el Padre Suarez las palabras del Pontifice, en que se traslucian aun las causas, y las reliquias de su antiguo enojo, y con semblante humilde, aunque sereno, y nada perturbado, le dixo: Santissimo Padre, quanto hasta aqui tengo escrito en mis libros, lo he publicado con animo sincero de servir à Dios, y à su santa Iglesia, sin que cupiesse en mi la menor sospecha, de que podia desagradar en

vn

vn ſolo apice à V. Beatitud: à quien ruego como el mas humilde, y obediente hijo, que, ò diſsimulando como Padre, ò caſtigando como Iuez mi inadvertencia, tenga por bien, que ſe examine mi doctrina; y ſi ſe hallàre ſer falſa, ò menos reverente a eſta Santa Silla, ſea no ſolo borrada, ſino entregada à las llamas, y convertida en cenizas, ſin perdonar en eſto à ninguna de mis obras. Pero ſi ſe juzgàre, que no ſe aparta de la razon, imploro la Benignidad de V. Beatitud, para que tenga por bien ſubſiſta, y permanezca; porq̃ de otra ſuerte avrà muchos que juzgue fue borrada por falſa, en lo qual padece la miſma verdad, y el decoro de mi Religion, no haziẽdo caſo de mi perſona, por cuyo credito ſolo debo mirar, en quanto juzgare V. Beatitud puede ſer de algun ſervicio à ſu Santa Silla, à cuyo obſequio me profeſſo el mas rendido, y ſin cuyo agrado no deſeo perſevere ni vn reglon de todos mis eſcritos.

Mucho ſe ſatisfizo el Pontifice con las razones del Padre Suarez, y mucho mas con la ſumiſsion de ſus palabras, en cuya ſinceridad ſe traſlucian los humildes afectos de ſu pecho. Depuſo el enojo concebido contra ſu perſona, y quedò al parecer enamorado de ſu inocente candor: reconociendo en ſu rendimiento quan agena eſtava ſu ſabiduria de los arrojos que le avia achacado la malignidad. Fue tambien poderoſo motivo para inclinar àzia el Padre Suarez la benevolencia del Pontifice, la recomendacion, y los elogios, que en ſu abono eſcrivieron las perſonas de la mas alta ſuposicion. En primer lugar, el Catholico Rey Felipe Tercero tuvo por empreſſa diga de de ſu Corona la proteccion de Frãciſco: y advirtiendo, que para que no fueſſe atropellado le baſtava el ſer bien conocido; diò vn teſtimonio tan honorifico del Padre Suarez, que ſolo eſte honor pudo contrapeſar, y aun oprimir à todos los agravios de la ciega emulacion. La Carta de eſte Piſsimo Monarca, para ſu Santidad, dize aſsi:

MVY SANTO EN CHRISTO PADRE.

„ POr la buena informacion, que el Rey mi Señor, y Padre, que aya en gloria, tuvo de la perſona, letras, y
„ virtud de Franciſco Suarez, Religioſo de la Com-

„ pañia de Iesvs, le encargò la Cathedra de Prima de Theo-
„ logia de la Vniversidad de Coimbra, preferiendole à mu-
„ chos otros, que se le propusierõ. Y por tener yo dèl la mis-
„ ma opinion, y entender que leyò estos años con acepta-
„ cion, y provecho general, pretendiendo èl aora por causa
„ de su edad, y indisposiciones descargarse por mas tiempo,
„ he mandado tratar de algunos medios, para que con co-
„ modidad suya pueda continuar la dicha leccion, y el tra-
„ bajo de los libros que va componiendo. Y porque soy in-
„ informado, que en el *de Pœnitentia*, que ha poco que impri-
„ mio, interpreta vn decreto, por el qual V. Santidad conde-
„ na à los que confiessan, y absuelven à los ausentes, y sin
„ V. Santidad determinar lo que siente, de esta su interpre-
„ tacion, no se puede proceder en el negocio, ni yo mandar
„ tratar del dicho Francisco Suarez, (como hasta aora lo hi-
„ ze) me pareciò pedir à V. Santidad por sigular gracia, y
„ merced se sirva de mandarlo declarar brevemente, y que
„ aprobandola V. Santidad sea en tal forma, que se conserve
„ el credito de su doctrina, y reputacion, y la buena voluntad
„ con que yo siempre holguè de hazerle merced, y favor, y
„ puedan salir à luz, en beneficio comun, otros libros que
„ tiene entre manos. Escrita en Valladolid, à 20. de Agosto
„ de 160;.

Despues de tan sublime patrocinio, pudiera otro qualquiera parecer ocioso; pero con todo esso añadirè las Cartas de otras personas tan elevadas, que puedan parecer muy grãdes, aun à lado de la Magestad. Tales son los Excelentissimos señores Condes de Lemos, en cuya regia generosa estirpe se hizo como hereditario el amor, y piedad con nuestra minima Compañia de Iesvs, eslabonandose en sus siempre heroycos descendientes vna sucessiõ de tan insignes beneficios, que casi oprimen con su mismo peso nuestra pequeñèz, y solo permiten à la gratitud la memoria de nuestra obligacion. Sabiendo, pues, la Excelentissima señora Condesa de Lemos, lo que padecia la Compañia, y el cuidado en que nuestro Francisco se hallava, escriviò à Clemente Octavo esta Carta, en que trasladò al papel todos los afectos de su generosa piedad.

(***)

SAN-

SANTISSIMO PADRE.

„ LAS perſecuciones, que la Compañia padece de al-
„ gunas perſonas, van creciendo cada dia de ma-
„ nera, que ſi V. Santidad cõ la autoridad que Dios
„ le ha dado en la tierra, no pone remedio, temo
„ que ſe han de ver tales inconvenientes en la Igleſia, que ſe
„ pierda con eſta cizaña el fruto, que ſe debia, y podia eſpe-
„ rar. Y à mi cierto, aſsi por eſto, como por lo que veo pa-
„ decer à la Compañia, me dà tanta pena, que no sè con que
„ palabras pueda brevemente declarar à V. Santidad eſte ſen-
„ timiento; y lo peor es, que quieran los que la perſiguen, do-
„ rar ſu mala intencion con la autoridad de eſſa Santa Silla,
„ donde preſide el Maeſtro de la verdad, y de la juſticia, dan-
„ do à entender, que V. Santidad guſta de ello; coſa tan in-
„ digna de ſer dicha, ni aun penſada, como agena de la ver-
„ dad. Y aunque en confirmacion de eſto pudiera referir al-
„ gunos exemplos, corriendo ſangre; pero por no canſar à
„ V. Beatitud, me quiero contentar con lo que aora me ha
„ movido à eſcrivir eſta carta en defenſa del Padre Franciſ-
„ co Suarez, que, ſegun me parece, es coſa publica en Eſpa-
„ ña, y en Italia, que le tienen acuſado, por quebrantador del
„ decreto, que V. Santidad hizo los dias paſſados en materia
„ de la confeſsion. Y aunque no me toca à mi, dar juizio en
„ la verdad, ò falſedad de la doctrina; pero à lo menos toca-
„ me, como à Hija de la Compañia, ſuplicar à V. Santidad,
„ ſe ſirva de declarar con toda la brevedad poſsible la verdad
„ de eſte caſo, y la culpa, que cada vno tiene. Porque es grã-
„ diſsimo el daño, que recibe la doctrina, y perſona de eſte
„ Padre con la dilacion, y ſuſpenſion de eſte negocio, publi-
„ cando en el entre tanto los que tanto cuidado tienen, de
„ quitar la paxa del ojo de ſu Hermano, lo que ſe les antoja;
„ y que con ocaſion de declarar la verdad, ſe ſirva tambien
„ V. Beatitud de honrar al Padre Franciſco Suarez, pues ſu
„ extraordinaria Religion, acompañada con tan grandes le-
„ tras, y con tan continuos, y provechoſos trabajos en ſervi-
„ cio de la Igleſia, lo merecen, y el tenerle pueſto ſu Mageſ-
„ tad en la Cathedra de Prima de la Vniverſidad de Coim-

bra,

„ bra, y el quererle mi Hermano, y yo tanto como le quere-
„ mos: titulos que no los ha de menoſpreciar V. Santidad, à
„ mi parecer, por la merced que nos haze. Y ſi à perſona, que
„ con tanta virtud, y perſeverancia, y con tanta honra de
„ ſu Religion, gaſta toda la vida en ſervir à la Igleſia, no la
„ honra, y defiende V. Beatitud; quien ſe ha de animar à ha-
„ zer otro tanto? Guarde Dios la Santiſsima Perſona de V.
„ Beatitud, para el proſpero, y vniverſal bien de ſu Igleſia.
„ De Valladolid, à 26. de Agoſto de 1603. Muy humilde
„ ſierva de V. Beatitud, que ſus SS. pies beſa, *Doña Catalina*
„ *de Zuñiga*.

No sè yo, con què otro caracter mas expreſsivo puede explicarſe la grandeza de vn noble corazon, àzia la religioſa humildad; ni què otro teſtimonio mas iluſtre ſe podia deſear para credito de nueſtro Eximio Doctor, y honor de la Compañia de Iesvs. Pero porque ſe vea, quan felizmente traſladò eſta Excelentiſsima Señora en ſus grandes Hijos la generoſidad de ſus afectos, es forçoſo juntar à las clauſulas de ſu Excelencia, las del Excelentiſsimo Señor D. Franciſco de Caſtro, ſu hijo, en las quales ſe eſcuchan la diſcrecion, y la piedad tan à favor del Padre Suarez, que ſepultarlas en ſilencio, ſeria defraudar à ſu fama del mejor, y mas bien eſcrito de ſus elogios. La carta de eſte gran Vi-Rey de Napoles es la que ſe ſigue.

BEATISSIMO PADRE.

„ PLEGVE à Dios, que no le parezca à V. Santidad
„ ſobervia, que quiera D. Franciſco de Caſtro to-
„ mar oficio de interceſſor ante el Vicario de Chriſ-
„ to, y mas en materia donde ſu Madre ha pueſto la
„ manc: pero como aun no ſe me han acabado los humos
„ de Vi-Rey de Napoles, ni ſe me han olvidado las ſingula-
„ res mercedes, que de V. Beatitud recibì en aquellos tiempos
„ dorados; no me parece mucho atrevimienro, antes me pa-
„ reciera grande deſconfiança, ſi rehuſara eſte oficio en to-
„ das las ocaſiones, que me parecierē dignas de V. Santidad,
„ como lo es èſta, que al preſente me ha movido à eſcrivir de
„ la perſona de el Padre Franciſco Suarez, de la Compañia

de

,, de Iesvs: de cuya causa, porque mi Madre escrive à V. Bea-
,, titud largamente, no quiero detenerme mas de suplicar à
,, V. Santidad se sirva de defender, y honrar la persona de
,, este Padre, como la mas insigne, que en nuestro tiempo ha
,, tenido España en Religion, y letras. Porque verdaderamẽ-
,, te es grande compassion, que à cabo de tantos trabajos, y
,, de obras tan excelentes, como ha sacado à luz, quieran sus
,, emulos (embidiosos de tanta gloria, y honra) quitarle la
,, opinion que tiene, y poner macula en su doctrina: que si V.
,, Santidad, con la autoridad que tiene, no pone remedio, es
,, cosa cierta, que èl ha de perder el animo, y con su exemplo
,, todos los demàs, que tratan de este ministerio. Y assi por
,, esto, como por la grande aficion que tengo al Padre Fran-
,, cisco Suarez, y por lo que veo que toda España le quiere, y
,, lo que le estima su Magestad, mi Tio, y mi Madre, deseo
,, extraordinariamente, que todo el mundo entienda la mer-
,, ced, que le haze V. Beatitud, cuya Sãtissima persona Nues-
,, tro Señor guarde para vniversal bien de su Iglesia. De Val-
,, ladolid, 26. de Agosto, de 1603. Muy humilde siervo de
,, V. Santidad, que sus Santissimos pies besa, *D. Francisco de*
,, *Castro*.

A tan ilustres, como soberanas recomendaciones del Padre Suarez, se juntaron otras de persona Eclesiasticas, que juzgaron era de su obligacion bolver por la inocencia de vn Varon tan benemerito de la Iglesia. Baste por los demàs el testimonio de quiẽ, por la ocular experiẽcia de muchos años, podia dar mas autoridad, y credito à las virtudes de Francisco. Fue èste, el Ilustrissimo Obispo de Coimbra, que escriviendo à Clemente Octavo, le dize, entre otras, las siguientes palabras: * *Es el Padre* Doctor Francisco Suarez, Cathe-
,, dratico de Prima de la Vniversidad de Coimbra, amado de
,, todos tiernamente, assi por sus virtudes, como por su sabi-
,, duria. Porque no solamente ilustra sobre manera la Theo-
,, logia, enseñando, y escriviendo; sino que con el exemplo
,, de su Santidad es vn clarissimo espejo, en quien se miran
,, todos los alumnos de esta Escuela, assi Religiosos, como se-
,, culares. De esto soy yo buen testigo, y con la doctrina, y
,, con las palabras de tan insigne Varon, tengo sumo gozo,
,, y consuelo. Por tanto suplico con encarecido rendimien-

„ to à V. Santidad, ſe digne de amparar con todo amor, y
„ benevolencia à vna perſona tan benemerita de la Igleſia,
„ aſſegurando, que los beneficios que recibiere de V. Beati-
„ tud, los mirarè yo, y venerarè *como propios*. * Haſta aqui eſte Iluſtriſsimo Prelado.

Todos eſtos aplauſos tan elevados, como verdaderos, hizieron grande impreſsion en el pecho de Clemente Octavo, viendo en ellos claramente deſacreditada, y deſvanecida la acuſacion de los emulos, que perſiguian al Padre Suarez. Pero lo que mas le inclinò à favorecer ſuperſona, fue el reconocer la verdad de ſu doctrina. Repreſentòle el Cardenal Belarmino, que quanto el Padre Suarez enſeñava en la ſecciõ que ſe le mandò borrar, vnicamente ſe reducia à la obligacion de abſolver al moribundo en las miſmas circunſtancias, en que, ſegun la declaracion de San Leon Papa, debe ſer Sacramentalmente abſuelto. A lo qual reſpondio Clemẽte, que èl miſmo juzgava tambien por verdadera eſta doctrina, y que nunca avia ſido ſu intencion condenarla, antes bien, que ſi ſe hallàra en tal aprieto, ſerìa el primero que con la abſolució procuraria aſſegurar la ſalud eterna de el moribundo. Eſto oyeron de boca de ſu Santidad, el Cardenal Belarmino, y el Arçobiſpo Armacano: y por ſer materia de tanta monta para autorizar eſta verdad, y para cerrar las bocas de los que la contradecian, dieron teſtimonio publico, y jurado, como ſe puede ver en los Autores Morales, que tratan eſte punto, y lo confirman con tan venerable teſtimonio. Tan inclinado eſtava ya el animo del Pontifice al Padre Suarez, que calificava por verdadera ſu doctrina, aunque contenida en la ſeccion quarta, que poco antes avia mandado ſeparar del tomo *de Pœnitentia*. De aqui ſe concibieron firmes eſperanças, de ver muy preſto revocado el decreto, y concedida la permiſion, para que libremente ſe leyeſſe lo que el Padre Suarez avia enſeñado en eſte caſo; pues conſtando de la verdad, y de la inocencia de ſu pluma, parecia juſta eſta atencion à ſu fama.

P. Coninck. Card. de Lugo.

Pero quando cobravan mayores fuerças eſtas bien fundadas eſperãças, de repente las arrancò el Cielo con la muerte del Pontifice Clemente Octavo, que como eſcrivì en el precedente libro, dexò pendientes las diſputas de los auxilios divinos, ſiguiendo eſta miſma fortuna la doctrina de nueſtro Exi-

Eximio Maestro: la qual, aunque con la assumpcion al Pontificado de Paulo Quinto, parecio se mejorava mucho, por averse mostrado este gran Pontifice mas benigno, y suave que el difunto Clemente; con todo esso, se conociò presto, que con la vida del Papa se avia sepultado la esperança de que se revocasse su mandato. Porque sabiendo los emulos de nuestro Francisco, que el nuevo Pontifice tenia por verdadera su doctrina, y que estava inclinado à permitir que corriesse, sin hazer caso, de que huviesse interpretado la mente Pontificia con autoridad propia; levantaron el grito con mayor vehemencia, diziendo que esto era condenar el juizio de Clemente, por patrocinar el de Francisco Suarez; y dar por reo al Iuez, por absolver al juzgado: lo qual seria vn borron, con que se obscureciesse su memoria, y vn agravio notorio de la Romana Silla. Nadie ignora, quanto zelan los Romanos Pontifices la subsistencia de lo que ordenaron sus Predecessores, assi por deberse este respeto à su autoridad Pontificia, como porque cada vno puede esperar, y temer de los futuros el mismo porte con que atendiò, ò desatendiò à las disposiciones de los passados. Este justo motivo hizo imposible à Paulo Quinto, lo que huviera sido facil à Clemente Octavo: y aviendo èste ordenado se borrasse lo que Francisco avia escrito sobre el punto controvertido, se empezò à discurrir el medio mas oportuno, con que quedasse en pie esta sentencia de Clemente; pero sin que se menoscabasse la verdad de aquella tan vtil, como verdadera doctrina.

CAPITVLO SEXTO.

Lo que resolviò Paulo Quinto en la causa del Padre Suarez, y como empezò el Cielo à acreditar su obediencia ennobleciendo mas su doctrina.

AVIA Clemente Octavo resuelto, que no permaneciesse en el libro de Francisco aquella seccion, que fue motivo de su enojo; pero, como ya diximos, no avia fulminado censura, ni condenacion contra su doctrina; porque si à esto se huviera procedido tambien

ſe huviera puesto fin, y ſilencio à esta cauſa: pues lo que vna vez define la Apoſtolica Silla, no ſe admite à nueva duda, ſino ſe propone à la veneracion. Por esto con acuerdo prudẽte, y advertido diſpuſo el nuevo Pontifice dos coſas: la primera fue, conſervar intacto el decreto antiguo de Clemente; y la ſegunda, el no añadir cenſura, ni condenacion alguna contra la doctrina del Padre Suarez, dexando por vna parte la determinacion de ſu Predeceſſor en ſu debida autoridad; y por otra, no cenſurando la ſentencia, ni la interpretacion de Franciſco, ni añadiendo nota alguna de aquellas, con que ſe prohiben, y caſtigan las doctrinas peligroſas. Y aſsi, aunque ſus contrarios han divulgado en repetidos eſcritos todos los decretos, que ſe formaron ſobre eſte punto en el Tribunal Romano, en ninguno de ellos pudieron deſcubrir ni la cenſura mas leve contra lo que eſcrivio Franciſco; porque ſe ciñen todos à confirmar la diſpoſicion de Clemente, y à que, ſegun ella, no ſubſiſta en aquel tomo la ſeccion, y la interpretacion que deſazonò al Pontifice. En lo qual, aunque no conſiguiò Franciſco, que ſe revocaſſe el rigor primero, à lo menos obtuvo, el que aclaraſſe la verdad, pues aviendoſe repetidas vezes examinado ſu doctrina, nunca ſe hallò digna de calificarſe por falſa, temeraria, ò eſcandaloſa, como ſe acoſtumbra con las ſentencias que ſe condenan. Ni los decretos que acerca de ella ſe divulgaron, contienen palabra, que ſuene à prohibicion; antes el dexar ſin nota de falſedad, quanto en eſte punto eſtava eſcrito, es no pequeña preſumpcion de ſu firmeza. Con todo eſſo el obedientiſsimo Padre Franciſco los obſervò con ſuma Religion, y puntualidad, quitando de ſu libro la ſeccion quarta: porque aunque conocia la verdad de ſu ſentir, con todo eſſo cerrava los ojos en la execucion de ſu obediencia.

Y conſultado deſpues deſde Alemania ſobre eſta materia, reſpondiò al Padre Tanero, que aun en el caſo del moribundo, que dà ſeñas de dolor en auſencia del Sacerdote, no ſe diga que la confeſsion es en auſencia; pues llegando deſpues el Miniſtro adonde eſtà el doliente, y examinando el eſtado de ſu vida, de la manera que es poſsible, ya la confeſſion ſe conſuma de algun modo en preſencia de penitente, y Sacerdote. De eſta ſuerte, aquel no menos docil y ſuave, que

ſub-

ſublime y excelente, ingenio de Franciſco ſe eſmerò en obedecer, haſta en el modo de hablar, porque en el ſonido de la voz ſe eſcuchaſſe la armonia de ſu obediencia. Y aunque de la benignidad, ya antes experimẽtada, de Paulo Quinto avia eſperado mas favorable ſentencia, con todo eſſo, viendo que no ſuſpendia la determinacion de Clemente, aceptò eſta diſpoſicion con admirable ſerenidad, dando por ſatisfecho ſu deſeo en la ſugecion humilde de ſu juizio. Eſtuvo tan lexos de nuevas inſtancias, que hablando con ſu Beatitud, proteſtò con aquel ſu candor, y modeſtia Angelical, que no ſolo admitia muy de grado la ſentẽcia de ſeparar de ſu tomo la ſeccion quarta, ſino que à la mas leve inſinuacion de ſu agrado, eſtava promptiſsimo para entregar todos ſus libros al fuego, ſin que de ellos quedaſſe ni vna ſola copia en el mundo: exẽplo verdaderamente grande de manſedumbre, humildad, y obediencia; en el qual moſtrò Franciſco, quanto era el impulſo, con que ſugetava ſu voluntad; pues ſe llevò tras ſi à tan elevado entendimiento.

El miſmo Sumo Pontifice, que ya tenia de èl muy alto concepto, le formò aora mucho mayor: y deſde eſta ocaſion empezò à admirar, y celebrar mucho mas ſu ſabiduria, y ſu piedad, honrandole, como deſpues verèmos, con ſus Apoſtolicos Breves, y con muy iluſtres renombres. Y con razon, ſin duda; porque ſabìa bien, quanto acertò aquel congojado Rey, quando dixo que es muy facil al Sol, proſeguir eſparciendo dilatadamente ſus luzes; pero es muy dificultoſo, el retroceder en ſus rayos, y mas aviẽdo de borrar con las ſombras aquellas lineas, que ya tenia iluminadas, y eſcritas con los caractères de ſu reſplandor. Todo eſto executò eſte Sol de la Eſcolaſtica Theologia, cuyo rendimiento puede colocarſe en el Cielo de la Igleſia, para exemplo de menores Aſtros, en quienes no puede ſer afrenta el retroceder, teniendo tan gran Principe de la ſabiduria, à quien imitar.

Ni ſe contentò ſolamente con el comun, y debido obſequio à la Romana Silla, ſino que como ſi huviera experimentado ſus favores mas exceſsivos, aſsi deſde eſta ocaſion parece ſe diò por obligado de conſagrar ſu pluma à la defenſa de ſu autoridad, con tan feliz empeño, que dificultoſamente ſe hallarà otro Eſcritor Catholico, que con mas eſtudio,

ingenio, y solidèz aya ilustrado el poder supremo de la Iglesia, hasta perder la misma vida, por mantener el respeto de sus leyes, y el decoro de sus Ministros. Tãta fue la suavidad, y dulçura de aquel grande animo, superior à toda turbacion de passiones, como el Olympo à las tempestades. Demàs de esto, por no discrepar en vn solo apice de la mente Pontificia, rogò à su Santidad le señalasse las palabras, con que se debia hablar acerca de la absolucion del moribundo, para no discordar vn punto de su mente. Pero el Pontifice se escusò, diziendole, que esto lo dexava à su sabiduria, y à su piedad, seguro de que vna, y otra resplandecerian en quanto escriviesse, ò aconsejasse sobre tan controvertidos puntos. Con todo esso, aviendo Francisco publicado despues muchos libros, aunque vió su opinion seguida de los mayores Sabios, y favorecida su interpretacion en sus escritos; aunque podia dezir tanto, ò para su disculpa, ò para su defensa, lo sepultò todo en el silencio de su pecho, contentandose con que triunfasse esta doctrina, no como suya, sino como verdadera: exẽplo de rara moderacion, y humildad, y de admirable modestia, y resignacion: por el qual, sin duda, se hizo mas ilustre la grandeza de este Eximio Maestro; pues la seccion borrada en su volumen, contribuyò al resplandor de su sabiduria, à la manera que la mayor hermosura suele servirse de vn lunar para parecer mas hermosa.

Pero si como dize el Espiritu Santo, el hombre que se rinde à la obediencia, lleva assalariadas las victorias; aviendo referido la rendida obediencia de Francisco, es fuerça juntarla à los triunfos con que empezò à ennoblecer el Cielo su doctrina. Alcançò el primero, de vno de sus mayores enemigos, que por ser de profession religiosa, dava mas peso à sus injurias. Este, atropellando de vna vez las obligaciones de la modestia, y decoro de su estado, no dudò calumniar de herege à N. V. Padre, fundando tan desmedida afrenta, en sola la calidad de su doctrina, acerca de absolver al moribundo; y pretendiendo, como por vltimo trofeo de su victoria, el que fuesse esta opinion condenada por heretica. Calificava su temeridad por zelo de la Fè, y Religion, y passò en este engaño tan adelante, que se atrevio à proponer vna acusacion tan injuriosa en el Tribunal de la Inquisicion Roma-

na.

na. Oyòse con escandalo, no el delito del acusado, sino el del Acusador: y mas quando persuadido de vna necia presumpcion, y confiança, no dudò sugetarse à la pena del Talion, en caso que no probasse legitimamente esta culpa, queriendo hazerse reo del suplicio, de que juzgava merecedor à su contrario. Estrañó, aun mas que todos, la ossadia Paulo V. como quien estava muy satisfecho de la sabiduria, y piedad de vn Varon, à quien avia conocido, y respetado, aun antes de subir al Trono, y por no dexar su inocencia al arbitrio de la opinion, mãdò, que el Delator se retirasse à vn pueblo poco distante de Roma, mientras sus acusaciones fuessen diligentemente examinadas.

Pero tomò por suya esta causa otro Tribunal mas alto, y mas severo: porque Dios que mira como propias las injurias de la virtud, y verdad, bolviò por la del Padre Francisco, castigando rigurosamente à su adversario. Assaltòle repentinamente vn accidente tan executivo, que solo le permitiò dar vozes al caer en tierra, pidiendo confession; y creciendo en breve la congoxa, le privò de la voz, y del sentido, dexandole hecho vn tronco, aunque no sin respiracion. Assi le hallò vn Sacerdote, à quien llamaron à toda prisa, para que le socorriesse en tan peligroso trançe; y llegò, para su desdicha, el caso, en que Francisco dezia ser obligatoria la absolucion, constando del precedente arrepentimiento: y por el contrario afirmava este miserable, que esta doctrina era heretica, y digna de entregarse à las llamas. Què resolucion tomaria entonces aquel Sacerdote, viendole en tan apretado trançe? caso verdaderamente espantoso, y en que anduvieron visibles la Providencia, y la Iusticia Divina. Su resolucion fue dezir, que èl no se atrevia à practicar en aquel moribundo la opinion, que èl mismo poco antes avia delatado: y mas sabiendo solo que estava acusada por heretica; pero no que estuviesse ya libre de esta mancha. Instavan los circunstantes atestiguando el deseo que avia mostrado de confessarse, y las señas de arrepentimiento; pero el Sacerdote permaneciò inflexible en su primer consejo, y miẽtras tanto acabò la vida sin confession aquel infeliz Religioso: permitiendo Dios, que no asseguraste su salud, quien la negava à los demàs en semejante riesgo, y aprobando para su desgra-

cia

cia la pena del Talion, que èl mismo se avia fulminado por su boca. No tardò mucho en publicarse por la Romana Curia vn sucesso tan desastrado, y como por èl avisava tan claramente el Cielo la inocencia del Padre Suarez, y la verdad de su doctrina; no necesitò de otro examen, para calificarse de muy Catholica, quedando escarmentada, y desvanecida la calumnia en la misma ruina de su Autor.

CAPITVLO SEPTIMO.

Es autorizada la opinion de Francisco por la Sede Apostolica, y admitida de muchos su interpretacion.

A tan ilustre, como severa calificacion de la doctrina del Padre Suarez, se añadio otro testimonio, aun mas infalible, y autentico. Determidò el Papa Paulo V. formar vn Ritual comun, para govierno de la Iglesia, en las funciones sagradas: y principalmente en la administracion de los Santos Sacramentos. Autorizòle con vna Bula, en que atestigua averse compuesto con el estudio de los Eminentissimos señores Cardenales, y de otros doctissimos Varones, y que por tanto quiere establecer este Ritual, y su doctrina con la autoridad Apostolica, y le propone, y publica, para que todos de alli adelante, como Fieles hijos de la Romana Iglesia, se conformen con ella, y observen sus Ritos acreditados con el vso de toda la venerable antiguedad. Pues en este libro, en que habla el Oraculo Pontificio, como interprete del mismo Dios, para mostrarnos los caminos de nuestra salud, llegando al caso del moribundo, q̃ antes propusimos, manda à los Sacerdotes, que aunque le hallen destituido de sus sentidos, sin embargo le absuelvan, con tal, que *sivè per se*, *sivè per alios*, ò por si, ò por otros huviere dado señas de arrepentirse, y confessarse. Assi, que estas señas de el moribundo, en ausencia del Confessor, se declaran por suficientes, para que el Sacerdote, que llega despues, pueda informado perficionar con la absolucion el Sacramento. Esto es lo que definiò el Sumo Pontifice, y esto sin discrepar es lo que enseña el Eximio Doctor en la seccion 4. diziendo,

que

que en ſolo eſte caſo de extrema neceſsidad, juzgava no ſer condenada, ſino antes ſuficiente la confeſsion hecha antes de llegar el Sacerdote. Argumento irrefragable, demàs de los referidos, con que la miſma Igleſia, y el miſmo Paulo V. quiſo manifeſtar al mundo, que ni èl, ni Clemente avian decretado, que no ſubſiſtieſſe aquella ſeccion, porque juzgavan falſa ſu doctrina, ſino por los motivos ya dichos, y acaſo, porque entonces ſe pudo temer, que abuſaſſe de ſus palabras, ò la ignorancia, ò la malicia. Mas como ceſſaron eſtas cauſas con el tiempo, y ſe aclarò la luz de la verdad, diſpuſo el Cielo, que la doctrina de nueſtro Doctor Eximio, quedaſſe ennoblecida con tan irrefragable teſtimonio.

Publicòſe eſte Ritual autorizado con la Bula Pontificia: y al mirar expreſſada en èl toda la doctrina del Eximio Doctor, quedaron ſus acuſadores no menos aſſombrados, que confuſos. Vnos, al golpe de tanta luz, acabaron de rendirſe à la verdad, conociẽdo, que el permanecer borrada en la ſeccion eſcrita, por el Padre Suarez, era obſequio al Pontifice difunto; pero no indicio de ſu falſedad, y menos de ſu condenacion: pues no podia vn Pontifice declarar por verdadero, lo que ſu Anteceſſor avia definido por falſo. Otros, inflexibles, en ſu primer dictamen, y cerrados en que la doctrina de Franciſco era falſa, y ya condenada por la Igleſia, convirtieron ſu enojo contra el Ritual Romano, y ſin acordarſe de que le confirmava Paulo V. diziendo avia ſido examinado diligentemente por los mas ſabios Cardenales, y mandado ſe practicaſſe ſu doctrina en la adminiſtracion de los Sacramentos, con todo eſſo ſe reſolvieron à dezir, que ſu reſolucion, en eſte punto, era falſa, y debia ſer corregida, porque era la miſma que en Suarez ſe avia prohibido. De ſuerte, que porque Franciſco no quedaſſe inocente, dieron al Pontifice por engañado en ſu Bula, al eſtudio de los Cardenales, por inſuficiente en ſu examen; y en fin, por falſa la doctrina que mandava la Igleſia, ſe obſervaſſe acerca del vſo, y valor de los Sacramentos: punto tan ſagrado, y de tanta monta, que eſtàn pendientes dèl las conſequencias de la eternidad.

Los Autores de eſta inconſideracion los refiere, y reprehende con juſta ſeveridad el Padre Theofilo Raynaudo: yo cultarè ſus nombres en el ſilencio, y perdonarè à ſu paſſion por

por el decoro de su estado. Basta saber lo que acerca del Ritual escriviò nuestro Fminentissimo Cardenal de Lugo en su excelente obra *de Pœnitentia*, donde dize, que en vna Congregacion de los Eminentissimos señores Cardenales, se bolvio à mandar fuesse observado este Ritual de Paulo V. y que preguntandose despues en esta misma junta de la Santa, y general Inquisicion, que se avia de practicar en el caso del moribundo, respondio el Sumo Pontifice, que alli presidia, que se debia guardar lo que en el dicho Ritual de Paulo V. estava ya establecido. Por esto, y porque este libro es venerado, y seguido de todos los Prelados, y Ministros de la Iglesia, quantos escriven ya en nuestro tiempo, no solo Iesuitas, sino tambien de las demàs Ordenes, y Escuelas, admiten con el debido rendimiento la sentencia de absolver al moribundo, en el caso de que habla el Padre Suarez, confessando, que el averse mandado borrar en la seccion referida, no fue porque se juzgasse menos acertada, sino por otros motivos que cessaron con el tiempo. De suerte, que aquella opinion del Eximio Doctor, que vno de sus emulos calumniò por heretica; que Nuño Cabezudo censurò por escandalosa, y temeraria; y que muchos otros procuraron fuesse sepultada como falsa, y perniciosa; se vio despues autorizada por el supremo dictamẽ de la Iglesia, y es el dia de oy seguida, y practicada de todos, para beneficio espiritual de las almas. Este es el triunfo con que coronò el Cielo la rendida obediencia de Francisco, bolviendo tan ilustremente por su causa. Esta, la solidèz, èsta, la pureza azendrada de su doctrina, la qual, arrojada repetidas vezes en el crisol de tan riguroso examen, salio libre, y resplandeciente, dexandose en las llamas la escoria de la emulacion, como despojo de su victoria.

Disp. 17 sect. 4. num. 51.

Pero no parò aqui el premio con que remunerò Dios la paciencia, y ennobleciò la doctrina del Padre Suarez,. Dieronse segunda vez à la estampa sus obras, por industria de los Impressores de Leon de Francia: y en esta edicion se le restituyò al tomo *de Pœnitentia* toda la seccion 4. que antes se avia separado, sin reparo, ni disgusto alguno de Paulo V. que aun vivia; ni de los demàs Sumos Pontifices que se siguieron hasta nuestros tiempos. De esta suerte ha corrido, y corre esta obra, no solo en España, (cuya Inquisicion nunca hizo

el

el menor reparo en su doctrina) sino tãbien en Italia, dandose por satisfechos todos los Tribunales de la obediencia que mostrò el Padre Suarez en la primera edicion, y premiandola con permitir intactas todas las otras. Assi sabe el Cielo bolver por el honor de sus escogidos, dexandoles primero que labren la còrona de sus virtudes, para ponerla à su tiempo sobre sus heroycas sienes. Y assi tambien sabe la Romana Iglesia coronar el humilde rendimiento de sus hijos, y las fatigas de sus ilustres Soldados: pues no solo favoreciò Paulo V. al Padre Suarez, con la referida benignidad, sino que (como presto verèmos) alentò, y engrandeciò sus trabajos en multiplicados Breves; y le ennobleciò con sublimes elogios, y renombres: de suerte, que con dificultad se hallarà otro Escritor particular, que recibiesse en vida mayores alabanças de la Romana Silla, y mas repetidas, y copiosas bendiciones de su Apostolico, y paternal amor.

Atendiendo à esto muchos, y muy graves Autores, que se han seguido despues, aprobaron todo lo que enseñò este Eximio Maestro en la seccion, de que hablamos, dando por assentada su doctrina, y por probable su interpretacion. Vease el Doctor Caspense, el erudito Diana, Marco Vidal, Martin de S. Ioseph: y mas proximamente el Sapientissimo Mastrio, reciente honor de la sutil Escuela. Ni faltan otros gravissimos Escritores de la gran Familia de Santo Domingo, los quales (segun observa la erudicion infatigable de nuestro Moya) admiten no solamente la sustancia, sino el modo de hablar que diò por seguro el Padre Suarez, en el caso del moribundo, diziendo, que en esta necessidad estrema, es bastante la confession, hecha en ausencia del Sacerdote, con tal, que la absolucion sea en presencia; y que Clemente Octavo no condenò su valor en tan apretadas circunstancias. Assi lo enseñan los Maestros Fray Iuan de Santo Thomàs, Fray Iuan de la Cruz, Martinez de Prado, y otros. Por todos hablarà el Ilustrissimo señor D. Fray Acazio de Velasco, que afirmando debe ser absuelto el moribundo, que diò señas de arrepentimiento, lo prueba con estas palabras: *Porque en este caso, aunque la confession se hizo al Confessor ausente, con todo la absolucion no la dà estando ausente, sino presente.* Esto es lo que dixo el Padre Suarez en su interpretacion, y èsta es la vnica con-

Mastrio, d. 21. de Pœnit. q. 5. nu. 126.

Apud P. Moya, tom. 1. select. tract. 3. d. 6. q. 2.

fesion del ausente, à que afirmò no se estendia la prohibicion Pontificia. Teniendo, pues, tan multiplicado, como noble patrocinio, no parece pueden ya atreverse contra ella los ceños de la severidad.

Con todo esso vna reciente pluma, siempre implacable contra el Eximio Doctor, no atreviendose ya à negar su sentencia de absolver al moribundo, exclama contra su interpretacion, y reprehende al Padre Francisco Amico, porque despues de aver sido borrada, la patrocina como verdadera. Tres cosas se deben admirar en este moderno: vna, es que aviendose mandado borrar la sentencia, y la interpretacion en el tomo del Padre Suarez; con todo esso dà la vna por verdadera, y la otra por prohibida, como si la tinta huviera corrido menos sobre la primera, que sobre la segunda. Otra es, que aviendo muchos, de diferentes institutos, que admiten la interpretacion de Fràcisco, solo acusa, y reprehende à vn Iesuita por esta culpa, como si en èl solo fuesse fea. Otra, en fin es, que lo q̃ han permitido tantos Pontifices, tantos Tribunales, y tãtos Sabios, se le haga tã intolerable al desabrimiẽto de este moderno. Serà, sin duda, porque se guarde el respeto debido al Pontificio decreto. Pero si su reprehension es hija de su zelo, y obediencia à la Romana Silla, muestre algun decreto, en que el Pontifice, ù otro Tribunal, aya dicho que condena à lo menos por falsa, ò temeraria la interpretacion Suaristica. Si tal palabra se huviera pronunciado, entonces si que estaria la razon de parte de su enojo. Pero si el Tribunal Romano, despues de tan prolixo examen, nunca quiso calificar esta interpretacion de falsa, ò temeraria, como se acostumbra en las doctrinas que se condenan; quien diò à este Escritor tanta autoridad para censurarla, y para reprehender como irreverente à la Romana Silla, à quien juzga por probable su defensa?

Lo admirable es, que este mismo moderno, tan empeñado aqui por el respeto à la Romana Silla, se atreve à trasladar, y aplaudir en sus escritos las censuras que en Duay, y Lobayna fabricaron contra la Compañia los Bayanos, y publicaron despues los Iansenistas, siendo assi, que las tiene ya cõdenadas la Sede Apostolica, y prohibidas, so pena de excomunion, como consta por la Bula de Sixto V. expedida el año de

de 1588. y publicada por Octavio Obispo, su Nuncio Apostolico. Pues qual es el respeto, y veneracion de este Escritor, el qual por vna parte repite, y celebra lo que la Iglesia tiene reprobado, y anatematizado; y por otra parte escrupuliza en vna interpretacion, à quien la Silla Apostolica, despues de tan prolixo examen, nunca dió la nota de falsa? Bien creo que el alegar las censuras Lobaniense, y Duacense contra la excomunion Pontificia, puede tener su disculpa en la ignorancia; pero fue preciso dexar esto advertido, para quien leyere los escritos de este moderno, y tambien para comũ desengaño, pues es conocido achaque, no sentir en si el peso embarazoso de vna biga, quando en los ojos agenos abulta mucho vna paja.

Vide P. Thyrsũ, tomo 1. d 36. sect 9.

En fin, por concluir este punto de la doctrina, y de la interpretacion del Padre Suarez, solo añadirè lo que ya han observado muchos Sabios: que quien admite su sentencia (y apenas se halla ya quien se atreva à negarla) no puede apartarse en la substancia de su interpretacion: porque solo se distinguen en que la sentencia es vna interpretacion dilatada, y la interpretacion vna sentencia concita. A la verdad, ni vna ni otra pretenden mas que dar por confesion suficiente la que hizo el moribundo antes de llegar el Sacerdote, para que èste, hallandole con vida, aunque sin sentido, le absuelva. Y, conviniendo ya todos en esto, parece han de concordar en que no se condenò separadamente por invalida generalmente, y en todo acontecimiento la confesion hecha en ausencia del Ministro, pues reconocen el valor de la que hizo el agonizante antes que llegasse el Sacerdote. No ignorò lo que, despues del Padre Vazquez, dixeron algunos, que viniendo el Confessor, y sabiendo de los circunstantes el dolor, y señas que dió antes el moribundo, ya èste se confiessa en presencia del Sacerdote, no por la voz propia, que ya le faltò, sino por el testimonio de los presentes, que son interpretes de su precedente confesion. Pero aunque disimulemos la impropiedad, ò la imposibilidad de que hable, y se confiesse vn hombre, quando ya està sin voz, sin movimiento, y sin sentido; què dirèmos, quando el que llama al Sacerdote, solo le avita del dolor, y del riesgo en que dexa al moribundo, pero no buelve à su presencia; antes huye, acaso

por aver ſido autor, ò complice en ſu muerte. Por ventura el Sacerdote que le halla ſolo agonizando, y viene noticioſo de ſu precedente dolor, le ha de negar la abſolucion Sacramental? No lo ſufre la benignidad de la Igleſia, ni la practica de ſus Miniſtros. Y con todo eſſo no ay entonces quien en preſencia del Sacerdote ſea interprete del moribundo: luego ya ſu confeſsion precedente, en auſencia del Sacerdote, es baſtante para conſeguir la abſolucion. Luego ya aunque la abſolucion en auſencia es ſiempre infructuoſa, y nula; alguna confeſsion hecha en auſencia puede ſer vtil, y provechoſa.

Eſta fue toda la doctrina, y toda la interpretacion Suariſtica, èſta la razon, porque juzgò que el decreto Pontificio no condenava ſeparadamente, y en qualquier eſtremo peligro por invalida la confeſsion en auſencia. Si con todo eſſo porfiàre alguno en dezir, que eſte fue yerro de ſu pluma, no me detendrè mas tiempo en convencerle, ò en deſengañarle; aſsi, porque no preſumo del Doctor Eximio, (ni de otro alguno fuera de los Canonicos) que acertaſſe en todas ſus palabras, como porque ſi en eſtas huvo algun defecto, no fue de la ſubſtancia, ſino del ſonido de la voz. Ademàs, que en los grandes Artifices, y Principes de las facultades, ſe mira vn pequeño yerro, no como afrenta, ſino como gala de ſu primor, que por eſſo es aplaudido vn Homero, no ſolo quando acierta, ſino tambien quando dormita. Y ſi ſe atiende con eſta benignidad, à quien eſcrive vna pequeña obra, como ſe debe atender, à quien produxo tantas, y tan ſublimes, como nueſtro Doctor Eximio, ſiẽdo cierto, que en la multitud crecen juntos el numero, y el rieſgo: y que aun en el Cielo, cuyos caractères ſon eſtrellas, ſe notan algunas errantes por el miſmo caſo que ſon muchas. Bien, que eſte defecto ſea de ſu luz, ò ſea de nueſtros ojos, ni les diſminuye ſu magnitud, ni les obſcurece ſu eſplendor, ni les embaraza el nombre, y las calidades de eſtrellas.

(***)

CA-

CAPITVLO OCTAVO.

Reusa con humildad las honras, que le ofreciò el Pontifice en Roma. Es recibido con grande aplauso en España, y resiste constante el perseverar en la Corte.

LVego que se concluyò el negocio, que traxo à Francisco à Roma, tratò de restituirse à su amado retiro de Coimbra. Mas acudiendo à la Santidad de Paulo V. para conseguir su beneplacito, hallò en sus favores el estorvo de este su deseo. Porque el Pontifice le diò à entender con palabras de suma humanidad, y amor, q̃ seria muy de su agrado, el que permaneciesse en aquella Corte, y que esperava valerse de su persona para vtilidad, y servicio de la Iglesia. Esta demostracion de el Pontifice, à que Francisco no pudo entõces resistir, fue motivo para muchos discursos en la Corte Romana, afirmando vnos, que Paulo V. queria executar el intento de Clemente Octavo, obligando al Padre Claudio Aquaviva, à admitir el Arçobispado de Napoles, y poniendo el govierno de toda la Compañia en manos de nuestro Doctor Eximio. Otros, mas advertidos, tuvieron por cierto, le queria su Santidad para Theologo suyo, à quien comunicar sus mas graves dudas, y negocios, llegando à terminos de señalarle quarto, y habitaciõ para este efecto en el Palacio sacro. Y en fin, muchissimos persuadidos de la eminente sabiduria, y santidad de Francisco, y del aprecio que hazia el Papa, y el Rey Catholico de sus grandes talentos, creyeron que le destinava para ennoblecerle con la sagrada Purpura, y añadir esta lucidissima antorcha, à las que coronan la Romana Iglesia.

Fundavase esta vltima presuncion, en no vulgares indicios, y por esso fue la que mas avivò à la humildad profunda de Francisco, para huir aun de la sombra de semejantes puestos. Empeñò al Embaxador de España, al Cardenal Belarmino, y al General de nuestra Compañia, para doblar la volun-

tad

tad del Papa, à permitirle su partida; pero solo pudo conseguir con tan poderosas instancias, el que Paulo V. quisiesse informarse de las razones, que alegava, mandandole se las diesse por escrito, para examinarlas mas de espacio. Pero aũque las leyò su Santidad, no por esso le otorgò la licencia, què pedia, creciendo en Francisco la congoja, al passo que se aumentava el peligro en la benevolencia Pontificia. En fin, ofreciendole ocasion muy oportuna para su jornada à España, temeroso por los rezelos de su humildad, y encendido en ansias de su amado retiro, escrivió vn memorial à Paulo V. pidiendole con igual rendimiento, y eficacia, su grata licencia, y explicando tan vivamente sus deseos, que el Pontifice, aunque no sin muestras de sentimiento, vino à condescender con sus suplicas, y Francisco rompiò aquellos dorados grillos, del favor, en que otros viven tan aprisionados, y cautivos, huyendo de todas las honras del mundo, con mas esfuerços, por evitarlas, que hazen los ambiciosos por conseguirlas.

Pero antes de salir de Roma, es fuerça advertir los trabajos, con que alli sirviò à la Compañia en la controversia *de Auxilijs*; porque como su ingenio, destinado del Cielo para la vtilidad publica, no le permitia estar ocioso vn solo punto, tomò à su cargo el explicar la eficacia de la gracia, y de los auxilios divinos, con que Dios convierte los corazones humanos. En lo qual atendiò à dos fines de suma consequencia: el primero, à declarar mas, y fortalecer la doctrina que avia escrito en sus Opusculos, respondiendo à todas las objeciones, que contra ella avian publicado sus contrarios; y el segundo, à dar nuevas armas, y eficacissimos argumentos à los que defendian entonces delante del Pontifice, y Cardenales nuestras sentencias. Por esso pararon estos admirables escritos en manos de Ferdinando Bastida, que entonces trazia las partes de la Compañia, en aquel gravissimo Senado, y con la doctrina del Eximio Doctor, assistida de su natural eloquencia, cõsiguiò el fin dichoso, que escrivimos en el precedente libro. Tuvo este celebrado Theologo en tanta estima estos escritos del Padre Suarez, que no dudava darles la primacia entre todas sus obras, assi por la claridad, y sutileza, como por su insuperable energia, y eficacia. Por esso los guardò siempre, como vn tesoro de inestimable precio, y en su muer-

muerte los entregò à la persona de su mayor confiança, por cuyo medio llegaron à manos de los Impressores Franceses, los quales los dieron à la luz publica para grande emolumento de la verdad Catholica, perseguida, en aquel punto, de la heregia Calvinista, y Ianseniana, que aunque herida del rayo, y condenacion Pontificia, procurava, como culebra quebrãtada, rebolverse àzia à todas partes, y arrojar en el vltimo aliento de su vida su mas infame, y pestilencial ponçoña.

No ha faltado algun genio vanamente suspicaz, que se atreviesse à negar, era esta obra del Doctor Eximio, alegando que no resplandece en sus palabras aquella modestia, que tanto sobresale en otros sus escritos, y queriendo con esta lisonja, de quien alaba, disfrazar el veneno de quien injuria. Pero esta caprichosa sospecha tiene contra si la autoridad de Varones de suma integridad, que conocieron à Basilida, y à los que mas intimamente le trataron, y nos asseguran que nunca se puso duda, en que fuesse parto legitimo de aquel eximio endimiento de Francisco esta obra tan llena de claridad, comprehension, y sutileza. Ni menos corresponde la modestia, y gravedad de su estilo, el qual, si biẽ es por la mayor parte apologetico, tãbien es en todas sus clausulas muy circunspecto, y medido. Y aunque el escrupuloso reparo de Francisco, en examinar, y corregir por si, y por otras personas qualquiera voz, que aun levemente pudiesse ofender en sus libros, encontraràa, acaso, algo que emmendar en èste, si huviera su edicion corrido por su mano; con todo esso, quien considerare las falsedades, y calumnias, que algunos aviã impuesto à su doctrina, hallarà responde cõ tal modestia, que en ninguna otra obra resplandece tanto su templança, y serenidad. Leanse las respuestas de Agustino à Geronimo, y de Geronimo à Agustino; y se verà, que la moderacion de nuestro Doctor Eximio no es inferior à la de tan sublimes Doctores; y esto respondiendo à hombres tan distantes de la caridad, y respeto de S. Agustin, y S. Geronimo, que para enfrenar su acrimonia, fue preciso mediasse la Santa Inquisicion, cortando, y condenando las demasias de sus plumas.

Pero bolvamos à nuestro gran Maestro, que ansioso por su amada soledad, dava la buelta à España, con aquel concierto en sus exercicios, assi espirituales, como escolasticos, que,

pro-

professava en todos sus caminos. Mas quien podrà explicar las demostraciones de estimacion, y afecto, con que era en todas partes recibido, anticipandose la fama de su santidad, y sabiduria, para disponerle las veneraciones, y los obsequios. En Barcelona, segun afirmò repetidas vezes, como ocular testigo, vn Sacerdote de conocida virtud, fueron singularissimas las demostraciones, que hizo la Vniversidad, al recibir al Padre Suarez en sus Escuelas. Todos sus Doctores con las insignias de sus facultades le salierõ à recibir, como al mayor ornamento de los Sabios, y honor de la Borla, y Magisterio; ordenãdo esta ilustre pompa hasta conducirle à nuestro Colegio. Demàs de esto la jubẽtud de aquella luzida Escuela se empeño en celebrar cõ no menores aplausos la venida del Doctor Eximio. Porque en saliẽdo de nuestra Casa, que distaba poco de la Vniversidad, acudian los Estudiantes de ella delatados por gozar la vista de Varon tan insigne, y ocupando de vna, y otra vanda la calle, le saludavan con aplausos, y Vitores: demostraciones con que suele explicarse el alborozo de las Escuelas en sus mayores triunfos. Pero aun mas que la memoria de tan singulares aplausos durava despues la admiracion del rubor, y encogimiento del Venerable Padre, el qual, como depuso vno de los circunstantes, llevava los ojos clavados en el suelo, sin atreverse à mirar à los que assi le hõravan, descubriendo tanta humildad, y devocion en su semblante, que infundia respeto, y veneracion en quantos le veian: y mostrando que si bien iba muy cerca de los que assi le aplaudian, iba muy lexos de sus aplausos.

De Barcelona passò à Madrid, donde residia la Corte del Rey Felipe Tercero, que muerto su Padre Felipe Segundo, ocupava ya su Real solio. Los negocios graves, que por orden del Padre Claudio, su General, avia de tratar en esta Corte, le obligaron à pedir audiencia à su Magestad, que se alegrò mucho con su vista, porque la fama de su sabiduria, y santidad avia llegado mucho antes que su persona, y le avia grangeado en el Real pecho la benignidad, y el agrado. Hablò tambien al primer Ministro, el Duque de Lerma, y de estas visiras del Rey, y su Valido, estuvo à pique de caer en vn lazo peligroso, compuesto de la benevolencia del vno, y del consejo del otro. Porque el Duque, hablando con el Rey, de

la

la eminente sabiduria, y opinion, que tenia en el mundo el Padre Suarez, y del aprecio grande, que su Padre avia hecho de su persona, encendiò en el animo Real gran deseo de tenerle en su Corte, y à su vista, para que le sirviesse en las consultas, y negocios mas graves de la Monarquia. El Duque, en cuyos ombros cargava el peso de toda ella, era quien cõ mas veras lo deseava, esperando de su prudente, y acertado juizio la felicidad de su govierno. Manifestò este su dictamẽ à otros grandes personages, à quienes encargò hablassen en su nombre al Padre Suarez, y le persuadiessen, à que no saliesse de la Corte, porque en ello interesava mucho el servicio del Rey, y la vtilidad de estos Reynos. Parecìòles à algunos menos noticiosos de su virtud, que de sus letras, seria esta empressa poco dificultosa; pero la experimentaron imposible en la constante humildad de Francisco, que turbado con el nuevo y no prevenido riesgo, se defendiò con su modestia, y resistiò con valor. Quien sobre esto le dio mas rezia bateria, fue el Duque del Infantado, Mayordomo Mayor de su Magestad, Principe en quien concurrian sin embarazarse las calidades de gran Señor, y las virtudes de muy Christiano; tan estimador, y aficionado del Padre Suarez, que le contava entre sus mas intimos amigos, igualando las diferencias de la fortuna, con la semejança de las costumbres. Todo concurriò à dar mas eficacia à sus instancias, añadiendo sobre los motivos de la vtilidad publica, lo que interesava su amistad, en tener presente su persona, para valerse de su sabiduria, y prudencia. Pero prevaleciò la humildad de Francisco invencible aun à los ruegos de quien podia mandar. Porque propuso tales razones al Duque para mostrarle quanto le importava la soledad, y el retiro, que le dexò no menos satisfecho, que admirado, reconociendo quan ageno vivia de toda ambicion humana, quien tãto discurria para huir las veneraciones de vna Corte, los alagos del poder, y las cercanias de la Magestad.

No fue menos fuerte el assalto, que diò el mundo à su humildad, por medio de la Condesa de Santa Gadea, Madre del Adelantado de Castilla, que con animo superior à su grãdeza, tratava ya entonces de pisarla, abrazandose, como despues lo executò, con la Cruz de Christo, en la austeridad, y descalçèz de Santa Theresa, y en su Convento de Lerma

Era singularisima la devocion, y respeto, con que veneravà esta gran Señora al Padre Suarez, y por esto se juzgò podrian mucho con èl sus instancias, acompañadas de motivos superiores de la gloria de Dios, y del bien que resultaria à la Compañia de su assistencia en la Corte. Adelantòlos quanto pudo la piedad, y discrecion de la Condesa sin olvidar las razones particulares de su Casa, y persona, para hazer mas propia esta empressa. Mas aviendola escuchado el Venerable Padre, le diò vna respuesta digna, sin duda, de su elevado espiritu, y de su constante desengaño. Señora (la dixo) si V.E. aviendose educado en la grandeza de la Corte, y teniendo hijos, cuyo estado puede tanto adelantar, con solo rendirse à la voluntad de la Reyna nuestra Señora, admitiendo el ser Aya de las Infantas; con todo esso buelve las espaldas al mundo, y solo trata de encerrarse en vn estrecho claustro; como puedo yo, siendo Religioso, y hallandome à las puertas de la muerte, y de la eternidad, engolfarme aora en los negocios enmarañados del siglo tan peligrosos para mi alma, y tan cõtrarios à mi instituto? Por tanto ruego à V. E. me permita obedecer à la fuerça de sus exemplos, mas que à la de sus palabras, pues juzgo me està mejor aconsejarme con lo que V. E. haze, que no con lo que me dize, y que me pediria Dios estrecha quenta, si me hiziesse sordo à la voz de tan alto desengaño, por escuchar los alagos, y persuasiones del mundo.

No tuvo que replicar la Condesa à vna respuesta tan verdadera, como cortès, y Religiosa: y assi dandose por vencida de su constancia, alabò su resolucion, y se confirmò en los deseos de seguirla. Sin embargo antes que el Padre Suarez se partiesse, quiso hazer con èl ostentacion de su piadosa liberalidad, insistiendo en que avia de recibir no solo lo necessario para su persona, y para su jornada, sino tambien otras alhajas, que fuessen recuerdo de su veneracion. Pero le experimentò no menos constante en el desinterès de su pobreza, que en el amor de su soledad; porque el V. Padre reusò con entereza las dadivas de precio, y admitiò solamente vn Santo Crucifixo; añadiendo con discrecion, que en esta sola las recibia todas juntas, y que llevava en ella la obligacion de su agradecimiento, y la memoria de rogar à Dios por su Excelencia. Desempeñò bien el Padre Suarez su promesa,

por-

porque esta fue aquella sagrada Efigie, en cuyo acatamiento logrò los extasis, y favores, que en su lugar dirèmos: argumento claro del amoroso culto, con que la adorava, y de la eficacia de sus oraciones, y ruegos en la divina presencia.

CAPITVLO NONO.

Lo que le sucediò antes de llegar à Coimbra.

ROtos ya, y vencidos los blandos, pero fuertes lazos de la Corte, cuyos negocios le tuvieron como aprisionado pocos meses; tratava ya el Padre Suarez de partirse, quando el Duque de Lerma, noticioso de su determinacion, y constante resistencia, quiso à lo menos, que entendiesse por la experiencia de sus favores el aprecio que hazia de su persona. Llamòle à Palacio, honròle con su mesa, y añadiendo otras demostraciones de gran respeto, y veneracion, le consultò algunos negocios graves, declarando con este idioma del favor, y de la confiança, quãto podria en el govierno su autoridad, y sabiduria, sino lo embarazàra su ausencia. Mas viendo que èsta era ya inescusable, por la resolucion firme de Francisco, determinò suplirla con vn retrato suyo, en que durasse la memoria de tan grã Varon. Para esto dispusò, que dos insignes Pintores estuviessen ocultos detràs de vna zelosia, dõde, sin ser vistos, pudiessen observar las facciones de su rostro, y retratarle muy al vivo. Executaronlo ellos con igual destreza, y disimulo, y de las dos copias que produxo este noble engaño, se formò otra tercera mas primorosa, y à maravilla semejante, la qual colocò el Duque entre los retratos de otros insignes Varones, guardandola como vn rico ornamento de su preciosa galeria. Assi adora el mundo à la humildad, aun quando ella pisa, y desprecia sus adoraciones, mostrãdo que conoce lo subido de su precio, aũque no se atreve à abrazar sus desengaños.

Pero mas viva quedò la memoria de Francisco en imagenes de su virtud, que en los retratos de su [illegible] porque ademàs del valor, y despegò con que [illegible] de la Corte, fueron raros los exemplos de

[illegible]ion

Era singularisima la devocion, y respeto, con que veneravà esta gran Señora al Padre Suarez, y por esto se juzgò podrian mucho con èl sus instancias, acompañadas de motivos superiores de la gloria de Dios, y del bien que resultaria à la Compañia de su asistencia en la Corte. Adelantòlos quanto pudo la piedad, y discrecion de la Condesa sin olvidar las razones particulares de su Casa, y persona, para hazer mas propia esta empressa. Mas aviendola escuchado el Venerable Padre, le dio vna respuesta digna, sin duda, de su elevado espiritu, y de su constante desengaño. Señora (la dixo) si V.E. aviendose educado en la grandeza de la Corte, y teniendo hijos, cuyo estado puede tanto adelantar, con solo rendirse à la voluntad de la Reyna nuestra Señora, admitiendo el ser Aya de las Infantas; con todo esso buelve las espaldas al mundo, y solo trata de encerrarse en vn estrecho claustro; como puedo yo, siendo Religioso, y hallandome à las puertas de la muerte, y de la eternidad, engolfarme aora en los negocios enmarañados del siglo tan peligrosos para mi alma, y tan cõtrarios à mi instituto? Por tanto ruego à V. E. me permita obedecer à la fuerça de sus exemplos, mas que à la de sus palabras, pues juzgo me està mejor aconsejarme con lo que V. E. haze, que no con lo que me dize, y que me pediria Dios estrecha quenta, si me hiziesse sordo à la voz de tan alto desengaño, por escuchar los alagos, y persuasiones del mundo.

No tuvo que replicar la Condesa à vna respuesta tan verdadera, como cortès, y Religiosa: y assi dandose por vencida de su constancia, alabò su resolucion, y se confirmò en los deseos de seguirla. Sin embargo antes que el Padre Suarez se partiesse, quiso hazer con èl ostentacion de su piadosa liberalidad, insistiendo en que avia de recibir no solo lo necessario para su persona, y para su jornada, sino tambien otras alhajas, que fuessen recuerdo de su veneracion. Pero le experimento no menos constante en el desinterès de su pobreza, que en el amor de su soledad; porque el V. Padre reusò con entereza las dadivas de precio, y admitiò solamente vn Santo Crucifixo, añadiendo con discrecion, que en esta sola las recibia todas juntas, y que llevava en ella la obligacion de su agradecimiento, y la memoria de rogar à Dios por su Excelencia. Desempeñò bien el Padre Suarez su promesa,

por-

porque esta fue aquella sagrada Efigie, en cuyo acatamiento logrò los extasis, y favores, que en su lugar dirèmos: argumento claro del amoroso culto, con que la adorava, y de la eficacia de sus oraciones, y ruegos en la divina presencia.

CAPITVLO NONO.

Lo que le sucediò antes de llegar à Coimbra.

ROtos ya, y vencidos los blandos, pero fuertes lazos de la Corte, cuyos negocios le tuvieron como aprisionado pocos meses; tratava ya el Padre Suarez de partirse, quando el Duque de Lerma, noticioso de su determinacion, y constante retirencia, quiso à lo menos, que entendiesse por la experiencia de sus favores el aprecio que hazia de su persona. Llamòle à Palacio, honròle con su mesa, y añadiendo otras demostraciones de gran respeto, y veneracion, le consultò algunos negocios graves, declarando con este idioma del favor, y de la confiança, quãto podria en el govierno su autoridad, y sabiduria, sino lo embarazàra su ausencia. Mas viendo que èsta era ya inescusable, por la resolucion firme de Francisco, determinò suplirla con vn retrato suyo, en que durasse la memoria de tan grã Varon. Para esto dispuso, que dos insignes Pintores estuviessen ocultos detràs de vna zelosia, dõde, sin ser vistos, pudiessen observar las facciones de su rostro, y retratarle muy al vivo. Executaronlo ellos con igual destreza, y disimulo, y de las dos copias que produxo este noble engaño, se formò otra tercera mas primorosa, y à maravilla semejante, la qual colocò el Duque entre los retratos de otros insignes Varones, guardandola como vn rico ornamento de su preciosa galeria. Assi adora el mundo à la humildad, aun quando ella pisa, y desprecia sus adoraciones, mostrãdo que conoce lo subido de su precio, aũque no se atreve à abrazar sus desengaños.

Pero mas viva quedò la memoria de Francisco en las imagenes de su virtud, que en los retratos de su semblante; porque ademàs del valor, y despegò con que reusò el manejo de la Corte, fueron raros los exemplos de modestia, y humil-

dad, que diò à los domesticos. Venian muchos, atraidos de la fama de su sabiduria, à consultarle sus dificultades para la direccion de sus conciencias, y siendo buscado de los Grandes, y Señores, y de otras personas de la primera suposicion; èl mostrava tanto encogimiento en sus acciones, y palabras, como si fuera el infimo de todo el Colegio. Assi lo afirmò, como testigo ocular, el Padre Geronimo Ballester, que hablando de su Maestro el Padre Francisco, en carta escrita despues de su muerte, dize dèl assi: * *Andando* yo con el Padre Confessor de la Reyna, concurrimos en Madrid vnos pocos meses; y fue para mi de grandissimo consuelo, el tiempo que le pude gozar; porque iba à darle quenta de mi conciencia, como quando era mi Maestro en Segobia; y aora si fuera vivo, aunque yo tuviera cien años, acudiera como vn niño à èl, segun el respeto, y reverencia, que yo siempre le tuve. En este tièpo tenia edificada toda la Corte con su modestia, y mansedumbre, y acudiendo à èl todo Madrid con casos de gran dificultad, que le consultavã, no hazia mas ruido que si fuera vn Hermano *Coadjutor*. * Hasta aqui el Padre Ballester en su carta, en la qual le apellida siempre mi santo Maestro, y dize se precia mas de aver sido su discipulo, que los grãdes Señores de las insignias, y blasones de su nobleza; hablando siẽpre de èl con tan alto aprecio, y tan singular ternura, que bien al vivo manifiesta lo mucho que admirò de sus virtudes, assi quando logrò su Magisterio en Segobia, como aora, que le bolvio à ver ya Varon perfecto, y venerado en la Corte de Madrid.

Salio de ella el Padre Suarez tan gozoso por el bullicio de que huìa, como por la quietud de su retiro, que ya mirava poco distante. Tomò el camino para Salamanca, solar antiguo, en que naciò à la Compañia, y donde como Aguila generosa empezò à formar los primeros buelos de su perspicaz discurso. Comovióse la Vniversidad con la fama de su venida, y el Claustro de ella le embiò sus Comissarios, que en nõbre de toda la Escuela le visitassen: demostracion que se reserva para las personas de primera autoridad. Concurrieron despues à verle, y hablarle los Maestros mas señalados, admirandole como à vn Oraculo de sabiduria, aunque con gran sentimiento del Padre; que deseava passar desconocido, y sin

que

que huvieſſe quien ſe acordaſſe dèl. Por eſſo deſpues de aver hablado largo rato con el Maeſtro Curiel, que deſeava conferir con el Padre Suarez, como con vn Doctor conſumadiſſimo, varias, y dificultoſas materias, procurò acelerar ſu partida, como quien mirava la poſſeſsion de ſu retiro, como centro de todos ſus deſeos. Mas no pudo evitar la honra ſingulariſsima, con que quiſo manifeſtarle ſu grande afecto el Iluſtriſsimo ſeñor D. Luis Fernandez de Cordova, Obiſpo entonces de Salamanca. Vino à nueſtro Colegio, no tanto à ver, como à admirar, en el Padre Suarez vn prodigio de ſabiduria, y religioſa perfeccion, que ſiendo el aplauſo de toda Eſpaña, era tambien ſingular ornamento de la Andalucia ſu patria. Las demoſtraciones, que con èl hizo eſte eſclarecido Principe, fueron à proporcion del concepto ſublime, que dèl tenia. La mas ſingular fue, la que intentò ſu piedad, queriendo no ſolo aſsiſtir, ſino ayudar, y ſervir à la Miſſa, que avia de celebrar Franciſco, pareciendole honrava en ſu perſona los meritos de la mayor ſabiduria, y ſantidad. Turbòſe el Padre Suarez al eſcuchar vna determinacion tan eſtraña; y viendo las veras con que inſiſtia en ella, cubierto el roſtro de vn virginal empacho, y avergonçado de que intentaſſe tal exceſſo de honor con ſu perſona, le pidiò con humildiſsimas palabras, que no quiſieſſe agraviar tanto ſu dignidad, y nobleza, ni oprimir ſu pequeñèz con favores tan deſmedidos. Pero huviera quedado vencida ſu modeſtia, ſino ſe puſieran de ſu parte los ruegos, y la autoridad del Padre Antonio Padilla, Retor entonces de nueſtro Colegio de Salamanca, perſona de ſumo reſpeto, por ſu virtud, y letras ennoblecidas con el eſmalte de ſu ſangre; el qual ſuplicò à ſu Iluſtriſsima, encarecidamente, que atendieſſe al ſentimiẽto que moſtrava el humilde Padre, añadiẽdo que baſtava ſolo el amago de tãta dignacion, para que quedaſſe muy honrado, y favorecido. De eſta ſuerte, como dezia deſpues el Venerable Padre, le libròo, no ſolo del peſo de tanta honra, ſino de vna ſuma confuſion; y nunca podia acordarſe de eſte ſuceſſo, ſin que ſe cõgoxaſſe ſu humildad con la memoria de ſu peligro.

En fin, deſpues de tã prolixos caminos, y tan graves, y varios cuidados, llegò con entera ſalud à Coimbra, dõde ſerà dificil dezir, ſi fue mayor ſu conſuelo por verſe ya en la poſſeſ-

ſion

sion de su retiro, ò el alborozo de toda la Ciudad, que no se hartava de mirarle, despues de tantos temores de perderle. Fue mayor el regocijo en las personas mas señaladas, dandose todos los parabienes de tener cerca de si aquel tesoro de virtud, y sabiduria, que tanto les avia embidiado la Corte de España, y de quien Paulo V. avia dicho deseava tenerle à su lado para resplandor de toda Roma. Mas el Padre Suarez, aviendo correspondido con su acostumbrada suavidad, y mansedumbre al amor de los amigos, y à la general benevolencia de todos, se recogiò à su antigua, y muy amada soledad; desde la qual bolvia tal vez los ojos à las turbaciones passadas, y à los riesgos en que se avia visto de engolfarse en en otras mayores, mirando con horror no desapacible los peligros, que avia huìdo; como el Navegante suele contemplar, desde la arena las tempestades. Entregòse luego à las antiguas tareas de su estudio, y diò brevemente à la estampa el tomo primero, sobre la primera Parte de Santo Thomàs, que avia compuesto en los desvelos itinerarios de la jornada à Roma: obra de admirable comprehension, y noveno parto de su ingenio fecundissimo. Sirviò en esta ocasion este volumen de desmentir el falso rumor de algunos emulos, que fingian averle el Papa prohibido la publicacion de otros escritos, atribuyendo à esta causa la intermision de estamparlos, ocasionada del embarazo de tãtos caminòs, y negocios. Que la malicia, agitada de la emulacion, tiene por bastante fruto de su engaño, el que sea por algun tiempo creìdo, y no teme quedar avergonçada, quando se resolviò à mentir sin verguença. Mas con esta, y las demàs obras, que despues salieron à luz, desvaneciò el Eximio Doctor esta calumnia, supliẽdo con la multitud, y excelencia de sus trabajos, la detencion en producirlos, y mostrando avian interesado muchos primores en su perezosa lentitud. Assi lo acreditò el juizio de los Sabios, cuyo deseo avivado en la tardança, sirviò de aumentarles el comun aprecio, para enseñarnos, que siempre nace muy à tiempo, lo que nace con perfeccion.

(§)

CA-

CAPITVLO DEZIMO.

Eſcriue en defenſa de la Silla Apoſtolica, y le honra ſu Santidad con ſus alabanças, y bendiciones.

ANo averſe deshecho por ſi miſma la vanidad de eſta fabula, preſto ſe huviera ſepultado con mas iluſtre triunfo de la verdad. Porque à eſta ſazon ſe encendiò aquella peligroſa contienda, entre el Papa, y la Republica de Venecia, que tuvo à toda la Chriſtiandad, en no pequeña ſuſpenſion. Fue ſu origen la promulgacion de nuevas leyes, tan contrarias à la immunidad Eccleſiaſtica, q̃ el Pontifice para cortarlas en ſu raiz, eſgrimiò la eſpada de ſus cẽſuras contra ſus miſmos Autores, mandando aſsimiſmo à nueſtro Eminẽtiſsimo Belarmino, y al Cardenal Aſcanio Colona, que perficionaſſen ellos con la pluma, lo que avia èl començado con las armas de la Igleſia, aplicando mas ſuave antidoto al entendimiẽto, ya q̃ era forçoſo el cauterio contra la obſtinacion de la volũtad. Eſcriviero aſsi eſtos, como otros doctiſsimos Varones, confutando vigoroſamente las leyes, y decretos del Senado, cuya ſin razon, como poderoſa tuvo tambien en ſu favor la liſonja de algunos Eſcritores, que no dudaron deſacreditar la fuerça, y ſubſiſtencia de las cenſuras Pontificias contra la Republica, defendiendo vn error con muchos errores, y deſcubriendo la injuſticia de la cauſa, con tan deteſtable patrocinio. Paulo V. que conocia bien quanto peſo tendria en eſta contienda la autoridad, y erudicion del Padre Suarez, celebrado en todo el mundo por ſus eſcritos, hizo ſe le ſignificaſſe ſu deſeo: y Franciſco con aquel ardor, y zelo que abraſava ſu pecho por el bien de la Republica Chriſtiana, y defenſa de la Igleſia, tomò la pluma, no ſolo para eſcrivir, ſino para remontar ſu buelo ſobre los demàs, que trataron eſte argumento. Ni ſe contentò con ſolo probar, con todo genero de erudicion, el derecho de la Igleſia, y la injuſticia del Senado, ſino que deshizo tambien, y refutò los argumentos, y ſofiſterias de quantos por èl avian eſcrito: y concluidà la obra con grande celeridad, aunque igua-

igualava à vn justo volumen, la remitiò à Roma, para que desde este alcazar de la Fè saliesse à luz, y peleasse contra el poder de las tinieblas. Qual fuesse este volumen de Francisco, lo manifestò bien el Pontifice; porque aviendose dignado de leerle, le hallò tan rico de toda erudicion, tan fecundo de nuevos discursos, y argumentos, fabricados todos en la Oficina de aquel grande espiritu, abrasado con el zelo de la Fè, y de la Casa de Dios; que el Sumo, y vigilante Padre, le embiò vn Breve especiosissimo, en que afirma, que por este libro se le debe el primer lugar entre quantos con la luz de su doctrina desterraron las enemigas sombras de la falsedad: que en èl descubre tanta sabiduria, estudio, y ardor para defender la Silla de San Pedro, que por ello se acredita de Theologo, y Doctor Eximio. Y en fin, exortandole à que retorne à su Magestad muchas gracias, testifica que la Cathedra Apostolica queda sobre manera beneficiada, y servida de su pluma, y le otorga la bendicion Apostolica, para que emplee las riquezas, que la Divina Bondad tiene en su pecho depositadas, en defensa de la Esposa de Iesu-Christo la Catholica Iglesia. Todo esto dize el Sumo Pontifice en su Breve, como lo expressan mejor estas sus ponderosas palabras.

PAVLO PAPA QVINTO.

A nuestro amado hijo en Christo Francisco Suarez, Presbytero, de la Compañia de Iesvs, Doctor en Sagrada Theologia, y Cathedratico de Prima en la Vniversidad de Coimbra.

AMADO HIJO SALVD, Y APOSTOLICA BENDICION.

QVAN Grande sea nuestro Dios, su poder, y su sabiduria, claramente se reconoce de la tempestad que los meses passados ha padecido la libertad Eclesiastica. Pretendieron algunos amadores de las tinieblas obscure-

cer

cer la verdad con sus perversos escritos, sepultandola en vna noche profunda de errores. Pero esta noche pestilente la disiparon tantos siervos fieles de Christo, y tan felizmente con la luz de la sana doctrina; que parece, sin duda, aver quedado iluminada con el resplandor, y gracia del Espiritu Sãto. Entre estos siervos de Christo, te dà el primer lugar el volumen, que à nuestro Apostolado remitisteis. En èl resplandecen vuestros grandes desvelos, vuestra gran sabiduria, y no menos ardor de defender la verdad Catholica, y de patrocinar la autoridad, y potestad divina del Bienavẽturado Apostol S. Pedro: en tanto grado, que toda vuestra obra claramente publica, que sois vn Theologo EXIMIO, y piadoso. Por tanto conviene, que os gozeis en el Señor, y deis muchas gracias al Padre de las lumbres, de quien desciende toda dadiva suma, y todo perfecto don. A nosotros no pudo dexar de sernos sobre manera agradable este beneficio hecho por vos tã oportunamẽte à la Sãta Iglesia, encomẽdada à nuestra pequeñèz. Por lo qual rogamos à Iesu-Christo N. Señor, que segun los tesoros de su verdad, os conceda el trabajar mas, y mas cada dia, pára esta su Esposa, y despues la retribucion eterna. Nosotros aora segunda vez os damos la Apostolica bendicio. Dada en Roma, en S. Marcos à 2. de Octubre, año 1607. tercero de nuestro Pontificado.

Hasta aqui el Breve de Paulo V. cuyas palabras parece aver escogido de industria, para que igualassen al sublime

concepto, que en su mẽte tenia assi este libro, como su esclarecido Autor, à quien ennobleciò con el renombre de Eximio Theologo. Y este es el sacro, y augusto origen de tan ilustre blason, merecido entonces de nuestro gran Maestro, pronunciado por el Oraculo Pontificio, y repetido despues en las Escuelas, donde el nombre de Doctor Eximio suena entre los grandes atributos de Angelico, Serafico, y Sutil, y resonarà mientras tuvieren voz los Sabios, formandose mayores sus ecos de la misma diferencia, y contrariedad de los discursos. Al tiẽpo que se avia de divulgar en la estampa este admirable libro, empezò à blandear la Republica de Venecia, y al cabo (como quiera que no dura mucho lo violento) rindio su cerviz al suave yugo de la Iglesia, cediendo en lo que hasta alli avia resistido al supremo Pastor. Por lo qual, conseguida la paz, pareciò necessario suspender las armas, y colocar esta, que podemos llamar, espada triunfante de David, o porque no tuvo semejante, ò porque sirviò mas que à la batalla à la seguridad de la victoria; colocarla, digo, en el templo de la Religion, para monumento glorioso del trofeo ya conseguido, y para resguardo, y terror de semejantes insultos en los siglos venideros.

CAPITVLO VNDEZIMO.

Como se falseò vn libro del Padre Suarez en Venecia, y de los muchos que diò nuevamente à luz con nuevo Breve de su Santidad.

COmo las grandes tempestades hazen caminar delante de si sus prenuncios; assi la borrasca que padeciò la nave de la Iglesia en el Senado Veneciano, incitado de mas peligrosas olas, que su golfo, tuvo tambien sus ensayos, y sus preludios. Vno de ellos fue el arrojo de ciertos Impressores, (si es que en esta profession pudo caber la malicia de tan pernicioso engano) los quales queriendo dar de nuevo à luz el tomo *de Censuris*, ya antes impresso por el Padre Suarez, pretendieron obscurecerle con vn feissimo borron. Porque recociendo, que su doctrina era

vn

vn fuerte muro, que defendia la autoridad Eclesiastica, determinaron, no solo despojar à la Iglesia, de esta fortaleza incontrastable, sino tambien valerse de ella para su ruina. Y, assi bolviendo à estampar este libro, truncaron en èl todas aquellas doctrinas, que se oponian à sus dañados intentos, alterando de suerte sus opiniones, que pareciesse enemigo de la potestad Ecclesiastica, el que era, y se preciava de soldado, y defensor, acerrimo de la Iglesia. Que hasta en esto se pareció el Doctor Eximio à los primeros Doctores del Orbe Christiano, cuyos libros han procurado deprabar los perfidos hereges, persuadiendose, no parecerian sus errores tan feos debaxo de nombres tan especiosos. Pero què importa que, en la ignorancia de los ojos, passen alguna vez por lunares del Sol, los terrestres vapores? que importa que por algũ tiempo se vean iluminados de su luz, si al cabo los abrasa, y los consume con su ardor. Esto consiguieron aquellos grandes Heroes de la Iglesia, los quales, con la verdad de su sincera doctrina, deshizieron las falsedades dos vezes mentirosas de la heregia. Y esto mismo alcançò tambien nuestro Eximio Maestro, contra los enemigos de la Silla Apostolica; porque sabiendo quanto avian desfigurado su doctrina, en el volumen nuevamente estampado, determinò revelar à todo el mundo este pernicioso engaño, y le delatò publicamente, ante el Tribunal de la Fè, para que enfrenasse con el castigo, tan necio, y temerario atrevimiento. Oìda la quexa, y la acusacion del Padre Suarez, en la Inquisicion Romana, trataron los Eminẽtissimos Cardenales, que en ella assistian, de atajar el daño que iba cundiendo, con vn decreto severissimo, que començava de esta suerte. * *Aviendo* intentado, „ ciertos Impressores de los libros de Venecia, quitar mali- „ ciosamente muchas cosas del tomo quinto *de Censuris*, que „ escriviò el Reverẽdo, y doctoPadreDoctor Francisco Sua- „ rez de la Compañia de Iesvs, que ellos imprimieron, y sa- „ carlo à luz, assi falso, alterado, y truncado, incurriendo por „ ello en crimen, y delito grave de falsarios: los Ilustrissimos, „ y Reverendissimos señores Cardenales, señalados particu- „ larmente, para prohibir, expurgar, y hazer imprimir li- „ bros en toda la Republica Christiana, para castigar la te- „ meridad, y atrevimiento de dichos Impressores, les prohi-

„ bieron, y prohiben por el presente Edicto, que en adelante „ puedan imprimir qualesquiera libros, o vender de qualquie- „ ra manera el dicho tomo *de Censuris*, pena de excomunion „ *latæ sententiæ*, reservada à su Santidad, fino es en el articulo „ de la *muerte*. *

De aqui prosigue el Edicto, vedando vniversalmente à todos, no solo el comercio, y compra de dicho volumen, sino tambien de quantos se estampassen en la Oficina de los atrevidos Impressores, dando por sospechoso su nombre, y añadiendo al castigo de su fama, el menoscabo de su hazienda. Luego, para desvanecer las sombras del fraudulento error con la doctrina verdadera de Francisco, continùa el Edicto: * *Man-* „ *dado* à todas, y à cada vna persona de qualquier estado, pre- „ eminencia, y dignidad, que tuviere dicho tomo, assiim- „ presso, que supla, y ponga en èl todo lo que injusta, y en- „ gañosamente le quitaron; mandando à los Ordinarios, ò „ Inquisidores, hagan publicar este *Edicto*, &c. * Con este prompto, y eficaz remedio atajò aquel sacro Senado los gravissimos inconvenientes, que podia producir, la falsedad de esta doctrina, favorecida de la autoridad del Padre Suarez, Doctor contado entre los mas Catholicos, y Religiosos veneradores de la Romana Silla; siendo cierto, que el veneno formado de la mitina triaca, suele ser el mas pernicioso, y activo. Por esso se mandò restituir, à su primer origen, la doctrina de nuestro gran Maestro, para que se viesse mas horroroso el error en presencia de la verdad, y para que aquel eximio nombre, que avia escogido el engaño por escudo, ò por sombra de su artificiosa astucia, se convirtiesse en vengadora espada, que calificasse con su centellante luz las ossadias de tan ciega temeridad. Divulgado este Edicto por todo el Orbe Christiano, no solo manifestò la inocencia de Francisco, sino que añadiò nuevos resplandores à su fama. Conocieron todos quan poderosa era su pluma contra los enemigos de la Iglesia, pues ellos mismos la avian querido hazer su parcial, con las expensas de tan costosa edicion, confessando de esta suerte, era de sumo momento para su ruina aquel, cuya autoridad, aunque supuesta, les pareciò bastante para su patrocinio. Animado, pues, el Doctor Eximio por conocer que sus tareas eran no menos agradables, que fructuosas à la Catho-

lica

lica Religion, se desvelò en proseguirlas con increible solicitud, y celeridad: tanto, que en breve tiempo aumentò la Republica literaria con los dos primeros tomos *de Religione*, y con otro *de Legibus*, escrito à instancia de D. Alonso Hurtado de Mendoza, Rector entonces, y despues Obispo en la Vniversidad de Coimbra. Estãpòse, à este mismo tiempo, el tomo *de Pœnitentia*, con la sentencia, y interpretacion, que en otro tiempo fue ocasion de probar los quilates de su paciencia; ya aora aclarada ya la verdad, era credito de su acendrada doctrina, y galardon proporcionado al merito de su humildissima obediencia. Quanta luz aya resultado de estos volumenes à entrambas Theologias, assi Moral, como Escolastica, ellos mismos lo publican con su erudicion incomparable, con su resolucion acertada, con su agudeza exquisita: à las quales acompaña aquella modesta serenidad de sus palabras, en que halla el entendimiento vn rio caudaloso de leche, y miel, sin el menor susto del aguijon. Pues de la sacra, y aun civil Iurisprudencia, quan benemerita se hizo en estos libros su pluma? Admiracion causa leer, y oyr los elogios con que celebran à Francisco los Professores mas sabios de esta noble facultad, en la qua, como en pais indiferente, y neutral, habla la razon, y la verdad, sin sospecha del afecto, ni rezelo de la emulacion. Vnos afirman, que no fue menos sabio en esta ciencia, que en la sagrada Theologia. Otros, que en los puntos que examina, apenas ay quien se le iguale en la comprehension, sutileza, y claridad: otros, que hasta su tiẽpo se ignorava la verdadera inteligencia de muchos textos, los quales debieron à su sabiduria su mas genuina interpretacion: otros, en fin, se pasman de verle discurrir en sus materias mas dificiles, no como huesped, y peregrino, sino como el mas domestico, y versado en ellas, admirndose igualmẽte de lo que supo, y del tiempo en que lo aprendiò.

Pero el mayor credito, assi de estos como de otros escritos, con que el Padre Suarez ilustrò la Iglesia de Dios, fue la aprobacion, y aplauso de su Santissimo Vicario Paulo V. el qual sabiendo sus continuas, y felizes tareas, le exortò con paternal afecto, y regocijo à continuarlas, despachandole, segundo Breve, no menos honorifico, que el primero, como lo testifica èl mismo en el tenor siguiente.

PAV-

PAVLO PAPA QVINTO.

Al amado hijo Francisco Suarez, Presbytero, de la Compañia de Iesvs.

Amado Hijo salvd, y Apostolica bendicion.

HAnos sido de muy excesivo gozo, lo que nuestro amado hijo, Decio Cardenal Carrafa, nos ha escrito de los piadosos, y continuos trabajos, en que os exercitais, para gloria de Dios, y vtilidad de su Santa Iglesia. Y à la verdad corresponden muy bien, à lo que ya antes sabiamos de vuestra piedad, zelo, y doctrina. Estad cierto, que os amamos muchissimo en el Señor, y que este nuestro amor, para con vos, siempre se irà aumentando, quando oyeremos, que con mayor diligencia, y fervor empleais los talentos, que os encomendò el Eterno Padre de Familias. Lo qual os exhortamos, que continùeis con toda solicitud, y aora, con excesivo, y tierno amor, os concedemos nuestra bendicion Apostolica. Dada en Roma, en S. Marcos, sub annulo Piscatoris, tertio kalendas Martij, ano 1612. septimo de nuestro Pontificado.

Con tan encarecidas palabras, engrandece segunda vez el Vicario de Christo los trabajos de nuestro Eximio Maestro, calificandolos de muy vtiles, para gloria de Dios, y bien de su Santa Iglesia, que es el fin, y norte, à que èl atendia con todos ellos. Y echando el Cielo tantas, y tan amorosas ben-

bendiciones ſobre aquel campo fertil, y abundante; què mucho produgeſſe tan dulçes, y colmados frutos de piedad, y ſabiduria. Por eſte miſmo tiempo tenia ya preparados, para la eſtampa, aquellos libros prodigioſos *de Gratia*, como èl miſmo lo eſcriviò deſpues à ſu Santidad, pidiendole ſu beneplacito para divulgarlos. Mas al preſente fue preciſo convertir à otra parte los deſvelos: porque la heregia armada del furor, y del poder, tocò al arma en el Septentrion: y quitando al Rey Ingles ſu Cetro de la mano, le puſo en ella la pluma, para que con monſtruoſa oſſadia blasfemaſſe de la Santa Igleſia, convocando todos los Principes Chriſtianos à vna infame ſedicion contra el Pontifice Romano, ò por mejor dezir, contra el miſmo Chriſto. Barbaro conſejo, y furor ſobre toda temeridad, que ſi pudiera paſſar mas allà de la fantaſia, viéramos otra vez conjurarſe contra el Cielo los Gigantes, y perſeguir ſacrilegamente à los Dioſes del Señor. Pero à la ſobervia, y altivèz de eſte Goliat, *opuſo Dios en la humildad*, y manſedumbre del Padre Suarez, vn afortunado David, que ſalieſſe al campo en defenſa de los eſquadrones de Iſrael. Para eſto inflamò ſu corazon, y enriqueciò de luz ſu entendimiento; de ſuerte, que alicionado del Cielo para los lançes de eſta batalla, y armada ſu mano con la pluma, pudieſſe dezirle à ſu Dios: *Qui docet manus meas ad prælium, & digitos meos ad bellum.* Pſal. 143.

CAPITVLO DVODEZIMO.

Del admirable libro que eſcriviò en defenſa de la Fè contra los errores Anglicanos.

LA Corona de Inglaterra, inficionada primero del peſtilente, y fatal aliento de la heregia, y manchada deſpues con los infames vicios de Iſabela, paſsò muerta ya eſta infernal, y ſangrienta furia, à las ſienes de Iacobo Ettuardo, Rey de Eſcocia, hijo de Maria Eſtuarda, aquella cuyo inocente eſpiritu extinguiò la aleveſia cruel de la ya nombrada Iſabela, monſtruoſo parto de la deſhoneſtidad, y nueva Gezabel, que bomitò el abiſmo, contra

la

la Religion Catholica. Pareciò amanecer, en el nuevo Principe Iacobo, vn aſtro tan feliz à la Catholica Fè, como funeſto para la heregia, à cuyo eſtrago le avia de incitar la ſangre de ſu miſma Madre, vertida à manos de eſte inſaciable mõſtruo. Pero como prevalecieſſe por entonces el partido de los Sectarios de Inglaterra, pareciendole à Iacobo neceſsitava de ſu poder, para afiançar ſu diadema, facilmente poſpuſo los motivos de la piedad, y Religion à la ſeguridad de reynar. Politica impia, y deteſtable, cuyo caſtigo, para que fueſſe mas afrentoſo, le executo por ſu mano la miſma heregia: la qual agradeciò tan bien ſu patrocinio à Iacobo, que derribò deſpues, en vn cadahalſo, la cabeza coronada de Carlos ſu hijo, y arrancò en nueſtros tiempos la Corona de las auguſtas ſienes de Iacobo ſu nieto. Para q̃ ſe vea, que ha de reynar ſiempre la perfidia, donde es vltrajada la Fè, y que en vn Reyno, donde ſe miran derribados los Altares, no pueden prometerſe eſtable permanencia los Reyes. Entre las otras violencias con que el nuevo Rey oprimia à los Catholicos, vna fue la dura neceſsidad de vn juramento, que, con nombre tan eſpecioſo como falſo, llamaron de fidelidad. En èl ſe avia de confeſſar el Rey por Cabeza de la Igleſia Anglicana, y ſiendo tan perniciofo eſte dogma, pareciò conveniente al Pontifice Romano, deſcubrir à los Catholicos el engaño, aviſandoles en dos Breves, ſe guardaſſen de eſte juramento, como de vn hereticò perjurio. De aqui el enojo del Rey Iacobo contra el Pontifice; de aqui el publicar contra èl vna apologia, en que la heregia arrojò todo el veneno de ſus blasfemias; de aqui, el eſcrivir, y publicar vna exhortacion à todos los Potẽtados de la Chriſtiandad, aviſandoles, que ſacudieſſen el yugo de la Fè Romana, y negaſſen la obediencia al Sumo Pontifice, como à enemigo de la lealtad de los Vaſſallos con ſus Reyes; y en fin, de aqui el apellidarle tirano, Apoſtata, y Ante-Chriſto con horror, y eſcandalo de la religion, y de la piedad. Tanta es la altivèz, y deſverguença de eſta ſecta, concebida en el gremio de la diſſolucion, y educada en las deſembolturas de la laſcivia.

Conſiderando el vigilante Paſtor Paulo V. deſde la Atalaya de la Igleſia, los daños, que eſta loca temeridad podia producir, no ſolamente en las Provincias Septentrionales, ſino

ſino tambien en todo el reſto de la Chriſtiandad, convirtiò todos los cuidados del animo à proveer el mas eficaz, y conveniente remedio. Y acordandoſe del Padre Francisco Suarez, à quien èl miſmo avia aclamado, y reconocido por Doctor Eximio, aſsi en la ſabiduria, como en la piedad, y zelo ardiente de la Igleſia; determino encomendar ſu deſagravio, y ſu honor à los aciertos, ya eſperimentados de ſu pluma. Noticiòle eſte deſeo de ſu Santidad el Cardenal Decio Carrafa, entonces Nuncio Apoſtolico en Eſpaña: y nueſtro V. Maeſtro le recibiò, confundiendoſe por vna parte, de verſe eſcogido para obra tan ſublime; y por otra, esforçandoſe ſobre manera con la confiança que le prometia la obediencia, y la ſantidad de la cauſa. Ni le engañò la eſperança concebida, porque recogiendoſe no menos à la Oracion fervoroſa, que al eſtudio intenſo, y retirado, imploro con frequentes antias la luz, y ardor del divino eſpiritu; y como no es perezoſo ſu favor, dentro de pocos meſes diò à luz aquel volumen verdaderamente de oro, cuya frente ſe ennoblece con eſte titulo: Defenſa de la Fè Catholica, y Apoſtolica contra los errores de la ſecta Anglicana, con vna reſpueſta à la apologia por el juramento de fidelidad, y à la prefacion monitoria del Sereniſsimo Iacobo, Rey de la gran Bretaña.

En eſte libro demueſtra el Padre Suarez à todo el mundo, lo primero, que todos los dogmas intruſos por la ſecta Anglicana, ſon muy eſtraños de la verdadera Fè, de quien el Rey injuſtamente ſe publica defenſor. Lo ſegundo, que los articulos, à que ſe opone, ſon muy antiguos, ſiempre recibidos de la Igleſia, y venerados de los Santos Padres. Lo tercero, eſtablece la ſuprema autoridad del Papa en el govierno eſpiritual, y la ſugecion que debẽ los Principes à ſu Apoſtolica Silla. Lo quarto, prueva el derecho, que exime los Eccleſiaſticos de los Tribunales Seculares: punto en que bolviò aora à tropezar de nuevo la heregia Ingleſa. Lo quinto, trata del Ante-Chriſto, moſtrando, que ſolo los hereges anticipan con ſus errores los males de ſu futura venida. Y en fin, deſcubre la ponçoña, que oculta aquel juramento de fidelidad fingida, y de perfidia verdadera. Todo lo qual tratado con ſuma comprehenſion, y admirable claridad, lo conſagrò à los Reyes, y ſeñores Chriſtianos, para oponer, y enca-

minar la eficacia del antidoto, adonde apuntava la actividad perniciosa del veneno.

Admirable fue el aplauso que hizo toda la Republica Catholica, à este vtilísimo volumen del Eximio Doctor. El Rey de las Españas Felipe Tercero, como mas interesado en la fama, y defensa del nombre Catholico, le escriviò cartas llenas de humanissima benevolencia, y expresivas significaciones de su gozo, y aun de su agradecimiento, por aver empleado su sabiduria, y estudio en defensa de la Religion, cuya gloria, por los hereges vltrajada, se veìa ya por su feliz industria, no solo restituida à su esplendor, sino tãbien mas triunfante, y victoriosa. Muchos Eminentissimos Cardenales, y gravissimos Prelados se congratularon con èl con mas encomios, que palabras, no acabando de engrandecer su erudicion, ingenio, y solidèz, para quebrantar la cabeza de la serpiente infernal. Con las mismas aclamaciones le escrivieron, y hablaron otros doctissimos Varones, ponderando ademàs de su consumada sabiduria, aquella modestia, y serenidad de animo, con que en vna tan dilatada apologia, en que parecia, no solo licita, sino aun sagrada la irritacion; con todo esso no se avia destemplado, ni en vna sola voz, que pudiesse herir, para que todas con mas dulçura pudiessen desengañar: aquel zelo ardiente con que afirmava no averse aterrado con la magestad, y poder de su adversario; sino alentandose mas à convencer sus yerros, para que el esplendor de su corona no deslumbrasse los ojos flacos: aquella sinceriſsima confesion de que no salìa al campo por hazer ostentacion de su doctrina, ni por el aplauso de la victoria; sino porque desvanecidos los errores, triunfasse sola la verdad, y reynasse en los corazones de todos Christo Iesvs: en fin, aquella caridad abrasada con que protestava, y dezia al Rey, y à sus Ingleses: *Si hoc à vobis obtinuero, spe alicuius publicæ vtilitatis erectus, nulli labori parcam, sed libentissimè impendar, & superimpendar ipse pro animabus vestris.* Que por el bien de sus almas, estava aparejado, no solo à todas las fatigas, sino tambien à dar su aliento, y su vida comprandoles con ella la libertad de vna eterna muerte.

Con estos, y semejantes afectos describe Francisco en el papel su amante, y encendido corazon, dignos, sin duda,

del

del concepto general, que hizieron de este libro sus mas jus-tos estimadores, diziendo, que en los otros excedia à los demàs Escritores; pero en èste se avia excedido, y aventajado à si mismo. Ni se puede callar aqui lo que aquel Doctissimo Obispo de Coimbra D. Alfonso Castel-Blanco, dize en la aprobacion de este volumen: que dava festivos parabienes à nuestro siglo, porque avia producido tan ilustre Maestro, y à la Compañia de Iesvs, porque lograva tal hijo: que por su boca hablava todo el torrente de los Santos Padres, y que todos parece se avian vnido, y conspirado para dar vigor, y fuerça à esta su defensa. En fin, apellida al Padre Suarez, Maestro comun de nuestro tiempo, y otro segundo Agustino de nuestra edad. Quanto reusò Francisco estos elogios, lo manifiestaron bien sus encarecidas suplicas à este Ilustrissimo Prelado, rogandole vna, y otra vez que borrasse estas alabanças, que avia escrito en lugar de censura, porque de otra suerte no se atreveria en adelante à mirar esta obra suya, sin que se le cubriesse el rostro de verguença. Y en prueva de este su humildissimo sentimiento, se le oyò muchas vezes dezir, con lagrimas en los ojos: como podrè yo sufrir ser llamado otro Agustino, quando aun no merezco ser contado entre los discipulos de este Santo Doctor? Por esso aviendo hecho estrañas diligencias, para evitar estas alabanças que èl dezia avian de ser su perpetua afrenta, y confusion; viendo que nada aprovechava, ni con sus ruegos, ni con las cartas de sus amigos, se valiò de personas de la primera autoridad para que doblassen el animo insuperable del Obispo. Pero èl siempre constante en su primera resolucion, respondiò: *Quod scripsi, scripsi*, lo escrito està bien escrto: añadiendo festivamente q̃ en esto solo queria parecerse à Pilatos. Por lo qual, el V. Padre se huvo de contentar con la paciencia de sufrir estos elogios, ya que su humildad no avia podido evitarlos, y assi se colocaron à la frente de este volumen con duplicada gloria de su Autor: vna, por aver los tan ventajosamente merecido, y otra, por averlos con tantas veras reusado.

Mas lo que coronò con rayos de luz, y Magestad la fama del Eximio Doctor, y de este su felicissimo libro, fue el sumo agrado con que le recibiò, y engrandeciò Paulo V. Pontifice Sumo de la Iglesia. Pues con averle ya favorecido

dos vezes con sus Letras Apostolicas, aprobando sus desvelos, y fatigas, sin embargo quiso aora añadir este nuevo Breve, en que le agradece, y ensalça el acierto con que ha desempeñado las grandes esperanças que avia concebido de su sabiduria, para honor, y defensa de la Iglesia.

PAVLO PAPA QVINTO.

Al amado hijo Francisco Suarez, Presbytero, de la Compañia de Iesvs.

AMADO HIJO SALVD, Y APOSTOLICA BENDICION.

HEmos recebido el libro, que en defensa de la Religion Catholica, y de esta Santa, y Apostolica Silla aveis con vuestro estudio, y desvelo trabajado: y ha sido sobre manera excesivo el gusto, y deleyte, que con su letura hemos logrado nosotros. Porque de vn Varon de tan insigne piedad, y erudicion, como vos sois, no podiamos esperar otra cosa, sino vna obra, que fuesse de gran provecho, y vtilidad. Y al presente, assi à vos, como à vuestros piadosissimos trabajos, os concedemos nuestra paternal bendicion. Dada en Roma en Santa Maria la mayor, sub annulo Piscatoris, à 9. de Septiembre del año de 1613. noveno de nuestro Pontificado.

Hasta aqui el Breve de su Santidad, que aun siendo tan honorifico, no parece satisfizo enteramente su afecto; y assi ordenò à su Sobrino el Cardenal Burgelio, que le escriviesse otra carta muy familiar, y significativa del grande amor, y estimacion que tenia su Santidad de su persona, engrandeciendo sus trabajos en beneficio de la Iglesia, y exhortandole

à que

à que pidieſſe algunas gracias para ſi, ò para otros; pues era juſto premiar ſus ſervicios, no ſolo con alabanças, ſino tambien con favores. Reſpondiò à eſta carta el Venerable Padre, que todo ſu premio lo avia colocado en ſervir à Dios, y à ſu Santa Igleſia: mas que ſi avia de vſar de aquella liberaliſſima oferta, ſe reſolvia à pedir el mayor teſoro, que el Vicario de Chriſto podia dar: y era vna indulgencia plenaria para la hora de la muerte, no ſolo para ſi, ſino para otras veinte perſonas, que en ſus eſtudios le avian aſsiſtido, y à quienes por otras cauſas ſe reconocia obligado. Todo ſe lo otorgò el Sumo Pontifice, que admirado de tan religioſo deſinterès, le mandò aviſar de nuevo, que eſtava muy deſeoſo de hazerle otras qualeſquiera gracias, y q̃ no tardaria mas ſu conceſſion, que quanto ſu encogimiento ſe detuvieſſe en la ſuplica.

CAPITVLO XIII.

Del furor, con que vltrajaron los hereges eſte libro, y de la ſolicitud, con que procuraron incitar contra èl, y contra ſu Autor al Rey Catholico.

SIendo eſte volumen tan aplaudido, en donde reynava la verdadera Religion, era fuerça fueſſe injuriado, donde tenia ſu ſolio la heregia. Porque ſi bien el Eximio Doctor, aconſejado no menos de ſu natural dulçura, que de ſu ſabia prudencia, avia medido ſus palabras con la Mageſtad de vn Rey tan poderoſo, y no con la perfidia de vn herege obſtinado: ſi bien concluìa cada vno de ſus tratados con vna reflexion al Rey Iacobo, hablandole con ſuma ſumiſsion, y exhortandole amoroſa, y humildemente, a que dieſſe entrada à la verdad en ſu corazon; con todo eſſo, para ſu ciega pertinacia, fue lo miſmo, que ſi quiſiera amanſar à vn rabioſo Tigre, con la ſuavidad de la muſica. Por eſſo luego que llegò eſte libro al Reyno de Inglaterra, luego que por la induſtria de los Catholicos, bolò la fama de ſu eficaz, y convincente doctrina contra los hereticos dogmas; ſe irritò ſobre manera el Rey contra Franciſco, y determinò vengarſe en ſus eſcritos, caſtigando en ellos, como en ſu eſtatua mas

pro-

propria, el delito de ſu Autor. Por eſſo, acõſejado de ſu enojo, y de ſu perfidia, tuvo por conveniente, llamar à juizio eſte volumen, y deſpues de aver ſido acuſado, y convencido juridicamente, como reo de leſa Mageſtad, pronunciar contra èl ſentencia publica de fuego. Señalò para ſu execucion la plaza mayor, y mas publica de Londres, y en ella aquel funeſto, y afrentoſo ſitio, donde reciben el vltimo ſuplicio los delitos mas deteſtables, y eſcandaloſos. Luego que ſe divulgo eſta reſolucion del Rey entre los hereges, concurrieron en gran numero al lugar ſeñalado, amontonando mucha leña, parte para ſatisfacer al odio contra el delinquente, y parte à la liſonja de ſu Principe. Mientras tanto venia el libro de la defenſa de la Fè, conducido por los Miniſtros Reales, y blasfemado de aquel Pueblo infiel, y ciego, que juzgava llevarle al cadahalſo, quando le diſponia el mas auguſto trono. Ya eſtava prevenida para abraſarle vna grande hoguera, aunque parecian eſtar de ſobra ſus llamas, ſegun ardia el furor en los pechos de aquella herética chuſma. Reſonò luego la voz del Pregonero, publicando la razon, ò la injuſticia, porque avia ſido condenado eſte libro, cuyo delito ſolo conſiſtia en ſer Catholico. Arrebatòle deſpues el Berdugo en ſus infames manos, y aviendole primero raſgado, y deſpedazado, le arrojò en las llamas, donde con el nombre de ſu Autor, ſe convirtiò en glorioſas cenizas.

De eſta ſuerte el rabioſo monſtruo de la heregia procurò ſatisfacer, ò à lo menos conſolar ſus venenoſas iras contra la Catholica Religion, ſin advertir, que quantos vltrages multiplicava contra el libre, que la defendia, eran otros tantos eſmaltes para la precioſidad de ſu corona, pues ſe labraron ſus mas crecidas glorias en la barbara oficina de ſus injurias. Ello fue aſsi, que de ſus proprias paveſas parece renaciò eſte volumen à vna vida llena de inmortalidad, y no à vna ſola, ſino à multiplicadas vidas. Quemòſe en Inglaterra, y luego renaciò en Colonia, y poco deſpues en Francia, deſuerte que por vn cuerpo quele quitò el fuego, le reſtituyò innumerables la publica luz, y con nuevo, y mas eſtraño milagro juntò el ſer raro, y ſingular, como vn Fenix, y el multiplicarſe para la admiracion de los hombres, haziendoſe muy comun para la vtilidad, y para el vſo, ſin vulgarizarſe en el aprecio.

Aſsi

Assi se engañò el ayrado Rey en su fatal consejo; pues queriendo sepultarle en la confusion de su ignominia, le colocò sobre las alas de la misma gloria; y solo con averle èl condenado à las llamas, diò vn publico pregon en todo el Orbe Catholico, de la verdad, sabiduria, y acierto de este libro, y de la grandeza de su Autor. Porque como discretamente dixo Tertuliano, hablando del impio Emperador Neron: *Qui scit illum, intelligere potest, non nisi grande aliquod bonũ fuisse à Nerone damnatum*. Basta conocer quien fue Neron, para credito de quantos sentenciò su crueldad. Y quien supiere quan fiero, y pertinàz herege era este infelicissimo Rey, facilmente entenderà, que fue indicio de suma inocencia, el aver sido condenado en su Tribunal; pues no puede dexar de ser glorioso, el padecer como culpado, donde seria delito, ser tenido por inocente.

Bolò al punto la fama de este execrable sucesso por todas las Provincias de Europa; llegò à Portugal, y à la Vniversidad de Coimbra, donde se hallava nuestro V. Padre discurriendo acaso, y conversando con el Padre Sebastian de Barradas: aquel Varon no menos venerable por sus virtudes, que ilustre por sus admirables comentarios, à quien la semejança de las costumbres, y estudios, avia vnido en vna dulce amistad con el Padre Suarez. Leyòse delante de los dos la relacion de este sucesso; y al escuchar Francisco, que su libro avia sido injuriado, y quemado en Londres, por enseñar (segun el pregon de los hereges) falsos, y temerarios dogmas, contra la Religion verdadera, y la jurisdicion de los Principes; nada perturbado, antes fervorosamente enternecido, y deseoso de morir por semejante causa entre los enemigos de la Fè; dixo, clavando los ojos en el Cielo: O plegue à Dios, que à mi me toque la misma suerte, que ha cabido à mi libro, para que yo pueda autentizar con la vida, y con la sangre, aquella Fè, que he defendido con mi pluma!

Al escuchar el Padre Barradas los animosos, y tiernos afectos, que avia encendido en Francisco la embidiada hoguera de su libro; le vino à la memoria aquel distico lugubre del infeliz, y desterrado Ovidio, en el qual, hablando con vn libro, que remitia à Roma, vnico objeto de sus deseos, le dize: *Sine me, liber, ibis in vrbem*: sin mi, o libro mio, has de en-

encaminarte à mi pretendida patria: y luego, aludiendo Barradas, con oportuna discrecion à los fervores del Padre Suarez, mejoro el verso de esta suerte: *Sine me, liber, ibis in ignem*: sin mi, o libro mio, irás à ser abrasado en el fuego: palabras que avivaron las llamas en el corazon de los dos Santos Ancianos; los quales, arrebatados de mas excelso Numen, acabaron el distico, diziendo: *Hei mihi, quod domino non licet ire tuo*: ay de mi, que no le es posible à tu dueño, arrojarse en esse incendio contigo. Assi cantaron estos dos amorosos Cisnes, à vista de tan deseada muerte, mostrando bien, que abrigavan en sus pechos otro bolcan sagrado, en cuya comparacion todas las llamas del Septentrion eran mas frias, que sus pertinazes, y obstinados yelos.

Pero no se contentò la heregia con este espectaculo infame de su furor, antes reconociendo por vna parte, que este vano consuelo de su rabiosa ferocidad avia de hazer mas celebre la doctrina de este libro; y aborreciendole por otra, como à ruina de su secta, y escudo de la Catholica Fè; dispuso, que despues de averse consumido en las llamas, resonasse vn pregon, en que se mandava, que ninguno se atreviesse à reservarle, ò à leerle en todo el Reyno, pena de infiel à la patria, y traidor à la Magestad Real. Assi pretendieron cautelar en adelante los efectos, que ya en muchos avia causado su leccion: con la qual los Catholicos se avian confirmado en la Fè Romana, que professavan, y los hereges, que eran menos rebeldes à la luz, iban abriendo los ojos para ver su propria ceguedad. Demàs de esto el Rey Iacobo, pareciendole, que en este libro avia sido ofendida la Magestad de su Corona, determinò desterrarle, si pudiesse, de todo el mundo, con todas las artes de la astucia, y del poder. Escriviò para esto al Catholico Monarca Felipe Tercero, quexandose agriamente, de que vn Iesuita Español huviesse divulgado vn volumen en que vltrajava el derecho de los Reyes, y dava aliento à los vassallos, para sacudir el yugo de sus Principes: que èl, para oprimir en sus principios la sedicion de los Pueblos, avia mãdado fuesse quemado publicamente en su Corte; y que huviera executado lo mismo en su Autor, si viviera sugeto à sus dominios: mas que esperava de su Magestad, no dexaria sin castigo esta osadia, teniendo el reo en sus manos; pues era

fuera

fuerça escarmentar en su persona los espiritus turbulentos, y rebeldes contra la Magestad, y obsequio de los Principes. Tampoco le aprovechò al Padre Suarez la modestia, y serenidad de su estilo con este Rey; porque, como engañado de la heregia, se irritava con sola la verdad, y era de aquellos Principes, de quienes dezia David: *Principes persequuti sunt me gratis.* Que hazen razon de sus enojos la sinrazon sola de su arbitrio, y de su voluntaria ceguedad.

Entregò esta carta del Rey Iacobo, su Embaxador Inglès, que residia en la Corte del Catholico Rey; y de su parte procuro avivar en el Real animo el temor, y la sospecha de sediciones, y alborotos, sino se condenava este libro, instituiẽdo juntamente en que se diesse satisfacion à su Rey con el suplicio de su Autor. Mas Filipo, aunque claramente conociò, que la heregia no atreviendose à parecer en su Corte cõ el rostro descubierto, se embozava con esta mascara de fidelidad, para vengar sus enojos; sin embargo por no parecer despreciava los avisos, y quexas de vn Rey tan poderoso; mãdò que el libro de Francisco fuesse examinado por los Prelados, y Varones mas sabios de su Reyno. Y aviendo respondido todos vniformemente, que su doctrina era sana, Catholica, y encaminada à que los hombres diessen al Cesar, lo que es del Cesar, y à Dios lo que es de Dios; determinò el Rey descubrir sin reserva alguna su Catholico pecho, y avisado el Embaxador Inglès de la respuesta de los Theologos, y Vniversidades de España, escrivio al Rey Iacobo, que si todo el delito de Francisco Suarez contra su Real persona consistia en lo que enseñava en su libro, vno, y otro estavan agenos de toda culpa, à juizio de todos los que en su Reyno podian ser Iuezes de esta causa. Que antes devia ser alabado por aver defendido con tanta eminẽcia lo que desde los Apostoles avia sido inviolable en la Santa Iglesia, y como tal no podia traer turbacion, sino trãquilidad à los Reynos: y que assi le exhortava muy encarecidamente, à que abriesse los ojos, y no permitiesse vltrajar en su illustre Reyno aquella Fè, que professaron por tantos siglos sus Esclarecidos Progenitores, à cuyo patrocinio le empeñava el averla recibido en los candores de la materna leche, y el verla glorioſamente rubricada con la inocente sangre de su Madre, cuya voz pedia vengança

contra el ſacrilego monſtruo de la heregia, y llegando ſus gritos haſta el Cielo, no podian negarſe à ſu eloquente perſuaſion los oydos, y los enojos de vn hijo. Que advirtieſſe bien, era muy perjudicial razon de eſtado, ſacudir el ſuave yugo de Chriſto, por el amor de vna engañoſa libertad; la qual mientras enſeña à los Pueblos à ſer infieles contra Dios, los diſpone à la rebelion contra ſu Rey: y en fin, que para ſi, y para ſus Reynos no queria otra ſeguridad, que la que ſe funda en la Catholica Religion, cuya defenſa, ſi le avia deſagradado en aquel libro, ſupieſſe la avia tomado à ſu cargo, para mantener lo que èl enſeñava, ſi fueſſe meneſter, con la eſpada, y con la miſma vida.

Eſto reſpondiò el Santo, y Catholico Monarca à las quexas, y à los deſignios, que en ſu carta deſcubria el Inglès; y por el contrario en carta eſcrita en Madrid à quatro de Septiembre de 1613. para el Padre Doctor Francisco Suarez, le dize aſsi: * *El libro*, que imprimiſteis en reſpueſta del „ de el Rey de Inglaterra, he eſtimado mucho, porque en èl „ defendeis tan doctamente la libertad, y pureza de nueſtra „ Santa Fè Catholica, y Autoridad de la Igleſia Romana: y „ me pareciò por eſto daros las debidas gracias, y dezir, que „ podeis tener por bien el trabajo, y tiempo que puſiſteis en „ eſta obra: de que ſe debe tener por cierto reſultarà mucho „ ſervicio à *Nueſtro Señor*. * Haſta aqui el piadoſiſsimo Filipo, imitador de ſu gran Padre, no ſolo en amparar la Fè Catholica, ſino en favorecer à nueſtro gran Maeſtro contra las iras de vn Principe ſuſpicàz, y poderoſo: el qual, en vez de hazerle aborrecido, dexò à Franciſco mas recomendado à la benignidad Real, ſiendo relevante circunſtancia en el animo de vn Monarca Auſtriaco Eſpañol, el verle perſeguido por los enemigos de la Fè, para eſtender mas beneficas las alas de ſu Auguſtiſsima proteccion.

CA-

CAPITVLO XIV.

Renueva el Parlamento de Parìs la ſentencia eſcandaloſa contra eſte libro, y defiendele el Sumo Pontifice, y el Chriſtianiſſimo Rey.

QVando ſe divulgò por Eſpaña el incendio de eſte afortunado libro en Inglaterra, ſe le oyò dezir al Embaxador de eſta Nacion, que preſto experimẽtarìa en Francia la miſma ignominia. Y fue el caſo, que el odio implacable de los hereges, encendiendoſe mas con las rabioſas llamas de Londres, intentava arrojarlas dentro de la Corte de Parìs. Fueron los Autores, y atizadores de eſte infernal fuego, no ſolo el Rey Iacobo, ſino tambien los Proteſtantes, y Miniſtros mas poderoſos de ſu Corte: los quales vnieron ſus conſejos para la maldad, mancomunandoſe con los Hugonotes Franceſes. Eſtos, que infamavan en gran numero las Liſes de aquel Chriſtianiſsimo Reyno, alvergandoſe entre ſus flores, como ponçoñoſos alpides, facilmente concibieron la llama del furor contra vn libro, cuyo Autor era vn Ieſuita, y cuyo aſſumpto era la defenſa de la Religion Catholica. Mas no atreviendoſe ſu malicia à deſcubrir el roſtro, apelaron à las artes mas familiares à los hereges, que ſon la ſimulacion, y el engaño. Entreſacaron del aborrecido volumen varias propoſiciones, que parte por eſtar arrancadas de ſu natural contexto, parte por averlas desfigurado con pernicioſo artificio, parecian apadrinar como licitas las agreſsiones de los vaſſallos cõtra ſus naturales Reyes; violentando las clauſulas del libro, para que afirmaſſen lo que expreſſamente contradecia ſu Autor: de ſuerte que ſe vinieſſe à inferir de ſu doctrina, que era permitido al ſubdito, maquinar contra la vida de ſu Principe, y poner fin con ſu muerte à la tirania de ſu govierno. Eſtas adulteradas propoſiciones eſparcidas primero en vn papel para concitar el odio publico, ſe preſentaron al Promotor Fiſcal del Parlamento, añadiendo ardientes inſtancias, para que aſsi ellas, como el libro en que ſe contenian, fueſſen conde-

nados como infames, y perniciosos à la tranquilidad publica, y sacrilegos contra la Magestad de las Coronas.

No eran necessarios estos apretados ruegos para mover el animo del Fiscal principal artifice de este enredo; porque corrompido con las ofertas del Rey Iacobo, y solicitado con las dadivas de Protestantes, y Hugonotes, cuyos errores èl entonces favorecia de secreto, y profesò despues abiertamẽte en dos libros, tomò este negocio tan à pechos, como quiẽ interesava en èl la benevolencia de tan gran Principe, los progressos de su faccion, y la ignominia de la verdadera Fè. Presentò la acusacion en el Parlamento, y aviendo acordado à los Senadores la fatal ruina de sus dos immediatos Reyes, aviendo inflamado principalmente su indignacion con la memoria mas vezina de Enrico el Grande, oprimido de vn vilissimo agressor, en medio de la seguridad, y aun de los regocijos de su Corte; empezò à esforçar la voz, y la eloquẽcia no solo contra Francisco Suarez, como nuevo patrocinador de tan funestos parricidios, sino generalmente contra todos los Iesuitas, diziendo, que ellos, y sus libros avian causado en Francia estas tragedias, y dado animosidad à los mas atrozes delitos. Que por estender la Autoridad del Pontifice, se la davan perfidamente para castigar, y deponer à los mismos Reyes, como nuevamente, y con mas empeño que otros esforçava el libro de Francisco Suarez: por lo qual convenia entregarle luego à las llamas, y prohibir este linage de armas à los demàs Iesuitas, como à hombres, cuyo ingenio sedicioso avia nacido para peste de las Republicas.

Assi arrojò su veneno este hombre borrascoso, y empõzoñado con la heregia, cuya ojeriza principal se emplea contra la Compañia de Iesvs, à quien embiò Dios al mundo para hazer frente à sus depravados intentos. Y aunque por estos indicios se podian traslucir sus designios; con todo esso, como el Promotor Fiscal tenia ya antes de su parte à no pocos de los Iuezes, y la acusacion sonava à infidelidad contra el Rey; el Parlamento nunca favorable à los Iesuitas, concibiò contra ellos tanta indignacion, que ya no se dudava del castigo, sino del rigor con que se avia de executar. Antes que llegassen las cosas à este punto, sabiẽdo el Rey Luis Dezimo Tercio, y la Reyna Madre Madama Maria de Medicis, que se em-

empezava à fraguar este nublado contra los Iesuitas por la malignidad de sus contrarios, procuraron atajarle en su consejo de estado, avocandose à si mismos el conocimiento de essa causa. Mas el Parlamento aguardando, à que la ausencia de los Reyes acreditasse la afectada ignorancia de sus Ordenes, aviendo gastado dos continuos dias en tomar la vltima resolucion, llamò à juizio à los Varones mas señalados de la Compañia, y promulgò delante de ellos la sentencia, la qual omitiendo otros puntos, mandava acerca del libro de Francisco Suarez; que colocado en vn carro, y rodeado del acompañamiento, que conduce à los facinorosos, fuesse llevado en infame, y afrentoso trofeo por las calles publicas de Paris, hasta las gradas del Real Palacio, y alli despedazado por mano del Verdugo fuesse vltimamente entregado à las llamas vengadoras, clamando al mismo tiempo vn pregon, que declarasse las causas del suplicio, y intimasse gravissimas penas, à quien se atrevicsse à reservarlo. Todo lo qual, porque aya riesgo en la tardança, se executò al otro dia con gran concurso del Pueblo, y mayor alborozo de los hereges, que miravan arder en esta hoguera la defensa de la Catholica Religion, y encendidas en sus abrasadoras llamas, las mas festivas luminarias de la heregia.

Vn hecho, que aunque por si mismo no fuera tan feo, por el reciente exemplo de la heregia Inglesa, avia de parecer al mundo escandoloso; hirio altamente el animo del Pontifice Paulo V. el qual ponderando con prudente juizio sus perniciosas consequencias, y conociendo, que en el arresto del Parlamento de Paris, avia influido mas que el zelo de assegurar la Corona, el furor heretico contra la potestad de la Iglesia, se persuadio firmemente, que no podia permanecer ileso su decoro, sino restituia à su credito el volumen del Padre Suarez. Por lo qual escrivio al Rey Luis, y à la Reyna Madre vna carta llena de sentidissimas quexas, estrañando, que en vn Reyno Christianissimo, y en vna Corte, que avia sido alcazar de la Religion Catholica, huviesse tenido tanto poder la heregia, que apoderandose del dictamen del Parlamento, fulminasse sentencia contra la doctrina de los Canones sagrados, y de toda la vniversal Iglesia. Que èsta, y no otra era la que contenia el libro entregado, injustamente, à

las

las llamas, cuyo honor, y cuya verdad debia mantener con toda la autoridad de su Silla, contra los Autores de tan detestable determinacion. La qual pedia fuesse al punto anulada, y proscripta por sus Magestades, eximiendo juntamente à los Iesuitas de la jurisdicion del Parlamento, que con repetidas violencias avia desautorizado su intencion en perjuizio de tan sagrada Familia.

La respuesta del Rey, fue como de vn Monarca Christianissimo, muy reverente, y obsequiosa: en la qual escusandose de que la temeraria condenacion se avia dado sin su noticia, mientras se hallava ausente en la Campaña, añadia, que sobre el punto de eximir à los Iesuitas del Parlamento, se procuraria la obediencia en las vezinas Cortes; mas que en lo perteneciente al libro, se daria luego satisfacion tan cumplida, que pudiesse su Autor quedar agradecido à la injuria por el honor del desagravio. Este empezò revocando el Rey promptamente el decreto de su Parlamento de Paris, como arrojado, y injurioso contra la doctrina de vn libro, y de vn Autor Catholico, y piadoso; diziendo à vozes su Magestad Christianissima, que si en su Reyno disgustasse alguno de lo que enseñava Francisco Suarez, no tenia que irritarse contra èl, sino contra los Canones sagrados de la Iglesia, cuya autoridad, y subsistencia tan solamente defendia. Demàs de esto, concediò su Real licencia, no solo para conservar, y para vender publicamente este libro; sino tambien para estamparle de nuevo, como se hizo muy en breve, contribuyendo el passado fuego con su esplendor, para que renaciesse mas ilustre à la publica luz.

Pero porque la publicidad de la anterior afrenta quedasse del todo borrada, y sepultada en excessiva gloria, ordenaron tambien sus Magestades, que se renovasse el acompañamiento, en que poco antes avia sido este libro conducido, convirtiendo, empero, el trofeo infame de la calumnia en triunfo victorioso de la verdad, y castigando la alegria cruel de los hereges, con el aplauso, y regocijo de los Catholicos. Estos aviendo colocado el triunfante libro del Eximio Doctor en vn cavallo bizarramente enjaezado, llevando delante en vez de la sentencia del Parlamento, la aprobacion del Christianissimo Rey, y haziendo alarde lo mas ilustre de la

Corte

Corte de su lealtad, y de su religion, le condugeron en magestuosa pompa por las calles mas publicas de Paris, para que pisasse en ellas el orgullo de los enemigos, y la malignidad de los Hugonotes; cuya infame turba mirava esta transformacion de las cosas con aquel assombro que ocupa las nocturnas aves, quando el Sol les dà en los ojos con todo el golpe de sus desacostumbrados resplandores. Con este triunfo dispuso la Providencia, que se franqueasse, y abriesse para todos este libro, cuya doctrina era verdaderamente de salud, y de vida. Porque si costò lagrimas copiosas al amante Evangelista, el ver tan cerrado à los ojos aquel sagrado libro del Apocalipsi, que à ninguno era licito el leerle, o el abrirle; si resonò todo el Cielo con glorioſas aclamaciones, quando rotos los embarazos se franquearon à todos sus misterios; con razon quiso Dios, que este libro del Eximio Doctor, aviendo experimentado la adversidad de la primera fortuna, gozasse despues los aplausos de la segunda. Y nosotros debemos atribuir al Inocentissimo Cordero Christo Iesvs, el que vn libro, compuesto en defensa de su Esposa la Santa Iglesia, quedasse en ella abierto, y patente para vtilidad de sus hijos, à pesar de los sellos, y decretos humanos: aunque en esta hazaña triunfò tambien como Leon, cuyo poder rasgò los sellos de aquel libro misterioso. *Vicit leo aperire librum &c.*

El fruto que ha producido este volumen, sabenlo quantos han escrito despues, en defensa de la Romana Silla; pues todos le han seguido como seguro norte, y caminado sobre las huellas de su doctrina. Sabenlo tambien con felicissimas experiencias, los que viviendo en medio de los hereges, ò altercando con su pertinacia en las Ciudades Catolicas, donde los trae el interès de su mercancia, les han descubierto la senda seguriſsima del Cielo, y las riquezas de la eterna sabiduria, y verdad, por medio de la doctrina insuperable de este libro. De lo qual puede ser no vulgar argumento, lo que sucedió à vn Sacerdote Irlandès, discipulo antes del Eximio Doctor, y Capellan despues del Presidio de Oporto, Ciudad noble del Reyno de Portugal. Este zeloso Sacerdote pidió, y obtuvo de la docil, y benigniſsima piedad de su Maestro, que aun antes de divulgar su libro, le remitiesse los pliegos, conforme iban saliendo de los moldes, para valerse

desde

desde luego de su eficacia en beneficio de los Comerciantes Ingleses. Llegò à la Ciudad, en aquel tiempo, vn Ioben de esta noble, quanto infeliz nacion; y conociendo que era de ingenio vivo, y muy despierto, empezò el Sacerdote à mezclar con èl platica sobre la Religion, y à proponerle los argumentos, y razones, que contra la secta Anglicana avia leìdo, y estudiado aquellos dias. Mas para perficionar la esperança de reducirle, viendo que mostrava abrir los ojos à la verdad, y se dava por entendido à la eficacia de la razon, le diò los pliegos que tenia de este admirable libro, para que à sus solas los leyesse, y con animo sincero de descubrir la verdadera Religion, ponderasse los argumentos que avia oìdo, y los demàs, que con mayor claridad se contenian en aquel nuevo tratado. Executòlo assi el mancebo, y con su leccion empezò à rayar en su entendimiento la clara luz del Espiritu Santo, con la qual assombrado de las tinieblas de su miserable patria, se resolviò à acogerse al gremio de la Catholica Iglesia. Publicòse esta conversion en la Ciudad, con no pequeña confusion de los hereges. Y el Sacerdote Catholico lleno de invencible consuelo, dispuso con el feliz convertido, que partiesse en su compañia à Coimbra, donde residia el Padre Suarez, que ya avia començado à ser Maestro de entrambos, y presentandole este temprano trofeo, que de la heregia avia conseguido su pluma, le rogò le confirmasse en la verdad Catholica, y le assistiesse, para que en el Santo Tribunal de la Inquisicion fuesse reconciliado con la Iglesia.

No es facil explicar el alborozo con que los recibiò entre sus brazos el Padre Suarez, y el gusto, y eficacia con que concurriò al buen logro de sus intentos. Porque bañado en celestial alegria, mirava nacer en este Ioben las flores, y las primicias de sus trabajos, dando mil parabienes à su pluma, aunque no huviera de conseguir sino esta sola victoria. Pero aun fue mayor la que alcançò este mancebo de si mismo, pisando el mundo, y abrazando el instituto de la sagrada Religion de Predicadores, donde ya Sacerdote, de aventajados talentos le conociò, y tratò despues el Padre Antonio de Arana, y conservò siempre el amor, y gratitud al Padre Suarez, cuya sabiduria le avia descubierto el precipicio de su antigua ceguedad. De aqui se puede facilmente inferir, quanto

fue

fue el poder, y eficacia de este prodigioso volumen, para domar los monstruos de los hereticos dogmas, pues aun quando gemian sus hojas debaxo de los moldes, supo coronar con este troseo su cuna, despedazando ya entonces, como nuevo Hercules de la Iglesia, la ponçoñosa sierpe de la heregia.

Pero no quiero omitir aqui lo que sobre este punto escriviò el Padre Suarez, à nuestro muy Revendo Padre General; assi porque sus palabras serán credito del sucesso referido, como porque ellas son vn fiel espejo, en que se dexa ver muy al vivo la imagen de su heroyca santidad. Dize, pues, assi en carta de siete de Septiembre de 1613. *El libro* Anglicano parece ha sido bien recibido, y que nuestro Rey, y todos han gustado de que se aya escrito. Mas lo que yo deseo, y pido à Nuestro Señor, es, que sea de algun fruto. Y en esto me consolo Nuestro Señor con vn mancebo Inglès, que este verano vino aqui de Oporto, reducido à nuestra Santa Fè: y en la confession que hizo en el Tribunal de la Santa Inquisicion, dixo, que la leccion de este libro le avia ayudado à entender, ser esta la verdad; y assi se escrivio en los autos: y el mozo persevera; y creo que ya oy es Religioso de la Orden de Santo Domingo. V. Paternidad me alcançe de Nuestro Señor, que mis pecados no impidan mayores efectos; y humilmente pido à V. Paternidad ordene, que à este fin se hagan sacrificios, y oraciones en toda la *Compañia*. Hasta aqui el Eximio, y Venerable Padre; en cuya epistola se leen escritos con mejor caracter todos los afectos de su zelo, y de su humildad: virtudes que le merecieron las bendiciones con que coronò el Cielo sus trabajos, y sus libros; pues entonces son mayores los empeños, y los frutos de la gracia, quando halla mas desconfiada de si à la humana industria. Temia Francisco, que embarazassen sus culpas la vtilidad de sus desvelos; y por este humilde concepto de si mismo, fueron tan ilustres los triunfos que diò à la Iglesia contra la obstinacion de la heregia: por esso fue tan valiente su pluma, porque fue tan rezeloso su corazon; siendo cierto, que en la espiritual milicia, las mayores victorias suelen ser hijas del temor; y que no tiene porque temblar à sus enemigos, quien teme su propia seguridad.

CAPITVLO XV.

Desea el Padre Suarez renunciar la Cathedra de Prima, prosigue leyendola à instancias del Rey Felipe Tercero, jubila en ella, y procura retirarse para la muerte.

AVnque la vida del Pijssimo Padre era tan fructuosa para toda la Iglesia; aunque resplandecia en ella vn admirable concierto de estudios, hermoseados con sus virtudes, y de sus virtudes vnidas en maravillosa concordia con las letras; con todo esso vivia muy descontento de si mismo, y deseoso de retirarse de la publicidad de las Escuelas, para entregarse enteramente à la Oracion, y aprovechamiento de su espiritu. Por esso escriviendo à vn confidente suyo, le dize, que èl estava en aquella Vniversidad como vn bruto à la taona, moliendo las sequedades Escolasticas, vn año, y otro año, suspirando ya por el tiempo de vacar à Dios, y à si mismo. Tanta era la humildad de este Varon incomparable, semejante, sin duda, à aquellos Querubines, de quien escrive S. Iuan, que en trage de irracionales assistian en medio, y al rededor del Trono de Dios *in medio sedis, & in circuitu sedis*; pues siendo tan sabios, como lo mostrava la multitud, y perspicacia de sus ojos, se apropiavan el nombre, y semejança de brutos. Assi este sumo Theologo de su siglo, quando mas podia blasonar de Querubin, por la plenitud de su ciencia, se imaginava como vn irracional atado à la porfiada sucesion de su Escolastica tarea. Bien, que à semejança de aquellos misteriosos animales, de tal suerte le traia al rededor la obligacion de sus fatigas, que juntamente descansava en su Dios, como en su centro, formando en los passos de su admirable vida, los circulos de vna dichosa eternidad.

Con todo esso, como anelava tanto al sumo bien, sentia mucho el buscarle por el rodeo de las criaturas, y de las acciones exteriores. Parecianle tardos los buelos de su afecto,

por-

porque se embarazavan en las sutilezas del discurso, y enamorado de las dulçuras de la devocion, se considerava en el estudio Escolastico, como en vn campo esteril, seco, y sin jugo. Impelido, pues, de las ansias de vnirse mas estrechamente con su Dios, se resolvió à huir el bullicio de la Escuela, y la esclavitud honrosa de su Cathedra. No podia efectuarse su deseo, sin el beneplacito Real; y assi passo à solicitarle de la Magestad de Felipe Tercero, alegando el aver servido aquella Cathedra tantos años, por orden del Rey su Padre, y protestando, que no quedaria menos favorecido con la licencia de dexarla, q̃ con el honor de posseerla. Pero el Rey, aunque fue siempre muy propicio al Padre Suarez, juzgo esta vez, que sus deseos debian ceder à la comun vtilidad. Porque informandole la Vniversidad de Coimbra, quanta luz faltaria à aquella Escuela, con la ausencia de este Sol, que la iluminava, respondió à su suplica, con esta carta tan llena de expressiones, que muestra, pueden los Principes obligar à sus Vassallos, aun quando no se inclinan à sus suplicas, negandoles el favor, y mereciendo su agradecimiento. La Carta de su Magestad dezia assi:

Al Doctor Francisco Suarez de la Compañia de Iesvs, Maestro de Prima de Theologia en la Vniversidad de Coimbra.

DOctor Francisco Suarez: YO EL REY os embio mucho à saludar, considerando la vtilidad que resulta de vuestra leccion en la Cathedra de Prima de Theologia, que leeis en essa Vniversidad de Coimbra, y la informacion que tengo del Retor de ella de que la podeis continuar, me ha parecido pediros, y encomendaros, como lo hago, querais proseguir, y continuar con la leccion de ella, por mas tres años, con aquel zelo, cuidado, y erudicion, con que hasta aqui lo aveis hecho; assi por el servicio, que en ello hazeis à Nuestro Señor, y à mi; como por el provecho que de ello se sigue à dicha Vniversidad, y personas que professan esta ciencia. Y por todos estos respetos espero lo hareis assi, y en ello me avrè de vos por bien

ſervido. * Haſta aqui ſu Mageſtad: que moſtrò bien en eſta Carta, quan iluſtre era el nombre de Franciſco en aquella Eſcuela, pues aunque tenia otros eminentes Theologos; con todo eſſo, creìa avia de quedar huerfana con ſu auſencia, no baſtando la luz de muchos Aſtros, para que no ſe echen menos los reſplandores del Sol. En fin, huvo de obedecer Franciſco à la volũtad de vn Monarca, que olvidando las ſoberanias de Principe, repreſentava tan altos motivos, y obligava con la benignidad mas de lo que pudiera con el precepto.

Proſiguio leyendo ſu Cathedra en Coimbra, y ocupandoſe, al miſmo tiempo, en diſponer para la eſtampa ſus libros, y en reſponder à muchas, y muy diſiciles conſultas, que remitian al Oraculo de ſu ſabiduria; no ſolo de Portugal, ſino de Eſpaña toda, y à vezes tambien de otras Provincias mas diſtantes de Europa. Mas al acabar el curſo el año de 1612. ſintiendo ya mas peſada la carga de ſus años, y quebrantada ſu ſalud, con la tarea conſtante, de tan dilatados eſtudios; crecieron en ſu corazon los deſeos de la ſoledad, avivandolos tambien el cuidado de prevenirſe para la vltima hora. Determinò ſegunda vez alegar eſtos motivos, ſin olvidar la moleſtia de otros accidentes inſeparables de la ancianidad, creyendo tendrian fuerça en el animo Real, para conſeguirle ſu tan deſeada, y pretendida quietud. Pero como la Vniverſidad de Coimbra mirava à eſte gran Maeſtro, como vn don ſingulariſsimo, con que el Cielo la avia enriquecido, no quiſo perdonar, ni aun à la parte mas tenùe del tiempo, en que podia vſufructuar ſu doctrina. Ni el Rey, atendiendo à la vtilidad grande de ſu Magiſterio, ſe inclinò à dar oidos à la nueva ſuplica, para otorgarla, aunque por otra parte moſtrò no deſatenderla; porque en vez de la licencia que ſolicitava, le hizo vna nueva merced que no pedia; endulçando lo deſabrido de la repulſa, con la recompenſa del no eſperado favor. La calidad de eſta merced, mas facilmente podemos conjeturarla, que referirla, porque el Rey, que ſin duda, proporcionarìa la liberalidad con ſu grãdeza, no quiſo fiarla à la Carta, en que deſde Madrid à 4. de Septiembre de 1613. reſponde en eſta forma al Padre Doctor Franciſco Suarez.

YO EL REY os embio mucho à ſaludar. Conſiderando yo de quanto provecho ſerà para eſſa Vniverſidad, con-

tinùeis

vinùeis en la leccion de la Cathedra de Theologia, que hasta aqui leeis en ella con general satisfacion ; me parecio encomendaros mucho, que sin embargo de los impedimentos de vuestra edad, y muchas ocupaciones,os dispongais à leer por mas dos años,començando en el principio del mes de Octubre,que viene; atendiendo , que recibirè particular servicio, y gusto, de que lo hagas assi : y para que sea con mas comodidad vuestra,he tenido por bien,de os hazer la merced, que entendereis de D. Iuan Coutiño,Rector de essa Vniversidad, à quien he mandado escrivir , que os la *declare*. * Con esta significacion de su Real benevolencia, y agrado,rindio nuevamente este Rey piadosissimo al Padre Suarez , para la continuacion de sus tan dilatadas como gloriosas tareas; y Francisco, interpretando , como vassallo , y como Religioso , el gusto de su Dios en la voluntad de su Rey , y en el dictamen de sus Superiores,rindiò segũda vez el ombro à la fatiga de su Cathedra, ennobleciendola otros dos años con su sabiduria, y poniendo glorioso fin à sus escolasticos empleos , con esta duplicada corona de su lealtad, y de su obediencia.

Passado,pues,este vltimo plazo,tuvo por bien su Magestad de concederle la quietud,à que por tanto tiempo avia aspirado: y el dia 18. de Febrero de 1616. se despachò cedula de jubilacion, expressando en ella, como le avia antes ordenado proseguir los dos años , y que al presente le concedia esta gracia, respetando sus merecimientos. Palabras,con que manifestò su Magestad , quan satisfecho se hallava de sus servicios; y con quanto respeto queria fuessen atendidos, y premiados sus ilustres trabajos. Mas no por esso se despidio luego de la Escuela ; porque obligado de sus ruegos , prosiguiò todo aquel curso sus lecciones con tanto mayor assistencia de discipulos, y veneracion de los demàs Maestros , quanto suele ser mas apreciado el bien , al tiempo que se despide de nuestra possession. Concurriò tambien à esta detencion del Padre Suarez en Coimbra, vna carta del Rey, escrita en Aranjuez , à dos de Mayo : en que despues de las formulas acostumbradas,le dezia su Magestad assi: * *He mandado* escrivir al Obispo de Lamego,que aora visitò essa Vniversidad, „ que buelva à ella à vn negocio muy importante à mi servi„ cio, en que tengo por bien vos os ocupeis, por ser de la calidad;

„ lidad, que entendereis del Obiſpo. Encargoos mucho, que
„ ſupueſto que entra el tiempo de las vacaciones, no ſalgais
„ de eſſa Ciudad, hasta que èl vaya; teniendo en ſecreto eſta
„ orden, porque aſsi es neceſſario para el bien del *negocio*. *
Eſta fue la vltima carta, que eſcrivio el Rey Felipe Tercero à eſte ſu gran Vaſſallo, y favorecido confidente de ſus ſecretos: donde claramente manifieſta la confiança que hazia de ſu perſona, y lo que deferia à ſu juizio, y prudencia: pues en negocio tan importante, y encomendado ya à la direccion de vn Illuſtriſsimo Prelado, quiſo interviniesſe la autoridad, y experiencia del Padre Suarez, para aſſegurar el acierto: Varon verdaderamente grande, à quien ni ſu perpetuo retiro, ni ſu encogimiento humilde, y religioſo pudieron ocultar à la benevolencia, comunicacion, y reſpeto de los mayores Principes del mundo. Tales fueron entre los ſagrados, los Sumos Pontifices, los Eminẽtiſsimos Cardenales, Illuſtriſsimos Obiſpos; y entre los ſeculares los primeros perſonages de la Monarquia Eſpañola, y ſus dos potentiſsimos Reyes Felipe Segundo, y Felipe Tercero. Todos los quales, ò le honraron con ſus cartas, ò le ennoblecieron con ſus favores, y mercedes; ò le fiaron el acierto de ſus negocios, los ſecretos, y dificultades de ſus conciencias, y la direccion de ſus almas. En eſte numero debemos tambien colocar al Rey Chriſtianiſsimo, que le defendiò de la injuſticia de ſu Parlamento: ſin olvidarnos de Iacobo, que le aborreciò como à capital enemigo, pues es cierto, que no le hizo menos plauſible eſte infeliz, y obſtinado Principe con el odio, que los otros Religioſiſsimos Monarcas con ſu benevolencia.

En fin, vencidos ya todos los eſtorbos, que le detenian en ſu prolongado Magiſterio, deſpues de aver trabajado por eſpacio de veinte años en la Vniverſidad de Coimbra, con ſumo aplauſo, y aclamacion de aquella iluſtre Eſcuela; llegò el tiempo de dexarla, y deſpedirſe de ſus amados diſcipulos, y Profeſſores; los quales teſtificaron bien con las demoſtraciones de ſu dolor, el concepto que tenian de ſu incomparable ſabiduria, y el amor grande con que veneravan ſu perſona. Solo el Padre Suarez, conſiderandoſe ya libre de la tarea publica, y del eſtrepito de la Eſcuela, celebrava con ſuaviſsima alegria, lo que para los demàs era ocaſion de muy exceſsiva

siva tristeza. Su rara humildad le hazia creer, que la Vniversidad perdia poco en su asistencia, y que à su aprovechamiẽto le importava mucho la soledad, y retiro. Despidióse cortès, y tiernamente de todos, y trató luego de poner por obra lo que tanto tiempo avia sido el objeto de sus ansias, y el martirio de sus prolongados deseos. Avia en estos años trabajado diferentes obras; pero ninguna avia dado à la estampa, despues de aquel excelente libro de la defensa de la Fè, el qual fue el vltimo de todos los q̃ sacò à luz, y como el Benjamin de sus postreros cariños. Mas aora era tanto el anelo de hazer vna separacion total de todas las cosas humanas; y aun de los mismos libros, à quienes amava, como à su vnico entretenimiento, que no dudava abandonar la impression de todos sus volumenes, por estudiar en solo el libro de la vida. Solo pensava en imprimir en su corazon la imagen de Christo Crucificado, estimando por ignorancia toda la demàs sabiduria, y diziendo con el Apostol: *Non enim iudicavi me aliquid scire inter vos, nisi Iesum-Christum, & hunc Crucifixum.* Con esta resolucion le dixo al Hermano Pedro de Aguilar, que por mucho tiempo avia sido su compañero, que podia ya descuidar de su asistencia, porque levantando la mano de sus libros, è impresiones, cesava la causa, y la necesidad de su persona. Mas replicandole el Hermano, le dixo: Pues si V. R.ª alça mano de imprimir, en què ministerio se ha de ocupar? Respondiò el humildissimo Padre: O mi Hermano, yo me juzgarè muy bien empleado en servir à mi caristimo Cõpañero, y retornarle alguna parte de la caridad, que siempre me ha hecho. Estos eran los pensamientos, y los cuidados del Padre Suarez. Pero Dios, que avia encendido esta lucidissima antorcha en su sagrada Compañia, para que ilustrasse su Iglesia, no permitiò q se apagasse antes de tiẽpo, porque avia determinado fuesse vna misma la duracio de su luz, y la de su vida: Avivo en su corazon estos deseos, y no le concedio el executarlos. Diole la inclinacion al retiro, y dispuso, que cõtinuasse en la obediencia, y execucion de sus antiguos empleos, para que no solo creciesse su merecimiento con lo que hazia, sino tambien con lo que dejava de hazer.

CAPITVLO XVI.

Continùa por obediencia ſus eſtudios: parte à Lisboa, à diſponer la impreſsion de nuevas, y multiplicadas obras.

SOlia el Padre Franciſco acudir frequentemente à la Oracion, antes de abrazar ſus reſoluciones, aun en materias de menos quenta, que la que al preſente rebolvia en ſu pecho. Y atendiendo aora, que era negocio de mucho momento, el hazer vna mudança tan notable en todos ſus miniſterios, y exercicios; empezò à examinar profundamente los motivos, que le inclinavan, y algunas razones, que tambien le retraìan de ſemejante determinaciõ. Mas para que eſte examen fueſſe con mas luz del Cielo, y ſu determinacion mas conforme à la voluntad de Dios, le pareciò retirarſe à los exercicios eſpirituales de nueſtro Padre S. Ignacio, y en ellos pedir à ſu Mageſtad, con larga Oracion, y fervoroſos ruegos le dieſſe à conocer ſu divino beneplacito, y no permitieſſe los engaños de la propia aficion, que tal vez ſuele diſimularſe con el trage de la virtud. Oyò el Cielo ſus ſinceriſsimos afectos, porque fluctuando à vna, y otra parte con el peſo que por entrambas ſentia en el tribunal de la razon: al cabo conociò, que no avia de ſer ſu propio juizio, quien le decidieſſe eſta duda, ſino el dictamen de ſus Prelados, en quienes Dios le avia dexado vna regla viſible de ſus acciones. Concluìdo, pues, el tiempo de ſus retirados exercicios, ſe fue al ſuperior del Colegio de Coimbra, y le dixo deſeava ponerſe en ſus manos con vna total, y rendida indiferencia, para que le dieſſe la forma de vivir, que de alli adelante avia de obſervar. Propuſole, como deſpues de tantos años de publicas tareas, ſe hallava ſobre manera inclinado à abſtraerſe de toda eſpeculacion eſcolaſtica, y darſe enteramente al eſtudio de ſu propio aprovechamiento, ſin tratar mas que de Oracion, leccion, y penitencia! Que le parecia ſe debia à ſi miſmo eſta vltima porcion de ſus dias, los quales ſegun los prenuncios con que le aviſava el corazon, avian de

ſer

ser muy pocos; y que era justo, aumentar con desvelo los tesoros de la vida eterna, pues eran tan limitados los plazos de la temporal. Mas que por otro lado, considerãdo los muchos trabajos, parte acabados, parte faciles de perficionar, con que tenia comprehendida casi toda la Theologia, le hazia algun escrupulo el avandonarlos todos, conociendo, que ya no erã tanto suyos, como de la Religion, en que vivia, y de la vtilidad de la Iglesia, si es que de ellos pudiesse resultar alguna. Que en esta suspension de su entendimiento, tenia su inclinacion por sospechosa, y apassionada de su propio amor; y q̃ por tanto solo queria seguir el consejo, que en dictamen de la obediencia pareciesse conducir à la mayor gloria de su Dios.

Mucho se admirò el Superior, que era hombre de espiritu, y exercitada prudencia, de ver à vn Varon tan consumado, ponerse en sus manos, con la misma resignacion, que si entonces pisara los vmbrales de la vida Religiosa; y ponderados de vna, y otra parte los motivos, le dixo con grande resolucion, que en su juizio era lo mejor, y mas conforme al beneplacito divino, el proseguir, como hasta allì, en el estudio sagrado de la Theologia. Porque para què piensa V. R. (le dixo) que Dios le concedio vn entendimiento tan nacido para las letras? Para què le ha abierto los tesoreros de la sabiduria, despues de tanto teson en buscarla, y de tanta felicidad en conseguirla? Acaso para que, como siervo infiel, oculte no vno, sino muchos talentos, quando con mayor interès de su soberano Dueño, puede emplearlos en beneficio de todo el mundo? Es cierto que no; pues quien los sepulta, no solo los malogra, sino que con ellos se pierde juntamente à si mismo. Ni obsta el temor de la muerte, dado que estè tan vezina; porque el considerar la estrecha quenta de aquel rigurosissimo Iuez, no sirviò de descargo al siervo perezoso, antes acriminò mas la acusacion de no aver grangeado con su talento, debiendo desvelarse en la ganancia, para desarmar los rigores de tan severa reliděcia. Demàs que para la muerte, què mejor disposicion, que continuar en tan glorioſas fatigas por el provecho de las almas? Acaso no estava bien dispuesto Santo Thomàs para este trançe, porque no avia apartado la atencion de sus Theologicos estudios? Acaso no tomò la pluma en la mano para salir al encuentro à la muerte,

gastando sus vltimos alientos en enriquecer al mundo con vn nuevo comentario? Pues al que hasta aqui ha seguido el mismo rumbo de vida, como puede ser razon la cercania de esta hora para arrojar de las manos la pluma. Ella, Padre mio, es la espada, que Dios le ha encomendado para defensa de su Iglesia, y no puede morir mas glorioſamente el Capitan, que manejando las armas en obsequio de su Principe. Ni ay tampoco, que recelarse de la solicitud, y distraccion de los estudios, quando por la misericordia divina, nos ha mostrado V. R. que no son enemigos, sino parciales de la virtud, y devocion; y aviendo vivido en ellos con tanto retiro, y austeridad, como si habitàra en vn desierto, no sè como puede juzgarlos importunos para la muerte, pues han sido fieles compañeros de tan santa vida. En fin, sienta de todo esto lo que quisiere la humildad, lo que yo juzgo es, que en permanecer hasta la muerte en este linage de vida, cumplirà V. R. el mayor agrado de Dios, y ateſorarà tambien mayores riquezas para su alma.

Oyò el Venerable Padre el dictamen del Superior con no pequeña confusion de sus alabanças; pero como avia determinado seguirle, al cabo cerro los ojos, para abrazarse con èl, creyendo con aquella certidumbre, que engendra la sencillèz de la obediencia, que su voz era vna señal infalible de la voluntad, y disposicion divina. Y assi, sin poner mas esto en duda, determino dedicarse de nuevo à los estudios, y trabajos antiguos con el mismo ardor, que si en aquel punto los començàra. Mas como su flaca complexion, debilitada con tan intensas como prolongadas fatigas, experimentasse aquellos vltimos años muy adverso el ayre de Coimbra, pareciò à los Superiores, serìa bien consultar el parecer de los Medicos acerca de la mudança de Pays; y aviendo juzgado le serìa mas favorable el de Lisboa, reduxeron tambien al Venerable Padre, à que escogiesse para su habitacion aquella populosa Ciudad, donde demàs del beneficio de su salud, hallaria mucha mayor oportunidad para la edicion de sus obras, que era el empleo, à que parece le guiava el celestial destino.

Pero antes de partirse de Coimbra, cuya Escuela, y cuyos Ciudadanos sintieron sobre manera esta su ausencia, como nueva, y no temida desgracia; tratò el Venerable Anciano

no de examinar con ſuma exaccion todos los paſſos de ſu religioſa vida, y ponerla à los pies de ſu Padre eſpiritual cõ vna ſinceriſsima confeſsion general de toda ella, como ſi la partida de Coimbra fueſſe para la eternidad, o como ſi los preſagios de ſu corazon le aviſaſſen, que no iba à Lisboa para encontrar en ella ſu habitacion, ſino la ſepultura. El Confeſſor, deſpues de averle eſcuchado, conſiderando la Angelical pureza de aquella alma inocentiſsima, que en cinquenta y tres años de Religion, no ſolo ſe avia preſervado de todo pecado grave, ſino que ſe acuſava vnicamente de faltas menudiſsimas, con tanto ſentimiento, y confuſion, como ſi fueran muy enormes; bolviendoſe al Venerable Padre, le dixo: Rinda V.R. muchas. y muy afectuoſas gracias à Nueſtro Señor, por averle favorecido, y amparado tanto tiempo con proteccion tan extraordinaria, y tan rara. A lo qual el Santo y humilde Padre, inclinando ſu roſtro à la tierra con el peſo de ſu confuſion, prorrumpiò en vn terniſsimo, y muy copioſo llãto, diziendo entre muchos ſollozos, que era vn hombre deſconocido, ingrato, perverſo, y el mayor pecador que avia en el mundo. De lo qual quedò aſſombrado el Confeſſor, viendo por vna parte las veras, y lagrimas con que lo afirmava, y atteſtiguava; y por otra, conociendo la pureza admirable de ſu delicadiſsima conciencia. Pero no ſe atreviò à dezirle otra palabra, por no deſconſolar de nuevo ſu humildad, reconociendo era Franciſco vno de aquellos Varones Santos, los quales miran la imagen de ſus defectos, como los Coſmografos el mapa, imaginando en cada punto vna Ciudad, en cada ſombra vna montaña, y en fin à todo vn mundo en vna breviſsima eſfera.

Con eſta prevencion partiò à la Ciudad de Lisboa, donde penſava tambien podria hallar no menos retiro que en Coimbra. Por aſſegurarle mejor, eſcogiò para ſu aſsiento la Caſa de nueſtro Noviciado, donde demàs de eſtar muy diſtante del bullicio, lograria los exemplos, y fervores de aquella Religioſa jubentud, que como quien empieza la carrera del eſpiritu, corre à la perfeccion con mayor aliento. No es facil explicar, quanto fue el ſentimiento de Coimbra, al deſpedirſe de ella el Padre Suarez. Quexavaſe de perder en èl à ſu Maeſtro, ſu Padre, y ſu Angel: nombres con que ſe explicava

la veneracion, y se desahogava el cariño. Pero no fue ménor el alborozo, que con su presencia tuvo la Corte de Lisboa, esparciendole luego por toda la Ciudad su fama, cõ los aplausos de su celebradissima santidad, y sabiduria. Francisco, evitando, quanto le fue posible, la publicidad, tratò luego de su retiro, y ocupacion acostumbrada. En primer lugar le pareciò convenia divulgar sus volumenes *de Gratia*; assi para aclarar con ellos às profundas verdades de estos puntos, como para enriquecer, y armar con su doctrina nuestra Escuela. Mas porque en materia tan controvertida, y peligrosa, no le parecia suficiente su propio examen, quiso sugetar esta obra al mas exacto, y perspicàz, que pudiesse hallarse en la Iglesia: y assi la remitiò al Sumo Pontifice Paulo V. para que su Santidad la encomẽdasse à Iuezes de su mayor aprobaciõ, y confiança; porque ni en vna sylaba queria apartase de lo que sintiesse la Romana Silla.

Aviase passado no poco tiempo despues que llegaron à Roma estos libros del Doctor Eximio, y con el aviso de que ya avian estado en riguroso exame, empezò à dudar de donde procederìa la dilacion de su deseada licencia. Para esto escriviò à su Santidad vna carta muy rendida. Y poco despues con aquella confiança, que le dava su ya experimentada benevolencia, repitiò otra segunda representando à su Beatitud, como era publico en España, el que estos sus escritos eran examinados en Roma, y que en tanta suspension de la censura, quedava expuesto al arbitrio de la pasion el credito de aquella doctrina tantas vezes examinada, y recibida en toda la Iglesia por Catholica. Que si acaso avia errado en algo su ignorancia, estava prompto à la correcion, y à la enmienda, con la qual, y con el beneplacito de su Santidad, podrian fiarse aquellos escritos à la publica luz. Mientras Francisco estava, por su humildad, en estos rezelos recibiò vna humanissima carta del Cardenal Burgesio, que en nombre del Pontifice su Tio, le declarava el origen de esta detencion; y juntamente le exhortava à deponer todo susto, y cuidado. Mas por venir esta carta escrita de tal mano, y de orden de su Santidad, y tambien por ser de grande estimacion para la persona del Doctor Eximio, y para su doctrina, y de toda nuestra Religion, es justo trasladarla aqui, traducida exactamente de su original.

EL

EL CARDENAL BVRGESIO.

Al muy Reverendo Padre Doctor Francisco Suarez, de la Compañia de IESVS, en nombre de su Santidad.

MVI reverendo Padre: à dos cartas de V. Paternidad de vn mismo argumento, me manda nuestro Santissimo Padre que le responda, y diga en su nombre, que ha estimado muchissimo la excelencia de el ingenio de V. Paternidad, y el obsequio con que ha servido à esta Santa Silla, y que siempre le amò, y en adelante tambien le amarà con paternal afecto: assi por los grandes merecimientos de V. Paternidad, para con toda la Republica Christiana, como por el honestissimo juizio, y concepto que su Santidad tiene de sus virtudes. En lo que toca à la impression de la obra *de Gratia*, no ha avido dificultad alguna por la doctrina, porque està cierto su Santidad, que no discreparà vn punto de la erudicion de tantos libros; antes publicados por V. P. los quales recibidos de todos con aclamacion, mantienen egregiamente el nombre, y la fama, que vna vez consiguieron. El reparo, pues, tan solamente ha nacido de la materia de la doctrina, de la qual à otros, que de ella avian escrito, y eficazmente instavan por imprimirla, no solo se les ha negado la licencia, por justas causas; sino, que rigurosamente se les ha prohibido. Pero si en adelante se diere à alguno esta licencia de divulgar sus escritos, acerca de esta materia *de Auxilijs*, quiere su Beatitud, que estè seguro V. Paternidad, que tambien en esto mostrarà, quanto estima su persona, y su virtud, porque en esse caso dispondrà, que esta su obra sea de las primeras que salgan à luz. Yo, quando se ofrezca esta ocasion, no permitirè, que eche menos mi afecto, y diligencia V. Paternidad, à quien deseo muchos aumentos de la divina gracia, y en nombre de su Santidad le doy su bendicion. En Roma à 26. de Abril de 1617. De V. Paternidad aficionado *Scipion Cardenal Burgesio.*

Bastava esta sola carta, para reconocer la grandeza de nuestro Eximio Maestro, pues mereciò tan alto concepto en

el

el juizio de vn Pontifice como Paulo V. y esto, no solo acerca de su sabiduria, sino tambien de su probadissima virtud. El mismo Padre, como quien sentia muy baxamente de si; respondiendo al Cardenal, le dize. * *La de* V. S. Illustrissima, escrita de parte de Nuestro Señor, recibi con grande admiracion, y confusion mia, hallandome indignissimo de tan gran favor, y merced, y mucho mas de las palabras con que su Santidad, y V. Illustrissima, en nombre suyo, me honran, y animan à trabajar, y servir con todas mis fuerças, como ofrezco de hazerlo, en quanto la vida, y fuerças duraren. Y en quanto à la resolucion que su Santidad ha tomado, acerca de la impression de los libros *de Auxilijs*, no tengo que responder, sino baxar la cabeza, como hijo de obediencia, con toda la sumission, y humildad que *debo*. * Despues, dize, y en cierto modo pronostica, lo que ya todos hemos visto, que la experiencia mostrarìa, que en publicar este genero de obras, y tratados *de Gratia*, no avia inconveniente, ni de ellas se podia hazer consequencia à los tratados particulares *de Auxilijs*: y añade, que de esta suya pensava quitar todo lo perteneciente à estos puntos, y no pareciendo mal à su Santidad imprimir lo restante: *porque aunque sin ello* (dize) *la materia salga manca, è imperfecta, saliendo assi por obedecer, no parecerà mal*. Palabras muy dignas de observarse en tan eminente, y consumado Varon, cuya humildad, y docilidad compitiò, sin duda, con su sabiduria: pues vemos, que en personas de inferior esfera, es tan dificil el rendirse à acortar por lo escrito, que mas facilmente lo entregàran todo al silencio. Y mas, quando en lo que se dexa, ò se corrige, peligra, à su parecer, la harmonia, y proporcion de toda la obra. Mas el Doctor Eximio fiava tanto en la obediencia, que aun lo que à su juizio avia de salir imperfecto; con la influencia de esta virtud, esperava pareciesse à todos muy acabado: porque nadie puede culpar por yerro en vn Artifice el conformarse con las reglas mas sublimes del arte; y para nuestro Eximio Doctor, la primera regla de escrivir era la sumission, y promptitud en obedecer.

CAPITVLO XVII.

De la turbacion que huvo en Lisboa por el entredicho, y censuras del Colector Apostolico contra los Ministros Reales, y de lo que trabajò, y consiguiò el Padre Suarez en defensa de la Iglesia.

LEvantòse por este tiempo en Lisboa vna peligrosissima borrasca, originada de la competencia entre dos poderosos Tribunales, Eclesiastico, y Secular: los quales batallando entre si con todas las fuerças de su autoridad, y de sus derechos, llenaron de confusion, y de horrores todo aquel immenso Pueblo, que como las olas agitadas de contrarios vientos ignorava, à quien avia de resistir, y à quien debia obedecer. Mon señor Octavio Acoramboni, Obispo de Fosambrone, y despues Arçobispo de Vrbino, Prelado igualmente conocido, por su nobleza, que por su piedad, y sabiduria, exercitava entonces la potestad de Nuncio de su Santidad en aquel Reyno, debaxo del nombre de Colector Apostolico. Y noticioso de la prision de vn Eclesiastico, executada por los Ministros Reales, juzgò era de su obligacion el reprimir esta osadia, y bolver por la inmunidad de la Iglesia. Mas como no se escuchassen sus avisos, echò mano de la espada de las censuras, fulminandolas contra los agressores, y Iuezes: y de aqui, porque se continùava la resistencia, se passò à vn general entredicho, y cessacion *à divinis*, con que empezo à fluctuar, y à padecer con ageno mal toda la inocente Republica. La estrañeza de esta turbacion, antes no vista en aquella Corte, aumentava en todos el terror: y se hazia mas formidable este daño en la dificultad del remedio. Porque los Ministros Reales, demàs de alegar, no sè que mal entendidos estilos en abono de su derecho, tenian el dictamen de todos los Doctores Seculares, y de muchas personas Eclesiasticas, que les eximian de las censuras como injustas, y nulas: y saneada de esta suerte su conciencia, les parecia pelear por la razon, y por la justicia.

Por

Por otra parte el Colector Apostolico, no menos satisfecho de su causa, proseguia, y amenazava con sagradas iras; y baxando al vulgo la discordia de entrambas partes, andava tãbien muy parcial, y dudosa la obediencia. Enflaqueciase por la mayor parte el vigor de las censuras Eclesiasticas, de suerte, que apenas conseguian la sugecion, aun de aquellos en quienes hallavan el respeto.

Avista de tan desecha tempestad, le pareciò al Padre Suarez seria ya delito su retirada quietud: y assi impelido de su propio zelo, y ansioso de atajar los escandalos, que por instantes se aumentavan; determinò probar las fuerças de su autoridad, y de su industria, para restituir à su tranquilidad antigua la alborotada Lisboa. Pareciole al principio podria conciliar las parcialidades opuestas, proponiendoles de presente algun ajuste razonable, con que por entonces se consiguiesse la desseada paz, reservando para el Tribunal Supremo la vltima decision de esta contienda. Para esto aviendo escogido habitacion mas oportuna en nuestra Casa professa, salia de ella frequentemente, caminando à pie, y en la estacion del año mas ardiente, à buscar à los Ministros Reales, à proponerles las conveniencias de la prompta concordia, à persuadirles, que en ella no peligrava la autoridad del Rey; antes se assegurava su beneplacito con la quietud del tumultuante Pueblo. Y en fin, à costa de muchas fatigas, acudiendo, ya à vna parte, ya à otra, procurava dar calor al convenio con instancias, con razones, y con ruegos encarecidos.

Quanto fuesse lo que el Padre Suarez trabajò en este dificil negocio, y en quanto riesgo se hallasse entonces la autoridad Eclesiastica en aquella Corte, se puede entender de vn papel original, en que el Colector Apostolico le dize assi: „ *Beso las manos de V. Paternidad, por los muchos trabajos que por mi, ò por mejor dezir, por la Santa Sede Romana passa; por cuya opresion injustissima era razon, que todos los Fieles Christianos acudiessen; principalmente los Religiosos, y aquellos, que por su virtud, y letras tienen mas autoridad, para hazer se le mantenga el respeto, y reverencia debida. Entre los quales siendo V. Paternidad (Dios loado) tan eminente; yo tengo à gran ventura, y à particularissima Providencia de Dios, que se halle aora presente

en

„ en esta ocasion tan peligrosa, y tan deseada de los hereges,
„ y hombres pessimos, de que està llena esta gran Ciudad, por
„ el concurso de tantas naciones, que otra cosa no desean,
„ que ver despreciada la autoridad de la Santa Sede Apostò-
„ lica, y de sus Ministros: puerta tan segura, y cierta para in-
„ troducir el cisma, y la heregia en qualquier *Reyno*. * Assi describe el Colector el estado lamentable de aquella Republica, y lo mucho que confiava del sumo credito, que en ella tenia Francisco, para reducir las voluntades rebeldes, y para atajar el impio regocijo de los hereges, por ver en vna Ciudad Catholica, poco menos que despreciada la Iglesia, debilitada la fuerça de sus censuras en la obstinacion, y en la desobediencia.

Mas el Padre Francisco viendo, que ni con suplicas, ni con persuasiones podia abrir camino à la deseada paz; viendose ya passado la razon à porfia, y la defensa de la justicia à empeño de la emulacion; despues de muchas oraciones, y lagrimas, con que solicitava traer del Cielo la concordia, que parecia aver huido de los mortales; juzgò era ya tiempo de intentar otros remedios contra el engaño, y persuasion del entendimiento, en que estribava la pertinacia de las voluntades. Sabia, que muchos estavan pendientes de su dictamen, acerca de la razon, y eficacia de las censuras, y de la sinrazon de los Iuezes; y assi despues de aver buscado en la Oracion la luz, para el acierto de esta resolucion, despues de aver examinado los motivos de vna, y otra parte, y consultado las disposiciones de los Canones sagrados, hizo firme juizio por la justificacion de las censuras, y por el derecho de la Iglesia, poniendose de parte del Colector Apostolico, porque estava de su parte la razon. Ni se rezelò de manifestar su parecer publicamente, antes con libertad Christiana, y religiosa le dio, à los que le consultavan, de palabra, y despues le propuso à todos por escrito, añadiendo los motivos eficacissimos, que le persuadian, para los que eran capazes de penetrarlos, y no miravan como razon propia la autoridad agena. Assi distinguiò las oportunidades de callar, quando convenia, y de hablar quando importava; mostrando tanta prudencia en lo primero, como valor en lo segundo; y enseñando à los sabios, à no mezclarse con sus dictamenes en

ſemejantes diſcordias, mientras ſe deſcubre otro camino de apaciguarlas; y juntamente, à que llegando la neceſsidad de declarar ſu ſentir, no teman provocar contra ſi el odio de los hombres por la defenſa de la razon, pues à ſu lado es tan glorioſo el padecer, como el triunfar.

Luego que ſe divulgò en Lisboa el parecer del Padre Suarez, ſe vio tambien quanto era el peſo de ſu autoridad. Pues la cauſa de la Igleſia haſta allì oprimida con tantos, y tan poderoſos contrarios, no ſolo ſe ſobrepuſo, ſino que ſe hizo formidable à la parcialidad opueſta. La fama de vn Varon, atendido como prodigio de ſabiduria en toda la Chriſtiandad, hizo tanto ruido en los animos de todos los Ciudadanos, que reſpetando ſu juizio, como vn Oraculo, empezaron tambien à eſtremecerſe de las cenſuras haſta allì deſautorizadas en la incertidumbre de ſu vigor. Puſoſe en execucion el entredicho; deſatendiòſe, y cayò del todo el dictamen de los que con ſuluriſprudencia, y Theologia avian mãtenido haſta entonces el vſo libre de los Templos, y Miniſterios ſagrados; y aun los Iuezes, antes mas empeñados en adelantar ſu cauſa con la ineficacia, y poco aprecio de las cenſuras, aora arrebatados del comun exemplo, ſe dierõ por entendidos de ſus amenazas, ya que no con la obediencia, à lo menos con el temor. Quedò toda la Ciudad en vna general, y formidable ſuſpenſion de todo lo ſagrado, deſtituida de ſacrificios, prohibida de las Igleſias, y atemorizada con las vozes de la indignacion divina, que ſe eſcuchava en el ſilencio de las campanas. Circunſtancias todas, que diſponiã, y aun forçavan los animos mas endurecidos al deſeo de vna prompta reconciliacion.

Entonces el zeloſiſsimo eſpiritu del Padre Suarez con actividad muy ſuperior à ſus muchos años, y à la debilidad de ſus fuerças, bolviò à repetir ſus primeras inſtancias con los Miniſtros Reales, y ſin reparar en las diſtancias del camino, ni en los ardores inclementes del Agoſto, les buſco en ſus propias caſas, deſcubriendoles cara à cara ſu ſentir, y procurando con toda la eloquencia de ſus argumẽtos, y razones, reducirlos à ſu ſaludable parecer. Hizo mas impreſsion ſu autoridad, acompañada de ſus ruegos en el corazon de D. Diego de Silva y Mendoza, Marques de Alenquer, Duque de Villafran-

lafranca, y Conde de Salinas, que entonces era Virrey de Portugal, en nombre del Rey Catholico D. Felipe. Este Principe no menos indigne por lo sublime de su capacidad, que por la amplitud de sus estados, estimava la virtud, y sabiduria del Padre Suarez, con vn linage de respeto, que se passava à veneracion, porque quando le iba à visitar à nuestra Casa, que era con mucha frequencia, luego que llegava à su presencia, dobiava la rodilla, y con suma reverencia le besava la mano, sin que el encogimiento del Venerable Padre pudiesse impedir, ò moderar estas demonstraciones tan sensibles à su humildad. Por esso espero Francisco coger en esta ocasion el fruto de su paciencia, valiendose de la singular propension del Virrey àzia su persona, para beneficio, y desagravio de la Iglesia. Procuro primero con encarecidas suplicas, y despues con todo el peso de razones, tanto sagradas, como politicas, inclinar el animo generoso del Virrey, a que interpusiesse su supremo poder en la mediacion de la paz. Pero aunque convenciò su entendimiento, y reduxo su voluntad al deseo de vna prompta concordia; aunque la procuro eficazmente por el respeto, con que escuchava al Padre Suarez; al cabo la obstinacion de algunos otros Ministros fue tan grande, que se frustraron los deseos, y esperanças de su ajuste.

Por lo qual, viendo que la vltima decision de tan porfiada competencia, se remitia al arbitrio del Rey, y de su Corte; el Padre Suarez temeroso no padeciesse nuevo, y mayor agravio la Iglesia, por la influencia de siniestros informes, tomò la pluma para escrivir al Confessor del Rey, y à otras personas de la primera suposicion; poniendoles delante de los ojos la violencia de los Ministros Reales, y los escandalos que producia su mal aconsejada pertinacia. Y no contentandose con estas diligencias, acompañadas de la defensa juridica de la Iglesia, escrivio tambien otra carta al Rey Catholico, en la qual despues de otras palabras llenas de espiritu, y ardor por la causa de Dios, concluye assi: * *Vn es-*
„ *candalo* jamàs visto en estos Reynos, dà animo à los here-
„ ges, que aqui concurren à sus mercancias, para infamar el
„ nombre Catholico, y tiene descõsolados à todos los siervos
„ de Dios, en quienes vive el zelo de su honor, y del servicio
„ de V. Magestad: à la qual yo puesto humildemente de ro-

„ dillas, y con lagrimas en los ojos, ſuplico, que mande or-
„ denar las coſas de tal ſuerte, que ſe ponga eficaz remedio,
„ y ceſſen eſtas diſſenſiones, para que todo el mundo entien-
„ da, quanto deſagrada à V. Mageſtad, que la inmunidad
„ Eclesiaſtica quede violada. Y tenga V. Mageſtad por muy
„ cierto, que el mejor medio para mantener ſu Real juriſdi-
„ cion, conſiſte en no permitir, que ſe vſen violencias con-
„ tra la juriſdicion, y derecho de la *Igleſia*. * Aſsi peleò eſte valeroſiſsimo Soldado de la Eclesiaſtica milicia, defendiendo ſu honor, y autoridad en Lisboa con la lengua, y en la Corte con la pluma; haſta conſeguir, que el Piſsimo Rey D. Felipe Tercero puſieſſe fin à tan reñida contienda con decretos dignos de ſu Catholico pecho, en que triunfava el decoro, y veneracion de la Igleſia, contra la politica, y zelo mal colocado de ſus Miniſtros. Mas al tiempo en que ſe conſiguiò eſta victoria, ya Franciſco avia cedido la vida al peſo de tan glorioſos trabajos, ſepultandoſe, como el otro iluſtre Macabeo, debaxo de ſu miſmo triunfo; y venciendo aun deſpues de muerto con la opinion de ſu ſabiduria; porque no penſaſſe la milicia profana, que à ſolo ſus grandes Capitanes eſtava reſervada eſta gloria.

CAPITVLO XVIII.

Alaba el Sumo Pontifice en vn Breve Apoſtolico ſus fatigas, por la Santa Igleſia, y Franciſco contrae en ellas la vltima enfermedad.

EL ardiente zelo, el exceſivo trabajo de Franciſco en tan ſagrada empreſſa, no ſe quedò en ſolo el Reyno de Portugal, ni en ſola la Corte de Eſpaña; tambien hizo eco en la Romana Curia, y llegò à los oìdos del Santiſsimo Padre, por relacion exacta de ſu Apoſtolico Miniſtro; el qual con la noticia de tan peligroſa borraſca, aviſava tambien, que ſolo el Padre Doctor Franciſco Suarez era la Roca firme, que avia quebrantado el impetu de las airadas olas, y que la voz ya de ſus labios, ya de ſus eſcritos, avia enfrenado imperioſamente à los contrarios vien-

tos,

tos; de ſuerte que por medio de la tempeſtad, ya mas amedrentada, que formidable, ſe dexava ver la hermoſa luz de la deſeada tranquilidad. Eſtos aviſos, aunque conformes al concepto, y eſpectacion, que el Pontifice tenia de Franciſco; con todo eſſo excitaron en ſu paternal animo mas tiernos, y encendidos afectos, conſiderando quan fiel, y verdadero hijo tenia en èl la Igleſia Santa, y quan valeroſo, è invencible Capitan para defender ſu autoridad Apoſtolica. De todo ſe diò por entendido ſu Beatitud, y todo lo expreſsò muy al vivo en vn Breve, que motu proprio deſpachò al Doctor Eximio, donde con ſignificativas palabras agradece ſus fatigas, celebra ſu grande autoridad, y encarece la eminencia, à que llegò ſu virtud, y ſabiduria en la Igleſia de Dios. El Breve de Paulo V. deſpues de los preludios acoſtumbrados, dize aſsi:

AMADO HIJO, SALVD, Y APOSTOLICA BENDICION.

HAnos dado quenta nueſtro amado Hermano Octavio, Obiſpo de Fonſambrone, y nueſtro Colector en eſſos Reynos, de lo que reſpondiſteis en la controverſia, que entre èl, y los Magiſtrados ſeculares, poco ha, ſe levantò, por inſtigacion del Demonio, enemigo de la paz. Embianos juntamente, lo que acerca de eſto eſcriviſteis, lo qual aſsi como es conforme à vueſtra grande piedad, y ſabiduria; aſsi nos fue à Noſotros ſumamente agradable. Por lo qual alabamos, como es de nueſtra obligacion, vueſtra ſolicitud, y trabajo; y os exhortamos en el Señor, que proſigais como haſta aqui, en bolver por la honra de Dios, y libertad de ſu Santa Igleſia; en la qual por la divina gracia aveis llegado à tanta eminencia. Porque

ſabe-

ſabemos muy bien, quan poderoſa es vueſtra autoridad para arrancar la cizaña, que ſiembra el enemigo comun. Lo qual, aunque tenemos por muy cierto, que ſe conſeguirà por vueſtro medio; con todo eſſo, ofreciéndoſe eſta ocaſion de daros la bendicion Apoſtolica, y de acordaros el paternal amor que os tenemos, no pudimos faltar à eſte nueſtro oficiò, y obligacion. El Señor todo poderoſo os conceda la retribucion de vueſtros trabajos. Dada en Santa Maria la Mayor, ſub annulo Piſcatoris, à 25. de Agoſto de 1617. el año 13. de nueſtro Pontificado.

Aſsi alaba el Sumo Pontifice à nueſtro Eximio Doctor, calificandole de muy eminente en la Militante Igleſia, y deſeandole por los trabajos, que en ſu ſervicio tolerava, el premio de la Triunfante. Aſsi tambien ſe lo otorgo Nueſtro Señor, llevandole à aquella Patria feliz à coronar los ſudores aun no bien enjutos de ſu frente, con el laurel de la inmortalidad. Porque ſu ancianidad poco menos que decrepita, ſu delicada complexion acoſtumbrada ſiempre al retiramiento de ſus libros, y en fin ſus penoſos achaques principalmente el de la piedra, que estos vltimos años mas vehemente le afligia, hizieron que las fuerças del cuerpo no pudieſſen ſeguir à los alientos del eſpiritu. Rogaronle las perſonas mas iluſtres de Lisboa, y ſingularmẽte el Señor Virrey, y Monſeñor Colector, que ſe valieſſe de ſus carrozas, para tratar el negocio de la Igleſia, en que tanto ſe deſvelava; porque compadecidos de ver vn Anciano tan reſpetable, caminar à pie, y embuelto entre el polvo, y el ſudor, cruzando largos trechos, y expueſto à los rigores de el Eſtio, que en aquella Ciudad es ardentiſsimo; temieron lo que de hecho ſucediò, que la defenſa de la Igleſia le cortaſſe no menos que ſu propia vida. Pero el amor, que Franciſco profeſſava à la pobreza, y humildad, le hizo inſuperable à las repetidas inſtan-

tancias de tan elevadas perſonas. Porque ni ſus ruegos, aunque nacidos del afecto, y cariño con que le miravan, ni las razones, que le proponian, pudieron recabar, que ſe concedieſſe el alivio de vn coche, que entonces tenia mas de neceſsidad, que de conveniencia. Antes eſcuſandoſe con palabras humildes, y religioſas, dezia, que trabajos ſufridos por tan ſanta cauſa mas ſe debian codiciar, que temer, pues en ellos la perdida de la ſalud, y de la vida, ſeria para èl de ſuma ganancia. Por eſto, aun diziendole ſu Compañero, que à lo menos defendieſſe la cabeza de los rayos del Sol, vſando del ſombrero en lugar del bonete; tampoco quiſo ceder en eſto ſu mortificacion, alegando que los Padres de Lisboa andavan aſsi comunmente por las calles, y q̃ por evitar la moleſtia del Sol, no avia èl de quebrantar aquella loable coſtũbre. Argumento grande de la conſtante exaccion en obſervar nueſtras reglas, pues ni con vna cauſa tan vrgente quiſo diſpenſar en vn eſtilo, que entonces debiera ceder à la neceſsidad.

A la violencia, pues, de tantas fatigas, toleradas generoſamente por la defenſa de la Igleſia, y aplaudidas por boca del Sumo Paſtor, concibiò Franciſco los ardores de vna malicioſiſsima fiebre, cuyo incendio, apoderandoſe de lo mas interior de ſu debilitado cuerpo, deſperto mas vehementes que nunca los dolores de la piedra. Accidentes todos, en cuyo rigor conocio preſto eran prenuncios de la muerte, que ſe acercava à toda prieſa por medio de la poſtrera enfermedad. Avia ya determinado en ſu animo reſtituirſe à ſu antiguo retiro de Coimbra, o como èl miſmo dezia à ſu amado rincon; porque le avia moſtrado la experiencia, que no podia en eſta Corte defenderſe ſu encogimiento, y abſtraccion de la publicidad de ſu nombre. Y aſsi, diſpueſto ya lo neceſſario para la impreſsion de ſus grandes volumenes, eſperava ponerſe en camino, quando eſtuvieſſe mas tratable la deſtemplança del tiempo. Mas aora, viendoſe aſſaltado de eſtos accidentes tan graves, y no dudando de que Dios le llamava para ſi por medio de la muerte; eſtuvo tan lexos de turbarſe, ò entriſtecerſe, que antes ſe llenò todo ſu eſpiritu de ſuaviſſima alegria, y celeſtial conſuelo. Porque bolviendo los ojos à todos los paſſos de ſu inocentiſsima vida, y ſingularmente

à los

à los preſagios amoroſos, cõ que por aquel año avia deſperta-
do el Cielo ſu corazon para eſperar la vltima hora, le parecia
eſtava Dios muy prompto para recibirle, pues aſsi ſe avia an-
ticipado à llamarle. Sobre todo le regocijava el ver, como
por medio de la obediencia le avia Dios traido à Lisboa, ſo-
lo para dar vn fin glorioſiſsimo à ſu vida, perdiendola en de-
fenſa de la Igleſia : por cuyo patrocinio èl ſe juzgava indig-
no de pelear, y aora tenia por ſumo beneficio el morir, pues
lo que perdia de vida, lo aumentava de inmortalidad.

Entre los jubilos de ſu puriſsimo eſpiritu empezò à de-
clararſe lo peligroſo de ſu dolencia; porque luego que ſe rin-
dio à la cama, puſo en mucho cuidado à los Medicos mas
peritos con grande ſobreſalto de todos. Y mas quando ſe co-
nociò, que poſtradas las fuerças, con la malignidad ardiente
de la calentura, hazian inutiles, ò mas nocivos los medica-
mentos. Aqui fue, quando todos los Padres, que vivian en
Lisboa, acometidos como de vn ſubito pavor, empezaron à
eſtremecerſe, y luego à acongojarſe con ſola la imaginacion
del infortunio, que en ſu muerte les amenazava. Conſidera-
van que cõ vn golpe ſolo les avia de deſpojar de vn Maeſtro,
que con ſu ſabiduria les iluſtrava; de vn Santo, que con ſus
exemplos les perſuadia; de vn Varon, que con ſu grandeza
los acreditava; y en fin, de vn Defenſor valiente de la Igle-
ſia, ornamento, y corona inmortal de toda la vniverſal Cõ-
pañia. Pero Franciſco, que ſiendo todo eſto en la realidad,
era nada en ſu propia opinion; viendo turbados à ſus Herma-
nos, por el peligro de ſu vida, ſolo parecia ſentir la triſteza,
que moſtravan, no los incendios de ſu fiebre, ni los dolores
agudiſsimos de la piedra, que por momentos crecian. Y aſsi,
con vn ſemblante ſereno, y deſpreciador de la muerte, les
rogò que le ayudaſſen con ſu exemplo à recibirla de la volũ-
tad divina, no como el vltimo de todos los males, ſino co-
mo el principio de los eternos bienes. Luego con mas enca-
recimiento les pidiò, que ſin temor alguno le dieſſen quenta
del eſtado, que en el dictamen de los Medicos tuvieſſe ſu do-
lencia, y de la velocidad con que ſe acercava à la vltima ho-
ra; porque eſta noticia, en vez de cauſarle ſobreſalto, la eſti-
maria por ſingular favor. Prometieronlo aſsi los Padres, que
le aſsiſtian, haziendo lugar entre las lagrimas à la admiracio

de

de ver vn hombre, que hablava en su cercana muerte con tanta seguridad, como si fuera inmortal; y cuya grande alma se mirava como encarcelada en el cuerpo; esperando su ruina, como beneficio de su libertad. Fue observacion digna de reparo, que se hallasse este mortal accidente al tiempo que entre las turbulencias de Lisboa empleava las horas de su retirado estudio, en escrivir, y demonstrar la inmortalidad de nuestras almas; como si en esta profunda meditacion se ensayasse à despreciar la muerte con la firme esperança de otra mas noble vida. Por esto se imprimio despues esta obra con aquella misteriosa imperfeccion de las pinturas mas primorosas; en las quales escrivian los grandes Artifices, no que avian pintado, sino que pintavan; dando à entender, eran las mas perfectas, porque no estavan del todo acabadas. Tal fue esta obra del Doctor Eximio, cuyo primor necesitò de muy cuidadosa lentitud; y cuya lentitud no diò lugar à que la llevasse hasta su fin; ò para que se concediesse à la experiencia, lo que no cupo en la pluma; o para q̃ se entendiesse, que su pluma no solo avia escrito de la inmortalidad, sino tãbien para la inmortalidad.

Pero acerca de este, y los demàs escritos, que en tanto numero tenia dispuestos para la estampa, mostrò bien en esta ocasion, quan ageno estava de todo vano respeto, y quan firmes tenia los ojos en sola la gloria de Dios, y la publica vtilidad de la Iglesia. Porque aviendole costado tantos desvelos el concebirlos, y formarlos; y pudiendo esperar con su publicacion vna posteridad glorioſissima de su nombre; con todo esso, hablando en este punto, dixo con gran desasimiẽto, y resignacion, que sus libros quedavan en las manos de los Superiores, para que dispusiessen de ellos à su arbitrio conforme juzgassen seria de mayor servicio de Dios. Que quanto era de su parte, no recibiria el menor sentimiento, aunque le assegurassen desde luego, avian de quedar sepultados en perpetuo olvido. Que como en su vida los avia escrito por obediencia, assi tambien deseava obedecer en ellos despues de su muerte; pues no podia desear mayor felicidad à sus libros, que la que avia procurado para si, y para todas sus acciones. De esta suerte el humildissimo imitador de Christo se professò obediente hasta la misma muerte. Y aun pare-

ce quiso estender los terminos de esta virtud mas allà de la vida; pues considerando, que en sus libros podia sobrevivir à si mismo, no quiso admitir esta postuma vida, sin el consejo, y direccion de la obediencia.

CAPITVLO XIX.

De los exemplos de virtud, que diò en esta postrera enfermedad.

COmo el movimiento de las cosas graves es mas acelerado, quando se acercan à su propio centro; assi los Varones Santos, quando estan mas cerca de vnirse con su Dios, parece le buscan con mas ansias, creciendo en la menor distancia del sumo bien el impetu de sus fervores, y la impaciencia de sus encendidos afectos. Assi le sucediò al Venerable Padre Francisco Suarez; porque *quanto su enfermedad* se iba agravando; quanto sus dolores iban creciendo; tanto mayor era el aumento de las llamas, en que se encendia su corazon, por abrazarse con su Criador, rotas las prisiones, y embarazos de su cuerpo. Llegòse vn Padre de la primera autoridad à su cabezera, à darle la noticia de su gran peligro conforme à lo q̃ se avia prometido à sus ruegos. Dixole con sumo dolor, que ya los Medicos desconfiavan de su vida: y siendo esta nueva de tanto terror para casi todos los hombres, èl la recibiò con muy estraña alegria, y regocijo; porque con vn semblante de vn Angel, levantando sus ojos al Cielo, adonde caminava, exclamò con David: *Expectans expectavi Dominum, & intendit mihi.* Esperando estoy à mi Dios, y Señor, y parece que ya se dà por entendido à mis deseos. Luego haziendo vna breve pausa, como quien no podia reprimir los jubilos de su espiritu, y los deseos de la patria bienaventurada, bolviò otra vez à prorumpir con el mismo Profeta: *Quàm dilecta tabernacula tua, Domine virtutũ! concupiscit, & defecit anima mea in atria Domini.* Q̃ è amables son tus moradas, ò Señor de las virtudes! suspira, y desmaya mi espiritu, por verse en los vmbrales de aquel Palacio del Señor. De esta suerte mostrava, que el amor de

de su Dios, y el ansia de su posseision en las moradas eternas, causavan otra enfermedad en el alma, que parecia desfallecer, porque el cuerpo no acabava de morir.

Avia entretenido estos deseos amorosos de la vida eterna, recibiendo frequentemente aquel Pan de vida inmortal, y solo se abstenia de este soberano alimento, quando la obediencia de los Medicos, y de los Superiores le obligava à tomar muy de mañana algun medicamento, que lo embarazasse; porque entonces se contentava con el sacrificio de la obediencia privandose de las dulçuras del Sacramento, y tenia, como el Salvador, la execucion de la voluntad divina por su mas regalado manjar. Pero aora, viendole cerca de su partida à la eternidad, deseò con ansias prevenirle para esta importantissima jornada, con el Viatico Celestial, y recibiò al Señor en su pecho con tan entrañables afectos de su corazon, que enternecia à todos los circunstantes; derramando los Padres, que le assistian, copiosas lagrimas, nacidas tanto de la devocion, que les infundia su eximia piedad, como del sentimiento que les ocasionava su ausencia.

Assi manifestò el sumo amor, con que avia venerado siempre à este inefable Sacramento; y assi tambien descubriò en esta vltima enfermedad otros tesoros riquissimos de virtudes, que avia adquirido en el discurso de su vida. Eran vehementissimos los dolores de la piedra, que padecia; pero toleravalos con vna tan invencible paciencia, que ni se le oia el menor suspiro, ni solicitava el remedio, ni buscava algun alivio; antes estava con tanta serenidad, y quietud, que apenas se haria juizio de lo que padecia, sino por lo que preguntado confessava. Creciò de suerte el maligno incendio de la fiebre, que parecia consumirse, à manera de vna acha encendida, que se abrasa sin intermision. Mas con todo esso, mostrava tan apacible sossiego, como si descansàra en vn lecho delicioso: y con ser tanta su fatiga, era mucho mayor su paciencia. Observose aqui vn efecto muy propio de su modestia virginal; porque siendo tan excessivos los ardores de todo su cuerpo, cuidava mucho de conservar ocultos con gran decencia sus pies, y manos, sin sacarlos vn punto para darles siquiera algun breve refrigerio: perseverando siempre con tanta compostura, que ponia devocion, en quantos le miravan,

A este tiempo se avia ya esparcido por Lisboa la triste nueva de su peligro; y aunque aquella Corte avia logrado pocos meses de su presencia, era tan publico su nombre, y tan ilustre la fama de su sabiduria, que toda aquella gran Ciudad empezò à congojarse como en vna vniversal desgracia. Vieronse aqui trocados los efectos, que en su caridad observava el Apostol; porque siendo Pablo vno solo, enfermava con las dolencias de todos; y aqui todos parece avian enfermado con sola la dolencia de Francisco. Empezò à concurrir mucha gente à nuestra Casa professa, à informarse del estado de su vida, y en breve se hizo continuo el fluxo, y refluxo de los que entravan, y salian, trayendo todos en sus semblantes el cuidado, y bolviendo con el dolor, y sentimiento en el pecho. Los Cavalleros de la primera calidad se señalaron tambien en el deseo de venerar à vn Varon tan conocido en el mundo por su doctrina, y tan respetado por su santidad; llegandose à mirarle con atenta reverencia, para depositar su imagen mas viva en la memoria.

El Virrey D. Diego de Silva tanto mas afligido de su enfermedad, quãto era mayor la estimacion, que siempre avia hecho de su persona, vino à visitar à su venerado Padre, buscando en el breve consuelo de verle, y hablarle, algun lenitivo al sentimiento de su inevitable perdida. Lo mismo hizo Monseñor Acoramboni, Colector Apostolico, que tanto avia experimentado aquellos dias su sabiduria, prudencia, y valor para beneficio de la Iglesia. Por esso, al ver en tan lamentable estado la vida de tan eminente Varon, al ver que caminavan sin remedio al fin aquellos grandes talentos, con que Dios le avia enriquecido, y que à costa de tantas fatigas avia alcançado, no pudo suspender el impetu de su dolor; y assi començò à lamentarse de la perdida, que en la muerte de Francisco amenazava à todo el Orbe Christiano: y al fin, se dio por rendido à las instancias de su piedad, acabando de dezir las lagrimas, lo que avia començado la voz. Mas el Padre Suarez, que no mirava su muerte, como desgracia, sino como principio de su felicidad, nada turbado, aunque era la causa de tan tierna turbacion, bolviendose al Ilustrissimo Prelado, le rogò con su acostumbrada humildad, se dignasse de concederle la bendicion Apostolica, y ofreciendo-

sela

sela el Colector con grande afecto, mostrò deseo de recibir la absolucion Sacramental, para que el fruto fuesse mas crecido. Concediòle el Colector ambas cosas con amorosa benignidad, bolviendo à repetir el llanto al tiempo de echarle su bendicion, como si la vista interior de aquella inocentissima conciencia huviera excitado nuevamente su aficion, y su ternura.

Despedidos todos de su presencia, como el Venerable Padre estava tan superior à lo mucho que padecia, se hizo lugar en su memoria otra atencion de su cariño, y agradecimiento. Avia experimentado singular afecto, quando vivia en Coimbra, en dos ilustres personages, Retores ambos de aquella Vniversidad, y muy señalados en virtud, y sabiduria: calidades, que facilmente produxeron vna amistad muy intima con el Venerable Padre, estrechandose mas la confiança, y el amor en la reciproca semejança. Era el vno Don Iuan Coutiño, Obispo de Algarbe, y el otro D. Alonso Hurtado de Mendoza, Obispo de la Guardia, y despues Arçobispo de Braga. Acordandose, pues, de los dos el Venerable Padre, quiso dar testimonio de su amistad, y reconocimiento en esta vltima despedida. Para esto dicto dos cartas, en que manifestava, no menos la seguridad, y grandeza de animo, con que moria, que su piadosa benevolencia. Firmòlas despues de su mano, y se las remitiò, como vltimo monumento de su santa correspondencia, y de aquella su innata gratitud, con que confessò siempre los beneficios en el aprecio de sus bienhechores. Estos dos Iustrissimos Prelados supieron muy bien estimar todas las circunstancias de esta amorosa demostracion, colocandola entre sus mayores felicidades, y venerando la memoria del Padre Francisco Suarez, como de vn amigo celestial, que sabrìa desempeñar la amistad antigua con poderosa beneficencia. El Obispo Coutiño, quando leyò su carta, y oyò poco despues la triste nueva de su muerte, se entristecio de manera, que estuvo muchos dias encerrado en su Palacio, discurriendo à solas con su dolor, y buscando el alivio de tan sensible perdida en la suavidad siempre amable de su memoria. El Arçobispo Hurtado de Mendoza quedò con tal ternura à su amantissimo Padre, que aun despues de muchos años, al repetir su nombre, se le arrasavan los ojos de

de lagrimas; y como si huviera nombrado vno de los mayores Santos del Cielo, se quitava el bonete, de su cabeza, en señal de reverẽcia. Tanta fue la que le professaron sus mas intimos Amigos, porque su comunicacion mas estrecha los introduxo al conocimiento mayor de sus eximias virtudes: y assi la misma familiaridad, en que peligra à vezes el respeto, fue, la que aumentò mas su veneracion.

Entre estos oficios de religiosa atencion con los estraños, sobresallò tambien la humildad, y caridad de Francisco con los domesticos. Dispuso la vigilancia de los Superiores, que à todas horas se le assistiesse con sumo cuydado, assi en la execucion de los medicamentos, como en lo demàs que pudiesse conducir à su alivio; y el humildissimo Padre, olvidado de tanto como tolerava, solo ponderava con agradecimiento el trabajo de los que le assistian. Por esto, aunque el enfermero se quedava cerca de su cama, para acudir prompto à la mas leve de sus señas, con todo esso el Venerable Padre mas solicito del alivio de su Hermano, q̃ de su propia necessidad, nunca quiso despertarle, y assi èl solo se levantava, y servia, padeciendo à vezes mucho por escusar toda molestia al Compañero, aunque estava muy satisfecho de su cariño, y de su oficiosa caridad.

No fue menor la humildad que mostrò con los hermanos Estudiantes: los quales acompañados de sus Maestros vinieron del Colegio de S. Anton à la Casa professa, para recibir los vltimos avisos, y la bendicion de tan amado Padre. Pusieronse de rodillas, en su presencia, y derramando amargas lagrimas, le pidieron mas con lamentos, que con palabras, que los bendixesse como Padre, y Maestro de todos. Escusavase el Venerable Padre con humilde encogimiento de aquella accion, que manifestava alguna superioridad. Mas como es tan eloquente la Retorica de las lagrimas, no pudo resistirse del todo, à tan piadosa importunacion. Pero discurriò vn arbitrio, con que divididos los oficios entre su humildad propia, y la caridad de sus hermanos, quedassen ambas satisfechas, y ninguna quexosa. Prometiò, pues, echarles à todos la bendicion; pero con presupuesto, que èl tambien la avia de recibir de cada vno de ellos: y aunque el partido era tan desigual, al cabo le huvo de admitir aquella piadosa juben-

juventud, dando, y recibiendo las postreras señas de vn religioso amor, y enterneciendose mas su llanto al ver la afectuosa humillacion, con que esperava le bendixessen, professandose inferior à los mas pequeños, el que apenas tenia igual entre los mayores.

Iban creciendo los dolores, y los accidentes de la enfermedad, y disminuyendose al mismo passo las fuerças del cuerpo; pero permanecia el juizio firme, y siempre despierta la razon. Tanto, que llegando vn criado del Virrey à informarse del estado de su vida, y advirtiendo, se dificultava el dexarle llegar, por no interrumpir su sossiego; el mismo Padre, con su acostumbrada mansedumbre, dixo, que no le embarazassen; y aviendole escuchado, respondiò con rostro alegre, y lleno de seguridad: diga V. merced à su Excelencia, que estoy muy de camino para la otra vida, y que si mis oraciones fueren de algun valor, y precio, delante de Nuestro Señor, su Excelencia tendrá gran parte en ellas. Aviendo satisfecho assi à la piedad grande del Virrey, y à la obligacion, que èl, y toda la Compañia le tenian, se restituyò al silencio, y soledad, en que deseava le dexassen, gastando aquel precioso tiempo en suavissimos coloquios con su Dios, y en pensamientos, y suspiros amorosos de la vida eterna. Era tal su confiança, que no parece dava lugar, ni al temor, ni à la duda de su cercana felicidad; assegurandole contra los riesgos de aquella hora, la consideracion de la bondad de aquel Señor; à quien toda su vida avia servido con vn corazon fiel, y con vna purissima conciencia.

Viendo, que el mal prevalecia, no solo à toda la industria humana, sino à las fervorosas oraciones de los de casa, y à las suplicas, y promessas, que se ofrecian en la Ciudad, para detener, si pudieran, à poder de maravillas, aquella grande alma; pareciò conveniente administrarle el vltimo Sacramento de la Iglesia. Aviale pedido mucho antes el Venerable Padre, para armarse contra los riesgos de aquella postrera lucha; aunque en su alegre seguridad, mas parecia despreciarlos, que temerlos. Empezò à vngirle el Sacerdote con el Oleo santo, respondiendo el doliente à todas las oraciones con grande afecto, y no menor serenidad. Prorumpiò el dolor de los circunstantes en tristissimos sollozos, y el mis-

mismo Padre, que le vngia, viendo morir à vn hombre, que avia de ser inmortal, oprimido de vn vehementissimo sentimiento, solto tambien la rienda à los suspiros, y à las lagrimas; sin poder passar adelante en su ministerio, porque el impetu de su llanto se llevo tras si el exercicio de la voz.

Mas el Venerable Padre nada inmutado con vn espectaculo tan lleno de ternura, y de piedad, conservando la misma paz, y entereza de su semblante, empezò à socorrer la turbacion del Ministro, sugiriendole la formula del Ritual, y pronunciando primero las palabras, para que èl las repitiesse, y pudiesse assi perficionar aquel venerable Sacramento. Tanta era la constancia de aquel animo todo posseido de su Dios; tanta la fortaleza de su corazon; fuerte, aun quando desfallecia, invencible, aun de las lagrimas; y assegurado en la ancora de la resignacion contra los embates de la vltima tempestad.

CAPITVLO XX.

De su felicissimo transito.

ESTava ya cerca de apagarse aquella luzidissima Antorcha, y assi començò à dar las vltimas llamaradas. Crecieron las ansias de verse ya en los brazos de su Dios, y en la possession suavissima de su presencia. Para fomentar con mas dulçura sus afectos, en su interior silencio, pidio à vn Padre, su discipulo, que le acompañasse con su voz, cantandole el Psalmo: *Quàm dilecta tabernacula tua Domine virtutum!* y como todo èl contiene vna variedad amorosa de afectos, por la gloria celestial; se recreava sobre manera su espiritu, y se inflamavan igualmente los deseos de llegar à aquel Paraysо delicioso. Por esso bolviendose à Dios, le dezia con vna amante impaciencia: *Vamos ya Señor, vamos ya.* Pero porque su Magestad se detenia, pidio al mismo Padre, que mudasse su consonancia, cantandole otro Psalmo, que comiença: *Expectans expectavi Dominum*, como quien alegava el dolor que padecia en la tardança, para merecer mas apressurada su venida. Escuchò con gran suspen-

sion

sion las vozes de esta cancion divina, hasta llegar à aquel verso que dize: *Ego autem mendicus sum, & pauper, Dominus solicitus est mei.* Yo soy como vn pobre mendigo, pero mi remedio corre por quenta de mi Dios. Y aqui sintio tal avenida de soberanos consuelos, que no cabiendole en el pecho exclamò: *Esto, esto es lo que à mi me pertenece, esto es lo que sobre todo me recrea.*

Viendole los Padres tan embebido en su Dios, que parece estava su atencion enagenada de todas las cosas de la tierra, les parecio era esta oportuna ocasion de copiar las facciones de su rostro, sin dar que padecer à su humildad. Hallavase alli Don Andres de Almada, noble, y sabio discipulo del Padre Suarez, y Cathedratico de Vitperas en Coimbra, el qual deseoso de que se executasse tan acertado pensamiento, hizo al punto llamar à vno de los Pintores mas diestros de Lisboa, mandandole traxesse vn lienço, que acaso tenia preparado para dibujar en èl vna Imagen de Santo Thomàs de Aquino. Circunstancia que pareciò à todos debia ponerse entre aquellas casualidades, q̃ dispone con alto misterio la Providencia. Como si quisiera dezirnos, que el Santo Doctor deseava ceder esta honra à su gran discipulo, y que en nuestra estimacion podia substituirse el Doctor Eximio en lugar del Doctor Angelico. Llegado el Pintor començò con mucho recato à retratarle, defendiendo la obra de los ojos del Venerable Padre, y llegandose entre los demàs con gran disimulo à informarse de las facciones de su rostro. Pero quien podrà engañar à vna humildad siempre despierta contra sus honras, y siempre enamorada de sus desprecios? Conociò Francisco el engaño, y al punto empezò à lamentarse, rogando por amor de Dios à los circunstantes, le dexassen morir en paz, y no quisiessen aumentar sus dolores con este nuevo tormento. Por lo qual, compadecidos de sus ansias, mandaron al Artifice, que por entonces desistiesse, y despues, quando el Padre estava mas entretenido en sus afectos, diziendole vnos amorosas Iaculatorias, y otros haziendo espaldas al disimulo del Artifice, pudo executar el hurto piadoso con tanta felicidad, que pareciò debia el pincel su valentia al mismo temor con que le retratava. De esta suerte el lienço, destinado para la Imagen del Angelico Doctor, sir-

viò à la de nueſtro Eximio Maeſtro; bien que ſin entenderlo el pincel executò mas primoroſamente ſu primera idea, pues retratando al Padre Suarez, formò la mas viva copia de Santo Thomàs, obſervando al miſmo tiempo el ingenio, ò la coſtumbre del arte, que ſe vale del roſtro, y de las perfecciones del hombre, para delinear las calidades de vn Angel.

Continuavaſe la enfermedad, y crecia el peligro del Padre Suarez, juntamente con el ſentimiento de todos. Algunos, tomando ocaſion de la ſerenidad, y ſoſsiego, con que caminava à la muerte, le preguntaron, ſi acaſo le dava pena alguna coſa de eſta vida; à que reſpondiò, que ninguna, y que no tenia el menor ſentimiento de quanto dexava en el mundo. Dixeronle tambien, ſi tenia en aquella hora algun deſconſuelo; à lo qual ſolo reſpondiò: *Mi Dios, y yo bien nos entendemos*: ſignificando era tan ſuave, y ſegura ſu confiança, que ni le aſuſtavan los rigores de la cercana quenta. Mientras aſsi habla, ya à ſolas, ya con los hombres, como ſi fuera compañero de los Angeles; le ſobrevino vn paraliſmo, que robandole los ſentidos, renovò en los circunſtantes el llanto como ſi le miraran ya muerto. Rezaron las vltimas oraciones, que previene la Igleſia para eſte trançe: pero deſpues de algun eſpacio que ſe llevò el ſuſto, y la turbacion, bolviò en ſi el Venerable Padre, y con ſemblante alegre, como ſi deſpertàra de vn dulçe, y ſoſſegado ſueño, prorumpiò en aquellas tan celebres palabras: *Nunquam putabam eſſe tam dulce mori!* Nunca juzguè, que fueſſe tan dulçe coſa el morir. Sentencia, que ora procedieſſe de lo que Dios le diò à guſtar en aquella breve ſuſpenſion, ora ſe originaſſe de la ſerenidad, y paz que entonces gozava ſu conciencia; pareciò vn Oraculo de ſabiduria entre apariencias de ignorancia. Ignorava eſte gran Varon, que pudieſſe ſer tan ſuave la muerte, porque en ſu meditacion ſiempre la avia conſiderado muy terrible; mas porque en vida la conſiderò tan terrible; por eſſo en la muerte la experimentò tan ſoſſegada, y agradable. Combatiò muchas vezes con todos ſus horrores, probò, y apurò en ſu meditacion todas ſus amarguras, y por eſſo experimentò deſpues tan exceſiva ſuavidad, logrando como Sanſon vn panal de delicioſos conſuelos, donde temia los peligros, y los eſtragos. Viviò como vn Ciſne en el ſilencio de la Oracion, y en

la

la ſoledad de ſu eſtudio; y por eſſo antes de morir articulò aquella dulciſsima voz: *Nunquam putabam eſſe tam dulce mori!* como ſi dixera: muchas vezes me imaginava yo en eſte vltimo combate, y ſiempre me hallava cercado de agonias, ſiempre ſobreſaltado de congoxas: mas, ò engaño feliciſsimo! que en vez de las congoxas que pronoſticava mi temor, encuentro las dulçuras, que no cupieron en mi eſperança: *Nunquam putabam.* Bien pudiera preguntar a la muerte con el Apoſtol: *Vbi eſt mors ſtimulus tuus?* Adonde eſtà, o muerte, tu aguijon, adonde tu acerbidad; que yo en vez de la acerbidad, y del aguijon, ſolo hallo en ti las dulçuras de la miel: *Tam dulce mori.*

Mas como no avia de ſer dulçe aquella muerte, en que terminava vna inocentiſsima vida? como no avia de ſer dulçe el morir entre la fragrancia de tan heroycas virtudes, de tan tiernos afectos, de tan amoroſas ſuſpenſiones? Vn morir batallando por la defenſa de la Igleſia, haſta dexar tan adelantado ſu trofeo, que pudo la muerte quedar abſorta, ò equivocada con ſu victoria: *Abſorta eſt mors in victoria?* Pero aunque baſtava cada vna de eſtas cauſas para endulçar la muerte de eſte feliciſsimo Varon, con todo eſſo, èl miſmo nos deſcubriò otra, en cuya ſuavidad era fuerça perdieſſen ſu ſinſabor todas las amarguras. Llegoſe à ſu cabezera vno de los Padres que le aſsiſtian, y le preguntò, ſi ſentia en ſu conciencia algun eſcrupulo, ò remordimiento de los que ſuelen congoxar en aquella hora? A que reſpondiò, que ninguno ſentia por la miſericordia de Dios; y diò eſta razon tan admirable, como convincente: *Porque nunca* (dize) *he hecho coſa ſin el orden, y direccion de la ſanta obediencia.* Palabras, que noſotros debemos recoger como el vltimo de ſus oraculos; digno, ſin duda, de que ſe depoſite en todos los corazones religioſos, y que ſe imprima mas altamente en los que mas ſobreſalen en ſabiduria, y en ingenio. Y à la verdad, no aprenderàn menos en eſta breve clauſula de ſus labios, que en todos los volumenes que nos dexò ſu pluma. Si bien todos nos enſeñan vna miſma coſa, pues en quantas hizo fue delante de ſus ojos la luz de la obediencia. Por eſſo llegò ſin la menor zozobra à eſte vltimo termino de la vida, enſeñandonos à comprar eſta ſeguridad à coſta de nueſtra ſugecion; y ſiguiendo las

huellas de aquel Maestro Divino, que obedeciò hasta la muerte, para fundar sobre su rendimiento la exaltacion de su augusto nombre.

En fin, aviendo passado diez dias de su mortal enfermedad con tan eximios exemplos de virtud: amaneciò el Lunes 25. de Septiembre que fue el postrero de su admirable vida. Y reconociendo que le iban ya faltando las fuerças, y desfaeciendo à toda priesa los pulsos, se convocò la Comunidad, como es costumbre, para asistir à su cercana muerte. Coronaron su pobre lecho todos los Padres, y Hermanos de la Casa professa, bolvieron à repetir la recomendacion del alma, y con ella se renovò en todos el dolor, los sollozos, y las lagrimas. Solo el Venerable Padre permanecia en tanta turbacion con vn rostro immutable, y sereno; y logrando el juizio despierto, y cabal, que le acompañò hasta los vltimos aliento, empleava los labios en pronunciar los suavissimos nombres de Iesvs, y Maria, los ojos en mirar al Cielo, adonde à toda priesa caminava, y el corazon en respirar aquel fuego amoroso, que le encendia. Assi llegò hasta los postreros momentos de su vida, en que levantando afectuosamente los ojos àzia lo alto, y esforçandose à repetir aquellos dulcissimos nombres, rindiò el alma en los brazos de aquel Señor, que la avia criado para grande aumento de su gloria, para defensa de su Iglesia, y ornamento de nuestra minima Compañia. Muriò, como à las siete de la mañana, el dia referido 25. de Septiembre del año de 1617. à los 70. de su edad, y 54. de Religion: aviendo illustrado el siglo passado con su nacimiento, y el presente con su felicissimo transito. Su cuerpo quedò blanco, y flexible; su semblante hermoso, y agradable, y todo èl sin horror alguno de la muerte, y con muchas señas de la inmortalidad.

Divulgòse luego por Lisboa la noticia triste de su fallecimiento, y como Ave funesta, iba llenando los corazones de todos, de melancolia, de luto, de dolor. Los Ecclesiasticos, los Seculares, los Nobles, los plebeyos, y en fin, toda suerte de personas hizo tan propio el sentimiento de su perdida, que doliendose, como en desgracia comun, cada vno parece la mirava como muy particular. Ella era la materia lugubre de todas las conversaciones, diziendose vnos à

otros:

otros: Ha muerto aquel Varon de Dios, aquel Sãto; ha muerto el reſplandor de todo eſte Reyno: mitigãdo de algun modo ſu pena con la ſuavidad de ſus alabanças. Cada vno publicava lo que avia oydo de ſus virtudes, de ſus talentos, y de las acciones, y exemplos de ſu vltima enfermedad. En fin, tuvo aquel dia en Lisboa tantos Panegiriſtas, como lenguas, y ſu ocaſo fue muy ſemejante al del Sol, que al trasmontar al otro emiſferio, dexa tantos teſtigos de ſu luz, quantos aſtros enciende ſu ya diſtante reſplandor.

CAPITVLO XXI.

De ſus multiplicadas, y ſolemniſſimas exequias.

DVrava aun en Lisboa aquel apretadiſsimo entredicho, que por tanto tiempo tenia deſiertos los Altares, enmudecidas las campanas, y prohibidas todas las ſolemnidades de la Igleſia, aun para la piedad de la publica ſepultura. Pero apenas llegò à los oydos del Colector Apoſtolico la noticia tan inopinada de aver eſpirado el Venerable Padre, quando bañados en lagrimas ſus ojos; tomò la pluma, y deſpachò à nueſtra Caſa profeſſa eſtas breves, pero expreſſivas clauſulas. * *Aviendo aquella* bendita „ Alma del P. Suarez ſervido à la Igleſia de Dios, y à la Santa „ Sede Apoſtolica Romana tãtos años con tã honroſas y ve„ nerables fatigas; yo me contẽto, y mando, q̃ no obſtante el „ entredicho ſe le hagan ſolemniſſimas *exequias*. * Con eſte decreto, que llevava tanta gloria, como piedad en el motivo, ſe abrieron luego las Igleſias de Lisboa, y todas eſpontaneamente empezaron los clamores, tristes de las campanas, las quales parece avian callado con tan prolijo ſilencio, para llorar aora con vn nuevo, y mas acertado lenguage tan lamentable fracaſo. Aqui fue, quando el clamoroſo eſtruendo eſparcio mas dilatadamente el dolor haſta las habitaciones mas diſtantes de aquella populoſiſsima Ciudad: llevando el nombre del difunto en el ſonido, y bolviendo en ſus ecos ſus aclamaciones, y aplauſos. A la verdad, parece, ordenò el Cielo, que ocurrieſſe en la muerte de Franciſco vna tan extraor-

traordinaria circunſtancia, para que fueſſe vn publico pregon de la grandeza del que moria, y para que la novedad excitaſſe la admiracion, y entrãbas dieſſen crecidos aumentos à ſu fama. Avian fallecido en tiempo del entredicho algunos Prelados, y otros perſonages de la primera ſuposicion; pero à ninguno ſe le avia concedido para ſu entierro eſta ſolemne publicidad; porque tambien parece tenia la Igleſia reſerv da eſta demonſtracion para honrar ſingularmente en la muerte, à quien tanto la avia ſervido en la vida, hallando eſta vez algun alivio la quexa, que al morir pueden tomar los grandes Varones contra la naturaleza; pues para llorar ſu muerte, no diò otras lagrimas mas precioſas à los ojos, ni enſeñò otros ſuſpiros mas eloquentes al corazon.

A eſte tiempo eſtavan ya juntos con los Padres de la Caſa profeſſa todos los demàs, que reſidian en el Colegio de San Antonio, y en el retiro del Noviciado; primera habitacion de Franciſco, que aunque perdio la venerable herencia de ſu cadaver, ſe quedò con el patrimonio de ſus eximias virtudes. Diſpuſoſe el entierro con mas luto de los corazones, que exterioridades de lugubre aparato; pero hizieron ſolemniſsimas ſus exequias el Colector Apoſtolico, acompañado de toda la Clerecia, el Conde de Salinas, aſsiſtido de toda la Nobleza, y ſubſtituyẽdo à la perſona de ſu Excelentiſsimo Padre, que oprimido de la gota, y del dolor de tanta perdida, huvo de fiar à ſu hijo eſta poſtrera demonſtracion de ſu amor, y reverencia para con el difunto amigo. Diò tambien ſuma veneracion al concurſo la aſsiſtencia de todas las Religiones, que ſin otro combite, que el de la benevolencia, y ſentimiento comun, vinieron à acompañar à los nueſtros en ſu dolor, y à honrar con ſu numeroſa preſencia al que era ornamento de todo el eſtado Religioſo. La multitud del Pueblo, que concurriò, fue à medida de la comocion, que avia cauſado ſu muerte, y la ſuſpenſion del entredicho para la ſolemnidad de ſu entierro. Mas con ſer inmenſo el gentio, fue ſuma la reverencia, y el ſilencio de todos; ſino es quando ſe diſcurria de la ſantidad del Venerable Padre, de ſu humildad, de ſu zelo, de ſu caridad, de ſu ſabiduria, y de los otros dones, con que el Cielo le avia enriquecido, y entonces andavan en las lenguas de todos. Huvo muchos de los que le

avian

avian tratado, que empezando à referir ſus alabanças con la voz, las acabavan con lagrimas de ternura, y devocion; Retorica muda, con que el corazon haze eloquentes à los ojos.

Ademàs de los comunes oficios, que celebraron eſte dia los nueſtros, huvo vna Oracion Panegirica de ſus eximias virtudes: aunque eſta vez fueron tantos los Oradores, como los oyentes, porque en todos ſe previnò à celebrar la admiracion, quanto pudo dezir, y ponderar el aplauſo. La mañana ſiguiente vinieron à nueſtra Igleſia en proceſsiõ los muy Reverendos Padres Aguſtinos, y oficiaron ſegũda Miſſa de Requiem, que cantò ſu Reverendiſsimo Provincial, para dar mas autoridad al obſequio, y poner à nueſtra gratitud en mas cariñoſa obligacion. Al tercer dia renovaron la miſma funcion los Religioſiſsimos Padres de S. Frãciſco, añadiendo à la Proceſsion, y Miſſa el Oficio entero de nueve lecciones; y agradeciendo de eſta ſuerte el amor, y piedad que profeſsò el Eximio Padre Franciſco à ſu Santiſsimo inſtituto, y à ſu incomparable Fundador, cuya humildad fue no menos caracter del animo, que de ſu nombre. Imitaron eſta generoſa piedad todas las demàs Comunidades Religioſas; ofreciendo en ſus Igleſias publicos ſufragios, por aquella grande alma, en los quales ſe atẽdiò mas à la veneracion, que à la neceſsidad; porque el concepto de ſus heroyca virtudes, y de ſu dichoſiſsima muerte certificava à todos ſu gloria, y traia à la memoria ſu poderoſa interceſsion. En fin coronò eſtas luctuoſas demonſtraciones la Santa Igleſia Cathedral, y Metropolitana de Lisboa, cuyo inſigne Cabildo, aviendo levãtado vn tumulo correſpondiente à ſu grandeza, celebrò las exequias del Eximio Doctor con ſumptuoſiſsimo apara o de antorchas, lutos, y lugubres armonias. Aſsi empezò Dios à honrar al que tanto avia huido de ſus honras: pues dificultoſamente creerè, que dentro de la humildad religioſa, ava logrado algun otro mayores, y mas afectuoſas exequias; y mas en vna Ciudad populoſiſsima, adonde fuera mucho ſer en breve tiempo conocido, quanto mas tan ſenſiblemente llorado.

Su venerable cadaver ſe depoſitò en vna caxa, con vna lamina de plomo, en que ſe gravò el año, y dia de ſu precio-

sa muerte, y los empleos mas sobresalientes de su vida. Despues fue colocado en la Capilla mayor de nuestra Iglesia: honor que reserva la Compañia para solos aquellos Varones, en quienes resplandeciò vna insigne, y muy extraordinaria santidad. Este lugar començò luego à ser frequentado de los fieles con piadosas suplicas, y singularmente de aquellos, que aviendole tratado mas de cerca, median con la excelencia de su virtud el poder de su intercession. Passados despues algunos años, D. Antonio de Castro, Cavallero de muy alto linage, y discipulo del Padre Suarez, erigiò vna ilustre Capilla en esta misma Iglesia, y aviendola consagrado al culto de Maria Santissima, deseò colocar en ella este nuevo Atlante de su gloria; y ennoblecer este Santuario con las Reliquias de su Santo Maestro. Obtenido el beneplacito de los Superiores, mandò labrar vna lapida de marmol muy fino, y hermoso, y aviendo trasladado el venerable cadaver, del lugar donde fue primero sepultado, le colocò en el nuevo sitio de su Capilla, y le sellò con el resplandeciente marmol, en el qual con dorados caractères se ve gravado este Epitafio.

DOCTORI
FRANCISCO SVAREZ,
E SOCIETATE IESV,
IN CONIMBRICENSI ACADEMIA PROFESSORI PRIMARIO, EMERITOQVE.
VIRO VIRTVTIBVS ÆQVE MAXIMIS, AC SCIENTIIS INSIGNI:
TRIVM, AC VIGINTI VOLVMINVM EDITIONE,
PHILOSOPHIA, AC THEOLOGIA ILLVSTRATIS:
DIE XXV. SEPTEMBRIS, ANNI M.DC.XVII.
AD VERAM VITAM PROGRESSO,

MAG-

MAGNO MAGISTRO SVO ET PATRI
AMANTISSIMO
D. ANTONIVS DE CASTRO,
IN AMORIS, ET OBSERVANTIÆ
MONVMENTVM.

CAPITVLO XXII.

Demonſtracion luctuoſa de la Ciudad de Coimbra en la muerte del Padre Suarez; y retrato de ſu corporal aſpoſicion.

EL dolor de tan gran perdida, y el obſequio de tan eſclarecido Doctor, no ſe ciño ſolamente à la Corte de Lisboa: tambien ſe eſtendiò con la fama de ſu muerte à todos los Reynos de la Chriſtiandad, y algunas famoſas Vniverſidades la recibieron con ſingulares demonſtraciones de ſentimiento. Pero ſobre las demàs ſe eſmerò la que era mas intereſada en ſu vida, y la que hizo mas lamentable perdida en ſu muerte: la muy iluſtre Vniverſidad de Coimbra, que apenas oyò la triſte nueva de aver muerto ſu Eximio Maeſtro, quando parecio averſele obſcurecido el Cielo, eclipſado el Sol, y cubierto todos ſus corazones de funeſto luto. Mas apenas ſe reſpirò en Coimbra de el vehemente, y ſubito dolor, quando ſe convirtieron los cuidados à ordenar vna pompa tan ſumptuoſa para ſus exequias; que fueſſe claro, aunque melancolico argumento, de lo que puede en los pechos generoſos la reverencia, y el amor contra la tirania de la muerte, y de la auſencia. Señalado el funebre dia, ſe erigiò vn mageſtuoſo Tumulo en la miſma Vniverſidad, y aſsiſtiendo todos los Doctores, y Eſtudiantes con ſu Retor, todo el Clero con ſu Iluſtriſsimo Obiſpo, todos los Proceres con ſu Ciudad, todas las ſagradas Religiones con ſus Prelados; y por dezirlo de vna vez, toda Coimbra deſde lo mas reſpetable haſta lo mas humilde del Pueblo, ſe

celebraron ſolemniſsimas exequias à eſte Varon incomparable, deſpertando en muchos dulçes, y copioſas lagrimas la memoria de ſus ſuaviſsimas virtudes.

En fin, nueſtro Real Colegio de Coimbra, como el mas obligado al honor, q̃ recibiò de tan gran Padre, y Maeſtro, y como domeſtico teſtigo de ſus excelentiſsimos exemplos, y virtudes, ſe juzgò tambien obligado à ſalir de los terminos comunes de la religioſa moderacion, que la Compañia obſerva con ſus hijos. Eligiò otro dia para honrarle con nueva pompa funeral, cubriendo las paredes del Templo con melancolicos adornos, levantando vna pyra ſepulcral con magnifico aparato, iluſtrandola no ſolo con numeroſa multitud de antorchas, en que ardian ſus afectuoſos corazones, ſino tambien con otras reſplandecientes luzes de ſus ingenios. Tales fueron las inſcripciones, empreſſas, epigramas, emblemas, y otras ſemejantes compoſiciones, en las quales hizieron hablar ſin confuſion à todas las lenguas politicas del mundo en alabança de ſu Eximio Maeſtro. Porque ademàs de la Portugueſa, Caſtellana, Franceſa, Italiana, y Latina; contribuyeron ſus elegancias, y caractères la Griega, Hebrea, Siriaca, y Caldea, agotando aquel gran domicilio de la ſabiduria, en obſequio de ſu amado Padre, todos los teſoros de ſu exquiſita erudicion; y convocando à ſu deſempeño todas las Naciones del vniverſo con ſus idiomas, y lenguas, como ſi deſconfiaran de hallar eloquencia baſtante para aplaudirle, ò lamentos para llorarle.

Todas eſtas demonſtraciones excitaron en la Ciudad de Coimbra vn ardiente, y juſto deſeo de recobrar deſpues de muerto al que por eſpacio de veinte años avia admirado, y reſpetado vivo. Sacò la cara à eſta pretenſion el Excelẽtiſſimo Señor Duque de Avero, que en todos los publicos obſequios del Venerable Padre avia hecho compitieſſe ſu generoſa piedad con la grandeza de ſu Real eſtirpe. Pidio en nombre ſuyo, y de toda la Ciudad, à los Superiores de la Compañia, ſu beneplacito para reſtituir aquel teſoro precioſo a ſu ſolar propio de Coimbra, donde queria fabricarle vn ſumptuoſiſsimo ſepulcro, en que deſcanſaſſen dignamente ſus venerables hueſſos, y en cuya preſencia tendria aquella Vniverſidad vna viva idea de ſabios, y Catholicos Doctores,

y to-

y toda la Ciudad vn seguro asilo contra sus infortunios. Pero fruitròse esta justificada pretension por la resistencia de Lisboa, que alegava ser ella la patria mas propia de Francisco, aora se mirasse como vn prodigio de santidad, aora se atendiesse, como vn Fenix de sabiduria: pues el lusto, que tiene el mundo por destierro, allì encuentra su verdadera patria, donde halla el termino de su vida: y el Fenix no reconoce otro nacimiento, que su sepulcro, pues el mismo sitio, en que muere, es el fragrante nido, en que renace.

Mas para acallar, ò entretener estas quexas, en que pudieran interesarse tambien otras grandes Ciudades de Europa, las quales ilustrò Francisco con su presencia, y con su sabiduria; dibujarè aqui con la pluma todo su aspecto, y fisonomia exterior, segun la fiel noticia que dura hasta oy en los pinceles, que le copiaron, y en la memoria de los que le conocieron. Porque en este que es vn cierto culto de los Varones grandes, logran ellos aquella eternidad, à que se estiende la humana industria, y juntamente se apacienta con algun fruto la curiosidad, y la admiracion. Quando el Venerable Padre caminava la segunda vez à Roma, llegando à Leon de Francia, le hospedò en su Casa Horacio Cardon, Consul de aquella gran Ciudad, y benemerito de la Republica literaria por el primoroso caracter de su oficina. Este, que avia aumẽtado mucho su caudal con los volumenes del Padre Suarez, mostrandose no menos obsequioso, que agradecido, puso, mientras comia, vn diestro Pintor detràs de vna vidriera, para que copiasse su venerable rostro. Salia de quando en quando el dissimulado Artifice, como vno de los criados, que servian à la mesa, y recibiendo mas sincero el informe de sus facciones, se retirava à trasladarlas al lienço. Con este facil engaño, llegò el retrato à toda su perfeccion: y al tiempo de partirse el Venerable Padre, le dixo discretamente Cardon, que sentia mucho carecer tan presto de su vista; pero que ya el amor, y veneracion, que le professava, avia discurrido algun remedio contra la dura necessidad de su ausencia. No le entẽdia al principio el Padre Suarez, y por esso le descifrò el enigma, mostrandole su retrato, y descubriendole todo su Cortesano artificio. Con su vista fue grande el empacho, y sentimiento del Venerable Padre, y no menor

el gusto, y alborozo de Cardon, viendo que avia triunfado de su humildad, sin aver agraviado su modestia, y enriquecidose con las industrias de vn hurto, à cuya restitucion no le necessitavan las sendidas quexas de su dueño. Estimò despues este retrato, como vna joya de excessivo valor, no solo por la memoria de tan eximio original; sino tambien por la fidelidad, y primor con que le representava: de suerte, que la verdad de la copia pudo quedar agradecida al engaño del Artifice. Sea, pues, algun alivio para los que no gozamos de su presencia, ni de su vista, el poder registrar su semblante, leyendole, no solo en los colores del pincel, sino tambien en las lineas de la pluma: la qual forma sus retratos en el papel, sino con mas alma, con mas dilatada vida; pues renaciendo en la fecundidad de los moldes, no mueren sin succsion, como los lienços, y los marmoles; ò à lo menos no mueren, ni se acaban de vna vez.

Fue el Venerable Padre Francisco Suarez, de estatura justa, que sin exceso inclinava mas à la proceridad. Su cuerpo expedito, gracil, delicado, y con el estudio, y penitencia exhausto, y consumido, singularmente en la vejèz. Su condicion muy suave, y agradable; su temperamento proporcionado entre el calor, y la humedad; el color blanco, y sonroseado, aguileña la fisonomia, en q̃ se traslucia la elevacion sublime de su ingenio. Tenia la cabeza algo despoblada àzia la parte anterior, la frente espaciosa, y serena, y aun en los vltimos años sin rugas, ni otro vicio de la ancianidad. Eran sus ojos vivos, azules, y de vista perspicàz, y en medio de su modestia, y compostura se hazia ver en ellos toda su grande alma. La nariz algo prolongada, y en la mitad con vna pequeña elevacion. Poblada la barba, los labios, y boca decentes. Rara su risa, y acompañada de tal moderacion, y gravedad, que solo podian juzgarla los ojos, no los oydos. Todo su aspecto persuadia veneracion, permaneciendo cõstante, igual, y en todo accidente prospero, o adverso, siempre semejante à si mismo. Su conversacion, y trato era prudente, sincero, cordial: grave sin ofension, humilde sin afectar la humildad. En sus passos se notava la compostura, en sus acciones la circunspeccion, y aun el silencio en el sonido, y precision de sus palabras. En suma parece, que Dios

quiso

quiso formar de tal suerte este grande hombre, que su cuerpo fuesse vn noble albergue de su feliz alma, y èsta vn digno huesped de tan venerable cuerpo.

Pero no puedo callar aqui otra alabança singular de la exterior disposicion del Doctor Eximio, que fue vna rara semejança con el melifluo Doctor de la Iglesia S. Bernardo. Conservase en Francia la efigie fidelissima de este gran Padre, y passando por aquel Reyno vno de sus ilustres Hijos, la mandò copiar con suma exaccion, travendose à España el Retrato, como vna alhaja, à quien el primor, y la devocion hazian de muy subido precio. En manos de este Religioso, que ya era General de su esclarecida Congregacion Cisterciẽse, viò, y reverenciò esta santa Imagen el V. Padre Alonso Rodriguez; el qual afirmava, que apenas puso en ella los ojos, quando le pareciò veìa delineadas todas las facciones del Padre Doctor Francisco Suarez con aquella modestia, paz, y serenidad, que se admirava siempre en su venerable rostro. De suerte, que quien miràra este lienço, pudiera juzgar era retrato suyo, si en la diferencia del trage, y del color no se desengañaran los ojos. Y si fue glorioſa prerogativa de Santiago el Menor la corporal semejança con el Hijo de Dios; no es pequeña fortuna de Francisco el aver sido tan semejante à Bernardo, hijo regaladissimo de Maria. Pero no dudo fue mas noble la proporcion, y correspondencia de sus almas, que la de sus cuerpos; pues el amor, y ternura con que imitaron las virtudes, y celebraron las excelencias de esta suavissima Madre, persuade bien, que se criaron entrambos à sus pechos, saliendo por esso tan Hermanos, y semejantes, que Francisco pareciò vna viva Copia de Bernardo; y Bernardo el Original, por donde formò el Cielo à Francisco.

(**)

EL DOCTOR EXIMIO,

Y VENERABLE PADRE

FRANCISCO SVAREZ,

DE LA COMPAÑIA DE IESVS.

LIBRO QVARTO

INTRODVCCION.

AVNQVE en las flores que con incierta mano esparce la alegre primavera, suelen aplaudir los ojos el natural desorden como armonia de su belleza; con todo esso, quando el jardinero las recoge en vistosos ramilletes, crece con el artificio su hermosura, y con la vniõ se percibe mas delicioſa su fragrancia. Es la vida del Eximio Doctor, q̃ dexamos escrita en los precedentes libros, vn campo dilatado, y ameno, que segun la diferencia de los empleos, y exercicios, produxo variedad hermosa de virtudes; flores vistosissimas, que asseguran el agrado, y la estimacion, aun en la casualidad de su nacimiento. Mas al mirar todo este espacioso campo coronado de tan elegantes flores, me parece escucho aquella voz divina que dixo: *Flores apparuerunt in terra nostra; tempus putationis advenit.* Que llegò con su vista el tiempo de cortarlas, para que distribuidas en sus classes, como en vistosos ramilletes, pueda la admiracion descansar en su belleza, y la imitacion correr mas veloz tras su fragrancia.

CAPITVLO PRIMERO.

De la heroyca ſantidad del Padre Franciſco Suarez.

ANtes de tratar ſeparadamente de cada vna de las virtudes del Eximio Doctor, darè vna breve noticia de ſu ſantidad, imitando al dieſtro Pintor, que primero ofrece à los ojos vn dibujo de la imagen, que ha de animar deſpues con la diſtincion, y hermoſura de los colores. Mas para que ſea acertado el concepto de ſu perfeccion, ſerà forçoſo informarnos de las perſonas que le trataron mas de cerca, y tuvieron mas deſapaſsionada ſu viſta. Entre todos merece el primer lugar, aquel Varon divino el Padre Baltaſar Alvarez, celebrado en los libros de la Seraſica Madre Santa Thereſa, por el mas perfecto, que entonces avia en el mundo. Este gran Maeſtro de eſpiritu, que tambien lo fue muchos años de nueſtro Franciſco, dezia frequentemente, que el Padre Suarez no era menos Santo, que docto, y que ſe aventajava igualmente cada dia en el camino de la ſabiduria, y de la virtud. Palabras, que notò mucho el Padre Geronimo Balleſter, diſcipulo de nueſtro Franciſco, y las eſcriviò deſpues de ſu precioſo tranſito, como vna de las mayores alabanças de ſu Santo Maeſtro. Por tal la tendrà, quien advirtiere, que el Padre Suarez fue vno de los Varones mas doctos que han producido los ſiglos; y que el Padre Baltaſar, conociendo muy intimamente ſu alma, aſſegurò, que ſu perfecion igualava à ſu ſabiduria; ſiendo, pues, en el dictamen de todos tan eminente ſu ſabiduria, qual juzgamos ſerìa la elevacion de ſu ſantidad? *Ex epiſtola originali.*

No es menos autentico, ni menos eſtimable el teſtimonio del Venerable Padre Luis de la Puente, que ſiendo Varon perfectiſsimo, y ſobre manera medido, y circunſpecto en todas ſus palabras, con todo eſſo, hablando del Eximio Doctor, à quien avia tratado mucho, le dixo al Padre Luis de Valdivia, perſona de la primera ſupoſicion en aquel tiempo: * *Que* el Padre Suarez avia ſido Varon de muy gran ſan-
„ tidad, y de admirable don de oracion; que de tal manera

avìa

„ avia ſido Maeſtro de todos los Maeſtros de la Theologia „ Eſcolaſtica, que juntamente lo era de la Theologia Myſti- „ ca, enſeñando à conocer à Dios en la Oracion, y contem- „ placion, y que acertò à juntar vna vida perfectiſsima, y „ contẽplativa con la activa del *Magiſterio*. * Todas eſtas palabras ſon del Padre Luis de la Puente, y refiriendolas el Padre Antonio de Arana, dize, que èl miſmo ſe las oyò repetir al Padre Vaidivia, como vno de los mas inſignes elogios de la ſantidad de nueſtro Franciſco. A la verdad, ſi la Igleſia por el teſtimonio del grande Antonio juzgo digno de los Altares al Anacoreta Pablo, la autoridad del Padre Luis, y del Padre Baltaſar, es de tanto peſo en la Compañia, que por ella puede colocar al Padre Suarez entre ſus primeros hijos, y entre los mas dignos de ſu admiracion.

Este miſmo aprecio hizieron ſiempre de ſu perſona los ſugetos que mas reſplandecian en prudencia, virtudes, y govierno de nueſtra Religion, amandole todos terniſsimamente, y conſervando con èl vna ſincera, y cordialiſsima amiſtad; argumento de la ſemejança con que en todos ſe correſpondia reciprocamente la virtud. En los de afuera, que le trataron, ſe vio ſiempre conſtante eſta opinion de ſu ſantidad. El Cardenal Burgeſio, reſpondiendo en nombre de ſu Tio Paulo V. à vn Prelado, y General Inquiſidor del Reyno „ de Portugal, le dize aſsi: * *Lo que* V. S. Iluſtriſsima tan „ afectuoſamente eſcrive à ſu Santidad, acerca del Padre „ Franciſco Suarez, aunque ha ſido de ſuma autoridad; con „ todo eſſo, como es materia tã cierta, y tã ſabida de ſu Beati- „ tud, ha ſervido de excitar el deſeo de gratificar ſus mereci- „ mientos; pero no ha aumẽtado el amor, y aprecio de ſu per- „ ſona, porque eſte es tan grande en ſu Beatitud, q̃ no puede „ ſer mayor, ni tener incremento alguno; y reconoce muy „ bien ſu Beatitud, que las excelentes virtudes, y meritos de „ tan gran Padre no neceſsitan de agena *recomendacion*. *

Ex epiſtola originali.

Tal era el juizio de Paulo V. y del Cardenal Burgeſio, acerca de la ſantidad del Padre Suarez, à quien conocieron, y trataron en Roma: y tal fue ſiempre el reſpeto de quantos lograron ſu viſta, y ſu comunicacion. De muchos conſtarà por el diſcurſo de eſta hiſtoria; y aora añadirè lo que ſolìa dezir el Inquiſidor Meneſes, conocido en el ſupremo, y ſanto Tribunal,

bunal, no menos por su nobleza, que por sus letras, el qual para ponderar quanta estimacion hazia de la rara virtud, y sabiduria del Padre Suarez, repetia muchas vezes: *Este es vn hombre, à quien aviamos de guardar debaxo de cortinas, y como vna reliquia preciosa en testimonio de nuestro aprecio, y veneracion.*

Con el mismo afecto hablava dèl, D. Andres de Almada, ilustre Cavallero, y Cathedratico en Coimbra, el qual siẽpre q̃ ocurria su memoria, se quitava el bonete, y dezia: *Mi señor, y mi Maestro el P. Doctor Francisco Suarez*: haziendo esta publica demonstracion de su amor, y piedad, no solo mientras vivia, sino tambien, y con mas ternura, despues de su muerte. Este era el respeto con que generalmente le miravan todos, como afirma el Padre Gaspar de Gouea, Assistente de España por estas palabras: *La estimacion en que era tenido de los mayores del Reyno de Portugal, era mucha. A varios he oydo hablar dèl, como de vn Santo, que estuviesse ya en los Altares.* Assi escrive este gravissimo Padre, que tambien le amò como à Maestro, y le venerò como à Santo. El Doctor D. Dionisio de la Calçada, Abad de la Santa Iglesia de Villafranca, aviendo tenido la suerte de tratarle, conservò suma veneracion à su virtud, y quando hablava dèl, se le saltavã las lagrimas de devocion, llamandole siempre *aquel Angel*; nombre en que cifrava la elevacion de su espiritu, y de su ingenio. El Doctor Alonso de Arboleda en la practica de los Sacramentos, y policia Ecclesiastica, despues de aver dicho, que en agudeza, y claridad de ingenio, doctrina sana, y admirable erudicion, ninguno excede al Padre Suarez, prosigue assi: * *Ni ayuda* poco para autorizar esta opinion, (habla de vna que defiende el Doctor Eximio) y mas en materia tan grave, y tan espiritual, su integridad de vida, y costumbres, y mucha Religion: de la qual por ser tan conocida, no digo lo que sè, y pudiera dezir: y tãbien por seguir el consejo del Sabio, de no alabar al justo en su *vida*. * No debe passarse en silencio el testimonio de vn Religioso Carmelita Descalço, Prior de su Convento de Lisboa; el qual hallandose à las exequias del Padre Suarez, y acordandose de lo que añadio S. Maximo al consejo del Sabio: *Lauda post mortem, & consummationem*; prorumpiò à vn mismo tiempo en alabanças de su vida, y juntamente en abundantes lagrimas de sentimiento, y devo-

cion, à vista de su preciosa muerte, diziendo: * *al Padre* Doctor Francisco Suarez, todo el mundo le estimò, y estima por su incomparable sabiduria: pero yo aun le estimo mas por sus heroycas virtudes, y admirable *santidad*. * Palabras, con que causò gran ternura en los circunstantes, y que despues de muchos años repetia vn docto Prebendado de vna Cathedral, como testigo, que avia sido, de lo que en esta ocasion dixo este Religioso.

Despues de aver passado el P. Suarez de esta vida, apenas huvo quien no le considerasse entre los habitadores de la patria celestial. Los que mas le conocieron, solicitavan sus reliquias, como vn precioso tesoro, en cuya possessión assegurayan los favores de vn grande Santo. De este Colegio de Salamanca se procurò conseguir vna de sus manos; y aun no satisfecha la devocion, se desvelò por adquirir otra reliquia de su venerable cadaver. Consiguiòla el Padre Alonso del Caño, hallandose en Madrid, y remitiendosela à otro Padre de Salamanca, le dize assi: * *El señor* D. Iuan de Gongora, „ portador de èsta, entregarà con ella à V. Reverencia „ vna caxa en que va la quixada baxa entera del Santo Padre „ Francisco Suarez, que es la que tenia el Padre Francisco „ de Guevara, que estè en el Cielo. No me parece que es „ reliquia de menor veneracion que la mano: y assi me olgarè mucho que V. Reverencia la haga colocar con la „ mayor decencia que se pueda. Yo quedo contento con „ aver sido medianero, para *alcançarla*. * Hasta aqui el Padre Caño, que fue persona de la primera autoridad en esta Provincia, y la governò, y acreditò con sus letras, y virtudes, aviendo antes renunciado à grandes esperanças en la Beca del Colegio Mayor del Arçobispo. Por esso su veneracion al Padre Suarez, y à sus reliquias, ya codiciadas de otros, es credito no vulgar de la opinion que en todos se avia esparcido de su heroyca santidad.

Otra reliquia embiò desde Lisboa el Padre Valeriano de Frias, al Padre Gaspar Suarez, sobrino de nuestro Francisco, à quien le dize assi: * *Embio* à V. Reverencia la reliquia „ de nuestro Padre Fr. Francisco Suarez, Doctor insigne en santi„ dad, y letras: honra de España, lustre de la Compañia, y Sol „ resplandeciente de las Escuelas. Yo la estimava en mucho;

empe-

„ empeño, por ser cosa tan debida à V. Reverencia, me privo
„ de ella. Y añado, mi Padre Gaspar Suarez de Toledo, que
„ se sacò al trasladar su santo cuerpo, para colocarle en la
„ nueva Capilla, y en su honorifico sepulcro: y assi lo testifi-
„ co *in verbo Sacerdotis*. * La reliquia de que habla esta carta, se guardò en este Real Colegio de Salamanca, que aviendo sido el antiguo nido de este Fenix de sabiduria, debia enriquecerse con sus preciosas cenizas, para que en ellas se conservasse mas viva su memoria, y nuestra veneracion.

Por estos testimonios, assi domesticos, como estraños, y por otras no menos ciertas noticias de los favores, y dulçuras con que regalò Dios en la Oracion al Padre Francisco Suarez, le cuenta la Compañia entre los Varones que mas la han ilustrado, no solo con su sabiduria, sino tambien con sus virtudes. De esto, serà buen argumento el averle puesto en el catalogo de sus ilustres hijos, que se acostumbra leer despues del martirologio Romano, delante de toda la Comunidad; y llegando al dia enque falleciò el Padre Suarez, dize assi: * *Mañana* à 25. de Septiembre en Lisboa, de Portugal, „ passò de esta vida à la eterna el Padre Frãcisco Suarez, na-
„ tural de Granada, Angel, y aun Querubin en el entendi-
„ miẽto, con el qual alcançò altissimas verdades, y con ellas
„ ha alumbrado todo el mũdo: de suerte, que es llamado vni-
„ versal Maestro de nuestra edad, y otro segundo Agustino. En
„ la voluntad, y afecto fue vn Serafin encendiendose en el
„ amor, y contemplacion de su Dios, hasta ser arrebatado, y
„ levantado de la tierra. Iuntò con esto todas las demas vir-
„ tudes de vn perfecto Religioso: en particular vna profun-
„ dissima humildad, y baxo concepto de si, y de sus cosas:
„ vna modestia singular, y vna paciẽcia, è igualdad de animo,
„ admirable en los trabajos, y persecuciones que tuvo. Mu-
„ riò en la Casa professa de *Lisboa*. * Este es el concepto que tiene del Padre Suarez toda la Compañia: èsta la encomiastica memoria, que se repite todos los años la vigilia de su transito feliz, no solo en otras Provincias, sino en la Casa professa de Roma, delante de nuestro Padre General, y de las personas de la primera gerarquia en nuestra Religion: cuyo juizio, y comun dictamen acreditado con el testimonio, y aprobacion de quantos vivieron en compañia del Padre

Suarez, y fueron teſtigos de ſus acciones, nos dexan ſu ſantidad, no ſolo calificada con la firmeza que cabe en la humana fè, ſino tambien aplaudida con la mas iluſtre ponderacion.

CAPITVLO SEGVNDO.

De la profundiſsima humildad del Padre Franciſco Suarez.

AVnque la humildad no fuera la baſſe, y fundamento dè las demàs virtudes, ſe le debia el primer lugar entre las que hermoſean la ſublime ſantidad de nueſtro Venerable Padre; porque parece anduvieron de competencia la Providencia Divina, y ſu humildad: aquella, para hazerle grande en el mundo; èſta, para deſhazerſe, y anonadarſe en ſus ojos Era admirado de todos, como vn prodigio de virtud, y ſabiduria, venerado de los domeſticos, aplaudido de los eſtraños, celebrado de los Varones mas doctos, conſultado de los mayores perſonages; y en fin, favorecido de nueſtros Catholicos Reyes, y honrado tantas vezes del Sumo Pontifice, con magnificos breves, y renombres. Mas eſta grandeza, que en los terminos de perſona particular no parece puede llegar à mas, mirada deſde el centro de ſu humildad, parecia lo que las eſtrellas à nueſtra viſta, que al paſſo que eſtàn mas encumbradas, ò ſe deſaparecen del todo, ò nos parecen mas pequeñas. Por eſſo en ſu trato, en ſus acciones, y palabras ſe mirava tan olvidado de lo que era en la eſtimacion de los hombres, como quiẽ vivia muy ignorante de ſu grandeza. Eſcuſandoſe vna vez de aſſiſtir à la Congregacion Provincial, eſcriviò cierto perſonage al Padre Retor de Coimbra, que le perſuadieſſe à eſta jornada, porque aviendoſe de nombrar Electores de nuevo General, por muerte del Padre Aquaviva, ſin duda concurririan los votos en ſu perſona, y ſiendo ya tan conocido, y eſtimado en el mundo, ſerìa muy natural eſcogerle por ſu General la Compañia, con grande aplauſo de toda la Republica Chriſtiana. Hablòle el Padre Retor, aunque ocultandole eſ-

tos

tos motivos, porque mas servirian para retardarle, que para persuadirle. Mas hallandole muy firme en su escusa, perdida ya toda esperança, no dudò mostrarle la carta, que le avian escrito. Y al oyr el Venerable Padre, que podia ser nombrado por Electo. y por General, baxò al punto el rostro, como oprimido del peso de su virginal verguença, y sonrosseado, como si huviera oydo vna injuria, exclamo: Yo General? quanto mas à proposito fuera yo para servir à la Comunidad en vna cocina. Lo qual dixo con tanto sentimiento, y afecto, que no se podia dudar, eran vozes del corazon las que pronunciava la lengua.

Con esta misma humildad atajò muchas vezes las alabanças de algunas personas de autoridad, que le visitavan. Porque ponderando su sabiduria, y los premios que se le devian, por lo mucho que avia ilustrado, y servido à la Iglesia: el Padre, oyendolos con grande confusion, respondia con rostro severo, que èl estava tan lexos de aver merecido premio alguno, que aun era indigno de hazer en la Compañia el oficio de vn pobre, y humilde Cocinero. Y con este desprecio de si, y con el disgusto, que descubria en su semblante, cortava esta conversacion, quedando ganancioso su humildad, por las alabanças de que huìa, y por los baldones cõ que se vltrajava. De esta suerte respondiò tambien à vn grande Theologo, y no menos eloquente Orador, que admirado de la erudicion, y profunda sabiduria de sus libros, y movido de la celebridad de su fama, deseava con ansias la ocasion de hablarle, y conocerle. Y aviendola solicitado, y conseguido, empezò su visita, esforçando toda su eloquencia para declarar el gran concepto, que hazia de sus obras, el merecido aplauso que tenian en el mundo, y otros elogios semejantes, pensando merecer con ellos su amistad, y benevolencia. Pero el Padre Suarez, aviendo esforçado mas su paciencia para escuchar el nuevo Panegirista, le dio vna de las respuestas, que acostumbrava su humildad, tan breve, y tan sentida, que helandole todo el fervor de sus alabanças, le dexò no menos confuso, que admirado: y de esta conversacion saliò, aunque no arrepentido de predicar, y engrandecer sus aplausos; pero deseoso de otros oyentes. Despues solia dezir, que si hasta entonces le causava admiracion el ingenio, y sabidu-

pideria del Padre Suarez, deſde alli ſe la ponia mucho mayor ſu profundiſsima humildad, y el deſprecio que de ſi miſmo hazia.

Viſitandole vna vez, entre otras, el Virrey de Portugal, D. Diego de Silva y Mendoza, llevò conſigo à ſu hijo primogenito el Conde de Salinas, para que recibieſſe la bendicion del Padre Franciſco, delante del qual ſe arrodillava ſiẽpre para beſarle la mano. Y en eſta ocaſion, viendo que ſu hijo ſe detenia, y no le hazia tan apriesa eſta obſequioſa reverencia; ſe bolvio à èl, y con voz ſevera le dixo: Què hazeis? ſabeis donde eſtais? poneos luego de rodillas, que eſtais delante de vn gran Santo. Al oyr eſto el Venerable Padre, encendido ſu roſtro como vnas braſas, bolviò al Virrey, y le dixo: Señor, ſuplico à V. E. repàre por amor de Dios, me tiene muy mal conocido, y que de ningun modo me convienen à mi tales honras, y tales nombres como eſſos. Mas el Virrey, pueſto de rodillas, proſiguiò diziendo: Echenos V. Paternidad à Padre, y à hijo ſu bendicion, que bien ſabemos lo que hazemos, y todo es devido à ſus merecimientos. Elogios, ſin duda, verdaderos, y por eſſo tan amargos para la humildad de Franciſco, que aunque aſpirava à la mayor ſantidad, no menos procurava ocultarla, que adquirirla: y como aquel hombre afortunado del Evangelio eſcondia aun de ſus ojos eſte precioſo teſoro, teniendo ſu propia viſta por peligro de ſu poſſeſsion.

Por eſſo el Iluſtriſsimo Señor D. Fernando Martinez Maſcareñas, *Obiſpo de Algarbe*, como quien tenia larga experiencia de la humildad de Franciſco, y de lo que ſentia ſus alabanças, dixo, * *que* haria de ellas vn copioſo, y muy iluſtre Panegirico, ſino le embarazara ſu modeſtia de todos conocida; que los elogios los tiene por ſaetas; los aplauſos por mortales heridas, y por enemigos declarados à los que le *alaban*. * Y à la verdad, ſi ſe huye de las enemigas flechas, y de las mortales heridas; bien moſtrò el Padre Suarez, con la fuga de ſus alabanças, que las tenia por flechas penetrantes, cuyas puntas vienen teñidas en el veneno dulce de la vanidad. Era tanto el aplauſo, y veneracion, con que le mirava toda la Vniverſidad de Coimbra, que los ſuſtentantes, y preſidentes ſolian citarle en los actos publicos, refiriendo ſu nõbre,

bre, y ſus ſentencias con iluſtres elogios: lo qual como no pudieſſe ſufrir ſu modeſtiſsima humildad, tomò muchos medios para impedirlo; mas como nada baſtava, ſe viò neceſsitado los vltimos años à huir de los generales, y no aſsiſtir à los actos publicos, ſolo por no eſcuchar ſus aborrecidos aplauſos, negandoles el oydo, ya que no podia ſepultarlos en el ſilencio.

Entrò vna vez en el general, à tiempo que eſtava ya en èl vn numeroſo concurſo, y el ſuſtentante probando las cõcluſiones, que avia ofrecido à la diſputa del teatro. Subiò el Venerable Padre a las Doctorales, para tomar ſu puesto entre los demàs Doctores, y antes de llegar à ocuparle, ovo q̃ le citavan diziendo: *Philoſophiæ, ac Theologiæ Sol fulgentiſsimus* Suarius, con otros ſemejantes elogios: con los quales afligido el Padre, y avergonçado en tanta publicidad; hizo ſeñas al ſuſtentante, para que ceſaſſe; pero viendo que proſeguia, no tuvo otro medio, que cubrir ſu venerable roſtro con las manos, como quien huìa de los ojos de todos, teniendolos como teſtigos de ſu afrenta, y confuſion. Causò eſto grande edificacion en los preſentes, porque conocian bien ſu ſantidad, y modeſtia; y que quando ſe cubria avergonçado de ſus alabanças, entonces ſe moſtrava mas benemerito de ellas; como ſe dize de aquellos amantes Serafines, que ſiendo los que con ſu amor tienen mas merecida la viſta de ſu Dios; con todo eſſo, cubren ſu roſtro, como avergonçados en ſu preſencia.

Eſtando vnas vacaciones en San Fins, que es vna granja del Colegio de Coimbra en los confines de Portugal, y Galicia, donde algunas vezes ſe retirava para lograr la ſeguridad, y ſilencio, entregandoſe con mas anſia à la contemplacion, y al eſtudio; le inſtaron los Padres de nueſtro Colegio de Santiago, que ſe valieſſe de la vezindad de aquel Pais, para viſitar al Santo Apoſtol. Añadian à eſſe motivo de piedad, otro de atencion al ſeñor Arçobiſpo D. Maximiliano de Auſtria, que avia ſolicitado mucho ſu venida, para cõſultarle algunas dudas acerca de graviſsimas materias. Rindiòſe el venerable Padre à la razon de los inſtantes ruegos, y arrivò à Santiago, à tiempo que el Arçobiſpo eſtava ya de camino para la eternidad, con que ſolo pudo aſsiſtirle en los

pot-

postreros terminos de la vida. Mas con todo esso, à la fama de aver llegado el Padre Suarez, se comovio aquella Ciudad, deseosa de verle, y reverenciarle. Visitaronle todas las personas de suposicion, dãdose à si mismas los parabienes de tener en su Ciudad vn varon, de cuya fama estava lleno el mundo. Mas reparò el Padre Pedro Maldonado, Retor de aquel Colegio, la rara modestia, y humildad del Venerable Padre, que al oyr sus alabanças, se ponia colorado, y encendido como si fuera vna doncella vergonçosa, quexandose del Padre Retor, porque le avia ocasionado tanta honra.

Hizo con èl la Apostolica, y muy ilustre Iglesia de Santiago, vna demonstracion no acostúbrada, ni aun con los Generales de las Religiones, y fue embiarle dos Prebendados, que en nombre del Ilustrissimo Cabildo, le diessen la bien venida, passando despues à otras atenciones, y cortejos. Pero diziendole al Venerable Padre, como la Iglesia entrava en Cabildo para determinar, segun es costumbre, si se le avia de visitar; èl admirado, y confuso exclamò con grandissimo sentimiento: O plegue à Dios resuelvan que no; y luego bolviendose al Padre Retor, le dixo: V. Reverencia darà cuenta à Dios de estas honras, y alabanças tan escusadas, pues me ha puesto en necessidad de recibirlas; lo qual dezia de modo, que mostrava bien el dolor, y los afectos de su humildissimo corazon: y el Padre Retor, no menos edificado de su virtud, observò este, y otros exemplos aquellos pocos dias para que despues se escribiessen en su vida, y los admirasse la posteridad.

Desde que entrò en la Compañia, no parece diò passo, sino para buscar sus desprecios, y huir de su estimacion. Sufriò en los vmbrales de la Religion las repetidas repulsas; intentò determinar la indiferencia, con que le recibieron, àzia el humilde estado de Hermano Coadjutor; tolerò la opiniõ de incapaz para los estudios: y despues que despertò el Cielo la luz de su discurso, siendo como vn Fenix de los ingenios, se quedò su corazon entre las antiguas cenizas de su humildad.

Avia determinado el Padre Provincial Gil Gonçalez, que no se detuviesse en leer Filosofia, sino que acabados sus estudios, enseñasse desde luego Theologia à los nuestros.

Pero

Pero èl propuſo tales razones para evitar la ſingularidad de eſta honra, que al cabo prevalecieron ſus humildes inſtancias. Aun contra el curſo de Artes ſe huviera armado ſu humildad, como contra ocupaciõ de algun luſtre; pero èl miſmo confeſſava averlo admitido ſin proponer, ſolo porque le dieron por diſcipulo al Hermano Alvaro Pizarro de Aragon, natural de Truxillo, à quien èl venerava por Santo; eſperando aprenderia de ſus virtudes mucho mas de lo que podia aprovecharle en las letras. Pero Dios le privò preſto de eſte conſuelo, llevandoſe al Cielo à eſte ſu amado diſcipulo, con grande ſentimiento del Padre, que en ſu enfermedad, con ſer contagioſa, y aver mandado los Medicos, que nadie ſe le acercaſſe, ſino à lo muy preciſo; ſin embargo ſe encargò de ſu aſsiſtencia, ſirviendole à todas horas, y en los oficios mas humildes. Y aunque la caridad, que tambien es contagioſa, hizo que enfermaſſe con ſu Hermano en el eſpiritu, ella miſma conſervò mas vigoroſa la ſalud, y fuerças de el cuerpo.

Deſpues que el Venerable Padre empezò à ſer mas conocido en el mundo; quan diligente fue en hurtar el cuerpo à todas ſus honras, y aplauſos? Teſtigos ſon las diligencias repetidas, que hizo para no aſcender à la Cathedra de Prima de Coimbra, negandoſe à los favores de vn Rey, y à los ruegos de tan florida Vniverſidad. Dixole en eſta ocaſion D. Iorge de Atayde, del Conſejo de Portugal, que debia advertir, que la merced con que ſu Mageſtad le honrava, no era ſolamente honor privado de ſu perſona, ſino de toda ſu Religion, à la qual defraudava mucho, reſiſtiendole con tan grande eſtuerço. A eſto reſpondiò prudentiſsimamente el humilde Padre, que no avia porque admirarſe, que vn hijo de vna Religion, que por voto profeſſa huir de todas las dignidades, y honras de eſte ſiglo, hizieſſe diligencias para no admitir la que ſu Mageſtad le hazia, por el miſmo caſo que la tuvieſſe por grande honra. Que en aquello no penſava prejudicar à la Compañia, cuyo mayor credito conſiſtia, no en que èl aceptaſſe aquella Cathedra, que era ſobre ſus meritos; ſino en tener otros muchos hijos, que por ſus letras la mereciеſſen, y por ſu humildad la reuſaſſen. Reſpueſta digna, ſin duda, de aquel animo deſpreciador de todas las coſas humanas,

nas, y que nos pone delante de los ojos el mayor blaſon de nueſtro inſtituto, que aviendo producido tantos, y tan iluſtres hijos, beneméritos de las mas altas dignidades; ſolo quiere, que aſpiren en eſta vida à merecer mucho, reſervando para la otra el gozarlo todo.

Eſte dictamen, que es como la diviſa de la Compañia, le tenia el Padre Suarez muy gravado en lo intimo de ſu corazon. Por eſſo, quando el Pontifice Paulo V. le dixo con grande expreſsion: *Mucho nos alegrariamos, de que os quedaſſedes en Roma para ſervicio de eſta ſanta Silla, y ornamento de nueſtra Corte*; ſe aſuſtò tanto ſu humildad, que al punto tratò de alegar razones, formar memoriales, y poner interceſſores, para que ſu Santidad le permitieſſe bolver à ſu retiro de Coimbra. Y es que en eſtas palabras, y en la benignidad, y amor, que le moſtrava antes, y deſpues de ſu aſſumpcion al Pontificado, reconocio ſe le diſponia de preſente la honra de algunos oficios publicos, y para deſpues el peligro de alguna dignidad mas eminente. Y aſsi aunque el Cardenal Belarmino, y el Padre Claudio procurarõ perſuadirle à que ſe acomodaſſe al guſto del Pontifice, nada baſtò para detenerle: y ſiendo en otras materias de muy ſuave, y docil condicion; en lo que pertenecia à ſu humildad, parecia del todo inexorable. Algunas perſonas de la primera autoridad, acaſo por orden del Pontifice, le propuſieron en eſta miſma ocaſion el honor grande, que le reſultaria de la gracia, y benevolencia de ſu Santidad tan declarada para con ſu perſona, y las eſperanças de ſubir, que en ello podia juſtamente fundar. Mas aqui no pudo dexar ſu humildad de prorũpir, y manifeſtarſe, diziẽdo: q̃ eſſas eſperanças, ò eſſos temores eran los q̃ mas le eſpoleavan para ſalir de Roma; q̃ èl avia de vivir, y morir en ſu pobre retiro, trabajãdo deſde allí cõ todas ſus fuerças en ſervicio dela Igleſia, y que el proponerle grãdezas humanas, para q̃ ſe quedaſſe, era lo miſmo, que darle plumas, para que mas velozmente ſe partieſſe. En fin, vencidos los eſtorbos de ſu partida, del modo que en otra parte ſe dixo, lleno de vn celeſtial alborozo, ſe bolvio à Dios, al ſalir de Roma, y exclamo con el Profeta: *Diripuiſti, Domine, vincula mea, tibi ſacrificabo hoſtiam laudis.* Vos, Señor, quebrantaſteis eſtas priſiones, con que el mũdo pretendia enlazarme; y por eſſo os ofrecerà mi gra-

gratitud continuo ſacrificio de alabanças. Aſsi ſaliò el Eximio Doctor de la Corte Romana, y no sè que otra pudieſſe ſer la ſalida de los Varones Santos mas enemigos de la ambicion, y mas amantes de la Humildad. Y ſi Pedro juzgo ſe le debia el blaſon de aver dexado todas las coſas, porque abandono en ſu nave, y en ſus redes, vnas eſperanças mal ſeguras; què dirèmos de Franciſco, à quien no pudo detener la Nave de Pedro, aun quando ſoplava mas proſpera el Aura de ſus favores, y quando combidavan mas alagueñas las eſperanças de ſus redes? La miſma Roma, que le viò ſalir en eſta ocaſion de ſus murallas, no dudo que huìa del honor ſubſime de ſu Purpura: y por eſſo ſe deve contar èſta, por deſpojo ſagrado de ſu humildad, colocandola en ſus imagenes, como luzida ſombra, que ſolo pudo ſeguirle; pero no alcançarle.

A que debemos añadir otra razon fundada en el teſtimonio del nobiliſsimo ſeñor Vizconde de Rias, que hablándo de ſu ſanto Tio, eſcriviò aſsi: * *Entre los muchos* papeles, „ que ha querido la deſgracia ſe ayan perdido en mi caſa, „ han ſido otras muchas cartas de los Señores Reyes, y del „ Papa Paulo V. ofreciendo ſu Santidad por tres vezes, dar „ el Capelo à mi Tio, y ſu Mageſtad perſuadiendole à ello; „ aunque ſiempre mi Tio hizo toda oposicion por ſu grande *humildad*. * Noticia es eſta, cuya verdad, ademàs de tener por ſi la perſuaſion comũ de la Ciudad de Granada, la acreditan mucho los repetidos favores de Paulo V. al Venerable Padre, y las cartas ſecretas, que recibiò del Rey Catholico, Felipe Tercero, cuyo contenido haſta aora ſe nos oculta; y el aver venido deſde Portugal à tratar con ſu Mageſtad, y con ſu primer Miniſtro, vnos negocios graves, que en la opinion del vulgo, paſſaron por dependencias de aquel Reyno, y el ſilencio con que ſe trataron, hizo ſoſpechar otros muy diferentes motivos. Y en fin perſuade eſto miſmo, la profundiſsima humildad de nueſtro Eximio Padre; el qual como fue conſtantiſsimo en reuſar ſus mayores honras, aſsi fue igualmẽte cuidadoſo de encubrir ſus mas admirables exemplos; y ſin duda ocultaria el de ſu reſiſtencia à la ſacra Purpura, como quien ſabìa bien, que le haria mas glorioſo ſu deſprecio, que ſu poſſeſsion.

CAPITVLO TERCERO.

Del aprecio, que hizo de esta virtud de la humildad, y de otros heroycos exemplos, con que la exercitò.

AL passo que la sabiduria, y la humildad tienen mas dificultoso el engaste, parece se esmerò el Doctor Eximio en reducirlas à vna perfectissima concordia: dandonos tan repetidos exemplos de esta virtud, que nos obligan à concederles mas dilatada narracion. Y si, como dixo San Ambrosio: *Nunquam superflua fundamenta virtutis*; que en el fundamento de la Santidad, nada puede juzgarse superfluo; qual serà el edificio hermoso de la santidad de Francisco, para quien fue preciso vn tan profundo fundamento! Ademas, que apenas se hallarà accion alguna en su admirable vida, en que no resplandezca su humildad; y assi para reconocer su perfeccion, seria necessario imitar à aquel Angel del Apocalipsi, que teniendo en su mano vna vara de oro para medir la celestial Ierusalem, se contentò con averiguar la profundidad, y latitud de sus fundamentos, porque en ellos consistia toda la hermosura de aquella felicissima Ciudad.

El doctissimo, y espiritualissimo Padre Sebastian de Barradas, que tratò muy de cerca al Padre Francisco en el Colegio de Coimbra; comparando su sabiduria con su humildad, solia dezir, que su humildad aun era mayor, y mas profunda, que su sabiduria. Y este testimonio, que en la lengua de tal Varon tiene suma autoridad, le acreditò maravillosamente el Eximio Doctor con sus palabras, y con sus obras. Vn Maestro, y Cathedratico de la primera suposicion de Coimbra, admirado de su consumadissima sabiduria, le preguntò en cierta ocasion, que quien debia, y estava mas obligado à Dios; vn Rey, à quien su Magestad avia dado sumo imperio en el mundo, y puesto el cetro en la mano; ò el mismo Padre, à quien Dios avia entregado las llaves de la sabiduria, y franqueadole todos sus tesoros? Cubriòse el V.

Padre de pudor, y empacho al oyr esta pregunta, como si en el color de su semblante quisiera anticiparle, ò su sentimiento, ò su respuesta. Y aunque pudiera satisfacer à esta duda, diziendo con Salomon: *Præposui illam sedibus, & regnis*: que estimava mas su sabiduria, que la corona, y el dosel; con todo esso, clavando los ojos en tierra, respondiò como nuevo Salomon de la ley Evangelica: * *Señor*, aquel, sin duda, debe mas à Dios, à quien su Magestad diò verdadera humildad, y profundo conocimiẽto de si *mismo*. * Respuesta verdaderamente oportuna por su misma importunidad; pues sin resolver la competencia entre la magestad, y la sabiduria, solo decidio, que estimava mas vn grado de humildad, que toda la ciencia de los Sabios, y toda la magestad de los Reyes.

Esta humildad fue, sin duda, mas admirable en el Padre Suarez, porque la conservò entre sus mayores enemigos, que son las grandes honras, y las muchas letras. S. Bernardo llamò à la humildad honrada; grande, y rara virtud! Pero què dirèmos de vna humildad, no solo muy honrada, y venerada, sino tambien sapientissima, y doctissima? Tal fue la del Eximio Doctor, pues la sabiduria, que como dize el Apostol; suele causar inchazon, y sobervia, produxo en su pecho mayor humillacion, y desprecio de si mismo. Muchas vezes hablando del Padre Gabriel Vazquez, y de otros Maestros de la Compañia, afirmava con grande ingenuidad, que le hazian muchas ventajas en el ingenio, y erudicion. De otros confessava tambien, que le serìan incomparablemente superiores, si se huvieran dedicado al estudio de la sagrada Theologia, sin divertirse à otros diferentes empleos. Y es assi, que como solìa dezir el Venerable Padre, muchos dexan de ser Varones consumados, por la inconstancia con que se aplican, ya à vna facultad, ya à otra, llevados à vezes mas de la curiosidad, que del provecho, por lo qual vienen à ser, como aquel rio de Xerges, que dividido en varios, y pequeños aqueductos, perdiò el caudal, y aun el nombre de rio, transformado en muchos, pero vulgares, arroyuelos.

Mas no solo à los Varones señalados cedia Francisco en el ingenio: siendo esta aquella prenda, en que es muy raro, quien se confiessa inferior: comparavase tambien con los ignorantes, y rusticos: y aun delante de estos se confundia con

aquel

aquel linage de humildad, con que S. Francisco de Asis se confessava peor que los hombres mas facinorosos. Porque, como dezia el Seraico Padre, que muchos salteadores, y homicidas serian mejores que no el, si huvieran logrado sus abundantissimos auxilios; assi nuestro humilde Padre exclamava muchas vezes: O quantos hombres estan manejando la hazada, y el arado, que si Dios les huviera dado la suerte, y comodidad, que à mi para el estudio, me harian, sin duda, muy grandes excessos: segun esto muy interior soy, aun à los idiotas, y rusticos. Lo qual era tanto como embilecerse el diamante que resplandece en la joya, à vista de los que permanecen brutos en la obscuridad de su fortuna. Mas por esso fue tan illustre esta humildad, porque en medio de las mayores luzes de su ingenio, tuvo como el diamante aquellos fondos, en que se sumia con el desprecio de si mismo.

Estas consideraciones, y otras semejantes tenian tan convencido el entendimiento del Padre Suarez, que no davan lugar al menor afecto de elacion: y assi, aunque fue recatadissimo en hablar de si mismo, y en dezir cosa alguna de propia estimacion; con todo esso, hablando en esta materia puso Dios en su boca vna de sus mayores alabanças. Porque ponderando quan sin razon se introduce la vanidad, por medio de la ciencia; afirmò algunas vezes, que jamàs por lo que avia procurado estudiar, y saber avia tenido, ni pensamiento de vanidad; y que aunque era tan imperfecto, con todo esso, este vicio de la vanagloria era el que le dava menos cuidado. Esto mismo afirmò de si nuestro Padre S. Ignacio, y no sè si la humildad del Padre fue mas prodigiosa en este su humildissimo hijo, por aver empleado casi toda su vida en la publicidad de los teatros, y disputado ya con la voz, ya con la pluma: buelos todos del discurso, que parece tienen el ayre de la vanidad por su mas conatural elemento. Pero Francisco entrava en estos exercicios tan desconfiado de si mismo, que casi podia temer à su humildad, mas que à la vanagloria. Afirma el Padre Ocampo, y otros, que fueron sus discipulos, que con ser vn abismo de sabiduria, le costava muchos sustos, y temores el subir à la Cathedra, ò hazer otra publica funcion. Y que solìa dezir, que temblava assi, porque si Dios no le socorria entonces con especialissimos favores,

sin

ſin atender à lo que merecian ſus culpas, avia de ſer afrenta de ſus Hermanos, y de toda la Compañia. Pero preſto ſe echava de ver, que eſtos temores de Franciſco eran como los de Alexandro, de quien ſe dixo, que al tiempo de veſtirſe las armas, temblava, y ſe eſtremecia; pero deſpues hazia que le temblaſſen, y ſe eſtremecieſſen todos.

Con todo eſſo ſiendo Maeſtro igualmente Eximio, en la energia para replicar, y en la comprehenſion para reſponder; nunca ſe le oyo hazer vana oſtentacion de ſu ſabiduria, y mucho menos ſolicitar ſu aplauſo en la confuſion, y en el deſcredito ageno. Quantas vezes con la viveza de ſu ingenio llevò la diſputa hatta los vltimos lanças, en que apurada la verdad, faltava ſolo celebrarla con el triunfo; pero el humilde Padre cortava entonces el hilo, y el fervor de ſu argumento, y aviendo dado lo que baſtava à la razon, concedia lo demàs à ſu modeſtia. Aunque el ſuſtentante, ò Preſidente ſe hallaſſen atajados, eſtava tan lexos de inſiſtir, y aumentar ſu turbacion; que èl mitmo les ſolia ſocorrer, dexandoſe caer alguna palabra que pudieſſe abrir camino à la reſpueſta. Otras vezes, viendo que convencidos de la fuerça del argumento concedian algunas conſequencias abſurdas, no por eſſo ſe alterava, ni ponderava la falſedad de la doctrina; antes culpandò ſu cortedad, ſe contentava ſolamente con dezir: eſto ſe me haze dificultoſo de entender; eſto tiene alguna dificultad; y diziendole algunos què importava hazer patente la verdad, y no dexarla al arbitrio de los oyentes; reſpondia, que los doctos podian entender lo que era neceſſario, y para los demàs era ſuperfluo, y vano el hazer oſtentacion del vencimiento. Guardò ſiempre eſta modeſtia, y humildad, deſde que empezò la carrera de ſu Magiſterio haſta que la acabò, contentandoſe en las lides literarias ſolamente con pelear, ſin hazer caſo de la gloria del vencer.

Quando tomò poſſeſsion de la Cathedra de Coimbra, cierto Maeſtro, que llevò mal huvieſſen traido al Padre Suarez, hallandoſe èl en aquella Vniverſidad, quiſo manifeſtar la juſticia de eſte ſu ſentimiento, defendiendo luego vnas concluſiones publicas, y combidandole, ò provocandole para ellas. No pudo faltar el Padre Suarez à eſta primera funcion, ni tampoco eſcuſarſe de proponer ſu argumento; el qual fue

tan

tan eficaz, que à pocas conſequencias empezò à flaquear el contrario, convirtiendoſe, como ſuele acontecer, ſu altivèz en confuſion. No faltava ya, ſino que Franciſco inſiſtieſſe en la conſequencia para coronar la primera lid, con el mayor aplauſo; pero ſu humildad reprimiò al punto el fervor de la diſputa, y como el paxaro, que obediente al ſilvo del cazador, ſuelta la preſa, y ſe retira; aſsi Franciſco encogiò las alas del diſcurſo, corto el argumento, y como ſi ya no tuviera mas que añadir, hizo lugar à la ſolucion. La qual el preſumido competidor, procurò esforçar de tal ſuerte con la pompa de ademanes, y de palabras, que favorecido del ſilencio del Venerable Padre, pareciò aver ſatisfecho, ſino à la dificultad, à lo menos al vulgo menos entendido. Y preguntado deſpues Franciſco del Padre Retor, porquè cauſa avia interrumpido ſu replica, y malogrado aquella ocaſion de abatir el deſvanecimiento de aquel Maeſtro; reſpondiò vnas palabras muy dignas de ſu eximia humildad: *Malo confundi*, (dixo) *quàm confundere*: mas quiero quedar yo confuſo, que dexar à otro avergonçado. En que tambien deſcubriò los quilates de ſu caridad ardiente; pues aun à coſta de ſu deſcredito, y confuſion, deſeava el honor de ſus proximos, aunque fueſſen ſus emulos, y enemigos.

Mas para que ſe vea quan ageno eſtuvo ſiempre el Venerable Padre de toda oſtentacion de ingenio, y ſabiduria; añadirè aqui el mayor eſcrupulo que le afligiò en eſta materia. Preſidia vna vez en la Vniverſidad la doctrina ſuya, y de toda la Compañia, acerca de los auxilios divinos: quando vno de los Maeſtros que replicavan, alegò vnas palabras, fabricadas à ſu guſto, clamando eran teſtimonio expreſſo de S. Aguſtin, cuya autoridad en puntos tan graves es de ſumo momento. Eſte engaño verdaderamente ignominioſo para ſu miſmo Autor (pues mueſtra deſconfiar de ſu razon, quien pide favor à la falſedad) pudiera, ſin duda, dexar embarazado à otro Theologo menos perito. Pero el Eximio Maeſtro que eſtava verſadiſsimo en los eſcritos de los Santos Padres, y ſingularmente en los de eſte Fenix de los Sabios, reſpondiò promptamente, que aquellas palabras no eran de San Aguſtin, ni ſe hallarìan en ſus obras. Aqui con mas ardor empezò el Arguyente à levantar la voz, afirmando era teſtimonio

monio fielmente trasladado del Santo Doctor, y que negar la autoridad era lo mismo, que desesperar de la solucion. Entonces el Doctissimo Padre Suarez, nada alterado con la osadia, y fingimiento de su adversario; le pidio tuviesse por bien el sollegarle: * *Porque* yo (dize) he leido todas las „ obras de S. Agustin, y las tengo presentes en la memoria; y „ estoy cierto, que en ninguna de ellas tiene el Santo tales *palabras*. * Esta asseveracion, cuya verdad se hizo despues notoria, la juzgaron entonces todos por precisa, para bolver por la razon en aquella gravissima contienda, y tambien para desagraviar à S. Agustin, à quien es tan injurioso el que le atribuye textos agenos, y viciados, como quien al Aguila le apropiasse partos aduiterinos.

Con todo esso, como los hombres santos descubren à la luz del Cielo los atomos, que no percibe la debilidad, y flaqueza de nuestros ojos, el V. Padre hallò mucho que sentir, y condenar en esta respuesta, que à juizio de los demàs era tan ajustada à todas las leyes de la razon. Porque considerando lo que avia dicho, empezò à entristecerse, y afligirse, pareciendole avian sido sus palabras jactanciosas, y presumidas. Bolvio al Colegio, llevando en el semblante toda la tristeza de su animo: y como todos lo notassen, se llegò à èl vno de los Padres, y le rogò le dixesse la causa de su dolor. Al qual con vn intimo suspiro respondio: Como quiere V. Reverencia, que no estè triste, y dolorido, aviendo salido de mi boca las palabras que oyò esta mañana, las quales son las màs inconsideradas, y arrogantes, que me acuerdo aver pronunciado en mi vida. Yo bien sè tengo muy estudiada, y presente la doctrina de San Agustin; pero afirmar esto en aquel teatro; ò, quanto desdize de la verdadera modestia, y humildad! Admirose el Padre, viendo à la letra lo que dixo S. Gregorio: *Bonarum mentium est, ibi culpam agnoscere, vbi culpa non est*. Procurò consolarle, defendiendo sus palabras de la censura rigurosa de su humildad: y afirmando, que aunque redundassen en su alabança las avia dicho tan forçado de la obligacion precisa de responder à su adversario, que podia dezir lo que S. Pablo despues de aver publicado sus elogios: *Factus sum insipiens; vos me coegistis*. Pero nada bastò para dar algun alivio à su profundo desconsuelo; antes no pudiendo sosse-

2. Corinth. 12.

gar, se fue à buscar al Padre Retor, y arrojandose à sus pies; le suplicò castigasse aquella su jactancia, con vna publica penitencia, para que los que avian sido testigos del escandalo, lo fuessen tambien de la pena, y de la satisfacion: exemplo verdaderamente insignissimo, y mas en vn Varon tan sabio, que parece podia interpretar todas las circunstancias del sucesso, no à culpa de vanagloria, sino à defensa de la verdad, y de la razon. Pero siendo, en la realidad, tan acertadas sus palabras, parecieron muy culpables en el juizio de su humildad; para que entendamos, por la calidad de estos vicios, la grandeza de sus virtudes, à la manera que las mayores luzes se suelen dar à conocer por las sombras.

CAPITVLO QVARTO.

De su perfectissima obediencia.

COmo el que navega en vna grande nave no se mueve con su propio impulso, porque se encomendò al arbitrio de los vientos; assi el perfecto Religioso, assi el Venerable Padre Francisco Suarez, desde que entregò su voluntad à la obediencia, no diò passo que no fuesse por su direccion, porque con el corazon puso tambien en manos de los Superiores todas sus inclinaciones, y afectos. En cuya prueva bastava, sin duda, el testimonio de su conciencia propia, que en la hora de la muerte, quando à la funesta luz de la candela se miran las cosas como son, afirmò tenia librado su consuelo, en no aver hecho cosa alguna, que no fuesse por obediencia. Y aviendo empleado los cincuenta y tres años que viviò en la Compañia en tantas tareas, en tantos caminos, y mudanças de Colegios, y aun de Provincias; quien duda serian todos sus passos como los del alma santa; hermosos, no solo por la belleza de sus pies, sino mucho mas por el calçado que los aprisionava.

Pero singularizando mas la perfeccion, con que resplandeciò en esta virtud, afirman los que le conocieron, que siendo vn Varon tan eminente, con todo esso, delante de los Superiores estava siempre como vn niño, acudiendo à consultar

faltar su voluntad, aun en las cosas mas menudas, sin mostrar jamàs el menor sentimiento, o repugnancia en quanto disponia la obediencia. Nunca se oyo, que propusiesse à lo que le ordenaron, sino es que fuesse algun empleo de estimacion, y lustre; porque entonces se entendia su humildad con su obediencia, y con lo que resolvia el Superior, quedavan satisfechas entrambas. Era tan baxo el concepto que tenia de si, y de todas sus cosas, que alabando todos sus escritos, y solicitandolos con ansia de muchas partes; èl solo era quien los mirava como inutiles, y lo mas que llegò à dezir de alguna obra suya, despues de muy trabajada fue, que podia passar, y parecia tolerable. Por esto reuso muchos años el publicar sus trabajos, hasta que la obediencia le obligò con repetidos ordenes à imprimirlos: y su humildad invencible, hasta entonces, à las instancias de muchos, y à los deseos de todos; se rindiò à sola la voluntad del Superior. Por lo qual, quien considerare lo que Francisco llegò à escrivir, esse entenderà quanto se exercitò en obedecer; pues no formò linea alguna su pluma, sino sobre la pauta de la obediencia.

Ni fue este su rendimiento solamente como el de vn niño en los brazos de su Madre, que es la semejança, con que le explican los Historiadores de su vida; sino como el de vn hombre ya muerto: simbolo propio de esta virtud, en sentir de nuestro Padre S. Ignacio. Porque Francisco estava en manos del Superior, como vn cuerpo sin alma, sin entendimiento, sin voluntad, y sin apetito, y en fin, sin otro movimiento, que el que le dava la voz de su Prelado, ni otra vida, que la respiracion de la obediencia. Tiene la Compañia diferentes grados, en que coloca, y distribuye sus hijos, y Francisco como si fuera vn cuerpo ya difunto, assi se mostrò indiferente para todos. No hablarè ya de aquella preparacion de animo, con q̃ se ofreciò al estado humilde de Coadjutor, sino de la resignacion con que llevò el no ascender, hasta el supremo de Professo. Eralo el Padre Suarez, solamente de tres votos, conforme al estilo, que se observò en el Pontificado de Pio V. y estando leyendo Theologia en Valladolid, le despachò el Padre General la profession de quatro votos, que es la que supone mas prendas, y talentos. Mas como en este tiempo le ordenassen partir à Roma à regentar

la Cathedra de Theologia ; se puso luego en camino , sin tener otro cuidado que la execuciõ de su precepto. De lo qual resultò vn yerro muy extraordinario en el perspicaz govierno de nuestros Superiores, y fue juzgar los de Roma , que el Padre Suarez avia hecho su profesion solemne en España, y los de España , que la avia hecho despues de llegar à Roma, descuidando los vnos en la vigilancia, que suponian en los otros. En este error, de que solò el que le padecia, estava noticioso, se hallò el Venerable Padre muy embarazado, y perplexo sobre si devia avisarlo , y advertirlo : à esto le inclinava el deseo de estrecharse con vnion mas indisoluble, y apretada à Dios, y à la Compañia ; pero al reparar en el honor de este grado le detenia su humildad , dudando, si la detencion consistia en la cortedad de sus prendas , y poco aprovechamiento de sus virtudes: calidades, que componen la dignidad de vn professo de la Compañia , y de las quales se juzgava muy destituido el Padre Suarez , porque aunque estava tan adornado de ellas , no las conocia su humildad: à la manera que quien trae consigo los aromas, suele no percebir sus fragrancias.

Por esso, no atreviendose à desatar este nudo por su arbitrio , se resolviò à entregarse en los brazos de la resignaciõ, y conformidad, sin reparar en que otros con menos años, y no tan lustrosos exercicios , avian ya ascendido à este grado ; y que en suspendersele mas tiempo, peligrava su estimacion , y su decoro. Todo esto pudiera evitar solo con hazer à los Superiores vna leve representacion ; mas fiado enteramente en su Providencia , callò por espacio de dos años , y huviera continuado toda la vida en su silencio , si Dios, que solo era testigo de su humildissima obediencia , no dispusiera en vna casualidad la ocasion de coronarla. Ofrecióse en la conversacion , à ciertos Padres del Colegio , tratar de la antiguedad del Padre Suarez , y del tiempo de su profession ; y como carecian de otro instrumento , les pareciò informarse à boca dèl mismo. Mas oyendo, que aun no avia hecho la profession de quatro votos, admirados sobre manera, dieron aviso à los Superiores, los quales conociendo en tan dilatado silencio la heroyca resignacion de su humildad, trataron, luego al punto, de que ascendiesse à este honor tan debido à sus mere-

merecimientos. Y Francisco se vniò à su Dios cõ estos nuevos lazos con indecible consuelo de su espiritu, aviẽdo mostrado, que aun de los descuidos, de quien manda, sabe fabricarse la obediencia sus mayores aciertos.

Los quilates de este su humildisimo rendimiento los manifestò no solo en su persona, sino tãbien en el examen de sus libros; que suele ser vn linage de sugecion el mas dificultoso, y el mas sensible para los Sabios. Diò orden el Padre Claudio, que todos los libros, que saliessen à luz, passassen primero por la censura de los Revisores, que tenia en Roma señalados; los quales, tal vez, fueron los mismos que avian cursado en la Escuela del Doctor Eximio. Y aunque hizieron otros este reparo; con todo esso, el obediẽte Padre obedeciò sin la menor repugnancia, remitiendo sus escritos à Roma, y esperando el parecer de sus discipulos, ò para divulgarlos, ò para suprimirlos. Y si tal vez se reparava en ellos algo, lo corregia con la misma facilidad, que si los Censores fueran sus Maestros, y èl su discipulo: porque considerandolos como superiores en aquel oficio, les rendia su propio dictamen, desconfiando de su ingenio, y perspicacia, y asseguradose en la ceguedad de su obediencia.

El afecto con que mirava los empleos de esta virtud, era tan grãde, que no dava lugar, ni aun à las dudas del entendimiento, cautivãdole juntamente con la voluntad à la menor insinuacion del Superior. En vna de las jornadas, que hizo à Italia, llegò à vn Colegio, dõde pagò bien el hospedage de la religiosa caridad con vn exẽplo nobilissimo de obediencia. Aviase olvidado de señalar, quien fregasse en la cocina, vn Hermano Novicio, à quien tocava dar este aviso à los de casa, y acordandose quando ya era tarde, acudiò al Padre Ministro, y le manifestò su descuido, para que proveyesse el remedio. Respondiòle, que pues no avia prevenido al que le tocava, segun el orden, fuesse luego, y señalasse al primero que le ocurriesse. El primero con quien encontrò el Novicio, fue el Padre Francisco Suarez, y executando el orden, con sencilla puntualidad, se acercò à èl, y le dixo, que mandava el Padre Ministro fuesse à servir en la cocina en la humildad de aquel ministerio. El Venerable Padre con no menor promptitud, y sinceridad que el Novicio, le obedeciò, di-

diziendo: Yo voy de muy buena gana, mi Hermano cariſsimo. Y luego ſin mas averiguaciò, llevado del deſeo de obedecer, dexo el negocio, que traìa entre manos, ſe fue à la cocina, y empezò aquel humilde exercicio con ſingulariſsimo conſuelo. Haſta que ſabiẽdo el Miniſtro lo que paſſava bolò allà preſuroſo, y admirado de tal obediencia, y rendimiento en vn Varon tan eminente, le pidiò perdon de la inadvertencia, y le apartò no ſin dificultad de aquel ſitio, en que deſcanſava como en ſu centro ſu humildad; ſiendo neceſſario nuevo mandato del Superior, para que ceſaſſe del primero, tan mal entendido del Hermano, como gloriolamente practicado por Franciſco: cuya obediencia debiò mucho à la ſimplicidad del Novicio; pues ſi huviera errado menos, careceria de tanto exemplo nueſtra imitacion.

Semejante rendimiento de obediencia moſtrò el Angelico Doctor Santo Thomàs, quando vn Religioſo foraſtero, obtenida licencia para ſalir con el primero, que encontraſſe, ſe llevò al Santo, ſin conocer quien era, porque tenia menos noticia de ſu perſona, que de ſu fama. Fue, ſin duda, heroyca eſta obediencia del Doctor Angelico, porque moſtrò podia hermanarſe vna ſublime ſabiduria con el candor, y ſinceridad de Paloma. Y ſi ſe compara con la de nueſtro Doctor Eximio, mas ſe hallarà en ellas de identidad, que de imitacion; porque aunque ſe variaron los empleos, fue vno el eſpiritu de que ſe informaron entrambos; pudiẽdo la obediencia de Franciſco admirarſe por vnica, ſi la de Thomàs no le quitàra la gloria de ſer primera. Yo, à la verdad, no me admiro menos, quando conſidero à eſte Varon incomparable, ſirviendo con alegre roſtro en la cocina, que quando le mirò ſacrificar todos los alientos de ſu vida à la enſeñança del mundo, y à la defenſa de la Igleſia: porque aunque fue muy agradable à Dios eſte ſacrificio, el miſmo Dios prefiere ſobre toda victima, la que le ofrece en ſus aras la obediencia. Ademàs que ſe eleva mucho eſta virtud, quando ſe arrebata tras ſi vn grande entendimiento, reduciendole à aquella voluntaria ceguedad, en que dexa de diſcurrir, para mejor obedecer.

CA-

CAPITVLO QVINTO.

De ſu docilidad, manſedumbre, y agrado.

LA obediencia es vna noble ſugecion del alvedrio à los que reſpeta Superiores. La docilidad ſe eſtiende tambien à la condeſcendencia con los inferiores, y deſiguales: y de eſta docilidad, en que ſe eſmerò Franciſco, aun con los mas deſiguales, pretendo ſe infiera, quanto fue ſu rendimiento, y ſugecion, para con los Superiores. Era ſu condicion ſuave, y apacible para con todos; y con aquella diſcrecion de que ſe acompaña ſiempre la virtud, ſe hazia lugar en el cariño, y en la veneracion de quantos le tratavan. El Hermano Pedro de Aguilar, que fue muchos años ſu compañero, fue tambien en muchas coſas ſu Superior, porque en la diſpoſicion de las impreſsiones, en los intereſes de ſus libros, y en las limoſnas que repartia de ellos, era el Hermano Aguilar, quien mandava, y el Venerable Padre quien obedecia. Y para manifeſtar eſta ſugecion, no ſe contentava con eſtimar, y agradecer encarecidamẽte la caridad obſequioſa de eſte Hermano, ſino que le correſpondia con admirable rendimiento.

Quando alguna vez ſe permitia al obſequio, que introduxo la caridad, de labar los pies à los peregrinos, era precediendo el convenio, de que avia de retornar deſpues eſte miſmo oficio, para ſeguir à la letra el exemplo del divino Maeſtro, que ſe abatiò haſta las humildades de eſte empleo, dexandole conſagrado con ſus manos, y encomendado à la imitacion. Tal vez, aviendo empezado el Hermano Aguilar, deſpues de cumplida la primera parte del contrato, ſe negava, y reſiſtia à la ſegunda, alegando que no podia dexarſe ſervir de vn Sacerdote, à quien venerava como à Señor, y como à Padre. Pero eran tantas las veras con que inſiſtia Franciſco, que al cabo, por no deſconſolarle, le ofrecia ſus pies, cediendo à ſu piadoſa importunidad. Con todo eſſo, al ver poſtrado delante de ſi à vn Anciano tan reſpetable, confuſo, y lleno de admiracion, ſolia dezir el Hermano Pedro;

lo que en ſemejante ocaſion le dezia à Chriſto ſu Apoſtol: *Tu mihi lavas pedes?* Es poſsible, que V. Reverencia me ha de lavar à mi los pies? Pero el Venerable Padre no ſolo proſeguia con grande alegria, y devocion, ſino que deſpues de averſelos lavado, ſe los beſava cõ igual ternura, y humildad: anelando por parecerſe à aquel Dios, que tomo el trage, y tambien el oficio de eſclavo; y ſiendo Señor, quiſo exercitarle con ſus ſiervos. Con eſtos exemplos de tanta ſumiſion, y mãſedumbre, y con la ſuaviſsima familiaridad de muchos años, creciò tanto en eſte Hermano el amor, y reſpeto al Venerable Padre, que deſpues de averle aſsiſtido en ſu ſanta muerte, conſideraudo algunos ſu ſentimiento, y ſoledad, le eſcrivieron cartas conſolatorias, como ſi le miraran en la mayor afliccion. Tuvola muy grande el Hermano, y muy correſpondiente al afecto, con que venerava à tan ſanto, y amoroſo Padre, buſcando en la certidumbre de ſu felicidad los motivos de ſu conſuelo, y acordandoſe, que con las demas virtudes ſe avia llevado tambien al Cielo ſu incomparable gratitud, y reconocimiento aun à los obſequios mas cortos.

Con los Hermanos Eſtudiantes ſus diſcipulos, era muy ſingular la dulçura de ſu trato, aficionandolos à la virtud, y à las letras. Por lo qual era tambien muy tierno el cariño, con que le correſpondian, venerando aun deſpues de mucho tiempo ſu memoria. El Padre Geronimo Balleſter, que le oyò en Segobia, aviẽdo recibido aviſo de ſu dichoſo tranſito, eſcrive, que como èl eſtuvieſſe muy cuidadoſo, porque no avia tenido en largo tiempo noticias de ſu ſanto Maeſtro, y hallandoſe actualmente en eſte miſmo penſamiento, le entregaron la carta, y el aviſo de ſu dichoſa muerte, y que aunque ſintiò la perdida de tan buen Padre, *cuius memoria in benedictione erit*; con todo eſſo, ſe conſolò, conſiderando el premio de ſus grandes virtudes: y deſpues de aver dicho grãdes alabanças de ſu ſantidad, y ſabiduria, concluye: * *Yo me* ,, encomiendo à èl, *& aliquando cum lacrymis*, porque ſu bue-,, na memoria, y las obligaciones que yo le tengo, las *deſpiertan*. *

El Padre Franciſco Ramirez, que tambien fue ſu diſcipulo de Filoſofia, deſpues de aver paſſado à las Indias à la con-

conversiõ de los Gentiles, y al cabo de muchos años, que trabajò glorioſamente en aquellas remotas regiones, reſponde à la noticia de ſu muerte con gran ternura, y refiere con mucha puntualidad todas las cosas, que obſervò en ſu Santo Maeſtro. Entre las quales dize, que con ſus diſcipulos no ſolo era Maeſtro en letras, y virtud, ſino tambien Padre muy amoroſo, que los tratava con ſuma, y religioſa afabilidad; que les acudia en todas ſus neceſsidades; y ſi eſtavan enfermos, les viſitava muy à menudo, cuidando con mucha ſolicitud, de que les aſsiſtieſſen con todo lo neceſſario; y que por eſto era ſobre manera amado, y venerado de todos. *Yo (dize) *le vi* en Valladolid, quando me partia para eſte nue-
„ vo mundo; y alli me acudiò con ſu acoſtumbrada caridad
„ à quanto huve meneſter, dandome ſus propios quadernos
„ de letras, que yo no tenia, y el miſmo breviario, en que re-
„ zava; y mostrando grande embidia à la ſuerte, que me to-
„ cava de venir à eſtas partes à la converſion de los *infieles*.* Con el miſmo cariño, y ternura, hablan en ſus cartas otros diſcipulos de eſte inſigniſsimo Maeſtro, el qual, al paſſo que ilustrava ſus entendimientos con ſu enſeñança, parece les imprimia ſu amor, y reſpeto en los coſazones.

De eſta dulçura, y ſuavidad, que conſervò ſiempre con quantos tratava, nacìo el reuſar todo genero de honra, que excediеſſe el modo comun à los demàs Sacerdotes. Solian, tal vez, los Hermanos concurrir con el Venerable Padre al entrar, ò ſalir por alguna puerta, y por la reverencia que le tenian, ſe paravan algunos paſſos antes, para cederle la entrada. Pero èl reprehendia eſta ſingularidad vnas vezes con la ſeveridad del ſemblante ſiempre agradable, ſino es à viſta de ſus honras; y otras vezes con ſus palabras, que nunca fueron aſperas, ſino quando reſiſtian à ſu propia eſtimacion. Muchas vezes, ſiendo hueſped en los Colegios, le importunaron con grande eſfuerço los Superiores, para que ocupaſſe el primer aſsiento, pareciendoles ſe debia la precedencia de eſte honor, al que era tenido por el primer hòbre de ſu ſiglo. Pero ſu humildad, que tanto ſabìa ceder, nunca ſe dexò rendir en eſte punto; antes buſcava ocaſiones para ſentarſe el vltimo de todos, deſquitandoſe con eſta humillacion de los peligros de tan honroſa ſingularidad.

Era ya tan sabido el sentimiento, con que recibia qualquiera demonstracion especial, aun dentro de los limites de vna cortesia religiosa, que nadie se atrevia à insistir, en que tomasse la precedencia, ò en el puesto, ò en la entrada, porque lo que no se hazia con otro qualquiera, parece lo mirava como agravio de la religiosa sencillèz. Por esto tambien vivio gustoso en las tareas de la Escuela, mirandola como asilo, adonde se avia acogido su humildad, para vivir mas lexos de toda superioridad, y govierno. Solo quando leìa en Alcalà, hizo vn verano oficio de Superior en Iesvs del Monte, y el Padre Diego de Ocampo, que fue alli su subdito, y discipulo, escrive assi, hablando de este tiempo: * *A los Padres* „ ancianos, y graves, oì hablar con grande encarecimiento, „ alabando su prudencia, caridad, suavidad, rectitud, ente„ reza, y talento de Superior, que en el avia mostrado, y aũ„ que yo entonces era Estudiante, y de pocos años, lo mis„ mo juzgava, y oìa dezir *à los demàs de casa.** Todas estas calidades le destinavan à los supremos cargos de la Compañia; pero Dios, que le avia escogido para sabio, le diò, como à tal, el dominio de los Astros, y le eximiò del govierno de los hombres; y el Venerable Padre, dedicado siempre à la constante serie de sus estudios, è impresiones, se imposibilitò el empleo de mandar, y se assegurò la suerte feliz de obedecer: conservandose en aquella su humilde afabilidad con todos, sin que fuesse necessario violentar su natural agrado à las enterezas del oficio.

Aunque la suavidad de su condicion le inclinava à dar à todos el gusto, que podia; con todo esso, era insuperable, no solo en lo que pertenecia à su humildad, sino en todo lo que, à su parecer, no se conformava con las leyes de la perfeccion. Sentia grande recreacion en su espiritu, con la suavidad de la musica, principalmente quando escuchava las divinas alabanças. Y noticioso de ello el Retor del Colegio de Santiago, quando el Venerable Padre estuvo en aquella Ciudad, con el deseo que tenia de adivinarle el gusto, quiso que lograsse este alivio, aunque fuesse à costa de algun engaño. Para esto se le ofreciò buena ocasion; porque las Religiosas de vn Monasterio de grande circunspeccion, le embiaron à dezir, quanto consuelo tendria toda su Comunidad

en

en conocer à vn Varon tan celebrado en el mundo por su virtud, y por su sabiduria. A los ruegos con que solicitavan la oportunidad de verle, y de celebrar su dicha con algun obsequio digno de su persona, condescēdiò el Padre Retor, pareciendole, que conduciendo al Venerable Padre, à visitar el Templo de aquella casa, en ocasion que se huviesse dado principio à las armonias de su religiosa musica, podria con esta meditada casualidad cumplir à las Religiosas su piadoso gusto, y agasajar à su huesped con vn honesto recreo. Estava ya todo muy à punto, y el Retor llegava con el Padre Suarez à visitar aquel Templo, quãdo temeroso de no ofenderle en lo que deseava agradarle, le descubrio el motivo con que le avia traido, rogandole no defraudasse à aquella religiosa Comunidad de su deseo, ni à si mismo de aquella decente recreacion. Pero el Venerable Padre, estrañando el intento, aunque con muestras de gratitud, bolvio atràs, y torcio luego àzia otra calle, nada detenido de las instancias del Retor, à quien dixo con alguna severidad: Yo, Padre mio, ya ha muchos años, que he colocado toda mi recreacion en Dios solo, y no echo menos ningun entretenimiento del mundo. Y frustrada de esta suerte la esperança de aquellas Religiosas, y el designio de el Retor, acabò de persuadirse, que à la humildad del Venerable Padre, le era tormento el ser honrado, y conocido, y que à su gusto no sonava bien otra armonia, que la consonancia à la razon.

Mas si mostrò en este caso la constancia de su dictamen en lo que juzgava mas perfecto; no menos descubrio despues su docilidad en lo que podia cohonestarse con algun motivo religioso. Salio en esta misma ocasion, à pagar la visita a vn Cavallero de la primera suposicion; cuya muger, matrona honestissima, y muy devota de la Compañia, deseava con ansias viniesse el Padre Suarez à su casa, esperando sus palabras, y su presencia, como su mayor fortuna. No se hallava en casa el Cavallero, quando llegò el Venerable Padre; y assi los criados, que estavan advertidos, respondieron, que aunque su amo avia salido fuera, estava esperando su Señora. Queriase bolver el P. Suarez al Colegio; mas el P. Retor le propuso la virtud, y nobleza de aquella Señora, el afecto, que à la Compañia professava, y el sentimiento con que quedaria vien-

viendo desvanecida, y desairada su esperança. A todo esto aun no se doblava el Padre Suarez, teniendo por escusada la visita; hasta que advirtiendo las veras, con que el P. Retor instia, y el desconsuelo que mostrava, le dixo: Yo, Padre, por mi dictamen, y mi gusto, no passarè de estos vmbrales; pero si, por el de la obediencia: y assi mandemelo V. Reverencia, y serà luego al punto obedecido. Estrechado de esta suerte el Retor, le dixo, que pues no bastavan sus ruegos, se resolvia à darles toda la eficacia de su jurisdicion, y autoridad, para que entendiesse lo que importava su suplica, pues le obligava à mandar à quien èl, y todo su Colegio deseavan humildemente obedecer. En fin, dispensando esta vez la vrbanidad en las leyes del hospedage, è intimando el orden con igual repugnancia de entrambos; entrò el Padre Suarez en aquella casa solo por obedecer, buscando su docilidad este medio de condescender à los ruegos por el camino de los mandatos.

Mostrò tambien, que no era menos docil su entendimiento, que su voluntad; porque en sus mayores dificultades, y nuevas opiniones solia consultar à los mismos discipulos, que le oian. Assi lo executò en Valladolid con el Venerable Padre Luis de la Puente; pues siendo Estudiante, y Francisco su Maestro, se iba à conferir con èl sus dudas, no solo por el concepto, que tenia de su virtud, y agudeza; sino tambien, porque sabia que Dios assentò su cathedra en la humildad; y que como dezia David: *Intellectum dat parvulis*; suele comunicar las luzes del entendimiento no à los que blasonan de grandes, sino à los que se igualan, y humillan à los pequeñuelos.

Pero aun admira mas la facilidad, con que abrazava el dictamen ageno, principalmente, quando se ladeava à su desprecio, y humillacion. La primera vez que subiò al Pulpito, fue en Segovia, à predicar sobre aquel Evãgelio: *Quis ex vobis arguet me de peccato?* que se canta en la Dominica *in Passione*. Y aviendose dilatado en el sermon, probando escolasticamente la impecabilidad de Christo; vno de sus discipulos, que fue el Hermano Francisco Ramirez, en vez de darle el parabien, le dixo con notable sencillez: Pareceme, Padre, que no le llama Dios à V. Reverencia para predicar, sino para leer. *Y en tanto grado* su humildad (dizo el mismo

Pa-

„ Padre Ramirez) que diziendoselo con llaneza vn herma-
„ nito, de quien no avia que hazer caso, lo recibiò con no-
„ table agradecimiento, y me dixo entre otras cosas: Tiene
„ razon, mi Hermano: y yo le prometo, si estuviere en mi
„ mano, de no predicar otro; que este fue por pura obedien-
„ cia. Y assi entiendo lo cumpliò, porque no sè que predi-
„ casse otro en toda su vida con ser hombre tan eminente en
„ todo; en que mostrò bien su grande humildad, y *santidad*.*
Hasta aqui este su discipulo, que siendo ya anciano, hizo justamente esta reflexion sobre lo que avia passado con su santo Maestro. El qual desde aquel dia se tratò como hombre inutil para el Pulpito, sin exercitar este ministerio, sino en alguna exhortacion à los rusticos, ò en alguna platica à la Comunidad. Tanto credito diò al dictamen de vn Estudiante Filosofo; ò por mejor dezir, al baxo concepto que tenia de si mismo; y tan lexos estuvo del comun achaque, de que adolecen no pocos, los quales nunca suelen salir mas pagados de si mismos, que quando el auditorio queda menos satisfecho de su sermõ: y assi, del oficio de persuadir à otros la verdad, sacan para si este miserable engaño, que es tan facil de creer, como dificil de curar.

Por esso, aunque al Eximio Doctor no le huviera dado el Cielo esta prenda, su docil humildad seria digna de muy grande alabança. Pero acerca de esto, ya que oimos lo que escrivio vn discipulo de Artes; es fuerça escuchar lo que refiere otro de Theologia, que fue el Padre Diego de Ocam-
„ po. * *Leyendo* (dize) el Padre Suarez Theologia en Alcalà,
„ hizo dos platicas, ò exhortaciones à los nuestros, con tan
„ grande fuerça de espiritu, q̃ los de casa salieron por extre-
„ mo movidos, y admirados, y oì dezir à algunos, que en su
„ vida avian oydo persona, que tanto les moviesse, y cuyas
„ razones les hiziessen tanta fuerça, y peso, y yo pudiera de-
„ zir de mi lo mismo. Y de vna de estas platicas se viò en
„ vno de los de casa vna notable mudança, en gran fervor,
„ y medra de su *espiritu*. * Esto escrive el Padre Ocampo, y aviendo añadido el acierto, con que hizo algunos meses el oficio de Superior, concluye assi: * *Estos dos puntos* he adver-
„ tido, por parecerme conveniente se sepa, como acompa-
„ ñò, y adornò Nuestro Señor la eminencia de su santidad, y

doc-

„ doctrina con essotros talentos, aunque no los exercitò *tanto*. * Advertencia digna, por cierto, de todo aprecio: la qual es vn argumento de la grande eloquencia del Eximio Doctor; pues si sus palabras causavan tales efectos en los Iustos, que professavan vna vida religiosa, sin duda los haria mayores en los licencioſos pecadores: siendo cierto, que no es tã formidable el relampago à los que caminan de dia, como à los que van descaminados en la ceguedad de las sombras, quando sobre los peligros del rayo tropiezan los ojos con el horror del precipicio. De donde tambien se reconoce, quan profunda era la humildad del Venerable Padre, pues en ella estavan sus prendas tan ocultas, que aun se escondian de su propia vista; y quando todos las veneravan, èl solo no las conocia. Por esto dixo muchas vezes el Obispo de Coimbra, que no avia conocido, ni sabido de persona alguna, que assi hermanasse profunda humildad, con sublime sabiduria; suma destima, que hazia de si mismo, con el sumo aprecio que dèl hazian todos. Y no fue, à mi ver, el menor efecto de su humildad, el averse persuadido, era inutil para el Pulpito, por solo el juizio de vn Hermano, cuya conjetura sobre desautorizarse en sus pocos años, tambien era digna del desprecio, pues media su talẽto por solo vn sermon, y esse el primero; sin acordarse de lo que consigue la industria, y mejora la experiencia: y mas en la facultad Oratoria, que no nace como otras, antes se forma en el estudio, y diligencia de los hombres. Pero como Francisco tenia tan poca estima de si mismo, se dexava facilmente convencer, de quanto le persuadia la cortedad de sus talentos: y assi en esta materia creyò al dictamen de su discipulo, porque aunque tan inverisimil, tenia de su parte la inclinacion de su humilde docilidad.

CAPITVLO SEXTO.

De su pobreza, y castidad.

QVE amen la pobreza, como madre, y que à sus tiempos sientan los efectos de ella, encarga nuestro Padre San Ignacio à sus Hijos: y Francisco, al passo

passo que se preciò de tener vn tan gran Padre ; como San Ignacio, se esmerò tambien en tratarse como hijo de esta religiosa virtud. Desde que bolviò las espaldas al mundo, se desprendiò no solamente de sus cosas, sino tambien de sus deseos, entregandose en los brazos de la santa pobreza, y fiandose en todo de sola su Providencia, y amor. Por esto se hallava siempre alegre con el vestido remendado, con la comida escasa, y con otras descomodidades de la vida religiosa, diziendo parecian bien necesitados, los que eran hijos de vna madre tan pobre como la misma pobreza. Quando leyò Filosofia en Segovia, padeciò mucho del excesivo frio de aquel Pais ; pero no por esso solicitò algun especial abrigo, llevando con mucho consuelo esta descomodidad, aunque le costò algun quebranto en la salud. En todo el tiempo de su vida, con aver sido vn Varon tan eminente, que con sus ilustres trabajos ennobleciò la Compañia, se mantuvo, sin embargo, en la misma pobreza, que si fuera vn Novicio, ò vn Hermano el mas humilde, y olvidado; sin que en la comida, vestido, y en las demàs cosas pertenecientes à su persona, hiziesse, ò permitiesse novedad alguna, sino es para cercenarse aun de las cosas comunes, y necessarias.

Quando por el despacho de sus libros fue preciso manejar algun dinero, procediò con tanta exaccion, y recato, que ni vn maravedi se atreviò à expender, sin acudir al Superior, y obtener su expresso beneplacito. Y aunque los Superiores le davan muy ampla facultad para disponer de todo à su arbitrio, porque no se congojasse con escrupulos, y temores; con todo esso, recurria frequentemente à renovar la licencia, ò à tomar el consejo, y direccion de su Prelado, para assegurar en todo el acierto. Era de su inclinacion muy generoso, y como quien para si no necesitava de comodidad alguna, despreciava, como cosa inutil, todo interès, y socorria largamente las necesidades agenas. Mas quando se tratava de lo que èl avia menester para si, parecia el hombre mas mezquino, y avariento del mundo ; porque se media no solamente con su necesidad, sino tambien con la perfeccion de su pobreza. Gastò vna vez su compañero, el Hermano Aguilar, vna cantidad tan tenue, que apenas llegaria à dos reales ; mas porque avia sido en cosa perteneciente à su persona,

sona,

sona, no lo pudo disimular, y le reprehendiò severamente, acordandole, que eran pobres, y avian de portarse como tales.

El hombre mas ajustado en el vso de las cosas temporales, es, segun dize David, como el arbol plantado à la corriente de las aguas; porque de ellas toma para si lo precisso, y dexa passar para comun vtilidad lo superfluo. Pero aun no llegò este simbolo à la rigurosa pobreza, con que vsò el Padre de las cosas terrenas; porque con tener en su mano la abundancia de todas ellas, no solamente escusò todo lo superfluo, sino q̃ se negò muchas vezes à lo mas precisso. Traìa el vestido exterior con la cõmũ decẽcia de su estado; pero el interior era tan pobre, y roto, que aun le despreciàra el mendigo mas miserable, logrando en estas descomodidades los efectos de su pobreza, tanto mas glorioſos, quanto mas ocultos. En la segunda jornada, que hizo à Roma, siendo ya tan celebre en el mundo por sus escritos, y tan venerado de todos, partio de Coimbra tan desprevenido de lo necessario, que fue preciso socorrerle, como à pobre, en el camino; no porque èl desplegasse los labios para pedir; sino porque su pobreza no se pudo mas ocultar. Fue el caso, que llegando à este Colegio de Salamanca, y saliendo todos à recibirle, y honrarle como à Padre amantissimo, se adelantò la oficiosidad de vn Hermano à desprenderle las espuelas, pensando desembarazarle tambien de alguna otra defensa, tan necessaria para quien en su anciana edad emprendia vn viage tan prolixo. Pero donde juzgò encontrar algun reparo contra las incomodidades de la jornada, hallò vn exemplò estrãño de mortificacion, y pobreza; porque el Venerable Padre traìa solamente vnas medias de estameña tan rotas, y hechas pedazos, que sino las defendiera la sotana, apenas podrian servir para la decencia; pues descubriendo por muchas aberturas las carnes, no erã de vtilidad para el abrigo, sino para la desnudèz. Quedò pasmado el Hermano, al ver tal desprevencion en persona tan venerable, y al pũto diò aviso de ello al Padre Retor: el qual no menos edificado, que compassivo mandò le socorriessen con otras medias: y porque el Padre reusava admitirlas, fue menester consolarle, y advertirle, que tambien en esto exercitava la pobreza, pues se las ofre-

ofrecian de limoſna, como à pobre, para el ſocorro de ſu neceſsidad.

Pudiera acaſo echarſe menos aqui la ſolicitud, y cuidado de nueſtros Superiores, y oficiales de Coimbra en la aſſiſtencia de vn Varon tan benemerito de los mayores obſequios, y mas quando emprendia vna tan larga peregrinaciõ. Pero à la verdad, no fue eſte defecto de la vigilancia, y caridad, que profeſſa la Compañia, ſino deſvelo cuidadoſo de Franciſco en lo que pertenecia à ſu pobreza. El miſmo ſe reconocia tan obligado à la caridad, experimentada en Coimbra, que como por ponderacion ſolia dezir, que aunque ceſſaſſe la ocupacion de ſu Cathedra, nunca por ſu eleccion dexaria aquella Provincia, ni bolveria à la de Caſtilla, que era como ſu patria religioſa; porque debiendo à los Padres, y Hermanos de Portugal tantas experiencias de favor, y cariño, tendria por intolerable ingratitud, el apartarſe de ſu cõpañia, moſtrando podia eſperar en otra parte, ò mas afecto; ò mayor agrado. Pero en medio de tanta caridad, y amor, cuya ceguedad ſuele ſer tã linçe, en mirar por los que quiere bien; fue mucho mayor el eſtudio del Padre Suarez para diſimular ſus deſcomodidades, que el deſvelo de todo aquel numeroſiſsimo Colegio para reconocerlas, y remediarlas. Y aſsi el afecto de ſu pobreza burlò el cuidado de los Superiores, encubriendo ſu neceſsidad vnas vezes con el ſilencio, otras con aquel ſanto artificio, que haze honeſtos los engaños de la ſimulacion.

Tratò con iluſtriſsimos, y muy poderoſos Perſonages, que muchas vezes deſearon dar teſtimonio del afecto, que le tenian, con exceſiva liberalidad. Pero Franciſco ſe opuſo ſiempre à ſu generoſidad con invencible conſtancia, alegando, que no avia meneſter nada, porque en el teſoro de ſu pobreza lo poſſeìa todo. Quando le embiavan algun regalo, y la vrbanidad, y atencion le obligavan à recibirlo, jamàs permitia quedaſſe en ſu apoſento, llevandolo al punto al Superior, para que le empleaſſe en el vſo comun, ò le dedicaſſe à la enfermeria, ſi podia cõducir à el alivio de los enfermos. Siendo algunas vezes eſtos regalos de conſervas, y dulçes, le dezian podia quedarſe con ellos, pues la debilidad de ſu ſalud, y las tareas de ſu eſtudio neceſsitavan de aquella peque-

ña comodidad, que en aquel Pais perdia su precio en la abundancia. Mas el Venerable Padre resistiò siempre à estas propuestas, tratando semejantes manjares, como enemigos de la mortificacion, y pobreza. Y solia dezir, que solo se podian conceder à los enfermos, en quienes eran medicamento, y no tenian la sospecha de conveniencia, y regalo. Este dictamen observò exactissimamente el Venerable Padre, porque nunca los quiso probar, sino quando en alguna enfermedad le obligava la obediencia à recibirlos, ò por alivio, ò por medicina. En fin, si la pobreza es madre de los Religiosos, Francisco le saliò tan parecido en las inclinaciones, en los afectos, y en su trato, que para conocer esta virtud, basta mirarla en èl, como en lucidissimo espejo. Y verdaderamente lo debe ser de todos los hijos de la Compañia, la qual podrà siempre acreditar, y promover con este exemplar el rigor, con que iguala los Varones mas consumados en meritos, y sabiduria à los Novicios, que comiençan la vida religiosa. Pues à vista de esta vniformidad, observada con tanta exaccion por el Doctor Eximio, aquel solo pudiera mostrarse quexoso, que juzgasse aver igualado sus trabajos, ò excedido sus merecimientos.

A la pobreza del Venerable Padre, quiero juntar el candor purissimo de su castidad, porque vniendose las dos en el mismo lazo de la profession religiosa, no serà bien que las divida nuestra narracion. Es verdad, que acerca de esta virtud es menos lo que avemos de contar, porque como su perfeccion consiste en huir las ocasiones, assi tambien son menos frequentes sus exemplos. Baste por todos, el saber, que aviendo passado Francisco los peligros de la juventud en el siglo, aviendo llegado hasta los diez y siete años en la libertad de la Escuela, y lexos de la sugecion de sus Padres; con todo esso, conservò intacta, y pura la candidissima azuzena de la castidad. Y aviendola despues trasplantado al jardin de la Religion, la trasladò vltimamente al celestial Paraiso, para seguir, y acompañar aquel amante Cordero, que se apacienta entre las fragrancias de la pureza. Guardò Francisco esta delicadissima flor con la modestia, con el recato, con la oracion, y con su estremada penitencia. Quando estudiava las Artes en este Colegio de Salamanca, era tanta su mo-

deſtia, que le conocian, y ſeñalavan por ella entre todos los demàs condiſcipulos, y movia con ſecreta virtud à ſu imitacion à los Eſtudiantes ſeglares. Vno de ellos fue el Padre Franciſco Ramirez, el qual afirma, que ſu viſta era vn continuo deſpertador à la virtud, y que parece le obligava à abrazarſe con el miſmo inſtituto, en que tanto florecia el recato, modeſtia, y circunſpeccion. * *Con ſolo mirarle* (concluye) „ nos componia à todos, y dava bien à entender el candor „ de ſu bendita alma, y muestras claras de aver conſervado „ ſiempre la pureza virginal: y en quanto le tratè, ſiempre „ tuve dèl *eſte concepto*. *

Aun ſiendo ya Anciano, quando ſalia de caſa, que era muy raras vezes, y à coſas muy preciſas, llevava ſiempre los ojos en la tierra, con vna modeſtia no ſobrepuesta, y afectada, ſino apacible, y natural. Conſervo tambien en eſta edad aquel empacho, y pudor, que facilmente le ſalia à el roſtro, ſin poder reprimir, ni moderar eſte efecto de ſu virginal verguença, porque ſu cauſa tenia grã predominio en ſu corazon. Quando eſtava enfermo, aunque ſe abraſaſſe con el ardor de la calentura, no ſe atrevia ni aun à deſcubrir las manos: lo qual con razon obſervaron los Padres de Lisboa en ſu vltima, y ardiente enfermedad, notandolo entre otras coſas, que eſcrivieron à las Provincias para comun edificacion. Y à la verdad, quando padece el cuerpo, ſuele llevarſe tras ſi las atenciones del animo, y es neceſſario eſtè muy arraigada la modeſtia, para que los accidentes, y dolores no puedan deſcomponerla, aun quando llegan à afligirla. Por eſſo haſta los Gentiles alabaron en Olimpia, madre de Alexandro, que al exalar el alma, ſolo atendiò à caer honeſtamente en la tierra, componiendo con ambas manos ſus Reales ropas. Lo miſmo ſe admiro en la muerte de Iulio Ceſar, y lo miſmo ſe debe celebrar en los Varones Santos, que informando ſus acciones con mas ſublime eſpiritu, aun quando deſpiden el alma, procuran retener ſu compoſtura: y no temiẽdo la preſencia de la muerte, recelan los ojos de quien los mira.

À eſta modeſtia de ſu viſta, y de todas ſus acciones juntò Franciſco vn ſumo retiro à ſu apoſento, donde con ſuceſſiõ perpetua ſe alternavan las dulçuras de la oracion, con las tareas del eſtudio. Y aun quando alguna cauſa muy preciſa

le sacava de esta su amada soledad, iba por los transitos del Colegio cruzados, y encogidos los brazos, baxos los ojos, y todo el semblante como de quien dexando el retiro, se traìa consigo toda su devocion, y recogimiento. Escrive el Padre Arana aver oydo à vn Padre muy grave, que siendo Novicio en Coimbra, quando èl, ù otros de sus compañeros encontravan al Padre Suarez, se avergonçavan, y confundian de ver quanto les aventajava en la modestia, y encogimiento. Y que era tan compuesto, y medido hasta en sus passos, que apenas hazia ruido con el movimiento de los pies, sin que pudiessen sentirle los oydos, sino se adelantavan los ojos. Pues quien guardava assi las puertas de sus sentidos, aun quãdo las defendian los Claustros religiosos, como creèmos doblaria las centinelas, quando pudiesse tener algun recelo de invasiones contrarias? Huyò de toda comunicacion de mugeres con tanta estrañeza, que alguno pudiera calificarla por demasia, porque no solo se negò enteramente à sus visitas, y conversaciones, sino tambien à sus cartas. Y entre las reglas que dava para observar vn perfectissimo recato, era vna, la de escusar toda su comunicacion, no solo de palabra, sino tambien por escrito; porque dezia, que tambien por las cartas suele pegarse el contagio, y no hazen falta las vozes, ni la vista, quando los caractères suplen la distancia, y sin arbitros, ni testigos, oye la imaginacion, y responde la memoria.

Con este recato tan escrupuloso, (que en esta materia aun es menor que el peligro) y principalmente con no permitirse vn punto de ociosidad, y atormentarse con vna constante mortificacion, y penitencia, llegò à vn estado de pureza, que mas parecia de Angel, que de hombre; porque vivia en carne, como si fuera vn purissimo espiritu: y en la tierra seca de su debilitado cuerpo conservava la flor hermosissima de la castidad, à quien las espinas de sus rigores mas servian ya de adorno, que de defensa.

CAs

CAPITVLO SEPTIMO.

De ſu rigoroſa penitencia, y mortificacion.

LAs flores, dize S. Ambroſio, que carecian de eſpinas antes del pecado del primer hombre; y ſiendo tan inculpable toda la vida de nueſtro Francisco, no parece avia motivo en ſu inocencia, para las eſpinas del rigor, y de la auſteridad. Ademàs, que aun ſiendo à todos muy neceſſarias las defenſas, y murallas de la mortificacion, para guardar las flores de las virtudes, que eſtàn como en tierra enemiga en eſte mundo; què mortificacion mas rigoroſa ſe podia deſear, que reducir vn hõbre ſu vida, como el Padre Suarez la reduxo, al eſtrecho de quatro paredes, al retiro de toda humana diverſion, y à la neceſſidad de gaſtarſe, y conſumirſe de dia, y de noche, con la lima ſorda de vn continuo diſcurrir, y eſtudiar? Ello es aſsi, que para muchos, eſte linage de vida, fuera vna rigoroſiſsima penitencia, y que de los que intenſamente la profeſſan ſon pocos los que en la debilidad de las fuerças, o en la palidèz del ſemblante, o en los frequentes quebrantos de ſu ſalud no mueſtren, y acrediten los rigores de eſta mortificacion; la qual para enflaquecer, y rendir al cuerpo, aſſeſta toda ſu bateria contra el alma. Debe, pues, contarſe entre las heroycas penitencias del Eximio Doctor, el eſtudio intenſiſsimo de medio ſiglo, aun no interrumpido en las jornadas, y caminos, cuyo teſon infatigable deſtilò, y eſprimiò de ſu fecunda mente aquellos veinte y tres grandes volumenes, que noſotros apenas tenemos vida para leer, y èl tuvo conſtancia para meditar, y aliẽto, y vigor para eſcrivir. Pues ſi à eſta rigoroſiſsima penitencia ſe añade el quotidiano exercicio de la Oracion; la vigilancia perpetua ſobre ſus afectos, la opreſion continua de ſus potencias, y ſentidos, la obſervancia exactiſsima de las mas menudas reglas; quien duda, que cada vna de eſtas coſas baſta para formar, y todas juntas para exceder aquel martirio de quien dize S. Bernardo: *Aſperitate quidem minus, ſed diuturnitate moleſtius*: que ſobrepuja con ſu prolija duracion los horrores de vna ſangrienta atrocidad.

Pero

Pero si todo esto no basta para fabricar vna pesadissima Cruz, aun no fue èsta sola la que tolerò el Venerable Padre, porque sobre tales fatigas añadiò el Cielo tantos accidentes, y achaques en su salud, que muchas vezes no se le podia mirar sin lastima, y compassion. Padecia dolores vehementes del estomago, de los nervios, de las muelas, vàidos, y desvanecimientos de cabeza, la qual fatigada con casi continuas fluxiones, solìa dexar su cuerpo quebrantado, y desmayado, sin poder atender à otro exercicio, que al de la paciencia. Iuntaronse para complemento de tantos males, los dolores acervissimos de la piedra, y todos ya vnidos aun mismo tiempo, ya divididos entre si, le acometian, y atormentavan de manera, que siendo tan admirable el Doctor Eximio, por lo que hizo en su vida, parece aun mas portentoso por lo que padeciò.

De todas estas penalidades biẽ se conoce podia darse por satisfecho, el espiritu mas fervoso de mortificacion; pero como dixo el Salvador à cada vno de los hombres: *Tollat Crucem suam, & sequatur me*; Francisco, resuelto à seguir sus pisadas, no se contento con recibir la Cruz, que Dios le puso sobre sus ombros, sino que èl mismo quiso tambien tomarla por su mano. Luego al punto que despertava, como si quisiera vengarse del descanso que avia concedido à su cuerpo, le heria, y maltratava con vna larga, y muy recia diciplina, y como los ramales estavan texidos con hilo de alambre, à pocos golpes penetravan las carnes, y abrian, ò renobavan las heridas, tiẽdo fuerça, que la sangrienta lluvia de azotes, que se seguia, atormentasse no ya su cuerpo, sino sus propias llagas. Ni fue menor la constancia que el rigor de este exercicio de penitencia; porque le observò inviolablemente por toda su religiosa vida, dando principio al dia con este cruel sacrificio de su sangre, para ofrecer despues el oloroso incienso de la Oracion.

Solo dispensava algunas vezes, no en el rigor, sino en el tiempo; porque quando por la descomodidad de la posada, ò habitacion no podia tomar por la mañana su acostumbrada diciplina, la reservava para otra hora del dia, y buscava algun lugar apartado, donde quedasse bien satisfecho su fervor, sin ser sentido de la vanidad. Estando en vna granja del

Coles

Colegio de Coimbra, le obſervaron otros Padres, que alli ſe hallavan, que à las tardes ſe apartava de todos, y ſe retirava con mucho diſsimulo al lugar mas enmarañado, y oculto de la huerta, y llevando conſigo ſu aſpera diciplina, deſcargava crueles golpes ſobre ſu debilitado, y exhauſto cuerpo, hurtandole al vicio las artes con que ſe oculta, y diſsimula para hazerlas ſervir à los empleos de la virtud. Oyeron algunos repetidas vezes el deſapiadado rigor de ſus azotes, y convertida ya ſu curioſidad en admiracion, nos reſcataron del ſilencio, y cautela de ſu humildad, eſte exemplo de ſu riguroſa, y conſtante penitencia. En ella perſeverò haſta el dia en que le acometiò la vltima enfermedad, no ceſſando, ſino con la muerte de ſu mortificacion. Semejante à la aſpereza de eſta ſu diciplina era tambien la del ſilicio, con que mazerava ſu cuerpo, y con tenerle tan rendido, le afligia continuamente con ſus puas, tratandole como à bruto, aun quando le experimentava mas obediente à la razon.

El repoſo que tomava de noche, era vn nuevo genero de mortificacion, porque en ſu juventud, y edad mas robuſta dormia veſtido, ſin vſar de ſabanas para la conveniencia, y abrigo. Muchas vezes ſe acoſtava ſobre vnas tablas, y algunas paſſava las noches, dividiendolas entre la Oracion, y el eſtudio, dando muy breves raros al ſueño. Quando crecieron los años, y faltaron las fuerças, ſe reduxo à dormir en cama; pero à la verdad no moderò ſu antigua aſpereza. Porque como afirma en ſu teſtimonio el Hermano Sebaſtian Sãchez, que ſe llama indigniſsimo compañero del Padre Doctor Franciſco Suarez, quando leyò Theologia en eſte Colegio de Salamanca, ſe reducia ſu cama à vnas tablas, ſobre las quales ſe eſtendia vn colchoncillo tan delgado, q̃ apena tenia dos dedos de alto; q̃ ademàs de ſer muy duro, eſtava colchado con grueſos cordeles, para multiplicar el martirio en ſus deſigualdades. Eſte con vnas ſabanas de eſtopa muy gruеſas, y vna almohada dura como vna piedra, dize eſte Hermano, que era ya entonces ſu mas regalado lecho. Pero bien ſe vè, que no era eſte lecho para deſcanſar, ſino potro para nuevo padecer, pues la dureza, y diviſiones de los cordeles, no podian recibir, y ſoſtener ſu cuerpo ſin laſtimarle, creciendo las horas del tormento, quanto duravan las del alivio. Seneca

alabò

alabò mucho ſu Filoſofia, porque le avia enſeñado à recoſtarſe, aun ſiendo viejo, ſobre vn colchon que reſiſtia con ſu dureza al peſo de ſu cuerpo, ſin admitir en ſi ſeñal, ni veſtigio alguno: *Tali culcitra vtor etiam ſenex, in qua veſtigium apparere non poſsit.* Y aunque eſta frugalidad eſtoyca, tiene tanto de vanidad en los labios de eſte Filoſofo; con todo eſſo, no llega à la mortificacion de nueſtro Theologo Eximio, cuyo lecho ademàs de no admitir en ſu dureza ſeñal alguna de ſu cuerpo, dexava el miſmo cuerpo ſeñalado, y laſtimado, excediendo tanto la penitencia Chriſtiana à la vana Filoſofia, quanto va de quiẽ ſolo ſe limita ſu comodidad, à quien convierte el ſueño preciſo en vn martirio voluntario.

Epiſt. 108.

Eſtimava tanto el Venerable P. eſte colchoncillo, que quando ſalia fuera de la Ciudad, hazia ſe lo llevaſſen adonde avia de dormir, porque no le parecia podia encontrar hoſpedage de ſu guſto, ſi no le acompañava eſte arreo delicioſo de mortificacion. Quando mudava ſu habitacion de vn Colegio à otro, ſu primer cuidado era dar orden, como ſe le hizieſſe otro de nuevo, dando èl miſmo la traza, y ajuſtandola à los dictamenes de ſu riguroſa penitencia. En eſta cama donde tambien le hallò ſu vltima enfermedad, arrojava ſu fatigado, y debil cuerpo deſpues de las tareas prolixiſsimas del dia, y donde el ſueño era nuevo martirio, ya ſe ve, que no podia ſer mucho el deſcanſo. Parece que trabajando mas que todos, ſe le debia mayor alivio; pero èl cercenava ſiempre el ordinario, y comun, porque ſe acoſtava mas tarde, y ſe levantava mas temprano que la Comunidad; deſvelandoſe à la noche, porque ſe detenia en Oracion, y à la mañana, porque ſe prevenia para ella. Solo variava eſta regla en los tiempos de Adviento, y Quareſma, porque en ellos crecian las mortificaciones, y ſe diſminuìan todos ſus alivios, dando à ſu penitencia, y oracion quanto negava al ordinario reposo.

CA-

CAPITVLO OCTAVO.

De su abstinencia admirable.

SV abstinencia, y rigor en la comida fue verdaderamente estremada; porque en quien tanto trabajava, y padecia de sus continuos achaques, parece seria bastante austeridad el conformarse rigurosamente con los ayunos de la Iglesia, y con los que acostumbra la devocion de la Compañia. Pero Francisco, aunque de todos podia eximirse por su debilidad, y falta de salud, no solo los observava con exaccion, sino que los aumentava con estraña severidad. Ayunava, demàs de las Quaresmas, y Adviento, tres dias en la semana, que eran Miercoles, Viernes, y Sabado; y esto, aunque ocurriessen otros dias de precepto, porque la obligacion de otros ayunos no avia de embarazar à los que tenia su devocion señalados. Celebrava tambien con ayuno riguroso las Vigilias de todas las celebridades del Salvador, y su Santissima Madre, y lo mismo hazia en otras muchas solemnidades de Santos, y Santas, à quienes avia escogido por Acreedores singulares de su confiança, y amor, procurando merecer su patrocinio con este anticipado obsequio; de suerte, que la mayor parte del año se la llevavan la abstinencia, y el ayuno, causando en todos grande admiracion, el ver que vn hombre exausto, y consumido, aun quando parece le faltava el aliento para comer, insistia en los rigores de ayunar.

Mas para que es referir los dias que ayunava este abstinentissimo Padre, quando sus dias se podian contar por el numero de sus ayunos, pues toda su dilatada vida, apenas fue otra cosa, que vna continuada abstinencia. En espacio de quarenta años que leyò Theologia, guardò siempre la forma del ayuno, haziendo vna comida sola, y essa no à medio dia, sino à la noche. A esta Quaresma no de dias, sino de años, diò principio con tanta aulleridad, que se passava hasta el tiẽpo de la cena, sin llegar vn solo bocado à su boca, tan olvidado de todo alimento, como si fuera de bronce su naturaleza, ò tu-

viera solo la apariẽcia de hombre, y la insensibilidad de vna estatua. Lo qual en vn hombre, que estudiava, discurria, dictava, preïdia, con tanto teson, y trabajo, es cosa que excede toda admiracion. Despues por consejo de los Medicos, y orden de los Superiores, modero algo este rigor, tomando vna colacion al medio dia, pero tan ligera, que sin diferenciarse en la calidad, no igualava en su cantidad, à la que se permite en los ayunos rigurosos de la Iglesia. Tomado este leve refrigerio para entretener mas, que para confortar su debil complexion, alargava su ayuno hasta la noche, y aqui era quando su abstinencia se manifestava, porque èste era el tiẽpo de su moderadissima comida. Afirma el Hermano Aguilar, que le assistio por espacio de veinte años, que las pocas vezes que comia carne, apenas llegava su cantidad à cinco onças escasas, observando la misma proporcion en lo demàs del alimento. De suerte, que despues de vn dia empleado desde las tres, y à vezes desde las dos de la mañana, en penitencia rigurosa, en Oracion profunda, en estudio intensissimo, y en tantas fatigas de la Escuela, y conversacion humana; todo el sustento con que à la noche reparava los espiritus consumidos, y las postradas fuerças, apenas llegava a las doze onças de vna libra ordinaria, y esto aun en aquellos dias, en que no llamamos ayuno à su abstinencia.

No sè yo aora, si me admire mas de la penitencia de los Anacoretas, y Hermitaños, q̃ parecia averse llevado toda la aspereza à las soledades, y à los riscos; o de la austeridad rigurosissima de Francisco, que la restituyò à las Ciudades; trasladando à los concursos de la Escuela, los horrores de la Nitria, y de la Tebayda. Mas lo que no se puede dexar de engrandecer, es la admirable Providencia de nuestro Dios, que quando encendio esta nueva Antorcha en su Iglesia, parece la firmò con las calidades de la misma luz, cuyo alimento, y conservacion solo corre por quenta de su poder: pues parece cierto, que si Dios con su influencia muy especial (y à juizio de muchos prodigiosa) no huviera mantenido aquella vida, era imposible que se dilatasse hasta los setenta años el espacio de su duracion.

Pero aun tuvo otras circunstancias esta abstinencia del Padre Suarez, que la hizieron mas prodigiosa. Vna fue, la

que

que declarò su compañero en vna Conferencia que despues de su muerte se tuvo sobre sus heroycas acciones. Afirmo en ella, que en tantos años como le avia assistido, nunca le significo gustaria mas de vn manjar, que de otro; nunca pidiò se le disputiesse de esta suerte, ni de aquella: y en fin, nunca se quexò de que viniesse la comida desazonada, ò fria, ni de otro algun defecto en la assistencia de su persona: lo qual en tan prolixo tiempo, como el de veinte años, es argumento no vulgar de aver dissimulado mucho su mortificacion, dexandonos tan dilatado silencio, para que midiessemos por èl la grandeza de su alabança. Otra circunstancia fue, que siendo tal vez combidado à las mesas de grandes Prelados, donde se servian viandas muy exquisitas, con todo esso, su comida no excedia del estilo regular, porque contra los platos mas regalados oponia la debilidad de su salud; y quando no le valia esta escusa, procurava divertir, y entretener à los combidados con su dulçe, y santa conversacion, de manera, que parecia gustar la vianda, y al cabo se la dexava toda entera: semejante à aquel Angel, compañero de Tobias, cuya comida no passava de vna perspectiva famosa, donde todo el oficio de los labios consistia en el engaño de los ojos. Esso mismo observava, quando en tiempo de vacaciones se recogia à la quinta del Colegio, pues aunque el pretexto parecia de recreacion, era muy diferente el motivo: porque alli dava el mismo tiempo à la Oracion, y las mismas horas al estudio; alli castigava con las mismas penitencias su carne, sin variar vn punto en la parsimonia de su comida; alli hazia venir sus escrivientes, y les dictava quanto avia discurrido en la quietud de su retiro; y en fin, solo se variava el lugar, no el orden, y armonia de sus espirituales, y literarios exercicios.

Con ser tan rigurosa, tan continuada, y tirante esta mortificacion; confiesso, que aun no me parece tan admirable en si misma, como en el concepto, y estimacion que de ella hazia el Venerable Padre. Porque es de saber, que quando este Eximio Varon bolvia los ojos àzia si mismo, se imaginava tan otro de lo que en la realidad era, que sus fervores le parecian tibiezas, sus penitencias demasiada comodidad, y sus ayunos excesivo regalo. Por esso con intimo sentimiento, y à vezes saltandosele las lagrimas de vivo dolor, solìa dezir: Ay,

de mi, q̃ me causa grande escrupulo el demasiado cuidado, q̃ tengo en el regalo de mi cuerpo. Y como para sossegar este remordimiento, se acordasse de que el continuo estudio no le permitia aquellas penitencias rigurosissimas, à que su espiritu le inclinava: bolvia los ojos à los siglos passados, y acordãdose de vn S. Basilio, de vn S. Geronimo, y otros Heroes semejantes, se confundia, y lamentava, diziendo: O, quien pudiera hablar con alguno de aquellos Santos Doctores, que escrivieron, y trabajaron tanto por la Iglesia; y no por esso dexaron de hazer rigurosissimas penitencias, como se escrive en sus Historias! O, si se me concediera su vista, y sus palabras, para que con verguença, y confusion mia, me ensenassen à que se puede bien cumplir à vn tiempo con estas dos obligaciones.

De esta suerte, el que por lo exausto, y consumido de su cuerpo parecia vn retrato vivo, bien que mortificado, y casi muerto de S. Basilio; el que alternando en su mano, ya la disciplina, ya la pluma, hazia ver à S. Geronimo en vna imagen tanto mas propia, quanto por su rigor mas desfigurada: en fin, el que en las fatigas de su estudio, en el zelo de la Fè Catholica, en la modestia de sus palabras, en la suavidad para con los proximos, y en el rigor para contigo, parecia aver traìdo otra vez al mundo el espiritu de aquellos primitivos Padres; se avergonçava con sola su memoria, como si en nada les imitara: y siendoles en todo muy semejante, mirava en ellos la idea de su vida, y no reconocia su perfectissima copia. Por esso en vno de sus Epitafios, despues de averle comparado con los grandes Doctores de la Iglesia, se puso esta humildad por corona de sus elogios: *Sed suo solius iudicio nihil*: que aunque en la realidad era todo, en su estimacion era nada. Y en la materia que tratamos, con ser tanta su mortificacion, le parecia tan moderada, que vino à hallarse muy afligido, y perplexo, sobre si serìa mejor darle à mayor austeridad, aunque fuesse con algun menoscabo del estudio. Mas aviendo conferido este su escrupulo con vna persona, que tenia grande opinion de santidad, le respondiò, despues de mucha Oracion, certificandole, que Dios queria le sirviesse mas con la tinta, que con la sangre, y con la pluma, mas que con el yerro: que por tanto se guardasse de trocarle à Dios los sacri-

crificios, y de consumir, y acabar al jumentillo de su cuerpo, que avia de llevar al Salvador en su triunfo. Con esta carta, y con el dictamen de la obediencia, se consolò mucho el Venerable Padre, aunque no por esso mitigo el odio santo contra si mismo, temiendose siempre como enemigo disimulado, y castigando sus afectos naturales, como parciales de su cuerpo, y confederados con el amor propio.

Recetaronle para cierto accidente vna conserva medicinal: y como por entonces acaso se la embiasse vno de sus amigos, por juzgar le seria saludable, y provechosa, dixo el enfermero al Venerable Padre, que aquella casualidad parecia providencia de Dios, que mirava por su salud. Pero èl, dando vn amargo suspiro, le respondio: quiera Dios no sea providencia, y astucia del demonio, que pretende engañarme con la oportunidad de este regalo. Levado de este temor, se abstuvo de gustarle, hasta que la obediencia del Medico, y del Superior se lo ordenaron recibir por medicina: y entonces la vsò con suma moderacion, temiendo se insinuasse alguna especie de gusto menos preciso, mientras se atendia à reparar las fuerças del cuerpo. De aqui nacia el complacerle en toda descomodidad, y el negarle à toda diversion. Caminava vna vez por vna calle de Coimbra casi desierta, y sin casas, y como fuesse el tiempo de Canicvlares, y el viesse el Sol muy ardiente, y descubierto, le preguntò el Compañero, porquè no traìa sombrero para defensa de la cabeza? à que respondio el Venerable Padre: no tema, hermano mio, yo sè que èl Sol no me ha de hazer ningun daño. Y era, que aunque le afligia, y molestava, no le mirava como nocivo, sino como provechoso, teniendole por amigo, como S. Francisco de Borja; porque se ponia de su parte, para rendir, y avassallar la tirania de su cuerpo.

Por el contrario, deseando el Obispo de Coimbra, familiarissimo amigo del Venerable Padre, que se divirtiesse, y esparciesse de sus continuas tareas; dessinò vn dia para vna caza, que sobre ser decente, y no indigna de vn Prelado Eclesiastico, era muy gustosa, y entretenida. Estavan ya en orden todas las cosas, quando embiò à combidar al Padre Suarez, para que le hiziesse compañia, rogandole con grande instancia, que no dexasse desairada su amistad con la re-

pul-

Antes en ſemejantes ocaſiones ſe eſmerava en el agrado, y cortesía con los que le injuriavan, oyendo ellos baldones cõ el bonete en la mano, y con vn ſemblante tan ſereno, que parecia vn Iris entre las borraſcas, y tempeſtades. Hablandole ótros deſpues, de lo que avia paſſado en la diſputa, y condenando la deſemboltura indigna de Varones, que profeſſavan la ſabiduria, y la perfeccion; el Venerable Padre eſtava tan olvidado de ſu afrenta, que antes buſcava razones para eſcuſarlos, echandoſe à ſi toda la culpa: y diziendo, que mas le dolia el ſentimiento, y enojo, que moſtravan, que ſus propias injurias. Por ellas, y por el inſigne exemplo de paciencia, con que las tolerava, le premiò largamente el Cielo, aun en el miſmo general, en que las avia oydo; porque en èl eſcuchò deſpues aquellos aplauſos de ſu perſona, y de ſu ſabiduria, que le ſacavan al roſtro los colores, y que no pudo evitar ſino con la fuga, produciendo en ſu pecho, y ſemblante las alabanças, los efectos que ſuelen ocaſionar las injurias; porque ſu humildad oìa como injurias ſus mayores alabanças.

Pero no es de admirar, que ſe moſtraſſe en Coimbra tan firme la tolerancia de Franciſco; porque à ſemejantes triunfos eſtava ya muy acoſtumbrado ſu incontraſtable ſufrimiẽto. Leyendo en Alcalà, fue combidado à vn acto de Theologia en cierto Convento de Religioſos. Llegò al general en compañia del Cathedratico de Prima de la Vniverſidad, que poco deſpues fue por ſus ſobreſalientes prendas promovido à vn grande Obiſpado: y aviendo dado principio à ſu argumento, con ſu acoſtumbrada modeſtia; el Preſidente, que empezò à ſentir ſu agudeza, y eficacia, deſeſperando de encontrar otra mas facil ſolucion, ſe acogiò al enojo, y à la ira, deſtemplandoſe con muchos improperios contra el Venerable Padre, y añadiendo graves injurias contra la Religion de la Compañia. Tanto que el Cathedratico de la Vniverſidad, con quien el Padre Suarez avia venido, indignado de oyr tales, y tan intempeſtivos baldones contra tal perſona, y en vn concurſo de Sabios, y Religioſos, dexò luego ſu aſsiento, y ſe ſaliò, dando en ademanes, y palabras, muchas ſeñas de ſu ofenſion, y de ſu eſcandalo. No fue menor el que causò en el reſto del Auditorio vna oſſadia tan ſin ocaſion, y

tan

tan sin causa. Pero quando todos se mostravan ofendidos contra el furor del Presidente; solo Francisco perseverava con vn rostro pacifico, y humilde, sin defenderse à si, ni à su Religion con otro escudo, que el de su heroyca paciencia. Hasta que aviendose consumido la colera de aquel Maestro, en el silencio del Padre Suarez, como suele la llama, quando le falta la materia; se diò tambien Francisco por satisfecho de semejante respuesta, y quando saliò del acto, alabò al Presidente, y sustentante, con tales, y tan dulçes palabras, que pareciò agradecer el agravio, como si fuera el mas insigne beneficio.

Pero tampoco faltò su premio à esta tolerancia tan pocas vezes vista, y mas quando el pundonor de toda la Religion suele ser sombra, en que se oculta la vengança privada. Presidiendo otro Maestro, que hazia el concepto correspondiente à la sutileza de tan sublime Theologo, estandose immobile à todas las demàs replicas, y fiandolas de sola la destreza del sustentante, en començando el Padre Suarez, al punto se levantò en pie, manifestando en su cuidado, la dificultad, y energia del argumento. Y no contentandose con dar estas señas de estimacion, alabava cada vno de sus silogismos, con magnificas, y muy encarecidas palabras. Mas el Venerable Padre, menos sufrido en sus honras, que en sus desprecios, cortò luego la dificultad, para atajar à su Panegirista; y como aun quisiesse proseguir sus elogios en la respuesta, se levantò de su asiento, y diziendo estava sobtadamente desatada su replica, se despidiò del concurso, dexando en duda, si era mas enemigo de sus alabanças, que amante de sus injurias.

Otro caso de muy vivo dolor, le aconteciò en Valladolid, donde aviendo vna vez replicado con tanta energia, que pareciò averse excedido à si mismo; la respuesta, que se le diò, fue el desprecio, la risa, y el escarnio; y entrando despues otro argumento, le recibieron con tãto aplauso, y aclamacion, que hizo notable disonancia en el juizio, y estimacion del auditorio: y mas siendo este segundo tambien Iesuita, como el primero, aunque extraordinariamente apassionado de aquellos Religiosos, en cuya casa se celebrava la disputa. A todo perseverò Francisco con su immutable serenidad,

dad, y acabado el acto, salió del general, continuando su firme silencio, hasta que el Padre Gaspar de Avila, que era entonces Estudiante, y le acompañava, empezò à quexarse de la passion tan injusta, con que se avia despreciado su replica, y encarecido la otra, diziendole, que era fuerça le huviesse causado esta sinrazon muy justo sentimiento. Aqui el humilde Padre respondio: A mi sentimiento? Pues porquè? Quando aquellos Padres solo han dado lo que se debia à cada vno. Y sin hablar otra palabra, sepultò en su pecho la herida de su pundonor, sin que le saliesse al semblante la mas minima señal de ofension, ni de quexa.

La segunda vez, que passo à Roma, llegando al Colegio de Perpiñan, que entonces aun era solamente residencia, entrò vn Estudiante à suplicar al Superior, que le embiasse vn Padre, que le arguyesse à vna conclusiones, que para el dia siguiente tenia prevenidas. Venia el Padre Suarez fatigado; pero con todo esso le ofreciò luego à su assistencia para aliviar en algo à los pocos sugetos, de que se componia aquella casa. El Superior, aunque despues de alguna cortès escusa, admitio la oferta; sin entender quien era aquel Padre forastero, porque aun en la patente que llevava, cuido Francisco, que se callasse su nombre, quizà para escusar el aplauso, con que era en muchas partes recibido. Al otro dia entrò en la Universidad, y aviendo ocupado el infimo lugar, le tocò tambien el vltimo argumento. A pocas palabras, en que començava à proponerle, le atajò el Presidente, avisandole que acabasse, porque no dava mas lugar el tiempo. Obedecio el Padre, nada sentido de vn atropellamiento tan estraño, y mas con vn huesped, que por ser desconocido, parece se assegurava mas el respeto. Pero acercandose despues al Doctor, que avia presidido, prosiguiò en conversacion su dificultad, y llegando à lo mas vivo de ella, le dixo el Presidente con notable desprecio: Padre mio, esso se lo enseñaràn à V. P. mis discipulos. Entonces el Padre Suarez, guardando su acostumbrada paz aun en el calor de la disputa, y quando veìa despreciada su sabiduria, solo dio esta humilde respuesta: holgaràme, señor Doctor, de merecer el nombre de su discipulo, para penetrar mejor esta doctrina. Con esto se despidio benigna, y cortèsmente de aquel, y los demàs

Mae s-

Maestros, y prosiguiò al otro dia su camino. Mas como por vna carta, en que agradecia el hospedage al Superior, le divulgasse despues su nombre, fue grande el sentimiento en los domesticos, y estraños, por no aver conocido, y venerado su persona, conforme à la grandeza de su fama. Entre todos el Presidente, corrido de sus inconsideradas palabras, y admirado de la modestia, y sufrimiento de tan eminente Varon, à quien èl avia citado, y engrandecido en sus escritos; fue luego à dar satisfacion à los Iesuitas, y no contento con esso, escriviò vna carta al Padre Suarez, llena de sumision, y rendimiento, encareciendo lo inculpable de su ignorancia, para disminuir del todo su ofenta. Respondiole Francisco, no solo aceptando la escusa, sino agradeciendo esta nueva demonstracion de su benignidad, y le dexò tan aficionado à su persona, como apasionado de su doctrina.

CAPITVLO DEZIMO.

De la modestia, y sufrimiento, con que respondiò à los que contradezian, y calummavan su doctrina.

FVE tan admirable la modestia, y suavidad del Padre Suarez, que pareciera imposible pudiesse desenfrenarse contra ella la embidia, ò la emulacion, sino fueran estas passiones del genio de aquellas tristes aves, que viven enemistadas con el Sol, no pudiendole jamàs mirar solo por no verle lucir. Para prueva de su moderacion en las palabras, si no bastan los exemplos con que acredito su tolerancia, tenemos por testigo, y por encarecimiento vn trofeo nobilissimo de su modestia. Este fue el Venerable Padre Luis de la Puente, luz de la mystica Theologia, Maestro de santidad, y viva idea de las virtudes mas heroycas: el qual viendo la modestia admirable del Padre Suarez, se determino à seguir el instituto de la Compañia, como se lee en su vida, y dexamos escrito en otra parte. Pero es justo se renueve aqui la memoria de este successo, pues si el arbol se dexa conocer por los frutos, no sè yo, como se podrà dar mejor à entender, quan divina fue la modestia del Padre

Suarez, que diziendo fue fruto de esta virtud el V. Padre Luis, en el qual hicieron con inagotable fecundidad tantos frutos para la Iglesia, y tantos exemplos para la Compañia.

Bastava este trofeo de la modestia de Francisco para nuestro agradecimiento, y tambien para nuestra enseñança, pues nos advierte, quanto influxo tienen nuestras acciones en los ojos, que nos observan, y miran. Mas no es razon passar en silencio otros testimonios de esta admirable virtud, y mas en vn Varon, en quien la modestia tuvo duplicado el exercicio; porque no hablò solamente con los labios, sino tambien con sus escritos, y supo trasladar a su pluma con la sutileza de sus conceptos, la moderacion, y suavidad de sus palabras. Para esto escogiò por espejo clarissimo, en que mirarse, la modestia del Angelico Doctor Santo Thomàs, que èl engrandecia, y alabava, no menos que su sabiduria, procurando à vn tiempo enriquecerse con su doctrina, y con su perfeccion. Y por quedar mas obligado à imitarle en ella, protestò este su deseo en el primer tomo, que diò à luz, y le cumpliò en todos los demàs, alegando los Autores con sumo decoro, sin destemplarse jamàs contra alguno. Demàs de esto, para mostrar el animo de governarse en todo por tã sublime exemplar, dize assi en el prologo de aquella primera de sus obras. * *En las materias*, que dan lugar a opinion, siguiendo yo la prudencia, y exemplo del mismo Doctor Angelico, he tenido tal defecto, que siempre di el primer lugar à las opiniones mas pias, mas graves, y mas antiguas, anteponiendolas à las que no tienen tanta piedad, gravedad, y *antigüedad*. * De suerte, que ni el deseo de novedades, ni la tenacidad, y porfia en sus primeras resoluciones, le movieron (como en otra parte dixe) à escoger las sentencias que escrivia, ò à desechar las que impugnava, sino solamente el amor sinceriſsimo de la verdad. Y como èsta no se encuentra en los animos turbados, sino en los tranquilos, y serenos; por esso se esmerò en evitar con todo estudio en si, y en sus palabras todo resabio de acrimonia, y mordacidad.

Ni se contentò en esto con solo su cuidado, y cautela, sino que temiendo alguna inadvertencia de su pluma, rogava à los revisores de sus libros, que no solo examinassen sus sen-

ten-

tencias, sino que observassen diligentemente sus palabras, para que si se hallasse alguna voz ofensiva, ò menos atenta, fuesse luego rildada, y corregida. Y aunque procediò con esta vigilancia en todos sus escritos, fue duplicado su desvelo, donde reconocia mayor peligro, de que la pluma se explicasse con algun desabrimiento. Por lo qual, viendo que en los puntos *de Gratia*, por el ardor con que se controvertian entre los Padres Dominicos, y los Iesuitas, era mas facil de encenderse la llama de la emulacion, y de la discordia; no se satisfaciendo, ni del examen riguroso con que pesava, y media sus palabras, ni de la diligencia, que en esto avia encomendado à los Censores de Portugal, encaminò à Roma estos sus libros, para que passassen tan repetidas vezes, por la lima, y por la esponja antes que llegassen à la estampa, y à la publicidad.

Muchas vezes, teniendo à la vista los que le injuriavan en sus libros, y su mano armada, con la pluma, que es la espada con que ofenden, y se defienden los Sabios; con todo esso, estava tan lexos de la vengança, que entonces obedecia con mas rigor à las leyes de la modestia; imitando las benignidades del Cielo, que quando se ostenta armado con el arco de las nubes, entonces anuncia mas seguras sus serenidades. Ni admira menos esta modestia, quando haziendo reflexion sobre sus sentencias, y viendolas impugnadas no tanto con argumentos, como con oprobrios, passa en silencio los oprobrios, y solo desata los argumentos deshaziendo las razones contrarias, y dexando sin lesion alguna à sus injuriadores. Esto es lo que admiro la antiguedad en aquel rayo, que baxò dos vezes sobre Mitridates, Rey del Asia: la primera vez acometiò à su cuna, pero se contentò con abrasar solamente las faxas de su infancia: la segunda vez le assaltò quando Capitan, pero tambien perdonò à su Real persona, y solo abrasò la espada, y demàs armas con que se ceñia.

De la calidad de este inocente rayo era la luz, y sabiduria de Francisco: fuerte, y eficaz para deshazer, y desatar los argumentos, que le oponian, pero inoxia, y benigna para perdonar à los que le injuriavan; porque como su fin era solo el descubrir la verdad, se contentava con deshazer las armas de sus contrarios, y dexava à su paciencia, que se entendiessa

con

con ſus injurias. De eſta ſuerte formo el Padre Suarez en ſus eſcritos vn mar de ſabiduria por lo dilatado, y por lo profundo; pero vn mar donde ſe ignoran las tempeſtades, y los eſcollos; vn mar ſiempre tranquilo, en cuyas riberas parece eſtàn continuamente fabricando ſus nidos los Alciones.

Mas como al mar no le baſta ſu natural tranquilidad, para que no ſe le atrevan los vientos; aſsi no le baſtò à eſte Eximio Maeſtro aquella ſu ingenita ſerenidad, para librarle de hombres borraſcoſos, que con ſus injurias pretendieron alborotarle, aunque jamàs pudieron deſcomponerle. Eſcriviendo vno de eſtos ſobre vna opinion del Padre Suarez, la apellidò pueril, y ſumuliſtica, embolviendo tambien al Autor en los miſmos vituperios que à ſu doctrina. Era eſte ignorante parecido, como los demàs necios, à la inconſtante Luna, q̃ ofendida de ver las ſerenidades del mar, ſe esfuerça à irritarle con ſu alteracion, y deſtemplança. Pero nada pudo conſeguir ſu furor de la immutabilidad pacifica de Franciſco, Occeano profundiſsimo de ſabiduria, y ſiempre en leche por las dulçuras de ſu modeſtia. Antes llegando cierto Maeſtro à dezirle lo que avia notado èn aquel reciente Eſcritor; y abominando de tanta oſſadia, y libertad, quando eſperava q̃ el Venerable Padre ſe movieſſe ya que no à la vẽgança, à lo menos à vna juſta ſatisfacion, ſolo oyò de ſu boca eſta reſpueſta: que ſerìa aſsi: que nc avia tenido ocaſion de leer aquel Autor, y ſin otra ſeña de ofenſion, ni deſprecio de ſu adverſario, ocultò ſu ſentimiento en el pecho con grande admiracion del que con menos prudencia le avia llevado vna tan aſpera noticia: viendo, que en tan publico, y no merecido agravio ſe contentava con padecerle, dexando à los demàs el ſentirle.

Vno de ſus eſcrivientes, que tambien era ſu diſcipulo en Theologia, en oyendo defender alguna opinion contraria à ſu gran Maeſtro, venia luego à darle quenta de quanto avia paſſado, exagerando algunas vezes el caſo (ſegũ deſpues confeſſava) con malicioſa induſtria, para probar haſta donde llegava ſu manſedumbre, y ſufrimiento. Pero con dezirle tal vez algunas coſas que parece avian de herirle, jamàs pudo ſacar de ſu boca ſino eſta reſpueſta: Hijo, eſtà muy bien todo eſſo. Y replicando con impaciencia el diſcipulo: Pues Padre, què tengo de dezir yo para defender la opinion, que me ha enſe-

enseñado V. Paternidad; entonces con la misma paz, y sossiego de animo, respondia: lo que yo dixera es esto, y esto: y aviendo satisfecho à la duda, y explicado con su acostumbrada perspicuidad su sentencia, passava luego à otra cosa, sin mostrar el menor desabrimiento contra los que impugnavan su doctrina; por mas que en el ardor de la disputa se huviesse sopido la debilidad de las razones con la ossadia de las palabras. Con estas, y otras mas publicas experiencias vino à ser en Coimbra tan conocida, y celebrada la modestia del Eximio Doctor, que en el aplauso igualava à su misma sabiduria. El Obispo de esta Ciudad D. Alonso Castel-Branco, viendo que en ella, aunque en Pais estraño resplādecia ya esta luz sin resavio de emulacion, y sin humo de vanidad; solia afirmar, y repetir; que en el mundo no avia otro Castellano tan sabio, tan humilde, tan sufrido, y tan modesto como el Padre Francisco.

Quiero coronar los elogios, que mereciò la modestia de Francisco en Coimbra con vn insigne exemplo que nos dexo de esta virtud en esta Vniversidad de Salamanca Avia aqui vn Maestro, no sè si demàs inchazon que sabiduria, el qual parece queria trasladar à la Republica de los Sabios, aquella tan comun como vil enemistad, que causa la semejança de los empleos, y oficios: èste, sin mas ocasion que ver buscados, y aplaudidos los escritos del Padre Suarez, se empeñava con inutil porfia en abatirlos, no solo con la lengua en conversaciones privadas, sino tambien con la pluma en sus lecciones, que ya corrian impressas. Nada de esto ignorava el modestissimo Padre; aunque vivia ausente de Salamanca, porque ademàs de leerse estampados sus desprecios, era la malignidad muy diligente en celebrarlos. En ellos que menos sentia, era el agravio de su reputacion; pero le afligia mucho la ofensa de la Christiana caridad. Porque como èl mismo asseguro à vno, que se admirava de su paciēcia, al considerar sus injurias, solo se le ponia por delante el daño que se hazian à si sus injuriadores. Y à la verdad, les acontece à estos, lo que à Syla, el mas iracundo de los Romanos, que al grito de sus amenazas, arrojo vna vez la sangre de sus venas, porque las injurias se manchan en la herida de quien las dize, antes de ensangrentarse en la paciēcia del inocēte. Com-

pade-

padecido, pues, de este su voluntario enemigo el suavissimo Padre Francisco, viniendo vna vez à Salamanca, fue su primer cuidado el sanarle de esta mortal dolencia. Y assi, luego que entrò en el Colegio, sin aguardar mas oportunidad, pidiò licencia al Superior, para hazer à este Maestro vna visita. Obtenido el beneplacito de la obediencia, se encaminò à su casa, como si solicitàra el objeto de su mayor estimacion en la presencia de su adversario. El qual, quando supo que el Padre Suarez le buscava, estrañò sobre manera tan no esperada visita. Pero aun mas admirò despues la modestia, la sumission, y cortesia de sus palabras, y mas en vn hombre, que no podia ignorar sus ofensas. Y como se dize, que el iracundo desarma su indignacion, al mirarla en vn espejo; assi mirandose en este espejo de mansedumbre, y serenidad, conociò este Maestro la deformidad de su passion, aborreciò su antiguo aborrecimiento, y le convirtiò en perpetuo respeto, y amor. Assi ganò Francisco à este adversario para Dios, y para si, mostrando en este duplicado trofeo de su modestia, y caridad, que bastava para hazerse amar, el dexarse solo conocer; y que de aquellos solamente podia ser aborrecida su persona, de quienes era ignorada su santidad, su mansedumbre, y su modestia.

CAPITVLO VNDEZIMO.

De su encendida caridad.

PArece se debia el primer lugar à esta virtud, por ser la que entre todas sobresale, ò el vltimo, porque es la que à todas las corona; pero ella en qualquiera parte tiene consigo el solio de su Magestad, y siendo Reyna de las virtudes, no puede parecer mal en medio de todas ellas. Viviò, pues, la caridad en el corazon del Padre Suarez, como el fuego en su propia esfera, arrojando continuas llamas en su voluntad, y purissimas luzes en su entendimiento. Encendiase, ò se avivava este fuego en la Oracion, y durava despues su fervor en las acciones del dia. En todas se mostrava tan recogido, y tan dentro de si, y de su Dios, que

parez

parecia vn hombre todo celestial, y enagenado de las criaturas, en tanto grado, que afirmaron muchos, que con solo verle se compungian, y quedavan estrañamente movidos à devocion. Tenia particulares laculatorias, que arrojava su corazon, siempre armado con estas amorosas flechas, y siempre herido de sus doradas puntas: vnas vezes dezia, hablando con Dios: *Satiabor, cum apparuerit gloria tua*: otras exclamava con S. Pablo: *Cupio dissolvi, & esse cum Christo*: otras con David: *Quid mihi, est in Cœlo, & à te quid volui super terram Deus cordis mei.* Otras, ò Dios mio, y todas mis cosas: y en fin, aun en las ocupaciones exteriores, y en las recreaciones comunes hazia disimuladamente vnas aspiraciones breves, ya levantando los ojos adonde anhelavan sus afectos, ya pronunciando algunas palabras amorosas, por donde respirava suavemente su amante corazon. Viòse el habito, que avia adquirido en este exercicio los dias postreros de su vida, en que su pecho dio las vltimas llamaradas de su amor, pues à qualquiera palabra de la divina Escritura q̃ le dixessen, à qualquier afecto santo que le acordassen, parece que se le derretia el corazon con vna incomparable suavidad. Por esso à los que en esta ocasion interrumpieron su silencio con algunas preguntas, les dixo: Mi Dios, y yo bien nos entendémos; porque estava acostumbrado à aquella delicioſa comunicacion del alma Santa, que le dezia à su Amado: *Dilectus meus mihi, & ego illi.* Todos sus pensamientos eran del Cielo, todas sus palabras de la cercana gloria, (y como afirman en su carta los Padres de Lisboa) aunque congoxado de su mortal dolencia, estava sin el menor rezelo de la muerte, porque la caridad avia expelido de su pecho todo temor.

Quando tratava, y escrivia de las perfecciones divinas, y de los misterios de nuestra Fè, no era con vna esteril especulacion de las verdades catholicas, sino con vn conocimiento fecundo de santos, y fervorosos afectos, bolando su voluntad por la senda, que descubria su entendimiento, amando lo que conocia, y conociendo mas quanto mas amava. Muchas vezes dictando à sus escrivientes, y no pudiendo sufrir, ò disimular las dulçes avenidas del amor divino, callava, y se suspendia por algun espacio. Otras se levantava de su assiento, y se retirava à su interior retrete, y alli, aviendose enternecido,

y regalado con la presencia de vn Santo Crucifixo, bolvia à proseguir sus discursos, despues de aver dado estas treguas al desahogo de su amoroso corazon.

Crecian los ardores de su pecho, quando explicava los misterios en que Dios manifestò mas su caridad inefable con los hombres; como en la Encarnacion del Verbo Divino, en la Redencion de los hombres, en la Institucion de la Eucaristia, y preciosa dadiva de su Cuerpo, y Sangre. Porque aqui, como èl mismo afirmò, parece cobrava nuevo vigor, no solo su espiritu, sino tambien su mismo cuerpo: y à vista de aquel amor eterno, y de la prodigalidad infinita de sus beneficios, le parecian suaves todos los dolores de esta vida, agradables las tareas continuas de estudiar, escrivir, y enseñar: y en fin, gustoso todo trabajo, como pudiesse conducir al desempeño de su agradecimiento. Assi se vè, que en los misterios del Salvador, y en los libros *de vita Christi*, parece echò el resto de su immensa erudicion, sabiduria, y piedad, explicando estos prodigios del Divino Amor con mas profundidad, y latitud que otros puntos Theologicos; sin saber acabar, ni despedirse de ellos, porque no podia apartarse su memoria, ni su pluma de donde estava prisionera toda el alma. En fin, èl iba à vn mismo tiempo escriviendo dos sublimes Theologias: vna en sus libros; otra en su pecho: vna con los caracteres, que trasladava al papel; otra con los que imprimia en el corazon: y como se dize del otro Pintor, que al retratar à la hermosa Campaspe, quedò enamorado de su belleza; assi Francisco al describir las perfecciones de la Divinidad de nuestro Dios, ò las excelencias de la Humanidad de Christo, bebia el fuego mezclado con la luz, y quedava todo èl transformado en lo que amava, y arrebatado dulçemente de lo que entendia.

De aqui nacìò el poner à todas sus acciones, por vnico blanco, el fin de vna perfectissima caridad; buscando en ellas el agrado de aquel Señor, en quien, y para quien vivia, y respirava. Como su principal empleo fue el de la Escuela, era sumo el cuidado de que todas sus tareas fuessen vn continuo exercicio de su amor, y cumplimiento de la divina voluntad. Solo se quexava algunas vezes de las sutilezas, y disputas, llamandolas aridas, y secas; porque le parecia no hallava en

ellas

ellas tanta materia en que cebarse el fuego de su caridad, como si se ocupara en otros ministerios, o en el retiro de su contemplacion. Pero acordandole, que en esto se conformava con el beneplacito divino, luego descansava su amante corazon, como quien avia encontrado con su propio centro. Por esso escriviendo à vn discipulo suyo, desde Coimbra à Mexico, le dize: * *De mi*, no tengo mas que dezir à V. Re-
„ verencia, sino que siempre continùo con esta tahona, y se-
„ quedad de este Escolastico, y en èl creo me ha de coger la
„ muerte, porque, à mi parecer, ella no està lexos. Si con esto
„ se haze la voluntad de Nuestro Señor, no quiero en esta
„ vida otra regla, ni otra mejoria. Los libros se van multi-
„ plicando: V. Reverencia ruege à Nuestro Señor sean de su
„ servicio, y que ninguna otra cosa se busque en ellos: que
„ esto me dà *cuidado*. * Hasta aqui el Eximio Doctor.

En lo qual bien claramente manifiesta, quan asido estava à la voluntad de su Criador, como à regla infable de sus acciones, y quan solicito de que todas ellas se dirigiessen à solo el mayor aumento de la divina gloria. Este era su vnico cuidado en la impression de sus libros; no algun humano interès, ni otro torcido afecto de vanidad. Por esso los hizo el Cielo tan admirables en los ojos de los Sabios, y para toda la Iglesia tan fructuosos. Esta fue tambien la causa, porque huìa con tanto estudio sus aplausos, como quien los avia sacrificado todos al sumo bien. Si se atendiera à su deseo, no huviera puesto su propio nombre en la frente de sus obras, sino el nombre solo de Iesvs, para que si fuessen de algun provecho, fuesse solamente de Iesvs el honor, y la alabãça. Quãdo Horacio Cardon hizo copiar furtivamente su retrato, le dixo, que luego le avia de abrir en vna lamina primorosa, para ponerle al principio de todos sus libros, que esperava dar nuevamente à la estampa. Pero el Venerable Padre le pidiò encarecidamente, que no lo executasse, ni le diesse aquella nueva mortificacion; que para ennoblecer sus escritos, le bastava el nombre de Iesvs, à quien desde que entrò en la Compañia avia consagrado todos sus cuidados: y que solo este sello querìa se gravasse en sus obras, para que el Salvador las reconociesse por suyas. Assi lo prometio Cardon, viendo las instancias, y las veras con que multiplicava sus ruegos. Y

tambien lo cumpliò aſsi mientras durò la vida del Eximio Doctor. Pero deſpues de ſu muerte, le pareciò avia tambien eſpirado ſu promeſa, y obligacion; por lo qual eſtampò ſu retrato en los tomos poſtumos de Franciſco, dando eſte honor à ſu illuſtre fama; ya que quando vivo avia reſervado para ſolo Dios toda la gloria.

Mas no ſe contentavan ſus afectos, con que Dios fueſſe glorificado en ſus acciones, ſino juntamẽte en las de ſus proximos. Deſeava con anſias, ſi fuera poſsible, reducir à todo el mundo à ſu conocimiento, y amor: principalmente à los Hereges, y Gentiles, abrazandolos à todos en el anchuroſo gremio de ſu caridad. Quando ſe tratava de la converſion de la gentilidad, y de los glorioſos trabajos de nueſtros Miſſioneros en las Indias, ſe inflamava, y encendia en vna ſanta embidia de ſus Apoſtolicas empreſſas, y exagerava con tãto ardor, y peſo de palabras, la alteza de eſte miniſterio, de ganar almas para Dios, que ponia admiracion, en quien le eſcuchava, y deſcubria los bolcanes de ſu abraſado corazon. Vno de ſus diſcipulos que paſsò à la convertion de la gentilidad, conſervava en ſu memoria las clauſulas, que ſobre eſto le eſcrivio ſu Amado Maeſtro, como el deſpertador mas eficaz para entregarſe con mayor aliento à eſte glorioſiſsimo exercicio. Del anſia con que ſuſpirava por la reducciõ de los hereges, no es neceſſario otro teſtimonio, que el de aquel prodigioſo libro, que eſcrivio contra los dogmas Anglicanos, donde ſe dixo con verdad, que ſe moſtrava vn ſegundo Aguſtino: porque no ſolo ſe viò en Franciſco renovada el Aguila de la Igleſia para remontarſe en los buelos del diſcurſo, ſino tambien el Fenix del Divino Amor, para abraſarſe en la llama de ſus incendios: y ſi de la caridad de Aguſtino ſe dize, que vencia à ſu ſabiduria, tambien la ſabiduria de Franciſco ſe diò aqui por rendida à ſu ardentiſsima caridad. Aſsi lo moſtrò en aquellas reflexiones, llenas de amor, piedad, y diſcrecion, con que habla, y exhorta al Rey, y à todos ſus ſubditos, à obedecer à la luz de la Catholica verdad, ofreciendo para ello, no ſolo las fatigas de ſu pluma, ſino tambien haſta la vltima gota de ſu ſangre. Aſsi tambien lo manifeſtò en aquel afecto ferventiſsimo, con que embidiò la ſuerte de ſu volumen, quemado en la Plaza de Londres, à manos de la perſi-

perfidia, y del odio contra la verdadera Fè; lamentandose; de que las llamas se enfurecieſſen contra el libro, y perdonaſſen à ſu dueño. Quantas vezes se acordava de aquella hoguera, ofrecia ſu vida en glorioſo holocauſto: y parece deſeava encenderla otra vez con ſus ſuſpiros, para ſer deſpojo de ſu voracidad. Ardia como immortal Salamandra en la memoria de eſte incendio, y deſcubriendo à ſu luz la ceguedad de aquella, dichoſa en otro tiempo, quanto al preſente infeliciſsima Nacion, repetia los mas heroicos esfuerços de la caridad, ofreciendo al Cielo ſu vida, por los que con implacable furor ſe deleitavan en la afrentoſa imagen de ſu muerte.

Eſte zelo ardentiſsimo de la ſalud de las almas, ya q̃ no pudo manifeſtarſe àzia fuera, ſino en ſus eſcritos, hizo de puertas à dentro muy grades efectos. Porque no huvo Colegio, en que aſsiſtieſſe el Venerable Padre, que con ſus exemplos, y palabras no ſe afervorizaſſe, y mejoraſſe. Quando leyo Filoſofia en Segovia, conſervo à ſus diſcipulos en el curſo, como ſi no huvierã ſalido del Noviciado. El era, el que como Padre eſpiritual los alentava, y dirigia. El era, quien les tomava quenta de ſus conciencias, quien ponia remedio à ſus tentaciones, quien dava à ſus deſconſuelos alivio. Y eſto con tanto guſto, y ſatisfacion de ſus almas, que ellos miſmos afirmavan, que teniendo al Padre Francisco por ſu Cõfeſſor, Padre, y guia, no echavan menos el Magiſterio del iluminado Padre Balthaſar Alvarez, à quien avian logrado por Retor, y Maeſtro de Novicios en Villagarcia. Salieron de eſta eſpiritual eſcuela, Varones muy ſeñalados en letras, y virtud: y tres de ellos, que ſobrevivierõ a ſu venerado Maeſtro, hablan con tanto encarecimiento de ſus virtudes, y con tanta devocion, y ternura à ſu ſanta memoria, como ſi le vieran ya colocado en los Altares, y canonizado por la Igleſia.

Eſte miſmo fervor de eſpiritu encendio en Alcalà, Salamanca, y Coimbra; porq̃ ademàs de ſus grandes, y continuos exemplos, eran ſiempre celeſtiales, y divinas ſus converſaciones: y como el gua, que baxa del Cielo, quando ſe enciende en relampagos, ſe dize trae conſigo no sè q̃ ethera virtud para fertilizar los campos, y fecundar las plantas: asſi

assi las palabras del Doctor Eximio recibian del resplandor de sus virtudes vna secreta eficacia, para mover los corazones, y aficionarlos à llevar copiosos frutos de perfeccion, y santidad. Con estas platicas familiares adelantò grandemente en virtud à muchos de sus discipulos en Alcalà: y assi ellos como otros Padres ancianos de aquel Colegio, confessaron, que aviendo tratado con otros Varones de elevado espiritu, ninguno les inflamava mas con sus acciones, y palabras, que el Venerable Padre Francisco. En Salamanca se reconociò el mismo fervor con su presencia; porque, siendo ya Varon consumado, era muy poderosa la fuerça de su exemplo, y se llevava tras si no solo à la jubentud, sino à los Padres de mayor representacion, y ancianidad. Era alli Prefecto de las cosas espirituales el Venerable Padre Luis de la Puente, y proponia à los Hermanos los puntos de la meditacion con grande aprovechamiento de todos. Por lo qual el Padre Suarez, aunque no hablava con èl, ni con los demàs Sacerdotes este exercicio, assistia con todo esso muy puntual, sentandose entre los discipulos, à quien leìa: y escuchando con grande atencion al P. Luis, que tambien avia cursado en su escuela. Hazia esto por su propia, y espiritual vtilidad; pero Dios se lo inspirò, para que se alentassen otros à su imitacion: y assi muchos de los Sacerdotes, y Con-maestros le acompañavan, y oìan aquellas encendidas palabras del V. Padre Luis de la Puente, con las quales se pegò en todos vn fuego divino, y vn fervor estraño, assi para crecer en su propria perfeccion, como para conducir à los proximos à su eterna felicidad.

Semejantes efectos producia el Padre Suarez en todas las personas, que tratava, hora fuesse de lexos por cartas, hora fuesse de cerca con sus consejos, y razones. Buscavanle algunos por cosas temporales; y èl los enderezava à la solicitud, y deseo de las eternas, assistiendoles de tal suerte en las conveniencias humanas, que todas se viniessen à ordenar à la mayor gloria divina. Pero en el exercicio de la caridad con sus proximos fue tan señalado el Padre Suarez, que dexò copiosa materia para muy dilatada narracion. Bien que como en todo mirava por norte el beneplacito divino, aun en lo que solicitava el provecho de los hombres, de tal suer-

te

te ponia en ellos los ojos, que reservava el corazon para Dios: y aun quando el objeto de su amor parecia humano, era el motivo muy superior, y de muy pura caridad.

CAPITVLO DVODECIMO.

De su amor, y caridad con los proximos.

EL Ethna, quando no cabe dentro de si mismo, se vierte en raudales de fuego, desde la cumbre donde arde su bolcan, hasta las llanuras de los circunvezinos valles. Y no de otra suerte el incendio de la caridad, desprendiendose desde el mismo Dios, adonde tiene su esfera, baxa à inflamar las criaturas, sin excluir de su luz, y de su calor las mas humildes, y abatidas. Por esso el amor de Francisco, despues de levantar el buelo hasta el sumo bien, batia sus alas dentro de su inflamado pecho, y hazia brotassen sus ardores àzia sus proximos, buscãdo en ellos nueva materia, con que alimentar el fuego de su caridad. Esta le hazia solicitar en primer lugar el bien de sus almas, y el aprovechamiento en las virtudes: como se mostrò bien no solo en los domesticos, de que ya hemos hablado, sino tambien en los estraños. De estos, los que le trataron con mas continuacion, fueron sus escrivientes, con los quales lo primero, que pactava, era la compostura, y modestia de sus costumbres; y si reconocia en esto alguna falta, la reprehendia à los principios con blandura, despues con severidad; y, sino salian eficaces los remedios, despedia de su compañia al culpado, porque no podia sufrir que estuviesse cerca de si, quien por algun vicio estava lexos de su Dios. En lo demàs disimulava sus descuidos con grande benignidad, y quando alguna vez faltavan à las horas señaladas, aunque sentia vivamente, que se alterasse la serie, y armonia de sus acostumbrados exercicios; con todo esso, jamàs les mostrò en su rostro señal alguna de irritacion. Solo les dezia mansamente: Hijo, os parece que serà bueno esto? Hijo, teneis alguna indisposicion en la salud? Ea, que si teneis salud, lo demàs no importa mucho. De esta suerte les ponia delante de los ojos

su

ſu falta, y con ſu blandura les obligava à la enmienda.

Avia entre los demàs eſcrivientes, vno ya Sacerdote, en lo demàs ajuſtado; pero de condicion mal ſufrida: el qual en ademanes, y palabras ſe olvidava algunas vezes del reſpeto, y atencion, que à tan Venerable Anciano ſe debia. Mas confeſsò, y admirò deſpues èl miſmo, que jamàs avia llegado ſu mal mirada impaciencia à ſacarle al Padre Suarez, ni vna ſeñal de indignacion, ni vna aſpera palabra: lo qual en tiempo muy prolixo, y en ocaſiones quotidianas, y frequentes mueſtra bien los quilates finiſsimos de la caridad, que tiene por atributo, el ſer muy paciente, y benigna. Este miſmo Sacerdote, aviendoſe enojado con otro compañero de pocos años, desfogò contra èl ſus iras con malas palabras, y peores tratamientos. Lo qual ſabido por el Venerable Padre, eſperando à que el colerico Sacerdote eſtuvieſſe capaz de la correccion, y del conſejo, le llamò à parte, y retirandoſe con èl à ſolas, le hizo vna exhortacion à la paciencia, y caridad con ſus proximos, ponderandole la importancia, y neceſsidad de eſta virtud, y la deformidad de ſu exceſſo con tanta eficacia, y energia de razones, y palabras, que el buen Sacerdote quedò no ſolo advertido, ſino avergonçado, y confuſo de ſi miſmo. Deſpues le deſpidiò con grande amor, rogandole que reprimieſſe los impetus de vna paſsion tan arrebatada, que ſaca al hombre de ſi, para transformarle en vna fiera; añadiendo à eſtos aviſos muy oportunos, y ſaludables remedios. Con eſta ſuavidad, y cuidado pudo tanto en todos los que duraron en ſu compañia, que formò de ellos algunos Varones muy ſeñalados, aſsi en ſabiduria, como en virtud. Vno fue Canonigo en Zaragoza, otro obtuvo en Orenſe vna de las Prebendas afectas. Otros conſiguieron ricos Beneficios, y Abadias; porque el cariñoſo Padre, deſpues de averſe deſvelado, en que aprovechaſſen en la Theologia, les aſsiſtia tambien con ſu favor, y con el de perſonas poderoſas, para que lograſſen ſus conveniencias, haziendoles primero benemeritos, para que deſpues fueſſen juſtamente premiados.

Siendo tan atareada ſu vida, y tan de ſu cuidado el retiramiento al eſtudio, y oracion; con todo eſſo, tenia dado orden à los Porteros, que ſi alguno le buſcaſſe para conſultar algu-

algunas dificultades, y cosas de conciencia, ò para escuchar-le en el Confessonario; le llamassen luego al punto, porque se considerava deudor à los ignorantes, no menos que à los sabios: y queria practicar por si mismo, lo que escrivia, y trabajava para otros. Al menor aviso de que le buscavan para este fin, procurava desembarazarse, y acudir con tanta presteza, y solicitud, como quien bolava en las alas de su benefica caridad. Mas aunque era tan veloz, y solicito en enseñar à los que dudavan, no se preciava de muy prompto en resolver sus dudas; antes pedia treguas para desatarlas, no fiandose de su consumadissima sabiduria, ni de la fidelidad de su felicissima memoria. Por esso, consultandole en Santiago muchos casos de conciencia, como à vn Oraculo de doctrina, pidiò se los diessen por escrito, y reservò para Portugal la respuesta: ò fuesse por deprimir la honra, que le hazian con este exemplo de humildad: o porque los que saben mas suelen fiar menos de si mismos: y como tienen mas ojos para el reparo, necessitan de mas tiempo para la resolucion.

Quando se hallava en la quinta de Coimbra, y la soledad, y retiro le davan tiempo, y oportunidad; solia llegarse à las vezinas alquerias, y juntando los rusticos, les declarava los misterios de nuestra santa Fè, y les exhortava à huir todo pecado mas que la misma muerte, valiendose de razones, y de semejanças muy llanas, y comunes, para hazerse entender de su rusticidad, abatiendo el ingenio lo sublime de sus alas, como suele el Aguila para apoderarse de la presa. Estendia tambien su Magisterio à los Sacerdotes, y Parrocos, de los quales algunos estavan no menos necessitados, que sus feligreses. Quiso vna vez el Padre Suarez recõciliarse con vno de estos, antes de celebrar el sacrificio de la Missa: y èl admirado, segun parece, de ver vna conciencia tan delicada, le preguntò por su nombre para conocerle. Advirtiòle Francisco, que esto no importava para el Sacramento; y sin embargo instiò, en que à lo menos le dixesse, qual era su ocupacion en Coimbra. Mas como el Padre le diesse la misma respuesta, se levantò el necio Sacerdote, y dixo: Pues no me quiere dezir su nombre, ni su oficio; ni yo quiero darle mi absolucion; y sin mas esperar, bolviò las espaldas, dexandose de rodillas al Venerable Padre: el qual se levantò con

mucho ſoſsiego, y ſe fue à dezir Miſſa, tan admirado, como compadecido, conſiderando los rieſgos laſtimoſos de las ovejas encomendadas à tan groſero, y ruſtico Paſtor.

Pero mayor fue ſu admiracion, reconciliandoſe otra vez con vn Sacerdote, que ſubſtituìa en vna Igleſia las vezes de ſu Parroco. Reconocio el Padre Suarez en èl tanta inſuficiẽcia, que apenas acertava con la forma de la abſolucion, porque avia neceſsitado de que èl miſmo le dirigieſſe para proferirla: y llevado del zelo de atajar tan lamentables peligros, ſe fue luego à dar aviſo à ſu Cura propio, eſtrañando tuvieſſe vn Miniſtro, en cuya ignorancia peligrava tanto el valor de los Sacramentos, y la ſalud de ſus ovejas. A lo qual reſpondiò el Parroco con mas feo, y pernicioſo error: ò Padre! ya yo tengo muy conocida la incapacidad de eſſe hombre; mas què he de hazer, ſi no quiere ſugetarſe à mis preceptos? Yo le he mandado muchas vezes, que no ſe meta en abſolver à nadie, ſino que oìga ſolamente los pecados, y deſpues me remita à mi los penitentes, para que lleven de mi mano la abſolucion. Entonces aſſombrado el Venerable Padre, le ponderò con grandiſsimo encarecimiento, lo pernicioſo de ſemejante engaño; declarandole que ſolo el Sacerdote, que eſcuchava la confeſsion, podia conſumar con ſu abſolucion el Sacramento. Y aviendole inſtruido por entonces, acudiò deſpues al Obiſpo de Coimbra, dandole noticia de lo que en aquella parte de ſu Dioceſi avia eſtendido ſu imperio el error, y la ignorancia. Encargòle la promptitud, y eficacia del remedio, pues era tan preciſa la neceſſidad, y tan arrieſgada la detencion. Vno, y otro executò aquel Prelado, como la gravedad de eſta materia lo pedia, no acabando de alabar el zelo, y la caridad del ſapientiſsimo Padre, y afirmando, que mucho mas le admirava mientras inſtruìa aquellas rudas almas en los primeros elementos de nueſtra Fè, que quando enſeñava en las eſcuelas los ſecretos mas altos de la Theologia.

Hallandoſe en otra ocaſion de vacaciones en vna quinta, ſupo que avia no lexos de allí vn pobre muy enfermo, que por ſer contagioſo ſu mal, eſtava deſtituido de todo humano conſuelo; huyendo haſta los mas propios de ſu villa, y dexandole en manos de ſu afliccion, y de ſu peſtilencial dolencia.

cia. Enterneciòse el Venerable Padre, al oyr esta noticia lastimosa, y determinò yr luego à su pobre albergue, para llevarle, ya que no la salud del cuerpo, à lo menos la del alma. Detenianle algunos, poniendole delante de los ojos su peligro, y la eficacia del contagioso mal; y mas en la estrecha habitacion de aquel pobre, donde siendo forçoso el respirar, parecia inevitable el morir, pues bastava solo el aliento, para concebir el contagio. Pero venciò todos estos horrores la caridad de Francisco. El qual inflamado con el fuego del Divino Amor, dezia con grande afecto à los que le detenià: Dexadme, Hermanos: ò quanto mas importa la salvacion de esta alma, que la vida, que yo pongo à peligro, porque consiga su eterna felicidad! Con esto se partiò adonde yazia aquel miserable, consolole con sus dulcissimas palabras, dispusole para vna dolorosa Confession, oyòle muy de espacio, supliendo lo que no alcançava su ignorancia, y lo que imposibilitava su dolencia, y al cabo le diò la absolucion sacramental, sin que en tanta detencion, y cercania se le pegasse el contagio; porque la caridad, que se precia de ser tan fuerte como la muerte, preservò de todos estos riesgos su vida, guardandola para que con triunfo mas glorioso se expëdiesse, no ya por el remedio de vna alma, sino por la vtilidad y defensa de la Iglesia.

Semejante al passado, aunque mas doloroso para el Venerable Padre, fue vn exemplo de invencible paciencia, y caridad con sus proximos, del qual depuso muchos años despues el Padre Gaspar de Avila; cuyo testimonio quiero poner aqui, por dar mas autoridad à su narracion. Escrive, pues, assi en carta para el Padre Antonio de Arana, diligente Historiador de las eximias virtudes del Padre Suarez: * *Saliendo* „ vn dia de casa el Padre Francisco, le acompañava yo, que „ era entonces discipulo suyo. Y no lexos de casa encontra„ mos à dos hombres ordinarios, que reñian con gran furor, „ y tenian ya ensangrentadas las manos, y los rostros. Llegò „ el Padre Suarez, à querer despartirlos, y con eficacia, aun„ que con vna paz de Paloma, les pidiò que cessassen de re„ ñir. Luego el Padre apartò al vno, y yo al otro; pero èste, „ desasiendoseme, bolviò como vn Leon à acometer à su „ compañero, y en vez de herirle, descargò sobre el Padre

„ Suarez à puño cerrado vn golpe tan grande, que le dexò la „ boca vañada en ſangre, y el carrillo derecho tan laſtima- „ do, y acardenalado, que parece queria tambien rebentar „ la ſangre, por muchas partes. Pero el ſanto Padre no hizo „ en eſta injuria ni vna minima ſeñal de ſentimiento, eſtan- „ do tan mal herido. Viendole yo aſsi, dixe à los que reñian: „ Hombres, no aveis viſto, como aveis parado à vn Padre tan „ venerable como èſte? Y bolviendoſe muy compungido el „ que le avia herido, ſe laſtimò mucho de verle aſsi: y lo que „ nueſtros ruegos, y diligencias no avian podido recabar de „ ellos, para que no riñeſſen, conſiguiò el exemplo de hu- „ mildad, y manſedũbre con que vieron avia recibido aquel „ Angel vna tan dolorosa injuria. Y aſsi, echandoſe à ſus „ pies el agreſſor, le pidiò perdon de lo que avia hecho con „ grande rendimiento. Mas el Padre con vna boca de riſa „ le reſpondiò: Iesvs, hermanos, ſean ellos amigos, no riñan, „ ni ofendan à Dios, que aqui no ay otro hierro ninguno. Y „ aſsi como eſtava, les hizo, que ſe perdonaſſen, y abrazaſ- „ ſen, y con eſto ſe fueron muy amigos, y admirados de la „ humildad del Padre.

Proſeguimos con eſto el camino; pero en èl le dixe, y „ pedì, que nos bolvieſſemos à caſa, para aplicar algun reme- „ dio al carrillo, que eſtava muy mal tratado: à lo qual me „ reſpondiò muy riſueño: O mi Hermano Gaſpar! el reparo „ ha de ſer del Cielo, recibiendo ſu Mageſtad eſta migajuela „ de dolor en ſervicio ſuyo; y levantando los ojos al Cielo, „ añadiò: Pluguieſſe à Dios, Hermano chariſsimo, que aun- „ que à trueque de muchos bofetones, puñadas, y deſprecios „ mios, pudieſſe yo evitar alguna ofenſa ſuya. Pues lo que „ fue de maravillar, es, que con poner vn pañuelo ſolo en la „ mexilla, como ſi le doliera alguna muela, dentro de poco „ rato, ſe le ſoſſegò la ſangre, y quando bolvio à caſa, ya no „ traìa, ni raſtro del golpe, y cardenal, con aver ſido tan „ grande, que parecia, como dixe, querer reventar la *ſangre*.* Haſta aqui la relacion del Padre Avila.

En la qual claramente ſe deſcubre, quan hondas raizes tenian en el alma del Eximio Doctor las virtudes de la hu- mildad, y paciencia; pues en vn ſuceſſo en que el agravio, y el dolor llamavan con tanta fuerça à vna ſubita indignacion, eſtu-

estuvo tan lexos de su pecho, y de su semblante la ira, que antes manifestò en vno, y otro vna risueña serenidad.

San Pabio alabò mucho à los Corinthios, porque siendo sabios, sufrian de buena gana à los ignorantes: *Libentèr sufferetis insipientes, cum sitis ipsi sapientes.* Y despues de aver ponderado como toleravan à quien los aprisionava, à quien los destruìa, y à quien los robava, pone por el vltimo esfuerço de su paciencia, el recibir injurias en su propia cara: *Si quis in faciem vos cædit*: esta fue la tolerancia del Padre Suarez, que siendo sapientissimo, recibiò con rostro sereno el golpe de vn hombre vulgar, y necio, aun quando no estuviera furioso. Por esso aunque alegre con el agravio, no ofreci, de nuevo el otro carrillo, pues ni lo sumo de su paciencia podia crecer, ni necessitava de dar la otra mexilla, quien, como el Salvador, deseava entregarse todo à las afrentas. 2. ad Corinth. capit. 11.

Demàs de esto, descubriò en este successo el Venerable Padre la luz sobrenatural, para anunciar la celestial medicina de tan vehemente confusion, diziendo, que su curacion, y reparo avia de ser del Cielo, como lo mostrò el efecto de su inopinada, y prompta sanidad. Verdaderamente fue tan singular el remedio, y el vaticinio, que no necessitan de mucha credulidad, para que los juzguemos milagrosos: pues en quien tan heroycamente supo vencerse à si mismo, deben mirarse los prodigios como admirables; pero no como estraños.

Con todo esso, sobresaliò aqui mas que las otras virtudes, aquella ardiente caridad con que Francisco deseava estorvar las ofensas de su Dios, y conducir las almas al Cielo. Esta fue la que le moviò à la pacificacion de vnos hombres del todo despreciables, sino es à los ojos de quien mirava en sus almas el precio malbaratado de nuestra redencion. Ella fue la que despues de aver vẽcido su ferocidad, aunque à costa de dolor, y sangre, prorumpiò en aquellos afectos de padecer los mayores, y mas dolorosos baldones, no solo por ganar vn alma, sino porque Christo no fuesse ofendido con vna sola culpa. Ella, en fin, le hizo gozarse en la bofetada de su venerable rostro, como en la mas gloriosa semejança con Christo, començando à lograr por la comunicacion de sus penas, aquella feliz transformacion de los que le miran en el Cielo cara à cara.

CA-

CAPITVLO XIII.

De la benignidad con que favorecia à todos, de su misericordia con los necesitados, y despego de sus deudos.

COmo la caridad es tan benigna, no sabe amar à los proximos, sin compadecerse de sus necesidades, y sin solicitar sus conveniencias. Estas procuro Frãcisco con tanto cuidado, quanto fue el descuido que tuvo siempre de si mismo. Veinte años le assistiò su Compañero en Portugal: y siendo assi, que vivia pegado à su aposento, para acudir à quanto se le ofreciesse de noche, y de dia; con todo esso, el Venerable Padre le llamava con vna seña por el dia; pero en todo este tiempo, aunque padeciò graves accidentes, jamàs quiso despertarle, ni llamarle de noche. Muchas vezes le hallò el Hermano por la mañana afligido con la acervidad violenta de la piedra, y quebrantado de otros dolores, que necesitavan de prompto remedio, y aunque se quexava amorosamente de que no le huviesse llamado, pues debia estar tan satisfecho de su afectuoso cariño; nunca el Venerable Padre quiso valerse de su experimentada caridad, por no privarle de su descanso. De esta suerte, quando alguno de sus muchos dolores le acometia de noche, la passava toda alabando à su Dios, porque le regalava con las experiencias de su cruz, sufriendo la dilacion de su alivio, por no dar vna leve molestia à su Hermano. Si alguno de sus discipulos venia à consultarle sus dudas, como à Maestro, y por estar embarazado le despedia; quedava siempre con grande desasosiego, por no averle entonces escuchado: y luego que cessava la ocupacion, le embiava à llamar, y le pedia perdon con tantas veras, como si le huviera en algo ofendido: y en fin, aviendole satisfecho à sus dudas le dexava admirado de su benignidad, y muy obligado de su dulçura, y amor.

Pero donde mas benigna, y misericordiosa se mostrava su caridad, era à vista de los pobres, y afligidos, cuyas calamidades le enternecian el corazon, y parece le necesitavan

à

à buſcar ſu remedio. Pidiò, y obtuvo licencia de nueſtro Padre General, para expender entre pobres todo el dinero que ſe percibieſſe de ſus libros. Y aunque algunos de ſus parientes quiſieron encargarſe de ſu impreſsion, rogandole, que les cedieſſe ſu vtilidad; no lo pudieron conſeguir del Venerable Padre, el qual ſe eſcuſava, diziendo que por entonces no ſe hallavan neceſsitados, y que ſolo eran ſus acreedores los pobres, y meneſteroſos. Y à la verdad, podemos afirmar, que el Padre Suarez, ſuſtentò à muchos delvalidos, no ya con el trabajo de ſus manos, ſino con el ſudor de ſu entendimiento, que es ſin duda, el mas eſtimado, y precioſo. Caſi todas las grandes ſumas que produxeron ſus celebradiſsimos eſcritos, ſe emplearon en ſocorrer neceſsidades; y deſpues que para eſte fin obtuvo ampliſsima licencia de nueſtros Superiores, eſtendiò las velas de ſu liberaliſsima compaſsion. Supo de vn Hermano de la Compañia, q̃ ſus Padres ſe hallavan en grande pobreza, y Franciſco compadecido de ſus trabajos, que eran muy grandes, les ſocorrio con mas de dos mil ducados: limoſna digna de la liberalidad de vn Principe, ſi biẽ à la caridad de nueſtro Eximio Maeſtro, aun le parecio muy eſcaſa: à otros dio trecientos ducados: à otros ducientos, proporcionando las dadivas con la miſeria, y calidad de las perſonas.

Avia en la Provincia de Portugal vn ſugeto de grandes prendas, el qual bazilava en ſu vocacion por ver à ſus hermanas en grave neceſsidad: juzgando debia arrojarſe al golfo del ſiglo para favorecerlas, y para darles la mano. Noticioſo de ello el Padre Franciſco, le ſocorriò luego con mil ducados, ofreciendo buſcarìa todo lo demàs, que para ſu remedio fueſſe preciſo: y de eſta ſuerte librò à las doncellas de la afliccion en que ſe hallavan, y à ſu Hermano de la tentacion que padecia, logrando en vna ſola limoſna multiplicado el fruto de ſu benefica caridad. Repartiò tambien otras grueſas cantidades, para recoger pobres virgines en Religioſos Monaſterios, quedando entonces mas alborozado ſu corazon por librarlas de los peligros del mundo, y por dotarlas para eſpoſas del celeſtial Cordero.

El numero de otras limoſnas menos quantioſas, quien le pondrà contar? Quando caminava, parece no llevava otro cui-

cuidado, que el de los pobres. Al ſalir de la poſſada, preguntava à ſu Compañero, ſi llevava moneda vſual, y menuda, para ſocorrer à los que encontraſſen. Y ſi alguna vez ſe deſcuidava en eſta prevencion, le mandava dar las monedas de plata, aunque les huvieſſen de hazer falta para el viage; porque era ley inviolable de ſu caridad, el que ningun pobre fueſſe vazio de ſu preſencia. Paſſando vna vez por la Ciudad de Braga, ſupo que el Retor de nueſtro Colegio tenia vna crecida ſuma, para repartir à pobres, de orden del Prelado de aquella Igleſia, que eſtava auſente en la Corte. Pidiò el Venerable Padre le dieſſe buena cantidad, para expenderla en los Lugares por donde avia de paſſar; y aviendola obtenido, la fue diſtribuyendo con gran conſuelo de ſu compaſſivo corazon, porque empezava à lograr el premio de la limoſna en el deleite de repartirla.

Mas con ſer tanto lo que dava, era mucho mas lo que deſcava dar: y como en los codicioſos crece el deſeo de la hazienda, quanto la miſma hazienda crece; aſsi en Franciſco ſe aumentava el anſia de diſtribuir, y favorecer, quanto mas favorecia, y diſtribuìa. No llevava el ſalario de ſu Cathedra de Prima, conforme à lo que diſponen nueſtras Conſtituciones. Mas el deſeo de ſocorrer à los deſvalidos, le hizo proponer à nueſtro Padre General, que ſerìa bien acetar el eſtipendio, para ſolo eſte fin. No ſe admitiò eſta propueſta, porque el recibir, ſerìa notorio, y el motivo, como oculto, quedarìa al arbitrio de la buena, ò mala intencion. Mas con todo eſſo, procurò el Venerable Padre reſarcir lo que por eſta parte ſe defraudava à los pobres, tratando de ſu alivio con el Retor de la Vniverſidad, con el Obiſpo, y con otras perſonas Eccleſiaſticas, exhortandoles à que los remediaſſen; y pidiendo muchas vezes limoſna, para poder hazerla deſpues, vſurpando à los pobres el oficio miſerable de pedir, para lograr duplicada la gloria de favorecer ſus neceſsidades.

Admirava mas eſta largueza con los pobres, en quien era tan eſcaſo conſigo, que no permitia ſe gaſtaſſe en ſu perſona, ni la cantidad mas pequeña, como quien ſolo queria para ſi la deſcomodidad de la pobreza, ſin participar de los alivios con que ſocorria à otros pobres. Iuntava à eſto vn linage de deſamor con ſus parientes, que parecia crueldad, mi-

rans

randolos como mas eſtraños, porque la carne, y ſangre los avia hecho mas propios. Pero permitio Dios, que vno, ù otro viniesſe à padecer grande pobreza, para que emparentaſſen con ſu caridad. Vn Cavallero muy cercano al Venerable Padre, deſpues de aver caìdo de vn eſtado muy proſpero, y abundante, vino à morir en tal pobreza, que dexò ſu caſa en ſuma neceſsidad, y à ſus hijas caſi ſin otra herencia, que la de ſus infortunios. Acogierõſe las honeſtiſsimas doncellas à la ſombra de ſu Venerable tio el Padre Franciſco, dandole noticia del deſamparo en que las avia dexado la muerte de ſu Padre, ſin tener otro recurſo, ni otra eſperança, que la memoria de ſu piedad. Compadeciòſe el Padre Suarez de ſu pobreza, y de ſu peligro, y luego diò orden para que ſe recogieſſen en vn Monaſterio, donde al tiempo competente les diſpuſo la dote neceſſaria con grande conſuelo de ſu corazon, por ofrecer con vna ſola limoſna Eſpoſas à Chriſto, victimas à ſu Templo, y multiplicados exemplos de caridad, y miſericordia para con los ſuyos.

En otra ocaſion ſocorriò tãbien à vn ſobrino ſuyo, ya Sacerdote, porq̃ neceſsitava de ſu favor, no ſolo para ſi, ſino tãbien para otros hermanos que tenian libradas ſus eſperanças en ſu conveniencia, y en ſu fortuna. Avia eſte obtenido en Roma vna Prebenda de la Santa Igleſia de Palencia; pero ſe hallava atajado por la cortedad de ſus creditos, para el deſpacho de las Bulas. Acudiò en eſte conflicto al Venerable Padre, pidiendole, que pues ſolo el nombre de pariente ſuyo le avia facilitado en la Corte Romana ſu pretenſion; le ſocorrieſſe aora con alguna cantidad, ya que no como à pariẽte, à lo menos como à extremamente neceſsitado. Condeſcendiò el Venerable Padre con ſus ruegos, y le hizo à èl, y à ſus hermanos eſta limoſna; pero advirtiendole, que èſta no era dadiva, ſino empreſtito: porque en percibiendo los frutos de ſu Prebenda, ceſſaria ſu neceſsidad, y entonces tendria obligacion à reſtituirle, lo que al preſente le ofrecia, pues no podia èl defraudar de eſta cantidad à los pobres de Chriſto, porque vn pariente ſuyo vivieſſe acomodado, y abaſtecido. Con eſta cautela procedio en la aſsiſtencia de vna perſona tan propia, el que ſe moſtrava con los demàs tan liberal, y generoſo: porque como era en ſus coſas tan medido, y tan par-

co, observava esta misma ocasèz, donde descubria algo de si mismo.

Ni se quedò esta obligacion en solas palabras, porque poco antes de su muerte, empezò su sobrino à darle cumplimiento: y el Venerable Padre, al tiempo de su transito feliz, advirtio à los Superiores, como los pobres eran acreedores de aquella deuda, contra este Prebendado pariente suyo: y que por tanto la cobrassen dèl enteramẽte, si fuesse posible, ò à lo menos la mitad, si pareciesse, se le podia perdonar lo restante, como à vno de los demas necesitados. Lo qual causò no pequeña admiracion, viendo tanto desasimiento de todo afecto natural, y tan escrupuloso cuidado, en que la liberalidad con los suyos no passasse de limosna, para que quedasse dentro de los limites de su caridad. Fuera de estas dos ocasiones se mostrò severo, y inexorable à semejantes ruegos. Y assi à este mismo Cavallero, que en otra ocasion le representava la cortedad de su renta, y le pedia le consiguiesse alguna pension, para ocurrir à sus muchas obligaciones; le respondiò el Venerable Padre estas palabras: * *Prevengo* à „ V. merced, y generalmente à todos, que yo no puedo ale„ gar servicios, ni me puedo hazer pretensor de pensiones, ò „ otros ascensos para V. merced, porque ni mi estado, ni mi „ edad, ni mi retiramiento lo *llevan*. * Con esta resolucion cerrò la puerta à semejantes suplicas de sus deudos, ayudandoles solamente con el consejo, y direccion de sus prudentissimas cartas, y con fervorosas oraciones, que en ellas le prometia, para que de tal suerte atendiessen à las conveniencias de este mundo, que les sirviessen de escalon para las del Cielo. Y parece que tomò Dios por su quenta el premiar este despego con que Francisco encomendò à la Providencia Divina el remedio total de lo que entonces padecia su ilustre Casa, diziendole con David: *Tibi derelictus est pauper*; porque no solo se mantuvo en su antiguo esplendor, sino que al presente le goza continuado con nobilissimos casamientos, y engrãdecido con vn titulo de Castilla, por merced de nuestro Catholico Rey Carlos Segundo, en atencion à solos los grãdes blasones, y meritos de tan esclarecida estirpe: y tambien à los servicios que hizo el Eximio Doctor à su Corona, en tiempo del señor Rey Felipe Tercero. De suerte, que lo que

Fran-

Francisco executò en obsequio de su Dios, y de su Rey, lo remuneraron entrambas Magestades en su ilustrisima Familia, premiando el Cielo lo que acertò à merecer por lo que supo olvidar, y favoreciendo à su casa como mas suya, al passo que Francisco la mirava como mas estraña.

Esta misma estrañeza professò tambien con el Hermano Gaspar Suarez de Toledo, el qual como en otra parte diximos passo al nuevo mundo, deseoso de conquistar almas para el Cielo. Pero antes que el Superior le señalasse, quiso explorar la voluntad del Padre Suarez, y assi le pregunto, què sugetos seria bien destinar para esta dificil, y Apostolica empressa? A lo qual respondio Francisco, que entre los primeros se le ofrecia su Hermano Gaspar, con tal que Dios le inclinasse à tan alta dicha, y le quisiessen los Padres, que de aquellas remotas Regiones avian venido por socorro de Evangelicos obreros. Todo sucediò assi; y sabiendo el Padre Suarez los fervores de su Hermano, se alborozò sobre manera, y estuvo tan lexos de sentir su ausencia, que antes la celebrò con vna santa embidia; porque como su cariño era tan limpio de todo resabio de carne, y sangre, admitiò gustosissimo el despedirse dèl, para no verle mas en esta vida, por la esperança de mirarle coronado de muchos triunfos en el Cielo.

CAPITVLO XIV.

Quanto zelò Francisco el credito ageno, y quan amante fue del silencio, y soledad.

ANtes de despedirnos de la caridad, con que Frãcisco, descuidando de si, y de sus cosas, atendia à las conveniencias de sus proximos; es fuerça referir otro efecto de esta virtud, en que maravillosamente se señalò. Sufria el Venerable Padre sus injurias, como vn mansissimo Cordero, fiando muchas vezes el crédito de su persona de solo el testimonio de su propia conciencia. Pero esta mansedumbre de Cordero, para disimular los agravios de su fama, se convertia en severidades de Leon, quando pe-

ligrava el honor, y credito de ſus proximos. Nadie fue jamàs reprehenſible en ſus labios, nadie ignorante, nadie inhabil, y de rudo ingenio; antes bien aun de aquellos, à quienes otros tenian en vaxo concepto, ſolìa èl hablar con grande eſtimacion, y decoro: atajando con ſus alabanças la murmuracion que amenazava à ſus talentos. Sucediò varias vezes, q̃ ſe deſmandaſſen en ſu preſencia algunas lenguas maldicientes contra el pundonor, y credito ageno; y el Venerable Padre, que era enemigo implacable de ſemejante vicio, al pũto que empezava eſta plarica, parecia transformarſe en otro hombre: porque ſiendo tan dulçe, y agradable para con todos; ſe revestìa de vna triſte ſeveridad, y moſtrando en el ſemblante ſu oſenſion, reprehendia al que hablava con vn ſilencio no menos firme, que eloquente.

De eſta ſuerte deshizo muchas murmuraciones, como el viento que ſopla del norte, ſuele desbaratar las tempeſtades, porque à los mas ardientes ſe les elavan las palabras con ſolo mirarle, y ſin eſperar mas oportunidad divertian à otra parte la converſacion, huyendo la nota de murmuradores, aunque paſſaſſen por la de menos diſcretos.

Pero ſi tal vez no aprovechava eſta tacita correcciõ, para freno de la maledicencia, rompia el ſilencio, y diferenciava de lenguage, dando à entender en la ſeveridad de ſus palabras, el diſguſto con que avia callado, y la demaſiada tolerancia, con que avia ſufrido la murmuracion. Ni ſe acobardava eſta libertad Chriſtiana, aunq̃ ſe hablaſſe con perſonas de reſpeto, y autoridad; porque entonces le parecia mas perjudicial eſte vicio de la lengua, y aſsi no temiá malquiſtarſe con la corteſania, à trueque de no dexar quexoſa la caridad. Hallavaſe en cierta ocaſion à la meſa de vn Prelado Eclesiaſtico, à cuyas inſtancias avia diſpenſado en a vez en ſu retiro, aunque no en ſu acoſtombrada abſtinencia: y como la murmuracion ſuele introducirſe en los combites con trage de diſcrecion, y feſtividad, ſe empezò à deſmandar la platica de los combidados, contra vn Cavallero, à quien el Padre Suarez conocia mucho. Al principio procurò defenderle de ſus lenguas, deshaziendo, y eſcuſando los defectos que le oponian. Pero como ni el contradezir, ni el callar, ni otras ſeñas de deſazon fueſſen baſtantes para reprimir eſta licencia,

cia, le pareciò al Venerable Padre, que avia dado lo que bastava à la alegria del combite, y al reſpeto del Prelado, que le honrava con ſu meſa: y aſsi bolviendoſe à èl con roſtro grave, y meſurado, le dixo: Señor, yo tengo muy conocido à eſſe Cavallero, y sè que es agraviado injuſtamente, por tanto, ò ha de ceſſar eſta platica, ò yo dexarè la meſa, y el favor que recibo de V. Iluſtriſsima. Enmudecieron à eſtas palabras los maldiciẽtes, helòſe la murmuracion, y el Obiſpo, aunque era comprehendido en la culpa, y en la advertẽcia, toda via no ſe diò por ſentido de la Religioſa libertad del Padre Suarez, antes la alabò mucho, y añadiò con diſcrecion, y cordura: que de alli adelante eſtimaria mucho mas la amiſtad, que profeſſava con el Padre Franciſco, pues conocia q̃ tenian en èl ſus amigos vn tan valeroſo defenſor. Con eſta tan feliz, como animoſa reſolucion, aſſegurò la fama del auſente, y miro por la conciencia de los circunſtãtes; moſtrando aqui, que era verdaderamente otro ſegundo Aguſtino de la Igleſia: renombre que le diò el Obiſpo de Coimbra por ſu zelo, y ſabiduria, y que no menos le mereciò por el valor, con que, como aquel gran Padre, auyento la murmuracion de ſu meſa. Bien que huvo eſta diferencia entre vno y otro Auguſtino: que el primero podia dar leyes, como Prelado; el ſegundo debia recibirlas como humilde Religoſo. El primero era dueño del combite; el ſegundo ſe mirava en èl como hueſped, y eſtraño: mas como à peſar de eſtas deſigualdades reynava vn miſmo eſpiritu de caridad en entrambos, por eſſo hablaron los dos con vn miſmo imperio, y ſe admiro renacer en Franciſco aquel Fenix de la Igleſia, no ſolamente con ſu pluma para imitarle en los eſcritos, ſino tambien con ſu voz, para renovar ſus exemplos.

Por eſtos, y ſemejantes peligros de la lengua, era el Padre Suarez zeloſiſsimo de ſu retiro, y de ſu ſilencio. Aviaſe negado à todo genero de viſitas, que no fueſſen muy vtiles, y neceſſarias, y eſtava tan lexos de buſcarlas fuera de caſa, que aun ſe retirava de la converſacion de los domeſticos, moſtrandoſe ſiempre ſumo apreciador de los inſtantes del tiempo. Ni hazia eſto con ofenſion moleſta de los que neceſsitavan de ſu ſabiduria, y de ſu perſona; antes era humaniſsimo con los que le buſcavan para conſultarle; y con los que le

com-

combidavan, para que autorizaſſe ſus funciones literarias, cõ ſu preſencia; porque ſu corteſia igualava à ſu humildad, y ſe eſmeravа en honrar à todos, ſin atreverſe à dexar deſconſolado à ninguno. En lo demàs eſcuſava toda converſacion, aun con los mas amigos; y ſabian todos, que ſino es con negocio preciſo, le ſervian no de diverſion, ſino de tormento.

Solia venir con frequencia à nueſtro Colegio el Iluſtriſſimo Obiſpo de Coimbra, grande amigo, y venerador del Padre Suarez; mas aunque deſeava mucho oyr ſus palabras, con todo eſſo, ſe privava de eſte guſto, por no interrumpirle ſu amada ſoledad. Y aſsi, paſſando por donde el Padre vivia, abria la puerta de ſu eſtancia, y ſin entrar adentro, le ſaludava, y ſe informava de ſu ſalud; y hecho eſto, ſe deſpedia de ſu amantiſsimo Amigo, y cerrava la puerta, ſin permitir, que le acompañaſſe; diziendo que no queria por ſu interès particular, defraudar vn ſolo punto à la vtilidad comun: y que quitarle al Padre Suarez vna parte del tiempo, aunque fueſſe muy pequeña, era hazer vna grande injuria à la Igleſia, la qual no lograria otro Doctor ſemejante en muchos ſiglos; y en fin, que teniendo dedicada toda ſu vida à merecer el Cielo, y enſeñar al mundo con ſus eſcritos, y trabajos, debia eſtimarſe qualquiera inſtãte ſuyo à precio de vna glorioſa eternidad.

Con eſta abſtraccion, y retiro, facilmente ſe puede entender, quan atento eſtaria el Padre Suarez à medir ſus palabras con las leyes mas ſeveras del ſilencio. Admiracion cauſa lo que depuſo con juramento vn Sacerdote, ya conſtituido en dignidad. Dezia èſte, que aviendole aſsiſtido muchos años, como eſcriviẽte ſuyo, jamàs le oyò vna palabra ocioſa, ni levemente culpable. Parece avia traſladado à la pluma todo el oficio de la lengua: y aſsi podemos dezir, que fue tanto lo que callò ſu lengua, quanto lo que eſcriviò ſu pluma. Aun quando no podia eſcuſar el hablar, eran ſus palabras muy pocas, porque eran ſolamente las preciſas, y entonces procurava, que en lo ſumiſo de ſu voz ſe eſcuchaſſe tambien la armonia de ſu religioſa humildad. Quando le conſultavan algun negocio, obſervava eſta miſma brevedad de razones; aſsi por ahorrar tiempo, como por no deſperdiciar ſus palabras, y tambien, porque como Varon tan ſabio, y prudente, en-

entendia bien el arte dificil de hablar poco, y dezir mucho. Siempre que salia de su aposento, iba acompañado de algun pensamiento fructuoso, ò fuesse espiritual, o fuesse escolastico: y era tanta su abstraccion, y compostura, que no solo embarazava se llegassen otros à hablarle, sino que bastava su vista, para que los que hablavan, dexassen la conversacion, escuchando los avisos de su obligacion, en la muda voz de su silencio; y aficionandose al recogimiento con solo mirarle tan recogido.

Muchas vezes le sucedió en las visitas inevitables de personas ilustres, callar por largo espacio; porque el pensamiẽto le llevava muy lexos de la platica, en que se hallava, de suerte, q̃ no podia dar razon de lo que se avia tratado. Aconteciale esto principalmente, quando salia de su oracion profunda, y retirada; porque acostumbrado à la soledad, donde habla Dios al corazon, no parece que acertavan sus oìdos à escuchar à los hombres; y aunque se hazia fuerça para atender à sus palabras, al cabo prevalecia la violencia de sus pensamientos. Esta misma enagenacion solia nacer tambien de la intensa especulacion, con que discurria, y apurava las verdades Theologicas; en cuya elevada meditacion se hallava à vezes tan embebido, y absorto, que aun llamandole à vozes, no oìa, ni respondia; y parece no estava en si mismo, por estar mejor en su principal ocupacion.

Ni se estrechava su silencio à solos los claustros Religiosos; tambien le acompañava en el bullicio de las Ciudades, y en el desahogo, y libertad de los caminos. Si andando por las calles de la Ciudad, le hazia su Compañero alguna pregunta, le atajava con vna respuesta brevissima, sin permitir se alargasse la conversacion, aunque la calle fuesse despoblada, y sin gente; porque no callava solamente por edificar à los que le miravan, sino por no interrumpir la materia en que discurria. En sus jornadas procurava siempre apartarse de los Compañeros, y passava casi todo el dia en silencio, y soledad, teniendo èste por el mayor alivio en las molestias de los largos caminos; porque assi quedava desembarazado para la oracion, y para el estudio, sirviendole su prodigiosa memoria, de libros por donde leìa, y de papel donde depositava lo que despues avia de dictar à sus escrivientes. En la posa-

posada, donde era precisa la detencion, procurava todo lo posible huir del bullicio, aunque fuesse à costa de mucha descomodidad, teniendo por el mas commodo aquel quarto, donde era mayor el retiro, y menos dificil el silencio.

Huyò tambien de toda comunicacion por cartas, sino es que fuessen muy precisas, negandose à qualquiera correspondencia, que no tuviesse por empleo la caridad, y por fin à Dios. Aviendo tratado en Roma, y en España con personas de la primera estimacion, y sabiendo la que hazian de su persona, y sabiduria; con todo esso, estuvo tan lexos de cultivar por cartas su amistad, que sino es consultado en algun negocio grave, jamàs tomò la pluma para escrivirles. Pidiòle vn deudo suyo, le favoreciesse con el Duque de Lerma en cierta pretension; pues era notorio que le avia deseado tener consigo en la Corte, llamandole repetidas vezes à su palacio, y regalandole con grande afecto en su mesa. A lo qual responde en vna suya el Venerable Padre, que no podia negar la merced, que el Duque le avia hecho; pero que ya estava enagenado de toda correspondẽcia, y comunicacion assi con èl, como con otros Señores: por lo qual no dava lugar su abstraccion, y retiro à mezclarse con cartas, y intercesiones en semejante negocio.

Con los demàs parientes suyos, que frequentemente le escrivian, cercenava tambien las respuestas todo quanto la piedad, y caridad le permitian. Despues de aver recibido muchas cartas suyas, solia satisfacer à todas ellas con vna sola, haziendo en ella sus divisiones, y respondiendo, como èl dezia, por sus antiguedades. Otros muchos discipulos, y conocidos, que le amavan, y veneravan como à Padre, y como à Santo, ya sabian, que sino es con ocasion de alguna consulta, no tenian que esperar su respuesta: y el mismo Santo Padre se lo advertia assi, escusandose con humildad, y alegando las leyes ya establecidas de su retiro. A vno de sus discipulos, que le escrivia desde Mexico, aunque le tenia mucho cariño, y la comunicacion era tan poca, como grande la distancia, dize assi: * *Si no escrivo*, no se espante V. R. que yo „ vivo arrinconado, y solo, y esto es lo que deseo; y no es„ crivo cartas, sino quando no las puedo *escusar*. * Assi describe el Vedorable Padre su soledad, silencio, y retiro: en el qual

qual entregado, y absorto ya en la contemplacion, ya en el estudio, mostrò aver llegado à ser mas hombre, quanto mas apartado del comercio, y comunicacion de los hombres.

CAPITVLO XV.

De su altissima contemplacion.

NO pueden las flores de vn delicioso jardin permanecer en su hermosura, y fragrancia, si les falta la cristalina fuente de quien reciben el alimento, y la vida. Ni pudieran conservar su belleza las virtudes, que como en amenissimo vergel, planto Dios en el alma del Doctor Eximio, sino la fecundàra el riego suave de la Oracion: fuente purissima cuyos raudales fertilizan la temporal, y saltan hasta la vida eterna. Quan ferviente, quan sublime, y celestial fue la Oracion, y contemplacion del Venerable Padre, se puede facilmente inferir assi del estudio cõ que à ella se entrego, como del Magisterio, y enseñança, que logrò desde sus primeros años. En ellos fueron Maestros de su espiritu los Varones de mas elevada perfeccion, que venera la Compañia: principalmente el iluminado Padre Balthasar Alvarez, cuya escuela cursò la esclarecida Virgen Santa Theresa de Iesvs, con tanto fruto, como en su vida testifica, y como en toda la Iglesia se experimenta. Por esso andando el tiempo, y consultando esta Seraphica Madre à diferentes Theologos sobre las dudas, y temores que la afligian, acudiò tãbien al Padre Suarez, el qual la asseguròo, que era Dios, quien la regìa, y encaminava à vna sublime perfeccion; conociendo la grandeza, y elevacion de aquel espiritu por las reglas que avia aprendido del Padre Balthasar, Maestro felicissimo de entrambos.

Este gran Varon mirò siempre al Padre Suarez, como à hijo, y como à discipulo amantissimo, à quien avia enseñado à formar sus primeros passos en el arduo, y peligroso camino de la Oracion. Y Francisco, aviendo logrado tan alto Magisterio, quedò tan aficionado à su doctrina, que no perdia ocasion de escucharla para adelantarse, y perficionarse

en ella. Siendo Estudiante, pedia licencia todos los años para caminar las catorce leguas, que dista Salamanca de Medina, solo por ver, y oyr à su venerado Padre Balthasar, y hazer debaxo de su direccion vnos largos exercicios, en los quales se actitolavan sus virtudes, se inflamavan sus fervores, y se desvanecian sus dudas, tomando mas veloz carrera su espiritu, para llegar à la cumbre de la Santidad. Esta costũbre observò tambien quando Maestro; sin perder ocasion en que pudiesse comunicar todo lo interior de su alma con el Padre Balthasar Alvarez, porque le parecia que poniendose muchas vezes en las manos de tan grande Artifice, y entrando en la fragua de la Oracion, recibia siempre nuevos primores su espiritu, y se imprimian mas vivas en su pecho las imagenes de la virtud.



Con tan sublime enseñança, y principalmente con la suave influẽcia de la gracia divina, llegò à vn grado de Oracion tan excelente, que solo se puede reconocer por lo que el mismo Padre la supo estimar. Hablando vn dia de cosas espirituales con vn Varon de gran virtud, y llegando à tratar de la Oracion, le dixo el Venerable Padre, que si Dios le diera à escoger los bienes de la sabiduria, ò el don de Oracion, escogiera el don de Oracion, y renunciara luego los dones de la sabiduria. Y aun añadiò otro grande testimonio del aprecio que hazia de este santo exercicio, y del excessivo provecho, que en èl experimentava su corazon: y fue dezir, que por no dexar vna sola hora de Oracion, perderia de buena gana no solamente aquella poca ciencia, que despues de tantos años, y desvelos, avia recibido de Dios, sino tambien quanta sabiduria criada estava esparcida en los demàs hombres, aunque èl la posseyesse toda junta. Pues què Oracion tan alta, y tan fructuosa seria aquella, con quien no tenia comparacion vna tan incomparable sabiduria? Què favores recibiria en largo espacio, quien tanto estimava los de vna sola hora?

Por esso apreciò tanto el Venerable Padre el tiempo de la Oracion, que depuso su Compañero, como por espacio de veinte años jamàs le avia visto defraudar vn solo punto de las horas destinadas para ella. Quantas fuessen las que dedicava cada dia à esta secreta comunicacion con su Dios, no

es

es facil determinar; pero podràse inferir de lo que conocieron quantos vivian en su compañia, los quales dizen, que toda su vida la tenia distribuida en la Oracion, y en el estudio: que si alguno no le encótrava en su retiro, solo podria hallarle delante del Señor en su Templo, y en fin, que era como vn mar con perpetua alteracion de fluxos, y refluxos; porque despues de dilatarse en el espacioso campo de la sabiduria, se bolvia à recoger dentro de si, y de su Criador; y de este su amado centro tornava otra vez à discurrir, y estenderse por la esfera de la divina ciencia, y de la sagrada erudicion. Por esso tratandole algunas personas de varios negocios, en que podia juzgarse interesado, repetia el Padre Suarez frequentemente, que fuera de Dios, y de sus libros no reconocia otra cosa por suya en este mundo. Estos eran los polos sobre que se movia su corazon: estas las alas, con que bolava siempre al sumo bien, batiendo sucessivamente las vnas, quando descansavan las otras: y parecido à aquellos amantes espiritus, cuyas plumas, sino se ocupavan en el buelo, se gravan en la vision con su Dios el ocio mas divino.

Mas si queremos averiguar con mas exaccion el tiempo que orava, y contemplava cada dia, hallarèmos que es tan dificil señalar el principio de su Oracion, como el termino de ella. Lo que afirman todos es, que practicava lo que dezia de si mismo David: *Prævenerunt oculi mei ad te diluculo, vt meditarer eloquia tua* Que su Oracion era muy prevenida, y anticipada; porque para lograrla con mas quietud, se levantava antes que los demàs, y quando llegava à dar luz el Despertador, ya sus ojos estavan iluminados con otra mas pura, y mas hermosa claridad. El Padre Pedro Maldonado, que le hospedo en el Colegio de Santiago, dixo que entre las demàs virtudes avia reparado mucho en la perseverancia de su Oracion, la qual era tan larga, y continuada, que caminando con èl algunas jornadas, advirtio se prevenia con dos horas à todos los demàs para tenerla mas atenta, y recogida: de manera, que si los que le acompañavan, se avian de levantar à las quatro, èl madrugava à las dos, y se retirava à tener Oracion; pero no por esso dexava de acompañar despues en la suya à los demàs. Pues quien entre el bullicio, y descomodidades del camino se desvelava tanto en este exercicio

Ex testimon. servat. Salmanticæ.

cicio de la Oracion, què juzgamos haria en ſu retiro ? Verdad es, que en eſtas jornadas, en que no podia ſer tan intenſa la eſpeculacion, y tan continuado el eſtudio, ſolia dilatar mas las velas à la contemplacion divina, gaſtando lo mas del dia en ardentiſsimos afectos. Vn Padre de mucha autoridad, que logrò ſu compañia en cierto viage, reparando en que continuamente ſe alejava de todos, procurò con piadoſa curioſidad obſervar algunas ſeñas de lo que paſſava en ſu pecho. Siguiòle con eſte cuidado, y acercandoſe con gran diſimulo, oyò que exalava de lo intimo de ſu pecho terniſsimos ſuſpiros, y que parece ſe deshazia en ſuaves ſollozos: Lenguage propio de los corazones muy enamorados de Dios, à quien le dizen con afectos todo lo que no cabe en las palabras.

De aqui ſe vè la dificultad en reſolver à que tiempo ponia fin à ſu Oracion el Venerable Padre. Porque no ſolo en la ſoledad de los caminos, ſino tambien en lo mas profundo de ſus retirados deſvelos ſolia prorrumpir en dulçes coloquios con Chriſto Ieſvs, y con ſu Santiſsima Madre, ſinguiarmente quando diſcurriendo en los miſterios ſublimes de la Theologia, no podia dar fondo à las mayores dificultades; porque entonces bolvia los ojos con gran ternura à la Imagen de Ieſvs, y de Maria, que ſiempre tenia en ſu preſencia, como ſi huyendo del ignorado, y tempeſtuoſo golfo, ſe acogiera al puerto de ſu piedad, ò como ſi conſultàra las luzes de tan inextingibles aſtros, para hazer feliz, y ſeguro el rumbo de ſu navegacion. Muchas vezes no ſe contentava con ſola eſta amoroſa viſta, ſino que dexava ſu aſsiento, y poſtrado à los pies del Hijo, y de la Madre, proteſtava ſu ignorancia, y con ardientes ſuſpiros implorava las luzes de la celeſtial ſabiduria. Aſsi lo notò ſu Compañero en Salamanca, donde para eſtas breves interrupciones ſolia retirarſe à vna alcoba de ſu apoſento; y aſsi lo continuò en Coimbra, donde los Superiores le diſpuſieron dos eſtancias diferentes: la primera, para ſus eſcrivientes, y ſus libros; y la ſegunda para ſu retiro, y ſoledad. A eſta ſe acogia frequẽtemẽte como à ſu aſsilo, porque en ella tenía la Imagen de Ieſvs crucificado, en cuya preſencia recibiò los favores que luego dirèmos; y otros mayores, que ignoramos; porque fueron de aquellos,

que

que segun el Apostol, ni se permiten à la vista, ni los percibe el oìdo, ni caben en la humana imaginacion.

De esta suerte, quando no estava en Oracion continua, permanecia en aquella continuacion habitual, que nos encargò su Magestad, quando dixo: *Oportet semper orare.* Y como ardia siempre este fuego en el corazon del Venerable Padre, por esso no se le encontrava el principio, ni el fin, y se parecia à la ardiente calentura, cuyos terminos solo se pueden distinguir por el aumento, y la intencion. Esta era muy conocida los dias de los Santos sus tutelares, porque con la Oracion mas prolongada, hazia fuessen estos dias para el Cielo mas acepros, y para si mas festivos. Crecian mucho mas sus fervores en las solemnidades del Salvador, y de su Santissima Madre, porque entonces dava todas las velas de su espiritu à la contemplacion de sus celestiales misterios. Y acaso nacìo de aqui la eminencia con que los declara en sus Theologicas obras; pues al passo que en ellos excediò su Oracion à la ordinaria, assi parece se aventajò su pluma sobre si misma; acreditando lo que enseñó S. Buenaventura, que el estudio que se dexa por la Oracion, se recobra despues con vsuras del mismo estudio. Este excesso llegava hasta lo sumo aquellos diez dias que escogio cada año, para los exercicios de nuestro Santo Patriarca; porque en ellos, como Ciervo acosado y sediento, se entregava à las aguas vivas de la divina contemplacion, de la qual como vivia siempre con ardiente sed, procurava entonces satisfaceria, ya que era imposible el apagarla.

Para esto dava orden muy apretado à los Porteros del Colegio, que por mas que llegassen à buscarle, para qualquier negocio, no llevassen ningun aviso à su estancia, y que todo aquel tiempo de sus exercicios, le juzgassen como hombre que ya no vivia en este mundo. Tan cierto era, que mirava à esta soledad como vn cielo, huyendo de la conversacion de los hombres, por lograr la de los Angeles. Demàs de esto, buscava para estos dias el apotento mas retirado, y solo de toda la Casa, dexando el que havitava lo restante del año con sus papeles, y libros, porque ni su memoria pudiesse introducirse por sus ojos. Las alhajas de esta habitacion retirada, ademàs del Breviario, y vn libro espiritual, se compo-

nian

nian de los instrumentos de su penitencia, y de las imagenes sagradas, vna de Iesvs crucificado, otra de Maria Santissima: espejos purissimos, en quienes con alternacion suave se mirava, para aliñar su espiritu con sus divinas perfecciones, copiando del Inocente Cordero las constancias en padecer, y de su dulcissima Madre las ternuras en amar.

Sabian ya todos en el Colegio de Coimbra, que las leyes de este retiramiento, no hablavan solo con los estraños, sino tambien con los domesticos, y assi no se atrevian à inquietar al Venerable Padre, mirandole como à vn Serafin abrasado, que con su fervor hazia inaccesible este su delicioso paraiso. Con todo esso, dos Padres de la primera autoridad juzgaron en cierta ocasion, que la importancia de vn negocio encomendado antes à Francisco, podia dispensar en este riguroso silencio, y aviendo llamado repetidas vezes à su puerta, y propuesto brevemente vna pregunta; respondiò, en fin, el Venerable Padre, que aquel negocio con otros muchos, le avia dexado en el otro aposento, sin permitir, que ninguno viniesse con èl à sus exercicios. Con esta respuesta se retirò à la soledad de su Oracion, dando à entender, quanto zelava este descanso suavissimo de su alma; quien como el Esposo prohibia aun à los mas intimos de su Casa el interrumpirle tan amoroso sueño. Mas porque estos exercicios eran como vn opiparo banquete, en que regalava su espiritu el Padre Suarez, resta averiguar, quanto fuesse el mas ordinario alimento de su Oracion. Para lo qual pondrè aqui la distribucion, y serie quotidiana de sus empleos, assi porque ella nos dirà el espacio que le tocava à este exercicio; como porque verèmos en la sucesion admirable de sus acciones la interior armonia de aquel grande espiritu: à la manera que en el Relox se reconoce el movimiento artificioso de sus ruedas, por el orden que se escucha en el concierto de sus horas.

CA-

CAPITVLO XVI.

De la distribucion, puntualidad, y perfeccion, que observava el Padre Suarez en las acciones de toda su vida.

COmo en el hierro quando sale de la fragua dura, el resplandor, y la eficacia del fuego; assi en todas las acciones de Francisco resplandecia el fuego divino, que concebia en las llamas de su Oracion. Por esso antes de referir los favores que recibio en ella, quiero describir el orden concertadissimo, y quotidiano de sus obras, para que en vno solo de sus dias se lean muchos años de sus heroycos empleos, abreviada, y reducida à este pequeño mapa, no ya la distancia de los lugares, sino la sucessiõn vniforme de los tiempos. La distribucion, pues, de cada dia era esta.

Dexava el lecho antes de la hora comun, que en verano es à las quatro de la mañana, y en invierno à las cinco. Lograda esta ventaja anticipada, parte en vna recia diciplina, parte en Oracion atenta, la proseguia despues, hasta que fenecia la hora regular à los demàs; de suerte, que quando los otros se hallavan con vna hora de Oracion, y de dia, ya Francisco tenia dos, tres, y à vezes mas; porque en este manjar del alma, solo se prohibia la diminucion, no el exceſſo. De aqui passava à rezar las horas menores, en las quales no interrumpia la Oracion sino la diferenciava; y aviendo dado el primer tiempo à lo que ocupava en el alma el primer cuidado, entrava en la especulacion, y en el estudio quieto, y al cabo de dos, ò tres horas venian sus escrivientes, à quienes por otro tanto espacio dictava lo que avia discurrido à sus solas, destilando poco à poco los panales de sabiduria, fabricados en su entendimiento, para que fuessen alimento, y luz à los mayores sabios del mundo. A estas cinco, ò seis horas (de las quales se llevava vna la Vniversidad los dias de leccion) se seguia la preparacion para el sacrificio de la Missa,

luego

luego la accion de gracias con tan espaciosa devocion, que con ella, y el examen de conciencia, llegava ya cerca del medio dia.

Entonces ponia treguas à tan constantes desvelos con vna tenue colacion, dilatando la comida hasta la noche, por conservar mas pura, y desembarazada la serenidad de su mẽte. Despues de vn brevissimo reposo, que tomava sentado en vna silla, rezava Vilperas, y Completas, y concluido el comun Oficio, consagrava à Maria Santissima la Corona de su Rosario. En este, y en la leccion de algun libro devoto, le hallavan las dos de la tarde: sino es, que arrebatado tal vez de su Oracion, se dilatasse mas este tiempo, el qual parece avia de servir à la quietud del cuerpo, pero Francisco sediento siempre de mayor Oracion, solìa dedicar al sueño regalado de su alma. A las dos començava Maytines, y Laudes, para el dia siguiente, por privilegio especial de Clemente Octavo, y Paulo V. los quales le concedieron la gracia de esta anticipacion, porque mas desembarazado pudiesse emplear toda la tarde en ilustrar con sus trabajos la Santa Iglesia. Continuava despues su estudio, por espacio de cinco horas, parte discurriendo, parte dictando. De aqui se retirava à vna larga Oracion, y quando ya todos avian cenado, le llevava el Compañero aquella su frugalissima comida, que la caridad de los Padres Superiores Portugueses juzgò debia tomar en su mismo aposento, para que corriessen sin estorvo alguno las tareas de su Oracion, y su estudio. Admitiò Francisco esta indulgencia, por ser tan conforme à su amado retiramiento, y porque en ella se ocultava mas la mortificacion continuada de sus ayunos. A este tiempo solian verle algunos Padres de la mayor autoridad; y aviendose consolado mutuamente con la suavidad de sus palabras, y espirituales conversaciones, se despedian à la hora señalada, para el retiro, y el silencio. El Venerable Padre rezava entonces la Letania de los Santos, pagava à sus singulares Abogados el quotidiano tributo de sus oraciones: y cerrando como con llave de oro todas las acciones del dia con el examen puntual de su conciencia, se recogia à su pobre lecho mucho despues que los demàs; siendo el primero en el desvelo de la mañana, y el vltimo en el descanso de la noche.

Assi

Asi corrian las horas en el Relox animado, y concerradiſsimo de eſte incomparable Varon: formando vnos dias tan llenos de ſantidad, y ſabiduria, que con aver llegado à los ſetenta años de ſu edad, parece que aun no caben en ſus años las tareas ſolas de ſus eſtudios. Por eſſo el Iluſtriſsimo, y no menos erudito Obiſpo Don Fray Iuan de Caramuel, conſiderando lo mucho que trabajò, y eſcriviò el Doctor Eximio, llegò à ſoſpechar, que apenas le quedava tiempo para ſatisfacer cada dia al Oficio, y Rezo comun; y aſsi dixo: *Fortè ſingulis diebus legebat Officium de reſurrectione.* Palabras, que aun pronunciadas con eſcrupuloſo rezelo, ofendieron los oìdos de muchos Autores: entre los quales Thomas Hurtado, ſabio Eſcritor de los Padres Clerigos Regulares Menores, refutando la ſoſpecha de Caramuel, dize: * *Yo* la tengo por im-
,, probable, y mas en vn Varon como el Padre Suarez, ob-
,, ſervantiſsimo de la diciplina Eccleſiaſtica, y ſobre manera
,, piadoſo, como teſtifican abundantemente ſus obras. Por
,, lo qual ante todas coſas atendia al Oficio Divino, y aſsi
,, bendixo Dios ſu eſtudio con celeſtial bendicion, para que
,, produxeſſe tantos frutos en la Igleſia, como haſta los miſ-
,, mos hereges *reconocen*. * Aſsi Hurtado contra Caramuel, cuya imaginacion, aunque totalmente agena de la verdad, merece alguna diſculpa, no ſolo porque no le concediò el aſſenſo, y por aver motivado eſte, y otros elogios del Eximio Doctor, ſino porque como dixo bien el Padre Drexelio: *Tantum temporis Orationi dedit, ac ſi ſtudia negligeret, ita ſtudijs invigilavit, ac ſi orationem pœnitùs intermitteret.* Diòſe tanto Francisco à la Oracion, que no parece le quedava tiempo para el eſtudio; diòſe tanto al eſtudio, que parece no tenia tiempo para la Oracion. Si bien el tiempo debe imaginarſe como vn precioſo caudal, que en vnas manos ſe diſminuye, y en otras ſe aumenta, y crece, ſiendo cierto lo que advirtiò Seneca: *Non accipimus brevem vitam, ſed facimus*: que pende de nueſtro alvedrio el hazer dilatada la vida con la ſolicitud, y el deſvelo, ò el abreviarla con la deſidia, y ocioſidad.

In regul. D. Benedicti, diſp. 16. n. 1438

Thom. Hurt. tr. de reſid. Can.

Pero dexando eſtos diſcurſos, que ocaſionò la admiracion de Franciſco, es notorio, y conſta, aſsi de todos los Autores de ſu vida, como de los papeles originales, de que nos valemos: que ſu eſtudio quando mas dilatado, y llegava

cada dia à diez horas, no à diez y ocho como discurre Caramuel, para dar algun color à su sospecha, y que quando menos, consagrava seis à la Oracion mental, y bocal, hurtandolas à vezes al sueño, y al descanso, quando por los negocios, y consultas les amenazava algun peligro. Lo demàs del tiẽpo, se le llevavan las precisas funciones de la vida humana, si se puede llamar humana vna vida tan divina, y celestial. Mas si al mirar tantos libros como dexò Francisco à la posteridad, dudàre alguno, como cupo en su vida tanto estudio, con tan prolongada Oracion; èste tal debe atender à la armoniosa distribucion con que ordenò el Padre Suarez sus horas, y sus empleos, y acordarse, que sabe el arte juntar, sin que se embarazen, en vn solo edificio los materiales, que faltandoles el orden, apenas cabrian en el espacio de vna Ciudad. Ademàs, que no se ha de computar con la ordinaria medida, la grandeza de aquellos Varones, que exceden al modo vulgar, y comun, advirtiendo, que en ellos nada puede ser admirable, sin parecerse mucho à lo imposible.

Bolviendo aora al orden, y repartimiento del dia, era tanto lo que le estimava el Venerable Padre, que le solìa comunmente llamar, Madre del espiritu, dando à entender, que debia todo el ser de su espiritu, y de su fervor à esta distribucion tan concertada del tiempo. Por esso no solo la observò quando se hallava en la soledad de su estancia, sin mas comunicacion, que la de Dios, y sus libros; sino tambien entre el bullicio de los mayores negocios. Estos le sacaron vna vez de Portugal, y por espacio de tres à quatro meses, le detuvieron en la Corte de Valladolid, à tiempo que el Venerable Padre Alonso Rodriguez concurriò con èl en el mismo Colegio, y en vna estancia tan vezina, que pudo ser testigo de sus acciones, percibiendo con el oìdo las que se negavan à los ojos. Pues este gran Maestro de la vida espiritual tuvo mucho que aprender, y que admirar en la que hazia alli el Padre Suarez. Observò singularmente la distribucion admirable de sus horas, y de sus acciones, y exceptuando las que tenia entonces señaladas para promover, y concluir sus dependencias; es la misma que ya referimos: sin otra diferencia, que la de no tomar su colacion, y su comida en su aposento, sino en el Refitorio comun, porque fuera de Coimbra

se

se contentava con el rigor de su ayuno, negandose à otra qualquier especie de singularidad.

Dos cosas entre otras muchas observò aqui el Padre Alonso Rodriguez, por las quales, aunque parecen menudas, reconociò los quilates de su virtud, porque los grandes Maestros del espiritu, miden por estos apizes los primores de „ la perfeccion. * *La primera* fue, (dize este Padre) que en „ todo este tiempo, ni por el concurso de los negocios vi que „ el Padre Suarez anduviesse alguna vez mas de priesa; ni por „ disgusto, ò encuentro que en ellos se ofreciesse, le oì hablar „ alto, ò enojado, sino con vna paz, y serenidad de animo tan „ igual, y constãte, que ponia admiracion; de suerte, que pare- „ cia imitava en ella aquella paz que se quenta del gran Padre „ S. Bernardo, à quien tambien era muy semejante en las fac- „ ciones de su rostro. La segunda fue vna puntualidad exac- „ tissima, que parece igualava con la del Relox, sin que en „ estos meses, que fui su vezino, le viesse quebrar algun dia „ esta su ordinaria *distribucion*. * Hasta aqui aquel Escritor espiritualissimo, que admirò en nuestro Venerable Padre aquella igualdad, modestia, y exaccion que deseava èl en sus Novicios, como flores de la virtud, y en èl venerò como frutos de vna consumada santidad.

En esta constante armonia de sus acciones, descubriò Francisco gran parte de la perfeccion con que las executava, porque movimientos tan regulares, y vniformes, es fuerça tuviessen mucho de celestiales. Mas si querèmos otro argumento de la santidad que resplandecia en cada vna de sus obras, basta saber, que mirava qualquiera de ellas, como si fuera la vltima de su vida. Assi lo significò en vna ocasion, que estando para salir à su leccion ordinaria, le preguntò cierto Padre, què harìa si Dios le revelàra que avia de morir aquella tarde. A lo qual respondiò el Santo Padre: Si yo tuviera esse aviso, me iria à la Vniversidad, adonde al presente me llama la obligacion de mi obediencia, ni harìa mas, ni menos de lo que he de hazer aora. Palabras verdaderamente dignas de sus obras, en que mostrò vivir cada dia, y cada hora como quisiera aver vivido en la postrera, quando aun los mas licenciosos desean aver imitado à los perfectos, y los perfectos à los mayores Santos. Mas Francisco llegò con la

execucion, à donde se estienden los mayores deseos, ordenando vna vida tan ajustada, que no pudiesse asustarse con la severidad de la vezina cuenta, por mas que se aumentasse su rigor con vna inopinada celeridad, estando siempre tan prevenido para la muerte, que pudiesse parecer la despreciava, aun sin dexar de temerla.

CAPITVLO XVII.

De los favores, y ilustraciones que logrò en la Oracion el Padre Francisco Suarez.

ES politica prudente de los que privan con la Magestad (sea humana, ò sea divina) el ocultar los favores mas excessivos de su confiança, vnos para defenderlos de la embidia, y otros de la vanidad. De este dictamen fue tan fiel venerador nuestro Francisco, que aviendo recibido singularissimas mercedes del Cielo, no se puede resolver en q̃ pusiesse mayor cuidado, si en merecerlas, ò en encubrirlas; porque amo igualmẽte la santidad, y aborreciò su opinion. Con todo esso, como las cosas grandes llevan en su magnitud el peligro de la publicidad, no pudo la profunda humildad de Francisco sepultar en sus senos todos los favores divinos, disponiendo la Providencia se trasluciessen los que bastan à nuestra admiracion, aunque no à nuestro deseo.

Dos los mas ilustres de todos tuvieron por testigo ocular al Hermano Geronimo de Silva, que hazia oficio de Portero en el Colegio de Coimbra, con tanta opinion de su virtud, que los Seglares pedian con frequentes instancias à nuestros Superiores, le embiassen à visitar sus enfermos, y hazer sobre ellos Oracion, para alcançarles la deseada sanidad. Demàs de esto, era este Hermano tan prudente, como lo mostrò el recato, y advertencia con que procediò en este suceso; porque aviendo dado palabra al Padre Suarez, que no le descubriria en su vida, y deseando por otra parte, que no pereciesse su memoria; le pidiò licencia para manifestarlo à solo su Confessor: suplica, à que se inclinò facilmente nuestro Fran-

Frãcisco, porque el Confessor de entrambos era vno mismo, y no temiò declarasse esta maravilla al que tenia por Secretario de quãtas delicias, y favores experimentava su corazon.

Era este Confessor el Padre Antonio de Morales, anciano venerable de nuestro Colegio de Coimbra, llamado comunmente de los nuestros el Santo Tobias: nombre que tuvo la ocasion en la ceguedad corporal que padecia, y su merecimiento en la paciencia, y conformidad con que la tolerava. Era Varon de grande espiritu, y prudencia: y aviẽdo oìdo lo que acerca del Padre Suarez le referia el Hermano Silva, le aconsejò, que para mayor seguridad escrivièsse de su propia mano quanto avia visto, y que sellando el papel, resguardasse su secreto con vn sobre escrito, que dixesse: *Carta, que contiene materias de confession, que no se pueden abrir antes de la muerte del Padre Francisco Suarez.* Todo lo executò assi el humilde, y obediente Hermano. Pero quiso Dios, que sobrevivicsse à nuestro Venerable Padre Francisco, para que en la conferencia, que acerca de sus heroicas virtudes tuvieron los Padres de Coimbra, pudiesse acreditar con la lengua lo que primero avia testificado con la pluma. Trasladarè, pues, las palabras de su deposicion, no solo porque llevan en su sencillèz el caracter de la verdad, sino porque en lo individual de la noticia se vè la diferencia del lenguage, con que se explican los ojos, quando los toma por testigos la admiracion. Dize assi el testimonio jurado.

* *Certifico* yo Geronimo de Silva, de la Compañia de
„ Iesvs, primeramente que siendo yo Portero de la Porteria
„ principal de este Colegio de Coimbra, y estando en èl hos-
„ pedado el Señor D. Pedro de Aragon, hermano del Du-
„ que de Terranova, Retor, que era, de Salamanca, y yendo
„ yo à llamar al Padre Francisco Suarez, y llegãdo à la puer-
„ ta, tenia el Padre vn bordon atrevesado à la puerta, (este
„ bordon ponia el Padre despues de aver hecho colacion à
„ medio dia, para reposar vn quarto de hora) y por parecer-
„ me, que se enfadaria el Cavallero de esperar, y ser passado
„ el tiempo de reposar el Padre Francisco Suarez, quitè el
„ bordon, y entrè dentro, y llamè al Padre, y hize ruido con
„ los pies, por quatro, ò cinco vezes, sin que me respondies-
„ se. Y como la ventana del primer aposento, donde tenia

la

„ la cama, eſtava cerrada, entrè en el ſegundo apoſento del
„ eſtudio, y hize lo miſmo: y como vieſſe mas claridad, por
„ eſtar vna puerta de la ventana ſobre otra; vì al Padre Fran-
„ ciſco Suarez, que eſtava de rodillas con las manos pueſtas,
„ levantadas, y con la cabeza deſcubierta delante de ſu Cru-
„ cifixo. Quando vì que no me reſpondia, lleguème à èl, y
„ le tirè tres vezes de la manga de la ropa, ſin hazer ningun
„ movimiento conſigo, ni reſponder: à lo qual quedè como
„ paſmado, por eſpacio de medio quarto de hora, y ſalì à fue-
„ ra à buſcar al Hermano Aguilar ſu Compañero; y como
„ no le hallè, eſtuve eſperando à la puerta haſta que acabò el
„ Padre aquella Oracion tan profunda, que duraria deſpues
„ que yo le vì de media hora à tres quartos, y le dì el recado
„ ſin dezir que avia entrado dentro.

Otra vez à la miſma hora, mas no en el miſmo dia, que
„ pienſo ſerìa à las dos de medio dia, poco mas, ò menos,
„ me dixo el miſmo Señor D. Pedro de Aragon, que le lla-
„ maſſe al Padre Franciſco Suarez, para que fueſſen à vet el
„ Monaſterio de Santa Cruz. Y como el Padre me avia di-
„ cho, que quando aquel Cavallero quiſieſſe ir, le llamaſſe;
„ fui luego, y hallando à la puerta del apoſento el bordon,
„ como acoſtumbrava à poner en aquella hora; yo con la cõ-
„ fiança de lo que me avia dicho el Padre, no hallando à ſu
„ Compañero, que le dieſſe el recado, quitè el bordon, y
„ entrè dentro. Eſtava el primer apoſento à eſcuras, y lla-
„ mando al Padre, no me reſpondiò; y como eſtava la ante
„ puerta del ſegundo apoſento tendida; por entre ella, y la
„ pared vì grandiſsima claridad; levantè la ante puerta, y en-
„ trè dentro, luego vi vna grande luz, que ſalia del Santo
„ Crucifixo, que cegava mirando à ella, la qual era como
„ quando el Sol rebervera mucho por alguna vidriera, que
„ echa de ſi rayos muy encendidos, y aſsi ſalian del Santo
„ Crucifixo. De modo, que ſi mirava para èl, me cegava, y
„ tal claridad echava de ſi, que ni en el apoſento podia eſtar,
„ que no me cegaſſe con la grande luz, que en èl avia. Eſta
„ luz, que ſalia del Crucifixo, dava en el roſtro, y pecho del
„ Padre Suarez, con ella le vì que eſtava delante del Crucifi-
„ xo de rodillas con las manos levantadas, y deſcubierta la
„ cabeza, y todo el cuerpo levantado del ſuelo en la eſta-

tura

„ tura del eſtante, que tiene de altura cinco palmos, en el
„ qual eſtava el Santo Crucifixo, y le ſervia de Altar.

Viendo yo eſto, me ſalì fuera del apoſento, y antes que
„ ſalieſſe, me quedè como paſmado, y fuera de mi: y aſsi me
„ arrimè al arco de la puerta, y eſtuve aſsi por eſpacio de tres
„ Credos, y ſalime fuera, con los cabellos de la cabeza tan
„ erizados, como ſedas de eſcobillas, y me puſe como paſ-
„ mado à la puerta del ſegundo apoſento de la parte de à
„ fuera, y de alli à vn quarto grande de hora, oì ruido den-
„ tro, y viniendo el Padre para quitar el bordon de la puer-
„ ta; y viendome èl, le dixe que eſtava el Cavallero eſperan-
„ do, y me dixo, por què no le avia llamado? Yo le reſpon-
„ di, como avia entrado, y le avia llamado, y no me avia
„ reſpondido. Quando èl viò, que yo avia entrado dentro,
„ me tomò, y aſsio del brazo, y me metio dentro del ſegun-
„ do apoſento, y me rogò con las manos pueſtas, y levanta-
„ das, y con los ojos llenos de lagrimas, que por lo menos
„ quanto èl vivieſſe, no dixeſſe nada de lo que avia viſto, y
„ ſolo dixe que me dieſſe licencia para dezirlo à mi Confeſ-
„ ſor, y vino en ello facilmente, por ſer tambien ſuyo. (mas
„ primero que yo hablaſſe con èl, fue el miſmo Padre à pre-
„ venirle) El qual me aconſejò, que hizieſſe eſte papel en la
„ forma que aqui digo. Y por paſſar aſsi, y ſer verdad lo fir-
„ mè aqui. Y ſi el Señor fuere ſervido, que yo muriere pri-
„ mero, que el Padre Franciſco Suarez, me pueden dar cre-
„ dito, como ſi lo vieran; y ſi el Padre Franciſco Suarez fue-
„ re Dios ſervido, que muera primero, lo podrè afirmar con
„ juramento, ſiendo neceſſario. *Geronimo de Silva.* *

Haſta aqui el teſtimonio autentico de eſte feliz Herma-
no, que mereciò ver con ſus ojos, lo que ſe ocultò à tantos, y
tan doctos Maeſtros como el Colegio de Coimbra encerra-
va dentro de ſus Clauſtros. Coſtumbre antigua de la Divina
Providencia, revelar à la humildad, y pequeñèz, lo que en-
cubre à la grandeza, y ſabiduria. Aſsi quando en Napoles
hablò el Señor à Santo Thomàs aquellas celebres palabras:
Benè ſcripſiſti de me, Thoma; eſcogiò por teſtigo de eſte prodi-
gio a ſolo vn Hermano Lego, que era Sacriſtan del Conven-
to: porque vno y otro Doctor, Angeliço, y Eximio, como
fueron ſemejantes en el favor, lo fueſſen tambien en el teſti-

monio: y porque entienda la mayor ſabiduria, que puede recibir autoridad de la mas ſencilla ignorancia.

CAPITVLO XVIII.

Circunſtancias de eſte favor, y noticia de otros diferentes.

ACERCA de eſte prodigioſo extaſis, afirmò mas eſte fiel teſtigo, que la ſacra Efigie del Salvador heria con el mayor golpe de ſus rayos el roſtro, y el pecho de nueſtro Venerable Padre: y preguntado deſpues, ſi andando el tiempo, le avia hecho el Padre Suarez memoria de eſte ſuceſſo, reſpondiò que ſi: porque vna vez cuidadoſo de ſu ſilencio, le dixo muy encarecidamente: Mirè, Hermano, que no ſe olvide del ſecreto, que le tengo encomendado; y que èl reſpondiò, que no ſe acordava ya de ello, ſino es para eſtimarle, y reverenciarle como à Santo. A lo qual el Padre Suarez, con ſemblante grave, y enojado, le dixo: Vayaſe de aì, no diga ſemejante razon en ſu vida: y de eſta ſuerte ſe apartò dèl tanto mas avergonçado de ſus alabanças, quanto no podia negar, que eran muy verdaderas.

Pero lo que ſe deve notar con atencion, es la hora de eſta ſuſpenſion, y rapto, que fue la de las dos de la tarde: tiempo que el Venerable Padre ſolia dedicar à las Oraciones vocales, no à la mental, y retirada, ſino es por algun breve rato, en que ceſſavan los labios, para que hablaſſen à ſus ſolas los afectos. Mas con todo eſſo, en vna hora la menos oportuna, y en vn eſpacio tan limitado, fue tãto el fervor de ſu Oracion, que le ſacò de ſi miſmo: y poſſeido de aquel fuego divino, le arrebatò por el ayre, haſta acercarle al ſagrado Crucifixo, como à la eſfera dulçe de ſu amor. De donde ſe vè, que ſu corazon era como la hieſca, que à la menor centella concebia promptamente la llama: y aſsi, aun quando ſe limitava el tiempo de tratar con Dios, para bolver (como en eſta ocaſion) al comercio de los hombres, era introducido deſde luego al retrete mas recondito de aquellas delicias ſoberanas, como quien tenia ſiempre francas, y patentes ſus puertas.

Re-

Referirè con esta ocasion otro favor excelẽtisimo, que hizo Dios al Venerable Padre en su Oracion, el qual aun fue mucho mayor que el passado, por aver sido mas continuo. Hablava vn dia este Eximio Varon con otro Padre muy espiritual, y muy confidente suyo: era la conversacion como de hombres, que podian dezir con el Apostol: *Nostra conversatio in Cœlis est*: toda de cosas celestiales, y divinas. Y llegando à tratar de las dulçuras de la Oracion, y de las misericordias, que haze Dios à los que en ella le buscan, dixo el Padre Suarez, que avia recibido vna merced muy singular, y era el dominio sobre su imaginacion, con el qual, aunque se hallasse en los mayores embarazos de negocios, y de estudios, apenas tomava el Breviario en la mano, ò se ponia en Oracion, quando por la Divina Bondad cessava todo pensamiento estraño, y se hallava à solas con su Dios, sin distracion alguna, ni memoria de las criaturas.

Privilegio verdaderamente prodigioso, para cuya noticia tomò Dios por instrumento à su propia lengua, haziendo que olvidasse en esta ocasion las escrupulosas cautelas de su humildad. Pero privilegio raras vezes concedido aun à los que apartados de todo comercio humano, tienen por habitacion los desiertos, y por compañia la soledad. Pero Dios quiso formar en Frãcisco vn nuevo Maestro del mundo, que traspassasse los desiertos à las Ciudades, para vivir con solo Dios en medio del bullicio de los hombres. Por esso le diò vn corazon, y vn entendimiento tan docil, y obediente, que bueltas las espaldas à todo ageno cuidado, se convertia, como de su propia inclinacion, y se fixava en su centro: sucediendole lo que en la navegacion de el nuevo mundo, se admira, y experimenta en el iman; el qual passada la linea, que divide los dos emisferios, en perdiendo de vista à nuestro Polo, subitamente se buelve al norte opuesto, tan constante, y tan fixo en el aspecto del segundo, como si nunca huviera mirado el primero. Tal era aquella voluntad, y aquella mente del Padre Suarez. Hallavase en el tumulto de la escuela, en el ardor de la disputa, en el estudio mas intenso de la Filosofia, y Theologia; mas apenas apartava su vista de estos objetos criados, apenas descubrian sus ojos el sumo bien, quando quedava elevado, y fixo en su presencia, y en

ſu amor, como ſi de repente ſe huviera paſſado à vna nueva region, y guſtado en ella las aguas del olvido, y la copa del mas delicioſo ſueño.

De aqui no eſtraño, que aun en vna hora la mas importuna del dia, y en vna Oracion, que tan preſto avia de interrumpir, le acontecieſſe aquella ſuſpenſion vehemẽte, y aquel extaſis tan violento, que le arrebatò à vn miſmo tiempo del ſuelo, y de ſi mismo; porque como tenia faciles las puertas de la divina contemplacion, no neceſsitava ya de llamar à ellas con la meditacion, y el diſcurſo: y aſsi, à qualquier tiẽpo podia introducirſe ſin detencion alguna à los ſecretos mas eſcondidos de la Divinidad, y à las mas ſuaves delicias del ſoberano amor. Pero ſi vemos à Franciſco tan facilmente abſorto en Dios, aun en las Oraciones mas breves; quien nos dirà los extaſis, los raptos, las iluſtraciones, que logrò eſta alma feliciſsima en aquellas horas dilatadas, cõ que prevenia al Sol en ſus vigilias; en aquella ſoledad retirada de quien ſolo el ſilencio era teſtigo; en aquellos dias de exercicios, en que ſeparado de toda mortal comunicacion, y acõpañado de ſolas las Imagenes de Iesvs Crucificado, y de ſu Madre dulciſsima, dividia los dias, y las noches entre eſtos dos reſplandecientes Planetas, ſucediendoſe en el Relox de ſu eſpiritu, no la Oracion al eſtudio, ſino la Oracion à la Oracion, para caminar de claridad en claridad? No ay duda que en tan prolongado, y oportuno retiramiento lograria el Padre Suarez otros ſingulariſsimos favores; pero ſe contentò el Cielo con que ſupieſſemos èſte, para que dèl infirieſſemos los demàs; à la manera, que conocemos quanto luze el Sol en los antipodas, por el reſplandor de que ſe corona en nueſtro emiſferio.

Por eſſo aquel Santo Tobias, de quien ha poco tratamos, que como Confeſſor ſuyo, era el teſorero de eſtas noticias, quando ſe ofrecia hablar del Padre Suarez, ſolo ſe explicava con aſſombros, y admiraciones, como quien ſabìa coſas admirables, y eſtupendas, y no podia fiarlas al oydo, ni deſcifrarlas con ſus palabras. Aunque entendiendo algo de ello el Venerable Padre, le reprehẽdio con reſpeto; pero con gran ſeveridad, aviſandole la obligacion de ſu ſilencio, y poniendo tambien à este lenguage de las ſeñas nuevos, y mas

fuer-

fuertes candados. Pero què huviera conseguido su humildad, si este Santo Anciano, y iluminado Ciego no acabàra primero la carrera de su vida, y pudiera à lo menos por breve espacio dezirnos lo que sabìa de nuestro humilditsimo Francisco. Creese, que el Venerable Padre pidiò, y obtuvo de Dios, el sobrevivir à este su Confessor, para que se ocultassen de nuevo en su sepulcro, las revelaciones, y favores sobre naturales, que avia depositado en su silencio. Y fue tambien persuasion comun de todos los Padres del Colegio de Coimbra, que si se huvieran logrado sus noticias, se pudiera formar de solo los extasis, revelaciones, y raptos de Francisco yna dilatada, y prodigiosa historia, en que estudiàra no menos el assombro, que la imitacion.

Ademàs de los que hemos referido, diò publico testimonio de otros muchos el Doctor D. Iuan de Armida, Canonigo de la Santa Iglesia de Orense; el qual afirmò, que entrando varias vezes en el aposento del Padre Suarez, como escriviente suyo, le viò lleno de tantos resplandores, como si dentro dèl estuvieran encerrados todos los rayos del Sol. Y que assombrado de tan prodigiosas luzes, tuvo siempre por cierto, y lo refirio entonces à muchos, que de la claridad con que ilustrava Dios a aquella grande alma, se derivavan tan lucidos reflexos, assi en el cuerpo que informava, como à la habitacion en que residia. Atestiguò tambien, que vn dia vio al Padre Suarez, que salia de su Oracion, como hombre absorto, y enagenado de si mismo: y que encontrando à vnos, y otros de casa, no hazia cortesia à ninguno: cosa muy estraña en su humildad, y modestia. Por esso, teniendo despues oportunidad, le preguntò, què cosas eran los extasis, que los Santos experimentavan en la Oracion? A lo qual el Padre Suarez, conocido el motivo de la pregunta, no quiso satisfacerle, ni darle respuesta alguna, antes le atajò cõ palabras, que davan à entender su ignorancia en cosas tan sobrenaturales, y divinas.

Pero advirtiò el mismo Doctor, que por este tiempo acabava el Venerable Padre de dictar toda aquella altissima doctrina de la Theologia mistica, que vemos en su tomo segundo *de Religione*, y en el libro tambien segundo, donde explica con admirable comprehension los extasis, raptos, sut-

penſiones: y ſemejantes efectos maravilloſos, que cauſa en las almas contemplativas, la vnion mas eſtrecha con el ſumo Bien. Obra, en que el Padre Suarez trabajò menos con la eſpeculacion, que con la experiencia, y de la qual ſintiò tan altamente el Venerable Padre Luis de la Puente, Doctor eminentiſsimo de la Theologia miſtica, que afirmava averla tenido delante de ſus ojos, para copiar de ella lo mas elevado de eſta divina facultad, en ſus admirables, y no menos vtiles eſcritos. Y quien puede dudar, que no ſolo en eſte pũto, ſino en otros de la ſagrada Theologia, en que mueſtra tanto acierto, devocion, y piedad, le aſsiſtiò tambien el Cielo con eſpecialiſsima luz? Siendo cierto, que Dios no eſcaſea ſus favores à quien con anſias los ſolicita, y que Franciſco no menos los procurò alcançar con el fervor de ſus oraciones, que con el merito de ſus heroicas virtudes.

CAPITVLO XIX.

De ſu afectuoſiſsima veneracion, y culto al Santiſsimo Sacramento.

SIendo la Euchariſtia Pan de entendimiento, y alimento de los Angeles, preciſo era que la miraſſe como diviſa propia de ſus afectos, y ternuras, el que con lo elevado de ſu pureza, y ſabiduria ſe remontò à la eſfera ſublime de las inteligencias. Engendraſe el amor, y reſpeto en el conocimiento de la beneficencia, y de la mageſtad: y como era tan profundo el conocimiento con que penetrò Franciſco la inmenſa Mageſtad de Dios Sacramentado, y los beneficios con que ſe explicò ſu amor, en eſte compendio de ſus finezas, y maravillas; fue tambien admirable la ſolicitud con que ſe eſmerò ſu corazon en afectuoſas correſpondencias. Hablava frequentemente en ſus converſaciones de eſte auguſtiſsimo miſterio: vnas vezes engrandeciẽdo los prodigios, y los favores de aquel Dios enamorado, que hizo pazes entre la nieve, y los ardores, para diſsimular vn etna ſagrado debaxo de las ſacramentales eſpecies. Aqui deſplegava las velas de ſu eloquente ſabiduria, aqui ſe encendia,

dia, y afervorizava su piedad, hasta que desconfiando de sus palabras recurria al idioma familiar de los suspiros, de las admiraciones, y de los assombros.

De la frequencia de estas conversaciones, nos dexò vn ilustre testimonio el Padre Diego de Ocampo, el qual afirma, que sus platicas sobre este misterio bastavan para encender los corazones mas elados, y que en ellas se descubria la hoguera en que se abrasava su tierno corazon: porque como inflamado con esta ardiẽte calentura, hazia à los labios testigos de sus incendios. Escrive tambien, que para mover al amor, y temor de tan suave, y tremendo sacrificio, le oyò dezir repetidas vezes con grande ternura, y devocion: Yo Padres, y Hermanos mios, puedo confessar de mi, que siempre que digo Missa, y tomo en las manos el Santissimo Sacramento, me admiro, me confundo, y me consuelo tanto, como si èsta fuera la primera vez, que me llegasse à los Altares. Palabras, que en vna lengua tan enemiga de sus alabanças, no podian dexar de ser muy verdaderas, y que tenian en su abono el sumo respeto, y devotissima atencion con que celebrava este inefable sacrificio. En èl se arrojava à las delicias del sagrado cuerpo, como Aguila que no dexa envejecer sus plumas, ò como Fenix, que se renueva en los ardores, conservando despues de muchos años de Sacerdote aquel temor, y reverencia con que començò la primera vez à tratar este Augusto Sacramento, sin que el respeto peligrasse en la familiaridad, ni el gusto, y dulçura en la continuacion.

Ponderava tambien con grande suavidad, y no menor energia, los efectos soberanos de esta Divina Mesa, llamandola alimento celestial de todas las virtudes, y antidoto poderoso contra el veneno de los vicios. Singularmente engrandecia su eficacia para enfrenar con este bocado, el brutal apetito de la lascivia; y para preservar de sus impuros alientos la flor delicadissima de la pureza. Solìa repetir algunas vezes, que poniendo los ojos en los Hermanos Estudiantes de la Compañia, y considerando la honestidad, y pureza de sus costumbres en la edad mas peligrosa; tenia por cierto, que se debia atribuir, principalmente à la frequencia con que se acercan à este Angelico combite, acreditando su persuasion con aquellas palabras del Profeta, que apellidò al Sacramento:

mento: *Frumentum electorum,& vinum germinans virgines*: hermoso pan de los escogidos,y licor purissimo que haze castos.

De este conocimiento profundo con que penetrava las finezas de Dios en la Eucharistia, y del aprecio que hazia de los bienes que se atesoran en su frequencia, nacia vna hambre tan excetiva de este Pan Divino, que parecia tener librada en èl su vida, su alivio, y todo su consuelo. En mas de 43. años que viviò despues de Sacerdote, (exceptuando la ocasion que dirè luego) nunca dexò de celebrar el sacrificio de la Missa, sino es quando le postrava en la cama alguna grave enfermedad,y entõces buscava en la sagrada Comuniõ el mas cierto remedio de su dolencia. Algunas vezes ocurrian tantos embarazos de visitas inescusables, de consultas precisas,y de semejantes ocupaciones, que parecia escaso todo el dia para desprenderse de ellas. Pero entonces vsurpava sus horas al sueño, y de esta suerte hazia lugar à la Oracion, con q̃ se disponia para llegarse à los Altares, y al sossiego,que piden tan soberanos misterios. Su eximia devocion quisiera detenerse en ellos largo espacio;pero con todo esso, se ceñia regularmente à la media hora que prescrive nuestra Regla, añadiendo despues vn quarto de hora para la accion de gracias, sin salir de este comun estilo en lo publico, y reservandose para su retiro la continuacion de sus amorosos afectos. Y era tan puntual observador de esta costumbre, que el dia de la Natividad, en que se celebran tres Missas, dava tres quartos de hora à la accion de gracias, guardando esta proporcion exacta entre el aumento del favor, y la duraciõ de su gratitud. Notaron esta particularidad ciertos Padres del Colegio de Coimbra que le esperavan vno de estos dias, para darle con religiosa cortesania muy alegres Pasquas. Porque aviendole aguardado vn quarto de hora despues de celebrar, advirtieron, que perseverava de rodillas otra media hora,alterando su distribucion ordinaria por guardar la correspondencia con las celebridades del dia, y manifestando, aun en esta pequeña mudança, el concierto y armonia de todas sus operaciones.

Siendo tan amante de la soledad, y del estudio, echava menos su corazon la compañia de Dios Sacramẽtado; y dexando los libros en que estudiava, salìa de su aposento à visi-

tar

tar algunas vezes la Igleſia, mejorando en aquel libro de la vida la contemplacion de ſus diſcurſos, y el empleo dulçe de ſus afectos. Ya ſe ſabìa en el Colegio, que ſi faltava de ſu eſtancia, ſolo le avian de buſcar en la preſencia del Santiſsimo. Eſtos eran los dos emisferios donde reſidia, alternando el retiro de ſu eſtudio, con la aſsiſtencia en el Templo, y dexandoſe el corazon en el Templo, quando ſe bolvia al ſilencio de ſu retiro.

Pero quando mas ſe deſcubria ſu devocion incomparable al Auguſtiſsimo Sacramento, era en las prolijas, y repetidas jornadas que hizo deſde Eſpaña à Roma, porque en ellas no parece q̃ deſeava otro ſuſtẽto, ni otro Viatico que eſſe Pan del Cielo, como hombre que caminava ſiempre à la eternidad. Su primer cuidado, en llegando de noche à la poſſada, era inquirir, y ſolicitar la comodidad de dezir Miſſa la mañana ſiguiente: y ſi eſto era impoſsible, ſe informava de los Lugares cercanos, para ordenar de tal ſuerte ſu jornada, que no quedaſſe fruſtrada ſu diligencia. De eſta ſuerte à coſta de muchas deſcomodidades, rodeos, y peligros, contiguiò el que no ſe le paſſaſſe vn dia de ſu viage, ſin celebrar el ſacrificio de la Miſſa, dando por bien empleados los Soles, las detenciones, y los trabajos que ſe añadiã à la moleſtia del camino, por deſcanſar en los brazos de ſu Sacramentado Dios. Fue eſto mas dificultoſo, y por eſſo mas admirable, quando paſſava por tierras infeſtadas de la heregia, en que era lo miſmo, nombrar el Sacramento, que concitar contra ſi los ceños, y las irriſiones. Pero el dolor de eſcuchar las blasfemias de los hereges, avivava mas el deſeo de recrearſe con las dulçuras de la Euchariſtia, aumentandoſe el hambre de eſte Manjar Divino, quanto ſe aumentavan las dificultades de guſtarlo, y creciendo los fervores de ſu Fè, à viſta de tanta infidelidad.

Pagòle largamente el Cielo las induſtrias, con que vẽciò eſtos embarazos; porque quando deſpues de muchos deſvelos, y de muchos paſſos hallava oportunidad de dezir Miſſa, ſe bañava ſu corazon de vn conſuelo tan ſenſible, que le hazia olvidar todos los ſuſtos, y trabajos padecidos: y como Ciervo fatigado, y ſediento, bebia de aquella fuente de aguas vivas, en las quales hallava el refrigerio, y tambien la cauſa

de

de nueva ſed. Viendo vna perſona de ſuposicion lo que pa decia Franciſco, atropellando por todos los eſtorvos de ſu devocion, y piedad procurò perſuadirle à que templaſſe eſtos fervores, à lo menos quando las fatigas de los caminos, y la multitud de ocupaciones apenas le concedian treguas al deſcanſo. A lo qual reſpondiò con ſingular afecto, y ternura: „ * *O Señor*, y que yerro tan grãde es perſuadirſe à que puedo „ yo tener en eſto algũ trabajo! No, no es trabajo, ſino mucho „ alivio para mi; porque què hora ay en todo el dia, y en toda „ la vida mas feliz, y mas llena de celeſtial deleite, que aquella „ en que el alma ſe recrea con la preſencia, y con los abra- „ zos intimos de ſu Dios? De mi sè dezir, que quando al- „ guna vez no puedo celebrar, ſe me ſeca el eſpiritu, deſtitui- „ do de eſte eſpiritual rocio, y debilitado por la falta de eſte „ Pan que fortalece el *corazon*. * Aſsi ſatisfizo Franciſco à quien ſe compadecia de ſu coſtoſa ſolicitud en celebrar todos los dias: moſtrando el interès grande de ſu eſpiritu, en el vſo quotidiano del Sacroſanto Sacramento, y ponderando las dulçuras de ſu poſſeſsion, por lo ſenſible de ſu auſencia.

Caminando vna vez de Ebora à Lisboa, y aviendo procurado, aunque en vano, dezir Miſſa en las poblaciones del camino, llegò à vna de ellas caſi rendido de la fatiga, y deſfallecimiento. Parecia ya impoſsible el logro de ſus deſeos aquel dia, y aſsi le rogava ſu Cõpañero cedieſſe à la neceſsidad, y no puſieſſe à tanto rieſgo ſu ſalud. Pero como el amor, ſegun dixo S. Gregorio, no halla conſuelo en la impoſsibilidad de ſu pretendido objeto: tampoco en eſta ocaſion ſe dieron por ſatisfechas las anſias amoroſas de Franciſco: y aſsi determinò caminar otras quatro leguas, torciendo, y deſviãdoſe del camino real, haſta encõtrar vna poblacion, donde pudo dezir Miſſa, y guſtò las ſuavidades de aquel Dios, que ſe eſcondiò para que le buſcaſſe nueſtro amor, y para que le hallaſſe nueſtra felicidad.

No fue tanta ſu fortuna en otra ocaſion. Avia caminado toda vna mañana, ſin otro alivio que la eſperança de eſte ſuſtento ſoberano; porque la parada avia de ſer en vn Lugar, cuya Igleſia era de vn Convento de Religioſos. Eſtavan ya comiendo, quando llegò à pedir le permitieſſen dezir Miſſa; y el que tenia à ſu cuidado la Sacriſtia, pareciendole

la hora intempestiva, se negò à la suplica, alegando estar ya cerrada la Iglesia. Insistiò el Venerable Padre con humildad, y con aprieto, esforçando mas sus ruegos, quanto se multiplicavan las escusas. Hasta que el Religioso inflexible à sus instancias, teniendolas por impertinente proligidad en vn dia, que no era de fiesta, le dixo con sacudida resolucion, que no se cansasse, porque no avia de hazer lo que pedia. Entristeciòse Francisco mas de lo que se puede ponderar: quisiera proseguir en sus humildes, y encarecidas suplicas, pero bolviendo el Religioso las espaldas, le dexò con la palabra en la boca, y con increible dolor en el alma. Levantãdo entonces sus ojos al Cielo, dixo: Sea todo por amor de nuestro Señor, y se retirò à su posada, sin mostrarse ofendido de tã no esperada desatencion; pero con tan excessivo sentimiento, q̃ estuvo por mucho tiempo inconsolable, atribuyendo este suceso à castigo de su indignidad. Su Cõpañero, que le assistiò cõtinuamente por espacio de veinte años, afirmava, que sola esta vez avia dexado de dezir Missa, estando sin actual enfermedad, que le reduxesse à la cama, y que entonces necessitava de la autoridad de Medico, y Superior, para contener los deseos de quella hambre sagrada del Sumo bien. Pero aun en estas dos ocasiones, à no ser el amor tan mal contẽtadizo, tuviera motivos suficiẽtes para el cõsuelo: pues en la primera logrò abundantemente el merito de su paciencia, y aunque se le negaron los Altares, no quedò defraudado del sacrificio de su mortificacion. En las demàs, aũque se privava de la Missa, ofrecia por victima su obediencia; cuyo exercicio es à Dios tan agradable, que en atravesandose el sacrificio con la obediencia, tiene por mejor la obediencia, que el sacrificio.

En fin, por testimonio del amor, veneracion, y culto del Padre Suarez, al inefable misterio de la Eucharistia, basta lo que escriviò dèl en el tercer tomo, sobre la tercera Parte de Santo Thomàs: donde corre tan sutil, segura, y abundante su pluma, que bien se reconoce averse mãcomunado el estudio con la devocion, para vnir la piedad, y la solidèz de sus discursos, y para registrar este golfo de maravillas, sin riesgo de naufragar en los escollos de sus dificultades. No se contenta con apurar en èl la profundidad de las questiones Escolasticas, sino que desciende con su acostumbrada pruden-

cia, y erudicion à declarar las disposiciones necessarias para el logro de sus efectos, la vtilidad de su frequencia, y las causas que pueden facilitarla, y disminuirla. Aqui tambien manifiesta los encendidos deseos de no perder, ni vn solo dia los regalos de esta Eucharistica Mesa, esforçando la opinion de, que se puede celebrar el Sabado santo; como fiados en su autoridad lo practican algunos, escogiendo vna Capilla retirada, para evitar la publicidad, y el reparo. Verdad es, que el Padre Suarez no necesitava de esta sentencia, para satisfacer à su religiosa devocion; porque ya antes avia obtenido especial indulto de la Silla Apostolica en orden à este fin; cuidadoso de estrecharse con su Dios, por medio de aquel Pan de vida, aun en aquel tiempo de su muerte, y de su ausencia.

Solo vn dia del año, que era el Viernes de la Semana santa, parecia del todo inaccessible à las fervorosas ansias de recibir la Eucharistia, porque en èl quiso la Iglesia que no se celebrasse este admirable sacrificio; y aunque se consume la Hostia ya antes consagrada, suele ser este privilegio de los Superiores, que toman à su cuidado aquellos sagrados, y lugubres oficios. Con todo esso, discurrio la devocion ingeniosa del Padre Suarez, no vno, sino dos arbitrios para recrear su espiritu con esta prenda dulçissima de la gloria, aun en el dia de sus acervissimas penas. El primero, y general para todos, fue convencer como probable, y seguro el dictamen que afirma, se puede privadamente comulgar en este dia de la muerte del Salvador, afiançando en firmes fundamentos la piedad de esta su sentencia, y deshaziendo los motivos en que estrivava la contraria. El segundo arbitrio, fue dexar aquellos tres dias el Colegio de Coimbra, y retirarse à vna granja donde habitavan algunos de la Compañia, con cuyo beneplacito se encargava de los sagrados ministerios de aquel tiempo, ofrecia Iueves, y Sabado el sacrificio de la Missa, assistia continuamente al Santissimo, mientras estava depositado en el monumento; consumiale el Viernes, segun los Ritos de la Iglesia: perseverava dia, y noche en Oracio, y penitencia, con tanto fervor, compuncion, y ternura por la dolorosa muerte de su Dios, que publicava bien la grandeza del motivo en la acervidad de su sentimiento. Tanto se esmerò la piedad, y la industria del Padre Suarez en el culto, y reli-

gion

gion del venerable misterio de la Eucharistia, tanto se ingenio su amante devocion, por no carecer vn breve espacio de este don infinito: aunque no es maravilla se mostrasse tan lince en su discurso, quien vivia enamorado de este Pan de entendimiento.

CAPITVLO XX.

De su entrañable, y suavissima devocion à Maria Santissima.

COmo fuera el Padre Suarez Doctor Eximio en sabiduria, y santidad, sino se huviera preciado de amante hijo, y de humilde esclavo de aquella Soberana Emperatriz, en cuyo gremio se recogiò la increada santidad, y de cuyo alvergue naciò para beneficio de los hombres la eterna sabiduria? Como pudiera averse remontado à la contemplacion sublime de los mas altos misterios, sino caminàra en las alas de aquella Aguila grande, que ilumina à sus pequeños hijos con su luz, y los asegura con la sombra de su proteccion? Si bolvemos los ojos à toda la vida de Francisco, hallarèmos vna como empeñada porfia entre las benignidades de esta Reyna, y las correspondencias de su rendido esclavo. Despertò esta bellissima Aurora las adormecidas luzes de su ingenio, y al punto empezò à formarse vn clarissimo dia en el entendimiento de Francisco, y èl consagrò desde luego los rayos de su luz à las Excelencias de Maria, ilustrando las que otros avian ya descubierto, y manifestàdo otras muchas que reservò el Cielo para gloria de este nuevo Sol.

Probò, y mantuvo el primero en publica disputa, el exceso de la gracia, y gloria de Maria sobre todos los Angeles, y hombres juntos: obsequio que juzgò digno esta Señora, no solo de su aprobacion, sino tambien de su agradecimiento; y obsequio en quien se mostrò tan animosa la devocion, que pudo parecer igualmente glorioso la osadia, que el acierto. Ya hablè en otra parte de este punto, pero no se puede passar aqui en silencio, tocando al honor, y aprecio de Maria, cu-

yas glorias aun repetidas ſon agradables, y hermoſas, cuyo nombre no puede pronunciarſe ſin dulçura, ni renovarſe ſu memoria ſin felicidad. Solo añadirè aqui la calificacion que diò el Cielo à eſta doctrina, por medio de la eſclarecida Virgen Doña Marina de Eſcobar: la qual aviendo viſto vn hermoſo libro, en que ſe repreſentava la infinita ſabiduria de Dios, advirtiò, que todos los Bienaventurados ſe acercavan, y leìan en èl mas, ò menos tiempo, ſegun las proporciones de ſu gloria; pero que llegando la Emperatriz de los Cielos, acompañada de ſu Vnigenito Hijo, mirò con grandiſsima atencion aquel libro admirable, *y conociò* los Divinos miſ-
„ terios mucho mas altamente, que todos los Santos juntos,
„ que avian *paſſado*. Comenta eſta revelacion el iluminado Padre Luis de la Puẽte, y eſcrive aſsi: * *Eſto* que dize de la
„ Virgen Santiſsima, es muy conforme à la ſentencia que
„ tengo por muy verdadera, y la prueva muy largamente el
„ Padre Francisco Suarez: que eſta Reyna Soberana tiene
„ mayor gracia, y gloria, que todos los Angeles, y Santos *juntos*. * Haſta aqui eſte gran Maeſtro de la vida eſpiritual; cuyo teſtimonio junto con la viſion referida, mueſtra quan afortunada fue la pluma de Francisco en obſequio de Maria; pues ſupo encaminar ſu devoçion por la ſenda de la verdad, diſcurriendo tan acertado, aun quando parece dava todas las velas à ſu cariño.

Pero quien deſde ſus primeros años ſe empeñò tanto en el amor, y en las alabanças de Maria; quãto ſe aventajarìa à ſi miſmo en los obſequios dulçes de tan benefica Reyna? Preveniaſe para todas ſus ſolemnidades con ayunos, y mortificaciones: y antes de celebrar las Miſſas de ſus Fieſtas, dilatava haſta dos horas la contemplacion de ſus divinas Excelencias, con tanta ternura de ſu corazon, que ſe derramava en la alegria, y ſuavidad de ſu roſtro. El ayuno de los Sabados era tambien tributo de ſu devocion à Maria, mereciendo ſus favores à precio de eſta, y otras ſemejantes aſperezas. Para dezir la primera Miſſa, eſcogiò el dia feliz de la Encarcion del Verbo Eterno en las puriſsimas entrañas de Maria, deſeoſo de copiar en el obſequioſo hoſpedaje del Hijo, las finezas de la Madre, y de traſladar à ſu pecho las purezas de la Madre, para hazerle capaz de las Mageſtades, y favores del Hijo.

La

La Corona de ſu Roſario, lo era tambien de todas ſus devociones: ofreciaſela todos los dias à ſus tiempos ſeñalados, cõ grande dulçura, y ſuſpenſion de eſpiritu, acompañando la voz con tiernos ſuſpiros, y haziendo à ſus labios interpretes de ſu corazon. Mientras dictava à ſus eſcrivientes, mientras leìa en el aula à ſus diſcipulos, y aun quando ſubia à preſidir las concluſiones Theologicas, llevava en ſus manos el Roſario; o para que fueſſe corona de ſus aciones, o ſeguridad de ſus aciertos; ò en fin, para que ſi dava alguna tregua breve el exercicio en que ſe hallava, ſe la llevaſſen toda las alabanças de Maria. Era èſte vn eſpectaculo lleno de ternura, y devocion, para los que advertian por vna parte la profunda ſabiduria, y alta comprehenſion de Franciſco, y por otra ſu eximia piedad con la Reyna de los Angeles, admirando la agudeza de ſus diſcurſos, y la inocente ſencillèz de ſus afectos.

La mas precioſa alhaja de ſu eſtancia, deſpues de la Imagen de Ieſvs, era vn retrato de Maria, teniendole ſiempre delante de ſus ojos, no tanto para deſpertador, como para conſuelo de ſu memoria. Suſpirava por ver el original de ſu belleza, y entretenia ſus amantes deſeos con ſu retrato. Veìanle frequentemente, que ſe bolvia à mirar eſte ſagrado ìman de ſus cariños, como buſcando por las puertas de ſus ojos algun deſahogo à ſus ternuras. Quando ſalia del Colegio, llevava en ſu compañia eſta ſagrada Imagen: teniala por guia de todas ſus peregrinaciones, y por vnico aſylo en ſus rieſgos. En llegando à las poſadas, la colocava con toda la decencia poſsible en ſu quarto, para adorarla con demonſtraciones, y rendimientos. Con ſu viſta olvidava todas las moleſtias del camino; con ſu preſencia le parec a hallarſe en vn cielo; y en fin, teniendo conſigo à Maria, n nca ſe imaginava peregrino, ſino en el termino de todos ſus deſeos, y cuidados.

Quando deſeava encontrar alguna cita en los libros, ò quando tardava ſu comprehenſion en miniſtrarle alguna noticia, pronunciava los dulçiſsimos nombres de Ieſvs, y Maria; y à ſus ecos ſe dava luego por entendida ſu memoria: y parece obedecia el libro, ofreciendole prontamente lo que buſcava. Fue obſervacion de ſus Amanuenſes, y de otras perſonas, que aſsiſtieron à ſu lado, que en hallãdoſe embarazado

con

con las dificultades mayores de la Theologia, no se contentava con clabar dulçemente los ojos en la Imagen de su Señora, sino que dexavá su asiento, y hincadas las rodillas, le rogava que le guiasse, como Divina Ariadne en tan dificil laberinto. Hecha esta breve Oracion, bolvia animoso con la esperança del acierto, dictava à sus escrivientes la decision de la duda, y acudia segunda vez à rendir las gracias al Oraculo de Maria Santissima, confessando su favor con la prontitud del agradecimiento. De este recurso familiar à las piedades de esta Reyna, y de la experiencia de sus beneficios, se puede colegir la verdad, de lo que repitiò muchas vezes el Padre Suarez, que quanto avia conseguido su estudio en el dilatado campo de las divinas ciencias, todo lo reconocia como dadiva de Maria; y que serian muy esteriles todos sus desvelos, à no fecundarse con las frequentes lluvias de esta Nube celestial, que le enriquecia con su rocio, y le amparava con la sombra de su proteccion. Por esso quantos escriven del Padre Suarez, encarecen la ternura, y la confiança de su cariño en las benignidades de su Divina Princesa. El Padre Luis de Valdivia, y el Padre Eusebio Nieremberg, afirman que por traer su origen de esta Divina Fuente, corrē tan puros, y saludables para toda la Iglesia los raudales copiosissimos de su doctrina. El Padre Antonio de Arana dize que era ordinario en su boca el atribuir todo el progresso de sus libros à la influencia, y proteccion de Maria. Y el Venerable Padre Iuan de Alloza, para afervorizar à los doctos en la veneracion de esta sabia Minerva, y verdadera Madre de la sabiduria, escrive assi de nuestro Doctor Eximio: *„ *Todas* las dificultades, que se le ofrecian en sus estudios, las „ encomendava este gran Doctor à la Virgen Santissima: y „ quando se andava paseando, le veian muchas vezes hincarse de rodillas delante de vna Imagen suya, dandole gra„ cias por las soluciones, y argumentos *que hallava*.* Assi este Escritor en su Cielo estrellado de Maria, y assi los demàs, que hazen mencion de Francisco, poniendole todos entre los grandes exemplos de lo que puede, y de lo que consigue esta incomparable devocion.

***

CA-

CAPITVLO XXI.

De los desvelos de Francisco en obsequio de la Santissima Virgen, y del premio, que por ellos goza.

QVando faltassen otros testimonios del amor, y dulçura, con que venerò el Padre Suarez à Maria Señora nuestra; bastava bòlver los ojos à sus admirables libros, que siendo como espejos de quien los escrive, nos dan muy al vivo la imagen de Francisco dibujada con los colores de su cariñosa piedad. Desde la prefacion, que haze al tomo segundo *de Incarnatione*, donde con prodigiosa afluencia, y profundidad discurre de las excelencias de Maria, comiença à levantar el buelo su pluma, y à mirar el espacioso campo de la Theologia, como esfera corta para desahogar sus finezas por medio de las ya meditadas alabanças. * *Quien avrà* (dize) tan escaso en el hablar, ò tan pobre ,, en el escrivir, que aviendo de tratar de la dignidad amplissima, de las excelentissimas virtudes, de la admirable vida, ,, y gracia de la Beatissima Virgen; pueda correr con veloz, ,, y compendioso estilo vn assunto tan grande, y tan dilatado! De mi puedo assegurar, que en estos puntos me ha parecido siempre nuestra Escolastica Theologia (dirèlo modestamente) sobre manera breve, y concisa: siendo assi, ,, que la dignidad, y amplitud de este argumento, junto con ,, el sumo deleite, enseñança, y vtilidad, parece pedian como de justicia, que quien tiene el nombre, y profession de ,, Theologo, entregasse aqui todas las velas *al discurso*. * Hasta aqui el Eximio Doctor, el qual desempeñò tambien la brevedad hasta alli obtervada por otras grandes plumas, y enriqueciò tanto la Theologia Mariana, que ya ninguno puede juzgar concisa su doctrina, sino escasa la vida, para comprehenderla.

Començò Francisco à navegar este immenso Occeano, midiendo la altura de la dignidad eminentissima de Madre de Dios, para la qual predestinò Dios à Maria, y de la qual, como de norte fixo se han de observar las lineas, y los rumbos

bos para la demarcacion de todas las demàs excelencias. Paſsò de aqui à ſaludar las altas cumbres de ſu Puriſsima Cõcepcion: miſterio de quien ſentia tan altamente, que afirmò, ſegun eſcrivè el Padre Granados, ſe juzgaria coronado con el laurel triunfante del martirio, ſi tuvieſſe la ſuerte de rendir por ſu defenſa el poſtrer aliento de ſu abraſado corazon. Pareciòle ya tan ſegura eſta verdad, y la fortaleciò con tanto peſo de autoridad, y de razon, que llegò à dezir, no quedava fundamento baſtantemente firme, ò aparente por la opinion menos piadoſa. Demàs de eſto, probò con todo genero de erudicion, que Maria por la gracia del primer inſtante excediò à la del mas ſanto de los hombres, y del mas encumbrado de los Serafines; de ſuerte, que aunque no tuviera mas que eſſe momento de vida, ſe aventajaria à qualquiera de ellos en ſu mayor elevacion. Moſtrò tambien, como en eſſe miſmo punto fue iluſtrado ſu entendimiento con ſobrenaturales reſplandores, enriquecida ſu alma con perfectiſsimas virtudes, y ſu corazon abraſado en amantes incendios. De ſuerte, q̃ aquel inſtante, que antes fue ſoſpechoſo de la comun deſgracia, vino à transformarſe en el teatro de las mayores dichas; dignandoſe la Reyna del Cielo, de que fueſſe el Eximio Maeſtro, quien defendieſſe, y elevaſſe las glorias de eſte primer punto de ſu vida, y centro de dõde empezaron à dilatarſe las lineas caſi infinitas de ſu gracia.

P. Suarez tom. 2. de Incarnat. diſp 3. ſec. 6.

No parò aqui la amante pluma de Franciſco; antes empeñada en aſſunto tan ſublime, y dulcemente cautiva de las ſuavidades que hallava ſu eſpiritu en eſte, y otros miſterios, proſiguiò iluſtrandolos con ſu incomparable ſabiduria, ſiguiendo las huellas todas que nos dexò eſtãpadas en el mundo eſta Soberana Princeſa, mientras durò la feliz carrera de ſu ſantiſsima vida. Diſputò de la nobleza de ſus Progenitores, de las excelencias de ſus dichoſiſsimos Padres, de la belleza, temperamento, y calidades de ſu puriſsimo cuerpo, de la ſabiduria, del amor, y de los demàs opulentiſsimos teſoros, con que enriqueciò el Cielo ſu eſpiritu, de la preſentacion con que ſe conſagrò en los Altares del Templo, del deſpoſorio con ſu caſtiſsimo Eſpoſo S. Ioſeph, de la Anunciacion en que oyò al Embaxador Celeſtial, y concibiò al Divino Verbo. Mas para què es diſcurrir por cada vna de eſ-

tas

tas cosas en particular; basta dezir, que no ay misterio, no ay passo, no ay circunstancia alguna en la vida, y muerte de esta Señora, que no siguiesse, y declarasse la infatigable erudicion del Padre Suarez, hecho girasol enamorado de este Sol bellissimo, en quien hallò Dios su mejor trono, y Francisco su norte mas seguro.

Consiguiò, en fin, el Padre Suarez, que se descubriesse en las excelencias de Maria vn nuevo campo para las disputas Theologicas, tan fecundo de virtudes divinas, como de ingeniosas dificultades. Con ellas construyen ya los Theologos vn justo tratado *de Perfectionibus Beatæ Virginis*; formãdo de las espinas agudas, y de las flores elegantes, vn hermoso pensil, donde los ingenios hallan sutilézas, y dulçuras para fabricar los panales de sabiduria, y devocion. Esto es lo que deseava el Doctor Eximio, y lo que procurò persuadir à los Sabios, por estas graves, y convincentes razones. * *Nadie* „ pienſe, que la materia de estas controversias, por lo que „ pertenece à la Virgen Bienaventurada, es agena de las es- „ cuelas, y teatros; o porque los Escolasticos la tocan bre- „ vissimamente, ò porque no se puede fundar en principios „ metafisicamente ciertos, sino en probables argumentos, „ y congeturas piadosas. Antes juzgo yo, que despues del „ conocimiento de la Divinidad de Dios, y de la Humani- „ dad de Christo, no se puede adquirir otra noticia, ò mas „ vtil que èsta, ò mas digna de quiẽ professa la Theologia. Y „ à la verdad, no entiendo, porquè disputando los Theo- „ logos tan exactamente acerca de la naturaleza, sabiduria, „ gracia, gloria, y demàs dones, ministerios, y oficios de los „ Santos Angeles; no se aya de tratar con mucha mayor soli- „ citud, y diligencia, de la Reyna de los Angeles, de su dig- „ nidad, gracia, ciencia, merecimientos, y de su singularis- „ sima felicidad. Y mas que esta doctrina es de suyo mas sub- „ lime, mas delicioſa, y mas conducente à la piedad. A lo „ qual se añade, que (como dixo el Filosofo) importa mas „ inquirir, y rastrear algo de las cosas elevadas, y superiores, „ que averiguar las inferiores, aunque sea con matematica „ certidumbre: principalmente, que insistiendo en los prin- „ cipios de Fè, mas se puede descubrir de la gracia, y gloria „ de la Beatissima Virgen, que de lo que pertenece à los *An-*

Ibidem in præfatione.

gelicos *Espiritus*. * Hasta aqui el Padre Suarez, y desde aqui passa à señalar las fuentes de esta nueva Theologia Mariana, los textos de entrabos testamentos, las definiciones de los sagrados Concilios, las Ecclesiasticas tradiciones, y la authoridad de los Santos Padres: fundamentos todos, q con su misma preciosidad, y solidèz publican bastantemente la primorosa estructura de esta nueva fabrica de la Theologia Mariana: la qual pudo añadir al Padre Suarez, sobre los renombres de Eximio, y eminente en la Iglesia de Dios, el atributo de Theologo Mariano, y Doctor de las Excelencias de Maria.

Quanto se aya agradado esta Señora de los obsequiosos afanes, con que procurò Francisco manifestar al mundo sus prerrogativas, y excelencias; facilmente se puede inferir de su benignidad amorosissima, en cuyos ojos abulta tanto la pequeñèz de nuestros cultos, y en cuyo corazon se aprecian como finezas de regalados hijos, las deudas de los esclavos. Y si tal vez agradeciò con beneficios las flores, cõ que adornò vna inocente mano sus Altares; como es posible, que no premiasse con favores excessivos, à quien sacrificò todos los esfuerços de su discurso, y de su afecto à la exaltacion de su grandeza, y gloria; desembolviendo aquel libro admirable de su vida, en cuyas hojas, como dezia S. Iuan, estava escondido todo el Cielo: *Cœlum recessit sicut liber*, y manifestando tantas lucidissimas estrellas para ornamento de su corona, para norte de nuestra devocion, y de nuestra dicha. Preciase esta Señora no menos de liberal, que de agradecida con sus amantes siervos: y teniendo vn poder infinito para desempeño de su liberalidad, quien duda derramaria los tesoros de su beneficencia, en quien se professo tan apassionado como benemerito de su gracia.

Credito de esta persuasion es, lo que escrive el Padre Antonio Descamps, aver acontecido à vna persona de insigne virtud, y alta contemplacion, assegurada con todas aquellas señas, por donde los Maestros espirituales reconocen los quilates de la verdadera santidad. Era esta alma muy favorecida de su Dios, y hallandose vn dia de la Immaculada Concepcion, contemplando las excelencias de este amable misterio, se le representò en interior vision la Reyna de los Angeles, Maria Santissima, con aquel aspecto, y hermo-

ſura, que ſuſpende en admiraciones todo el Cielo. Traìa cerca de ſi en ſu propio trage de Ieſuita à nueſtro Venerable Padre Franciſco Suarez; y mirandole con celeſtial agrado, oyò que le dezia: *Mira alma, eſte es mi Padre.* Palabras, que à vn miſmo tiempo deſcifraron ſu obſcuridad con ſu inteligencia; dandole à entender, que en ellas ſignificava eſta Señora, el feliz, y eſtudioſo acierto de Franciſco, en ilùſtrar el miſterio de ſu Puriſsima Concepcion, y los demàs trabajos, y deſvelos, que conſagrò à la manifeſtacion de ſus excelencias. Llamo la Reyna del Cielo à Franciſco ſingularmente ſuyo; porque le mirava como vno de ſus mas queridos hijos, y de ſus mas favorecidos Capellanes. Llamòle ſuyo, porque le avia cautivado con ſus dulçuras, y eſcogido por Doctor Eximio de ſus glorias. Llamòle ſuyo, porque Franciſco avia entregado à Maria Santiſsima ſu corazon, ſu mente, ſu pluma, y todas ſus coſas. En fin, ſi dixo el Salvador, que à quien ſe conformava con la voluntad de ſu Padre Eterno, le mirava como Madre, y como Hermano: *Ipſe meus frater, & ſoror, & mater eſt*; y ſi como explicò S. Gregorio, quien con ſus palabras haze que nazca, y que viva Chriſto en el conocimiento, y amor de los hõbres, merece la gloria, y el apellido de Madre ſuya: *Chriſti Mater efficitur*; con razon dixo Maria Santiſsima, que el Padre Suarez era Padre ſuyo; pues con ſu lengua, con ſu pluma, con ſu ingenio, y con ſus afanes, y trabajos diò à conocer al mundo la dignidad inefable de eſta Señora, encendiendo clariſsimas luzes para deſpertar en ſu culto los entendimientos de los Sabios, y amoroſos bolcanes para inflamar los corazones catholicos en ſu ſiempre dulçe, y ſiempre fructuoſa devocion.

No fue ſola eſta vez, la que ſe apareciò Maria Santiſsima acompañada del Padre Suarez; porque en otras diferentes ocaſiones ſe dexò ver de la perſona miſma, de quien hablamos, trayendo al Santo Padre cerca dẽ ſi; y diziendo que la cauſa de venir en ſu compañia, era por aver conſervado los candores de Virgen, y por averſe eſmerado en ſu obſequio, y amor. No ſabìa eſta alma, que Franciſco ſe huvieſſe ſeñalado en eſtas virtudes; pero Maria Señora nueſtra le infundiò eſta noticia, para ſu enſeñança, y exemplo: y acaſo tambien para premiar con eſtos elogios de ſu divina len-

gua, los que el Padre Suarez le avia conſagrado cõ ſu pluma.

CAPITVLO XXII.

Del aprecio, y amor, que profeſsò Franciſco à la Compañia de Ieſus.

SI ay virtud ſeparada de las demàs, cuyo empleo es el amor de los padres naturales; con razon contarèmos entre las virtudes del Eximio Doctor, el aprecio, y eſtimacion con que mirò à la Compañia de Iesvs, en quien el nombre de Madre ſe halla tan mejorado para con ſus hijos, quanto va del eſpiritu al cuerpo, y de lo eterno à lo caduco. Coſtòle mucho à Franciſco el ſer Ieſuita, y conociò que valia mucho lo que le avia coſtado tanto. Comprò la Compañia à precio de inſtancias, de caminos, de ruegos, y (lo que es mas) de lagrimas, ſino deſpreciadas, à lo menos deſatendidas; y con aver empleado tanto caudal en la negociacion de eſta margarita precioſa, celebrò ſiempre ſu poſſeſsion, como dadiva ſingulariſsima de la divina liberalidad. Muchas vezes ſolia repetir los lanços de ſu vocaciõ, y los rieſgos que avia padecido haſta conſeguirla, ponderando las contingencias, en que le puſieron por vna parte los alhagos del ſiglo, y por otra las dificultades, y deſvios de los nueſtros: con aquella mezcla de ſuſto, y alborozo, con que refiere el navegante los peligros de la tempeſtad, para encarecer las ſeguridades del puerto. Amava el inſtituto de nueſtra Religion, no ſolo por la excelencia de ſu fin, que es conducir al Cielo las almas; ſino tambien por los medios tan proporcionados para obtener la propia ſalvacion. Singularmente ſe conſclava al conſiderarſe en vn eſtado, donde la ambicion ſe mira no ſolo como diſtante, ſino como impoſsible, alegrandoſe de aver de vivir en la tierra, ſin otra pretenſion que la del Cielo.

Eſte deſengaño tomò poſſeſsion de ſu eſpiritu, deſde ſus primeros años, y le aprovechò no poco para deſvanecer vn aſſalto, con que el demonio intentò contraſtar ſu conſtancia, ò à lo menos debilitar ſu firmeza. Avia dexado la Compañia, y abrazado deſpues otra muy grave, y docta Religion, vn ſugeto con quien el P. Suarez avia concurrido en

vn

vn miſmo Colegio. Eſte, viendole vna vez, y renovando en ſu animo la memoria de ſu antigua felicidad, ſe acercò à Francisco, que aun no era Sacerdote, y apretandole fuertemente la mano, le dixo con grande expreſsion: * *Dè* V. Paternidad gracias à Nueſtro Señor, de la merced que le ha hecho, en darle perſeverancia en la Compañia de Iesvs: y tenga por cierto, que es vna de las Religiones, donde ſe profeſſa mas perfeccion de quantas Dios tiene en ſu *Igleſia*. * Correſpondiòle Francisco con eſtimacion de ſu ingenuidad, y con aprecio de ſu conſejo; aſſegurandole, que ſu primer cuidado era merecerle à Dios la perſeverãcia en ſu ſanta Compañia, y que eſtando en el miſmo concepto de la felicidad, que en ella poſſeìa, ſe regocijava mucho con ſu dictamen, y aprobacion, pues ninguno podia ſer mas juſto, y mas ſincero apreciador de vn gran biẽ, que quiẽ le avia perdido. No ſe paſsò mucho tiempo, que con ocaſion de aver dado Franciſco à conocer ſus grandes talentos en vna funcion publica, excitò en los Padres de la referida Religion gran codicia de robarle, ſi fueſſe poſsible à la Compañia, vna tan precioſa joya. Mas como para eſto era forçoſo conquiſtar primero ſu voluntad, les pareciò, que ſu Religioſo, y antiguo Ieſuita, tenia mucho andado en la familiaridad con el P. Suarez, para perſuadirle con ſus razones, y con ſu exemplo la mudança de inſtituto. Encomendaronle por tanto eſta empreſſa, advirtiendole, podia dilatarſe en las eſperanças de valer, y medrar mucho en el nuevo eſtado, y que los que le hazian eſte embite ſe hallavan, no ſolo con autoridad, ſino con reſolucion de no parar en ſus aumentos, haſta verle en vna Cathedra de Prima en la Vniverſidad de Salamanca: puesto en que no ſuele acabarſe la fortuna de los Varones benemeritos.

Con eſta inſtruccion ſe reſolviò el inconſtante Religioſo à començar ſu bateria, para rendir la conſtancia de Franciſco: començò ſu viſita por los elogios de ſu incomparable ingenio, para abrirſe mas facil el paſſo con eſſos poderoſos alhagos, que ſobornan al corazon por el oìdo. Ladeoſe deſpues àzia la dura neceſsidad de vivir en vna Religion, donde los trabajos ſolo ſe tienen por premio à ſi miſmos, calificando de muy triſte la ſuerte de vnas relevantes prendas, aprſ-

ſiona-

ſionadas al inviolable eſtilo de la Compañia, que reconociẽdo à ſus hijos muy diferentes en el merito, los iguala à todos en ſu aſsiſtencia, y en ſu fortuna, ſin concederles ſi quiera la eſperança de verla en algun tiempo mejorada, ò con los años, ò con los eſtudios, ò con los aſcenſos. En fin, quando juzgò tenia à Franciſco mal ſarisfecho de ſu ſuerte, y de ſu eſtado, ſe quitò la maſcara, y paſsò à deſcubrirſe abiertamente, y à proponerle el deſeo de los ſuyos, entre los quales hallarìa ſu ingenio el aprecio debido, y los puestos correſpõdientes à ſugetos de ſu gerarquia, ſeñalandole algunos exemplares, que acreditavan la ſeguridad de ſus promeſſas. Oyole Franciſco, no sè ſi con eſcandalo de ſu oſſadia, ò con laſtima de ſu ceguedad; y mirandole con roſtro ſevero, en que baſtantemente hablava ſu deſengaño, le reſpondiò eſtas ſolas palabras: *V. Paternidad ſe acuerde de lo que me dixo pocos dias ha, y no ſe olvide tan preſto de ſi miſmo.* Con eſto cortò del todo la converſacion, y dexò al necio Religioſo confuſo de ſu inconſiderada ligereza, y certificado de ſu conſtancia, ſignificandole con la aluſion, à lo que pocos dias antes le avia oìdo; que ſolo eſtimava el inſtituto de la Compañia por la Religion, y ſantidad, que en ella ſe profeſſa, no por motivos de valer, y ſubir, los quales ſi turban los ſilencios del Clauſtro, le convierten en vn pequeño mundo, ò en vn anticipado infierno.

Eſte aprecio, y amor con que mirò Franciſco à la Compañia, creciò juntamente con los años, y con las experiencias. En quantas Provincias, y Colegios reſidiò, fue ſiempre ſu conſejo, y ſabiduria, aſsylo de los Superiores para los aciertos del govierno, ſin que huvieſſe negocio grave en que no conſultaſſen los dictamenes de ſu prudencia. Hallòſe en Roma, à tiempo que el Pontifice Clemente Octavo apretava con mas vehemencia al Padre Aquaviva nueſtro General, para que ſalieſſe de Roma, y viſitaſſe las Provincias de Eſpaña. Y aunque en eſte empeño publicavan los Miniſtiros Eſpañoles intereſado al Rey Catholico, y pretendian que el P. Suarez ocupaſſe en la Corte Romana, el lugar del P. Aquaviva; con todo eſſo, Franciſco, que no tenia otra patria que el Cielo, ni otro interès que la razon, conociendo que eſtava èſta de parte del General, y que ſu permanencia en Roma

era

era conforme al dictamen de nueſtro Santo Patriarca, y à la vtilidad de toda la Religion, procurò con grande esfuerço deſengañar al Pontifice, y apartar de ſu intento à los Autores de eſta novedad. Para eſto fue de parecer, que todos los profeſſos que ſe hallavan en nueſtras Caſas, y Colegios de Roma, acudieſſen à là preſencia de Clemente; y poſtrados à ſus pies, le repreſentaſſen con rendida, pero no menos reſuelta ingenuidad, los daños que amenazavan à la Compañia de la pretendida jornada, acordandole à vn tiempo ſu piedad, para que los evitaſſe, y ſu obligacion para que los temieſſe. Executòſe eſta funcion con feliz efecto, y la autorizò con ſu preſencia, con ſu ancianidad, y ſabiduria el Eximio Doctor, el qual en compañia de otros inſigniſsimos Varones ſe acogiò à la nave de S. Pedro, para deſpertar al Señor, que parece eſtava dormido en medio de la tempeſtad, y del naufragio.

Demàs de eſto, aviendo venido por eſte tiempo à Roma vn gran perſonage, que era el principal Artifice de eſtos deſignios; tomò à ſu cargo el Padre Suarez el convencerle, y reducirle à mejor conſejo. Viſitòle en ſu Palacio, puſole delante de los ojos las perniciosas conſequencias de ſu pretenſion. Declamò contra la inutil, quanto eſcrupuloſa politica de reducir el govierno Religioſo, à los intereſes de eſtado. Moſtrò, que no podia ſer guſto, ni ſervicio de vn Rey piadoſo, lo que ſe intentava con violencia de la razon. Advirtiole, que los que deſobligavan à Dios por atender al Ceſar, eran comunmente caſtigados del Ceſar, cuyo albedrio eſtà en la mano de Dios. Y en fin, pudo tanto con ſus razones, acompañadas de ſu autoridad, de ſus ruegos, y de ſu diſcrecion, q̃ conſiguiò quãto deſeava, haſta perſuadir à aquel gran Señor, à que ſe bolvieſſe à Napoles, de donde avia venido, y levantaſſe la mano de ſus antiguos intentos. Con eſto reſtituyò à la Compañia la paz, y aſſeguro al General en el govierno de toda la Religion, librandola de la opreſion intolerable que padecia, y alexandoſe de qualquiera eſpecie de ambicion, o eſperança, que pudieſſe mirar àzia ſu perſona.

No es menor argumento de lo que atendio Francisco al bien comun de ſu Religion, lo que aconteciò leyendo la Cathedra de Prima de Coimbra. Oianle de Comunidad todos

los

los Eſtudiantes de nueſtro Colegio: pero con ocaſion de vnas Proviſiones Reales, que necesitavan à todos los Curſantes, à cierto numero de lecciones, y con el temor de otros mayores inconvenientes; pareciò à los Superiores neceſſario el retirar à nueſtros Hermanos de la publicidad de las Eſcuelas. Executoſe eſta reſolucion, que al parecer avia de cauſar mucho ſentimiento al Padre Suarez, por defraudar ſu general de vna porcion tan noble, y eſtimable de diſcipulos, y oyentes. Pero ſi fue alguno el ſentimiento de Franciſco, en vna novedad tan reparable, fue mucho mayor ſu reſignacion: porque no ſolo poſpuſo el honor de ſu Magiſterio, al arbitrio de la obediencia, ſino que ſiendo preciſo ſatisfacer à ſu Magestad ſobre eſta determinacion, eſcriviò vn tratado digno de ſu prudencia, y ſabiduria, en defenſa de lo que avian executado los Padres de Coimbra, cerrando el paſſo con ſu autoridad, à las altercaciones, y diſturbios que de aqui podian nacer. Y aunque ſe diſminuyò el numero de ſus diſcipulos, no por eſſo fue menor la vtilidad de ſu doctrina: pues además de aprovecharſe todos privadamente de ſus eſcritos; nos dexò en el exemplo de tanta moderacion, y manſedumbre vn inſigne documento de lo que debe hazer el Religioſo, quando ſe encuentra ſu propio luſtre con el dictamen de la obediencia; juntando con la candidèz, y docilidad columbina la prudencia de Serpiente, que pone ſu cuerpo por eſcudo de ſu cabeza, y compra ſu ſeguridad à coſta de ſu dolor.

Mas para què es referir èſte, y otros ſuceſſos en que Frãciſco ſe eſmerò en el honor, y defenſa de la Compañia, en el reſpeto à ſus Prelados, y aprecio de ſu ſantiſsimo inſtituto? No quiſo fiar del todo eſta materia à la memoria de ſus acciones, ſin eternizarla tambien en ſus eſcritos. Leaſe el quarto, y vltimo volumen *de Religione*, donde aviendo diſcurrido con ſuccinta profundidad de los demàs Ordenes Religioſos, deſpliega vltimamente las velas de ſu fecundiſsimo ingenio, y inagotable erudicion en declarar, eſtablecer, y apoyar toda la fabrica admirable de eſta nueva Cõpañia, en la qual, como en obra primoroſa de ſus manos, ſe dignò el Salvador de eſcrivir ſu Auguſto nõbre. Alli deſcrive la variedad, y diſtinciõ de ſus votos, el orden, y armonia de ſus grados, la perfecciõ, y

vtili-

vtilidad de ſus empleos, la ſantidad de ſus reglas, la eficacia de ſus exercicios, que ſon las armas de la luz con que la fortaleciò el Cielo, por medio de ſu Capitan, y Patriarca S. Ignacio, para beneficio de todo el Orbe Chriſtiano, y reduccion del Barbaro gentiliſmo. Alli, en fin, la defiende de los errores, que contra ella fraguaron ſus enemigos en la oficina de ſu calumnia, y de ſu ignorancia. Alli ſale à batallar contra ellos, como en otro tiempo los dos inextinguibles Aſtros, y Doctores de la Igleſia, Santo Thomàs, y S. Buenaventura, los quales en la defenſa de ſus dos nuevas Religiones, dexaron ſeñaladas las huellas à nueſtro Doctor Eximio, multiplicandole Dios los exemplares, vno Angelico, y otro Serafico, porque el infierno avia tambien de multiplicar contra la Compañia de Iesvs el numero, y la porfia de ſus implacables adverſarios.

De todo dà razon el Padre Suarez con vnas palabras, que no ſe pueden omitir aqui, por ſer vno de los mas iluſtres, y graves teſtimonios de lo que es la Compañia en ſi miſma, y de lo que fue en la veneracion, y reſpeto del Padre Suarez. Dize, pues, en el Prologo que haze al primer libro ſobre nueſtro inſtituto.

* *Eſta es* la vltima parte de toda la obra, acerca del eſ-
„ tado Religioſo; la qual como es por tantos titulos mas pro-
„ pia de mi obligacion, aſsi ha ſido el principal objeto de mi
„ cuidado. Porque aviendo ya quarenta años, que por bene-
„ ficio grande de Nueſtro Señor fui llamado à eſta Religion
„ de la Compañia; y aviendome todo eſte tiempo educado,
„ criado, y conſervado en ella, admirando ſiempre ſu modo
„ de vivir, ſu inſtituto, la ſingular pureza de ſus coſtumbres,
„ ſu Religion, y reverencia para con Dios, ſu caridad, y zelo
„ verdaderamente eximio para con los proximos en orden à
„ la ſalvacion de ſus almas, y conociendo todo eſto, no
„ como quiera por relacion de otros, ſino por lo que yo miſ-
„ mo he experimentado; no en vna parte, ſino en varias, y
„ diſtantiſsimas Provincias de Italia, Francia, de caſi toda
„ Eſpaña, y vltimamente de Portugal: y viendo por otra parte
„ à eſta Religion, no ſolo aborrecida de los hereges, (lo qual
„ es de grande gloria ſuya) ſino tambien perſeguida con pre-
„ teſto de ſantidad por hombres que profeſſan la Fè Catho-

„ lica; y calumniada por varios modos, ya en coloquios, y
„ conversaciones particulares, ya en publicas lecciones, y
„ sermones, ya cõ otros linages de detracciones, y sofisticos
„ discursos; he deseado sobre manera dar razon à todos de
„ este nuestro instituto, y Religion, y deshazer quantos argu-
„ mentos hasta aora se han opuesto contra ella. Y esto, no
„ porque necesite de ser defendida, ò ilustrada vna verdad,
„ que es mas clara que el mèdio dia, y vna Religion tantas
„ vezes aprobada por la Silla Apostolica, y à quien ha hecho
„ mucho mas ilustre la divina gracia con sus maravillosas
„ obras; sino por dar alguna muestra del agradecimiento que
„ debo à mi Dios, que me llamò à la Compañia de su Hijo; y
„ tambien de mi gratitud à la misma Compañia, à quien me
„ reconozco deudor de quanto soy, y de quanto tengo. Por
„ lo qual, siguiendo los excmplos de los Santissimos Padres,
„ Santo Thomàs, y S. Buenaventura, he emprendido esta
„ obra, confiado solo en las assistẽcias de la divina gracia::::
„ Y de esta suerte esperamos que se manifieste à todos la
„ dignidad, y vtilidad de esta Religion, y que las bocas que
„ contra ella ladran se enmudezcan, ò se confundan, para
„ que de todo resulte mayor gloria de Nuestro Señor, y pro-
„ vecho de las *almas*. * Hasta aqui el Padre Suarez, cuyas palabras son espejo clarissimo de su amoroso, y agradecido corazon para la Compañia, la qual siendo fecunda Madre de clarissimos hijos, puede gloriarse de aver producido en este solo vna fidelissima imagen de todo su instituto, trasladada de la perfecciõ de sus exẽplos, à la immortalidad de sus escritos.

Pero no debo omitir entre las cariñosas demonstraciones del Padre Suarez, con la Compañia, el singular afecto que professò à este nuestro Colegio Real de Salamanca, cuya fabrica, como en otra parte se dixo, le adelantò mucho con el interès que produxeron sus metafisicas, para que durasse aun en las piedras la memoria, y la veneracion de tan gran Padre. Pero no fue este el vnico, ni el mayor monumẽto de su amor, y liberalidad, porque demàs de esto consignò vna renta de 6 ∠ 3. reales cada año, para aumento de nuestra copiosa libreria: providencia digna de Maestro tan Eximio, y dadiva, cuya continuacion assegurò la perpetuidad de nuestro agradecimiento. Por este, y otros beneficios escrivio este Cole-

Colegio al Padre Suarez en el numero de sus biẽhechores. y siendo esta Casa vn Seminario tan ilustre de nuestra Religion, bien puede toda ella mostrarse agradecida à Francisco, reconociendo como beneficio comun, el que nosotros veneramos como singular.

CAPITVLO XXIII.

De los dones divinos con que enriqueciò el Cielo al Doctor Eximio; y singularmente del espiritu de profecia.

AVnque todas las virtudes son dones soberanos, y vnas como centellas derivadas de aquel Padre de las lumbres; con todo esso, ay otras gracias especiales, que como mas agenas de nuestro merito se llaman singularmente dadivas de la divina liberalidad. Y aunque bastan solamente las virtudes para formar vn Varon heroicamente Santo, con todo esso, suele Dios ilustrar à sus escogidos con la excelencia de estos dones, que son como adornos de la virtud, y accidentes de la santidad. A esta classe pertenece el espiritu de profecia, que es vna lumbre prodigiosa, la qual hiere en lo mas oculto, y distante, entendiendose con los sucessos futuros, aun quando se ocultan en la incertidumbre de su posibilidad. En esta materia es admirable vna profecia, ò muchas juntas que en vna sola pronunciò el Padre Suarez, porque en ella previno no vno, sino muchos, y diferentes acontecimientos, sin embarazarse en la interposicion de tiempos, y lugares remotissimos.

Y no de los señalados discipulos, en Theologia, del Padre Suarez, fue el Padre Valerio de Ledesma, Varon de ilustre santidad, de apostolico zelo, y muy favorecido de Dios, y de su Santissima Madre con regalos, y visitas celestiales. Concibio èste en su pecho vn ardor, y deseo excessivo de passar à las Indias à sacrificar su vida à la conversion del Barbaro gentilismo, con la esperança de encontrar entre aquellas incultas breñas, la floreciente corona del martirio. Cuidadoso del acierto en tan ardua como heroica resolucion, consultò à su Maestro el Padre Suarez, de cuya santidad vivia

no menos satisfecho que de su sabiduria : rogandole, que le alcançasse del Cielo luz , y conocimiento de la voluntad divina, y fortaleza para acometer, y perseverar en tan heroica empressa. Prometiòselo assi Francisco ; y despues de aver consultado en la Oracion al divino Oraculo , le respondiò con gran resolucion , que la voluntad de Dios era que partiesse à aquel nuevo mundo , que en èl querìa servirse de sus fatigas, para gloria suya, y al cabò concluyò con estas palabras : *Vaya V. Reverencia en hora buena à las Filipinas, que alli ha de ser Provincial de aquellas Islas , y dos vezes Retor de nuestro Colegio de Manila.* Oyò este vaticinio celestial el Padre Valeric, y cierto ya de la voluntad de Dios, que le llamava à grandes trabajos en el cultivo de aquellas regiones, navegò prosperamente hasta arribar à aquellos vltimos fines del imperio Español , para dilatar en ellos la gloria del nombre Christiano. Alli despues de aver fecundado con Apostolicos sudores , y fatigas la Isla de Mindanao , y recogido copiosos frutos con grande confusion del demonio , que le persiguiò por si, y por sus ministros los hechizeros , y Magos , le destinò la obediencia para que rigiesse el Colegio de Zebu: puesto, del qual passò despues al de Manila, que es la Ciudad principal, y la Corte de aquellas Islas. De aqui fue escogido para el govierno de toda la Provincia de Filipinas , durando en esta ocupacion por espacio de ocho años , con no menor aprovechamiento de los Subditos, que sentimiento de su humildad , la qual solo aspirava al cultivo de los Indios vozales , y no à la direccion de los Apostolicos Obreros. En fin, despues de averse retirado à la Casa de probacion, para plantar en los Novicios el espiritu de la Compañia , y educar aquellas primeras flores con su enseñança, y exemplo, le sacaron de esta su amada soledad , poniendo otra vez à su cuidado el Colegio de Manila. Hasta que oprimido de los años, y de los achaques se eximiò del peso del govierno , dexando perfectamente cumplida la ilustre profecia del Padre Suarez , no solo en el Provincialato de Filipinas , sino tambien en el repetido oficio de Retor de su principal Colegio. Coronò despues sus dias, y sus merecimiẽtos este Venerable Padre, con vna muerte felicissima , y propia de vn Varon , cuyos passos , y cuyas acciones merecieron tan anticipadas las

aten-

atenciones, y los cuidados del Cielo. Porque entregado todo à su Dios en la contemplacion, y exercicio de perfectissimas virtudes, descansò en paz, segun escrive el Padre Iuan Eusebio, en el tomo quarto de nuestros Varones ilustres.

Bastava, sin duda, este sucesso, para mostrar que enriqueciò Dios al Eximio Doctor con el don excelentissimo de profecia, pues le hizo ver, y anunciar desde España, lo que despues de muchos años avia de acontecer en Filipinas: hablando con tanta certidumbre de vna materia sugeta à las contingencias mayores de mar, y tierra, y à innumerables peligros de la vida. Pero como la divina voz se govierna por la oculta disposicion de la Providencia, sabe assegurar la verdad de sus vaticinios, sin disminuir la incertidumbre de los acasos; para manifestar la santidad de aquellas grandes almas, à quienes admite Dios à la noticia de sus secretos. Tuvose por cierto, que logrò Francisco en otras ocasiones estos favores de la confiança, y amistad divina; pero resguardòlos su humildad siempre vigilante en desvanecer quanto podia elevarle sobre la comun opinion.

Solo añadirè otro sucesso, en que parece se traslucieron algunas centellas de su profetico espiritu. Quando deseoso de publicar los tomos *de Gratia*, supo el reparo que se hazia en Roma por la concernẽcia de esta doctrina, con la *de Auxilijs*: punto sobre el qual la Sede Apostolica avia intimado à todos el silencio, dixo tratãdo de esto el Padre Suarez, que se veria andando el tiempo, como no avia inconveniente en publicar tratados *de Gratia*, aunque se negasse licencia para los que tratassen mas de proposito *de Auxilijs*. Esto mismo escrivio al Cardenal Burgesio, en carta cuyo original tengo en mi poder: y esto mismo es lo que acontecio despues que passò de esta vida el Padre Suarez: porque aunque nuestros Escritores se abstuvieron de este argumento; con todo esso, provocados despues de sus contrarios, que ya les davan en rostro con su silencio, interpretandole à debilidad de su causa, començaron à responder, valiendose de la comun impunidad, y permision: y al presente corren libremente diferentes volumenes *de Gratia*, sin ofensa del respeto à la Silla Apostolica, y sin quexa de vna, ni otra escuela. Y aun las mismas obras que entonces dexò de imprimir por esta causa nuestro

Fran-

Francisco, logran ya despues de su muerte la publicidad, y el aplauso de todo el orbe literario: premio, sin duda, de su rendida obediencia, y credito de la verdad, que nos anticipò en su vida!

A esta luz, que comunicò el Cielo al Padre Suarez para descubrir lo futuro, podemos añadir otros dónes, con que le ennobleciò, ò para lustre de su espiritu, ò para beneficio de sus proximos. Tal fue aquel don admirable de consejo, con que abria camino à la razon por medio de las mas asperas dificultades. Llegavan muchas vezes al tribunal de su prudencia, y de su sabiduria casos apretadissimos, en que ni la conciencia parece podia dar vn passo sin tropiezo, ni seguir senda alguna el discurso, donde no se descubriesse algun peligroso despeño. Pero con la respuesta del Padre Suarez, se allanavan las dificultades, y se desvanecian las dudas, à la manera que en amaneciendo el Sol, desaparecen los horrores, y los assombros, à quienes dava bulto la noche, favorecida del temor, y de la obscuridad. De aqui naciò, el que buscassen el dictamẽ del Doctor Eximio, los negocios mas graves de esta Monarquia, quando en ellos avia algun riesgo de la conciencia. De aqui se estẽdiò su fama à los Varones mas doctos de Europa, de los quales muchos negociavan por sus cartas la amistad de Francisco, y la resolucion de sus dudas. Otros no contentandose con sola esta comunicacion, solicitaron su presencia à costa de largos caminos, para conocerle, y hablarle, y escuchar mas de cerca sus consejos, confessando despues, que en este nuevo Salomon era tambien la fama desigual à su grandeza.

Vno de estos fue el P. Lorẽço de Aponte, de la sagrada Familia de los Padres Clerigos Reglares Menores: Varon de quien es claro testimonio su vida, escrita en su primer tomo sobre S. Matheo; y el elogio con que le celebra el Padre Iayme Hautiño, de nuestra Compañia. Hallavase este sabio Escritor en Alcalà, y teniendo cerca de si tantos Maestros cõsumados, como resplandecen siempre en aquella escuela; con todo esso, solicito del mayor acierto en vn caso muy arduo, se resolviò à venir desdé Alcalà à Salamanca, solo por consultar al Padre Suarez, de cuya santidad, y sabiduria tenia altissimo concepto. Ni se arrepintiò de aver empre ndi-

do

do por esta caúsa vna jornada de tantas leguas; porque èl mismo afirma en el segundo de sus tomos, que oyo la respuesta del Doctor Eximio, como vn Oraculo de sabiduria, y que la observò constantemête, como regla de la mas acertada prudencia. En fin, eran tantas las consultas, que de todas partes concurrian à nuestro gran Maestro, que de solas sus resoluciones escritas se formaron dos grandes volumenes, à los quales llamò *Consejos morales*: obra que sirviò entonces à la privada direccion de muchos, y obra por quien suspira la publica luz para enseñança de todos. A este don de consejo podiamos juntar el don de entendimiento, y sabiduria, el don de oracion, y contemplacion altissima, y otros que enriquecieron el alma del Padre Suarez. Pero aunque todos se vnieron en su pecho, no caben todos juntos en vna misma narracion; y por esso ha sido forçoso dividirlos, para que se le dè à cada vno su debido aprecio.

CAPITVLO XXIV.

De la prodigiosa sabiduria del Padre Suarez.

DESDE que à influencias de Maria Santissima despertò la luz en el entendimiento de Francisco, pareciò averse formado vn nuevo Sol, que debiò su feliz oriente à esta celestial Aurora. Desde entonces fue creciendo de claridad en claridad, y renaciendo siempre mas resplandeciente en nuevos emisferios, como se reconoce de todo el discurso de su vida. Solo apuntarè al presente algunas particularidades de este don admirable de su Magisterio, y de su sabiduria. Salomon, que logrò esta prenda sublime, la estimava mas, que todas las otras cosas del mundo; y esta misma estimacion hazia Francisco de su sabiduria, afirmando, que en esta vida no mirava por suya otra cosa, sino à Dios, y à sus libros: à Dios, de quien se derivava la luz de su doctrina; y à los libros, que eran los instrumentos, por donde la recibia, y juntamente la comunicava. Era tanto el deleite, que le puso el Cielo en el conocimiento, y estudio de las verdades divinas, que en opinion suya sobrepujava

java à qualquier otro gusto de la tierra. Esperando vn dia à la porteria de nuestro Colegio, reparo que estavan traveseã-do vnos niños con aquel inocente bullicio, y alegria, que lle-va el descuido de los pocos años: y notando el Venerable Padre la sinceridad de su alborozo, dixo bolviendose à su Compañero: *No vè, Hermano, aquellos niños? parece estàn con tanto gusto en su juego, como pudieran tenerle, si estudiàran.* Enca-recimiento digno de vn hombre sabio, que reconoce quan-ta es la hermosura de la verdad, la qual tiene mas agradable proporcion con el entendimiento, que los objetos exteriores con nuestros sentidos: y por esso quien experimenta las deli-cias de la razon, solo con ellas sabe ponderar la dulçura de los demàs gustos. Ni careciò de misterio la comparaciõ que hizo Francisco de la suavidad que gozava en sus estudios cõ el juego de aquellos niños tiernos, porque conservando en su humilde sencillèz los candores de esta edad, mereciò ser vno de aquellos pequeñuelos, à quienes revela Dios sus mas ocul-tas verdades.

A estas dulçuras en inquirir los tesoros de la sabiduria, se juntaron las facultades mas proporcionadas para alcançarla. Vna memoria, que parecia de cera en el percibir, y de brõ-ce para guardar lo que vna vez huviesse percibido. Tenia presente no solo la doctrina, sino aun las palabras de los San-tos Padres; como se vio al citarle aquel testimonio fingido del gran Padre S. Agustin, que al punto conociò la falsedad, porque su comprehension era parecida à la de Dios, que sabe todo lo que ay, y todo lo que no ay en este grande libro del vniverso. Argumento de esta prodigiosa memoria fue el no escrivir las lecciones, que leìa à sus discipulos en la Cathe-dra, ni necesitar de los libros, quando dictava à sus Ama-nuenses, ni borrar palabra, ò enmendar cita de los Autores, y textos que alegava; porque su memoria fue igual en la grã-deza, y en la fidelidad, y dentro de ella parece tenia amon-tonada, aunque sin confusion toda vna copiosa libreria. So-bre esta materia confessò èl mismo, que si se perdieran sus escritos, los bolveria à reproducir otra vez con el mismo or-den que la primera: circunstancia que los haria mas milagro-sos, como prodigiosamente resucitados.

Para credito de la admirable memoria, con que ador-nò

nò el Cielo à Franciſco, y del infatigable deſvelo, con que ſe dedicò al eſtudio de los Santos Padres, ſingularmente de S. Agustin, traducirè à la letra, lo que obſervò aquel grande hiſtoriador de las guerras de Flandes, el Padre Famiano Eſtrada, cuya pluma, como hizo que no tuvieſſemos que embidiar a los ſiglos paſſados ſus Livios, y Tacitos; aſsi podrà deſempeñarnos en los elogios del Eximio Doctor. Dize aſsi, moſtrando que vna memoria portentoſa no vive reñida con las elevaciones mas ſutiles del ingenio.

* *Señalarè*, en fin, entre muchos de nueſtra Compañia à „ vno ſolo, que aun vive, y vivirà perpetuamente en la im- „ mortal fama de ſu nombre. Eſte es el Padre Franciſco Sua- „ rez. Varon de ingenio ſin controverſia maximo, y de vna „ memoria tan feliz, que entre otros ſantos Doctores, tiene „ ſingularmente prontas todas las obras de S. Aguſtin, con „ ſer tantas, y de tanta variedad, alegando no ſolo ſus ſen- „ tencias, ſino (lo que es de gran maravilla) recitando fiel „ y dilatadamente ſus plabras, ſiẽpre oportunas, y como na- „ cidas para la acaſiõ. Ademàs de eſto, como noſotros miſ- „ mos hemos experimentado muchas vezes, preguntandole „ algun punto de ſus propios eſcritos, que ya forman por ſi „ ſolos vna libreria; al miſmo inſtante dize expeditamente, „ donde le ha tratado, y diſputado, ſeñalando el lugar, y la „ pagina, como con el dedo. Tan cierto es que la memoria „ no es enemiga del *ingenio*. * Haſta aqui Famiano, cuya noticia acreditada con ſu propia, y reperida experiẽcia, es noble teſtimonio de tan prodigioſa memoria, y comprehenſion.

1. p. tri- partitæ eloqu. l. 1. Prof. 1.

De eſta memoria junta con vn ingenio, todo fuego en la viveza, todo luz en la claridad, y todo diamante en la firmeza, y ſolidèz, ſe ateſorò, ſe aumentò, y ſe conſumò en aquella mente capaciſsima de Franciſco, vna caſi immenſa ſabiduria, en cuya formacion trabajò mas de cinquẽta años continuos el teſon, y la induſtria humana; añadiendo el Cielo ſus realçes, y ſus primores con el reſplandor de ſoberanas inteligencias. Por eſto ſe deve celebrar en Franciſco con admiracion, lo que ſi no conſtàra de fideliſsimos teſtimonios, parece excedia à toda prudente credulidad. Vieronle à vn miſmo tiempo dictar à dos, tres, y tal vez à quatro eſcriviẽtes, y no doctrinas ſemejantes, ſino muy diverſas entre ſi;

corriendo el impetuoso raudal de su sabiduria, à manera de aquel rio del Paraysо, que estando todo junto en su origen, se dividia despues en quatro brazos, y caminava por diferẽtes rumbos, para esparcir à toda la tierra el beneficio de su fecundidad. Prodigio, sin duda, rarissimo, y que si huviera llegado à la noticia de los antiguos gentiles, vieran en èl la disculpa, ò el desempeño de lo que fingiò su vanidad acerca del Dios Apolo, venerado Numen de la sabiduria. Pintavanle con quatro oìdos, que son el instrumento por donde se introduce la sabiduria, y juntamente con quatro manos, que sirven à la operacion; para advertir, que en el saber, y en el obrar, parecia vn hombre multiplicado en muchos hombres. Tal era, al parecer, el Eximio Doctor, dictando à vn mismo tiempo à quatro Amanuenses; porque como era tanta la afluencia de su ateсorada doctrina, necesitava de quatro manos, y otras tantas plumas para comunicarla. Sin duda quiso Dios, que Francisco, à quien con razon llamaron mõstruo de sabiduria, fuesse como vno de aquellos espiritus, que en habito irracional conducian la carroza de su gloria; porque si ellos manifestavan en muchos ojos su sabiduria, Francisco fue como vn Argos, en su perspicacia, y agudeza: si en cada vno de ellos se veìan los rostros de todos quatro; Francisco fatigando à vn mismo tiempo à quatro escrivientes, pareciò vn hombre con los empleos de quatro; ò quatro informados con la actividad, y aliento de vno solo. En fin si ellos teniendo manos humanas, las encubrian con sus velozes plumas: *Et manus hominum sub pennis eorum*; lo mismo aconteciò à la pluma, ò à las plumas con que escriviò Francisco, pues desmintiò todo lo humano en la elevacion, y multiplicidad de sus buelos.

Pero dexando semejanças, que à vista de tanto prodigio no pueden declinar en encarecimientos; passarè à otra ilustre recomendacion de su sabiduria, que fue la vniversalidad en todas las noticias, que pueden concurrir à la agigantada magnitud de vn consumadissimo Doctor. No fue el Padre Suarez de aquellos Maestros, que no salen jamàs de la espinosa selva de las dificultades escolasticas; porque su ingenio, despues de aver apurado lo mas sutil de la Methafisica, y Theologia; despues de aver ennoblecido esta sagrada facul-

facultad con la erudicion copioſiſsima de los Concilios, y Padres de la Igleſia; y en fin deſpues de aver diſcurrido, y aclarado quantas queſtiones ſuelen ofrecerſe al peligro de la paleſtra literaria; rompiò, y traſpaſsò los terminos de ſemejantes eſtudios, que ſon tarea, y áun fatiga de los grandes Varones. Dioſe al examen, y reſolucion de las dudas, y materias morales, en que fue tanto ſu acierto, ſu gravedad, y ſu afluencia, que apenas dexa en eſtos puntos, ni que añadir, ni q̃ deſear. Para credito de ſu acierto, y gravedad, baſta el comũ juizio de los Sabios, que teniendo por ſu opinion al P. Suarez, les parece camina à ſu lado la razon, y la ſeguridad, eſtimando ſolo ſu nombre mas que el dictamen de muchos Autores; porque comparados con el Doctor Eximio, pueden hazer numero, pero no exceſſo. De aqui el Iluſtriſsimo Caramuel llega à dezir en la diſputa ſexta de ſu Theologia Regular: *Vnus Suarez multis alijs prævalet, litterarum princeps: hunc ſine aliquo ſcrupulo ſequitor contra quoſlibet alios Doctores.* Solo vn Suarez prevalece, y vale mas que otros muchos: èl es Principe de las letras: ſigue ſin eſcrupulo ſu doctrina, aunque ſea contra qualeſquiera otros Doctores. Lo miſmo ſe lee frequẽtemente en otros Eſcritores, que para conciliar autoridad à ſus ſentencias, oponen la de ſolo Franciſco à la de otros, aũque ſean muchos, juzgando que en ſu grandeza tienẽ el deſempeño contra la multitud.

Su afluencia inagotable en eſta doctrina ſe reconoce tambien por lo que èl miſmo dixo, deſpues de aver viſto los tomos admirables *de Matrimonio*, que dio à luz el doctiſsimo Padre Thomàs Sanchez. Porque con ſer èſta vna obra, en q̃ no parece podia adelantar mas el diſcurſo; afirmò Franciſco à otro Padre de ſu confidencia, que eſperava tratar eſta materia, ſin embarazarſe en lo que avia trabajado el Padre Sanchez; y que lo que ſobre eſte aſſunto tenia meditado, era muy diferente, y à ſu parecer, no menos neceſſario, que lo que haſta entonces ſe avia eſcrito. Ya avia començado el Padre Suarez à acreditar eſta promeſſa, quando la muerte arrebatò la pluma de ſu mano, y nos embarazò el ver renovadas en eſtas dos grandes columnas de la ſabiduria, las competencias, y los exceſſos del valor: pues en la primera avia pueſto el *Non plùs vltrà* la admiracion de los Sabios, y à la ſegunda le

le prevenia el *Plùs vltrà*, la expectacion de las Escuelas.

A la perfeccion, y complemento de la doctrina moral pertenecen las noticias de entrambos derechos, en las quales, y singularmente en el que abraza los sagrados Canones, fue el Padre Suarez consumadissimo. Testigos son los celebrados volumenes *de Censuris*, *de Legibus*, y *de Religione*, donde disputa como Theologo, y enseña como Canonista; tratando, y exponiendo los textos, y decisiones Pontificias con tanta claridad, sutileza, y comprehension, como pudiera el mas versado en esta estendida facultad. Muchos de los Varones mas doctos en ella, confessaron, segun escrive el Padre Arana, que se ignorava la interpretacion genuina de varios textos, hasta que la descubriò el Doctor Eximio; y generalmente podemos afirmar, que los sugetos de mayor sabiduria en las escuelas, y en los tribunales, cuentan al Padre Suarez entre los primeros Canonistas, venerandole no como à forastero en estos estudios, sino como al mas exercitado en ellos. Sucede frequentemente consultar algunas dudas, que al parecer no tienen semejante, y acudiendo en vano à otros Autores, se encuentra en las obras del Padre Suarez, excitada, y decidida la dificultad, descubriendo tal vez en el angulo de vna disputa, toda la luz de que necessita vna reñida, y enmarañada controversia. En fin, los puntos, que trata Francisco, estàn tan llenos de doctrina, erudicion, y gravedad, que igualmente admiran los doctos lo que supo, y el tiempo en que lo estudiò, afirmando, que su pluma fue tan benemerita de la Jurisprudencia Canonica, como de la Escolastica Theologia.

Pero no se encerrò dentro de estos terminos, aunque tan dilatados, la prodigiosa sabiduria del Padre Suarez; tambien se estendiò à los espaciosissimos, y no menos deliciosos campos de la Escritura sagrada, cuyo estudio, como èl mismo dezia, era el mas conforme à su inclinacion, aunque le avia destinado à otros el arbitrio de la obediencia. Tenia por cierto, que si èste huviera sido el principal empleo de su pluma, serìa mucho mayor la fecundidad de sus escritos; porque quando averiguava los profundos misterios de la palabra divina, le parecia bolar como en su natural esfera: y su discurso, libre de las espinas en que se esconden, y se dificultan

las

las verdades Theologicas, se juzgava como en vn jardin ameniſsimo de flores, donde enamorados los ojos de su hermosura, le combidavan à recoger el tesoro suaviſsimo de sus fragrancias. De los puntos, y lugares que interpreta en sus admirables libros, facilmente se reconoce quan noticioso se hallava de las divinas letras, pues los que las miran como vnico objeto de sus estudios, afirman, que no pudiera hablar Francisco con tanto acierto, sino igualasse su erudicion à la de los Expositores mas doctos.

Para calificacion de este sentir, basta el testimonio del Ilustriſsimo Patriarca de Etyopia, el Padre Doctor Alonso Mendez, que aviendo recibido el honor de las sagradas insulas, por especial precepto del Romano Pontifice, engrandeciò la gloria de su Apostolado, con la reduccion de aquel ampliſsimo Imperio. Era este Padre Cathedratico de Escritura en Coimbra, despues de aver exercitado este mismo empleo en la Vniversidad de Evora; y en quantas dificultades le ocurrian sobre la interpretacion, y concordia de los textos sagrados, solo buscava luz, y direccion en la sabiduria de Francisco, dexando otros insignes Maestros de la Theologia Expositiva, que residian en aquel graviſsimo Colegio; porque à todos los juzgava muy inferiores al Padre Suarez, aunque embarazado en otros estudios. Ni le engañava esta su esperança, antes crecia su estimacion con las continuadas experiencias. Muchas vezes le oyeron dezir, que jamàs le avia consultado alguna dificultad, que no saliesse de su aposento lleno de admiracion, porque apenas le apuntava el lugar, quando le oìa referir la letra juntamente con la historia, con las puntualidades de los tiempos, con el computo de los años, hasta notar los Padres, y Expositores, que avian trabajado en su inteligencia, con tanta distincion, y claridad como si la explicacion de aquel solo texto huviera sido tarea prolongada de sus estudios. Llevado de este assombro aquel Ilustriſsimo Prelado, añadia, que esta comprehension admirable de la divina Escritura, tenia mas de sobrenatural, que de adquirida; y que Francisco era vn Oraculo celestial, à quien Dios avia fiado las llaves de su ciencia, y los tesoros que se ocultan debaxo de la corteza de sus divinas palabras.

Este mismo concepto formaron de la sabiduria del Padre

dre Suarez, quantos le trataron mas intimamente. Todos eran testigos de que le robavan gran parte de la vida las obligaciones de Religioso, los espacios que consagrava à la Oracion, y contemplacion; las horas que empleava en la Cathedra, y en la Escuela, las dudas, y consultas morales, que de todas partes concurrian al tribunal de su doctrina, y prudencia; y en fin, las dilatadas jornadas que repitiò de España à Roma, y de Portugal à Castilla. Todos por otra parte veìan, que sin embargo avia jùtado en su entendimiẽto tanta, y tan hermosa variedad de noticias, no solo de tres Theologias, Escolastica, Moral, y Expolitiva; sino tambien de vna, y otra Iurisprudencia Civil, y Canonica; y esto en medio de los accidentes de vna quebrantada salud. Por lo qual no hallando causa suficiente à tanta maravilla en el ingenio humano, venian à concluir, que aquel Dios cuya omnipotente mano recogiò al principio del mundo la multitud de las aguas para que se fabricasse vn Occeano, avia tambien amontonado esta casi immensa copia de sabiduria, para que admirassemos otro mar no menos prodigioso, aunque reducido à vna breve concha en sola la mente de nuestro Doctor Eximio.

Llegò à ser tan comun este sentir en la Vniversidad de Coimbra, que en cierta ocasion se atreviò vno à preguntarle: si era verdad lo que se pensava, y dezia, de que Dios le avia comunicado el don de su ciencia, y sabiduria infusa. A esta pregũta nacida de demasiada ingenuidad, se immutò el semblante del Padre Suarez con aquel color, que salìa siempre al encuentro de sus alabanças, y recobrandose despues, respondiò con su acostumbrada serenidad: * *que* el corto caudal de su ciencia lo atribuìa, en primer lugar, à Dios, que ,, es fuente de todos los bienes, y despues à sus continuos afa-,, nes, y sudores, con cuyo riego aũ los ingenios mas infecũ-,, dos, y tardos, es fuerça lleven algun fruto de *sabiduria*. * De esta suerte se desambarazò la discrecion humilde de Francisco, dexando por vna parte satisfecha la pregunta, y por otra suspensa la curiosidad de quien preguntava: pues atribuyendo à Dios, y à su diligencia la doctrina que poseìa, dixo lo que convenia à su humildad, y no se opuso à la verdad de la comun opinion. Creciò èsta mucho mas entre los Sabios, al ver la multitud de sus gravissimos escritos, y dura

staha

hasta el dia de oy en los que leyendo sus veinte y tres volumenes, de que goza la republica literaria, hallan en ellos tãta agudeza, tanta comprehension, tanta solidèz, tanta gravedad, tanta modestia, y tanto fruto, como producen continuamente en la Iglesia: señales todas, que juntas con la santidad del Padre Suarez, acreditada con extasis, y luzes divinas, muestran claramente, que debe contarse este incomparable Varon en el numero de aquellos, à quienes llenò el Cielo de soberana luz, para que iluminassen al mundo con su inextinguible, y siempre benigno resplandor.

CAPITVLO XXV.

De la gloria con que coronò Dios al Padre Suarez.

ESte es el premio de las virtudes heroicas, y por esso aviendo referido las heroicas virtudes, que resplandecieron en la vida, y muerte de Francisco, es preciso declarar la eminente cumbre de su gloria. Que fue nuestro Doctor Eximio vno de los que Dios predestinò para que gozassen las eternidades felicissimas de su bienaventurada vista; se pudiera facilmente colegir de algunas revelaciones muy favorables à todos los hijos de la Compañia, que perseveran en ella hasta la muerte. Tal es la que logro S. Francisco de Borja, mirando à los tres primeros siglos de la Compañia; y la de otro Religioso Capuchino de vida santissima, que estando cercano à la muerte mandò le llamassen à vn hermano suyo Iesuita, diziendo era voluntad de Dios no muriesse sin hablarle, y apenas le viò, quando encendiendose su rostro, como vnas brasas le dixo, que diesse infinitas gracias à Dios por averle llamado à la Compañi de Iesvs, porque de los que en ella perseverassen, ninguno se perderìa. Dicho esto, y despedido de los circunstantes se cõpuso en su pobre lecho, y entregò en manos de su Criador su feliz espiritu.

Estas revelaciones, aunque generales à los hijos de nuestra Religion, no se deben omitir quando tratamos de la gloria del Padre Suarez, que como tan señalado entre los demàs,

màs, acreditò la verdad de tã favorable varicinio con el exa
ceſivo galardon de ſus merecimientos. Ni tememos q̃ ſu me-
moria pueda engendrar vn pernicioſo deſcuido en nueſtras
almas; antes ſi, vn aprecio grande de nueſtra vocacion à la
Compañia, donde por ſer mas contingente la perſeverancia,
debe crecer el temor de no malograr nueſtra corona. Mas
de cerca hablava con el Padre Franciſco Suarez otra revela-
cion hecha al Venerable Hermano Alonſo Rodriguez, à
quien como conſta de papel eſcrito de ſu mano, manifeſtò
Dios el año de 1599. que quantos vivian entonces en la Cõ-
pañia, con tal que perſeveraſſen en ella haſta la muerte avian
de conſeguir la eterna felicidad. Era ya en eſſe tiempo el
Padre Suarez Cathedratico de Coimbra, y aviendo vivido
en la Religion haſta el vltimo aliento, ſe infiere bien, que diò
cumplimiento à eſta profecia con la conſecucion de ſu glo-
ria. Lo miſmo conſta de lo que entendiò, por iluſtracion di-
vina, la Venerable ſeñora Doña Marina de Eſcobar, à la qual
manifeſtò Dios vna multitud grande de Religioſos nueſtros,
que triunfavan en la patria celeſtial, dandole juntamente à
entender, que en eſte numero ſe encerravan, quantos haſta
entonces avian muerto en la Compañia de Iesvs, porque de
ellos ninguno ſe avia perdido. Sucediò eſto, ſegun ſe eſcri-
ve en ſu vida, el año de 1621. que fue quatro deſpues que
ſaliò de eſta vida mortal el Padre Suarez: con que ſe recono-
ce, era vno de aquellos Bienaventurados eſpiritus, que cele-
bravan la poſſeſsion de ſu eternidad dichoſa. Demàs de eſto
aquellos anticipados prenuncios del Padre Iuan Suarez, del
invicto Martir Martin Gutierrez, y del Iluſtriſsimo Arçobiſ-
po D. Pedro Guerrero, los quales mirando à Franciſco en
ſu adoleſcencia aclamaron ſu futura, y eminente ſabiduria
en la Igleſia Catholica: todos ſon vn argumento eficaz, de
que el Padre Suarez fue eſcogido para aumentar el numero
de los q̃ e con el duplicado magiſterio de exemplos, y pala-
bras ſe hazen grandes en el Reyno de los Cielos.

Pero viniendo à otras ſeñales mas eſpeciales, y propias
de la gloria del Padre Suarez, debemos poner en primer lu-
gar, la que nos dexaron mas acreditada los primeros Hiſto-
riadores de ſu vida: Deſde q̃ el Hermano Geronimo de Silva
viò à Franciſco en aquel rapto admirable, iluminado con los

rayos

rayos del Sol de Iusticia, quedò con tanta veneracion de sus virtudes, que mientras vivia le mirava, como à vn hombre divino, y despues de muerto como à vn grande Santo, cuya proteccion procurava merecer con la piedad de sus ruegos. Premiole esta devocion el Padre Suarez, desempeñando la obligacion en que le ponia su esperança. Porque acompañando vna vez al Padre Retor de Oporto, llamado Antonio de Leyba, le cogiò en la jornada vno de los dias en que el Hermano acostumbrava recibir el Santissimo Sacramento, y reconociendo que los embarazos del viage le imposibilitavan el gustar aquel Pan Divino, se hallò sobre manera congoxado por la falta de este alimento celestial. Caminando el Hermano Silva con esta afliccion, determinò entrarse en vna Hermita, que acaso se descubria desde el camino, para desahogar su corazon delante de Dios, proponiendole sus amorosas quexas, y descubriendole la impaciencia de sus deseos.

Mientras el devoto Hermano suspirava, como el sediento, y fatigado Ciervo por la fuente de agua viva; mientras buscava en la Comunion espiritual el alivio de sus ansias; compadecido de ellas el Cielo, le previno el consuelo que no imaginava, por ministerio de su venerado amigo el Padre Suarez. Aparecioselo revestido con los ornamentos Sacerdotales, como si estuviera para celebrar el sacrificio de la Missa: traìa en su mano vna rica Custodia, y en ella el Sacramentado Cuerpo de Iesvs: y mirandole con agradable aspecto, y ternura, le dixo, que Dios avia escuchado sus fervores, y que por disposicion suya venia èl à administrarle la sagrada Comunion. Estava el Hermano todo possèìdo de inexplicable gozo, y admiracion, considerando las finezas de su Dios con vn vil gusanillo, y recreandose en el amable, y conocido aspecto de Francisco, por cuya interceSsion, y ministerio recibia vn favor tan excesivo. Estando con esta suspension suavissima puesto humilde, y devotamente de rodillas se acercò à èl el P. Frãcisco, y sacando vna forma consagrada de la Custodia, se la puso en la boca con grande reverencia, llenando su corazon de inefable suavidad. Luego mirandole con gran dulçura, le echò benignissimamente su bendicion: y aviendo cumplido con tan celestial ofi-

cio, y repartido el Divino Pan à su devoto Hermano, y testigo fiel de sus secretos, desapareciò de sus ojos, como en otro tiempo el Salvador, quando manifestò à los Discipulos su gloria, dexandoles partido el Pan en la mesa.

No pudo el Hermano Silva desprenderse tan presto de estas suavissimas delicias, porque como gustava los destellos de la patria celestial, se olvido de que era Peregrino, y caminava por la tierra. Pero entre tanto proseguia el Padre Retor su jornada, creyendo que le seguia el Compañero, hasta que reparando en su tardança, y en que no se descubria por toda la campaña, determinò dar la buelta para averiguar la causa de su detencion. A este tiempo ya el Hermano se avia despedido, aunque con violencia de aquel amable sitio, donde avia sido tan favorecido del Cielo; y encontrandole en el camino le preguntò el Superior, como, ò porquè se avia quedado atràs, olvidado de que venia en su compañia. Encogiose el Hermano no acertando con la respuesta, ni con la disculpa: y el Superior por no afligirle se satisfizo por entonces con su silencio, advirtiendole caminasse à mas diligencia, y no le diesse otros sustos con su tardança, y descuido.

Llegaron, en fin, à Oporto, à tiempo que esperava al Padre Retor vna carta de cierta Religiosa del Orden de Santa Clara, la qual era venerada, y conocida por sus heroicas virtudes, y por los regalos, que cõ ellas avia merecido de mano del Divino Esposo. Abriò el Padre Retor el papel, cuya substancia era avisarle que estimasse mucho al Hermano Silva, porque el Señor le amava mucho, y le hazia muy singulares mercedes. Cuidadoso el Padre Retor con este aviso, que dezia bien con la opinion de santidad, que en todas partes avia tenido este feliz Hermano, determino examinarle sobre lo q̃ aquellos dias avia passado por su alma: y principalmente acerca de su detencion en el camino, porque las señas de su mismo recato le aviã hecho sospechar algun acaecimiento singular. Llamòle à parte, y le mandò en virtud de santa obediencia, que dixesse sinceramente lo que le avia passado para gloria de Nuestro Señor Iesu-Christo: y el devoto Hermano apretado con la fuerça del precepto, huvo de romper los candados de su humildad, contando à su Superior el beneficio inestimable que Dios le avia hecho, por

medio

medio de su Amantissimo Abogado, y Protector el P. Francisco Suarez. Y el P. Retor como advertido, y prudẽte, aviendole exhortado à que correspondiesse fiel, y agradecido à tan altos favores, escriviò, y conservò esta noticia, conociendo por las circunstancias de su manifestacion, que el Cielo queria honrar al Venerable Padre Francisco, escogiendole como Angel en la pureza, y elevacion de su entendimiento, para que administrasse, aun despues de muerto, el Pan de los Angeles. Premio digno de aquel encendido amor, con que avia venerado siempre el sacrosanto misterio de la Eucharistia; la qual siendo para los demàs prenda de la gloria esperada, quiso ser en esta ocasion para Francisco argumento de su gloria venturosamente possèida.

A este insigne testimonio del galardon que goza el P. Suarez entre los Ciudadanos celestiales, añadirè otros dos, que no solamente acreditan, sino que le estienden à otros accidentes de la felicidad, que Dios le tiene prevenida en el aplauso de los hombres. Refiere el primero el Padre Antonio Descamps, sacandolo del testimonio que diò el Padre Iuan Bautista Vivet, Retor de nuestro Colegio de Barcelona. Vn Sacerdote llamado Iuan Lamata, Parroco de Cregel, Lugar, que pertenece al referido Colegio, y persona digna de toda fè; tratando vn dia con vn Religioso Lego de de la Venerable Orden de los Padres Capuchinos, muy reverenciado de todos por Varon de insigne santidad, encaminò la platica àzia las excelencias de la Compañia de Iesvs, punto en que el Santo Lego entrò con grande gusto; ponderando entre otras cosas, los ilustres Santos que en ella avian florecido. Singularmente hizo mencion de dos, à los quales èl nunca avia visto ni conocido. Vno fue el Hermano Iuan Berchmans, de cuya santidad afirmò, que avia sido muy superior à la opinion, bien que grande, de sus virtudes, lo qual se ha visto ser assi, por los milagros con que ha ilustrado Dios à este Angelical mancebo, idea perfectissima de los Estudiantes de la Compañia. El otro, à quien señalò, fue el Padre Francisco Suarez, y viendo el Sacerdote, que alabava mucho su santidad, le dixo: pues Padre como no vemos canonizado à vn Varon tan insigne en virtud, y sabiduria? A esto respondio: *Que por ora no convenia, que Dios le levantaria*

ria à su tiempo porque su Mageſtad le tenia deparado para grandes coſas y que entonces le mirarian todos con el debido reſpeto, y eſtimacion. Obſervò el Sacerdote eſta reſpueſta del Santo Lego, por el gran concepto que tenia de ſu ſantidad: y la venerò deſpues como Oraculo, por lo que èl miſmo viò con ſus ojos. Pues eſtando eſte Religioſo en la Igleſia de ſu Convento, ſe le encendio el roſtro con vivas llamas, y ſe levantò dos codos ſobre la tierra con aſſombro de los circunſtantes, y no menor admiracion, y conſuelo del Sacerdote, el qual ſe perſuadiò, que Dios avia revelado à eſte ſiervo ſuyo la gloria que gozava el Padre Suarez en el Cielo, y la que tenia prevenida en el mundo, ſegun la diſpoſicion oculta de ſu divino beneplacito.

A otra perſona muy favorecida del Cielo, y en quien concurrian todas las calidades q̃ ſe deſean en vn buen eſpiritu, le manifeſtò Dios en el empireo vn trono muy eminẽte, y mageſtuoſo que ocupava vn Venerable Varon; y luego oyò la voz de la iluſtracion divina, que dezia: Eſte es el Padre Franciſco Suarez de la Compañia de Iesvs, que andando el tiempo ſerà iluſtre en milagros, y honrado de toda la Igleſia. En otra ocaſion viò al miſmo P. Franciſco en compañia del gran Precurſor de Chriſto S. Iuan Bautiſta, de quien fue devotiſsimo, como ſe reconoce del ingenioſo afecto con que trata, y engrandece ſus excelencias en ſus eſcritos. Miro el Bautiſta à eſta alma favorecida, y luego ſeñalando à Franciſco, como en otro tiempo al Salvador, le dixo: *Sabe alma, que èſte ha de ſer canonizado.* Aſsi ha querido Dios acreditar la gloria de nueſtro Eximio Doctor, y el culto, que ſegun eſtas revelaciones le tiene preparado en ſu Igleſia: como ſe eſcrive de algunos Santos, que antes de ſer colocados en los Altares, los ennobleciò Dios con las profecias que anunciavan ſu futura veneracion; ò porque les quiere anticipar eſta gloria en nueſtra eſperança, ò porque, à manera del primoroſo Artifice, ſe deleita de ver entre las ſombras del dibujo la grande idea que ya tiene concebida, para ofrecerla deſpues à la admiracion de los ojos.

CA-

CAPITVLO XXVI.

De los milagros, con que ha començado Dios à ilustrar la santidad del Padre Suarez.

SI alguna vez se puede repetir, lo que de S. Malaquias dixo la discreta dulçura de S. Bernardo: *Primum, & maximum miraculum, quod fecit, ipse erat*; que èl era el mayor de todos sus prodigios; sin duda podemos renovar este elogio, al escrivir los milagros, que ha obrado el Cielo por los merecimientos de nuestro Francisco. Porque vn Varon señalado, y escogido de Dios desde su nacimiento, enriquecido de soberana sabiduria, iluminado con divinos resplandores, adornado de sus heroicas virtudes, y ennoblecido con tantos dones celestiales, puede con razon apellidarse vn milagro mayor, que los demàs milagros. Por esso ay, sin duda, muchos, y muy grandes Santos, que no manifestaron sus excelencias con el idioma mas perceptible de las maravillas: y del mayor de los nacidos dize el Evangelio: *Nullum signum fecit Ioannes.* Por esso tambien, como notaron muchos, se leen pocos milagros en las vidas de algunos de los primeros Heroes, y Doctores de la Iglesia, como de S. Chrisostomo, de S. Athanasio, de S. Gregorio Naziãzeno, y Niseno, sin que se deban por ello juzgar inferiores al otro Gregorio, à quien la fama fabricò de sus milagros el nombre de Taumaturgo. Antes bien à la manera, que al Bautista, por ser todo vna prodigiosa voz, no le hizo falta el clamor, y estrepito de los prodigios; assi tambien à estos Sãtissimos Doctores, les sobrava para manifestar su grandeza la milagrosa voz, que suena siempre en sus admirables escritos. Ioan. 10?

Siendo, pues, el Doctor Eximio tan maravilloso, y como dixo Paulo V. tan eminente en la Iglesia de Dios, por lo mucho que la ilustrò con sus fatigas; bien encarecidas quedavan sus alabanças, aunq el Cielo no las acreditàra con milagros: pues durarian para siempre en los aciertos de su pluma. Esto significò Dios à vna persona de muy elevado espi-

eſpiritu, que teniendo ſingular devocion al Padre Suarez, por aver recibido algunos favores de ſu mano, rogava inſtantemente à Nueſtro Señor, que publicaſſe ſu heroica ſantidad con el teſtimonio de prodigios, y maravillas. Pero oyò la voz divina, que le reſpondia aſsi: *No te parece, que ſon hartos milagros ſus eſcritos?* Palabras, que la dexaron no menos ſatisfecha, que enſeñada: dandole à entender, que para formar concepto de la Santidad del Padre Suarez, nos baſta conocer ſu ſabiduria, y que podemos contar ſus prodigios por el numero, y acierto de ſus volumenes.

P. Def camps.

Sin embargo, porque no todos pueden percibir el lenguage de eſtas maravillas, ſe ha dignado el Señor de acreditar à eſte inſigne Varon con algunas otras, que nos perſuadimos ſon prenuncio de las que tiene prevenidas ſu Omnipotencia para hazer en adelante mas iluſtre ſu gloria. Referirè la primera con las miſmas palabras con que la eſcriviò vn Padre Flamenco, por ignorar las circunſtancias mas particulares de eſte caſo. Dize aſsi: * *Ha ſido* ſervido nueſtro Señor de „ autenticar la grande eſtimacion, que el Padre Suarez „ ſe avia grangeado. Porque vn Religioſo de la Compañia „ en Portugal, que avia tiempo era del todo ciego, pidiendo „ favor al Padre Franciſco Suarez, de repente cobrò la viſta: „ lo qual ateſtiguò èl miſmo, y lo eſcriviò à nueſtro Padre „ General el año 1617. * Aſsi eſte Autor, y otros, que eſcriven la vida de nueſtro Venerable Padre, el qual el miſmo año de ſu muerte començò à dar eſte claro teſtimonio de ſu gloria.

Mas cercano à nueſtros tiempos es el ſuceſſo, que aconteciò en Girona, à 4. de Diziembre de 1658. Y porque le eſcrivio vn ocular teſtigo, que era Religioſo de nueſtra Cõpañia, darè todas las palabras de ſu carta, eſcrita al Padre Iuã Bautiſta Vivet, Retor del Colegio de Barcelona. * *Pax Chriſti.* „ La vigilia de S. Andres, cerca de las ſeis de la tarde, „ me llamaron para recõciliar al Maeſtro del Seminario del „ Obiſpo, que por inſtantes bolava à la muerte. Fuì, y en „ breve tiempo le olearon: eſtuve parte de la noche, y advirtiendo, que durarian los plazos de ſu vida para el dia ſi„ guiente, bolvì al Colegio: en llegando à caſa, me ſenti „ movido à aplicarle la reliquia del Santo Padre Suarez: ſupli-

„ pliquè à la Santissima Virgen, y a N. Padre San Ignacio,
„ que favoreciessen esta causa, para hazer glorioso à nuestro
„ Eximio Doctor, dando la salud por sus meritos, al que por
„ la posta corria à la muerte. Caso raro! Acudo por la ma-
„ ñana al enfermo con grande Fè: apliquèle la firma de el
„ Santo Padre Suarez, quando alçando la voz el enfermo,
„ prorrumpe: *Padre, yo estoy resucitado, resucitado estoy.* Ad-
„ miròme tan repentina novedad: quanto mas iba, mas vi-
„ gor mostrava, yo no cabia de consuelo: algunos entravan
„ à visitarle, y èl repetia: *Yo estoy resucitado: el Santo Padre Sua-*
„ *rez ha venido à visitarme en mi cama.* Dexèle cerca de medio
„ dia aguardando si acaso la salud passara adelante, y su me-
„ joria ha ido creciendo de suerte, que ya està bueno, y levã-
„ tado de la cama. El se haze lenguas en agradecimiento del
„ Padre Suarez. V. Reverencia lo divulgue à los afectos,
„ aunque estimarè mucho, que V. Reverencia no me nom-
„ bre en *cosa*. *

Hasta aqui la carta de este Padre, que quiso no se hiziesse mencion de su persona, bien que su piedad, y devocion con el Padre Suarez merecia la publicidad de su nombre. El Padre Antonio Descamps, que trasladò esta carta en la vida del Padre Suarez, dize le conocia, y amava como à muy intimo amigo, aunque tambien callò su nombre, por no malquistarse con su encogimiento. Pero añade, que le escrivio otra vez sobre este caso, y se lo bolviò à referir como queda escrito, assegurandole tenia quanta certeza se puede desear en semejantes materias. El moribundo resucitado se llamava Isidoro Ventos, natural de la Villa de Olot, en el Principado de Cataluña: à quien el mismo Descamps afirma aver contado entre los discipulos, à quienes enseñò en Girona, siendo muy señalado en el ingenio, y no menos en la estudiosidad, y virtud, junta con singular aficiõ al Eximio Doctor. Viviò solos dos años, despues de su salud milagrosa, y en ellos fue vn perpetuo panegyrista de su insigne bienhechor, publicando à todos, como avia venido desde el Cielo, y se avia dexado ver de sus ojos, para librarle cõ su presencia del vltimo peligro, en que zozobrava su vida.

No es muy desemejante, ni menos autentico, el favor que recibiò de Francisco, el Maestro Iuan Girao, Doctor en Sa-

Sagrada Theologia, Cathedratico de Artes en la Vniversidad de Perpiñan, y Calificador del Santo Oficio. Enfermò de peligro a 11. de Diziembre del año 671. y aviendose continuado, y crecido la calentura muchos dias, le reduxo à tanto riesgo, que recelando los Medicos vna tyfica executiva, le ordenaron recibiesse el Viatico, y se disponiesse como quien estava cerca de partir à la eternidad. Assi se hallava à principios de Enero, con el estomago tan sufocado, que parece se iba ahogando por la falta de fuerças, para desembarazarle de la redundancia de humores, que le oprimian la respiracion. Era singularmente devoto del Padre Suarez, y discurria en hazerle vna promessa, para merecer de su mano la salud, y la vida. Assistiale el Padre Antonio Descamps, que como su fiel amigo escrive de si, que rebolvia este mismo pẽsamiento; porque noticioso de la piedad con que el enfermo veneava al Padre Francisco, parece le pronosticava el corazon, que estava en este medio librada su felicidad. Encomendòlo à Nuestro Señor, y al cabo se resolviò, à proponerle lo que se le avia ofrecido, exhortandole à esperar mucho de Dios, por los merecimientos de su siervo el Padre Francisco Suarez. El enfermo, que se hallava con el mismo intento, se alegrò sobre manera con las palabras del Padre, poniendo gran parte de su esperança en esta mas que casual vniformidad. Prometiò para gloria de Dios, y honor del Eximio Maestro, hazer pintar vna imagen suya, en quien durasse perpetuamente la memoria del beneficio, que pretendia, y esperava de su poderosa intercession: y para hazer mas robusta su confiança, le aplicò el Padre vna carta de Francisco, juntamente con la firma suya, que estimava como preciosa reliquia. No tardò mucho el Santo Padre, en desempeñar la Fè, con que le imploraron sus devotos; porque aviẽdo sucedido esto à quatro de Enero por la tarde, el dia siguiente se hallò el enfermo libre de la porfiada, y ardiente calẽtura, robusto para desahogar por la boca las opressiones del pecho; y en fin restituido despues à vna perfecta salud, hizo nueva relacion de lo que en su enfermedad avia passado, y mandò al Pintor, le dibujasse vn retrato del Padre Suarez, para que fuesse testigo de sus propios beneficios, y despertador de sus agradecimientos.

Con-

Concluirè con otro ſuceſſo, que por juzgarle todos milagroſo, ſe autenticò en forma judicial, ateſtiguandolo la miſma perſona, por quien paſsò con ſolemne juramento en manos del muy Reverendo Señor D. Iayme de Aldevo, Domer de la Igleſia de la Seo de Manreſa, Dean de Manreſa, y Bages, por el Iluſtriſsimo Señor D. Iayme Mas, Obiſpo de Vique, del Conſejo de ſu Mageſtad. Fue el caſo, que vna muger, vezina de la Ciudad de Manreſa, cuyo nombre era Victoria Cornet, vn dia de la Octava del Corpus, reconociò en la pierna derecha levantada vna vegiga, como ſi ſe huviera formado violentamente con el fuego. Creciò eſta poco à poco, haſta igualar el groſſo de vn dedo pulgar; y à breve tiempo fueron naciendo otras muchas al rededor de la primera, ocaſionandole todas juntas vehemente, y exceſſivo dolor, Afligida con el nuevo accidente, y cuidadoſa del remedio, mandò llamar à Iſidro Garan, Cirujano de aquella Ciudad; el qual le aplicò diferentes medicinas, pero con efecto tan infeliz, que la llaga ſe fue empeorando mas, y mas cada dia, haſta ponerſe toda denegrida, y deſpedir vn humor tan activo, y tan mordaz, que en tocando alguna otra parte de la pierna, levantava otra empolla, y producia otra nueva llaga. Mas de vn mes ſe llevò el ſuſto, y el dolor, venciendo ſiempre toda la induſtria del arte.

* *En eſte intermedio de tiempo* (dize ſu relacion jurada) „ invoquè à muchos Santos, para que intercedieſſen con „ Dios nueſtro Señor, me curaſſe la llaga; pero no fui oìda „ de mis oraciones, y ruegos. Vn dia, viendo vna Imagen del „ Padre Franciſco Suarez, de la Compañia de Iesvs, eſtampada en vnas concluſiones, que las tenia en la pared de la „ ſala de mi caſa, adonde yo eſtava echada, teniendo la pierna llagada ſobre vnas almoadas, invoquè al dicho Padre „ Franciſco Suarez, para que intercedieſſe por mi en la cura „ de dicha llaga, y dixe eſtas palabras: Padre Suarez, yo os „ ſuplico por amor de Dios; Vos que podeis tanto con Maria Santiſsima, que le ſupliqueis me quiera curar de eſta „ llaga, ſi ha de ſer para mas gloria ſuya. Y ſiendo aſsi, que „ en eſte dia me hallava de mas mala manera, y con mayores dolores, à la mañanita hallè dicha llaga caſi del todo „ curada, y con pocos dias fui del todo ſana: y atribuyo aver

„ tido dicha cura hecha por interceſsion, y milagro del di-
„ cho *Padre Franciſco Suarez*. * Haſta aquí ſu teſtimonio acreditado nuevamente en virtud del primer juramento, aſsiſtiendo, como teſtigos, el magnifico Felix Dalmau, Doctor en ambos derechos, y Franciſco de Torres, Notario, Ciudadanos de Manreſa. Eſta relacion copiada de ſu primer original, y autorizada por vn Notario publico, me remitiò vn Padre de la Provincia de Aragon à eſte Colegio de Salamãca, y la veo ya impreſſa en la compendioſa vida de nueſtro Eximio Doctor, eſcrita grave, y perſpicuamente por el Padre Ioſeph Maſſei, Maeſtro de Theologia de nueſtra Compañia, y eſtampada en Roma el año de 1687.

Eſtas ſon las maravillas, con que ha començado el Cielo à manifeſtar la ſantidad del Padre Suarez, aunque ignoramos ſi ha obrado otras, que no llegaron à nueſtra noticia. Pero qualquiera de ellas, bien que inferiores à ſu grandeza, baſtara, ſin duda, à manifeſtarla: à la manera que vn aſtro, aũque de eſcaſa luz, nos haze conocer entre las ſombras de la mañana, las cercanias de todo vn Sol. Quien ha leido la inocentiſsima vida de eſte Varon incomparable, facilmente entenderà, que à tan heroica virtud le correſponde vna poderoſa interceſsion; y mas ſi le acuerdan nueſtros ruegos el valimiento, que tiene en el Cielo con Maria Santiſsima, por aver adelantado tanto ſus alabanças en la tierra. Eſte es el medio, de que ſe valiò diſcretamente aquella venturoſa muger de Manreſa, para impetrar la ſanidad; y quien le vſare, con viva Fè, no verà fruſtrada ſu confiança, pues aviendo Franciſco hecho, y trabajado tanto por Maria, no avrà coſa, que no execute eſta Señora, ſi ſe interponen las ſuplicas de Franciſco.

CAPITVLO XXVII.

De la eſtimacion, y aprecio, que ſe mereciò el Padre Suarez, de todo linage de perſonas.

AVNQVE en el diſcurſo de eſta vida, queda notado lo mucho que honraron à Franciſco el gran Pontifice Gregorio Dezimo Tercio, aſsiſtiendo en Ro-

Roma à la primera de ſus lecciones; el Papa Paulo V. en ſus quatro magnificos Breves; los potentiſsimos Reyes de Eſpaña Felipe Segundo, y Tercero, con ſus repetidas cartas, y favores; y en fin, los Eminentiſsimos Cardenales, los Iluſtriſſimos Obiſpos, y otros Señores de la primera repreſentacion en eſtos Reynos: con todo eſſo, añadirèmos aqui otras demonſtraciones, y aplauſos, con que diferentes perſonas manifeſtaron ſu reſpeto, y veneracion à nueſtro Doctor Eximio. Entre todas merece el primer lugar, el Santiſsimo Pontifice Alexandro Septimo, cuya memoria ſerà ſiempre feliz, y ſu nombre ſiempre amable por aver eſtablecido, y adelantado los cultos, con que celebra toda la Igleſia la Concepcion Immaculada de Maria. Al amor que tuvo à eſte ſuaviſſimo miſterio, contribuyò no poco la aficion, y cuidado con que ſe dedicò à eſtudiar todas las obras del Padre Franciſco Suarez, prefiriendole à todos los demàs Eſcritores de ſu ſiglo. El miſmo, ſiendo ya Paſtor ſupremo de la Igleſia, ſe preciava de eſtos ſus antiguos deſvelos, y afirmava, que en ſolos quatro meſes avia leido los dos tomos de las Metafiſicas, durando en ſu inteligencia con tal teſon, que los reduxo à vn tratado ſucinto, donde como en vn ameno jardin, tenia recogidas las mas elegantes flores de aquel campo no menos prodigioſo en la extenſion, que en la fecundidad. Conſervava tambien vnas concluſiones, compueſtas de toda la doctrina del Padre Suarez, las quales avia defendido publicamente en la Cathedral de Sena ſu patria, dando entonces eſte gran teſtimonio de ſus eſtudios, y guardandole deſpues como argumento inefable de lo que apreciava a ſu Eximio Maeſtro.

Hablando dèl en la Epiſtola Dedicatoria, dize eſtas palabras: * *A mi*, aunque deſtituido de Maeſtros, me baſtò con „ ſus obras ſolo el Padre Franciſco Suarez, que ſin dificul„ tad es Principe de los Theologos de nueſtra edad, à quien „ quando yo eſtudiava Filoſofia, le reconocì, y amè por Eſ„ critor agudiſsimo; y por eſſo tambien en la Theologia le „ he experimentado Doctor, ſin duda, perſpicuo, y entre „ todos *el mejor*. * Haſta aqui eſte ſabio Pontifice, que aviendo conſagrado ſu noble, y antiguo nombre de Fabio Chiſio con el renombre de Alexandro Septimo, conſervo aun deſpues de ceñir la Tiara, el titùlo de diſcipulo, y venerador

del Padre Francisco Suarez, congratulandose no pocas vezes de su Magisterio, y mirando los estudios dedicados à su doctrina, ò como escalon, o como ornamento de su dignidad. Y si la mayor gloria de Aristoteles fue el aver tenido vn Alexandro Magno en su escuela, no sè yo como pudo crecer mas la gloria de nuestro Maestro Eximio, que teniendo por discipulo otro Alexandro, tanto mas augusto que aquel violento robador de la tierra, quanto va del cetro de vn pequeño mundo, à las llaves de todo vn Cielo.

Ni se contentò este gran Pontifice con el nombre de discipulo del Padre Suarez, sino que se empeñò en su defensa, como su finissimo protector. Porque aviendo su Santidad prohibido algunas obras *de Auxilijs* cõforme al silencio que intimò sobre esta materia Paulo V. algunos viendo se avian dado à luz los escritos, que acerca de este mismo argumento avia dexado compuestos el Padre Suarez, recurrieron à la Silla Apostolica, suplicando que se fulminasse tambien contra estos la misma sentencia, pues eran tan semejantes en la causa. Pero el Pontifice, que no ignorava la publicacion de estos libros, oyendo la delacion de los acusadores, les atajò diziendo: *De Suarez non est loquendum, est enim Doctor superioris sphæræ.* De Suarez no se ha de tratar, porque es Autor de superior esfera: palabras verdaderamente dignas de vn Pontifice como Alexandro, y de vn Doctor, como el Eximio: con las quales no solo respondiò à la acusacion, sino que diò razon de su respuesta, pues si las esferas superiores viven essentas de las impressiones, que fatigan, y alteran este mundo inferior; justo fue, que vn Doctor de superior esfera quedasse libre del rayo, que consumia menores plumas. Ni esta singularidad hecha con el Padre Suarez, pudo mirarse como agravio de otros Escritores, porque es obligacion de la justicia, aumentar el favor del mayor merecimiento, y necessita de la desigualdad con algunos, para premiar à todos con igualdad.

Por esso mal satisfecho el zelo, ò los zelos de otras personas, viendo corrian libremente estas obras, pretendieron de nuevo, que se vedassen, alegando para este efecto, el que no eran propias del Padre Suarez: en lo qual suponian, que siendo suyas, merecian la glorioſa excepcion de la regla co-

mun

mun conforme al dictamen Pontificio. Pero si el mismo Pontifice Alexandro, tan versado en los escritos del Padre Suarez, juzgò estos por legitimos partos de su pluma, y por esso dignos de esta gloria; si los tiene, y estima como tales el aplauso de los Sabios por la vniformidad, y semejança con todas las demàs obras de Frãcisco, bien puede darse por rendida esta acusacion, reconociendo, que nadie podia presumir de tan ingenioso en sus engaños, que se atreviesse à fingir la sabiduria, solidèz, y claridad nativa del Padre Suarez, ni à llegar con el remedo adonde no alcança la imitacion. Ademàs, que nos consta de persona que vio estos escritos antes que se imprimiessen, la indubitable persuasion, y certeza de que passaron de las manos del Padre Suarez, à las de Bastida, quien los conservò como preciosissimo tesoro, segun ya en otra parte se dixo.

Pero bolviendo al justo aprecio que se ganò en el mundo el Padre Suarez, despues de verle favorecido de los Sumos Pontifices, y Reyes, es digna de memoria la estimacion que de su persona hizieron los Eminentissimos Cardenales Burgesio, y Belarmino, honrandole con sus cartas familiares, y llenas de humanissimo agrado, y tratandole no con la soberania de Principes, sino con el cariño, y benevolencia de amigos. En este numero entraron tambien el Eminentissimo señor D. Francisco de Roxas y Sandoval, y el Eminentissimo señor D. Gaspar de Quiroga: ambos amantes veneradores de Francisco: el primero, quando dueño de la voluntad real, y arbitro de toda esta potentissima Monarquia; y el segundo, quando Arçobispo de Toledo, y Primado de las Españas. Pero porque seria proligidad el referir señaladamente las personas de primera suposicion, assi Eclesiasticas, como Seculares, que se esmeraron en el amor, y respeto del Padre Suarez; baste dezir en general, que su nombre era celebre, y conocido entre los Proceres, y Prelados de España, por el mas plausible de todos los Sabios, y el mas benemerito de la Iglesia; logrando muchas veneraciones su fama, donde no avian merecido la presencia de su persona.

Ni se estrechò esta celebridad à solos estos Reynos; tambien passò à los estraños, y remotos, adonde llegava la sabiduria de Francisco, con la publicacion de sus libros. Conocio-

nociòse bien esto en la vltima jornada que hizo à Roma, por el aprecio, y alborozo con que fue recibido en muchas Ciudades, donde su humildad no ocultò su nombre; porque como forastero, no temia ser conocido de los aplausos. Hallavase en Aviñon el eruditissimo Padre Theofilo Raynaudo, quando llegò à esta Ciudad el Padre Suarez; y escrive, que à la noticia de su venida, se commovieron todos sus habitadores, corriendo desalados à ver, y contemplar vn hombre tenido por la maravilla de su siglo, por el primer Doctor de su edad, y aclamado en toda la Iglesia por el Dionisio Christiano. No pudo el Padre Suarez hurtarse à tanta publicidad; y assi aunque con sumo sentimiento huvo de escuchar los elogios, con que en presencia de todos le engrandeciò el afecto, y la veneracion. Pero fue (dize Theofilo) vn espectaculo admirable la modestia, y encogimiento de Francisco, en medio de tan no esperada aclamacion; porque por vna parte parecia estar en el concurso, como sino hablàran con su persona tan excessivas demonstraciones, y por otra se dava por entendida su humildad en los colores que cubrian su venerable rostro, acreditando con su mismo sentimiento la razon, y la verdad de su alabança.

Para que se entienda quan vniversal fue esta estimacion del Padre Suarez, y como no se quedò solamẽte en los personages ilustres, sino que se estendiò, aun à los mas humildes, y populares, quiero conclurir con lo que le acõteciò en Coimbra, donde por aver residido mas tiempo, era su nombre conocido de todos, y su santidad, y sabiduria venerada aun de la infima plebe. Passando vn dia por la calle, que guiava à las Escuelas publicas, encontrò vn hombre muy afligido, y lloroso, el qual mirando al Venerable Padre, se acogiò à èl para que se compadeciesse de su calamidad. Estava à punto de ser encarçelado por vna deuda de cinco ducados, los quales de presente no podia pagar, y no le querian admitir los plazos en que prometia la satisfacion. Enterneciòse el compassivo corazon de Francisco, y preguntando por el riguroso acreedor, que le executava, supo era vna muger, que habitava alli cerca, y cuyo oficio era vender vino para el abasto de la Ciudad. Pudiera embarazarse Francisco en arriesgar el respeto de su persona, y de sus ruegos, y mas en vna cosa cu-

yos

yos vmbrales no se podian pisar sin reparo, y ofension. Pero la caridad, que es benigna, le hizo atropellar por todo, y entrando adonde estava la muger le propuso con grande compasion la miseria de aquel pobrecillo, rogandole tuviesse por bien de darle treguas, y dilatar el tiempo de la paga. A lo qual ella admirada de ver al Padre Suarez en su casa, le respondiò con despejo, y generosidad digna de mejor fortuna: *Què es esperarle? esso no Padre mio: lo que yo harè serà perdonarle enteramente la deuda, como desde luego se la perdono; que harto barata he comprado yo la dicha, y el honor de que tal persona se aya dignado de llegarse à mis puertas.* Alabole el Venerable Padre su compasion, y largueza con el pobre, y juntamente le agradeciò con humildad la atencion con su persona, aceptandola de buena gana por rescatar al afligido de la carçel, y de la congoxa en que le tenia su deuda. Divulgose despues, no sin aplauso este sucesso, y le observò el Padre Gaspar de Govea entre otros argumentos de la estimacion à que llegò el Padre Suarez. A la verdad es digno de ser referido, ya que no entre los mayores, à lo menos entre los mas raros.

Pero pues la narracion de este acaecimiento nos truxo à la memoria las Escuelas de Coimbra, adonde entonces caminava el Padre Suarez, no es razon omitir aqui el respeto con que le oyeron, y veneraron siempre todos sus Estudiantes. Veinte años leyò en aquella Vniversidad, assistiendole vna numerosissima jubentud, no solo de Portugal, sino tambien de otras Provincias, adonde sonava mucho el nombre de tal Maestro. Mas con todo esso, jamàs se escuchò en su general la inquietud, y turbacion en que suele prorumpir el bullicio de los pocos años, inclinados comunmẽte à la ociosidad, y al desahogo. Todos atendian à Francisco, como à vn prodigio de virtud, y sabiduria, pendientes siempre de su boca, y de su obediencia, sin que jamàs peligrasse en la familiaridad esta voluntaria sugecion. Pudo ser concurriesse à este sossiego el componerse la mayor parte de sus discipulos de la nobleza del Reyno, que suele contar entre sus primeras obligaciones el ser mas comedida, y mas cortès. Pero la causa principal era el alto concepto con q̃ miravã todos à su Doctor Eximio, el qual se mereciò, y conservò siempre esta veneracion de todos los discipulos, y Estudiantes, en cuya

Repu-

Repnblica (que tambien tiene ſu vulgo) es de admirar, que pudieſſe conſeguir el reſpeto, lo que en otras alcança dificultoſamente el temor.

CAPITVLO XXVIII.

De los elogios con que han honrado los Sabios al Padre Suarez.

NO pretendo recoger aqui todas las alabanças que dieron los Varones doctos à Francilco, porque eſſo no ſeria poner fin à eſte libro, ſino començar otro de nuevo. Ellas ſon tantas, y tan repetidas en los Autores claſicos, y deſapaſionados, que le parecieron demaſiadas à Fray Vincencio Varonio, y por eſſo pretendiò cercenarlas, ò corregirlas. Pero confeſſando eſte moderno, que fue el Padre Suarez ſeñalado en ſabiduria, y ſantidad, debia acordarſe de lo que dixo David: *Nimis honorati ſunt amici tui Deus*: que los amigos de Dios ſon honrados con nimiedad; porque ſus alabanças nunca pueden juzgarſe mas juſtas, que quando parecen demaſiadas. Por el contrario ſon muchos los Autores que hablando del Padre Suarez, dizen: *Nunquam ſatis laudatus*: que nunca es, ni ſerà baſtantemente alabado, porque por mas que ſe eſtienda la alabança, ſiempre ſe quedarà inferior à ſu grandeza. Ni entiendo como ſe le pueden eſcaſcar, ò embidiar los aplauſos, à quien los tiene tan merecidos como aſſegurados en la eſtimacion de todo el Orbe de las letras. Diganlo ſino ſus prodigioſos volumenes, los quales exceptuando los dos vltimos, que vieron mas tarde la luz publica, todos ſe han buelto à imprimir, no vna, ſino muchas vezes, pera ſatisfacer à la codicia, y al interès de las Eſcuelas. Solas ſus Metafiſicas han renacido diez y ſiete vezes en la prenſa, bolando deſde Eſpaña à todas las Proviccias de la Chriſtiandad, que ſe han moſtrado no menos avarientas de eſte teſoro, que de los que producen nueſtras Indias: coſa ſin duda admirable, y mas en vn ſiglo, que mira ya con tedio la multitud de los libros, ſiendo ſu abundancia vna de las enfermedades que padece. En fin, no

ay libreria en èſte, ni el nuevo mundo, que merezca el nombre de tal, que no ſe halle enriquecida con los volumenes copioſiſsimos del Doctor Eximio, contandolos, no entre los libros que ocupan, ſino entre los que ennoblecen, no entre los que ſirven para el adorno, y el reſpeto, ſino para la vtilidad, y para el vſo. Pues què mineral, què vena ſerìa la de aquel iluminado ingenio, de donde ſalieron tantas riquezas de ſabiduria, y de donde con inagotable fecundidad huvieran brotado otras muchas, ſino nos embarazàra eſta dicha la embidioſa muerte? Y ſi Franciſco ha llegado à merecerſe eſta vniverſal aclamacion; quien ſe atreverà à diſputarle ſus comunes aplauſos, ſin que preſuma ſaber mas, o ſentir mejor que todo el mundo?

Pero aunque eſte general concepto de los Sabios es vna de las mas ſublimes alabanças del Padre Suarez; con todo eſſo, reconozco otra tanto mas elevada, quanto và del mundo à la cabeza del miſmo mundo, que es el Pontifice Romano. Para los miniſterios del Templo, que llamava ſagrados la gentilidad, eſcrive Aulo Gelio, que no era licito llevar el fuego de otra parte, ſino de la caſa del Sumo Sacerdote del gran Iupiter: y para que Franciſco logre en el Tẽplo de la fama la luz de ſus mayores aplauſos, es preciſo que traigan eſtos ſu origen de los q̃ pronunciò el Oraculo Pontificio, por la boca del Sumo Sacerdote, y Pontifice del verdadero Dios. Renuevcſe la memoria de los quatro Breves, con que la Silla Apoſtolica honrò al Padre Suarez, y ſe verán tantos elogios de ſu ſabiduria, de ſu piedad, de ſu zelo, de ſu Religion, de ſu autoridad, y de ſu eminencia en la Igleſia, y en la Republica Chriſtiana, que todos quantos deſpues han multiplicado los Sabios, quedan muy inferiores, no ſolo en la autoridad, ſino tambien en la expreſsion, y en el numero. La cifra, y epilogo con que los explica la veneracion, es el renombre de Doctor Eximio, el qual aviendo començado en la pluma de Paulo V. ſe derramò deſpues en las Eſcuelas, y ſuena haſta aora en los labios, y en los eſcritos de los doctos. Quanta gloria ſe encierre en la verdad de ſu ſignificacion, ſe puede colegir de averle juzgado muchos por atributo proporcionado à los mayores Herces de la Igleſia. Egidio Romano le juzgò digno de Santo Thomàs, y por eſſo defen-

Ægid. in defenſorio

diendo su doctrina dize assi: *Quæstio proposita in persona fratris Thomæ Doctoris Eximij, cuius doctrina fulget Ecclesia.* Casiodoro atribuyò este mismo blason à S. Agustin por estas palabras: *Ipse etiam Doctor Eximius Beatissimus Augustinus, debellator Hæreticorum, defensor fidelium, & famosorum palma certaminum:* elogios todos, que parece fueron explicacion, ò consequencia del titulo de Doctor Eximio. Pero aun declarò mas su grandeza S. Iuan Chrisostomo, quando para aplaudir al Apostol de las gentes previene nuestra atencion, diziendo: *Vidistis quomodo Eximius ille Doctor Orbis clarè nos docuit?* De suerte, que juzgò la boca de oro por tan sublime el blason de *Doctor Eximio*, que cabian en èl los elogios de Pablo, siendo Pablo vn Varon, que apenas cupo en todo vn mundo. Pues este renombre glorioſisimo es el caracter propio del Padre Suarez; no por dictamen privado, sino por averle ennoblecido con èl la Silla Apostolica, y el Vicario de aquel Dios que reservò para sì el poner sus nombres à los Astros, hermosos simbolos de los Santos, y sabios Doctores.

rio Div. Thomæ.

Casiod. de divinis lectionib⁹ cap. 22.

Numerat multitudinẽ stellarũ, & omnibus eis nomina vocat. Psal. 146

Bastava este timbre animado de tan sagrada voz, y de tanto numen, para coronar la fama del Doctor Eximio: pero con todo esso, no omitirè algunos elogios que le consagraron las doctas plumas; porque si bien todos son inferiores al primero, pueden juntos con èl componer vna numerosa armonia, la qual forma sus mejores consonãcias de la desigualdad, y diferencia de las vozes. El Ilustrisimo señor D. Alfonso Castel-Branco, Obispo de Coimbra demàs de averle aclamado segundo Augustino: titulo que mantuvo su constancia, defendiendole de la humildad de Francisco, le llamò tambien Maestro comun de estos siglos, por cuya boca hablaron los Santos Padres, conspirando todos para dar eficàcia à su pluma: y añade, que su erudicion, y estudio era mas que humano, y que dava justa, y devidamente el parabien, no solo à la Compañia de Iesvs por tener tal hijo, sino tambien à nuestra edad, porque lograva tal Maestro. El Ilustrisimo señor D. Fernando Martinez Mascareñas, Obispo de los Algarves, le llama Autor igualmente Religioſisimo, y graviſsimo, Doctor celeberrimo, insigne Capitan de la Compañia de Iesvs, que como otro Iosuè levantò el escudo de su sabiduria para deshazer, y arruinar los exercitos de los erro-

res.

res. Y luego cõplaciendose con nuestra Religion, dize, q aun-
que de ella como de vn Cavallo Troyano ayan salido seña-
ladissimos Varones en letras, Religion, y virtudes; pero en
estos tiempos tiene vno entre todos eminentissimo, que es
el Padre Francisco Suarez. Con los mismos encomios le ce-
lebra el Ilustrissimo señor D. Martin Alfonso de Melo, Obis-
po de Lamego, aclamandole Doctor sapientissimo, Theo-
logo eminentissimo, poderoso con las fuerças de su sabidu-
ria para defender la Iglesia de Dios, y dilatandose en otras
semejantes alabanças.

Vide Tomum cõtra Regẽ Angliæ.

A estos testimonios tan ilustres como venerables, por ser de tan sabios infulados Principes, añadirè otros de la misma gerarquia: como el del señor D. Rodrigo de Acuña, Arçobispo de Lisboa, que llamò al Padre Suarez: *Lumbrera, Antorcha, y ornamento de toda España*: el del señor Obispo de Avila D. Lorenço Otadui, que le apellidò, *Varon raro en todo el mundo, en sabiduria, y letras, pero aun mas notable en Religion, y santidad*: el del Ilustrissimo señor D. Agustin Barbosa, que le llama *Milagro de sabiduria*: y dilatandose mas en sus elogios, dize dèl: * *Que* aviendo sido Primario, y Emerito en la Vni-
„ versidad de Coimbra: afamado por la erudicion de huma-
„ nas, y sagradas letras, publicados con igual felicidad, y
„ provecho muchos libros: Varon entregado à la abstinen-
„ cia, à la Oracion, y à la penitencia: llegando ya à la vlti-
„ ma edad, y dexando grandes indicios de vna santidad he-
„ royca, durmiò devotissimamẽte en el *Señor*. * Assi escri-
ve este doctissimo Varon, y justo apreciador de nuestro Exi-
mio Maestro. Todos estos aplausos se pueden epilogar con
el que le dieron los Iuezes de la sagrada Rota, llamandole
aun quando vivia, *insigne Doctor*: segun lo escrive Fray Fran-
cisco de Santa Maria en su Chronica del Carmen Descalço;
porque esta alabança, aunque ceñida, y breve, abulta mucho
en la autoridad de quien la pronuncia.

No debiò menos el P. Suarez al estado Religioso, que al Orden Episcopal, y por esso no se deben passar en silencio las alabanças con que le celebran algunas plumas de diferẽtes institutos, ya que es imposible el referirlas todas. Sean las primeras aquellas, que ennoblecieron la profession Religiosa, elevandola à las infulas sagradas. El Ilustrissimo Ca-

ramuel honor de la familia Ciſtercienſe, dize hablando de
Tom. 1. Theo. log. regul. d. 6. num. 55. nueſtro Franciſco: * *Coimbra* logrò, y poſſeyò à Suarez, „ Varõ ſantiſsimo, y doctiſsimo; al qual podràs dar la prime„ ra eſtimacion, eſperando de ſu vida, y de la devocion, y „ afecto de los Pueblos, que aviendo èl iluſtrado con ſus eſ„ critos los Antiguos Padres de la Igleſia, venga tambien „ con el tiempo à ſer reſpetado como vno de los miſmos „ Padres, quando ſe aya conſumido el nombre de Recen„ cior con la ſucceſsion de los *años*. * El Iluſtriſsimo Obiſpo de Badajoz, D. Fray Angel Manrique, ornamẽto grande de la miſma Orden, llama al Padre Suarez *Eſcritor modeſtiſsimo*: titulo, que por ventura eſtimàra nueſtro Franciſco ſobre los demàs, porque le debiò ſiempre la modeſtia las primeras atenciones de ſu pluma. El Apoſtolico Patriarca de Etiopia Alonſo Mendez de nueſtra Compañia, llamava al Padre Suarez, *Varon de portentoſa ſabiduria*; y el Padre Fernando de Salazar, à quien hizo iluſtriſsimo la eleccion al Obiſpado de Malaga, y deſpues el Arçobiſpado de las Charcas, dize aſsi en ſu libro *de Conceptione*. * *Por* los demàs, à „ quienes celebra la antiguedad, nos baſta vn ſolo Autor, que „ es el Padre Franciſco Suarez, grande incremento, y orna„ mento de nueſtra edad, con cuya gloria, y ſabiduria ſe vè „ nueſtro ſiglo tan iluſtrado, que no embidia à los paſſados „ ſus Alexandros, ſus Albertos, ſus Thomaſſes, ſus Buenaven„ turas, y ſus *Eſcotos*. * Aſsi eſtos Religioſiſsimos Prelados.

Entre los demàs elogios de perſonas privadas, merecen el primer lugar los que pronunciaron dos Religioſos del Sagrado Orden de Santo Domingo, llamado el vno Fray Pedro Calvo, de la primera ſupoſicion en Lisboa; y el otro Fr. Manuel Coello, Inquiſidor de la miſma Ciudad. Hallavanſe juntos en ſu Convento, quando les diò noticia de la muerte del Padre Suarez el aviſo de las campanas, y ſobreſaltado el primero, dixo: *Ha muerto el Padre Franciſco Suarez, y en nueſtros tiempos vn Doctor de la Igleſia de Dios*. Correſpondiò à eſtas palabras el Padre Inquiſidor, diziendo: *Aſsi es, y deſpues de Santo Thomàs es el hombre mas docto, que ha avido*: proſiguiendo entrambos en ſemejantes palabras de ſumo aprecio, y veneracion. El erudito Padre Fray Alonſo Venero,

de

de la misma Orden, en su enquitidion de los tiempos escri-
ve assi: * *En Lisboa*, a 25. de Septiembre año 1617. murió
„ el Padre Francisco Suarez, de la Compañia de Iesvs, natu-
„ ral de Granada, aunque originario de Toledo, de casi 70.
„ años, Padre de la Theologia en nuestros tiempos, que en-
„ señò en muchos, y doctissimos escritos, y con el exemplo
„ de su inculpable *vida*. * Aun mas larga memoria hizo el Padre Maestro Fr. Pedro Martir del mismo instituto de Predicadores, en su Dietario virginal, donde notando el año diez y siete de este siglo, dize: * *En la Compañia* de Iesvs fal-
„ lece el Padre Francisco Suarez, Varon doctissimo, el qual
„ procurò acompañar sus estudios con la devocion de la
„ Madre de las sabidurias, Maria. Ayunava todos los Saba-
„ dos, y en sus festividades, se disponia para celebrarlas con
„ dos horas de Oracion mental, que tenia antes de dezir
„ Missa. Siempre que passava delante de su Imagen, acostũ-
„ brava con grande devocion puesto de rodillas saludarla, y
„ y darle gracias de la mucha luz, que le alcançava del Cie-
„ lo: y se puede pensar, que con ella escrivio los comẽtarios
„ sobre la tercera parte de Santo Thomàs, adonde el docto
„ Padre se explaya en las prerrogativas de esta soberana Se-
„ ñora con grande agrado suyo, segun ella lo manifestò al
„ Padre Martin *Gutierrez* * Hasta aqui este Escritor, à quien juntarè al muy Reverendo Padre Fr. Paulino Bernardino Maestro de Theologia en el Convento de la Minerva; donde aviendo leido, y examinado vna vida del P. Suarez, convierte su afectuosa pluma àzia estos elogios de su Santidad, y sabiduria: * *Confiesso*, dize, *con ingenuidad*, que la inclyta virtud
„ del Padre Francisco Suarez se ve tan elevada, sobre la es-
„ fera de la humana condicion, que no es facil decidir, por-
„ què aya merecido mas la admiracion del orbe Christiano;
„ por el heroico exercicio de sus celestiales virtudes, ò por
„ la eminencia de su eximia sabiduria. A la verdad, quales-
„ quiera que pusieren delante de sus ojos por vna parte la
„ inocente vida del Padre Suarez, y por otra la muchedum-
„ bre grande de libros, con que enriquecio las Theologicas
„ librerias, harán firme, y seguro juizio de que este Venera-
„ ble Varon resplandeciò en todo linage de doctrina, y se
„ abrasò en las llamas del divino amor; con cuya vnion fe-

liz

„ liz (segun lo que nos enseña S. Bernardo) se formò, y se „ nos ofreciò à todos por exemplar, y dechado *de vn Doctor perfecto.* *

De la Serafica Familia no ha tenido menores Panegyristas el Padre Francisco Suarez: pondrè en primer lugar al Reverendissimo Padre Maestro Fr. Matheo de Sosa, Letor Iubilado, y Provincial de esta ilustre Provincia de Santiago, que hablando de las opiniones, en que imitan al sutil Escoto muchos Iesuitas, dize assi: * *Entre los quales* sobresale, como „ el Principe de todos, el sapientissimo, y dignissimo de to- „ da alabança Padre Francisco Suarez, resplandor de su sa- „ grada Orden, el qual, ò sigue las opiniones Scoticas, ò im- „ pugna modestissimamente las que no *abraza.* * El Padre Maestro Fr. Bruno Neuser, Letor assimismo Iubilado de la Provincia de Colonia, defendiendo à nuestros Autores de las acedias, y cavilaciones de Henrico de Noris, le dize assi, bolviẽdo por la sabiduria de nuestro Eximio Maestro: * *Cree-* „ *me à mi*, ò Henrico, que Suarez fue vn hombre de vn inge- „ nio, cuya capacidad no se limitò à vna *sola ciencia.* * Y luego reprendiendo al mismo maldiciente, le dize: * *Como* „ te atreves à hazer irrision à rienda suelta de vn Autor doc- „ tissimo, y santissimo, en quien nada se echa menos para la „ veneracion, sino la antiguedad; y à quien tu debias reve- „ renciar, y respetar. Con razon te dirè yo à ti, lo que San „ Agustin à Iuliano: Atiende, atiende vn poco, quien es „ aquel contra quien vomitas de tu crudo pecho essas afren- „ tas, que son tu pasto, y alimento *familiar.* * Assi esta sabia y Serafica pluma à favor de nuestro Eximio Maestro.

Tom. 1. Theol.

In Prodromo.

De la sagrada Orden de S. Agustin, basta por los demàs que aplauden à Francisco, el Reverendissimo Fr. Alonso de Mendoza, Cathedratico de Visperas en esta Vniversidad de Salamanca, y celebradissimo en ella, por su ingenio, y erudicion, el qual dize assi: * *Tratarìa de proposito* esta sentencia, „ sino me escusàra de ello el Padre Francisco Suarez, Varõ, „ sin duda, dignissimo de la immortalidad, por las precia- „ rissimas obras, con que ilustra la Theologia, enseña las es- „ cuelas, y es de grande emolumento para los *que escriven* „ en estos tiempos; y suma alabança, y ornamento para la „ Compañia de Iesvs; si es que vna Familia tan plausible, y tan

„ tan benemerita de la Iglesia de Christo puede tener algun „ aumento en sus *alabanças*. * De la Venerable Orden de la Cartuja, el Padre D. Antonio de Molina dize que el Padre Suarez es Varon doctissimo en su erudicion, prudentissimo en la eleccion de sus sentencias, y muy grave, y considerado en toda su doctrina. De la ilustre Familia de S. Norberto, el Reverendissimo Padre Fr. Felipe Bernal en su libro *de Conceptione*, dize assi: * *Aquel gran Theologo*, insigne Maestro, as- „ sombro de sabiduria, honra de España, gloria, y corona de „ la Compañia de Iesvs, el *Padre Francisco Suarez*. * De la Real, y Militar Orden de la Merced engrandece tambien cõ ilustres, y repetidos renombres al Padre Suarez, el sabio Escritor Fr. Sylvestre de Saàvedra, en su sagrada, y Mariana Theologia. A la Santa, y no menos docta Familia de los Padres Trinitarios Descalços, son tantos los elogios que ha merecido el Padre Suarez, y la veneracion que le professan sus ilustres Escritores, y Maestros, que su multiplicidad nos prohibe el referirlos, y apenas nuestra estimacion podrà en algun tiempo agradecerlos.

De los Padres Clerigos Regulares Menores, el Padre Lorenço de Aponte, de cuya virtud, y sabiduria se hablò ya en otra parte llama al Padre Suarez *Eminentissimo Doctor, cuya doctrina se debe seguir*: y añade estas graves palabras: * *Su* „ *autoridad*: segun mi juizio, de tal manera se debe estimar, „ y engrandecer, que no sè yo, aya otra en nuestros tiempos „ que se le pueda aventajar. Porque escriviò tan piadosa, „ tan perspicua, tan aguda, tan grave, y en fin tan modesta- „ mente, que debe ser contado de todos por el primer dis- „ cipulo de Santo Thomas. A lo qual, si añadieres su imma- „ culada, y santissima vida (la qual todos sabemos, conoci- „ mos, y atestiguamos) juzgaràs su doctrina por todos la- „ dos dignissima de toda *veneracion*. * Hasta aqui este docto Escritor en su libro sobre la sabiduria, que por aver tratado al Padre Suarez, hizo tan alto concepto de su doctrina, y santidad. Capit. 10. n. 13.

De otros Escritores, que se esmeraron tambien en los aplausos del Eximio Doctor fue vno el Coronista de la Magestad Catholica, Gil Gonçalez Davila, el qual le apellida *Prodigio de la Theologia*. D. Francisco Bermudez, Abogado Vide P. Arana, & Descamps.

en

en Granada, que dize: *Era su entendimiento vna perenne fuente de la Theologia, que à los presentes admira, y à los venideros causa espanto.* D. Benito de Castro, Doctoral, y Cathedratico en Valladolid, que le llama Varon *vsque ad miraculum* docto. El erudito Doctor en ambos derechos Iuan Sanchez, que en sus selectas le dà el nombre de *Excelentissimo Doctor, cuya autoridad estima tanto como la de mil Autores.* El Doctor Parisiense Luis Bean, que dize fue Francisco *Interprete aventajadissimo de toda la sagrada Theologia, y de la divina ley, en las mas celebres Vniversidades del Orbe con increible concurso, y suma frequencia de discipulos, y que mereciò igual fama, y estimacion por la santidad de vida, que por sus insignes letras.* Laurencio Beyerlinc, Protonotario Apostolico, y Cononigo Antuerpiense, habla assi del Padre Suarez en el tomo septimo de su teatro: * *Quien*
„ avrà que presuma hablar dignamente de las alabanças de
„ Francisco Suarez, y de los estupendos escritos que dexò à
„ la posteridad. Fue este Varon como vn sagrado Occea-
„ no, de donde salieron todos los raudales de la humana,
„ y divina Filosofia, para regar, y fecundar toda la Iglesia.
„ Sus libros se aventajan à los demàs en el numero, y en el
„ argumento; porque ninguno hasta aora ha dado à lùz tan-
„ tos, tan eruditos, y perspicuos comentarios sobre toda la
„ Theologia, y Metafisica. A este rayo ilustre de sabiduria
„ nos arrebatò ha pocos años la dura necessidad de la *muerte.* * En fin el Señor de Cericiers, Escritor erudito, y Confesjero del Rey Christianissimo, en vno de sus grandes volumenes llama al Padre Suarez *Ornamento de la Compañia de Iesvs, y el Santo Thomàs de su siglo:* renombre en quien se encierran tãtos otros, que puede ser cifra de los muchos que oculta el silencio temeroso de la proligidad.

Pero entre tanta armonia de canoros Cisnes, en cuyas plumas, y en cuya voz suenan à competẽcia los aplausos del Eximio Maestro, no dexa de escucharse el importuno, y necio graznido de vno, ù otro Escritor, que manchò el papel con sus oprobrios. Parece que su modestia siempre inocua, y siempre amable, le avia colocado sobre los tiros de la emulacion; pero si ay hombres, que, como dize David, saben de valde aborrecer; si ay hombres que disparan flechas contra el Cielo, no ignorando que sus puntas se han de convertir

con

contra sus cabezas, quien podrà darse por seguro de las injurias, que fabrica la pasion, ò la temeridad. Supo Francisco no merecerlas, pero no pudo evitarlas; porque siendo vn Sol clarissimo de sabiduria, no le avian de faltar infaustas aves, que gritando contra su luz, descubriessen su propia ceguedad. Estos son como las necias Maripossas, que baten sus alas para apagar, si pudiessen, la antorcha resplandeciente; y al cabo se queda mas viva, y mas hermosa su luz, mientras ellas se consumen en los escarmientos de su ardor. Pudiera notar aqui los Autores, que olvidan el reporte, y modestia con tal Maestro; porque acaso seria gran credito del injuriado la vileza, y poquedad del maldicièntes; pero cederà de buena gana nuestro Francisco à esta defensa de su fama, perdonando la injuria, por no convertirla contra sus injuriadores.

Solo advertirè à los que sin tener otra causa que su propia malignidad, se atreven à ofender al Padre Suarez, que las destemplanças de su pluma seràn muy gratas à los hereges de nuestros tiempos, los quales escuchan como lisonjas de su error las injurias contra este valerotissimo defensor de la Romana Silla. Quanto sea el odio de los hereges contra el Padre Suarez, se reconoce bien de los improperios, con que han procurado obscurecer su fama, y despedazar su nombre. Assi se ve en vn Concilio, ò Cõciliabulo de los Batavos, en Amesio Ministro Calviniano de Inglaterra, y en otros mõstruos semejantes, que no cessan de blasfemar el nombre Suaristico, como el mas formidable à sus errores. Es verdad, que aborreciendo su Theologia, leen muchos sus metafisicas, pareciendoles que este es vn pays neutral, donde puede discurrir libremente el ingenio, sin encontrarse con la Religion. Pero muchos con feliz engaño, buscando en el Doctor Eximio la Filosofia, han descubierto la verdad Catholica, y à la luz de su doctrina han conocido los desvarios de su secta. Assi lo llora Tuhisio Calvinista por estas palabras, que son vn panegyrico del Padre Suarez: * *Quan grãde lastima* y com-
„ pasion tengo à la suerte, y fortuna Christiana, quando veo
„ que los Estudiantes, y alumnos de nuestras Vniversidades
„ vsan de tal Magisterio en la Methafisica, para aspirar à las
„ noticias mas arduas, y sobrenaturales. Iuzgo, sin duda, que
„ haria vna obra de grande vtilidad, quien expurgasse estas

„ Methafiſicas Suarianas, principalmente quando procuran „ desflorar, y manchar las verdades Theologicas, y *ſagradas.* * Aſsi habla eſte obſtinado Calviniſta contra el Padre Suarez, moſtrando (como bien obſerva nueſtro Anato) de quanta ruina ſea para el Calviniſmo ſola eſta obra de nueſtro Eximio Maeſtro.

Con el miſmo furor el condenado libro de Ianſenio bomitò crueles injurias contra el Padre Suarez, llamandole imperitiſsimo en la doctrina de S. Aguſtin, y notandole de cavilaciones en explicarla, y de ſomnolencia en entenderla. Pero èſta, y las demàs afrentas, è impoſturas de Ianſenio, y ſus ſequazes, ſon piedras reſplandecientes con que ſe adorna la ſiempre Catholica ſabiduria del Padre Suarez. Mas porque ſus elogios logren ſu mejor corona, y porque permanezcan libres de ſemejantes calumnias, los ſellarè con la autoridad del Eminentiſsimo ſeñor Cardenal de Aguirre, honor de nueſtra Vniverſidad Salmãticenſe, y de ſu nobiliſsima Religion Benedictina. Convence en ſu primer tomo, ſobre S. Anſelmo, reeſtampado en Roma, quan ciega es la temeridad, y aſtucia de algunos Lobanienſes contra los Ieſuitas, à quienes fingen menos reverentes al gran Padre de la Igleſia Auguſtino: teſtifica, que aviendo leìdo nueſtros Eſcritores, ſolo encuentra en ellos elogios tan elevados, que à no ſer de S. Aguſtin pudierã parecer exceſsivos: refiere à la letra el juizio que hizo el Padre Suarez del aprecio, y veneracion que ſe debe à la doctrina de eſte Santiſsimo Doctor, y aprobandole el ſabio Cardenal concluye diziendo: * *Haſta* aqui „ Suarez con la ſolidèz, y erudicion que acoſtumbra, y con „ afecto piadoſo, y veneracion ſuma à la doctrina de San „ Aguſtin; cuyas obras eſtudio continua, y diligentiſsima„ mente, deſvelandoſe por penetrar lo mas interior, y profundo de ſu *ſentir.* * Eſto dize el eruditiſsimo Cardenal, imitador del Padre Suarez en la defenſa de la Silla Apoſtolica, y ennoblecido juſtamente con el reſplandor de la Romana Purpura, para que adviertan los Sabios, que no ſiempre es ciega la fortuna, ni andan perpetuamente enemiſtados el merecimiento, y el honor.

CA

CAPITVLO XXIX.

De la estimacion que tiene del Padre Suarez la Compañia de Iesvs.

EL nombre de madre es vna dulçe necesidad para el amor de los hijos, y teniendo la Compañia, no solo èste, sino tantos otros titulos para el cariño con el P. Francisco Suarez; quien puede dudar, que le mira con vn afecto, que se passa à respeto, y veneracion. Con todo es forçoso acreditar esta verdad, porque pertenece à la gloria de Francisco, y porque la quiso poner en duda Fray Vincencio Varonio. Dize èste, que arribando no sè con que accidente à Lisboa, deseò visitar el sepulcro del Padre Suarez, por la reverencia que professava à tan gran Varon; pero añade, que preguntando por èl à vno de los Iesuitas, necesitò de informarse de otros para poder conducirle: argumento de que su memoria estava sepultada mas en el olvido, q̃ en el polvo. No le disputarè yo (aunque pudiera) à Baronio la verdad de su narracion; pero si èl por ser Peregrino en Lisboa ignorava el idioma Portuguès; quien le asségurò de que el Iesuita preguntava à otros por el sepulcro del Padre Suarez, y no por otra alguna ocurrencia; ò ya que fuesse sobre esto la pregunta, quien le dixo que el Iesuita no era huesped como èl en aquella Casa, y por esso menos noticioso de sus cosas. Pudiera acordarse de que vn Frayle le llevò à su mano izquierda por las calles de Parìs al Angelico Doctor Santo Thomàs, no porque le despreciava; sino porque como forastero en el Convento no le conocia. Pues si cupo esta ignorancia de Santo Thomàs, estando vivo, porquè no pudo aver la misma del Padre Suarez quando muerto. A la verdad estando el sepulcro del Padre Suarez en vna hermosa Capilla, sellado con resplandeciente marmol, y sobreescrito con caracteres de oro, como lo reconociò el mismo Baronio; si con todo esso huvo Iesuita morador de aquella Casa que no le huviesse visto, no debia inferir que era indevoto, sino que era ciego.

Pero como quiera que ello fueſſe, lo indubitable es, que toda la Compañia eſtima, y reverencia al Padre Suarez con ſuma veneracion, y ſolo inferior à las que tributa à los Doctores canonizados de la Igleſia. Eſto conſta de quanto queda referido en eſta hiſtoria, y ſingularmente en el capitulo primero de eſte quarto libro. Eſto miſmo ſe reconoçe en los elogios, que le conſagran nueſtros mas inſignes Eſcritores, los quales, aunque domeſticos, profeſſan tanta ingenuidad en el eſcrivir, que nadie podrà juzgarlos apaſsionados. El Padre Luis de Valdivia, Provincial de Chile, y Viſitador de aquel Reyno por el Rey Catholico, que intentò coronar ſus meritos con vna Mitra, à que reſiſtiò conſtante ſu humildad, dize del Padre Franciſco Suarez, * *Que fue* vn Sol reſplandeciente de la Igleſia, cuya luz, y ſabiduria eſparcida en ſus libros ha iluſtrado la Theologia Eſcolaſtica, el conocimiento de Dios, de Chriſto, y de ſu Madre Santiſsima. Solo atendiò à dos coſas en eſte mundo, à ſer ſabio, y à ſer Santo: no tuvo otros deſeos, ni guſtos, ſino en las letras, y en la *virtud*. * El Padre Felipe Aleganue, y el Padre Nathanael Sotuelo, en ſus Bibliotecas de la Compañia le iluſtran con grandes, pero merecidos aplauſos, que por ſemejantes à los que quedan ya atràs, ſe paſſan en ſilencio. El Padre Rodrigo de Arriaga, Cathedratico, y Canciller de la Ceſſarea Vniverſidad de Praga, y bien conocido de los ingenios por los buelos de ſu pluma, dize en ſu Filoſofia nuevamente impreſſa, que el ingenio del Padre Suarez no fue inferior al de Ariſtoteles, y que como favorecido con mayores luzes del Cielo, pudo deſcubrir mas ſublimes verdades, que los Filoſofos Antiguos, cuya razon vacilava en la profunda noche de la gentilidad. Defiendele tambien de vn moderno, que halucinado en ſu doctrina le impugna con menos templança; y hablando del miſmo dize: * *Eſte* Autor, y yo comparados con el Padre Suarez, ſomos dos Pigmeos à viſta de la proceridad de vn *Gigante*, * proſiguiendo en otras alabanças dignas del alto concepto que formò del Doctor Eximio.

El Padre Franciſco Anato, Confeſſor que fue de la Mageſtad Chriſtianiſsima, alaba con tanta diſcrecion como verdad al Eximio Doctor, notando los favores que le hizo la Sil-

la

la Apoſtolica, y diziendo, *que le celebran en tanto grado todas las Eſcuelas Catholicas, que, ò deſean ſeguirle como Maeſtro, ò ſe glorian de batallar con èl, como con adverſario* El Padre Ricardo Linçe, cuya elegante ſabiduria fue el aplauſo de eſta Eſcuela, y el honor de eſte nueſtro Real Colegio de Salamanca, engrandece tambien al Padre Suarez en la prefacion de ſu curſo Filoſofico: darè ſus palabras en latin, porque temo no pueda repetirlas nueſtro idioma con toda el alma que reſpiran: dize aſsi: *Quis Patre Franciſco Suarez, tum in Metaphyſica, tum in libris de Anima ſublimior! Quis numeris omnibus abſolutior! Ille mihi videtur, cum ſe totum ad veterum Scholaſticorum lectionem contuliſſet, effinxiſſe maieſtatem Thomæ, gravitatem Alberti, claritatem Durandi, ſubtilitatem Schoti, copiam Aienſis, ſoliditatem Bonaventuræ, inventionem Okami, acumen Gregorij, diſtinctionem Gabrielis, vim Bachonij, profunditatem Henrici: & in ſuma quidquid in vno quoque præſtantiſsimum eluxit. Nec verò, (vt cum Fabio loquar) quod in vno quoque optimum fuit, ſtudio conſequutus eſt tantum; ſed plurimas, vel potiùs omnes ex ſe ipſo virtutes extulit immortalis ingenij beatiſsima vbertate. Non enim, vt ait Pindarus, pluvias aquas colligit, ſed vivo gurgite exundat, dono quodam providentiæ genitus, in quo tota vires ſuas Philoſophia, atque etiam Theologia experiretur.* Aſsi nueſtro Linçe, que con la agudeza de ſu ingenio llenò toda la ſignificacion de ſu apellido.

Pero porque no es conveniente, ni apenas poſsible recoger todas las alabanças con que aclaman à Franciſco nueſtras plumas, añadirè ſolamente vn ingenioſo paralelo, que hizo el Padre Agustin Bernal en ſu celebrado volumen *de Incarnatione*. Eſcrivia la prefacion el dia de Santo Thomàs Apoſtol, y ſola eſta oportunidad le empeñò en el cotejo de los dos Thomaſes de la Igleſia con dos Franciſcos de nueſtra Compañia. Entrò (dize Santo Thomàs Apoſtol) en las baſtas regiones de la India; y aunque predicò, y convirtiò à ſus habitadores, no pudo penetrar à los Reynos del Xapon, porque los tenia Dios reſervados para S. Franciſco Xavier, cuyo zelo dilatò, y eſtendiò mas los terminos del Evangelio. Lo miſmo, pues, acontecio en la eſpacioſa esfera de la Theologia. Iluſtròla el Angelico Doctor Santo Thomàs, deſcubriendo en eſtas opulentiſsimas Indias ineſtimables

bles teſoros de ſabiduria: ſi bien (como eſcrive Surio) vió al tiempo de ſu tranſito otros muchos, que aun faltavan por deſcubrir; y es que tambien los guardava Dios para otro Frãciſco, que fue nueſtro Eximio Maeſtro, el qual comentando la Suma de Santo Thomàs, adelantò, y eſtendiò los fines de la Sagrada Theologia, enriqueciendola de tantas verdades, como ſe ateſoran en ſus veinte y tres celebradiſsimos volumenes. Pero ſin embargo le ſucediò al Padre Franciſco Suarez, lo miſmo que à S. Franciſco Xavier; porque como eſte nuevo Apoſtol, aunque adelantò las conquiſtas de la Igleſia, muriò en fin, à las puertas de la China, ſeñalando nuevo campo à ſus hermanos, y ſuceſſores; aſsi tambien nueſtro Franciſco, muriendo con la pluma en la mano, para eſcrivir lo que avia concebido en ſu mente, dexò à los ingenios de la Compañia que ſe han ſeguido dilatados eſpacios por donde diſcurrir en ſeguimiento de la razon, y mayor luſtre de la Catholica Fè.

Eſta es la proporcion admirable con que diſpuſo el Cielo, que la Compañia dieſſe dos Franciſcos, que proſiguieſſen las empreſſas de ſus dos Thomaſes, para que ſe entendieſſe, que como Xavier reſtituyò el zelo de Santo Thomàs Apoſtol; aſsi el Padre Suarez renovò el Magiſterio de Santo Thomàs de Aquino, ſiendo entrambos como nuevos Hercules, que llevaron mas adelante las columnas de la predicacion, y de la ſabiduria, y moſtrando à todos el camino por donde continuar eſtas glorioſiſsimas empreſſas. Y de aqui queda ſatisfecha vna duda, q̃ à muchos parecerà muy fundada. Porque ſiendo el Padre Suarez tan eminente en la Igleſia de Dios por la divina gracia, tan eſclarecido en ſantidad, tan iluminado con ſobrenatural ſabiduria, tan acertado en ſus diſcurſos, tan firme, y ſolido en ſus ſentencias, tan circunſpecto en ſus palabras, tan ſin igual en la fecundidad portentoſa en ſus eſcritos, tan reſpetado de todos los Sabios; y lo que es mas, tan favorecido, y tantas vezes aclamado con las alabanças: con los Breves, con las bendiciones de la Silla Apoſtolica; porque, ò como la Cõpañia de Iesvs no decreta que todos ſus hijos ſe conformen enteramente con eſte ſu Doctor Eximio, preciandoſe de no apartarſe jamàs de ſu ſentir, con aquel reſpeto que los Padres Dominicos profeſſan al Doctor Angelico,

gelico, y los Scotistas al sutil Escoto. A esta pregunta es fuerça confessar, que si nuestra Religion, imitando à tan ilustres Escuelas, huviera de aprisionar los ingenios de sus Maestros al dictamen de algun determinado Autor; èste, sin duda, serìa nuestro Doctor Eximio, pues los titulos, que como se ha dicho, le coronan, quitavan la contingencia, y aun el arbitrio à la eleccion.

Pero la Compañia de Iesvs, aunque venera essos ilustres exemplares, no ha juzgado hasta aora conveniente el sugetar à sus Escritores à esta voluntaria servidùbre, reservàdola para culto, y obsequio de solas las verdades pertenecientes à la Fè, à quien como à regla infalible debe rèdirse como esclava la razon. Siente assi: porque assi sintiò el Aguila sublime de los Doctores San Agustin, el qual, aun hablando de otros grandes Heroes de la Iglesia, escrive de esta suerte: * *Ni debemos* mirar como Escrituras Canonicas los escritos de qualesquiera otros hombres, aunque Catholicos, y celebrados, de tal suerte, que no nos sea licito, guardando el respeto, y reverencia, que à tales Maestros se debe, impugnar, y rechazar algo de lo que enseñaron, si acaso hallaremos, que se desviaron de la verdad, descubierta, y entendida con el favor divino por industria de otros, ò tambien por la nuestra. De esta suerte me porto yo en los escritos agenos, y de esta suerte quiero se porten los que procuran entender los *mios*. * Palabras dignissimas de la pluma, y del entendimiento de S. Agustin; las quales si huvieran escuchado, y atendido los Iansenistas de este tiempo, no fueran tan obstinados en sus errores, atribuyendoselos, aunque falsamente à este Santo Doctor, y clamando por otra parte, que por esso estàn essentos del juizio de la Iglesia; como si S. Agustin pudiera admi-

Augustinus, tom. 2. epist. 3. *Neque enim quorumlibet disputationes, quamvis Catholicorum, & laudatorum hominũ, veluti Scripturas Canonicas habere debemus, vt nobis non liceat salva honorificẽcia, quæ illis debetur hominibus, aliquid in eorum scripti improbare, atque respuere, si fortè invenerimus, quod aliter senserint, quam veritas habet divino adiutorio, vel ab alijs intellecta, vel à nobis. Talis ego sum in scriptis aliorum tales volo esse intellectores meos.*

admitir por obsequios suyos las injurias de la Cathedra de S. Pedro. Pero ya sabe el mundo, que estos, y semejantes elogios llenos de escandalo, y horror, miran al Augustino Yprẽse, no al Yponense: esto es al Augustino de Iansenio, no al Augustino de Augustino.

Enseñada, pues, por S. Agustin la Compañia de Iesvs, no ha querido juramentarse en seguir todas las opiniones de algun Autor particular; venerandolos à todos en aquel grado que merece su autoridad, y su grandeza. Y creemos, que à ninguno puede ser desagradable esta reverente ingenuidad, porque preciandose todos de imitadores, y discipulos de Augustino, todos nos dizen por su boca, que no quieren les sigamos en lo que no pareciere tan conforme à la razon, salvo siempre el respeto que pide su dignidad, y nuestro rendimiento. Siendo, pues, el Padre Suarez, segun la voz, y aplauso de los doctos el Augustino de su siglo, y admirandole como à tal toda nuestra Religion, quiso siguiessemos à este segundo Augustino, como deseava ser seguido el primero, permitiendo que pudiesse desviarse nuestro discurso, donde le llamasse la luz mas clara de la verdad. De esta suerte como los sucessores de S. Frãcisco Xavier adelantaron las conquistas de la Fè à nuevas regiones; tambien los Maestros que se han seguido à nuestro Francisco, han ilustrado con nuevos discursos la Theologia, aumentando lo que heredaron de los passados, y dexando mucho que discurrir à los venideros.

CAPITVLO VLTIMO.

Como el Padre Suarez es el Principe de toda nuestra Escuela, y Maestro comun de los demàs Autores, que en ella florecen.

NO es Aristoteles Principe de toda la Escuela Peripatetica, porque se admitan necessariamente en ella todos sus dictamenes, siendo cierto, que se reprobã algunos como contrarios à la verdad infalible de nuestra Fè. Bastale para el merito de esse nombre, el ser vn

Filo-

Filoſofo el mas favorecido de la razon natural, que caminando ſobre las ruinas de otros errores, deſcubiertos con ſu perſpicacia, y convencidos con ſu agudeza, adelantò los principios de la mas fundada Filoſofia. Esto miſmo, aunque con mayor acierto, por la luz, y aſsiſtencia ſobrenatural, executò el Eximio Doctor, no ſolo en los puntos, y tratados Filoſoficos, ſino en los Theologicos tambien, pues penetrando con alta comprehenſion ſus mas profundas dificultades, aſſentò los principios de vna Metafiſica ſolida, y acertada, y edificò ſobre ellos vna Theologia firme, y ſegura. Vna, y otra ha ſido, y es la que eſtudian, y la que abrazan frequentemente nueſtros Eſcritores; no empero violentando la razon à que obedezca ſiempre à ſu autoridad, ſino aprendiendo de ſu autoridad à dar la primacia à la razon. Porque como dize Santo Thomàs, aunque con palabras de S. Aguſtin:

* *A ſolos* los libros Canonicos aprendì
,, à venerar, de ſuerte, que firmiſsimamẽte los juzgo ſin yerro alguno. Los demàs Autores, aunque mas ſeñalados en doctrina, y ſantidad, los leo de manera, que no me baſta el que digan vna coſa, para que por eſſo ſolo la juzgue *verdadera*. * Pues aunque todos nueſtros Maeſtros admiran la ſabiduria, y ſantidad del Padre Suarez, como muy rara, y eximia, con todo eſſo, no le ſiguen como ſi enſeñàra ſiempre verdades de Fè divina, ſino como Maeſtro, que nos comunica doctrinas probables, y humanas; ſuponiendo, que acertò en muchas coſas, como ſabio muy favorecido del Cielo, y que pudo errar en otras, como hombre, que aun habitava en la tierra.

Solis ſcripturarum libris, qui Canonici appellantur, didici hunc honorem deferre, vt nullum Auctorem eorũ errarè aliquid firmiſsime credam. Alios autẽ ita lego, vt quantalibet ſanctitate, doctrinaque perpolleãt, nõ ideò verum putem, quod ipſi ita ſenſerũt, vel ſcripſerunt. Auguſt. epiſt. 19. ad Hieronym. & D. Th. 1. p. q. 1. art. 8. & refertur in cap. *Ego ſolis*, diſtinct. 9.

Con eſta ingenua libertad nos profeſſamos todos diſcipulos del primero, y mas glorioſo de nueſtros Maeſtros en la Theologia, ſiguiendo ſus opiniones, no ſolo por ſer ſuyas, ſino principalmente, porque las juzgamos verdaderas; y manifeſtando tal vez en las que no

no abrazamos, quan bien nos parecen todas las demàs que defendemos. Essa era la aprobacion con que deseava Cayo Plinio favoreciessen sus escritos los mas amantes de su persona: *Ita enim magis credam tibi placere; si quædam displicuisse cognovero.* No queria que lo aprobassen todo para assegurarse de la sinceridad de su dictamen, estimando la correccion, porque purgava de toda sospecha la alabança. Aun de Celio, famoso Orador, se dize, que proponiendo à vn Cliente suyo lo que avia discurrido en su defensa, y viendo que todo lo aprobava sin distincion, le dixo con algun desabrimiento: Dime alguna cosa en contrario, si quiera para que parezca que somos dos. De suerte, que el dissentir à vezes nuestras plumas del Doctor Eximio, ni es contra su fama, ni es contra su intencion, ni es contra su aplauso, antes suena este mas agradable, hallando en la variedad, no confusion, sino armonia; no discordia, sino vna hermosa consonancia.

Qui legis ista, tuam reprehendo, si mea laudas omnia stultitiam; si nihil invidiam.

De esta suerte siguieron los Antiguos Thomistas à Santo Thomàs, como lo observò el Maestro Cano, hablando de su Sapientissimo Victoria, de quien dize, mereciò mas alabança por dissentir algunas vezes del Angelico Doctor, que por averse conformado las demàs, porque en lo segundo mostrò solamente la docil sugecion de su discurso; pero en lo primero acreditò la fecundidad desapassionada de su ingenio propio. Lo mismo deseò en sus Escotistas el gravissimo Escritor Fr. Alfonso de Castro en el libro primero contra Heresies; donde con ardor elegante reprehende à los que tienen por impio el apartarse de algun Autor particular, mostrando con el exemplo de Augustino, y Geronimo, tal vez encontrados entre si, que es imposible seguir al vno, sin alejarse del otro, y que el dexar vn Doctor de la Iglesia conformandose con otros, no es osadia, sino necessidad; no es irreverencia, sino veneracion.

Oven. lib. 1.

Cano, lib. 12. de locis.

Ademàs, que el seguir con indispensable adhesion las huellas de vn solo Maestro, (como por justas causas lo observan otras Escuelas) es sin duda mas facil, quando se escoge vno de los Autores primitivos, los quales, ò por la precision de sus escritos, ò por la obscuridad de los tiempos, o porque no trataron con tãta expresion las dificultades q̃ aora ten el empeño de los teatros, dan lugar à muchas, y encontradas

inter-

interpretaciones, ſiendo eſta ambiguedad de ſu ſentir, cierto decoro de ſus eſcritos, que los haze mas parecidos à los Oraculos. De donde ſe ve frequentemente, que los mas preciados de Thomiſtas batallan fuertemente entre ſi por opiniones encontradas, alegando cada vno por la ſuya al Doctor Angelico, y citandole libremente por entrambas; porque no ſe declaro expreſſamente por ninguna. Lo miſmo acontece à los diſcipulos del ſutil Maeſtro, y ſucederà à quantos quiſieren ſeguir las huellas de vn Doctor Antiguo, porque como no ſe hallan ſiẽpre tan ſeñaladas, dexã al ingenio en ſu libertad para empeñarſe en diferentes caminos. Pero nueſtro Eximio Doctor, que no eſcrivio quando la Theologia eſtava en los primeros crepuſculos de la luz, ſino quando ſe hallava ya cerca del medio dia de ſu eſplendor, reſuelve con tanta diſtincion, y claridad todas las controverſias, que no dexa lugar para la duda, ò para la interpretacion de ſu ſentir. Por lo qual, quien en todo ſe huvieſſe de conformar con ſus ſentencias, reduciria ſu ingenio à vna carçel muy noble, y muy ſegura; pero muy eſtrecha, y riguroſa, ſin dar paſſo en que pareciеſſe que caminava, ſino que ſeguia.

De donde quedava embarazado aquel progreſſo, que continuamente va haziendo la ſabiduria humana con el deſvelo, y el eſtudio. Pues como dixo S. Gregorio Magno, y aprobò deſpues Santo Thomàs: *Quanto magis mundus ad extremitatem ducitur, tanto nobis æternæ ſcientiæ aditus largius aperitur.* Que quanto el mundo va caminando à ſu fin, tanto ſe deſcubren mas patentes, y francas las puertas de la eterna ſabiduria. Aſsi ſe ven tã adelantadas todas las artes, y ciencias por la induſtria, y trabajo de los hõbres, à los quales, no ſolo es licito aprender lo que otros enſeñaron, ſino adelantar, y diſcurrir ſobre lo que aprendieron. Diſcretamente dixo Caſiodoro: *Patet omnibus veritas. Non dum eſt tota occupata; omnibus proxima eſt, non fit minor in tempore, non diſtrahitur à multitudine, non excludit venientes, multum ex illa poſteris relictum eſt.* La verdad eſtà patente à todos. Aun no ſe ha deſcubierto enteramente; à todos eſtà cercana; no ſe diſminuye con el tiempo, ni ſe gaſta con la multitud de los que la buſcan. No ſe niega à los que vienen de nuevo, y ſiempre darà mucho que ha-

Greg. homil. 16. in Ezechiel. D. Tho. ſuper quędam verba Daniel.

hazer à los que estàn por venir. Y aunque en todas facultades es acertado este discurso; en la sagrada Theologia es, sin duda, mas firme, y verdadero, porque como su objeto es el mismo Dios, por mas que trabàje el ingenio humano, nunca apurarà los secretos de la divinidad, ni podrà hazer pie en este pielago sin suelo. Esso es lo que en todos tiempos ha mostrado la experiencia: pues lo que Pedro Lombardo recogiò en sus sentencias, y distribuyo en sus distinciones; poco despues adquirio incomparables resplandores de las dos lumbreras de la Iglesia Santo Thomàs, y San Buenaventura, y lo que enseñaron estos dos santissimos Doctores, recibio nuevo aumento, y claridad, ya en las sutilezas de Escoto, ya en las contradiciones de Durando, ya en los que intentaron diferentes sendas, ya en los que se mantuvieron en las antiguas, contribuyendo siempre las disputas con su ardor al incremento de la deseada luz.

Vino, en fin, en estos vltimos tiempos la Compañia, para subsidio de la Iglesia militante; y sus primeros Maestros mirando siempre al norte de la Fè, y à sus mas fixos, y benignos Astros, que son los Santos Padres, trabajaron con increible teson en desembolver, y apurar las dificultades mas profundas. Para esto inquirieron quanto avian escrito los Antiguos Theologos, encontrando en algunos vna inutil fatiga, en otros vna verdad aun no del todo formada, en ottos vn escollo que evitar, en otros muchos aciertos que aprender; y en fin sacaron de la obscuridad, y confusion vn nuevo, y hermoso edificio de sabiduria, fabricado à viva fuerça del ingenio, y de la estudiosidad. En esto sobresaliò, y se aventajò à los demàs nuestro Eximio Doctor, el P. Francisco Suarez, à quien singularmente escogiò Dios para esta empressa, dotandole de tan elevadas prendas naturales, assistiendole cõ los socorros de su gracia, y dilatando con providencia, à nuestro juizio, milagrosa los espacios de su vida admirable, para formar en èl, y en sus escritos vn Sol, y vn mar de clarissima, y no menos profũda sabiduria. Aqui parece podia descansar la ingeniosa industria de nuestros Escritores; pues en los copiosissimos escritos del P. Suarez, como dixo biẽ el P. Honorato Fabri: *Habemus Theologiam numeris omnibus absolutam*: tenemos vna perfectissima Theologia; cuya prodi-

giosa

giosa; y nunca superflua extension, segun el dictamen comun nos dize con aquel siervo Evangelico: *Patientiam habe in me, & omnia reddam tibi*; que no necesita ya de quien la adelante, sino de quien la estudie; no de nuestro ingenio, sino de nuestra paciencia.

Pero aunque à la Theologia del Eximio Doctor, parece que ni se podia, ni se debia añadir cosa alguna; con todo esso, es fuerça confessar, que muchos floridissimos ingenios de nuestra Religion, han dado à las materias, tanto Escolasticas, como Morales, ò nuevos realçes, ò nuevos pulimentos. Lease vn Cardenal de Lugo, vn Ripalda, vn Alderete, vn Arriaga, y tantos otros recientes Escritores, que con la agudeza, y erudicion de sus volumenes han ilustrado, y enriquecido nuestra Escuela, no sin admiracion de toda la Republica literaria. A esta causa, como en el Cielo, por mas que se ilustre con vn Sol, no estàn de sobra las Estrellas, antes le adornan con la variedad de su hermosura, de sus influxos, y de sus contrarios movimientos. Como en la tierra, por mas que abraze en su seno à todo vn mar, no son superfluos los rios, que con la diferencia de su curso la rodean, y con el tesoro de sus raudales la fertilizan. Assi aunque la Compañia tenia ya en su Doctor Eximio vn Occeano, y vn Sol de sabiduria, convino produgesse otros muchos ingenios, que la ennobleciessen como luzidas estrellas, y como caudalosos rios la fecundassen.

Bien sè yo, que el ceño de la emulacion califica estos desvelos por novedades inutiles, y acaso tambien por perniciosas. Pero què culpa tiene la luz, porque la miren mal vnos flacos ojos, ò porque no la pueda ver la ceguedad. Lo cierto es, que esta aficion, y estudio de novedades, es vn linage de afrenta que padecieron siempre los mas insignes Varones. Padecieronle primero Socrates, despues Platon, despues Aristoteles, y Theofrasto, segun observò Themistio, Familiar del Nazianceno. Padeciòle tambien el gran Basilio, segun sequexa èl mismo por estas

Themist. orat. 4. *Novitatis studium, convicium est, primum in Socratem coniectum, deinde in Platonem, deinceps in Aristotelem, & Theophrastum.*

Basil. lib. de hæresi, cap. 6. *Nos novitatis architectos, & novos*

tra-

tractatores, & novorum inventores appellant.

tas palabras: *Dizen que somos Arquitectos de novedades, y que solo tratamos de nuevas invenciones.* Padeciòle assimismo S. Agustin del furor de los Pelagianos, y Santo Thomàs de la embidia de algunos Doctores Parisienses. Por esto nuestros Maestros, como Catholicos imitadores de estos clarissimos Padres de la Iglesia, miran esta calumnia vulgar, no como afrenta, sino como caracter de su gloria: avisando juntamente à quien presumiere autorizarla, con aquellas gravissimas palabras de S. Bernardo: *Sileant ergo, qui in tenebris de luce iudicant, & vos arguunt novitatis ex abundantia malæ voluntatis; ipsi potiùs arguendi, & vetustatis, & vanitatis.*

Bernard. ad fratres de monte Dei.

Vese, segun esto, que son vtiles, y fructuosos los nuevos discursos de muchos, y graves Escritores, y que no està abreviado el brazo de Dios, ni fatigado aquel dedo, que escriviò en el duro marmol la santa ley. Por lo qual la Compañia de Iesvs, à quien en sus principios llamò Paulo Tercero: *Dedo de Dios*, y despues Clemente Octavo: *Brazo derecho de su Iglesia*, como refiere nuestro Eximio Maestro, no ha querido abreviar este brazo, ni aprisionar, ò suspender este dedo, sugetando, y estrechando à sus hijos à la inteligencia de vn solo Autor, aun siẽdo tan grande como el Padre Suarez; antes les permite, que dentro de la esfera de la Catholica Religion buelen, y discurran sus plumas por las sendas que juzgaren mas seguras para defender la Fè, para explicar las verdades divinas, para dirigir las conciencias, y para comun vtilidad de las Almas. Mas por satisfacer de vna vez, à quien por ventura no se cõformàre con esta resolucion, quiero proponer su reparo, como ya antiguamente le discurriò el gran Ruperto, para que despues escuche de su boca la respuesta. Trata este ingeniosissimo Padre aquel Texto del Genesis, en que se habla de los pozos, que de nuevo abriò el Patriarca Isaac; y ladeãdo este lugar àzia las nuevas corrientes de doctrina, escrive assi: * *Dirà* alguno:

Tom. 4. de relig. lib. 1. de instituto Societ. cap. 7.

Genes. 26. 18.

Rupert. in Prologo Apoc. *Sed dicet aliquis, iã satis est, quod alij*

„ no: Ya basta lo que otros mejores,
„ mas santos, y mas doctos que nosotros inventaron, y escrivieron. Ilicito, y temerario es añadir cosa alguna à lo que dixeron nuestros Catholicos, y celebrados Padres; y causar fastidio à los Letores con la multitud de nuevos *Commentarios*. * A esto respondo, (prosigue el mismo Ruperto) * *Que* el especioso campo de las divinas letras, es comun à todos los Fieles; y assi à ninguno se puede negar la licencia de tratarlas, con tal que lo que dize, y escrive no sea contra la Fè. Porque quien se indignarà de que aviendose profundado vno, ò dos pozos en vna possession por los primeros Padres, abran otros muchos, con su trabajo, los hijos que les suceden. Conforme, pues, à esta regla, concedannos tambien à nosotros, que despues de los pozos que abrieron, y de los tratados que compusieron nuestros Padres, y predecessores, fabriquemos, y ahondemos otros de nuevo, valiendonos de nuestro propio ingenio; con tal, que podamos descubrir vna agua viva de doctrina, la qual no dañe al que la bebe, ni ocasione escandalo, ò error en quien la *leyere*. * Hasta aqui este prudentissimo Doctor, cuyas palabras son el mayor credito de la variedad hermosa de Escritores, que ha dado à la Theologia el desvelo infatigable de nuestra Religion; la qual es tan fecunda madre de elevados ingenios, que casi se halla embarazada en su misma multitud.

alijmeliores, & sanctiores, nihilominus, & doctiores invenerunt, atque scripserunt. Illicitum est, & temerarium adijcere, quidpiam ad ea, quæ à nominatis Catholicisque Patribus dicta sunt; atque ità facere legentibus fastidiũ augendo multitudinem commentariorũ. Ad hæc inquã: nimirum sanctarum specioſus ager scripturarum omnibus Christi Confessoribus communis est, & tractandi illas nulli iure negari potest licentia; dummodo salva fide, quæ sentit dicat, & scribat. Quisnamque rectè indignetur, eo quod in eadem possessione post vnum, aut duos puteos, quos foderunt Patres præcedentes, plures proprio fodiant labore filij succedentes. Itaque iuxta hanc regulam nobis quoque concedant post illos puteos, quos foderunt, post illos tractatus, quos tractaverunt Patres, & Priores nostri, & alios

Pero aunque han nacido, y nacen cada

fo-

fodere nos puteos proprio vomere ingenij; dũ nodo vivam, & nos aquã inveniamus, quæ nulli noceat bibenti, nulli scandalũ, vel errorem faciat legenti.

cada dia tantos, y tan ilustres Escritores en nuestra Escuela, ninguno puede igualar ni competir con el Doctor Eximio; y aun los mayores son como rios que deben sus mas preciosos raudales à este Occeano. Assi se ve en quantos han escrito sobre los puntos en que se dilatò su prodigiosa sabiduria, pues todos se enriquecen con sus discursos, se valen de sus principios, y fundamentos, y aunque añaden nuevo caudal de doctrina à este espacioso mar, no tanto le sirven de aumento, como de tributo. Siendo, pues, el Padre Suarez el mayor de todos nuestros Maestros en sabiduria, y à ninguno inferior en virtud, y santidad: siendo el que en compañia de nuestros primeros ingenios abriò en la heredad de la Santa Iglesia el pozo saludable de aquella profunda, y Catholica doctrina, que ha conseguido tantos trofeos de los hereges: siendo el que mas la ilustrò, mostrando traìa su origen de las divinas Escrituras, de los sagrados Concilios, y de los primeros Padres, y antiquissimos Theologos: con razon le reconoce, y respeta nuestro agradecimiento como al Doctor primero de nuestra Religion, y como à Principe de toda nuestra Escuela; la qual puede justamente llamarse Suaritica, pues aunque se ha ennoblecido, y perficionado con los primores de otras plumas, debe lo mas principal de su formacion, y de su ser al Doctor Eximio. Assi se escrive de Apeles, que dexando à sus discipulos el adornar, y pulir la tabla con las obras mas menudas, tomava para si el animar las figuras mas sobresalientes, bastando solo esto para que toda la imagen lograsse el honor, y la preciosidad de su nombre. Y assi tambien la Escuela de la Compañia debe gloriarse con el nombre del P. Suarez, el qual es como el Apeles entre todos los demàs Escritores, que han concurrido, y concurren siempre à su adorno, y à su perfeccion.

CON-

CONCLVSION DE TODA LA OBRA.

HAsta aqui ha caminado mi pluma, (no tanto perezoſa, como interrumpida de otros accidentes, y empleos) en la narracion de la vida, y virtudes del Padre Suarez: ſi mi tardança ha exercitado el deſeo de ſus aficionados, y veneradores; aora neceſsito de ſu paciẽcia, para que ſufran lo que mi pequeñèz ha agraviado ſu magnitud. No fuera tan grande el Eximio Doctor, ſi pudiera igualarle nueſtra cortedad: ella ſerà vn claro argumento de que ſus virtudes fueron tan dificultoſas de executarſe, como de eſcrivirſe, tan ſuperiores à la alabança, como à la imitacion. Pero ſi por las ſeñas de vn ſolo dedo entienden los ojos la proceridad de vn Gigante, no deſconfio de que los Sabios, con quienes habla ſingularmente eſta vida de Franciſco, reconozcan ſu grandèza, ſin embarazarſe en la deſigualdad de nueſtra imagen. Mayor es la excelencia de ſu fama, que pueda deſcaecer en la humildad de nueſtro eſtilo; mayor ſu ſabiduria, que pueda deſautorizarſe en nueſtra ignorancia; y mas iluſtre el reſplandor de ſus hechos, que pueda ſer vencido de la obſcuridad de nueſtros borrones. Por medio de ellos romperà la luz de ſus eximias virtudes, dexandoſe ver con toda aquella hermoſura de que neceſsita nueſtra voluntad para amarlas, y nueſtra reſolucion para ſeguirlas. Con tal, que eſte efecto ſe conſiga, mirarè mi trabajo, no ſolo como vtil, ſino tambien como glorioſo: pues no fue pequeña la gloria de aquel pincel, q̃ hizo bolar à las Aves ſobre los coloridos frutos, introduciendo vna hambre verdadera por ſola la imagen de ſus dulçuras.

Lleguẽ, pues, las plumas de los Sabios à contẽplar en eſte retrato del Eximio Doctor, los frutos mas opimos, y ſaludables de vna conſumada ciencia, y de vna ſabia ſantidad. Veràn en èl de que ſuerte puede caber vn entendimiẽto grande, en vn corazon humilde: vna prudẽcia de Serpẽte, en vna candidèz de Paloma: vna perfectiſsima ſabiduria, en vna virtud ſiẽpre ſolicita de mas heroyca perfeccion. Veràn como las fatigas del mas intenſo eſtudio pueden avenirſe con las ſuſpenſiones de vna prolongada contemplacion; la perſpicacia del in-

genio, con las ceguedades de la humildad, y el profundo conocimiento de ſi miſmo con la ignorancia, ò con el deſprecio de ſu propia eſtimacion. Veràn como el Sabio puede dominar à los Aſtros, aun quando contrarios influyen adverſidades, y tribulaciones, ſufriendolas en la tierra como quien conoce traen del Cielo ſu origen, y moſtrando en ellas ſolo aquel ſentimiento que baſta para no parecer inſenſible, ò para no preſumir antes de tiempo de immortal. Veràn quan admirable es vna modeſtia firme entre los golpes, y baybenes del agravio, ſerena entre las borraſcas de la diſputa, pacifica en las batallas de la Eſcuela, y en fin, colocada en vn trono ſuperior à todas las turbaciones, deſde el qual govierna los movimientos del animo, influyendo ſiempre en las vozes, y en los eſcritos la moderacion de la lengua, y la dificultoſa paciencia de la pluma.

Todo eſto hallaràn que imitar los Sabios en la vida del Padre Suarez; pero ſobre todo aquella piedad, y Religion eximia para con Dios, aquel afecto incomparable à ſu Santiſsima Madre, y aquel zelo ardentiſsimo de la Fè Catholica, y del honor, y autoridad de la Apoſtolica Silla. Eſte fue el fin principal de ſus eſtudios, èſte el mayor de ſus cuidados, èſta la corona de todos los paſſos de ſu vida, y la ocaſion glorioſiſsima de ſu muerte. Solo falta que à viſta de vn Doctor tan Eximio en ciencias, y virtudes alabemos aquel Dios, que no ſolo ſe apellida Señor de las virtudes, ſino tambien de las ciencias: *Deus ſcientiarum Dominus eſt.* En todas ſus obras manifieſta el Supremo Artifice ſus perfecciones, y en los Santos haze ſobre manera admirable el atributo de ſu ſantidad. Pero en el P. Suarez, demàs de ſu ſantidad quiſo que admiraſſemos los reſplandores de ſu ſabiduria, comunicandoſela tan abundante, que pudieſſe dezirle como David: *Mirabilis facta eſt ſcientia tua ex me.* Enſalçemos, pues, al Soberano Padre de las lumbres, que enriqueciò al P. Suarez con la ciencia de los Sabios, y de los Santos: para que fueſſe Doctor tan eminente en ſu Igleſia, para que iluſtraſſe, y promovieſſe las excelencias de Maria, para que deshizieſſe las tinieblas de los hereges: y en fin, para que fueſſe ſegundo Auguſtino de ſu edad, y primer Maeſtro de la Compañia de Iesvs,

1. Reg. cap. 2.

Et dedit illi ſcieciam ſanctorum,

IN-

INDICE DE LOS

LIBROS, Y CAPITVLOS DE ESTA OBRA.

LIRO PRIMERO.

Cap. 1. Dela Patria, y nobiliſsimos Padres de Frãciſco, pag. 4.
Cap. 2. Nacimiento prodigioſo de Franciſco, y breve noticia de ſus hermanos, y del luſtre con que dura oy ſu gran-Familia, pag. 8.
Cap. 3. De ſu infancia, y primera educacion, pag. 13.
Cap. 4. Embianle ſus Padres à la Vniverſidad de Salamanca, y Dios le llama à la Compañia, pag. 17.
Cap. 5. Dificultad de ſu entrada en la Compañia, pag. 21.
Cap 6. Dale licencia en Valladolid el Provincial por inſpiracion divina, pag. 24.
Cap 7. Lo que ſucediò haſta ſer recibido en la Compañia, pag. 27.
Cap. 8. Su entrada en el Colegio de Salamanca, pag. 33.
Cap 9. De ſu Noviçiado en Medina del Campo, pag. 38.
Cap. 10. Dà principio à los eſtudios de Filoſofia con muestras de grande inſuficiencia, pag. 42.
Cap. 11. Feliz prenuncio de ſu ſabiduria, y primeros indicios de ella, pag. 47.
Cap. 12. Como continuò, y diò fin à ſu Filoſofia, y de la perfeccion con que vniò con ſus eſtudios la virtud, pag. 53.
Cap. 13. Quanto reſplandeciò en los eſtudios de Theologia, y de las mueſtras que diò de ſu fecundiſsimo ingenio, pag. 57.
Cap. 14. Eſcrive vna queſtion en honra de Maria Santiſsima, y aprueva, y agradece ſu obſequio eſta Señora, pag. 61.
Cap. 15. Suſtenta eſta miſma queſtion en la Vniverſidad de Salamanca, pag. 65.
Cap. 16. Como ſe partiò à Granada ſu patria, y de las mueſtras que diò de ſu virtud, y ſabiduria, pag. 71.

LIBRO SEGVNDO.

Cap. 1. Lee Filosofia en Salamanca, continuala en Segobia; y comiença à exercer los ministerios de la Compañia, pag. 78.
Cap. 2. De vn accidente que le inhabilitò para la predicaciõ, y de la perfeccion admirable con que se dedicò à sus estudios, pag. 83.
Cap. 3. Rezelos de la novedad de su doctrina, y sufrimiento humilde de esta nota, pag. 88.
Cap. 4. Dà principio à la enseñança de la Theologia, y se renuevan los rezelos de sus sentencias, pag. 93.
Cap. 5. Es eligido para enseñar Theologia en Roma pag. 98.
Cap. 6. Parte à Roma, y del aplauso, y fruto con que leyò Theologia, pag. 102.
Cap. 7. Buelve à España, lee Theologia en Alcalà, y resuelvese à publicar sus escritos, pag. 107.
Cap. 8. Passa de Alcalà à continuar su Magisterio en Salamanca, pag. 111.
Cap. 9. Es delatado el segundo de sus volumenes Theologicos, y defiende felizmente su doctrina, y su Religion, pag. 115.
Cap. 10. Es nombrado por el Rey Felipe II. para la Cathedra de Prima de Coimbra, y procura escusarse de esta honra, pag. 121.
Cap. 11. Nuevo, y muy honroso Decreto de su Magestad, para que lea la Cathedra de Prima en Coimbra, y significacion del agrado real por su rẽdida obediẽcia, pag. 126.
Cap. 12. Parte de Salamanca: graduase en la Vniversidad de Ebora, y es recibido con grande aclamacion en la de Coimbra, pag. 131.
Cap. 13. Del concurso grande con que diò principio à sus lecciones en Coimbra, y de la estimacion que aqui consiguio su sabiduria, pag. 134.
Cap. 14. Trata de imprimir el tomo de sus Opusculos para defender la doctrina de la Cõpañia en la materia *de Auxiliis*, y dale razon del estado de esta cõtroversia, pag. 140.
Cap. 15. Continuase la materia del passado, refierese lo que

trò Francisco la doctrina Ieſuitica con ſus Opuſculos, y de los esfuerços de algunos contra ſu edicion, pag. 146.
Cap. 16. Nuevos conatos del Maeſtro Bañez contra eſte libro: examinaſe otra vez en Roma, y el P. Suarez le pone juntamente con ſu defenſa en manos del Sumo Pontifice Clemente Octavo, pag. 151.
Cap. 17. Refierenſe algunos ſuceſſos ſeñalados de eſta controverſia, y como pretendio enterarſe de ella el Pontifice, leyendo los Opuſculos del Padre Suarez, pag. 155.
Cap. 18. Lo que ſucedió à Clemente Octavo, leyendo los Opuſculos del Padre Suarez, y otros lanços de eſta controverſia, pag. 159.
Cap. 19. Del victorioſo fin con que la Compañia de Iesvs ennobleciò en Roma la doctrina de ſu Eſcuela, pag. 163.

LIBRO TERCERO.

Cap. 1. Publica el tomo *de Pœnitentia*, y defiende con èl la Compañia, pag. 170.
Cap. 2. Como interpretò el decreto Pontificio acerca de la Confeſsion Epiſtolar, y del principio de vna nueva borraſca, pag. 175.
Cap. 3. Es delata la la doctrina, y la interpretacion del Doctor Eximio, pag. 179.
Cap. 4. Procura el Padre Suarez ſatisfacer al Sumo Pontifice, y padece vn grave rieſgo de ſu vida, pag. 183.
Cap. 5. Parte à Roma en defenſa de ſu doctrina, acreditala el Cielo con el reſplandor de vna nueva eſtrella, y con la aprobacion de Clemente Octavo, pag. 191.
Cap. 6. De lo que reſolvio Paulo V. en la cauſa del Padre Suarez, y como empezò el Cielo à acreditar ſu obediencia, ennobleciendo mas ſu doctrina, pag. 201.
Cap. 7. Es autorizada la opinion de Francisco por la Sede Apoſtolica, y admitida de muchos ſu interpretaciõ, p. 206
Cap. 8. Reuſa con humildad las honras que le ofreciò el Pontifice en Roma: es recibido con grande aplauſo en Eſpaña, y reſiſte conſtante el perſeverar en la Corte, pag. 213.
Cap. 9. Lo q̃ le ſucediò antes de llegar à Coimbra, pag. 219.
Cap. 10. Eſcrive en defenſa de la Silla Apoſtolica, y le honra ſu

ſu Santidad con ſus alabanças, y bendiciones, pag.223.
Cap. 11. Como ſe falſeò vn libro del P. Suarez en Venecia, y de los muchos que diò nuevamente à luz con nuevo Breve de ſu Santidad, pag.226.
Cap. 12. Del admirable libro que eſcriviò en defenſa de la Fè contra los errores Anglicanos. pag.231.
Cap. 13. Del furor con que vltraxaron los hereges eſte libro, y de la ſolicitud con que procuraron incitar contra èl, y contra ſu Autor al Rey Catholico, pag.237.
Cap. 14. Renueva el Parlamento de Parìs la ſentencia eſcandaloſa contra eſte libro, y defiendele el Sumo Pontifice, y el Chriſtianiſsimo Rey, pag.243.
Cap. 15. Deſea el P. Suarez renunciar la Cathedra de Prima, proſigue leyendola à inſtancias del Rey Felipe III. jubila en ella, y procura retirarſe para la muerte, pag.250.
Cap. 16. Continua ſus eſtudios por obediencia: parte à Lisboa à diſponer la impreſsion de nuevas, y multiplicadas obras, pag.256.
Cap. 17. de la turbacion q̃ huvo en Lisboa por el Entredicho, y cenſuras del Colector Apoſtolico contra los Miniſtros Reales, y de lo que trabajo, y conſiguiò el Padre Suarez en defenſa de la Igleſia, pag.263.
Cap. 18. Alava el Sumo Pontifice en vn Breve Apoſtolico ſus fatigas por la Santa Igleſia, y Franciſco contrae en ellas ſu vltima enfermedad, pag.268.
Cap. 19. De los exemplos de virtud que diò en eſta poſtrera enfermedad, pag.274.
Cap. 20. De ſu feliciſsimo tranſito. pag.280.
Cap. 21. De ſus multiplicadas, y ſolemniſsimas exequias, pag.285.
Cap. 22. Demonſtracion luctuoſa de la Ciudad de Coimbra, en la muerte del Padre Suarez, y retrato de ſu corporal diſpoſicion, pag.289.

LIBRO QVARTO.

Cap. 1. De la heroyca ſantidad del Padre Franciſco Suarez, pag.295.
Cap. 2. De la profundiſsima humildad del Padre Franciſco Suarez, pag.300.

Cap.

Cap. 3. De el aprecio que hizo de esta virtud de la humildad, y de otros heroycos exemplos con que la exercitò, pag.308.
Cap. 4. De su perfectissima obediencia, pag.314.
Cap. 5. De su docilidad, mansedumbre, y agrado, pag.319.
Cap. 6. De su pobreza, y castidad, pag.326.
Cap. 7. De su rigurosa penitencia, y mortificacion, pag.333.
Cap. 8. De su abstinencia admirable, pag.337.
Cap. 9. De su invencible paciencia en las injurias, pag.342.
Cap. 10. De la modestia, y sufrimiento con que respondio à los que contradecian, y calumniavan su doctrina, p.347.
Cap. 11. De su encendida caridad, pag.352.
Cap. 12. De su amor, y caridad con los proximos, pag.359.
Cap. 13. De la benignidad con que favorecia à todos, de su misericordia con los necessitados, y despego de sus deudos, pag.366.
Cap. 14. Quanto zelò Francisco el credito ageno, y quan amante fue del silencio, y soledad, pag.371.
Cap. 15. De su altissima contemplacion, pag.377.
Cap. 16. De la distribucion, puntualidad, y perfeccion que observava el Padre Suarez, en las acciones de toda su vida, pag.383.
Cap. 17. De los favores, y ilustraciones que logrò en la Oracion el Padre Francisco Suarez, pag.388.
Cap. 18. Circunstancias de este favor, y noticia de otros diferentes, pag.392.
Cap. 19. De su afectuosissima veneracion, y culto al Santissimo Sacramento, pag.396.
Cap. 20. De su entrañable, y suavissima devocion à Maria Santissima, pag 403.
Cap. 21. De los desvelos de Francisco en obsequio de la Santissima Virgẽ, y del premio que por ellos goza, pag.407.
Cap. 22. De el aprecio, y amor que professo Francisco à la Compañia de Iesvs, pag.412.
Cap. 23. De los dones divinos con que enriqueciò el Cielo al Doctor Eximio, y singularmente de el espiritu de profecia, pag.419.
Cap. 24. De la prodigiosa sabiduria del P. Suarez, pag.423.
Cap. 25. De la gloria con que coronò Dios al Padre Suarez, pag.431.

Cap. 26. De los milagros con que ha començado Dios à ilustrar la santidad del Padre Suarez, pag. 437.
Cap. 27. De la estimacion, y aprecio que se mereció el Padre Suarez de todo linage de personas, pag. 442.
Cap. 28. De los elogios con que han honrado los sabios al Padre Suarez, pag. 448.
Cap. 29. De la estimacion que tiene del P. Suarez la Compañia de Iesvs, pag. 459.
Cap. vltimo. Como el Padre Suarez es el Principe de toda nuestra Escuela, y Maestro comun de los demàs Autores que en ella florecen, pag. 464.

EN conformidad de los decretos de la Santidad de Vrbano Octavo de 1625. y de 1631. se protesta, y advierte, que en quanto se dize en este libro de la santidad, revelaciones, milagros, elogios, &c. assi pertenecientes al Padre Francisco Suarez, como à otras personas no canonizadas, ni beatificadas por la Santa Iglesia, no se pretende prevenir el juizio de la Silla Apostolica, ni darles mas credito, que la que merece vna fè puramente humana. Y assi esto, como quanto se contiene en este libro se sugeta à la correccion de la Santa Madre Iglesia.

FIN.